



NAOMI

UN CUENTO OSCURO

NOVIK

## Índice

Portada  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Agradecimientos  
Créditos

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita

**[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)**

y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

**[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)**

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

Nuestro Dragón no devora a las niñas que se lleva, digan lo que digan las historias que cuentan fuera del valle. A veces las oímos en boca de los viajeros que vienen y van. Hablan como si estuviéramos haciendo sacrificios humanos, y como si él fuese un dragón de verdad. Por supuesto que tal cosa no es cierta: por muy mago e inmortal que sea, sigue siendo un hombre, y nuestros padres se unirían y lo matarían si quisiera comerse a una de nosotras cada diez años. Él nos protege contra el Bosque, y nosotros se lo agradecemos, pero no tanto.

No, en realidad no las engulle; sólo da esa sensación. Se lleva a una muchacha a su torre y diez años después la deja marchar, pero para entonces la joven es alguien distinto. Sus ropas son demasiado elegantes, habla como una cortesana y ha estado diez años viviendo con un hombre a solas, así que, por supuesto, se ha echado a perder, por mucho que todas las chicas digan que él jamás les ha puesto la mano encima. ¿Qué otra cosa podrían decir? Y eso no es lo peor... Al final, cuando las deja marchar, el Dragón les entrega una bolsa llena de plata a modo de dote para que cualquiera esté encantado de casarse con ellas, perdidas o no.

Pero ellas no desean casarse con nadie. Ni siquiera se quieren quedar.

—Se les olvida cómo vivir aquí —me dijo mi padre una vez, de manera inesperada.

Yo iba sentada a su lado en el pescante de la carreta, grande y vacía, de camino a casa tras repartir la leña de la semana. Vivíamos en Dvernik, que no era la mayor aldea del valle, ni la más pequeña, ni la más cercana al Bosque: estábamos a once kilómetros de distancia. El camino, sin embargo, nos llevaba por una alta montaña, y, en un día claro, desde la cima se podía seguir el curso del río hasta la franja de tierra calcinada de color gris pálido en el lindero frontal, y la sólida y oscura muralla de árboles más allá. La torre del Dragón estaba lejos, en dirección contraria: una pieza de caliza blanca insertada en la base de la cordillera de poniente.

Yo era todavía muy pequeña, no tenía más de cinco años, creo, pero ya sabía que nosotros no hablábamos sobre el Dragón, ni sobre las chicas que se llevaba, así que se me quedó grabado cuando mi padre quebrantó la norma.

—Se acuerdan de tener miedo —dijo mi padre. Eso fue todo. Después chasqueó la lengua dirigiéndose a los caballos, que siguieron avanzando montaña abajo y se adentraron de nuevo entre los árboles.

Eso no tenía mucho sentido para mí. Todos temíamos el Bosque, pero el valle era nuestro hogar. ¿Cómo puede uno abandonar su hogar? Y, sin embargo, las chicas nunca se quedaban cuando volvían. El Dragón las dejaba salir de la torre, y ellas regresaban con sus familias por un breve tiempo, una semana, o a veces un mes, nunca mucho más. Cogían entonces su bolsa llena de plata y se marchaban. Se dirigían principalmente a Kralia, e iban a la Universidad. La mitad de las veces se casaban con algún hombre de la urbe y, si no, se convertían en académicas o en tenderas, aunque la gente cuchichease sobre Jadwiga Bach, a quien se llevó sesenta años atrás, y que se convirtió en cortesana y en la amante de un barón y un duque. Aun así, para cuando yo nací Jadwiga sólo era una mujer mayor y rica que le enviaba unos espléndidos regalos a sus sobrinos nietos y nunca iba a visitarlos.

De manera que no se trata ni mucho menos de entregar a tu hija para que se la coman, pero tampoco es un motivo de alegría. No hay tantas aldeas en el valle como para que las probabilidades sean muy bajas; sólo se lleva a una chica de diecisiete años, nacida entre un mes de octubre y el siguiente. Había once chicas para elegir en mi año, y esas probabilidades son peores que las de jugar a los dados. Todo el mundo dice que se quiere de un modo distinto a una chica nacida bajo el Dragón conforme se va haciendo mayor; no lo puedes evitar, consciente como eres de la facilidad con que puedes perderla, pero no era así para mí, para mis padres. Cuando tuve la edad suficiente para entender que se me podría llevar a mí, todos sabíamos ya que se llevaría a Kasia.

Únicamente los viajeros de paso, que no lo sabían, felicitaban a sus padres o les comentaban lo hermosa que era su hija, o qué inteligente, o qué encantadora. El Dragón no siempre se llevaba a la chica más guapa, pero siempre se llevaba a la más especial, de alguna manera: de haber alguna que fuese con mucho la más guapa, o la más brillante, o la mejor bailarina, o especialmente agradable, él siempre se las arreglaba para elegirla aunque apenas intercambiase una palabra con las muchachas antes de elegir.

Y Kasia era todas esas cosas. Tenía una melena trigueña que lucía en una trenza hasta la cintura, unos ojos de un cálido color castaño, y su risa era como un cántico que te daban ganas de entonar. Siempre se le ocurrían los mejores juegos, y era capaz de inventarse historias y nuevos bailes que llevaba en la cabeza. Sabía cocinar para un banquete, y cuando hilaba la lana de las ovejas de su padre, el hilo salía de la rueca suave y sin el menor nudo o enredo.

Sé que la estoy haciendo parecer como salida de un cuento, pero era justo al revés. Cuando mi madre me contaba los cuentos de la princesa hilandera, la valiente pastora de los gansos o la doncella del río, yo me las imaginaba a todas un tanto parecidas a Kasia; ésa era la idea que me había formado de ella. Y yo no tenía la edad suficiente para ser sabia, así que la quería más, no menos, porque sabía que pronto se la llevarían de mi lado.

A ella no le importaba, decía. También era intrépida: su madre, Wensa, ya se ocupó de ello.

—Tendrá que ser valiente —recuerdo haberle oído decir una vez mientras empujaba a Kasia para que trepase a un árbol del que ella se apartaba llorando entre los brazos de mi madre.

Vivíamos sólo a tres casas la una de la otra, y yo no tenía hermanas, únicamente tres hermanos mucho mayores que yo. Kasia era para mí la más querida. Jugábamos juntas desde la cuna, primero en las cocinas, manteniéndonos apartadas de los pisotones, y después en la calle delante de nuestras casas, hasta que pudimos echar a correr solas por los bosques. Yo nunca quería quedarme bajo techo cuando podíamos correr de la mano bajo las ramas. Me imaginaba a los árboles inclinando los brazos para protegernos. No sabía cómo iba a aguantarlo cuando el Dragón se la llevase.

Mis padres tampoco habrían temido por mí, no mucho, aunque no hubiera estado Kasia. A los diecisiete, yo era una chica escuálida con pinta de potrilla, los pies grandes y el pelo castaño enredado y sucio, y mi único don, si se le puede llamar así, consistía en ser capaz de romper, manchar o perder cualquier cosa que llevara puesta en las horas que transcurren en un solo día. Mi madre me consideró un caso perdido a los doce años, y me dejaba correr por ahí vestida con prendas heredadas de mis hermanos mayores, excepto en los días de fiesta, cuando me obligaban a cambiarme de ropa tan sólo veinte minutos antes de marcharnos de casa y me sentaban en el banco de delante de la puerta antes de irnos a misa. Aun así, no estaban seguros de que llegase a los prados comunales de la aldea sin haberme enganchado en una rama o haberme salpicado de barro.

—Tendrás que casarte con un sastre, mi pequeña Agnieszka —me decía mi padre entre risas cuando llegaba por la noche a casa de los bosques y yo corría hasta él con la cara mugrienta, no menos de un agujero en la ropa y sin pañoleta.

De todas formas me cogía en brazos y me besaba; mi madre sólo suspiraba un poco: ¿qué padre lamentaría unos cuantos defectos en una hija nacida bajo el signo del Dragón?

Nuestro último verano antes de la elección fue largo, cálido y estuvo lleno de lágrimas. Kasia no lloró, pero yo sí. Nos quedábamos hasta tarde en los bosques, estirando cada día hasta donde podíamos, y después regresaba a casa hambrienta y cansada y me iba directa a tumbarme en la oscuridad. Mi madre entraba y me acariciaba la cabeza,

cantando en voz baja mientras yo lloraba hasta quedarme dormida, y me dejaba un plato de comida junto a la cama para cuando me despertase hambrienta en plena noche. Aparte de eso, no trataba de consolarme: ¿cómo podría? Las dos sabíamos que, al margen de cuánto quisiera ella a Kasia y a su madre, no podría evitar sentir un pequeño nudo de alegría en el estómago: no mi hija, no mi única hija. Y, por supuesto, yo no hubiera querido que ella se sintiese de otro modo.

Todo se había reducido a Kasia y yo juntas, prácticamente el verano entero. Cuando éramos pequeñas, íbamos con el grupo de niños de la aldea, pero al hacernos mayores, y Kasia más guapa, su madre le dijo:

—Será mejor que no veas mucho a los chicos, mejor para ti y mejor para ellos.

Aun así, yo seguí con ella, y mi madre les tenía el suficiente cariño a Kasia y a Wensa como para no intentar despegarme, aunque supiese que al final me dolería más.

El último día, encontré para nosotras un claro en el bosque donde los árboles conservaban las hojas, en tonos dorados y rojo fuego, que susurraban en lo alto, sobre nuestras cabezas, con castañas maduras por todo el suelo alrededor. Hicimos una pequeña hoguera con ramitas y hojas secas para asar unas cuantas. El día siguiente sería el primero de octubre, y se celebraría la gran fiesta para honrar a nuestro patrón y señor. Vendría el Dragón.

—Estaría bien ser un trovador —dijo Kasia, tumbada boca arriba con los ojos cerrados. Tarareaba ligeramente con la boca cerrada: un músico ambulante había venido para el festival, y aquella mañana había estado ensayando sus canciones en el prado. Los carros del tributo habían ido llegando a lo largo de toda la semana—. Ir por toda Polnya y cantar para el rey.

Lo había dicho pensativa, no como una niña que habla de sus sueños; lo había dicho como alguien que de verdad está pensando en marcharse del valle, en irse para siempre. Extendí la mano y agarré la suya.

—Vendrás a casa todos los solsticios de invierno —le dije—, y nos cantarás todas las canciones que has aprendido. —Nos quedamos fuertemente cogidas de la mano, y no me permití recordar que las chicas a las que se llevaba el Dragón nunca querían regresar.

Por supuesto que en aquel momento yo sólo sentía un odio atroz hacia él, pero no era un mal señor. Al otro lado de las montañas del norte, el barón de las Marismas Amarillas mantenía un ejército de cinco mil hombres para participar en las guerras de Polnya, y un castillo con cuatro torres, y una esposa que lucía joyas del color de la sangre y una capa de piel de zorro blanco, todo ello a costa de unos dominios que no eran más ricos que nuestro valle. Un día a la semana los hombres tenían que ir a trabajar los campos del barón, que eran las mejores tierras, y él se quedaba con aquellos de sus hijos más aptos para su ejército, y con todos esos soldados deambulando por ahí, las muchachas debían permanecer encerradas y en compañía una vez se hacían mayores. Y ni siquiera él era un mal señor.

El Dragón sólo tenía una única torre, sin un solo hombre armado ni un sirviente aparte de la chica que se llevaba. A él no le hacía falta mantener un ejército: el servicio que le prestaba al rey era el de su propio trabajo, su magia. Tenía que ir a la corte de vez en cuando para renovar su juramento de lealtad, y supongo que el rey podría haberlo llamado a la guerra, pero, en su mayor parte, su deber consistía en quedarse y vigilar el Bosque, y en proteger al reino de su malicia.

Su única extravagancia eran los libros. Nosotros éramos muy leídos para ser unos aldeanos, porque él pagaba verdadero oro por un solo y magnífico volumen, así que los libreros ambulantes se acercaban hasta aquí a pesar de que nuestro valle se encontraba en los mismos límites de Polnya. Y ya que venían, llenaban las alforjas de las mulas con todos los libros raídos o los más baratos que tenían y nos los vendían a nosotros a cambio de unos peniques. Incluso la casa más pobre del valle mostraba con

orgullo al menos dos o tres libros en las paredes.

A cualquiera que no viviese lo bastante cerca del Bosque para entenderlo, todas estas cosas le podrían parecer insignificantes, menudencias, lejos de ser motivo para renunciar a una hija. Pero yo había vivido aquel Verano Verde en el que un viento cálido transportó el polen del Bosque un largo trecho hacia el oeste, valle adentro, sobre nuestros campos y jardines. Los cultivos crecieron con una rabiosa exuberancia, pero también de un modo extraño y contrahecho. Cualquiera que los probase enfermaba de ira, atacaba a su propia familia y, al final, acababa echando a correr hacia el Bosque y desaparecía si no lo ataban.

Yo tenía seis años en aquella época. Mis padres trataron de protegerme tanto como pudieron, pero aun así recordaba de manera muy vívida el sudor frío que el miedo despertaba por todas partes, lo atemorizado que estaba todo el mundo y el constante aguijonazo del hambre en la barriga. Para entonces ya habíamos dado cuenta de las últimas reservas del año, confiando en la primavera. Un vecino nuestro, loco de hambre, se comió unas judías verdes. Recuerdo los gritos que salieron de su casa aquella noche; me asomé a la ventana y vi cómo mi padre salía corriendo a echar una mano y cómo cogía la horca de la mies del lugar donde ésta descansaba, contra la pared de nuestro cobertizo.

Un día de aquel verano, demasiado pequeña como para entender bien el peligro, me escapé de la vigilancia de mi agotada y famélica madre y eché a correr hacia los bosques. Encontré una zarza medio muerta en un rincón resguardado del viento. Metí la mano entre las duras ramas secas y extraje un racimo de moras que estaba milagrosamente entero, jugoso y perfecto. Cada mora fue un estallido de alegría en la boca. Me comí dos puñados y me llené la falda con el resto; corrí a casa mientras me iban dejando unas manchas violáceas en el vestido, y mi madre se echó a llorar de horror cuando me vio las manchas en la cara. No enfermé: aquella zarza había escapado de la maldición del Bosque, y las moras estaban buenas. Sin embargo, sus lágrimas me aterrorizaron; pasé años rehuyendo las moras.

Ese año el Dragón había sido convocado a la corte. No tardó en regresar, cabalgó directo a los campos e invocó un fuego mágico que quemase todas las cosechas contaminadas, todos los cultivos envenenados. Hasta ahí, era su deber, pero acto seguido recorrió todas las casas en las que alguien había enfermado y les dio a probar un aguardiente mágico que les aclaró la mente. Dio la orden de que las aldeas más al oeste, que habían escapado de la plaga, compartiesen sus cosechas con nosotros, e incluso renunció por completo a su tributo de ese año para que ninguno de nosotros muriese de hambre. La siguiente primavera, justo antes de la siembra, volvió a recorrer los campos para quemar los pocos restos corrompidos antes de que pudiesen volver a echar raíces.

De todos modos, y a pesar de lo mucho que había hecho por nosotros, no le teníamos afecto. Jamás salía de su torre para invitar a los hombres a una ronda en la época de la cosecha como sí lo hacía el barón de las Marismas Amarillas, o a comprar alguna baratija en la feria como tan frecuentemente hacían la dama del barón y sus hijas. En ocasiones, unos grupos ambulantes representaban obras, o llegaba algún músico por el paso de las montañas desde Rosya. Él nunca iba a verlos. Cuando los carreteros le llevaban su tributo, las puertas de la torre se abrían solas, y ellos le dejaban todas las mercancías en la despensa sin verlo siquiera. Nunca cruzaba más de un puñado de palabras con la corregidora de nuestra aldea, ni siquiera con el alcalde de Olshanka, el pueblo más grande del valle, que estaba muy cerca de su torre. No trataba de ganarse nuestro cariño en absoluto; ninguno de nosotros lo conocía.

Y era desde luego un maestro de la brujería oscura. Los relámpagos destellaban alrededor de su torre en las noches despejadas, incluso en invierno. Las pálidas volutas que él liberaba desde su ventana recorrían de noche los senderos y bajaban

por el río camino del Bosque para vigilarlo en su nombre. Y a veces, cuando el Bosque atrapaba a alguien —una pastorcilla que se había acercado demasiado al lindero detrás de su rebaño; algún cazador que hubiera bebido del manantial inapropiado; un desafortunado viajero que cruzase el paso de las montañas tarareando una tonada que no lograra quitarse de la cabeza—, bueno, el Dragón bajaba también de su torre a buscarlos; y aquellos a los que él se llevaba jamás regresaban.

No era malvado, pero sí frío y terrible. Y se iba a llevar a Kasia, así que le odiaba, llevaba odiándolo años y años.

Mis sentimientos no cambiaron en el transcurso de aquella noche. Kasia y yo nos comimos las castañas. El sol descendió y nuestra fogata se consumió, pero nosotras nos quedamos en aquel claro mientras duraron los rescoldos. Tampoco teníamos que irnos muy lejos a la mañana siguiente. La fiesta de la cosecha se solía celebrar en Olshanka, pero en un año de elección, siempre se celebraba en una aldea donde viviese al menos una de las muchachas para facilitarle un poco el camino a las familias. Y nuestra aldea tenía a Kasia.

Odié al Dragón aún más al día siguiente, al ponerme mi elegante vestido verde. A mi madre le temblaban las manos mientras me trenzaba el pelo. Sabíamos que sería Kasia, pero eso no significaba que no tuviéramos miedo. Me recogí las faldas para alejarlas del suelo y subí a la carreta con tanto cuidado como pude, buscando con atención las astillas y dejando que mi padre me ayudase. Estaba decidida a hacer un especial esfuerzo. Sabía que no serviría para nada, pero quería que Kasia supiese que la quería tanto como para darle una oportunidad. No me iba a presentar hecha un desastre, ni me iba a poner bizca o a encorvarme, como hacían las chicas a veces.

Nos congregamos en el prado comunal de la aldea, las once que éramos, en una fila. Las mesas del banquete, muy cargadas, estaban dispuestas en un cuadrado, ya que no eran lo bastante grandes como para albergar el tributo del valle entero. Todo el mundo se había reunido a su alrededor. En las esquinas habían apilado sobre la hierba sacos de trigo y de avena formando pirámides. Éramos las únicas que nos encontrábamos de pie en el prado, con nuestras familias y nuestra corregidora, Danka, que se paseaba nerviosa de un lado a otro moviendo los labios en silencio mientras ensayaba su saludo.

No conocía mucho a las otras chicas. No eran de Dverník. Todas guardábamos silencio, agarrotadas en nuestras elegantes vestimentas y con el pelo trenzado, observando el camino. Aún no había ni rastro del Dragón. Me pasaban por la cabeza fantasías disparatadas. Me imaginaba a mí misma tirándome delante de Kasia cuando llegara el Dragón, y diciéndole que me llevara a mí en su lugar o afirmando que Kasia no deseaba ir con él, pero sabía que me faltaba el valor para hacer nada de eso.

Y entonces llegó, de un modo horrible. No vino por el sendero, sino que apareció de la nada. Yo miraba hacia allí en ese momento: unos dedos en el aire, y después un brazo, una pierna y la mitad de un hombre, algo tan imposible y anormal que no podía dejar de mirarlo por mucho que tuviera el estómago doblado por la mitad. Los demás tuvieron más suerte. Ni siquiera repararon en él hasta que dio su primer paso hacia nosotros, y todos trataron de evitar un respingo de sorpresa.

El Dragón no era como ninguno de los hombres de nuestra aldea. Tendría que haber sido un anciano encorvado y canoso; llevaba un centenar de años viviendo en su torre, pero era alto, un hombre erguido y sin barba, con la piel tersa. De haberlo visto en la calle lo habría tomado por un joven, sólo un poco mayor que yo: alguien a quien podría haber sonreído desde el otro lado de las mesas del banquete, alguien que podría haberme pedido un baile. Pero en su rostro había algo antinatural: unas líneas en la comisura de sus ojos, como si estuviera fuera del alcance de los años, pero sí los hubiera vivido. Aun así no era un rostro feo, pero la frialdad lo hacía desagradable; en él todo te decía: «No soy uno de vosotros, ni tampoco quiero serlo».



Sus ropas eran suntuosas, por supuesto; el brocado de su *zupan* habría dado de comer a una familia durante un año entero, incluso sin los botones de oro. Sin embargo, era tan delgado como un hombre cuya cosecha se hubiera echado a perder tres años seguidos. Se le veía tenso, con la nerviosa energía de un perro de caza, como si estuviese deseando salir de allí cuanto antes. Era el peor día de nuestras vidas, pero a él no le quedaba paciencia para nosotras. Nuestra corregidora, Danka, inclinó la cabeza.

—Mi señor, permitid que os presente a estas...

—Sí, acabemos con esto —la interrumpió.

Sentía cálida la mano de mi padre sobre el hombro mientras él, de pie junto a mí, hacía una reverencia; la mano de mi madre se aferraba con fuerza a la mía al otro lado. Ambos retrocedieron a regañadientes con los demás padres. De manera instintiva, las once chicas nos aproximamos las unas a las otras. Kasia y yo nos hallábamos cerca del final de la fila. No me atreví a cogerle la mano, pero estaba tan cerca de ella que nuestros brazos se tocaron. Miré al Dragón y lo odié, y volví a odiarlo mientras él recorría la fila e iba levantando el rostro de cada muchacha, por el mentón, para mirarla a la cara.

No nos habló a ninguna. No le dijo ni una palabra a la que estaba a mi lado, la chica de Olshanka, aunque su padre, Borys, era el mejor criador de caballos del valle, y ella lucía un vestido de lana teñida de rojo vivo y llevaba los cabellos negros en dos largas y bellas trenzas entrelazadas con ribetes rojos. Cuando llegó mi turno, me miró con una arruga en el ceño —fríos ojos negros y labios pálidos y fruncidos—, y dijo:

—¿Tu nombre, niña?

—Agnieszka —dije yo, o traté de decir; descubrí que tenía la boca seca. Tragué saliva—. Agnieszka —volví a decir en un susurro—. Mi señor.

Me ardía la cara. Bajé la mirada. Vi que, a pesar de todo cuanto me había cuidado, tenía tres grandes manchas de barro en la falda que ascendían desde el dobladillo.

El Dragón avanzó. E hizo una pausa, mirando a Kasia, como no lo había hecho con ninguna de las demás. Permaneció allí con la mano debajo de la barbilla de ella, con una débil sonrisa complacida que le curvó los finos y duros labios, y Kasia lo miró con valentía y sin inmutarse. No trató de hacer que su voz sonara áspera ni chillona, ni nada que no fuese firme y musical al responder.

—Kasia, mi señor.

Él le volvió a sonreír, no con cortesía, sino con la expresión de un felino satisfecho. Continuó hasta el final de la fila como si no tuviera más remedio que hacerlo, sin apenas mirar a las dos muchachas que venían detrás de ella. Oí cómo Wensa tomaba aire de un modo que era casi un sollozo, a nuestra espalda, cuando él se volvió y regresó para observar mejor a Kasia sin borrar de su rostro aquella mirada de satisfacción. Y entonces frunció de nuevo el ceño, volvió la cabeza y me miró fijamente. Yo me había olvidado de mí misma y había acabado cogiéndole la mano a Kasia. La estaba apretando con todas mis fuerzas, y ella correspondía. Se soltó a toda prisa, y yo junté las manos delante de mí temerosa, acalorada. Él se limitó a mirarme un poco entrecerrando los ojos. Luego alzó la mano, y en sus dedos cobró forma una minúscula esfera de llamas de color blanco azulado.

—Ella no tenía ninguna intención... —dijo Kasia, valiente a más no poder, de un modo en que yo no lo había sido por ella. Le temblaba la voz, pero era audible, mientras yo me estremecía como un conejillo sin apartar la mirada de la esfera—. Por favor, mi señor...

—Silencio, niña —dijo el Dragón, y extendió la mano hacia mí—. Tómala.

—Yo... ¿Qué? —respondí desconcertada.

—No te quedes ahí como una cretina —dijo él—. *Tómala*.

Me temblaba tanto la mano cuando la levanté que, por mucho que lo odiase, no pude

evitar un roce contra sus dedos al coger la esfera; su piel ardía febril al tacto. La esfera de llamas, sin embargo, estaba fría como el mármol, y no me hizo ningún daño al tocarla. Sorprendida de puro alivio, la sostuve entre los dedos sin apartar la mirada de ella. Él me contempló con una expresión de fastidio.

—Bueno —dijo de mala gana—, entonces tú, supongo. —Tomó la esfera de mi mano y en un instante la encerró en el puño; se desvaneció tan rápido como había aparecido. Se volvió y le dijo a Danka—: Envíame el tributo cuando puedas.

Yo no lo había entendido aún. No creo que nadie lo hubiese comprendido, ni siquiera mis padres; todo había pasado demasiado rápido, y yo seguía impactada por el hecho de haber llamado siquiera su atención. Tampoco tuve ni la oportunidad de darme la vuelta y despedirme por última vez antes de que él regresara y me cogiese del brazo por la muñeca. Sólo Kasia se movió; volví la cabeza para mirarla y vi que estaba a punto de acercarse como para protestar, pero el Dragón tiró entonces de mí con impaciencia, me arrastró a trompicones y volvió a desvanecerse en el aire.

Yo tenía la otra mano contra la boca, sentía arcadas, cuando volvimos a aparecer de la nada. Al soltarme del brazo caí de rodillas y vomité sin ver siquiera dónde me encontraba. Masculló una exclamación de asco —le había salpicado la larga y elegante punta de la bota de cuero— y dijo:

—Es inútil. Deja de vomitar, niña, y limpia esta porquería. —Se apartó de mí y escuché el eco de sus tacones en las losetas. Desapareció.

Allí me quedé, temblando, hasta que tuve la certeza de que no iba a echar nada más, y entonces me limpié la boca con el dorso de la mano y levanté la cabeza. Me encontraba en un suelo de piedra, pero no de cualquier piedra, sino de puro mármol blanco surcado de vetas de un intenso verde. Era una estancia redonda y pequeña con troneras por ventanas, demasiado altas para mirar por ellas, aunque sobre mi cabeza el techo se inclinaba de forma abrupta. Estaba en lo más alto de la torre.

No había ningún mobiliario en la habitación, ni nada que pudiese emplear para fregar el suelo. Acabé echando mano de la falda de mi vestido: de todos modos ya estaba sucia. Pasados unos instantes, en los que permanecí sentada y me fui sintiendo cada vez más aterrorizada, como no sucedía nada en absoluto me puse en pie y me deslicé tímidamente por el pasillo. Habría tomado cualquier salida de la habitación que no fuese la que él había utilizado, de haber habido una. No la había.

No obstante, él ya se había marchado. El corto pasillo estaba vacío. Tenía bajo los pies el mismo mármol frío y duro, iluminado por una desagradable luz blanquecina que provenía de unas lámparas colgantes. No eran verdaderas lámparas, en realidad, sólo unos trozos de piedra clara y pulida cuyo interior brillaba. Únicamente había una puerta y, más allá de ésta, un arco al fondo que conducía a unas escaleras.

Empujé la puerta para abrirla y eché un vistazo al interior, nerviosa, porque eso era mejor que dejarla atrás sin saber lo que había dentro. Sin embargo, tan sólo daba paso a una habitación pequeña y despejada, con una cama estrecha, una mesita y un sencillo lavamanos. Tenía en el lado opuesto una ventana grande, y pude ver el cielo. Eché a correr hacia ella y me asomé al alféizar.

La torre del Dragón se erguía en las estribaciones del límite occidental de sus tierras. Todo nuestro largo valle se extendía hacia el este, con sus aldeas y sus granjas, y desde aquella ventana podía seguir el trazado entero del Huso, que discurría azul plateado por el centro, con el sendero pardo y polvoriento a su vera. El río y el camino discurrían juntos hasta el extremo opuesto de las tierras del Dragón, zambulléndose en franjas de arboledas y resurgiendo en las aldeas hasta que el camino disminuía para quedar en nada justo antes de la enorme maraña negra del Bosque. El río se adentraba a solas en sus profundidades y se desvanecía para no volver a salir jamás.

Allí estaba Olshanka, el pueblo más cercano a la torre, donde se celebraba el gran mercado los domingos: mi padre me había llevado en dos ocasiones. Más allá, Poniets,

y Radomsko, que se arremolinaba en la orilla de su pequeño lago. Y allí estaba mi querida Dverník con su amplia plaza verde. Pude ver incluso las grandes mesas blancas dispuestas para el banquete al que el Dragón no había querido quedarse, me deslicé hasta quedar de rodillas con la frente apoyada en el alféizar y lloré como una niña.

Pero mi madre no vino a posarme la mano sobre la cabeza; mi padre no tiró de mí y me levantó para hacerme reír y dejar atrás las lágrimas. Allí permanecí sola, sollozando hasta que la cabeza me dolió demasiado, y tras eso me sentí agarrotada y fría, tirada en aquel suelo tan duro que hacía daño; me goteaba la nariz y no tenía nada con lo que limpiarme.

Utilicé para ello otra parte de la falda y me senté en la cama tratando de pensar qué hacer. La habitación estaba vacía, aunque ventilada y arreglada, como si la acabasen de dejar. Y probablemente así era. Alguna otra joven había vivido allí durante diez años, sola por completo, mirando el valle. Ahora se había marchado a casa para despedirse de su familia, y la habitación era mía.

En la pared frente a la cama colgaba un único cuadro en un marco dorado. No tenía ningún sentido, demasiado grande para aquella habitación diminuta, y no era un cuadro, en realidad: tan sólo una franja ancha de color verde pálido, gris parduzco en los bordes, con una brillante línea azul plata que la atravesaba por el centro trazando suaves curvas y otras líneas plateadas más estrechas que surgían de los márgenes para llegar a su encuentro. Me quedé mirándolo y me pregunté si también sería mágico. Jamás había visto nada parecido.

Pero en ciertos lugares a lo largo de la línea plateada había círculos pintados en intervalos que me resultaban familiares, y pasado un instante caí en la cuenta de que el cuadro también era el valle sólo que plano, tal y como lo habría visto un pájaro desde las alturas. Aquella línea plateada era el Huso, que discurría por el valle desde las montañas y se adentraba en el Bosque, y los círculos eran las aldeas. Los colores eran vibrantes, la pintura satinada y en un relieve de minúsculos picos. Casi podía ver las ondulaciones en el río, el brillo de los rayos del sol sobre sus aguas. Te atraía y lograba que no quisieras dejar de mirarlo, sin descanso. Pero al mismo tiempo no me gustaba. Era una caja dibujada alrededor del valle vivo, que lo enclaustraba, y mirarlo hacía que yo misma me sintiera encerrada.

Aparté la mirada. No me veía capaz de quedarme en la habitación. No había desayunado nada, ni cenado la noche anterior; todo aquello había sido un trago muy amargo. Debería tener menos apetito ahora, cuando me había sucedido algo peor que cualquier cosa que me hubiera imaginado, pero, en cambio, tenía un hambre que hasta me dolía, y no había ningún criado en la torre, así que nadie iba a traerme la cena. Entonces se me ocurrió algo peor: ¿y si el Dragón esperaba que le llevase yo la suya? Y, acto seguido, algo todavía peor que eso: ¿y después de la cena? Kasia siempre decía que ella creía a las mujeres que regresaban, que el Dragón no les ponía la mano encima. «Hace ya un centenar de años que se lleva chicas —decía siempre con firmeza—. Una de ellas lo habría admitido y se habría sabido.»

Sin embargo, unas semanas atrás, Kasia le había pedido en privado a mi madre que le contase qué sucedía cuando una joven se casaba, que le explicase lo que le habría contado su propia madre la noche antes de su boda. Las oí por la ventana al regresar de los bosques, me quedé escondida y escuché mientras unas lágrimas ardientes me caían por las mejillas. Estaba enfadada, muy enfadada por mi amiga Kasia.

Ahora, ésa sería yo. Y yo no era valiente, me veía incapaz de respirar hondo para no quedarme agarrotada, tal y como mi madre le dijo a Kasia que hiciese para que no le doliera. Me descubrí imaginándome por un terrible momento el rostro del Dragón muy cerca del mío, más aún que cuando me había inspeccionado en la elección: sus ojos negros, fríos y brillantes como una piedra, esos dedos, duros como el hierro, tan

extrañamente cálidos, apartando el vestido de mi piel mientras él me miraba con esa perfecta sonrisa de satisfacción. ¿Y si todo él era tan ardiente y lo fuera a sentir casi como un tizón al rojo, por todo el cuerpo, mientras él se colocaba sobre mí y...?

Me sacudí de encima estos pensamientos y me puse en pie. Eché un vistazo a la cama y a aquella habitación pequeña y cerrada sin ningún lugar donde esconderse, y acto seguido salí y recorrí de nuevo el pasillo. Allí estaba la escalera, al fondo, que descendía en una espiral cerrada, de forma que no podía ver lo que me aguardaba a la vuelta. Puede parecer estúpido tener miedo de bajar por una escalera, pero yo estaba aterrorizada. Estuve a punto de volver a la habitación. Acabé poniendo una mano sobre la pared de piedra lisa y bajé despacio, situando ambos pies en cada peldaño y deteniéndome a escuchar antes de seguir bajando.

Después de haber descendido una vuelta entera y que nada se me hubiese echado encima, empecé a sentirme como una idiota y a caminar más rápido. Pero di otra vuelta sin llegar aún a un descansillo; y otra vuelta más, y de nuevo comencé a sentir miedo, esta vez de que la escalera fuese mágica y continuara así para siempre, y..., bueno. Empecé a ir más y más rápido y bajé tres escalones de golpe hasta un descansillo, entonces me di de bruces con el Dragón.

Yo era escuálida, pero mi padre era el hombre más alto de la aldea, y yo le llegaba por el hombro, y el Dragón no era un hombre muy grande. Casi nos caímos juntos por las escaleras. Se agarró de la barandilla con una mano, rápido, me cogió del brazo con la otra y de algún modo se las arregló para evitar que ambos aterrizásemos en el suelo. Me encontré muy inclinada sobre él, aferrada a su abrigo y mirando fijamente su asombrado rostro. Por un segundo permaneció demasiado perplejo como para pensar, y cobró el aspecto de un hombre normal y corriente sobresaltado por algo que se le abalanza, con una expresión un poco tonta y blanda, los labios separados y los ojos muy abiertos.

Yo misma estaba tan sorprendida que no moví un músculo, permanecí quieta, mirándole impotente y boquiabierta, y él se recuperó enseguida; una expresión iracunda le barrió la cara, y me puso de pie en el suelo de un empujón. Entonces reparé en lo que acababa de hacer y, antes de que él pudiese hablar, solté en un ataque de pánico:

—¡Estoy buscando la cocina!

—Desde luego —dijo él con suavidad.

Su expresión ya no tenía nada de blando, y no me había soltado el brazo. Me agarraba con mucha fuerza, me hacía daño; podía sentir el calor a través de la manga del vestido. Me atrajo hacia él de un tirón y se inclinó hacia mí, y creo que le hubiera gustado mirarme desde más arriba, y que el hecho de no poder le enfadaba todavía más. De haber tenido un instante para pensarlo, me habría echado hacia atrás para parecer más pequeña, pero estaba demasiado cansada y asustada, así que su rostro quedó justo ante el mío, tan cerca que tuve su aliento en los labios y sentí su frío y malicioso susurro:

—Quizá debería mostrarte yo el camino.

—Yo puedo..., puedo... —intenté decir, temblando y tratando de apartarme de él.

Se volvió y me arrastró escaleras abajo mientras dábamos vueltas y más vueltas, cinco esta vez, antes de llegar al siguiente descansillo, y después otras tres vueltas más, la luz cada vez más tenue, antes de sacarme a rastras hacia el piso inferior de la torre, una sola estancia enorme sin muebles, un calabozo de piedra viva con una enorme chimenea en forma de boca de la que se elevaban llamas endemoniadas.

Me acercó a la chimenea y, por un instante aterrador, pensé que pretendía tirarme dentro. Era fuerte, mucho más de lo que correspondería a su tamaño, y no le había costado llevarme escaleras abajo detrás de él, pero no iba a permitir que me echase al fuego. Yo no era una niña fina y callada; me había pasado toda la vida corriendo por los

bosques, trepando a los árboles y atravesando zarzas, y el pánico me daba fuerzas. Chillaba mientras él tiraba de mí para acercarme más, y me retorcí en un arrebatado de forcejeos y zarpazos hasta que, esta vez sí, conseguí tirarlo al suelo.

Caí con él. Nuestras cabezas golpearon contra las losetas del suelo, y permanecimos tumbados y aturcidos un momento con las extremidades entrelazadas. El fuego saltaba y crepitaba junto a nosotros y, a medida que se me pasaba el pánico, advertí que en la pared de al lado había las portezuelas de hierro de un horno, un espetón de asar delante y, encima, una amplia balda con cacerolas para cocinar. Sólo era la cocina.

Pasado un segundo, me dijo en un tono casi maravillado:

—¿Has perdido el juicio?

—Creía que me ibais a meter en el horno —dije, aún aturdida, y me eché a reír.

No era una risa de verdad: a esas alturas estaba medio histérica, hecha un nudo y hambrienta, con magulladuras en los tobillos y en las rodillas después de haber sido arrastrada por las escaleras, tenía un dolor de cabeza como si me hubiese roto el cráneo, y simplemente no podía parar.

Sólo que él no sabía eso. Todo cuanto sabía era que la estúpida cría de la aldea que había escogido se estaba riendo de él, el Dragón, el más grande mago del reino y su amo y señor. No creo que nadie se hubiera reído de él en un centenar de años. Liberó a empujones sus piernas de entre las mías, se puso en pie y me miró desde lo alto, indignado como un gato. Yo me reí con más fuerza, y él me dio la espalda de forma abrupta y me dejó allí riéndome en el suelo, como si no se le ocurriera qué otra cosa hacer conmigo.

Una vez se hubo marchado, mis risas disminuyeron hasta desvanecerse, y de algún modo me sentí menos vacía y temerosa. Al fin y al cabo, no me había metido en el horno, ni siquiera me había azotado. Me levanté y observé la estancia: costaba verla, porque la luz de la chimenea era muy intensa y porque no había más luces encendidas, pero cuando me mantuve de espaldas a las llamas sí logré distinguir la habitación: había huecos y paredes bajas con estantes repletos de brillantes botellas de cristal, y vino, advertí. Mi tío había traído una vez una botella a casa de mi abuela, por el solsticio de invierno.

Vi un montón de provisiones: barriles de manzanas empaquetadas en paja, sacos de patatas, zanahorias y chirivías, largas ristras de cebollas. En una mesa en el centro de la estancia vi un libro puesto de pie que tenía al lado una vela apagada, un juego de escritorio y una pluma. Al abrirlo encontré un registro de todas las provisiones escrito con letra firme. Al final de la primera página había una nota escrita con letra muy pequeña; cuando encendí la vela y me agaché, apenas pude leerla:

*Desayuno a las ocho, comida a la una, cena a las siete. Deja la comida lista en la biblioteca, cinco minutos antes, y ni te hará falta verle* —no tenía que decir a quién— *en todo el día. ¡Valor!*

Gran consejo. Aquel «¡Valor!» era como el roce de una mano amiga. Me aferré al libro y lo apreté contra mí, sintiéndome menos sola por primera vez en todo el día. Parecía aproximarse el mediodía, y el Dragón no había comido en nuestra aldea, así que empecé a pensar en la cena. No era una gran cocinera, pero mi madre había insistido hasta que fui capaz de preparar un menú, y yo me encargaba de recolectar los alimentos para la familia, de manera que sabía diferenciar bien lo fresco de lo podrido y si una pieza de fruta estaría dulce o no. Nunca había tenido tantas provisiones a mi disposición: había incluso cajones de especias que olían como la tarta del solsticio de invierno, y un tonel entero lleno de sal gris, fresca y suave.

En un extremo de la estancia había un lugar extrañamente frío donde hallé carne colgada: un venado entero y dos liebres grandes; también había un cajón con paja repleto de huevos. Una barra de pan fresco y ya horneado descansaba envuelta en un paño en el hogar, y a su lado descubrí una cacerola entera de estofado de conejo,

alforfón y guisantes pequeños. Lo probé: era digno de un día de fiesta, salado y un poco dulce, y tan tierno que se deshacía en la boca; otro regalo de aquella mano anónima del libro.

Yo no sabía cómo preparar unos alimentos como aquéllos, en absoluto, y me daba pavor que el Dragón lo esperase. Pero, de todas formas, estaba inmensamente agradecida por tener aquella cacerola ya lista. Volví a colocarla en la rejilla sobre el fuego para que se calentase —y me manché el vestido al hacerlo—, puse dos huevos en un plato y lo metí en el horno para que se cociesen. Encontré una bandeja, un cuenco, un plato y una cuchara. Cuando el conejo estuvo listo, lo coloqué en la bandeja, corté el pan —tuve que cortarlo, porque había arrancado el extremo de la barra y me lo había comido mientras esperaba a que se calentara el conejo— y saqué mantequilla. Incluso asé una manzana con las especias: mi madre me había enseñado a hacerlo para nuestras cenas de los domingos en invierno, y aquí había tantos hornos que la pude asar mientras se preparaba todo lo demás. Hasta me sentí un poco orgullosa de mí misma cuando todo estuvo dispuesto en la bandeja: parecía una celebración, aunque extraña, con lo justo para un solo hombre.

La llevé escaleras arriba con cuidado, pero me di cuenta demasiado tarde de que no sabía dónde estaba la biblioteca. De haberlo pensado un poco, habría llegado a la conclusión de que no se encontraba en el piso más bajo, y así era, desde luego, aunque no lo descubrí hasta después de haberme paseado con la bandeja por un enorme salón circular con las ventanas cubiertas por unas cortinas y un sólido sillón con aspecto de trono al fondo. En la otra punta había una puerta, pero al abrirla me topé tan sólo con el vestíbulo de entrada y las enormes puertas de la torre, tres veces más altas que yo y atrancadas con un grueso tablón de madera en unos soportes de hierro.

Di la vuelta, regresé por el pasillo hacia las escaleras, subí hasta el siguiente descansillo y allí vi el suelo de mármol cubierto con unas suaves pieles. Jamás había visto una alfombra hasta entonces. Por eso no había oído los pasos del Dragón. Recorrí el pasillo sigilosa e inquieta, y me asomé a la primera puerta. Retrocedí a toda prisa: la habitación estaba llena de mesas alargadas, botellas extrañas, pociones burbujeantes y chispazos antinaturales de colores que no surgían de chimenea alguna; no quise pasar un segundo más allí dentro. Pero aun así me las ingení para engancharme el vestido en la puerta y rasgarlo.

Por último, la puerta siguiente, al otro lado del pasillo, daba acceso a una habitación rebotante de libros: estanterías de madera repletas de ellos desde el suelo hasta el techo. Olía a polvo, y sólo había unas pocas ventanas estrechas que arrojaran luz al interior. Me alegré tanto de haber encontrado la biblioteca que al principio no me di cuenta de que el Dragón estaba allí: sentado en una pesada silla con un libro en una mesilla sobre sus piernas, tan grande que cada página tenía la longitud de mi antebrazo, con un candado de oro colgando de la cubierta del volumen abierto.

Me quedé petrificada mirándole, como si me hubiese traicionado el consejo del libro. De algún modo había supuesto que el Dragón se quitaría oportunamente de en medio hasta que yo tuviera la oportunidad de llevarle la comida. Él no había levantado la cabeza para mirarme, pero en lugar de desplazarme en silencio con la bandeja hasta la mesa del centro de la sala, dejarla allí y marcharme corriendo, permanecí en el umbral y dije:

—He..., he traído la cena. —No quería marcharme hasta que él me lo indicase.

—¿De verdad? —dijo él, cortante—. ¿Sin caerte en una fosa por el camino? Estoy sorprendido. —Entonces sí me miró y frunció el ceño—. ¿O sí te has caído en una fosa?

Bajé la vista. La falda tenía una mancha enorme y fea de vómito —la había limpiado lo mejor que pude en la cocina, pero no había salido del todo— y otra allá donde me

había sonado la nariz. Había tres o cuatro manchas de estofado y unas cuantas salpicaduras más de la palangana en la que había fregado los cacharros. El dobladillo continuaba embarrado desde la mañana, y ya le había hecho unos cuantos rotos más sin darme cuenta. Mi madre me había trenzado y enrollado el pelo esa mañana y me lo había recogido, pero los moños se me habían ido deshaciendo, y ahora no eran más que unos nudos enmarañados que me colgaban a la altura del cuello.

No me había dado cuenta; no era nada que se saliese de lo normal en mí, salvo que bajo aquel desastre llevaba un bonito vestido.

—Estaba..., he cocinado y he limpiado... —traté de explicar.

—Lo más sucio que hay en toda esta torre eres tú —dijo él.

Cierto, aunque cruel de todas formas. Me sonrojé y me dirigí cabizbaja hacia la mesa. Lo coloqué todo y lo revisé, y con una sensación de pesadumbre reparé en que con el tiempo que me había pasado dando vueltas, todo se había quedado frío excepto la mantequilla, que ahora era una masa reblandecida en su platito. Hasta mi maravillosa manzana asada se había solidificado.

Me quedé mirándolo consternada, tratando de decidir qué hacer. ¿Debería llevármelo todo abajo? ¿O a lo mejor no le importaba? Me di la vuelta para mirarle y casi grito. Se hallaba justo detrás de mí observando la comida por encima de mi hombro.

—Ya veo por qué temías que te asase —dijo mientras se inclinaba para levantar una cucharada del estofado después de atravesar la capa de grasa que se enfriaba en la superficie, y volvió a vaciarla en el cuenco—. Tú serías mejor plato que esto.

—No soy una cocinera espléndida, pero... —empecé a decir con la intención de explicarle que no era tan horrible, sólo que no estaba acostumbrada; él me interrumpió con un bufido.

—¿Hay algo que sepas hacer? —me preguntó en tono de burla.

Si estuviese más preparada para servir; si alguna vez se me hubiera ocurrido que de verdad podía elegirme a mí; si me hubiese preparado; si me hubiera sentido menos triste y agotada y si me hubiese sentido un poco orgullosa de mí en la cocina; si él no me hubiese tomado el pelo por ir hecha un trapo, como lo hacían todos mis seres queridos, pero con malicia en lugar de afecto... Si se hubiera dado alguna de esas cosas, y si yo no me lo hubiese llevado por delante en las escaleras, es probable que me hubiese limitado a sonrojarme y a salir corriendo.

En cambio, lo que hice fue tirar la bandeja sobre la mesa, fuera de mí, y gritar:

—¿Por qué me habéis escogido a mí, entonces?! ¡¿Por qué no os habéis llevado a Kasia?!

Cerré el pico en cuanto lo hube dicho, avergonzada y horrorizada. Estaba a punto de abrir la boca para retirarlo, para decirle que lo sentía, que no iba en serio, que no insinuaba que debería ir y llevarse a Kasia en mi lugar; que le prepararía otra bandeja...

—¿A quién? —preguntó él con impaciencia.

Lo miré boquiabierta.

—¡A Kasia! —exclamé, pero él se limitó a mirarme como si estuviera dando más pruebas de mi imbecilidad, y en la confusión olvidé mis nobles intenciones—. ¡Os la ibais a llevar a ella! Ella es..., es lista y valiente, y una cocinera espléndida, y...

A cada instante parecía más irritado.

—Sí —me interrumpió entre dientes—, recuerdo a esa niña: ni tenía cara de caballo ni era un desastre espantoso, y me imagino que tampoco estaría refunfuñándome en este preciso momento: ya basta. Vosotras, las aldeanas, sois todas un tedio al principio, unas más y otras menos, pero tú estás demostrando ser verdadera y notablemente incompetente.

—¡Pues no tenéis que quedaros conmigo! —estallé, herida y enfadada, irritada y con cara de caballo.

—Muy a mi pesar —dijo él—, ahí es donde te equivocas.

Me cogió la mano por la muñeca y me dio rápidamente la vuelta: permaneció a mi espalda, muy cerca, y me estiró el brazo sobre la comida en la mesa.

—*Lirintalem* —dijo, una palabra extraña que sonó líquida en sus labios y resonó nítida en mis oídos—. Dilo conmigo.

—¿Qué? —Jamás había oído esa palabra.

Sin embargo, él se aproximó más aún y presionó contra mi espalda, me acercó la boca al oído y susurró, terrible:

—¡Dilo!

Temblé, y tan sólo con la esperanza de que me liberase, la dije con él, «*Lirintalem*», mientras me sostenía la mano extendida sobre la comida.

El aire se onduló sobre las viandas, una visión horrible, como si todo el mundo fuera un estanque en el que él tiraba piedras. Cuando se asentó de nuevo, la comida había cambiado por completo. Donde estaban los huevos cocidos había un pollo asado; en lugar del cuenco de estofado de conejo, un montón de habas de primavera pequeñas y frescas, aunque hacía siete meses que no era temporada; en lugar de la manzana asada, una tartaleta de rodajas de manzana finas como el papel, salpicada de pasas gruesas y bañada en miel.

Me soltó. Me tambaleé y me agarré al borde de la mesa, sentía los pulmones vacíos como si alguien se me hubiera sentado en el pecho; como si me hubiesen estrujado para sacarme el zumo como a un limón. Los ojos me hicieron chiribitas, y me incliné medio desmayada. Lo veía de forma distante, cómo observaba él la bandeja con un extraño gesto en la frente fruncida, como si estuviera al tiempo sorprendido e irritado.

—¿Qué me habéis hecho? —susurré cuando pude volver a respirar.

—Deja de quejarte —dijo con desdén—. No es nada más que un conjuro. —Cualquier sorpresa que hubiera podido sentir se había desvanecido; hizo un gesto con la mano hacia la puerta conforme se sentaba a la mesa ante su comida—. Muy bien, márchate. Está claro que me harás desperdiciar una desmesurada cantidad de tiempo, pero por hoy ya he tenido suficiente.

Por lo menos, estaba encantada de obedecer aquello. No traté de recoger la bandeja, me limité a salir despacio y en silencio de la biblioteca con la mano acunada contra el cuerpo. Aún me notaba tan débil que trastabillaba. Tardé cerca de media hora en llegar al piso más alto, escaleras arriba, después me metí en la pequeña habitación y cerré la puerta, empujé el tocador para ponerlo delante y me dejé caer en la cama. Si el Dragón se acercó hasta la puerta mientras dormía, yo no oí nada.



No vi al Dragón durante los siguientes cuatro días. Los pasé en la cocina de la mañana a la noche: había encontrado unos libros de recetas y estuve trabajándome todas las que contenían, una tras otra, frenética, tratando de convertirme en la cocinera más espléndida de la que nadie hubiera oído hablar. Había en la despensa suficiente comida como para que no me importase lo que utilizaba; si algo estaba malo, me lo comía yo. Seguí el consejo del libro y le llevaba las comidas a la biblioteca cinco minutos exactos antes de la hora, tapaba los platos y salía corriendo. Él nunca volvió a estar allí cuando yo aparecía, lo que me dejaba satisfecha y sin ninguna queja por su parte. Había en mi habitación una caja con prendas de ropa bastante sencillas que, más o menos, me valían: llevaba las piernas al descubierto de rodilla para abajo, y los brazos desde el codo, y me las tenía que atar en la cintura, pero iba más arreglada que nunca.

No deseaba complacerle, pero sí quería evitar que me volviese a hacer aquello, fuera el hechizo que fuera. Me había despertado cuatro veces en una noche por culpa de los sueños, sintiendo la palabra *lirintalem* en los labios y saboreándola como si mi boca fuese su sitio, y notando la mano del Dragón que me quemaba el brazo.

El temor y el trabajo no eran del todo malos, en lo que a la compañía se refiere. Ambos eran mejores que la soledad y que los miedos más profundos, los peores, que yo sabía que se harían realidad: que no volvería a ver a mis padres en diez años, que nunca volvería a vivir en mi propia casa, que jamás volvería a correr en libertad por los bosques, que fuera la que fuese aquella extraña alquimia que actuaba sobre las muchachas del Dragón pronto empezaría a apoderarse de mí y a convertirme en alguien a quien no reconocería al final del proceso. Mientras estaba cortando y asándome de calor delante de los hornos, al menos no tenía que pensar en nada de eso.

Pasados unos días, cuando me di cuenta de que el Dragón no iba a venir y a utilizar conmigo aquel conjuro en todas las comidas, contuve mi frenesí en la cocina. Pero entonces me encontré con que no tenía otra cosa que hacer, ni aunque buscase alguna tarea. Tan grande como era la torre, no hacía falta limpiarla: no se había acumulado polvo en los rincones ni en los alféizares, ni siquiera en las minúsculas vides talladas en el marco dorado.

Seguía sin gustarme el cuadro del mapa en mi habitación. Todas las noches me imaginaba que oía cómo salía de él un tenue gorgoteo, como si cayese agua por un canalón, y allí estaba el cuadro colgado en la pared un día tras otro, con su alarde de gloria, tratando de obligarme a mirarlo. Después de observarlo con el ceño fruncido, bajé las escaleras. Vací un saco de nabos en el sótano, lo descosí por las costuras y utilicé la tela para cubrirlo. De golpe, me sentí mejor en mi alcoba una vez estuvieron ocultos tanto oro y esplendor.

Pasé el resto de la mañana mirando de nuevo por la ventana sobre el valle, sola y con añoranza. Era un día laborable, así que había hombres en los campos recogiendo la cosecha y mujeres lavando la ropa en el río. Incluso el Bosque me resultaba casi reconfortante, con su grandiosa negrura silvestre e impenetrable: una constante inmutable. El gran rebaño de ovejas que pertenecía a Radomsko pastaba en las pendientes más bajas de las montañas en el extremo septentrional del valle; parecían una nube blanca a la deriva. Me quedé un rato mirando cómo deambulaban y lloré un poco, pero hasta el dolor tiene sus límites. Llegada la hora de comer, estaba mortalmente aburrida.

Mi familia no era rica ni pobre; teníamos siete libros en casa. Yo sólo había leído cuatro de ellos; me había pasado prácticamente todos los días de mi vida más al aire libre que bajo techo, aun en invierno y bajo la lluvia. Pero ya no tenía tantas opciones, así que cuando le llevé la bandeja de la comida aquel mediodía, eché un vistazo a los estantes.

Seguro que no causaba ningún daño si cogía uno. Seguro que las otras chicas habían cogido libros, ya que todo el mundo hablaba de lo cultas que eran cuando abandonaban el servicio.

Así que me atreví a acercarme a una estantería y tomé un libro que casi estaba pidiendo que lo tocasen: tenía una bella encuadernación en un cuero bruñido del color del trigo que brillaba a la luz de las velas, suntuoso y atrayente. Una vez lo hube cogido, vacilé: era más grande y más pesado que cualquiera de los libros de mi familia, y, además de eso, la cubierta tenía grabados unos hermosos dibujos pintados en oro. Sin embargo, carecía de candado, así que lo subí a mi cuarto con una cierta sensación de culpabilidad y tratando de convencerme a mí misma de que estaba siendo una boba por sentirme así.

Entonces lo abrí, y me sentí aún más estúpida, porque no era capaz de entenderlo en absoluto. No de la manera habitual. No es que no conociera las palabras, o que no supiese qué significaba la suficiente cantidad de ellas: las había entendido todas, así como todo cuanto había leído en las tres primeras páginas, y luego había hecho una pausa y me había preguntado de qué trataba el libro. Y no había sido capaz de decirlo; no tenía la menor idea de lo que acababa de leer.

Retrocedí y lo volví a intentar, y una vez más me creí segura de estar entendiéndolo, y todo ello sonaba perfectamente lógico; incluso mejor que perfectamente lógico: transmitía la sensación de la verdad, de algo que yo siempre había sabido y que nunca había expresado en palabras, la sensación de estar explicando de forma clara y llana algo que yo jamás había comprendido. Asentía satisfecha, avanzando bien, y esta vez llegué hasta la quinta página antes de percatarme de que no sería capaz de contarle a nadie lo que decía en la primera, ni tampoco en la anterior, en realidad.

Fulminé el libro con una mirada de resentimiento, lo volví a abrir por la primera página y empecé a leer en voz alta tomándome mi tiempo con cada vocablo. Aquellas palabras sonaban como el trino de los pájaros en mis labios, hermosas, fundiéndose como la fruta azucarada. Aún me veía incapaz de seguirles el hilo mentalmente, pero continué leyendo en un tono de ensoñación hasta que la puerta se abrió de golpe.

Por entonces había dejado de bloquear la puerta con el mobiliario. Estaba sentada en la cama, que había colocado bajo la ventana para aprovechar la luz, y el Dragón se encontraba justo al otro lado de la estancia, enmarcado por la puerta. La sorpresa me dejó paralizada, y dejé de leer, con la boca abierta. Estaba furioso: los ojos le brillaban, terribles, extendió una mano y dijo:

—*Tualidetal.*

El volumen trató de saltar de mis manos y atravesar volando el cuarto hasta él. Me aferré al libro ciegamente por algún instinto de lo más imprudente. Él forcejeó contra mí en un intento por liberarse, pero en mi estúpida obstinación tiré con fuerza y conseguí atraerlo de vuelta a mis brazos. El Dragón me miró asombrado, y su ira se tornó aún más fiera; cruzó con paso airado la minúscula habitación mientras yo, tarde, intentaba retroceder con manos y pies, pero no había donde ir. Se me echó encima en un instante, y me lanzó de espaldas contra las almohadas.

—Bien —dijo con voz suave mientras su mano me presionaba la clavícula y me sujetaba con facilidad contra la cama.

Me sentí como si el corazón me rebotase entre el esternón y la espalda y me sacudiese a cada latido. Me arrebató el libro con una mano —al menos no fui tan estúpida como para seguir sujetándolo— y lo lanzó con un gesto fácil para que aterrizase sobre la mesilla.

—Eres Agnieszka, ¿no? Agnieszka de Dvernik.

Parecía que aguardaba una respuesta.

—Sí —susurré.

—Agnieszka —murmuró él inclinándose mucho sobre mí, y me percaté de que tenía la

intención de besarme.

Estaba aterrorizada, y aun así casi deseaba que lo hiciese y que acabase de una vez con ello, de modo que no tuviera que estar tan asustada, pero no fue eso lo que hizo. Se inclinó tanto sobre mí que me veía mis ojos reflejados en los suyos:

—Cuéntame, querida Agnieszka, ¿de dónde eres en realidad? ¿Te ha enviado el Halcón? ¿O tal vez incluso el rey en persona?

Dejé de mirar aterrorizada sus labios, y le miré a los ojos.

—Yo..., ¿qué? —dije.

—Lo descubriré —dijo él—. Por muy refinado que sea el hechizo de tu señor, tendrá alguna brecha. Tu... *familia* —pronunció con desdén— tal vez crea que te recuerda, pero no tendrá todos los objetos propios de una infancia. Un par de mitones o un gorro viejo, una colección de juguetes rotos... no encontraré esas cosas en tu casa, ¿verdad que no?

—¿Todos mis juguetes estaban rotos? —dije con impotencia, aferrándome a la única parte de aquello que había entendido—. Pues..., ¿sí? Toda mi ropa estaba siempre vieja, a base de retales...

Me empujó con fuerza contra la cama y se inclinó sobre mí.

—¡No te atrevas a mentirme! —dijo entre dientes—. Te arrancaré la verdad de la garganta...

Sus dedos se apoyaban en mi cuello; tenía una pierna sobre la cama, entre las mías. En un arrebató de pánico, le puse las manos en el pecho y empujé contra la cama con todas mis fuerzas, y conseguí que nos levantásemos los dos. Caímos juntos al suelo con fuerza, él debajo de mí, y me incorporé rápido como un conejillo y eché a correr hacia la puerta. Salí volando hacia las escaleras. No sé adónde creía yo que iba: no habría sido capaz de salir por la puerta principal, y no había ningún otro sitio adonde ir, pero corrí igualmente. Bajé dos tramos a trompicones y, al oír sus pasos acercándose, persiguiéndome, me metí de golpe en la penumbra del laboratorio con todos sus vapores siseantes y su humo. Gateé a la desesperada bajo las mesas hasta un rincón oscuro detrás de una vitrina alta y encogí las piernas.

Había cerrado la puerta al entrar, pero por lo visto eso no impidió que supiese dónde me había metido. La abrió y miró dentro de la estancia, y yo lo vi a él por encima de una mesa, una expresión fría y enfadada entre dos vasos de precipitados de cristal, el rostro teñido del tono verdoso de los fuegos. Rodeó la mesa con paso firme y sin prisa, y cuando bordeó el extremo, yo salí disparada a gatas en dirección contraria en un intento por alcanzar la puerta... Se me había ocurrido encerrarlo. Pero rocé la estantería estrecha contra la pared. Uno de los tarros que tenía puesto un tapón me golpeó en la espalda, rodó y se estampó en el suelo a mis pies.

A mi alrededor ascendió una columna de humo gris, se me introdujo por la nariz y por la boca y me asfixió, me inmovilizó. Me escocían los ojos y no podía parpadear, no podía levantar la mano para frotármelos, mis brazos se negaban a responder. Las toses se me quedaron atrapadas en la garganta y cesaron; me quedé paralizada allí, todavía agazapada en el suelo. Sin embargo, ya no sentía temor y, al cabo de un instante, tampoco estaba incómoda. Era como si, de algún modo, fuese al mismo tiempo infinitamente pesada y ligera, distante. Oí cómo muy leves, muy lejanos, los pasos del Dragón se aproximaban y se detenían ante mí, y me dio igual lo que fuese a hacer.

Permaneció allí mirándome desde arriba con una fría impaciencia. No traté de imaginar lo que iba a hacer el Dragón; no podía ni pensar ni imaginar. El mundo se había vuelto muy gris y muy quieto.

—No —dijo él pasado un momento—. No, tú no puedes ser una espía.

Se dio la vuelta y me dejó allí. No soy capaz de precisar por cuánto tiempo: podría haber sido una hora, una semana o un año, aunque más adelante supe que sólo había

sido medio día. Por fin regresó con una expresión de disgusto en la boca. Sostuvo en alto un pequeño objeto de trapo que una vez fue un cerdito, tejido con lana y relleno de paja, antes de que lo llevase a rastras conmigo por los bosques durante los primeros siete años de mi vida.

—Así que no eres una espía —dijo—. Sólo una espabilada.

Acto seguido me posó la mano en la cabeza y añadió:

—*Tezavon tahozh, tezavon tahozh kivi, kanzon lihush.*

Más que recitar aquellas palabras las entonó, casi como una canción, y mientras él hablaba, el color, el tiempo y el aliento regresaron al mundo; mi cabeza se liberó y yo la aparté de debajo de su mano. La piedra se desvanecía lentamente de mi cuerpo. Se me soltaron los brazos en un aspaviento por agarrarse a lo que fuese mientras las piernas aún pétreas me tenían clavada en el sitio. Me cogió las muñecas de manera que, cuando terminé de liberarme por completo, su mano me tuvo sujeta sin posibilidad de huir.

Sin embargo, no lo intenté. Mis pensamientos, de repente libres, corrían en mil direcciones, como si estuviesen recuperando el tiempo perdido, pero se me ocurrió que bien podía haberme dejado de piedra, si es que quería hacerme algo terrible, y por lo menos había dejado de verme como una especie de espía. No comprendía por qué pensaba que alguien le espiaba, y mucho menos el rey; él era el mago del rey, ¿no?

—Y ahora me lo vas a contar: ¿qué estabas haciendo? —me preguntó. Aún había una mirada de sospecha en sus ojos, fríos y brillantes.

—Sólo quería un libro para leer —le dije—. Yo no..., no pensé que fuera nada malo...

—Y por casualidad cogiste *La invocación de Luthe* de la estantería, para leer un rato —dijo con un sarcasmo cortante—, por puro azar... —Y entonces, quizá, mi expresión de alarma y desconcierto le convencieron, y se detuvo y me miró con una cara de indisimulada irritación—. Tienes un don sin igual para el desastre.

Frunció el ceño y bajó la cabeza, y yo seguí su mirada hacia los añicos del tarro de cristal que había a nuestros pies; exhaló un bufido entre dientes y dijo de forma abrupta:

—Limpia eso y ven después a la biblioteca. Y no toques nada más.

Se marchó indignado y me dirigí a la cocina en busca de unos trapos y un cubo con los que recoger los cristales. También fregué el suelo, aunque no había rastro de nada derramado, como si la magia se hubiera consumido igual que el licor en un pudín. Me detenía constantemente y levantaba la mano del suelo para mirarla del derecho y del revés y asegurarme de que la piedra no me volvía a trepar por las yemas de los dedos. No pude evitar preguntarme para qué tendría el Dragón en su estantería un tarro con aquello, y si alguna vez lo habría utilizado con otra persona, alguien que se habría convertido en una estatua en alguna parte, con los ojos clavados y el tiempo que se arremolinaba a su alrededor. Me estremecí.

Tuve mucho, mucho cuidado de no tocar nada más en aquella habitación.

El libro que había cogido se encontraba de vuelta en su sitio cuando por fin me preparé y me dirigí a la biblioteca. Él se paseaba, había dejado su libro en la mesilla, apartada y abandonada, y cuando entré me volvió a mirar con el ceño fruncido. Bajé la cabeza: llevaba en la falda las marcas húmedas de haber fregado, una falda que, además, era muy corta y apenas me tapaba las rodillas. Las mangas del vestido estaban peor. Me había caído huevo en los puños aquella mañana, al prepararle el desayuno, y me había chamuscado un poco el codo al sacar la tostada antes de que se quemase.

—Empezaremos con eso, entonces —dijo el Dragón—. No veo la necesidad de sufrir tal desagrado cada vez que te miro.

Cerré la boca para tragarme las disculpas: si comenzaba a pedir perdón por ir desaliñada, me pasaría el resto de la vida disculpándome. Unos pocos días en la torre me habían bastado para ver que amaba las cosas bellas. Ni siquiera había entre sus

legiones de libros dos que fuesen exactamente iguales: encuadernados en cuero de diferentes colores, con cierres y bisagras de oro e incluso salpicados con diminutas incrustaciones de brillantes. Todo aquello en lo que uno pudiese posar la mirada —ya fuera una pequeña copa de vidrio soplado en el alféizar de una ventana de la biblioteca, o el cuadro de mi habitación— era bello y quedaba apartado en su sitio, donde pudiese brillar sin distracciones. Yo era un pegote de mugre en aquella perfección. Pero me daba igual: tampoco tenía la sensación de deberle la belleza.

Con un gesto impaciente me indicó que me acercara, y yo di un paso temeroso hacia él; tomó mis manos y me las cruzó sobre el pecho, con las puntas de los dedos sobre el hombro opuesto, y dijo:

—Ahora, *vanastalem*.

Me quedé mirándole en callada rebeldía. Cuando la pronunció, aquella palabra resonó en mis oídos igual que el otro hechizo para el que me había utilizado. Pude sentir que deseaba ascender hasta mis labios, agotar mis fuerzas.

Me agarró por el hombro, y sus dedos me sujetaron tan fuerte que me hacían daño; sentía que el calor de cada uno de ellos me atravesaba la camisa.

—Tal vez tenga que soportar la incompetencia; no toleraré la rebeldía —dijo él—. Dilo. Recordé ser una piedra; ¿qué más me podía hacer? Temblé y dije en voz muy baja, como si un susurro pudiese evitar que se apoderase de mí:

—*Vanastalem*.

La fuerza ascendió por todo mi cuerpo y me salió como un manantial por la boca, y allá por donde me abandonó, se formó un temblor en el aire que comenzó a envolverme en una espiral descendente. Caí al suelo jadeando con unas faldas extrañamente amplias, en el susurro del roce de una seda de color verde y granate. Las faldas se me arremolinaron en la cintura y me inundaron las piernas, interminables. Me cedió el cuello y bajé la cabeza con el peso de un tocado curvo, un velo que caía por detrás en un encaje realzado con flores de hilo de oro. Tenía la mirada perdida en las botas del Dragón, su cuero labrado: había en ellas un repujado de vides enroscadas.

—Mírate, otra vez con una nadería de hechizo —dijo mirándome y con un tono de exasperación ante su propia obra—. Por lo menos ha mejorado tu aspecto. A ver si eres capaz de mantener un estado decente a partir de ahora. Mañana probaremos otro. Las botas se dieron la vuelta y se alejaron de mí. Se sentó en su silla, creo, y regresó a la lectura; no lo sé con certeza. Pasado un rato, salí a gatas de la biblioteca, luciendo aquel vestido tan bonito y sin levantar en ningún momento la cabeza.

Las siguientes semanas se fueron desdibujando unas con otras. Todas las mañanas me despertaba un poco antes del amanecer y me quedaba tumbada en la cama mientras clareaba, pensando en alguna forma de escapar. Y todas las mañanas, incapaz de conseguirlo, le llevaba la bandeja del desayuno a la biblioteca, y él formulaba otro hechizo conmigo. Si no había logrado mantenerme lo bastante arreglada —y por lo general no lo conseguía—, utilizaba primero el *vanastalem* conmigo, y después un segundo hechizo. Todos mis vestidos de andar por casa se iban desvaneciendo uno por uno, y aquellos complejos vestidos rígidos salpicaban mi dormitorio como si fueran montículos, tan repletos de brocados y bordados que prácticamente se tenían en pie aunque no los llevara puestos. Apenas era capaz de quitarme las faldas a base de contorsiones a la hora de meterme en la cama, y los horribles corsés rígidos de debajo casi no me dejaban respirar.

La neblina de dolor nunca me abandonaba. Al final de cada mañana, me dirigía, destrozada, de regreso a mi alcoba. Supongo que el Dragón se preparaba su propia comida, porque yo, desde luego, no le hacía nada. Me quedaba tumbada en la cama hasta la hora de la cena, cuando solía ser capaz de arrastrarme de nuevo escaleras abajo y preparar algo sencillo de comer movida más por mi propia hambre que por cualquier preocupación por sus necesidades.

Lo peor de todo era no entenderlo: ¿por qué me estaba utilizando de esa manera? Por la noche, antes de sumirme en el sueño, me imaginaba lo peor salido de los cuentos de hadas y las historias del folclore, vampiros e íncubos que arrebataban la vida a las doncellas, y juraba aterrorizada que a la mañana siguiente encontraría una salida. Y jamás la encontraba, por supuesto. Mi único consuelo era no haber sido la primera: me decía que el Dragón ya le había hecho esto a otras chicas y que ellas habían sobrevivido. Tampoco era un gran alivio: diez años me parecían una eternidad. Pero me aferraba a cualquier pensamiento que pudiese paliar un poco mi tristeza.

Él, por su parte, no me daba el menor consuelo. Se irritaba conmigo siempre que entraba en su biblioteca, incluso en los escasos días en que conseguía mantenerme en condiciones: como si yo fuese allí a importunarle y a interrumpirle, en lugar de ser él quien me atormentaba y me utilizaba. Y cuando terminaba de obrar su magia a través de mí y me dejaba tirada en el suelo, me miraba con mala cara y me llamaba inútil.

En una ocasión traté de evitarlo por completo. Pensé que, si le dejaba la comida temprano, tal vez se olvidase de mí por un día. Le llevé el desayuno al amanecer, me marché corriendo y me escondí en el fondo de la cocina. Sin embargo, puntual a las siete, una de aquellas volutas suyas que a veces había visto flotando sobre el Huso camino del Bosque bajó deslizándose por la escalera. Vista de cerca, era una especie de burbuja de jabón contrahecha que ondulaba y cambiaba, casi invisible a menos que la luz incidiese sobre su piel iridiscente. La voluta fue asomándose por los rincones hasta que por fin me localizó y vino a quedarse suspendida sobre mis rodillas, con insistencia. Acurrucada, levanté la cabeza para mirarla y vi mi propio rostro, que me observaba en una silueta fantasmal. Deshice lentamente mi ovillo y seguí a la voluta de regreso a la biblioteca, donde el Dragón dejó a un lado su libro y me fulminó con la mirada.

—Por muy feliz que me hiciese privarme del muy dudoso placer de ver cómo vas por ahí desmoronándote como una anguila agotada con el menor de los conjuros —me dijo, desagradable—, ya hemos visto las consecuencias que tiene dejar que te las arregles sola. ¿Qué cota de dejadez has sido capaz de alcanzar hoy?

Había estado haciendo denodados esfuerzos por mantenerme presentable y así poder al menos evitar el primer hechizo. Aquel día sólo me había manchado con algún restregón pequeño al preparar el desayuno, y también tenía una salpicadura de aceite. Cerré un doblez del vestido sobre la mancha, pero él continuaba mirándome con el mismo desagrado. Cuando seguí la dirección de sus ojos, vi consternada que al esconderme al fondo de la cocina se me había pegado una telaraña —la única telaraña de toda la torre, supongo— que ahora arrastraba de la parte de atrás de la falda como si de un velo harapiento se tratase.

—*Vanastalem* —repetí con él con la debida resignación y observé el barrido de una bellísima ola de seda naranja y amarilla que ascendía desde el suelo para rodearme como las hojas que sopla el viento en un sendero en otoño. Me tambaleé, respirando con dificultad, mientras él volvía a sentarse.

—Muy bien —dijo. Había dispuesto una columna de libros sobre la mesa, y de un golpe los tiró en un montón desperdigado—. Para ordenarlos: *darendetal*.

El Dragón pasó la mano sobre la mesa.

—*Darendetal* —murmuré con él, y el hechizo surgió asfixiante de mi garganta. Temblaron los libros sobre la mesa, y uno detrás de otro se elevaron, giraron y se colocaron como unas antinaturales aves adornadas con pedrería en sus encuadernados rojos y amarillos y azules y marrones.

En esta ocasión no me caí al suelo: tan sólo me agarré al borde de la mesa y me incliné sobre ella. Él observaba la pila con el ceño fruncido.

—Pero ¿qué imbecilidad es ésta? —exigió saber—. Aquí no hay orden alguno..., mira esto.

Miré los libros. Estaban apilados en una sola columna, lo suficientemente bien dispuestos, con los colores similares situados los unos junto a los otros...

—... ¿Color? —dijo él, levantando la voz—. ¿Por color? Pero tú... —Estaba furioso, como si hubiera sido culpa mía. ¿Era posible que le hubiese hecho algo a su magia, cuando extrajo de mí la fuerza para alimentarla?—. ¡Ah, fuera de aquí! —me gruñó, y yo me fui a toda prisa y con un secreto placer de resentimiento: qué maravilla, si es que le estaba estropeando su magia de alguna manera.

Tuve que detenerme a medio subir las escaleras para recobrar el aliento dentro de aquel corsé, aunque cuando lo hice, de golpe me di cuenta de que no iba a rastras. Seguía estando cansada, pero la neblina no había descendido. Fui capaz incluso de subir el resto del camino hasta lo alto de las escaleras sin hacer otra pausa, y aunque caí en la cama y me pasé la mitad del día dormitando, por lo menos no me sentía como un cascarón vacío.

La neblina se fue levantando más y más con el paso de los días, como si la práctica me estuviera volviendo más fuerte, más capacitada para soportar lo que fuera que me estuviese haciendo. Poco a poco, las sesiones comenzaron a ser... no agradables, pero tampoco aterradoras; sólo una tarea cansina, como tener que frotar las cacerolas con agua fría. Otra vez podía dormir por las noches, y empecé también a recobrar el ánimo. Día tras día me sentía mejor, y día tras día aumentaba mi enfado.

No era capaz de volver a meterme en aquellos ridículos vestidos de ninguna manera razonable: lo había intentado, pero ni siquiera alcanzaba los botones y cordones de la espalda, y por lo general había tenido que reventar costuras y arrugar las faldas para poder quitármelas. Así que todas las noches los tiraba en un montículo y los quitaba de en medio, y todas las mañanas me ponía otro de los vestidos sencillos y trataba de mantenerme tan arreglada como podía, pero a los pocos días él se hartaba de mi desaliño y me lo cambiaba también. Y así había llegado al último de mis vestidos sencillos.

Sostuve en las manos aquel último, de lana sin teñir, con la sensación de que era una cuerda a la que me estaba aferrando, y luego, en un arrebato de rebeldía, lo dejé sobre la cama y me metí a empujones en el vestido verde y granate.

No me pude abrochar los botones de la espalda, de modo que le quité el velo al tocado, le di dos vueltas en la cintura e hice un nudo apenas suficiente para evitar que todo aquello se me cayese, y me dirigí escaleras abajo hacia la cocina. Esta vez ni siquiera traté de mantenerme limpia: en un gesto desafiante, llevé la bandeja a la biblioteca salpicada de huevo y grasa de tocino, y con manchurrónes de té, el pelo enmarañado, con el aspecto de una noble enloquecida que hubiese corrido hacia los bosques huyendo de un baile.

No duró mucho, por supuesto. En cuanto dije con él un amargo *vanastalem*, su magia se apoderó de mí y me arrebató las manchas, me volvió a encorsetar, me recogió de nuevo el pelo y me dejó una vez más con la apariencia de una muñequita con la que jugaría una princesa.

Pero esa mañana me sentí más feliz de lo que me había sentido en semanas, y a partir de entonces aquello se convirtió en mi rebelión particular. Quería que se sintiera amargamente molesto cada vez que me mirase, y que me estudiase con su ceño fruncido de incredulidad. «¿Cómo te haces esto a ti misma?», me preguntó, casi maravillado, un día en que entré como si nada con un pegote de pudín de arroz en la cabeza —le había dado un golpe accidental con el codo a una cuchara y lo había lanzado por los aires— y un enorme manchurrón rojizo de mermelada que me caía por todo el frente del vestido de preciosa seda de color crema.

El último vestido sencillo lo guardaba en mi tocador. Todos los días, cuando él había acabado ya conmigo, subía las escaleras. Me peleaba para salir de aquel vestido de noche, me liberaba a tirones el pelo de las redecillas y los tocados, esparcía las

horquillas de brillantes por el suelo y me ponía el suave y desgastado vestido *letnik* y el blusón casero, que mantenía limpios, bien lavados a mano. Bajaba entonces a la cocina para prepararme mi propio pan y descansaba junto a la chimenea mientras éste se horneaba, sin prestar atención a algunos restregones de ceniza y de harina en la falda.

Empecé a tener de nuevo energía suficiente para aburrirme. Sin embargo, ni se me ocurrió coger otro libro de la biblioteca. Me fui en cambio a buscar una aguja, por mucho que aborreciese coser. Ya que me iban a vaciar todas las mañanas hasta las tripas para hacer vestidos, bien podía rasgarlos y hacer con ellos algo menos inútil: sábanas, quizá, o pañuelos.

El cesto de la costura había aguardado intacto dentro del cajón de mi alcoba: en el castillo no había nada que remendar salvo mi propia ropa, que hasta ahora me había regodeado en dejar descosida. Pero, cuando lo abrí, me encontré allí un solo trozo de papel escrito con un carboncillo romo: la letra de mi amiga de la cocina.

*Tienes miedo: ¡no temas! No te tocará. Sólo querrá que te arregles. No se le ocurrirá darte nada, pero siempre puedes coger un buen vestido de una de las alcobas de invitados y arreglártelo para ti. Cuando él te llame, cántale o cuéntale una historia. Desea compañía, aunque tampoco mucha: llévale las comidas y evítalo cuando puedas, y él no te pedirá nada más.*

Qué valiosas habrían sido para mí esas palabras, si hubiera abierto el cesto de costura y las hubiese encontrado aquella primera noche. Ahora me hallaba allí de pie con la nota en la mano, temblando con el recuerdo de su voz por encima de la mía, titubeante, sacándome a la fuerza los hechizos y las energías, envolviéndome en sedas y terciopelos. Me había equivocado. No le había hecho nada de aquello a las demás mujeres.



Me pasé toda la noche acurrucada en la cama sin pegar ojo, de nuevo en una total desesperación. Pero salir de la torre no se volvería más fácil sólo por que yo lo quisiera con más ganas. Fui hasta los portones a la mañana siguiente y probé por vez primera a levantar el enorme madero atravesado, por muy ridículo que fuese el intento. Por supuesto, no fui capaz de moverlo ni medio centímetro.

Abajo, en la despensa, con la ayuda de una cacerola de mango largo como palanca, levanté la tapa de hierro que cubría el foso de los desperdicios, abrí una rendija y eché un vistazo hacia abajo. En el fondo lucía un fuego; por allí no tenía vía de escape. Volví a colocar en su sitio la tapa de hierro y a continuación recorrí las paredes con las palmas de ambas manos, metiéndolas en todos los rincones oscuros en busca de una abertura, alguna entrada, pero si la había, no la encontré; y entonces la mañana comenzó a descender por las escaleras a mi espalda, una inoportuna luz dorada. Tenía que preparar el desayuno y subir con la bandeja hacia mi sino.

Mientras disponía la comida, el plato de huevos, la tostada, las confituras, no dejaba de mirar una y otra vez el largo cuchillo de carnicero de hoja acerada y reluciente cuyo mango asomaba del tajo hacia mí. Lo había utilizado para cortar carne; sabía lo rápido que era. Mis padres criaban un cerdo todos los años. Había echado una mano en la matanza, sujetado el cubo para la sangre del animal, pero la idea de clavarle un cuchillo a un hombre era algo distinto, inimaginable. Así que no me lo imaginé. Me limité a dejar el cuchillo en la bandeja y subí las escaleras.

Cuando entré en la biblioteca, el Dragón se encontraba de pie junto al alféizar de la ventana, de espaldas a mí y con los hombros tensos de irritación. Puse los platos mecánicamente, uno detrás de otro, hasta que no quedó más que la bandeja; la bandeja y el cuchillo. Llevaba el vestido salpicado de avena y huevo; en un instante me diría...

—Acaba con eso —me dijo— y márchate arriba.

—¿Qué? —dije, carente de expresión. El cuchillo, que seguía debajo de la servilleta, amortiguaba cualquier otro pensamiento, y tardé un instante en comprender que me había indultado.

—¿Acaso te has quedado sorda de repente? —me soltó—. Deja de armar alboroto con esos platos y sal de aquí. Y quédate en tus aposentos hasta que yo te haga llamar.

Tenía el vestido sucio y arrugado, un desastre de lazos enmarañados, pero él ni siquiera se había dado la vuelta para mirarme. Agarré la bandeja y salí volando de la estancia sin que me hicieran falta más excusas. Corrí escaleras arriba y me sentí casi como si fuera volando sin aquella terrible fatiga agarrada de los tobillos. Me metí en mi alcoba, cerré la puerta y me arranqué aquellas galas de seda, me volví a poner mi ropa sencilla y me hundí en la cama hecha un ovillo de alivio como una niña que se acaba de librar de una azotaina.

Y entonces vi la bandeja en el suelo, el cuchillo con la hoja al descubierto, brillante. Vaya. Vaya, pero qué idiota había sido por pensar en ello siquiera. Él era mi señor: si por cualquier horrible casualidad lo hubiese matado, no cabe duda de que me ejecutarían por ello, y probablemente a mis padres conmigo. El asesinato no tenía escapatoria; para eso, mejor haberme tirado por la ventana.

Me volví incluso, y me asomé por la ventana, entristecida, y entonces vi lo que el Dragón había estado observando con tamaño disgusto. Había una nube de polvo en el camino que venía hacia la torre. No era una carreta, sino un gran carruaje cubierto, casi como una casa sobre ruedas: enganchado a un grupo de caballos sudorosos, con dos jinetes cabalgando por delante del cochero, todos ellos con un gabán de color gris y un vivo verde. Cuatro jinetes más lo seguían, con gabanes similares.

El carruaje se detuvo ante las grandes puertas: llevaba un emblema verde, un monstruo con muchas cabezas, y los jinetes y guardias se bajaron veloces de sus

monturas y se lanzaron a un enorme ajeteo. Todos dieron un leve respingo cuando las puertas de la torre se abrieron con levedad, aquellas puertas enormes que yo no había logrado mover siquiera. Alargué el cuello para asomarme y vi que el Dragón salía solo de las puertas, al umbral.

De la panza del carruaje salió un hombre que agachó la cabeza: alto, de cabellos dorados, ancho de espaldas, con una capa larga del mismo color verde vivo. Bajó de un salto los escalones que le habían dispuesto, tomó con una mano la espada que otro de sus sirvientes le ofrecía sobre las palmas de las manos y se dirigió a grandes y rápidas zancadas entre sus hombres hacia la puerta mientras la colgaba de su cinto, sin vacilar.

—Detesto más un carruaje que a una quimera —le dijo al Dragón con la suficiente claridad como para que yo escuchase su voz, que llegaba hasta mi ventana imponiéndose a los bufidos y el piafar de los caballos—. Una semana encerrado en esa cosa: ¿cómo es que nunca podéis venir a la corte?

—Vuestra Alteza tendrá que perdonarme —dijo el Dragón con frialdad—. Mis deberes aquí me tienen ocupado.

Por entonces estaba ya tan asomada a la ventana que podría haber caído por accidente, mi temor y mi tristeza olvidados. El rey de Polnya tenía dos hijos, pero el príncipe heredero Sigmund no era más que un joven sensato. Había recibido una buena educación, y se había casado con la hija de un conde regente del norte, lo que había traído consigo un aliado y un puerto de mar. Ya habían asegurado la sucesión al trono con un niño y una niña, por si acaso; se suponía que era un excelente administrador y sería un excelente rey, y nadie se preocupaba por él.

El príncipe Marek resultaba muchísimo más satisfactorio. Había oído no menos de una docena de historias y canciones acerca de cómo había dado muerte a la hidra Vandalus, ninguna de ellas similar a las demás pero todas ellas, me aseguraban, fieles hasta el último detalle; y, además de eso, había matado por lo menos a tres o cuatro o nueve gigantes en la última guerra contra Rosya. En una ocasión, incluso había cabalgado para tratar de matar a un verdadero dragón, sólo que aquello resultó ser que unos campesinos fingieron haber sufrido un ataque y ocultaron las ovejas que decían que se había comido el dragón para librarse de los impuestos. Y él no los ejecutó, sino que castigó a su señor por gravarlos con unos impuestos tan elevados.

El príncipe Marek entró en la torre con el Dragón, y las puertas se cerraron tras ellos; los hombres del príncipe empezaron a acampar en el terreno llano ante las puertas. Regresé al interior de mi pequeña estancia y me paseé en círculos; por fin salí y bajé sigilosa por las escaleras para tratar de escuchar, poco a poco, hasta que oí las voces que salían de la biblioteca. No captaba más de una de cada cinco palabras, pero estaban hablando de las guerras con Rosya, y del Bosque.

No me esforcé demasiado por oírlo; no me importaba gran cosa de qué estuvieran hablando. Era mucho más importante para mí el despertar de una leve esperanza de un rescate: fuera lo que fuese lo que me estaba haciendo el Dragón, aquel horror que me consumía la vida, iba sin duda contra las leyes del rey. Me había dicho que me mantuviese alejada, que me escondiese; ¿y si aquello no era sólo por ser un vergonzoso desastre, un desastre que él podía haber solucionado con una palabra, sino porque no quería que el príncipe supiera lo que estaba haciendo? ¿Y si me lanzaba a suplicar la clemencia del príncipe, y él me sacaba de allí...?

—Basta —dijo el príncipe Marek; su voz irrumpió en mis pensamientos: sus palabras llegaban con mayor claridad, como si se estuviese acercando a la puerta. Sonaba enfadado—. Mi padre, Sigmund y vos no dejáis de quejaros con balidos como las ovejas... No, ya basta. Esto no lo voy a dejar pasar.

Me apresuré a ascender por las escaleras con los pies descalzos y haciendo el menor ruido posible: las alcobas de invitados estaban en el tercer piso, entre el mío y la

biblioteca. Me senté en lo alto de la escalera escuchando las botas sobre los escalones, más abajo, hasta que el sonido se apagó. No estaba segura de que fuese capaz de desobedecer al Dragón de forma directa: si me pillaba tratando de llamar a la puerta del príncipe, sin duda me haría algo terrible. Pero ya me estaba haciendo algo terrible. Kasia habría aprovechado la oportunidad, de eso estaba segura; de haber estado allí ella habría ido, habría abierto la puerta, se habría arrodillado a los pies del príncipe y le habría suplicado que la rescatase, no como una cría que lloriquea aterrorizada, sino como una doncella de cuento.

Regresé a mi habitación y ensayé la escena murmurando las palabras mientras el sol ya descendía. Y cuando por fin oscureció y se hizo tarde, bajé silenciosa por las escaleras entre los fuertes latidos de mi corazón. Aún tenía miedo. Primero bajé y eché un vistazo para asegurarme de que no había luz en la biblioteca ni en el laboratorio: el Dragón no estaba despierto. En la tercera planta, el tenue resplandor de un fuego se asomaba anaranjado bajo la puerta de la primera alcoba de invitados, y no pude ni llegar a ver siquiera la puerta de los aposentos del Dragón, que se perdía en las sombras del fondo del pasillo. De todos modos, vacilé en el descansillo y preferí bajar a la cocina.

Me convencí de que tenía hambre. Probé unos bocados de pan y queso para coger fuerzas mientras me encontraba de pie, temblorosa, delante del fuego, y volví a subir las escaleras. Hasta arriba del todo, de regreso a mi alcoba.

En realidad, no era capaz de imaginarme aquello, a mí ante la puerta del príncipe, a mí arrodillada y soltando un elegante discurso. Yo no era Kasia, no era nadie especial. Me habría desecho en lágrimas sin más y habría parecido una lunática, y él me habría echado de allí o, peor, habría llamado al Dragón para que me castigase como era debido. ¿Por qué iba a creerme? ¿A mí, una campesina vestida con un blusón remendado, una criada de baja estofa en la casa del Dragón, que lo despertaba en plena noche con una disparatada historia sobre los tormentos a los que la sometía el gran mago?

Volví desconsolada a mi alcoba y me detuve en seco. El príncipe Marek se hallaba de pie en el centro de la estancia, estudiando el cuadro: había retirado la tela con la que yo lo había cubierto. Se volvió y me miró dubitativo.

—Mi señor, Alteza —dije. Las palabras salieron en un susurro tal que no pudo haberlas oído, salvo como un ruido inarticulado.

No pareció importarle.

—Bien —dijo—, no eres una de sus bellezas, diría yo.

Cruzó la habitación, apenas bastaba un par de pasos: su presencia la hacía parecer más pequeña. Me puso la mano debajo de la barbilla y me volvió la cara de un lado a otro, inspeccionándola. Levanté la vista para mirarle en silencio. Resultaba extraño estar tan cerca de él, abrumador: era más alto que yo, ancho, con el porte de un hombre que prácticamente vivía con la armadura puesta, guapo como un retrato y perfectamente afeitado, recién bañado; su pelo dorado se oscurecía en unos rizos húmedos en la base del cuello.

—Aunque quizá poseas alguna habilidad especial que lo compense, ¿no es así, encanto? Es lo típico en él, ¿verdad?

No sonaba cruel, sólo burlón, y la sonrisa con la que me miraba era de complicidad. Yo no me sentí ofendida, en absoluto, sólo mareada ante tanta atención, como si ya me hubieran salvado sin haber dicho una palabra. Y entonces se rio, me besó y alargó una eficiente mano hacia mis faldas.

Di un respingo como el de un pez que trata de escapar de una red, y me resistí contra él. Era igual que forcejear con las puertas de la torre, imposible; apenas se percató de mi intento. Se volvió a reír y me besó en el cuello.

—No te preocupes, él no puede oponerse —me dijo como si aquella fuese mi única

razón para protestar—. Sigue siendo un vasallo de mi padre, por mucho que le guste quedarse aquí en la soledad de estas remotas tierras como vuestro amo y señor.

No es que se estuviera regodeando al reducirme. Yo permanecía callada, y mi resistencia era más confusa al tratar de apartarlo, casi preguntándome: seguro que no, el príncipe Marek, el héroe, seguro que no podía desearme de verdad. No chillé, no supliqué, y creo que a duras penas se imaginaba que yo me resistiría. Supongo que en una casa corriente de la nobleza, alguna fregona más que dispuesta ya se habría colado en su alcoba y le habría ahorrado la molestia de ir a buscarla. Y es probable que, para el caso, yo misma hubiera estado dispuesta si me lo hubiera pedido abiertamente y me hubiese dado el tiempo necesario para sobreponerme a mi sorpresa y responderle: forcejeaba más como un acto reflejo que por mi deseo de rechazarlo.

Pero él me redujo, y entonces comencé a estar realmente asustada, no tenía más deseo que el de salir de allí; le empujé las manos y dije en un arranque:

—Príncipe, no lo hagáis, por favor, esperad.

Y aunque tal vez no quisiera resistencia, cuando se la encontró, le dio igual: tan sólo se volvió más impaciente.

—Vale, vale, muy bien —me dijo como si yo fuese un caballo al que hubiera que tirar de las riendas y calmar, mientras me sujetaba la mano en un costado.

Mi vestido iba atado con un fajín en un simple lazo; él ya lo había soltado, y acto seguido me subió las faldas.

Yo trataba de volver a bajármelas, de apartarlo de mí, de liberarme: era inútil. Me sujetaba sin esfuerzo. Entonces se llevó la mano a las calzas, y yo, desesperada, dije en voz alta sin pensar:

—*Vanastalem*.

Me estremecí cuando aquel poder surgió de mí. Bajo sus manos se formó una costra de perlas y la ballena de un corsé como una armadura; él se apartó de golpe y retrocedió al alzarse entre nosotros un muro de faldas de un terciopelo susurrante. Me fui contra la pared, temblando y luchando por recobrar el aliento mientras él me miraba sin parpadear.

Y entonces me dijo, en un tono de voz muy distinto, un tono que yo no era capaz de comprender:

—Eres una bruja.

Me aparté de él como un animal cauteloso; me daba vueltas la cabeza, no conseguía respirar de una manera apropiada. El vestido me había salvado, pero tenía el corsé tan ceñido que me asfixiaba, y arrastraba las faldas, pesadas como si se hubieran formado con el propósito de que fuese imposible quitárselas. Vino hacia mí, despacio, con una mano extendida, al tiempo que decía:

—Escúchame...

Pero yo no tenía la menor intención de escuchar. Agarré la bandeja del desayuno, que seguía sobre mi tocador, y la blandí desaforada hacia su cabeza. El borde retumbó en un sonoro golpe metálico contra su cráneo y se tambaleó. Cogí la bandeja con ambas manos, la levanté y volví a golpear una vez, y otra, ciega y desesperada.

Aún le estaba atizando cuando la puerta se abrió de repente, y allí estaba el Dragón con una magnífica bata larga sobre el camisón y una mirada despiadada en los ojos. Dio un paso al interior de la alcoba y se detuvo con la mirada fija. Yo también me detuve, jadeando, con la bandeja aún alzada a medio blandir. El príncipe había caído de rodillas ante mí. Un río de sangre le corría por el rostro, tenía la frente ensangrentada y llena de heridas y los ojos cerrados. Cayó inconsciente al suelo con un golpe seco, delante de mí.

El Dragón observó la escena, me miró y dijo:

—Tú, idiota, ¿y ahora qué has hecho?

Entre los dos, subimos con esfuerzo al príncipe a mi camastro. Su rostro ya se estaba

oscureciendo con las magulladuras: la bandeja, en el suelo, estaba seriamente abollada con la curvatura de su cráneo.

—Espléndido —dijo el Dragón entre dientes al inspeccionarlo: al levantarle los párpados, había en los ojos del príncipe una mirada perdida y extraña, apagada; y el brazo, una vez alzado, cayó inerte de vuelta al catre y se quedó colgando sobre el borde.

Yo le observaba de pie, jadeando contra el corpiño ahora que se había desvanecido la furia y sólo quedaba el horror. Por extraño que pudiera sonar, no estaba preocupada solamente por lo que me pudiera suceder a mí; no quería que el príncipe muriese. En mi cabeza, seguía siendo a medias aquel resplandeciente héroe de leyenda, enmarañado en completa confusión con aquella bestia que acababa de manosearme.

—No está... No está...

—Si no quieres que alguien se muera, no lo aporrees una y otra vez en la cabeza —me soltó el Dragón—. Baja al laboratorio y tráeme el elixir amarillo del frasco transparente que hay en la estantería del fondo. No el rojo, ni el violeta... Y, en la medida de lo posible, intenta no romperlo cuando lo subas por las escaleras a menos que quieras tratar de convencer al rey de que tu virtud bien valía la vida de su hijo.

Colocó las manos sobre la cabeza del príncipe e inició un suave cántico, palabras que me daban escalofríos en la espalda. Recogí las faldas y eché a correr hacia la escalera. Le llevé el elixir en unos instantes, jadeando por las prisas y el confinamiento del corsé, y me encontré con que el Dragón continuaba con su trabajo: no interrumpió su cántico, se limitó a levantar una mano hacia mí con impaciencia, en un gesto abrupto para que me acercase; le posé el frasco en la palma. Consiguió quitar el corcho con los dedos de una mano y vertió un trago en la boca del príncipe.

Aquello olía a rayos, como a pescado podrido; casi me ahogo de náuseas con sólo estar cerca. El Dragón me devolvió el frasco y el corcho con un gesto violento y sin mirarme siquiera, y tuve que contener la respiración para taparlo. Él trataba de cerrarle la mandíbula al príncipe con ambas manos. Aun inconsciente y herido, el príncipe se sacudía e intentaba escupirlo. De alguna manera, el elixir brillaba dentro de la boca, tanto que podía ver la silueta de la mandíbula y los dientes como en una calavera.

Logré volver a cerrar el frasco y me lancé a echar una mano: le tapé la nariz al príncipe con dos dedos y, pasado un instante, por fin tragó. El resplandor descendió por la garganta hacia la barriga. Podía ver cómo se desplazaba por todo el cuerpo, una luz bajo la ropa que se atenuaba conforme se ramificaba por los brazos y las piernas hasta desvanecerse, demasiado tenue para verla.

El Dragón liberó la cabeza del príncipe y dejó de cantar el hechizo. Se apoyó encorvado contra la pared, con los ojos cerrados: parecía agotado como nunca lo había visto. Me puse en pie sin apartarme de la cama, inquieta, sobre ellos dos, y solté finalmente:

—Se va a...

—No gracias a ti —dijo el Dragón, pero con eso bastaba: me dejé caer al suelo sobre mi montón de terciopelo de color crema y hundí la cabeza en la cama, entre los brazos enfundados en un encaje bordado en oro—. Y ahora te pondrás a lloriquear, supongo.

—Se inclinó sobre mí—. ¿En qué estabas pensando? ¿Por qué te has puesto ese traje tan ridículo, si no querías seducirlo?

—¡Era mejor que quedarse con el vestido que él me ha desgarrado! —grité, levantando la cabeza, sin llorar en absoluto; para entonces se me habían agotado ya las lágrimas, y todo cuanto me quedaba era ira—. Yo no escogí verme metida en esto...

Me detuve con los ojos clavados en un pesado pliegue de seda entre las manos. El Dragón no estaba cerca en aquel instante, no había obrado magia ninguna ni pronunciado ningún hechizo.

—¿Qué me habéis hecho? —susurré—. El príncipe ha dicho... me ha llamado bruja.

Vos me habéis convertido en una bruja.

El Dragón soltó un bufido de desdén.

—Si yo pudiera crear brujas, desde luego que no habría escogido a una campesina tonta como material de trabajo. Contigo no he hecho nada más que tratar de meterte unos tristes conjuros en ese cráneo casi impenetrable a base de repetirlos una y otra vez. —Se irguió un poco en la cama con un resoplido de agotamiento, con gran esfuerzo, no muy distinto del modo en que yo me había esforzado en aquellas terribles semanas mientras él...

Mientras él me enseñaba magia. Todavía de rodillas, levanté la mirada y le observé fijamente, perpleja y aun así empezando a creer contra mi voluntad.

—Pero ¿por qué querriais enseñarme?

—Cuán satisfecho me habría quedado dejando que te pudieras en esa aldea del tamaño de una moneda, pero mis opciones eran tristemente reducidas. —Ante mi mirada inexpresiva, él respondió con el ceño fruncido—. Quien posee el don ha de ser instruido: así lo exigen las leyes del rey. En cualquier caso, habría sido una idiotez por mi parte dejarte allí plantada como a una ciruela madura hasta que algo saliese del Bosque y te devorase, y se convirtiese en un verdadero y mayúsculo horror.

Mientras yo daba un respingo ante aquella idea, él dirigió su ceño fruncido hacia el príncipe, que acababa de quejarse un poco y se agitaba en su sueño: estaba empezando a despertarse y a levantar una mano grogui para frotarse la cara. Me apresuré a ponerme en pie y me aparté de la cama, alarmada, más cerca del Dragón.

—Escucha —dijo él—. *Kalikual*. Es mejor que darle una paliza a tu amado hasta dejarlo inconsciente.

Me observó con expectación. Fijé la mirada en él, y después en el príncipe, que se despertaba lentamente, y de nuevo en él.

—Si yo no fuera una bruja —le dije—, si no fuese una bruja, ¿me dejaríais... marcharme a casa? ¿No podríais quitármelo de dentro?

Guardó silencio. Para entonces ya estaba acostumbrada a las contradicciones de su rostro de mago, joven y anciano al mismo tiempo. A pesar de su edad, sólo tenía unos pliegues en las comisuras de los ojos y una sola arruga entre las cejas; unas marcadas líneas alrededor de los labios a base de fruncirlos: nada más. Se movía como un hombre joven, y si la gente se volvía más amable o agradable con la edad, él no lo había hecho, desde luego. Ahora, sin embargo, y por un segundo, su mirada era puramente anciana, y muy extraña.

—No —me dijo, y yo lo creí.

Entonces apartó el tema e hizo un gesto para señalar: al darme la vuelta, me encontré con que el príncipe se estaba incorporando sobre el codo y pestañeando al mirarnos: aún aturcido y sin conciencia de lo que pasaba, pero en ese instante en que lo miraba, su rostro recuperó la chispa de la consciencia al reconocermé.

—*Kalikual* —susurré.

La energía salió con fuerza de mí. El príncipe Marek volvió a caer sobre las almohadas y cerró los ojos, dormido. Me tambaleé hasta la pared y me deslicé pegada a ella hasta el suelo. El cuchillo de carnicero seguía allí, donde había caído. Lo cogí y por fin lo usé: para cortar el vestido y los cordones del corsé. El vestido se abrió a lo largo de todo el costado, pero al menos pude respirar.

Apoyé la espalda contra la pared con los ojos cerrados por un momento. Luego levanté la vista hacia el Dragón, que se había dado la vuelta, impaciente ante mi fatiga: estaba observando al príncipe, irritado.

—¿No preguntarán por él sus hombres por la mañana? —le dije.

—¿Se te había pasado por la cabeza dejar al príncipe Marek profundamente dormido y encerrado en mi torre de manera indefinida? —dijo el Dragón volviendo la cabeza por encima del hombro.

—Pero entonces, cuando se despierte... —dije, aunque me detuve y le pregunté—: ¿Podrías vos... podéis hacerle olvidar?

—Ah, desde luego —respondió el Dragón—. No notará nada peculiar si se despierta con un dolor de cabeza atroz y un enorme vacío en la memoria.

—Y si... —Me puse de nuevo en pie con esfuerzo, con el cuchillo aún en la mano—. ¿Y si recordase otra cosa? Haberse ido a la cama sin más, en su propia habitación...

—Intenta no ser tan estúpida —dijo el Dragón—. Has dicho que no le has seducido, así que vino aquí con toda la intención. ¿Cuándo se formó esa intención? ¿Esta noche, cuando ya estaba metido en la cama, sin más? ¿O se le ha ocurrido por el camino?: una cama caliente, unos brazos acogedores... Sí, ya me doy cuenta de que los tuyos no lo eran; ya has dado suficientes pruebas de ello —me espetó justo en el momento en que yo había protestado—. Por lo que sabemos, tenía intención de hacerlo ya antes de salir; como una especie de insulto premeditado.

Recordé que el príncipe había dicho del Dragón que aquello era «lo típico en él», como si ya hubiese pensado en ello de antemano, casi como si lo hubiera planeado.

—¿Para insultaros a vos? —le pregunté.

—Él supone que me llevo a las mujeres para obligarlas a prostituirse para mí —contestó el Dragón—. Lo piensa la mayoría de los cortesanos: ellos lo harían, si tuvieran la oportunidad. Así que me imagino que lo vio como una forma de hacerme sufrir una infidelidad. Habría disfrutado haciendo correr la voz por la corte, estoy seguro. Es la típica preocupación con la que pierden el tiempo los Magnati.

Hablaba con desdén, pero no cabía duda de que estaba enfadado cuando irrumpió en la habitación.

—¿Y por qué querría él insultaros? —pregunté con timidez—. ¿No ha venido a... a pedirnos algo de magia?

—No, ha venido a disfrutar de las vistas del Bosque —dijo el Dragón—. Por supuesto que ha venido a por magia, y yo lo he mandado a dedicarse a lo suyo, que es darles tajos a los caballeros enemigos sin entrometerse en cuestiones que él apenas entiende —bufó—. Ha empezado a creer a sus propios trovadores: quería traer de vuelta a la reina.

—Pero la reina está muerta —dije confundida.

Aquello había supuesto el comienzo de las guerras. El príncipe heredero Vasily de Rosya vino de visita a Polnya en una embajada, hacía ya casi veinte años. Se enamoró de la reina Hanna y huyeron juntos, y cuando los soldados del rey se echaron sobre su pista, ellos se internaron en el Bosque.

Aquél fue el final de la historia: nadie que entrase en el Bosque volvía a salir, no entero e indemne, por lo menos. De cuando en cuando salían ciegos, gritando, y otras veces tan retorcidos y contrahechos que no se les reconocía; y lo peor de todo, en ocasiones salían con su propia cara pero con una pesadilla detrás de ese rostro, con un espantoso daño en su interior.

La reina y el príncipe Vasily no salieron, ni mucho menos. El rey de Polnya culpó al heredero de Rosya de haberla raptado, el rey de Rosya culpó a Polnya de la muerte de su heredero, y desde entonces habíamos tenido una guerra detrás de otra, interrumpidas tan sólo por treguas esporádicas y algún tratado de breve duración.

Aquí, en el valle, hacíamos un gesto negativo con la cabeza al oír la historia; todo el mundo coincidía en que aquello fue cosa del Bosque desde el principio. ¿Huir la reina, con dos niños pequeños como tenía? ¿Para iniciar una guerra contra su propio marido? Si hasta su cortejo había sido famoso; se habían escrito una docena de canciones sobre su boda. Mi madre me cantaba una, los fragmentos que recordaba; ninguno de los músicos ambulantes las interpretaban ya, claro está.

El Bosque tenía que estar detrás de todo aquello. Tal vez alguien los hubiera envenenado a los dos con agua extraída del río justo donde éste se adentraba en el

Bosque; tal vez algún cortesano que atravesaba el paso de las montañas hacia Rosya hubiera pasado por accidente una noche bajo los oscuros árboles cerca del lindero y hubiera regresado a la corte con algo más en su interior. Nosotros sabíamos que había sido el Bosque, pero eso no suponía ninguna diferencia. La reina Hanna se había marchado, y lo había hecho con el príncipe de Rosya, así que estábamos todos en guerra y el Bosque, año tras año, se adentraba con sigilo un poco más en cada reino, alimentándose de sus muertes y de todas las que había habido desde entonces.

—No —dijo el Dragón—. La reina no está muerta. Continúa en el Bosque.

Le miré fijamente. Hablaba con total naturalidad, con certeza, aunque yo no hubiese oído nunca hablar de nada por el estilo. Aun así era lo bastante horrible para que me lo creyese: estar atrapada en el Bosque durante veinte años, en una prisión en cierto modo eterna... era de ese tipo de cosas que haría el Bosque.

El Dragón se encogió de hombros e hizo un gesto de desdén con la mano hacia el príncipe.

—No hay forma de sacarla, y si a él se le ocurre entrar, sólo pondría en marcha algo peor —resopló—. Está convencido de que matar a una hidra de un día de vida lo convierte en un héroe.

Ninguna de las canciones había mencionado nunca que la hidra Vandalus fuese una recién nacida: desinflaba la historia algo más que un poco.

—En cualquier caso —siguió el Dragón—, supongo que sí se siente agraviado; sea como sea, los señores y los príncipes detestan la magia, y más aún por la manera tan desesperada en que la necesitan. Sí: una triste venganza de ese tipo es lo más probable.

Me resultaba sencillo creerlo, y entendía el argumento del Dragón. Si el príncipe tenía la intención de gozar de la compañera del mago, fuera quien fuese la muchacha —sentí una oleada de indignación al pensar en Kasia en mi lugar, sin algo de magia involuntaria siquiera que la salvase—, entonces no se habría ido a la cama sin más. Aquel recuerdo no le encajaría bien en la memoria, como una pieza errónea en un rompecabezas.

—No obstante —añadió el Dragón con un ligero tono de condescendencia, como si yo fuera un cachorrillo que ha conseguido dejar de morder un zapato—, tampoco es una idea completamente vana: debería ser capaz de alterar sus recuerdos en el sentido contrario.

Alzó una mano, y yo, desconcertada, le dije:

—¿El sentido contrario?

—Le proporcionaré el recuerdo de haber gozado de tus favores —dijo el Dragón—. Un recuerdo lleno del debido entusiasmo por tu parte y de la satisfacción de engañarme a mí. Estoy seguro de que no le costará nada tragarse eso.

—¿Qué? —dije—. ¿Le haréis...? ¡No! Pensará..., pensará...

—¿Pretendes decirme que te importa lo que piense de ti? —inquirió el Dragón arqueando una ceja.

—Si cree que he yacido con él, ¿qué le impedirá..., qué le impedirá querer hacerlo de nuevo? —le pregunté.

El Dragón me hizo un gesto con la mano.

—Haré que sea un recuerdo desagradable... todo huesos y estridentes risitas pudorosas y virginales, con un final rápido. ¿O acaso posees tú mejores artes? —añadió con mordacidad—. ¿Preferirías quizá que se despertase recordando que hiciste cuanto pudiste para matarlo?

Así que, a la mañana siguiente, pasé por la espantosa experiencia de ver cómo el príncipe Marek se detenía pasadas las puertas de la torre para alzar la vista hacia mi ventana y lanzarme un beso alegre e indiscreto. Yo miraba tan sólo para asegurarme de que se marchaba; fue necesario hacer acopio de toda la prudencia que me quedaba



para no tirarle algo a la cabeza, y no me refiero a una prenda de mi favor. Y no se había equivocado el Dragón al ser cauto: incluso con un recuerdo tan agradable grabado en su memoria, el príncipe vaciló en los escalones del carruaje y volvió a alzar la mirada hacia mí con una ligera arruga en el ceño, como si algo le preocupara, antes de bajar por fin la cabeza y entrar para dejar que le despachasen. Permanecí en la ventana observando cómo se alejaba la polvareda del carruaje por el camino hasta que se desvaneció de verdad, con certeza, detrás de las colinas, y hasta entonces no me retiré y volví a sentirme segura... Una sensación absurda en una torre encantada con el mago oscuro y con la magia acechando bajo mi propia piel. Me puse el vestido granate y verde y bajé despacio las escaleras hasta la biblioteca. El Dragón se encontraba de nuevo en su silla, el libro abierto en su regazo, y se volvió para mirarme.

—Muy bien —dijo tan agrio como siempre—. Hoy vamos a intentar...

—Esperad —le interrumpí, y él hizo una pausa—. ¿Os importaría decirme cómo convertir esto en algo que pueda ponerme?

—Si a estas alturas no has comprendido aún el *vanastalem*, no hay nada que yo pueda hacer para ayudarte —me soltó—. Es más, me inclino a considerarte una deficiente mental.

—¡No! No quiero el..., ese hechizo. —Me apresuré a evitar pronunciar la palabra—. No me puedo ni mover metida en estos vestidos, ni abrochármelos sola, ni limpiar nada...

—¿Y por qué no utilizas los conjuros para limpiar? —quiso saber—. Te he enseñado no menos de cinco.

Y yo había hecho todo lo posible por olvidarlos.

—¡Me canso menos frotando! —le respondí.

—Sí, ya te veo dejando tu impronta en el firmamento —contestó con irritación; pero eso no tenía ningún poder para herirme: cualquier magia ya era mala, no sentía el menor deseo de ser una gran bruja poderosa—. Qué criatura tan extraña eres: ¿acaso no sueñan todas las muchachas campesinas con príncipes y trajes elegantes? Intenta degradarlo, entonces.

—¿Qué? —dije yo.

—Elimina parte de la palabra —dijo—. Arrástrala al decirla, mascúllala, algo así como...

—¿Cualquier parte? —pregunté vacilante, pero lo intenté—: ¿*Vanalem*?

La sensación de la palabra más corta fue mejor en mis labios: más pequeña y, de algún modo, más agradable, aunque tal vez fuera sólo mi imaginación. El vestido se estremeció, y las faldas se desinflaron a mi alrededor en un elegante *letnik* de lino natural que terminaba a la altura de la pantorrilla, y encima de éste un simple vestido marrón con un fajín verde para ceñirlo. Respiré hondo, encantada: sin arrastrar un peso que tirase de mí desde los hombros hasta los tobillos, sin corsés asfixiantes, sin colas interminables, sencillo, cómodo y fácil. Y además, la magia no me había dejado tan horriblemente exhausta. No me sentía cansada en absoluto.

—Si ya te has arreglado a tu entera satisfacción empezaremos con la composición silábica —dijo el Dragón con un tono de rebosante sarcasmo. Alzó la mano y un libro se le acercó volando desde la estantería.

Por muy poco que me gustase poseer la magia, me alegraba de no estar tan asustada todo el tiempo. Pero no era una joya de aprendiz: cuando no se me olvidaban las palabras mágicas que él me enseñaba, me hacía un lío con ellas en la boca. Las arrastraba, las mascullaba y las confundía, de manera que un hechizo que debía de haber dispuesto con elegancia una docena de ingredientes para un pastel —«Desde luego que no te voy a enseñar a hacer pociones», me dijo él en tono cáustico— acabó mezclándolos en un desastre sólido que no pude salvar ni para mi propia cena. Otro, que tendría que haber echado más leña al fuego para que ardiese lentamente en la biblioteca, donde estábamos trabajando, en apariencia no hizo nada en absoluto... hasta que oímos un crepitar distante y ominoso y echamos a correr escaleras arriba para encontrarnos con unas llamas verdosas que saltaban de la chimenea de la alcoba de invitados y habían prendido los bordados del dosel de la cama.

Cuando por fin consiguió extinguir aquel fuego tan reticente y testarudo, me rugió furioso durante diez minutos y me llamó «prole de porqueros, estúpida y descerebrada».

—Mi padre es leñador —le dije.

—¡Pues de tontainas que van por ahí blandiendo un hacha! —gruñó.

Pero aun así, ya no estaba asustada. Él se limitaba a barbotear hasta la extenuación y después me hacía salir de allí, pero a mí no me importaban sus ladridos ahora que sabía que no mordía.

Casi lamentaba no ser mejor, pues ahora me daba cuenta de que su frustración era la de un amante de la perfección y de la belleza. Él no deseaba una aprendiz, pero una vez que le habían cargado conmigo, su intención era hacer de mí una gran bruja, deseaba enseñarme su arte. Cuando me mostró ejemplos de ardidés más elevados, un intrincado y grandioso entretejido de gestos y palabras que se sucedían como un canto, pude ver que amaba su trabajo: sus ojos brillantes y encandilados a la luz del hechizo, su rostro casi atractivo con una especie de trascendencia. Él amaba su magia, y estaba dispuesto a compartir ese amor conmigo.

Sin embargo, yo me contentaba con salir del paso farfullando unos cuantos conjuros, llevarme la inevitable reprimenda y bajarme tan campante hasta la despensa a cortar a mano unas cebollas para la comida. Aquello le enfurecía a más no poder, y no sin motivo. Ya sé que estaba siendo una tonta, pero es que no estaba acostumbrada a considerarme alguien importante. Siempre me las había arreglado para recoger más nueces, más setas y más frutas del bosque que nadie, aunque se tratase de una zona que ya hubieran recolectado media docena de veces; era capaz de encontrar las hierbas tardías en otoño y las ciruelas tempranas en primavera. Cualquier cosa, decía mi madre, que implicara ensuciarse todo lo posible: si había que excavar para dar con ello, meterse entre las zarzas o trepar a un árbol para alcanzarlo, yo volvía a casa con un cesto lleno para sobornarla y recibir suspiros de tolerancia en lugar de gritos de consternación ante el aspecto de mi ropa.

Siempre había pensado que hasta ahí llegaban mis dones; nada de importancia salvo para mi propia familia. Ni siquiera ahora entendía qué sentido podría tener la magia, aparte de crear toda una serie de vestidos absurdos y realizar pequeñas tareas que bien podía yo hacer a mano. No me importaba mi propia falta de progreso, o cuánto enfurecía al Dragón. Fui capaz incluso de acomodarme en una especie de satisfacción, hasta que pasaron los días y llegó el solsticio de invierno.

Podía mirar por la ventana de mi alcoba y ver los árboles de las candelas encendidos en las plazas de todas las aldeas, pequeñas y brillantes almenaras que salpicaban el oscuro valle hasta el mismo lindero del Bosque. En mi casa, mi madre embadurnaba la gran pata de cerdo con manteca y le daba la vuelta a las patatas de la bandeja metálica de debajo. Mi padre y mis hermanos habrían cargado con grandes cantidades de leña

a todas las casas para la festividad, con ramas de pino recién cortadas en lo alto; habrían sido ellos los encargados de talar nuestro árbol de las candelas, que sería alto y estaría recto y cargado de ramas.

En la puerta de al lado, Wensa estaría cocinando castañas, ciruelas pasas y zanahorias con una tierna loncha de ternera para traerla a casa, y Kasia..., Kasia estaría allí, al fin y al cabo. Ella le estaría dando vueltas al bellissimo pastel *sekacz* con forma de árbol, en el torno ante la chimenea, vertiendo a cada vuelta la siguiente capa de rebozado para crear las agujas del pino. Había aprendido a hacerlo cuando teníamos doce años: Wensa le había dado el velo de encaje de su boda —del doble de su tamaño— a una mujer de Smolnik a cambio de que le enseñara la receta. Con el fin de estar preparada para cocinar para su señor.

Traté de alegrarme por ella. Lo lamentaba principalmente por mí. Era duro estar sola y sentir frío en mi alcoba en lo alto de la torre, encerrada. El Dragón no lo celebraba; hasta donde yo sabía, ni siquiera era consciente de qué día era. Fui a la biblioteca igual que siempre y recité otro hechizo con tono monocorde, él me gritó un rato y me ordenó que me retirara.

En un intento por aliviar mi soledad, bajé a la cocina y me preparé un pequeño banquete —jamón con *kasha* de alforfón y compota de manzana—, pero cuando monté el plato, me seguía pareciendo tan simple y vacío que, suspirando por algo que pareciera una celebración, utilicé por primera vez el *lirintalem* para mí. Titiló el aire, y de repente allí tenía una fuente de asado de cerdo caliente, rosado y jugoso; mis gachas de trigo favoritas, espesas y preparadas con un cucharón entero de mantequilla fundida y cuscurros de pan dorados en el medio; un montón de guisantes frescos que en mi aldea nadie cataría hasta la primavera; y un pastel *taigla* que había probado una vez, sentada a la mesa de la corregidora, aquel año que le tocaba a mi familia ser sus invitados en la cosecha: las frutas caramelizadas como si fueran joyas de colores, los nudos de masa dulce dorados a la perfección, las avellanas tostadas y pequeñas, y todo ello glaseado y brillante con sirope de miel.

Sólo que no era la comida del solsticio de invierno. No tenía ese ansioso dolor de tripa que trae consigo el hambre después de pasar el día entero cocinando y limpiando sin pausa; faltaba el alegre jaleo de tanta gente que atestaba la mesa riéndose y alargando el brazo para coger las fuentes. Observar aquel minúsculo banquete únicamente para mí me hizo sentir una soledad más desesperada. Pensé en mi madre, cocinando sola sin disponer siquiera de mis torpes manos que la ayudasen, y me escocieron los ojos cuando los hundí en la almohada, con la bandeja intacta sobre la mesa.

Dos días después aún continuaba alicaída y apenada, más torpe de lo normal si cabe. Y fue entonces cuando llegó el jinete, un barullo apresurado de cascos de caballo y unos golpes en las puertas. El Dragón dejó el libro del que estaba intentando enseñarme y lo seguí escaleras abajo; las puertas se abrieron solas ante él, y el mensajero casi se cayó hacia el interior: lucía la sobrevesta de color amarillo oscuro de las Marismas Amarillas, y llevaba el rostro empapado en sudor. Hincó la rodilla, pálido y agotado, pero no aguardó a que el Dragón le diese permiso para hablar.

—Mi señor el barón os suplica que acudáis de inmediato —dijo—. Nos sobrevuela una quimera ante el paso de la montaña.

—¿Qué? —dijo cortante el Dragón—. No es temporada. ¿De qué tipo de bestia se trata, exactamente? ¿No habrá sido algún idiota que ha llamado «quimera» a un quiverno y los demás lo han repetido...?

El mensajero negaba con la cabeza como si fuera un peso movido por una cuerda.

—Cola de serpiente, alas de murciélago, cabeza de cabra... La he visto con mis propios ojos, mi lord Dragón, por eso el barón me ha enviado a mí...

El Dragón resopló entre dientes, irritado. ¿Cómo se atrevía a importunarle una quimera, fuera de temporada? Yo, por mi parte, no comprendía en absoluto por qué la quimera

había de tener una *temporada*; era una bestia mágica y podía hacer cuanto le viniera en gana, ¿no?

—Intenta no ser tan necia —me dijo el Dragón mientras yo correteaba tras sus pasos de vuelta al laboratorio; abrió un maletín y me ordenó que le trajese tal frasco y tal otro. Lo hice a regañadientes, y con mucho cuidado—. Una quimera se engendra por medio de magia corrupta, lo cual no significa que no siga siendo una bestia viva, con su propia naturaleza. Nacen de las serpientes, principalmente porque eclosionan de los huevos que éstas ponen. Son de sangre fría. Pasan los inviernos inmóviles y tumbadas al sol tanto como pueden. Vuelan en verano.

—¿Y ésta por qué ha venido ahora? —dije, tratando de seguirle.

—Lo más probable es que no lo haya hecho, y que este palurdo asustado se aterrorizase huyendo de una sombra —contestó el Dragón, pero a mí aquel palurdo asustado no me había parecido en absoluto un necio ni un cobarde, y pensé que ni el Dragón se creía sus propias palabras—. No, el rojo no, niña idiota, eso es un corazón de fuego; una quimera lo devoraría de un trago si tuviese la oportunidad, y entonces se convertiría en algo muy similar a un dragón de verdad. El violeta rojizo, dos frascos más allá.

A mí me parecían los dos de color violeta rojizo, pero me apresuré a cambiar las pociones y le di la que él quería.

—Muy bien —dijo mientras cerraba el maletín—. No leas ninguno de los libros, no toques nada en esta sala, no toques nada en ninguna sala, si lo puedes evitar, y, si es posible, intenta no reducir a escombros este lugar antes de que yo regrese.

Sólo entonces me di cuenta de que me estaba dejando en la torre; lo miré fijamente, abatida.

—¿Qué voy a hacer yo aquí sola? —me lamenté—. ¿No puedo... acompañaros? ¿Cuánto tiempo tardaréis en volver?

—Una semana, un mes, o quizá nunca vuelva si me distraigo, si hago algo particularmente torpe y consigo que la quimera me parta en dos —soltó—, lo cual significa que la respuesta es *no*, no puedes. Y no vas a hacer nada en absoluto, en la medida de lo posible.

Y se marchó veloz. Corrí a la biblioteca y me asomé por la ventana: las puertas se cerraron a su espalda cuando el Dragón descendió por las escaleras. El mensajero se puso en pie de un salto.

—Me llevo tu caballo —oí decir al Dragón—. Ve caminando hasta Olshanka, detrás de mí; te lo dejaré allí y cogeré una montura que esté fresca.

Se subió al animal e hizo un barrido con la mano en un gesto imperioso mientras murmuraba unas palabras: un pequeño fuego prendió ante él en el camino nevado y se alejó rodando como una bola, derritiendo para él un sendero que quedó limpio en el centro. Se marchó al trote de inmediato a pesar de la inquietud del caballo, que llevaba las orejas gachas. Supongo que el hechizo que le permitió ir y volver de Dvernik en un salto no funcionaba con una distancia tan larga, o quizá sólo pudiese utilizarlo dentro de sus propias tierras.

Permanecí en la biblioteca y continué mirando hasta que lo perdí de vista. No es que el Dragón hubiese hecho su compañía agradable para mí, pero la torre parecía hueca y vacía sin él. Intenté disfrutar de su ausencia como si de unos días de fiesta se tratase, pero tampoco estaba lo bastante cansada. Dedicué un rato a coser el edredón con desgana, y después me senté junto a la ventana y observé el valle: los campos, los aldeanos y los bosques que tanto amaba. Vi el ganado y los rebaños que bajaban a beber, unos trineos de madera y algún jinete ocasional que recorría el camino, los ventisqueros de nieve aquí y allá, y acabé quedándome dormida contra el marco de la ventana. Era tarde cuando me desperté sobresaltada, en la oscuridad, y vi la hilera de los fuegos de las almenaras que ardían en la distancia y recorría la práctica totalidad de

la extensión del valle.

Las miré fijamente, confundida por el sueño. Por un instante pensé que habían vuelto a encender los árboles de las candelas. Sólo había visto encendidas las almenaras tres veces en toda mi vida: una por el Verano Verde; otra por unas yeguas de las nieves que salieron del Bosque cuando yo tenía nueve años; y otra por unas enredaderas que reptaban y que engulleron cuatro casas a las afueras de la aldea de la noche a la mañana, en el verano en que yo tenía catorce años. El Dragón había acudido en todas esas ocasiones; había repelido de golpe el asalto del Bosque y había vuelto a marcharse.

En un estado de pánico creciente, conté en sentido inverso las almenaras para ver dónde se había prendido el mensaje, y sentí cómo se me helaba la sangre: había nueve almenaras en línea recta, siguiendo el curso del río Huso. La novena era Dverník. La señal de llamada se había encendido en mi propia aldea. Me quedé mirando los fuegos y entonces me percaté: el Dragón se había ido. A aquellas alturas se habría adentrado ya en el paso de las montañas, cruzando hacia las Marismas Amarillas. No vería las almenaras, y además, cuando alguien le llevara el aviso, primero tendría que enfrentarse a la quimera... Una semana, había dicho, y no había nadie más...

Fue entonces cuando entendí lo necia que había sido. Nunca había pensado en la magia, en *mi* magia, como algo que valiese para nada, hasta que me encontré allí de pie y supe que no había nadie más que yo; que fuera lo que fuese lo que había en mí —por pobre y torpe e ignorante que fuera— era más magia de la que poseía nadie en mi aldea; que necesitaban ayuda y que yo era la única que quedaba capaz de ofrecérsela.

Tras unos instantes de parálisis, me di la vuelta y bajé volando las escaleras hacia el laboratorio. Entré en un arrebato de temor y cogí la poción gris, aquella que me había convertido en piedra. Cogí también la poción de corazón de fuego, y el elixir que el Dragón había utilizado para salvarle la vida al príncipe, y otro verde, uno que él mencionó una vez que servía para hacer que las plantas crecieran. No me podía imaginar qué utilidad tendría ninguno de ellos, pero al menos sabía lo que hacía cada uno. Ni siquiera sabía cómo se llamaba ninguno de los demás, y no me atreví a tocarlos.

Subí los frascos de vuelta a mi alcoba en un hatillo y me puse a rasgar a la desesperada el resto de mi montón de vestidos y a atar tiras de seda para fabricarme una cuerda. Cuando fue lo bastante larga —o eso esperaba—, la descolgué por la ventana y me asomé a mirarla. La noche era oscura. Allá abajo no había luz que me dijese si la cuerda llegaba hasta el suelo, pero no me quedaba otra que probar y descubrirlo.

Había cosido unas cuantas bolsas de seda con la tela de los vestidos, y coloqué los frascos dentro de una de ellas, bien acolchados con retales, y me la eché al hombro. Intenté no pensar en lo que estaba haciendo. Se me estaba formando un nudo en la garganta. Agarré la cuerda de seda con ambas manos y me subí al alféizar.

Había trepado árboles viejos: me encantaban los robles grandes, y me subía a ellos con un simple trozo de cuerda vieja que tiraba por encima de una rama. Esto no se parecía en nada a aquello. Las piedras de la torre eran de un liso antinatural, y las hendiduras entre ellas eran muy finas y estaban llenas a rebosar de un cemento que no se había deteriorado con los años. Me quité los zapatos de un puntapié y los dejé caer, pero no era capaz de agarrarme a nada ni con los pies descalzos. Todo mi peso pendía de la cuerda de seda, y tenía las manos húmedas de sudor, me dolían los hombros. Me deslicé con manos y pies, y de vez en cuando me quedaba suspendida con la bolsa colgada de la espalda como un peso torpe que se balanceaba, sintiendo la agitación y el sonido líquido de los frascos. Seguí adelante porque no podía hacer otra cosa.

Volver a subir habría sido más difícil. Comencé a fantasear con soltarme, y así fue como supe que se me estaban acabando las fuerzas. Ya me había medio convencido a mí misma de que la caída no sería para tanto cuando me llevé un golpe inesperado en el pie al alcanzar el suelo sólido a través de unos quince centímetros de nieve, contra la pared de la torre. Saqué mis zapatos de la nieve y eché a correr por el sendero que había despejado el Dragón camino de Olshanka.

No se les ocurrió ni mucho menos qué hacer conmigo cuando entré allí. Irrumpí en la taberna tambaleándome, con algunas manchas de sudor y congelada al mismo tiempo, con el pelo apelmazado sobre la cabeza y la escarcha que se formaba en los mechones próximos a la cara en el recorrido de mi aliento. Allí no había nadie a quien conociese. Reconocí al alcalde, pero nunca le había dirigido una palabra. Lo más probable era que me tomaran por una loca sin más, pero allí estaba Borys, el padre de Marta, una de las otras chicas que habían nacido en mi año. Había asistido a la elección.

—Es la chica del Dragón. La hija de Andrey —dijo.

Ninguna de las chicas escogidas había salido de la torre antes de que se cumpliesen los diez años. Por desesperada que fuese la situación para encender una almenara, creo que en un principio habrían preferido que les dejaran enfrentarse a lo que fuera que había enviado el Bosque antes que ver cómo les caía yo encima, un problema a buen seguro, y poco convincente como ayuda de ninguna clase.

Les dije que el Dragón se había marchado a las Marismas Amarillas; dije que necesitaba que alguien me llevase a Dverník. Lo primero se lo creyeron sin mucho entusiasmo; enseguida me di cuenta de que no tenían la menor intención de hacer lo segundo, les dijera yo lo que les dijese sobre las lecciones de magia.

—Vendrás a pasar la noche en mi casa, al cuidado de mi esposa —dijo el alcalde mientras me daba la espalda—. Danushek, cabalga a Dverník: tienen que saber que han de resistir, sea lo que sea, y nosotros hemos de saber qué ayuda necesitan. Enviaremos a un hombre a las montañas...

—¡No pasaré la noche en vuestra casa! —le dije—. Y si no me lleváis, caminaré. ¡Aun así llegaré antes que cualquier otra ayuda!

—¡Basta ya! —me soltó el alcalde—. Escúchame, tú, niña estúpida...

Tenían miedo, por supuesto. Pensaban que me había escapado y que sólo trataba de llegar a mi casa. No querían oírme suplicarles su ayuda, y creo que más aún porque se sentían avergonzados por haberle entregado una muchacha al Dragón; sabían que no estaba bien, y lo hicieron de todas formas, porque no tenían elección y porque no era lo bastante terrible como para empujarlos a la rebelión.

Respiré hondo y volví a utilizar mi arma del *vanastalem*. El Dragón habría estado casi complacido conmigo, creo yo, pues pronuncié cada sílaba con la precisión de una hoja recién afilada. Se apartaron de mí cuando la magia empezó a rodearme en un torbellino, en un resplandor tal que la propia chimenea parecía apagada en comparación. Cuando se despejó, me encontraba unos centímetros más alta y exageradamente grandiosa en unas botas de cortesana con tacones y vestida como una reina en un velatorio: un *letnik* hecho de terciopelo negro, con una puntilla de encaje negro y un bordado de pequeñas perlas negras en marcado contraste con mi piel, que no había visto la luz del sol en cerca de medio año, las mangas largas y ceñidas a los brazos con cintas de oro. Y encima de esto, todavía más extravagante, un reluciente abrigo de seda en rojo y oro rematado con pieles negras en el cuello y atado con un cinturón dorado. Se me había recogido el pelo en una redcilla de cordón de oro y pequeñas piedras preciosas.

—No soy estúpida, ni tampoco una mentirosa —dije—, y si no puedo ser de ayuda, al menos puedo hacer algo. ¡Traedme un carro!

Ayudó, por supuesto, el hecho de que ninguno de ellos supiese que aquel hechizo era un simple conjuro, y que ninguno de ellos hubiese presenciado mucha magia. Yo tampoco los ilustré. Engancharon cuatro caballos al trineo más ligero que tenían en ese momento y me enviaron a toda velocidad por el endurecido sendero del río con mi estúpido —¡pero cálido!— vestido. Fue un viaje veloz e incómodo, volando sin aliento por el camino helado, pero ni tan rápido ni tan incómodo como para que dejase de pensar en las pocas esperanzas que tenía de hacer algo que no fuese morirme, y ni siquiera sabía si eso sería de alguna utilidad.

Borys se había ofrecido a llevarme: una especie de culpa que comprendí sin mediar palabra. Me habían elegido a mí, no a su niña, no a su hija. Ella se encontraba a salvo en casa, tal vez en pleno cortejo o ya prometida en matrimonio. A mí me habían sacado de allí hacía apenas cuatro meses, y ahí estaba, irreconocible ya.

—¿Tú sabes qué ha pasado en Dvernik? —le pregunté acurrucada en la parte de atrás, debajo de un montón de mantas.

—No, no hay noticia todavía —respondió volviendo la cabeza sobre el hombro—. Las almenaras se acababan de encender. El jinete ya habrá partido, si... —Se calló de golpe. Si es que quedaba algún jinete al que enviar, quería decir—. Supongo que nos encontraremos con él a medio camino. —Prefirió cerrar su frase.

Con los pesados caballos de mi padre y su carreta grande, en verano, había un largo día de trayecto entre Dvernik y Olshanka, haciendo una parada en medio. Sin embargo, el camino en invierno estaba cubierto de unos treinta centímetros de nieve, congelados y prácticamente sólidos con una fina capa de nieve en polvo en la superficie. El cielo estaba despejado, y los caballos calzaban herraduras para el hielo endurecido. Avanzamos durante toda la noche, y unas pocas horas antes del alba cambiamos los animales en la aldea de Vynosna sin hacer una auténtica parada: ni siquiera me bajé del trineo. No nos hicieron ninguna pregunta. Borys tan sólo dijo: «Vamos de camino a Dvernik», y me miraron con interés y curiosidad, aunque sin sombra de duda, y desde luego sin reconocerme. Mientras engancharon los caballos frescos, la mujer del mozo de cuadras salió y vino hacia mí con un trozo de pastel de carne recién hecho y un tazón de vino caliente, envuelta en un grueso abrigo de pieles.

—¿Deseáis calentaros las manos, mi señora? —dijo.

—Muchas gracias —respondí avergonzada, sintiéndome como una impostora y casi como una ladrona. Sin embargo, no dejé que aquello me impidiese devorar el pastel de carne en diez bocados, y a continuación me tragué el vino principalmente porque no se me ocurría qué otra cosa hacer con él que no resultara un insulto.

Me dejó mareada y un tanto embotada, como si el mundo se hubiera suavizado y se hubiera hecho más cálido y confortable. Me sentí mucho menos preocupada, lo cual significaba que había bebido demasiado, pero de todas formas estaba agradecida. Borys aceleró el paso gracias a los caballos frescos, y una hora de camino después, con el sol clareando en el cielo que teníamos por delante, vimos en la distancia a un hombre que avanzaba a pie, con un caminar trabajoso. Y entonces nos acercamos más, y no era un hombre ni mucho menos. Era Kasia, vestida con ropa de chico y botas pesadas. Vino directa hacia nosotros: éramos los únicos que se dirigían hacia Dvernik.

Se agarró al lateral del trineo, jadeando, hizo una reverencia y, sin pausa, dijo:

—Está en el ganado... se ha hecho con todo el ganado, y si le hinca el diente a alguien, se apodera de él también. Tenemos a la mayor parte encerrada en la cuadra, contenemos a los animales, pero está siendo necesario hasta el último de los hombres...

Yo ya me había incorporado entonces de entre el montón de mantas, y alargué la mano hacia ella.

—Kasia —dije, con la voz ahogada, y ella se detuvo. Me miró, y nos quedamos observándonos la una a la otra por un largo instante—: Deprisa, sube rápido y te cuento por el camino.

Se sentó a mi lado bajo la pila de mantas del trineo: menuda pareja tan increíblemente dispar que formábamos, ella con sus ropas humildes, bastas y sucias, el atuendo de un joven porquero con el pelo recogido bajo una gorra y una chaqueta gruesa de borreguillo, y yo con aquellas galas; juntas éramos como el hada madrina que se le había aparecido a Cenicienta mientras barría las cenizas del hogar. Pero nuestras manos seguían entrelazadas con fuerza, más sinceras que cualquier otra cosa entre nosotras, y mientras el trineo avanzaba a toda velocidad, le solté una serie inconexa de fragmentos y retales de toda la historia: aquellos primeros días de penoso esfuerzo, las largas y agotadoras semanas en las que el Dragón empezaba a forzar la magia en mí, el aprendizaje desde entonces.

Kasia no me soltó la mano en ningún momento, y cuando por fin le conté, entre titubeos, que era capaz de hacer magia, ella me dejó sin aliento por el asombro.

—Tenía que haberlo sabido —me dijo, y me quedé mirándola, boquiabierta—. Siempre te pasaban cosas extrañas. Te metías en los bosques y salías con fruta fuera de temporada, o con flores que nadie había visto nunca. Cuando éramos pequeñas, solías contarme historias que te habían contado a ti los pinos, hasta que un día tu hermano se rio de ti por ser tan fantasiosa y dejaste de hacerlo. Incluso el modo en que tu ropa siempre estaba hecha un desastre; no te podías ensuciar tanto aunque lo intentases, y yo sabía que no lo intentabas, nunca lo intentabas. En una ocasión vi cómo una rama se estiraba y se te enganchaba a la falda, de verdad se estiró...

Me aparté de un respingo, lancé un ruidito de protesta y ella se calló. No quería oírlo. No quería que ella me contase que la magia llevaba ahí desde el principio, y que por lo tanto era ineludible.

—No es de mucha ayuda salvo para mantenerme hecha un desastre —dije tratando de adoptar un tono más ligero—. Sólo he venido porque él no está. Ahora, cuéntame, ¿qué ha pasado?

Y Kasia me lo contó: el ganado había caído enfermo con aquel mal casi de la noche a la mañana. Las primeras cabezas, unas pocas, mostraban marcas de mordiscos, como si unos lobos extraños y enormes les hubieran clavado los dientes, aunque nadie hubiese visto ninguno en las proximidades, en todo el invierno.

—Han sido las de Jerzy. No las sacrificó de inmediato —dijo Kasia con seriedad. Yo asentí.

Jerzy tenía que haber sido más listo: debería haber apartado sus animales del rebaño y haberles cortado el cuello sin pensarlo nada más ver las mordeduras de los lobos y que seguían allí con el resto. Ningún lobo corriente habría hecho nada similar. Pero... Jerzy era pobre. No poseía tierras ni tenía un oficio, nada, salvo sus vacas. Más de una vez, su mujer se había acercado por casa y nos había suplicado en voz baja que le diéramos un poco de harina, y siempre que yo regresaba de los bosques con una recolección suficiente, mi madre me enviaba a su casa con un cesto. Jerzy había pasado años luchando para ahorrar lo suficiente para comprar una tercera vaca, lo que supondría escapar de la pobreza, y lo había conseguido tan sólo dos años atrás. Su mujer, Krystyna, había lucido una pañoleta roja nueva con ribetes de encaje en la cosecha, y él un chaleco rojo, ambos con orgullo. Habían perdido cuatro hijos antes siquiera de darles un nombre, y ella estaba otra vez embarazada. De manera que Jerzy no se dio la suficiente prisa en sacrificarlas.

—Le han mordido y se han mezclado con el resto de los animales —dijo Kasia—. Ahora, todo el ganado se ha vuelto salvaje, y es demasiado peligroso acercarse siquiera, Nieshka. ¿Qué vas a hacer?

Tal vez el Dragón conociese alguna forma de purgar aquel mal del ganado. Yo no.



—Tendremos que quemarlos —dije—. Espero que él se recupere después de esto, pero no sé qué otra cosa hacer.

A decir verdad, a pesar de aquel horror y de la pérdida que supondría, me alegraba, me alegraba hasta la desesperación. Al menos no se trataba de monstruos que exhalasen fuego o de una peste mortífera, y sí que sabía de algo que estaba en mi mano. Saqué la poción de corazón de fuego y se la mostré a Kasia.

Nadie se opuso a la idea cuando llegamos a Dvernik. Nuestra corregidora, Danka, se quedó tan sorprendida como Kasia o como los hombres de Olshanka cuando descendí a toda prisa del trineo.

Todos los hombres sanos y las mujeres más fuertes se turnaban para mantener a aquellas pobres y atormentadas bestias encerradas, empleando con tal fin horcas para la mies y antorchas, resbalándose en el hielo y con las manos insensibles a causa del frío.

El resto de la aldea trataba de evitar que se congelasen o pasaran hambre. Era una carrera por ver qué fuerzas cederían antes, y nuestra aldea iba perdiendo. Ellos mismos habían probado ya a quemar a los animales, pero hacía demasiado frío. La leña no prendía con la suficiente rapidez antes de que el ganado desmoronase las pilas. En cuanto le dije a Danka qué era la poción, asintió y envió a todos los que no estaban ya trabajando alrededor de la cuadra a que buscaran palas y picos para el hielo, para hacer un cortafuegos.

Luego se volvió hacia mí.

—Necesitaremos que tu padre y tus hermanos nos traigan más leña —dijo sin rodeos—. Están en tu casa, han trabajado toda la noche. Podría enviarte a buscarlos, pero eso tal vez os hiciera más daño, a ti y a ellos, cuando tengas que regresar a la torre. ¿Quieres ir?

Tragué saliva. No se equivocaba, pero yo no podía decir nada salvo un sí. Kasia se agarraba aún a mi mano y, mientras atravesábamos corriendo la aldea camino de mi casa, le pregunté:

—¿Te importa entrar primero y avisarlos?

Así que mi madre ya estaba llorando cuando entré por la puerta. Ni siquiera vio el vestido, sólo me vio a mí, y nos derrumbamos juntas en un montón de terciopelo, abrazadas la una a la otra, cuando mi padre y mis hermanos salieron de las habitaciones, confundidos por el sueño, y nos encontraron en el suelo. Lloramos todos juntos a pesar de decirnos que no había tiempo para llantos, y entre aquellas lágrimas le conté a mi padre lo que íbamos a hacer. Mis hermanos y él salieron disparados a enganchar los caballos, que gracias al cielo se habían mantenido a salvo en su sólido establo junto a la casa. Aproveché aquellos breves instantes y me senté a la mesa de la cocina con mi madre. Ella no dejaba de acariciarme la cara con las manos sin dejar de llorar.

—No me ha tocado, *mamusha* —le dije, y no mencioné al príncipe Marek—. Se comporta.

Ella no respondió, se limitó a acariciarme el pelo una vez más.

Mi padre asomó la cabeza.

—Estamos listos —dijo él, y yo tenía que marcharme.

—Espera un momento —pidió mi madre, y desapareció en el dormitorio. Salió con un fardo que tenía preparado, mi propia ropa y mis cosas—. Pensé que alguien de Olshanka te lo podría llevar a la torre, en primavera, cuando le llevan los regalos de la fiesta.

Me volvió a besar, me abrazó de nuevo y me dejó marchar. Sí que fue más doloroso. Lo fue.

Mi padre recorrió todas las casas de la aldea, y mis hermanos iban saltando y esquilmando las leñeras de hasta el último madero con los que antes las habían

llenado, y fueron llevando grandes brazadas que cargaban en el trineo, con sus altos postes. Una vez lleno, lo condujeron hacia las cuadras, y por fin pude ver al pobre ganado.

Ya ni siquiera parecían vacas, con el cuerpo hinchado y deforme, unos cuernos que les habían crecido inmensos, pesados y retorcidos. Aquí y allí, alguna tenía flechas clavadas o incluso un par de picas, profundamente incrustadas en el cuerpo y sobresaliendo como unos pinchos horribles. Por lo general no se podía dar muerte a las cosas que salían del Bosque salvo con fuego o decapitándolas; las heridas tan sólo las enfurecían más. Muchos de los animales tenían el pecho y las patas delanteras ennegrecidas de haber apagado a pisotones los fuegos anteriores. Se lanzaban contra la sólida valla de la cuadra moviendo de un lado a otro aquellos cuernos tan pesados y antinaturales, y mugiendo con un sonido profundo, terriblemente común. Se había reunido un pequeño grupo de hombres y mujeres para enfrentarse a las bestias, un bosque de pinchos a base de horcas, picas y estacas afiladas que hacían retroceder al ganado con sus acometidas.

Algunas mujeres ya golpeaban el suelo, en su mayor parte limpio de nieve alrededor de las cuadras, y rastrillaban los hierbajos muertos y apelmazados. Danka supervisaba la tarea; le hizo un gesto a mi padre para que se acercase, mientras nuestros caballos resoplaban inquietos al aproximarse y oler la corrupción en el aire.

—Muy bien —dijo ella—. Estaremos listos antes del mediodía. Lanzaremos leña y heno por encima de la valla, entre los animales, y después encenderemos antorchas con la poción y las arrojaremos dentro. Guarda toda la que puedas por si acaso necesitamos un segundo intento —añadió dirigiéndose a mí. Asentí.

La ayuda iba llegando conforme la gente se despertaba temprano de su descanso para colaborar en el gran esfuerzo final. Todos sabían que los animales tratarían de salir en estampida cuando se estuviesen quemando: todo aquel capaz de sujetar un palo ocupó un lugar en la hilera que los retendría. Otros comenzaron a lanzar balas de heno al interior de la cuadra, con las ataduras rotas de forma que se desmoronaban al aterrizar, y mis hermanos empezaron a lanzar fardos de leña sobre la valla. Yo esperaba inquieta junto a Danka, con el frasco en la mano y sintiendo cómo se arremolinaba la magia en su interior, caliente entre mis dedos, latiendo como si supiera que no tardaría mucho en ser liberada. Danka quedó por fin satisfecha con los preparativos y me ofreció el primer fardo de leña que había que prender: un tronco largo y seco abierto por el centro hasta la mitad, con ramas y heno metidos en la grieta y bien atado.

El corazón de fuego intentó salir rugiendo del frasco en cuanto rompí el sello y tuve que sujetar el tapón en su sitio. La poción descendió lentamente, y entonces quité de golpe el tapón y vertí una gota —la más leve, la más pequeña— en el extremo atado del tronco. Las llamas prendieron en el madero con tal rapidez que Danka apenas tuvo tiempo para lanzarlo por encima de la valla, a toda prisa, y acto seguido se volvió e introdujo la mano en un montículo de nieve con un gesto de dolor: ya tenía los dedos rojos y con ampollas. Yo estaba centrada en volver a colocar el tapón en su sitio, y cuando alcé la mirada, las llamas ya habían engullido la mitad de la cuadra y los animales mugían con furia.

A todos nos sorprendió la fiereza de la magia, por mucho que hubiésemos oído historias sobre el corazón de fuego: aparecía en innumerables baladas de batallas y de sitios, y también en las historias que hablaban de su fragua, de cómo eran precisas mil libras de oro para hacer un solo frasco, que había que hervirlo en calderos hechos de roca pura, y que debía hacerlo un mago de una destreza incomparable. Me cuidé mucho de no mencionarle a nadie que no tenía permiso para sacar las pociones de la torre: si el Dragón se iba a enfadar con alguien, quería que se enfadase únicamente conmigo.

Con todo, oír historias sobre él no era lo mismo que verlo delante de tus narices. No

estábamos preparados, y los animales poseídos ya estaban frenéticos. Diez de ellos se unieron y arremetieron contra la valla de la parte de atrás y se estamparon contra ella haciendo caso omiso de las picas y estacas que los aguardaban. A todos nos aterrorizó la idea de recibir una cornada o un mordisco, o de tocarlos siquiera; el mal del Bosque se podía extender con gran facilidad. El grupo de defensores retrocedió, y Danka se puso a gritarles mientras la valla empezaba a ceder.

Con un esfuerzo infinito y una firme determinación, el Dragón me había enseñado varios hechizos menores para restaurar, arreglar y reparar, ninguno de los cuales llegué a pronunciar demasiado bien. La desesperación me hizo probar: me subí al trineo vacío de mi padre, señalé hacia la valla y dije:

—*¡Paran kivitash farantem, paran paran kivitam!*

En alguna parte me había saltado una sílaba, estaba segura, pero debí de haberme aproximado lo suficiente: el madero más largo, que se estaba astillando, se recompuso entero en su sitio, y de él brotaron ramas con hojas nuevas, y las viejas abrazaderas cruzadas de hierro se enderezaron por sí solas.

La vieja Hanka, la única que no había retrocedido un paso —«Estoy demasiado amargada para morirme», diría después para restarle mérito a su valentía—, se había defendido hasta entonces con el mango de madera de un rastrillo después de que se partiese la cabeza de la herramienta y quedara encajada entre los cuernos de un buey. Su palo romo se convirtió en una larga vara de reluciente metal, de acero, y Hanka la metió de golpe, directa, por la boca de una vaca que mugía y empujaba contra la valla. Aquella pica perforó y perforó hasta salir por la nuca de la vaca, y la enorme bestia se desplomó contra la valla y cayó muerta al suelo e impidió que las demás arremetiesen contra la cuadra.

Aquél resultó ser el peor momento del combate. Contuvimos a los animales en todos los demás puntos durante unos pocos minutos más, y la tarea se tornó más sencilla: por entonces todos estaban ya en llamas y desprendían un terrible hedor que revolvió el estómago. Presa del pánico, los animales habían perdido su astucia y se habían vuelto a comportar como siempre, y se lanzaron en vano contra las vallas hasta que el fuego acabó por fin con ellos. En otras dos ocasiones utilicé el hechizo de reparación y acabé apoyada en Kasia, que había subido al trineo para sujetarme. Los niños mayores corrían por todas partes, jadeando con cubos de nieve medio derretida para extinguir cualquier chispa que cayese al suelo. Hasta el último de los hombres y las mujeres de la aldea, todos trabajaron con las picas hasta la extenuación, con el rostro arrebatado y sudoroso por el calor y la espalda helada por el frío, pero juntos mantuvimos encerradas a las bestias, y el fuego no se propagó, ni tampoco su corrupción.

Cayó por fin la última vaca con un siseo de humo y un crepitar de grasa en las entrañas del fuego. Nos sentamos todos agotados en una especie de círculo alrededor de la cuadra, apartados del humo, observando cómo se asentaba el corazón de fuego y ardía con menor intensidad hasta reducirlo todo a cenizas. Muchos tosían. Nadie habló ni lo celebró. No había motivo alguno de celebración. Todos nos alegrábamos de ver el peor peligro conjurado, pero el precio era inmenso. Jerzy no era el único al que aquel fuego dejaría en la pobreza.

—¿Sigue vivo Jerzy? —le pregunté a Kasia en voz baja.

Ella vaciló y asintió.

—He oído que su contagio es muy serio.

El mal del Bosque no siempre resultaba incurable: yo sabía que el Dragón ya había salvado a otros. Dos años atrás, un viento del este se había apoderado de nuestra amiga Trina en la orilla del río mientras lavaba la ropa. Regresó dando tumbos y enferma, con la ropa del cesto cubierta de un polen gris plateado. Su madre le impidió entrar. Arrojó las ropas al fuego y se llevó a Trina al río, donde la sumergió una y otra vez mientras Danka enviaba a un veloz jinete a Olshanka, de inmediato.

El Dragón llegó aquella noche. Recuerdo haber ido a casa de Kasia y habernos quedado las dos observando desde su jardín trasero. No lo vimos a él, tan sólo una luz fría y azul que resplandeció en la ventana del piso de arriba de la casa de Trina. Por la mañana, su tía me contó en el pozo que se iba a poner bien: dos días más tarde, Trina estaba en pie y volvía a ser ella misma sólo que un poco cansada, como quien ha cogido un catarro fuerte, e incluso estaba contenta, porque su padre iba a excavar un pozo junto a su casa para que nunca tuviera que irse hasta el río para hacer la colada. Aun así, aquello había sido una simple ráfaga maliciosa de viento, una pequeña nube de polen. Esto..., ésta era una de las peores posesiones que yo recordaba. Tantas cabezas de ganado con aquel mal, de un modo tan horrible, y tan capaz de extender su corrupción y avanzar tan rápido: era con certeza una señal de que se trataba de algo muy serio.

Danka nos había oído hablar sobre Jerzy. Se acercó al trineo y me miró fijamente a los ojos.

—¿Hay algo que puedas hacer por él? —me preguntó sin rodeos.

Yo sabía qué era lo que me estaba preguntando en realidad. Si no se purgaba la corrupción, sería una muerte lenta y horrible. El Bosque consumiéndote como la putrefacción corroe un árbol caído, vaciándote por dentro para no dejar más que una cosa monstruosa y llena de ponzoña que no se preocupa por nada que no sea extender aquel veneno. Si decía que no había nada que yo pudiese hacer, si admitía que no sabía nada, si confesaba mi agotamiento —con Jerzy tan grave y el Dragón a una semana de allí o más—, Danka daría la orden. Encabezaría un grupo de hombres hacia la casa de Jerzy. Se llevarían a Krystyna a la otra punta de la aldea. A continuación, entrarían en la casa, saldrían con un voluminoso sudario y traerían el cuerpo de Jerzy hasta aquí. Y lo arrojarían a la pira con el ganado ardiendo.

—Hay cosas que puedo probar —le dije.

Danka asintió.

Descendí del trineo, con lentitud y pesadez.

—Yo iré contigo —se ofreció Kasia, y me cogió del brazo para sujetarme: sin mediar palabra, se daba cuenta de que necesitaba ayuda. Caminamos juntas, despacio, hacia la casa de Jerzy.

Aquella casa estaba a desmano, cerca de los límites de la aldea en el extremo más alejado de las cuadras, con los bosques que se asomaban cerca de su pequeño jardín. Para ser mediodía, el camino se hallaba sumido en un silencio antinatural con todo el mundo aún en las cuadras. Nuestros pies hacían crujir la última nieve caída durante la noche. Avancé con torpeza a través de los ventisqueros que se habían formado en los recodos, pero tampoco quería malgastar fuerza alguna en cambiarme el vestido por algo más práctico. Le oímos al aproximarnos a la casa, un incesante quejido gutural, más y más fuerte cuanto más nos acercábamos. Resultaba difícil llamar a la puerta.

Era una casa pequeña, pero la espera se alargó. Krystyna abrió por fin una rendija en la puerta y se asomó. Me miró sin reconocermé, y ella misma estaba también casi irreconocible: tenía unas bolsas violáceas bajo los ojos, y una tripa enorme por el bebé. Miró a Kasia, que intervino:

—Agnieszka ha venido desde la torre a ayudarnos.

Krystyna volvió a mirarme un instante que se hizo eterno.

—Pasad —dijo con voz quebrada.

Había estado sentada en una mecedora junto al fuego, pegada a la puerta. Me percaté de que estaba esperando: aguardaba a que viniesen a llevarse a Jerzy. Tan sólo había otra habitación, con una simple cortina colgada en la entrada. Krystyna regresó a la mecedora y volvió a sentarse. No estaba haciendo punto, ni cosiendo, tampoco nos ofreció una taza de té, se limitaba a clavar la mirada en el fuego y a mecerse. El quejido sonaba más fuerte dentro de la casa. Apreté la mano de Kasia y nos dirigimos

juntas hacia la cortina. Kasia extendió la mano y la abrió.

Jerzy estaba tumbado en la cama. Se trataba de un mueble tosco y pesado hecho con troncos unidos unos con otros, que en este caso era lo mejor. Lo habían atado de pies y manos a los postes de la cama, y una cuerda lo sujetaba por el pecho y pasaba entera bajo el somier. Tenía ennegrecidas las puntas de los dedos de los pies, se le estaban empezando a caer las uñas, y tenía heridas abiertas allá donde le rozaban las cuerdas. Jerzy tiraba de ellas y emitía aquel sonido con una lengua hinchada y oscura que casi le llenaba la boca, pero dejó de hacerlo cuando entramos. Levantó la cabeza, me miró fijamente y sonrió con los dientes ensangrentados y los ojos amarillentos. Soltó una carcajada.

—Mira quién está aquí, brujita, fíjate, fíjate —dijo con un horrible soniquete que ascendía y descendía. Su cuerpo dio un tirón de forma que la cama entera saltó un par de centímetros hacia mí. Él me sonreía sin parar, de oreja a oreja—. Acércate, acércate, pequeña Agnieszka, ven, ven, ven —canturreaba, como una horrible cancioncilla infantil, con la cama desplazándose con cada sacudida mientras yo abría la bolsa de las pociones con las manos temblorosas y tratando de no mirarle.

Jamás había estado tan cerca de alguien poseído por el Bosque. Kasia mantenía las manos sobre mis hombros, erguida y tranquila. Creo que yo habría salido corriendo de no haber estado ella allí.

No recordaba el hechizo que el Dragón había utilizado con el príncipe, pero me había enseñado un encantamiento para sanar pequeños cortes y quemaduras mientras cocinaba o limpiaba. Pensé que no le haría ningún daño. Empecé a cantarlo suavemente mientras vertía un trago del elixir en un cucharón y arrugaba la nariz ante su olor a pescado podrido. Acto seguido, Kasia y yo nos acercamos con precaución a Jerzy. Él me lanzó una dentellada y retorció las manos ensangrentadas contra las cuerdas al tratar de arañarme. Vacilé. No quería arriesgarme a que me mordiese.

—Espera. —Kasia se marchó a la otra habitación y regresó con el atizador y el recio guante de cuero que usaban para remover los rescoldos. Krystyna la vio ir y venir con una expresión apagada e indiferente.

Cruzamos el atizador sobre el cuello de Jerzy y lo sujetamos contra la cama por ambos lados, y mi audaz Kasia se puso el guante, alargó la mano y le hizo desde arriba una pinza en la nariz. La mantuvo incluso mientras Jerzy sacudía la cabeza de arriba abajo, hasta que por fin tuvo que abrir la boca para respirar. Vertí un trago del elixir y retrocedí de un salto justo a tiempo; él lanzó el mentón hacia arriba y consiguió enganchar con los dientes un fragmento de encaje que colgaba de mi manga de terciopelo. Me liberé de un tirón y retrocedí sin dejar de entonar mi encantamiento con voz temblorosa. Kasia lo soltó y regresó a mi lado.

El brillo no era aquel resplandor fulgurante que recordaba, pero, al menos, interrumpió la cantinela del hombre. Vi que el elixir descendía por la garganta de Jerzy, que bajó la cabeza a la cama y permaneció tumbado, sacudiéndose de un lado a otro entre fuertes gruñidos de protesta. Seguí cantando. Se me saltaban las lágrimas: estaba muy cansada. Era como en aquellos primeros días en la torre del Dragón... Era peor, en realidad, pero seguí entonando el encantamiento porque no soportaba la idea de detenerme al pensar que ese cántico podría cambiar el horror que tenía ante mí.

Al oírlo, Krystyna se levantó despacio en la otra habitación y vino hasta la puerta con una terrible expresión de esperanza en el rostro. El brillo del elixir se había asentado en la barriga de Jerzy como un carbón al rojo, resplandeciente, y algunos de los verdugones que tenía en el pecho y en las muñecas se le estaban cerrando. Sin embargo, a pesar de mi canto, unas oscuras volutas de color verde empezaron a cubrir la luz como nubes que ocultasen la luna llena. Se fueron acumulando más y más volutas, que se espesaron hasta que desapareció el resplandor. Lentamente, Jerzy dejó de sacudirse, y su cuerpo se relajó en la cama. Mi cántico se desvaneció en el

silencio. Me acerqué un poco, sin perder la esperanza, y entonces... entonces levantó la cabeza con una mirada enloquecida en los ojos amarillentos y volvió a espetarme con su tonillo:

—Prueba otra vez, pequeña Agnieszka —me dijo y soltó unas dentelladas al aire, como un perro—. ¡Ven y prueba otra vez, ven aquí, ven aquí!

Krystyna dejó escapar un gemido sonoro y se deslizó por el marco de la puerta hasta acurrucarse en el suelo. Las lágrimas me escocían en los ojos, me sentía mareada y vacía por el fracaso. Jerzy había vuelto a su horrible risa y a zarandear de nuevo la cama hacia delante con fuertes golpes que retumbaban sobre el suelo de madera: nada había cambiado. El Bosque había vencido. La corrupción era demasiado fuerte, estaba demasiado avanzada.

—Nieshka —me dijo Kasia con tristeza, a modo de pregunta.

Me pasé el dorso de la mano por la nariz y volví a rebuscar en mi bolsa, decidida.

—Llévate a Krystyna de la casa —le pedí, y aguardé hasta que Kasia hubo ayudado a la mujer a ponerse en pie y a salir de allí con un leve sollozo.

Kasia me lanzó una última mirada de inquietud, y traté de ofrecerle una pequeña sonrisa, pero no conseguí que la boca me respondiese en condiciones.

Antes de acercarme aún más a la cama, me quité la pesada sobrefalda de terciopelo del vestido y me la enrollé alrededor de la cara para taparme la nariz y la boca tres o cuatro veces, hasta que prácticamente quedé asfixiada. Acto seguido respiré hondo, contuve el aliento mientras rompía el sello del frasco gris que se arremolinaba y vertí un poco del contenido en el rostro sonriente de un Jerzy que seguía gruñendo.

Volví a colocar el tapón en su sitio y retrocedí de un salto tan rápido como pude. Él ya había inhalado una vez: el humo se filtraba al interior de sus orificios nasales y de su boca. Una expresión de sorpresa surgió en su rostro, y al instante su piel se fue tornando gris, se endurecía. Se quedó en silencio con la boca y los ojos abiertos y fijos, el cuerpo inmovilizado, las manos trabadas en el sitio. El hedor de la corrupción se desvanecía. La piedra recorrió su cuerpo en una oleada y todo acabó. Yo temblaba en una mezcla de alivio y horror: una estatua yacía atada sobre la cama, una estatua que sólo un demente habría tallado, el rostro retorcido en un gesto inhumano de ira.

Me aseguré de que el frasco había quedado bien sellado y lo devolví al interior de la bolsa antes de salir y abrir la puerta. Kasia y Krystyna estaban de pie en el jardín, con la nieve por los tobillos. La mujer tenía el rostro humedecido y desesperanzado. Las dejé entrar de nuevo: Krystyna fue hasta el estrecho marco de la puerta y se quedó mirando a la estatua de Jerzy en la cama, suspendido al margen de la vida.

—No siente ningún dolor —le dije—. No siente el paso del tiempo, te lo prometo. Y de este modo, si el Dragón conoce alguna forma de purgar la corrupción... —Dejé suspendidas mis palabras.

Krystyna se había sentado a plomo en su silla, como si no pudiera aguantar ya el peso de su cuerpo, con la cabeza gacha. No me sentía segura de si le había hecho un verdadero favor o si tan sólo me había ahorrado yo el dolor. Jamás había oído de nadie tan poseído como Jerzy que hubiera sanado.

—No sé cómo salvarle —dije en voz baja—. Pero... tal vez el Dragón sí sepa, cuando regrese. He pensado que merecía la pena probar.

Al menos, la casa estaba ahora en silencio, sin los aullidos ni el hedor de la corrupción. La terrible lejanía inexpresiva había abandonado las facciones de Krystyna, como si no hubiera sido capaz siquiera de soportar el pensamiento, y tras un instante, se llevó la mano al vientre y lo miró. Le faltaba tan poco para salir de cuentas que a través de la ropa pude ver incluso cómo el niño se movía. Me miró y me preguntó:

—¿Las vacas?

—Quemadas —dije—. Todas.

Krystyna bajó la cabeza: sin marido, sin ganado, con un bebé en camino. Danka

trataría de ayudarla, por supuesto, pero iba a ser un año muy duro para todo el mundo en la aldea.

—¿Tienes algún vestido que puedas darme a cambio de éste? —le dije de forma abrupta. Ella levantó la cabeza para mirarme—. Es que no puedo dar un paso más metida en él.

Rebuscó y sacó dubitativa un vestido viejo, humilde y remendado para dármelo, y una capa basta de lana. Dejé encantada aquella enorme pieza de confección de terciopelo, seda y encaje amontonada junto a la mesa: tenía por lo menos un valor equivalente al precio de una vaca, y la leche valdría aún más en la aldea durante una temporada.

Estaba oscureciendo cuando Kasia y yo salimos por fin al exterior. La hoguera de las cuadras continuaba ardiendo y generaba un gran resplandor anaranjado en el extremo opuesto de la aldea. Todas las casas seguían desiertas. Sentía el aire frío a través de aquella ropa más fina, y no me quedaba un gramo de fuerza. Me tambaleaba con obstinación tras los pasos de Kasia, que iba abriendo camino en la nieve y se volvía cada dos por tres para cogerme de la mano y ofrecerme apoyo. Sólo tenía un pensamiento más feliz con el que animarme: no podía regresar a la torre, así que iría a casa con mi madre y me quedaría hasta que el Dragón viniese de nuevo a buscarme: ¿qué mejor sitio al que ir?

—Tardará por lo menos una semana —le dije a Kasia—, y a lo mejor se harta de mí y deja que me quede. —Eso no debería ni siquiera haberlo pensado—. No se lo digas a nadie —me apresuré a añadir, y ella se detuvo, se dio la vuelta, me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza.

—Estaba lista para irme —dijo Kasia—. Todos esos años... Estaba preparada para ser valiente y marcharme, y no pude soportarlo cuando te llevó a ti. Me sentí como si todo hubiera sido para nada, y todo siguió igual, como si tú jamás hubieras estado aquí...

—Se calló.

Permanecimos allí juntas, cogidas de la mano, llorando y sonriendo, y entonces le cambió la cara; me dio un tirón del brazo y me hizo retroceder. Me di la vuelta.

Salieron lentamente de los bosques, con pasos medidos y unas patas muy abiertas que pisaban sin quebrar la capa superficial de nieve. Los lobos cazaban en nuestros bosques, rápidos, ágiles y grises; podrían llevarse a una oveja que renquease, pero huirían de nuestros cazadores. Éstos no eran nuestros lobos. Aquellos lomos corpulentos de pelo blanco me llegaban por la cintura, y las lenguas rosadas colgaban de unas enormes fauces repletas de dientes amontonados los unos sobre los otros. Nos miraron —me miraron *a mí*— con unos ojos pálidos y amarillentos. Recordé que Kasia me había contado que las primeras vacas que cayeron con el mal habían sufrido los mordiscos de un lobo.

El que iba en cabeza era un poco más pequeño que el resto. Olisqueó el aire en mi dirección y sacudió la cabeza a ambos lados sin quitarme los ojos de encima. Dos más salieron con paso firme de entre los árboles. La manada se desplegó como si él les hubiera dado una señal, y se colocó en abanico a ambos lados frente a mí, para cercarme. Iban de caza, y me estaban cazando *a mí*.

—Kasia —dije—. Kasia, sal corriendo, ahora. —Con el corazón acelerado, me solté de ella y busqué a tientas en la bolsa—. ¡Corre, Kasia! —grité mientras tiraba del tapón y le echaba la poción de piedra al líder de los lobos en pleno salto.

La neblina gris se elevó a su alrededor, y una gran estatua de piedra de un lobo cayó a mis pies como una roca enorme, con las fauces abiertas en un rugido a punto de morderme el tobillo cuando se quedaron inmóviles. El borde de la niebla alcanzó a otro lobo, y una ola de piedra le recorrió más lentamente el cuerpo mientras trataba de escapar pisando por un instante con las patas delanteras sobre la nieve.

Kasia no echó a correr. Me agarró del brazo y tiró de mí para retroceder hacia la casa más cercana, la de Eva. Los lobos aullaron en un terrible gemido a una sola voz y

olisquearon precavidos las dos estatuas; a continuación, uno de ellos aulló y se colocaron en formación. Se volvieron y vinieron juntos al trote hacia nosotras.

Kasia abrió de golpe la verja del huerto delantero de la casa de Eva y tiró de mí para atravesarla; los lobos saltaron la valla con la ligereza de unos gamos. No me atrevía a lanzar el corazón de fuego sin protección que evitase que se propagara, no después de lo que había visto aquel día: habría quemado nuestra aldea entera, tal vez el valle, y desde luego a nosotras dos. En cambio, saqué el pequeño frasco verde con la esperanza de que creara la suficiente distracción para poder entrar en la casa. «Hace crecer la hierba —me había dicho el Dragón cuando le pregunté: el color sano y cálido que tenía me había resultado agradable, como ningún otro de los demás encantamientos extraños y fríos de su laboratorio—. Y una extraordinaria cantidad de plantas; sólo es útil cuando has tenido que quemar un campo para limpiarlo.» Había pensado que podría utilizarlo después del corazón de fuego para renovar nuestros pastos. Retorcí el tapón y lo abrí con un temblor, de manera que la poción se me derramó sobre los dedos: tenía un olor maravilloso, bueno, limpio, fresco, pegajoso de un modo agradable, como la hierba y las hojas machacadas en primavera y llenas de jugo, y con ambas manos ahuecadas arrojé la poción al suelo nevado del huerto.

Los lobos venían corriendo hacia nosotras. Los zarcillos brotaron como serpientes que saltasen de los lechos muertos de las hortalizas, de un color verde vivo, y se lanzaron sobre los lobos para enrollarles las patas en gruesas lianas y tirarlos al suelo apenas a unos centímetros de nosotras. Todo brotó de repente como si se comprimiera un año en un minuto, judías, lúpulo y calabazas desperdigadas por los suelos, que crecían con un tamaño increíble. Bloquearon el camino hacia nosotras aun cuando los lobos se revolvían, daban dentelladas y las desgarraban. Los zarcillos continuaban creciendo, cada vez más, y de ellos brotaron espinas del tamaño de un cuchillo. Un lobo quedó aplastado en un bucle verde que se hinchaba y estaba adquiriendo el grosor del tronco de un árbol, y una calabaza cayó encima de otro, tan pesada que lo tumbó al reventar.

Kasia alargó el brazo y me agarró mientras yo miraba boquiabierta, me di la vuelta y avancé dando tumbos tras ella. La puerta principal de la casa no se abría por mucho que Kasia tratase de forzarla. Nos dirigimos entonces al pequeño establo vacío, que en realidad no era más que un refugio para los cerdos, y entramos. Allí no había ninguna horca, se la habían llevado a las cuadras. Lo único que quedaba a modo de arma era una pequeña hacha para cortar maderos. La cogí a la desesperada mientras Kasia apuntalaba la puerta. El resto de los lobos habían conseguido salir de aquel huerto repentino y venían de nuevo a por nosotras. Sobre dos patas, arañaban la puerta y le daban dentelladas, y entonces dejaron de hacerlo de un modo que no presagiaba nada bueno. Los oímos moverse, y uno de ellos aulló al otro lado del establo, junto a un ventanuco alto. Cuando nos volvimos, alarmadas, tres de ellos lo atravesaban de un salto, uno detrás de otro. Los demás lobos respondieron con un aullido al otro lado de la puerta.

Yo estaba vacía. Traté de pensar en algún conjuro, cualquier hechizo que me hubieran enseñado, cualquier cosa que pudiese resultar de ayuda contra ellos. Tal vez la poción me hubiese renovado, como al huerto, o si no, lo habría hecho el pánico: dejé de sentirme débil como si me fuese a desmayar, y otra vez me imaginé formulando un nuevo hechizo, si es que era capaz de pensar en alguno que fuese de utilidad. Sin pararme a pensarlo, me pregunté si el *vanastalem* podía generar una armadura.

—¿*Rautalem*? —pregunté entonces a ciegas, mezclándolo con un hechizo para afilar los cuchillos de la cocina, mientras agarraba el viejo platillo del agua hecho de latón abollado.

No tenía mucha idea de lo que podría hacer aquello, pero mantuve la esperanza. Tal vez la magia estuviera tratando de salvarme y de salvarse, porque el platillo se enderezó y se convirtió en un escudo enorme, de sólido acero. Kasia y yo nos



agazapamos en un rincón detrás del escudo cuando los lobos saltaron a por nosotras. Kasia cogió el hacha de mi mano y se puso a golpear patas y hocicos cuando asomaban por el borde del escudo en sus intentos por derribarlo o arrebatárnoslo. Estábamos las dos aferradas a las asas del escudo como si nos fuera la vida en ello, desesperadas, y de pronto, para mi horror, uno de los lobos —¡un lobo!— se dirigió a propósito a la puerta cerrada del establo, levantó con el hocico el madero que la atravesaba de lado a lado y la abrió. El resto de la manada entró y vino hacia nosotras. No había por donde huir, no me quedaba ningún truco en la bolsa. Kasia y yo nos agarramos la una a la otra, nos aferramos a nuestro escudo, y entonces salió despedida la pared entera del cobertizo, detrás de nosotras. Caímos de espaldas sobre la nieve, a los pies del Dragón. La manada de lobos saltó a una a por él, aullando, pero él alzó una mano y entonó un verso increíblemente largo sin pararse a respirar. Todos los lobos, a un mismo tiempo, se quebraron en el aire con el horrible sonido de una rama al partirse. Cayeron amontonados y muertos en la nieve.

Kasia y yo continuábamos agarradas la una a la otra cuando los cuerpos de los lobos empezaron a caer uno detrás de otro a nuestro alrededor. Levantamos la cabeza hacia el Dragón, y él me fulminó con la mirada, tenso y furioso, y me gruñó:

—¡De todas las idioteces que podías haber hecho, niña lunática y medio tonta...!

—¡Cuidado! —gritó Kasia, demasiado tarde: un último lobo renqueante y con el pelaje manchado de calabaza saltó sobre el muro del huerto, y, aunque el Dragón pronunció veloz un hechizo conforme se daba la vuelta, mientras caía moribunda la bestia le alcanzó en el brazo con una zarpa afilada. Tres gotas de brillante sangre tiñeron de rojo la nieve a sus pies.

Cayó de rodillas con el brazo agarrado por el codo. La lana negra de su jubón estaba rasgada y abierta. La carne alrededor de la herida ya se tornaba verdosa por la corrupción. Aquel color enfermizo se detenía allá donde sus dedos se aferraban al brazo silueteados por un leve resplandor de luz, pero se le estaban hinchando las venas del antebrazo. Busqué a tientas el elixir en mi bolsa.

—En la herida —dijo, apretando los dientes; yo se lo hubiera dado a beber.

Vertí el líquido en la herida mientras todos conteníamos la respiración, pero la mancha negra no retrocedió: sólo dejó de extenderse con tanta rapidez.

—La torre —me dijo. El sudor le había brotado por toda la frente. Tenía la mandíbula bloqueada, prácticamente incapaz de hablar—. Escucha: *Zokinen valisu, akenezh hinisu, kozhonen valisu.*

Le miré fijamente; no podía estar confiando en que lo haría, llevarnos de vuelta con un hechizo, ¿no? Pero no dijo nada más. Estaba claro que todas sus fuerzas iban dirigidas a detener la corrupción, y demasiado tarde recordé lo que él me había contado, de cómo el Bosque, de haberse hecho conmigo, que era una bruja inútil y sin instruir, me habría convertido en un horror verdaderamente terrible. ¿Qué haría entonces con él, el más prominente mago del reino?

Me volví hacia Kasia, saqué el frasco de corazón de fuego y se lo puse en las manos a la fuerza.

—Dile a Danka que tiene que enviar a alguien a la torre —le dije, hundida y desesperada—. Si no salimos los dos y decimos que todo está bien, si queda la menor duda..., que ardan hasta los cimientos.

Sus ojos rebosaban de preocupación por mí, pero asintió. Me volví hacia el Dragón y me arrodillé en la nieve junto a él.

—Bien —me dijo, muy brevemente, con un movimiento fugaz de ojos hacia Kasia. Entonces supe que mis peores miedos no erraban. Lo agarré del brazo, cerré los ojos y pensé en la sala de la torre. Y pronuncié las palabras del hechizo.

Ayudé al Dragón a recorrer a trompicones el pasillo y la corta distancia hasta mi pequeña alcoba, de cuya ventana aún colgaba la cuerda de vestidos de seda. No cabía la esperanza de bajarlo hasta sus aposentos; ya era un peso muerto cuando lo dejé sobre mi cama. Aún se agarraba el brazo y de algún modo contenía la corrupción, aunque el brillo que rodeaba su mano era cada vez más tenue. Lo acomodé sobre las almohadas y permanecí de pie ante él por un instante, inquieta, esperando que dijese algo, que me dijera qué hacer, pero no habló; sus ojos no percibían nada, tenía la mirada fija en el techo. El pequeño arañazo se había hinchado como la peor picadura de una araña. Respiraba con rápidos jadeos, y el antebrazo tenía un horrible color verdoso por debajo de donde lo agarraba, el mismo color que había teñido la piel de Jerzy. En el extremo de la mano, las uñas se le ennegrecían.

Bajé corriendo a la biblioteca, patinando tanto por los escalones como para arañarme las espinillas y hacerme sangre, pero ni siquiera lo noté. Allí estaban los libros en sus elegantes hileras, como siempre, plácidos y sin inquietarse ante mi necesidad. Algunos de ellos me resultaban ya conocidos: «viejos enemigos», los habría llamado yo, llenos de hechizos y encantamientos que entre mis labios inevitablemente se habrían tergiversado, de páginas temblorosas hasta el desagrado cuando tocaba el pergamino. Me subí a la escalera y los saqué de la estantería de todas formas; los fui abriendo uno por uno, pasando páginas y páginas de listas, todo para nada: la destilación de la esencia de mirto sería de gran utilidad en todo tipo de manejos, pero ahora no me serviría en absoluto, y resultaba exasperante perder un solo segundo ante seis recetas para sellar en condiciones el frasco de una poción.

No obstante, la inutilidad de aquel esfuerzo me ralentizó lo suficiente como para permitirme pensar un poco mejor. Me di cuenta de que no podía esperar hallar la respuesta a algo tan horrible en los libros de hechizos de los que él trataba de enseñarme: como él mismo me había dicho en repetidas ocasiones, estaban llenos de conjuros y trivialidades, cosas que cualquier mago que preciara su ingenio debería ser capaz de dominar casi a la primera. Observé dubitativa las estanterías más bajas, donde el Dragón guardaba los volúmenes que él leía, aquellos de los que me había advertido de forma estricta que me mantuviese alejada. Algunos estaban encuadernados en un cuero nuevo e intacto, repujado en oro; otros eran viejos y prácticamente se desmoronaban; unos eran tan altos como mi brazo; otros, lo bastante pequeños para caber en la palma de mi mano. Los recorrí con los dedos y, en un impulso, extraje uno de tamaño reducido y repleto de hojas de papel insertadas: la cubierta estaba pulida por el uso y lucía una estampación de letras simples.

Se trataba de un cuaderno escrito con una letra pequeña y apretada, de lectura casi imposible a la primera y repleto de abreviaturas. Las hojas sueltas eran anotaciones del Dragón, una o más insertadas entre prácticamente todas las páginas, en las que describía diferentes maneras de formular cada hechizo, con explicaciones de lo que estaba haciendo: aquello parecía más prometedor, al menos, como si su voz me hablase desde el papel.

Había una docena de hechizos para sanar y limpiar heridas... de infecciones y gangrenas, no de un encantamiento de corrupción, pero al menos merecía la pena probar. Leí entero un hechizo que aconsejaba sajar la herida envenenada, emplastarla con romero y cáscaras de limón, y hacer algo que el autor de la nota llamaba «poner el aliento en ello». El Dragón había rellenado cuatro páginas sobre el tema, hasta el último milímetro de papel, y había dibujado unas líneas en las que había anotado cerca de seis decenas de variaciones: tal cantidad de romero fresco o seco; cual cantidad de cáscara de limón con pellejo blanco o sin él; con un cuchillo de acero, con uno de hierro, tal encantamiento y tal otro.

No había escrito cuál de los intentos había funcionado mejor y cuál peor, pero si le

había dedicado tanto esfuerzo, tenía que servir para algo. Todo cuanto necesitaba yo ahora era hacerle el suficiente bien como para que me dijese apenas unas palabras, darme alguna indicación. Bajé volando a la cocina y busqué un ramo grande de romero colgante y un limón. Cogí un cuchillo pequeño para pelar legumbres que estaba limpio, varios paños también limpios y un cazo con agua caliente.

Entonces vacilé: mis ojos se habían posado en un cuchillo de carnicero que descansaba sobre la piedra de cortar. Si no podía hacer otra cosa, si no conseguía darle fuerzas para hablar... no sabía si sería capaz, si le podría cortar el brazo; pero había visto a Jerzy en la cama, tan burlón y monstruoso, lejos de aquel hombre triste y tranquilo que me saludaba en la calle con un gesto de la cabeza; había visto la expresión vacía en el rostro de Krystyna. Tragué saliva y cogí el cuchillo de carnicero.

Afilé los dos, decidida a no pensar en nada, y me llevé las cosas escaleras arriba. La ventana y la puerta estaban abiertas, pero aun así, el terrible hedor de la corrupción ya se acumulaba en mi pequeña alcoba. Me revolvió las tripas, tanto físicamente como de pánico. No me veía capaz de ver al Dragón corrompido, su elegante perfil putrefacto, su afilada lengua reducida a gruñidos y aullidos. Su respiración era breve, tenía los ojos medio cerrados. Una terrible palidez en el rostro. Le coloqué los paños bajo el brazo y los até con un cordel. Pelé unas tiras anchas de cáscara de limón, arranqué unas hojas de romero del tallo, las machaqué todas y lo eché todo en el agua caliente para que el aroma dulce y fuerte ascendiera y desalojara el hedor. Luego me mordí el labio, reuní fuerzas y rajé la herida hinchada para abrirla con el cuchillo pequeño. Supuró una bilis espesa y verdosa. Vertí sobre la herida una taza de agua caliente detrás de otra hasta que quedó limpia. Cogí a puñados las hierbas maceradas con limón y las emplasté con fuerza.

Las notas del Dragón no decían nada sobre el significado de echarle el aliento a la herida, así que me incliné y susurré los encantamientos sobre ella, probé uno tras otro con la voz quebrada. Todos parecían incorrectos en mis labios, torpes y cortantes, y nada sucedía. Presa del desánimo, volví a leer aquella escritura tan apretada: había una línea que decía: «*Kai y tihás*, cantadas como bien parezca, serán de especial virtud». Todos los encantamientos del Dragón tenían sus variantes con aquellas sílabas, aunque entrelazadas con otras para construir unas frases muy largas y complicadas que se me trababan en la lengua. En cambio, me incliné y canté «*Tihás, tihás, kai tihás, kai tihás*» una y otra vez, y acabé yéndome a la melodía de la canción de cumpleaños que me cantaban cuando era pequeña.

Suena absurdo, pero el ritmo resultaba fácil y reconocible, reconfortante. No tuve ya que pensar en las palabras: me llenaban la boca y se derramaban como el agua de una copa. Se me olvidó recordar las risotadas de Jerzy y aquella inmundicia verde que había sofocado la luz en su interior. Sólo quedaba el suave movimiento de la canción, el recuerdo de los rostros reunidos a la mesa entre risas. Y entonces fluyó la magia, aunque no del mismo modo en que las lecciones de hechizos del Dragón la extraían de mí de golpe. El sonido del cántico, en cambio, parecía transformarse en un río creado para llevar la magia consigo, y en la orilla me encontraba yo, con un cántaro que jamás se agotaba, vertiendo un fino hilo de plata en la velocidad de la corriente.

Bajo mis manos, la dulce fragancia del romero y el limón ascendía con fuerza y se imponía al hedor de la corrupción. Más y más de aquella bilis comenzó a manar de la herida hasta el punto de llegar a preocuparme, de no ser porque el aspecto del brazo del Dragón mejoraba a ojos vistas: el horrible rastro verdoso perdía intensidad, se reducía la hinchazón de las venas infladas y oscurecidas.

Me estaba quedando sin aliento, pero, además de eso, de algún modo me daba la sensación de haber acabado, de que mi trabajo estaba hecho. Finalicé mi cántico de forma sencilla con una nota ascendente y otra descendente: de todos modos, al final ya sólo tarareaba con los labios cerrados. El destello allá donde él se sujetaba el brazo,

por el codo, brillaba ahora más fuerte, más intenso, y de su sujeción surgieron de forma abrupta unas delgadas líneas de luz que le recorrieron las venas y se desplegaron como si fueran ramas. La putrefacción desaparecía: la carne tenía una apariencia saludable, su piel se recuperaba... en su habitual palidez enfermiza de quien no ha visto el sol, pero suya, al fin y al cabo.

Lo observaba con la respiración contenida, sin apenas atreverme a albergar esperanzas, y todo su cuerpo cambió entonces. Tomó aliento una sola vez, más larga y más profunda, parpadeando hacia el techo con una mirada que volvía a ser consciente, y sus dedos liberaron uno por uno la férrea sujeción a la altura del codo. Tal vez se me escapase un sollozo de alivio: incrédula y esperanzada, alcé la vista hacia su rostro con una sonrisa que me empezaba a asomar a los labios y me encontré con la estupefacta indignación que había en sus ojos, fijos en mí.

Se incorporó de las almohadas con esfuerzo. Se quitó del brazo el emplasto de romero y limón y lo mantuvo en el puño con cara de incredulidad. Se inclinó hacia delante y cogió el pequeño cuaderno de la colcha que le cubría las piernas: yo lo había puesto allí para poder leerlo mientras trabajaba. Miró fijamente el hechizo, le dio la vuelta al libro para ver el lomo como si no pudiera creer lo que veían sus ojos, y descargó contra mí:

—Tú, condenada contradicción insensata e imposible, ¿qué demonios has hecho ahora?

Arrodillada, me senté sobre los talones con una cierta indignación: ahora esto, cuando acababa de salvarle no sólo la vida, sino todo lo que él pudiera ser, y acababa de salvar al reino de lo que fuera en lo que el Bosque lo hubiese convertido.

—¿Qué debería haber hecho? —exigí—. ¿Y cómo iba a saber que tenía que hacerlo? Además, ha funcionado, ¿no?

Por alguna razón, aquello únicamente consiguió enfurecerlo casi hasta la incoherencia. Se levantó de mi catre, lanzó el libro a la otra punta de la alcoba y todas las notas volaron por los aires, y salió al pasillo sin mediar palabra.

—¡Podríaís agradecermelo! —grité a su espalda, pero sus pasos se habían desvanecido ya antes de que recordase que el Dragón había sido herido al salvarme a mí la vida, que seguramente se habría obligado a hacer lo indecible con tal de venir a ayudarme.

Aquel pensamiento sólo me puso de peor humor, por supuesto. Y también lo hizo la trabajosa tarea de limpiar mi pequeña alcoba y cambiar la ropa de cama; las manchas no saldrían, y todo apestaba, aunque aquella terrible maldad ya había desaparecido. Decidí por fin utilizar la magia para hacer aquello, y empecé con uno de los hechizos que me había enseñado el Dragón, pero luego cambié de idea y me fui a recoger el cuaderno del rincón. Estaba agradecida a aquel librito y al mago o la bruja que lo hubiera escrito en el pasado, aunque el Dragón no lo estuviera conmigo, y me alegró encontrar, casi al principio, un hechizo para refrescar una habitación: «*Tisha*, en canto ascendente y descendente, con el trabajo que lo guíe». Lo tarareé mentalmente mientras retiraba la funda húmeda y manchada del colchón. El aire se hizo frío y vigorizante a mi alrededor, pero sin ser en absoluto molesto; cuando hube terminado, la ropa de cama estaba limpia y resplandeciente como recién lavada, y la funda olía como si acabase de salir de un almiar en verano. Volví a montar la cama y me tumbé en ella, casi sorprendida, conforme los últimos jirones de desesperación me abandonaban, y, con ellos, todas mis fuerzas. Apenas fui capaz de taparme con la colcha antes de quedarme dormida.

Desperté despacio, llena de paz y serenidad, bajo la luz del sol que entraba por la ventana, y poco a poco me fui dando cuenta de que el Dragón se encontraba en mi alcoba.

Estaba sentado junto a la ventana, en la pequeña silla de trabajo, fulminándome con la

mirada. Me incorporé, me froté los ojos y le miré de igual modo. Mostró en alto el librito, lo tenía en la mano.

—¿Qué te hizo escoger precisamente éste? —quiso saber.

—¡Estaba lleno de notas! —le dije—. Pensé que debía de ser importante.

—No es importante —dijo, aunque no le creí dada la ira que parecía embargarle—. No sirve para nada..., no ha servido en los quinientos años que han pasado desde que fue escrito, y un siglo de estudio no ha conseguido convertirlo en nada que no sea una inutilidad.

—Bueno, hoy no ha sido inútil —dije al tiempo que me cruzaba de brazos.

—¿Cómo sabías cuánto romero utilizar? —me preguntó—. ¿Cuánto limón?

—¡Vos mismo usasteis todo tipo de cantidades en esas tablas! —le dije—. Supuse que no importaba.

—¡Esas tablas eran de fracasos, idiota! —me gritó—. Ninguna de esas cantidades surtió el menor efecto: ni por partes, ni con adiciones, ni con encantamiento alguno...

¿Qué hiciste tú?

Le miré fijamente.

—Empleé lo suficiente para generar un olor agradable, y lo maceré para concentrarlo más. Y utilicé el cántico de la página.

—¡Ahí no hay ningún encantamiento! —exclamó—. Unas sílabas triviales, sin poder...

—Cuando lo canté el tiempo suficiente, hizo que fluyese la magia —le dije—. Lo hice al son de *Cumpleaños feliz* —añadí. Se puso más rojo e indignado aún.

Se pasó la siguiente hora interrogándome al respecto de cada detalle particular de mi formulación del hechizo, y cada vez se contrariaba más: yo apenas era capaz de responder a ninguna de sus preguntas. Quería las sílabas y las repeticiones exactas, quería saber cuánto me había acercado a su brazo, el número de ramitas de romero y el número de cáscaras de limón. Hice lo que pude para contárselo, pero, incluso conforme lo hacía, me daba la sensación de que todo era incorrecto, y, mientras él escribía airado en sus papeles, por fin le dije:

—Pero si nada de eso importa. —El Dragón alzó una mirada torva hacia mí, y proseguí con incoherencia aunque con convicción—: Sólo es... una forma de hacerlo. No hay una única senda. —Señalé con un gesto hacia sus papeles—. Vos tratáis de hallar un camino donde no lo hay. Es como... es igual que recolectar en los bosques —dije de forma abrupta—. Tenéis que abriros paso entre los matorrales y los árboles, y cada vez es diferente.

Terminé en tono triunfal, complacida por haber encontrado una explicación que me resultase clara y satisfactoria. Él se limitó a dejar la pluma de golpe y a echarse hacia atrás en la silla, enfadado.

—Eso es una bobada —dijo en un tono casi lastimero, y se quedó mirándose el brazo con aire de frustración, como si prefiriese sufrir de nuevo la corrupción antes que valorar la posibilidad de estar equivocado.

Me fulminó con los ojos cuando se lo dije: a aquellas alturas yo también estaba empezando a ponerme un tanto furiosa, estaba sedienta y muerta de hambre, aún vestida con los harapos de Krystyna que me colgaban de los hombros y no me protegían del frío. Harta, me levanté haciendo caso omiso de la expresión de su rostro y le anuncié:

—Bajo a la cocina.

—Fenomenal —soltó él y se marchó enfurecido hacia su biblioteca, pero era incapaz de aguantar un interrogante sin responder.

Antes siquiera de que mi caldo de pollo se hubiese terminado de cocer, apareció de nuevo ante la mesa de la cocina cargado con un volumen distinto, encuadernado en cuero celeste y repujado en plata, grande y elegante. Lo dejó sobre la mesa, junto al tajo de madera.

—Por supuesto —dijo con voz firme—, tienes cierta afinidad por la sanación, y eso te ha llevado a intuir el verdadero hechizo..., aunque no seas ya capaz de recordar los detalles con precisión. Eso explicaría tu incompetencia en general: la sanación es una rama especialmente definida de las artes mágicas. Espero que tu progreso mejore de un modo considerable cuando avancemos y centremos nuestra atención en las disciplinas sanadoras. Comenzaremos con los hechizos menores de Groshno. —Apoyó una mano sobre el tomo.

—No, no lo haremos hasta que haya almorzado —le dije sin hacer una pausa. Estaba cortando zanahorias.

Masculló algo sobre alguna idiota recalcitrante. No le hice caso. Se contentó con permanecer sentado y tomarse el caldo cuando le puse un cuenco delante con una gruesa rebanada de una hogaza de pan que había hecho... el día anterior, caí en la cuenta; apenas había estado fuera de la torre durante una noche y un día. Me parecía un milenio.

—¿Qué ha sido de la quimera? —le pregunté cuchara en mano, mientras comíamos.

—Vladimir no es un necio, gracias al cielo —dijo el Dragón, tras limpiarse los labios con una servilleta que hizo aparecer. Tardé un instante en percatarme de que hablaba del barón—. Después de enviar al mensajero, le puso unas terneras atadas como cebo cerca de la frontera mientras sus piqueros la hostigaban desde todas las demás direcciones. Perdió a diez de ellos, pero consiguió acorralarla a una hora a caballo del paso de la montaña. Pude matarla con rapidez. No era más que una quimera pequeña, apenas tenía el tamaño de un poni.

Sonaba extrañamente serio al respecto.

—Y eso es bueno, ¿verdad?

Me miró con cara de fastidio.

—Era una trampa —me dijo con tono desagradable, como si aquello resultara obvio para cualquier persona sensata—. Buscaba mantenerme alejado mientras la corrupción se apoderaba de todo Dverník y acababa con la aldea antes de que yo llegase. —Se miró el brazo, abrió y cerró el puño. Se había cambiado de camisa y se había puesto una de lana verde con el puño cerrado en oro. Le cubría el brazo; me preguntaba si debajo le quedaría una cicatriz.

—Entonces —me atreví a decir—, ¿hice bien al ir?

Su expresión era tan agria como una leche que se hubiera dejado al sol en pleno verano.

—Si alguien pudiera decir algo semejante cuando has tirado el equivalente a cincuenta años de mis pociones más valiosas en menos de un día. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que si se pudiera disponer de ellas con esa facilidad, le entregaría media docena de frascos al corregidor de cada aldea y me ahorraría la molestia de tener que poner el pie en el valle?

—No pueden ser más valiosas que las vidas de las personas —contraataqué.

—La vida que en un momento dado tienes ante ti no vale un centenar en otro sitio, dentro de tres meses —me dijo—. Escucha, simplona, ahora tengo un frasco de corazón de fuego que se está refinando. Empecé a prepararlo hace seis años, cuando el rey se pudo permitir entregarme el oro necesario para ello, y estará terminado dentro de otros cuatro. Si gastamos todo mi suministro antes de ese momento, ¿acaso crees que Rosya tendrá la deferencia de no incendiar nuestros campos sabiendo que nos moriremos de hambre y pediremos la paz antes de poder devolverles la gentileza? Y cada uno de los frascos que has gastado tiene igualmente su coste. Más aún cuando Rosya cuenta con tres maestros hechiceros capaces de preparar pociones frente a los dos que tenemos nosotros.

—¡Pero no estamos en guerra! —protesté.

—Lo estaremos en primavera —me dijo—, si llega a sus oídos alguna historia sobre un

despilfarro de corazones de fuego y pieles de piedra y creen haber adquirido una verdadera ventaja. —Hizo una pausa y, acto seguido, añadió con gravedad—: O si llega a sus oídos alguna historia sobre una sanadora con el poder suficiente para purgar la corrupción, y creen en cambio que la balanza se decantará pronto a nuestro favor, cuando te hayas formado.

Tragué saliva y bajé la mirada a mi cuenco de sopa. Sonaba irreal cuando hablaba de que Rosya declarase la guerra por mí, por las cosas que había hecho o por lo que ellos imaginaban que podría hacer. Recordé, no obstante, el terror que sentí al ver las almenaras encendidas sin estar él, consciente de lo poco que podía hacer para ayudar a mis seres queridos. Aún no me arrepentía, en absoluto, de haberme llevado las pociones, pero no podía seguir fingiendo que daba igual si alguna vez llegaba a aprender un solo hechizo.

—¿Creéis vos que podría ayudar a Jerzy, una vez me haya formado? —le pregunté.

—¿Ayudar a un hombre corrompido por completo? —El Dragón me miró con el ceño fruncido. Pero luego admitió de mala gana—: No deberías haber sido capaz de ayudarme a mí.

Agarré mi cuenco, me bebí de golpe el resto del caldo, lo dejé después a un lado y lo miré, separados por la mesa arañada de la cocina.

—Muy bien —le dije muy seria—. Pongámonos a ello.

Por desgracia, la disposición para aprender magia no equivalía a que se te diera bien. Los hechizos menores de Groshno se me atragantaron por completo, y los conjuros de Metrodora siguieron desde luego sin conjurarse. Tras otros tres días en los que admití que el Dragón me empleara en los hechizos de sanación, todos los cuales me dieron la misma sensación de torpeza e impropiedad de siempre, bajé decidida a la biblioteca a la mañana siguiente con el pequeño cuaderno desgastado en la mano y lo dejé sobre la mesa ante él, que miraba con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me enseñáis con esto? —inquirí.

—Porque eso no se puede enseñar —me soltó—. Apenas he sido capaz de codificar los conjuros más sencillos en cualquier formato que resulte utilizable, y ninguno de los ardidés más elevados. A pesar de la notoriedad de la autora, en la práctica no tiene casi ningún valor.

—¿A qué os referís con notoriedad? —dije y observé el librito—. ¿Quién lo escribió? Me frunció el ceño.

—Jaga —dijo, y por un instante me quedé helada e inmóvil.

La vieja Jaga había muerto mucho tiempo atrás, pero apenas había canciones sobre ella, y los bardos las solían cantar con recelo, sólo en verano, a mediodía. Llevaba quinientos años muerta y enterrada, pero eso no le había impedido aparecer en Rosya apenas cuarenta años atrás, en el bautizo del príncipe recién nacido. Convirtió en sapo a seis guardias que intentaron detenerla, durmió a otros dos magos y se dirigió hasta el niño para inclinarse sobre él y observarlo con el ceño fruncido. Se irguió, entonces, y anunció con tono irritado: «He abandonado el tiempo», antes de desvanecerse en una gran nube de humo.

De manera que estar muerta no era un impedimento para que regresara de repente a reclamar su librito de hechizos, pero lo único que hizo el Dragón fue irritarse más con mi expresión.

—Quita esa cara de niña solemne de seis años. Al contrario de lo que sostiene la imaginación popular, está muerta, y te puedo asegurar que cualquier paseo atemporal que se pudiera haber dado con antelación habría tenido un propósito más elevado que ir por ahí espionando los cotilleos sobre su persona. En cuanto a ese libro, empleé una desmedida cantidad de dinero y de esfuerzos en conseguirlo, y me felicité por su adquisición hasta que me percaté de lo irritantemente incompleto que era. Está claro que ella lo utilizaba sólo para refrescarse la memoria: no contiene detalles de

verdadera hechicería.

—Los cuatro que he probado yo han funcionado a la perfección —le dije, y él me miró fijamente.

No me creyó hasta que me obligó a formular media docena de los hechizos de Jaga. Eran todos similares: unas pocas palabras, unos cuantos gestos, unas briznas de hierbas y otras cosas. Ningún elemento en particular importaba; no había un orden estricto en los ensalmos. Vi por qué decía él que los hechizos de Jaga no se podían enseñar, porque yo ni siquiera era capaz de recordar lo que había hecho después de formularlos, y mucho menos explicar por qué daba cada paso, pero suponían para mí un alivio indescriptible después de todos aquellos hechizos tan rígidos y exageradamente complicados que él me había impuesto. Mi primera descripción continuaba siendo acertada: me sentía como si me fuese abriendo camino por una zona boscosa que jamás hubiese visto, y las palabras de Jaga eran como las de otra recolectora experimentada que fuese por delante y se volviese para gritarme: «Hay arándanos bajando por la ladera norte», o «Unos champiñones magníficos junto a estos abedules», o «Se pasa bien entre las zarzas de la izquierda». A ella le daba igual cómo llegase hasta los arándanos: se limitaba a indicarme la dirección correcta y dejaba que yo me diese un paseo hasta ellos, tanteando el terreno bajo mis pies.

El Dragón lo odiaba tanto que casi me dio lástima. Acabó situándose de pie a mi lado mientras yo formulaba el ensalmo final y anotaba cada pequeño detalle sobre lo que hacía, incluso el estornudo tras haber inhalado con demasiada fuerza justo encima de la canela, para probar él en cuanto terminaba yo. Resultaba muy extraño observarlo, como si fuera un espejo, halagador, que fuera con retraso: lo hizo todo exactamente igual a como lo había hecho yo, pero con mayor gracilidad, con una perfecta precisión, enunciando cada sílaba que yo había arrastrado, pero no había llegado ni a la mitad cuando ya me había dado cuenta de que no funcionaba. Hice un gesto con la nariz para interrumpirle. Me lanzó una mirada furiosa, así que cedí y le dejé darse cabezazos contra la espesura del bosque, tal y como yo lo veía, y cuando terminó y no sucedió nada, le dije:

—No deberíais haber dicho *miko* ahí.

—¡Tú lo has dicho! —saltó él.

Me encogí de hombros con impotencia: no dudaba que lo hubiera hecho, aunque para ser totalmente sincera, no lo recordaba. Ahora bien, no era un detalle que fuese importante recordar.

—Era apropiado cuando yo lo pronuncié —le dije—, pero cuando vos lo habéis hecho, ha sido incorrecto. Como si... fuerais siguiendo una senda, pero entretanto hubiese caído un árbol, o hubiera crecido un seto, y vos insistierais en continuar de igual modo en lugar de rodearlo...

—¡No hay setos! —rugió él.

—Supongo que se debe a haber pasado tanto tiempo solo y encerrado —dije pensativa y mirando para otro lado— y a haber olvidado que las cosas vivas no siempre se quedan donde uno las deja.

Me ordenó que saliera de la estancia con una ira desatada.

He de reconocerle un mérito: anduvo malhumorado el resto de la semana y, después, sacó de sus estanterías una pequeña colección de libros de hechizos, polvorientos y sin usar, llenos de caóticos sortilegios como los del libro de Jaga. Todos ellos cayeron encantados en mis manos. El Dragón los hojeó, consultó docenas de referencias en sus otros libros y, con ese conocimiento, me preparó un curso de estudio y prácticas. Me advirtió de todos los peligros de obrar los ardidés mayores: de ese hechizo que se te va de las manos a medio camino y monta un estropicio; de perderte en la magia y vagar por ella como en un sueño que pudieras tocar mientras tu cuerpo muere de sed; de intentar un hechizo más allá de tus límites y hacer que agote unas fuerzas que no



tenías. Aunque seguía sin ser capaz de entender en absoluto cómo funcionaban los hechizos que me iban a mí, se convirtió en un feroz crítico de mis resultados y me exigió que le dijese de antemano qué pretendía yo que sucediera, y cuando no conseguía predecir el resultado de forma apropiada, me obligaba a trabajar ese mismo hechizo una y otra vez hasta que lograba predecirlo.

En resumen, trató de enseñarme lo mejor que pudo y de aconsejarme en mis traspies por un bosque que era nuevo para mí, por mucho que para él fuese territorio desconocido. Seguía lamentándose de mi éxito, no por celos, sino por una cuestión de principio: el hecho de que funcionasen mis ardides chapuceros hería su sentido del adecuado orden de las cosas, y fruncía el ceño en la misma medida cuando me salía bien o cuando cometía algún error evidente.

Pasado un mes del inicio de mi nueva formación, él me miraba fijamente mientras yo me afanaba por crear la ilusión de una flor.

—No lo entiendo —dije, o más bien gimoteé, si he de ser sincera: era de una dificultad que rayaba el absurdo. Mis tres primeros intentos se habían quedado con el aspecto de unas flores hechas de jirones de algodón. Ahora había logrado formar una rosa silvestre hasta cierto punto convincente, mientras no trataras de olerla—. Es mucho más fácil cultivarla sin más: ¿por qué molestarse en esto?

—Es una cuestión de escala —precisó—. Te aseguro que resulta considerablemente más sencillo generar la ilusión de un ejército que montar uno de verdad. ¿Cómo es posible que esté funcionando? —me soltó, así como hacía él a veces cuando el evidente espanto de mi magia le presionaba más allá de sus límites—. Ni siquiera mantienes el hechizo... ni cántico, ni gestos...

—Sigo dándole magia. Una gran cantidad de magia —añadí, a mi pesar.

Los primeros hechizos que no arrancaron la magia de mi interior como quien te saca una muela habían sido de un alivio tal que empecé a pensar que lo peor ya había pasado: ahora que entendía cómo tenía que funcionar la magia —dijera lo que dijese el Dragón al respecto— todo sería más sencillo. Pues bien, no tardé en aprender que no. La desesperación y el terror alimentaron mi primer ardid, y mis siguientes intentos resultaron equivalentes a aquellos primeros conjuros que el Dragón había tratado de enseñarme, los hechizos menores que él esperaba que dominase sin esfuerzo. Claro que lo hice, por supuesto, y acto seguido, el implacable Dragón me puso con verdaderos hechizos, y una vez más se volvió todo, si bien no inaguantable del mismo modo, sí extremadamente difícil.

—¿Cómo le estás dando la magia? —me preguntó entre dientes.

—¡Ya he encontrado la senda! —dije—. Yo sólo la sigo. ¿No podéis vos... sentirla? —le pregunté de forma abrupta sin dejar de acunar la flor con la mano, ofreciéndosela a él. El Dragón frunció el ceño y la rodeó con las palmas.

—*Vadiya rasha ilikad tuhi* —dijo entonces, y una segunda ilusión se desplegó sobre la mía, dos rosas en el mismo espacio: la suya, como era de esperar, contaba con tres anillos de pétalos perfectos y una delicada fragancia—. Trata de igualarla —me dijo distraído con un leve movimiento de los dedos y, en bruscos intervalos, entre los dos acercamos nuestras ilusiones hasta que resultó casi imposible distinguir la una de la otra—. Ah —dijo de forma repentina justo cuando yo comenzaba a atisbar su hechizo casi del mismo modo exacto que aquel extraño mecanismo de relojería que había en el centro de su mesa, todas sus piezas resplandecientes en movimiento.

En un impulso, traté de alinear nuestras obras: me imaginé la suya como la noria de un molino, y la mía como la fuerte corriente que la hace girar.

—¿Qué estás...? —empezó a decir, y de pronto sólo teníamos una rosa, y comenzó a crecer.

Y no sólo la rosa: por las estanterías crecieron los zarcillos en todas direcciones, se enroscaron entre los volúmenes ancestrales y alcanzaron la ventana; las altas y

esbeltas columnas que formaban el marco de la puerta desaparecieron entre el surgir de los abedules, que desplegaban como dedos unas largas ramas; musgo y violetas brotaban por todo el suelo; delicados helechos se desperezaban. Se abrían las flores por doquier: flores que no había visto nunca, unos extraños brotes colgantes y otras con puntas afiladas, vivos colores, y la habitación se inundó de su fragancia, con el olor de las hojas machacadas y el acre de las hierbas; miré a mi alrededor con el rostro iluminado de asombro, y mi magia continuaba fluyendo con facilidad.

—¿Os referíais a esto? —le pregunté: la verdad era que no estaba resultando más difícil que crear la sola flor. Él, sin embargo, observaba aquel caos de flores que nos rodeaba, tan sorprendido como lo estaba yo.

Me miró, perplejo y por primera vez inseguro, como si se hubiese topado con algo de improviso. Sus largas y delgadas manos acunaban las mías, y entre los dos sosteníamos la rosa. Cantaba la magia dentro de mí, a través de mí; sentí el murmullo de su poder que de nuevo cantaba la misma tonada. Me sentí de pronto acalorada, en una extraña conciencia de mí misma. Retiré las manos.

Evité al Dragón durante todo el día siguiente, estúpida de mí, y me di cuenta demasiado tarde de que mi éxito al hacerlo sólo significaba que él me había evitado también a mí, cuando jamás me había permitido antes saltarme una lección. No me molesté en pensar en los motivos. Traté de fingir que no significaba nada, que ambos no queríamos sino un descanso de mi laboriosa formación. Aun así, pasé la noche inquieta, y a la mañana siguiente bajé a la biblioteca nerviosa y con los ojos resecos. No me miró cuando entré.

—Empieza con *fulmkea*, en la página cuarenta y tres —me dijo con brevedad, un hechizo totalmente distinto, y mantuvo la cabeza inclinada sobre su propio libro.

Me zambullí encantada en la seguridad de mi trabajo.

Aguantamos cuatro días prácticamente en silencio, y podríamos haber seguido un mes sin cruzar más que unas cuantas palabras, supongo, cada uno a lo suyo. Sin embargo, en la mañana del cuarto día se acercó un trineo hasta la torre, y cuando me asomé por la ventana vi que era Borys, aunque no estaba solo; llevaba a Wensa, la madre de Kasia, encogida en el trineo con su cara redonda y pálida que me miraba desde debajo del chal.

Llevaba sin ver a nadie de Dvernik desde la noche de las almenaras. Danka había enviado el corazón de fuego de vuelta a Olshanka con una escolta reclutada a su pesar en cada aldea del valle por la que pasaba con el mensaje. Llegaron en gran número a la torre cuatro días después de que yo hubiera trasladado al Dragón de regreso. Era valiente por su parte, granjeros y artesanos, venir a enfrentarse a un horror peor de lo que cualquiera de nosotros podría haberse imaginado siquiera; y mostraron recelo a la hora de creer que el Dragón se había curado.

El alcalde de Olshanka había tenido incluso el coraje de exigirle al Dragón que le mostrase la herida al médico del pueblo. Accedió de mala gana y se subió la manga para mostrar la tenue cicatriz blanca, todo cuanto quedaba de la herida, e incluso le dijo al hombre que le hiciera sangrar en la yema del dedo: brotó de un limpio color rojo. Pero también se habían traído al viejo sacerdote con su casulla morada y todo para que bendijese al mago, y eso le enfureció de manera indecible.

—¿Para qué diantres te prestas a esta insensatez? —inquirió el Dragón al sacerdote, a quien era evidente que conocía de algo—. Ya te he permitido confesar a no menos de una docena de almas que han sido presa de la corrupción: ¿acaso brotó de alguna de ellas la rosa púrpura, o quizá se declararon a salvo y purificados de forma repentina? ¿Qué posible bien te imaginas que obraría en mí una bendición, de haberme corrompido?

—Os encontraréis bien, entonces —le dijo el sacerdote con sequedad, y por fin aceptaron creerlo; y el alcalde hizo entrega del corazón de fuego con un gran alivio.

Por supuesto, no habían permitido venir a mi padre y a mis hermanos, ni a nadie de mi aldea, quienes habrían lamentado verme arder. Y los hombres que sí habían venido me miraban, allí de pie junto al Dragón, y no sé muy bien cómo definir la expresión de sus rostros. De nuevo vestía unas faldas cómodas, pero aun así no me quitaban ojo mientras se marchaban, no con hostilidad, aunque tampoco del modo en que cualquiera de ellos habría mirado a la hija de un leñador de Dvernik. Era tal y como yo había mirado al príncipe Marek, al principio. Me miraban y veían a alguien surgido de las historias, alguien que podría pasar a caballo junto a ellos y a quien ellos podrían admirar, pero que no formaba parte de sus vidas en absoluto. Aquellas miradas me hicieron sentir una punzada. Me alegré de regresar al interior de la torre.

Aquél fue el día en que bajé a la biblioteca con el librito de Jaga y le exigí al Dragón que dejara de fingir que yo tenía más dones para la sanación que para cualquier otro tipo de encantamientos, y que me permitiese aprender la forma de magia que yo podía llevar a cabo. No había intentado escribir una carta, aunque supongo que el Dragón me

habría permitido enviarla. ¿Qué hubiera dicho? Había vuelto a casa e incluso la había salvado, pero ya no era mi hogar; ya no podía volver y bailar en la plaza de la aldea con mis amigas, de igual modo que seis meses atrás no habría sido capaz de entrar con paso firme en la biblioteca del Dragón y sentarme a su mesa.

No obstante, cuando vi el rostro de Wensa, incluso desde la propia ventana de la biblioteca, no pensé en nada de aquello. Abandoné mi ardid suspendido en el aire, inconcluso, justo como él me había ordenado tantas veces que no hiciera jamás, y salí corriendo escaleras abajo. El Dragón gritó a mi espalda, pero su voz no pudo alcanzarme: Wensa no estaría allí si Kasia hubiese podido venir. Bajé de un salto los últimos escalones al gran salón, y ante las puertas me detuve sólo un instante.

—*¡Irronar, irronar!* —grité.

No era más que un conjuro para desatar enredos del hilo, pronunciado, además, de manera arrastrada, pero lancé un derroche de magia como si estuviera decidida a abrirme paso a hachazos a través de la espesura en lugar de tomarme el tiempo necesario para hallar la forma de rodearla. Las puertas brincaron como si se sobresaltaran y se abrieron para mí.

Caí de rodillas al atravesarlas, débil de repente —tal y como el Dragón, con mordacidad, se deleitaba en contarme, había buenos motivos para que los hechizos más poderosos fueran también los más complicados—, pero me puse en pie entre tambaleos y tomé las manos de Wensa cuando ella se disponía a levantarlas para llamar. Su rostro, visto de cerca, estaba marcado por el llanto; le caía el pelo por la espalda con mechones que se escapaban de la densa y larga trenza, y sus ropas se encontraban rasgadas y sucias de barro: vestía su camisón y una bata echada por encima.

—Nieshka —me dijo y me agarró las manos con demasiada fuerza, hasta dejarlas insensibles, clavándome las uñas—. Nieshka, he tenido que venir.

—Cuéntame.

—Se la han llevado esta mañana, cuando ha salido a por agua —dijo Wensa—. Eran tres. Tres caminantes. —Se le quebraba la voz.

Ya era una mala primavera cuando uno solo de los caminantes surgía del Bosque y se dedicaba a llevarse a la gente como si fuera fruta. Una vez vi a uno, a una gran distancia entre los árboles: como un enorme insecto palo, casi imposible de atisbar entre el sotobosque, y al mismo tiempo dislocado y horroroso, así que, cuando se movió, sentí un escalofrío y retrocedí intranquila. Tenían las extremidades como las ramas, con unos dedos largos como tallos, y recorrían los bosques y buscaban lugares cerca de los senderos y cerca del agua, de los claros, y aguardaban en silencio. Si alguien pasaba al alcance de su brazo, no había forma de salvarlo a menos que se dispusiera, no muy lejos de allí, de una enorme cantidad de hombres armados con hachas y antorchas. Cuando tenía doce años, atraparon a uno de ellos a poco más de un kilómetro de Zatochek, la pequeña y última aldea del valle antes de llegar al Bosque. El caminante había atrapado a un niño pequeño que llevaba un balde de agua a su madre para lavar la ropa. La mujer vio cómo lo cogía y chilló. Había cerca las suficientes mujeres para dar la voz de alarma y para entretenerlo.

Acabaron deteniéndolo con fuego, y aun así les llevó un día de trabajo despedazarlo. El caminante le rompió al niño el brazo y las piernas por donde lo había agarrado, y no lo soltó hasta que le cortaron el tronco y lo desmembraron. Incluso entonces hicieron falta tres hombres fuertes para romper los dedos y separarlos del cuerpo del niño, que tenía en los brazos y las piernas unas cicatrices con la textura de la corteza de un roble.

Aquellos a quienes los caminantes se llevaban al Bosque eran menos afortunados. No sabíamos lo que les sucedía, pero en ocasiones salían, corrompidos de la peor de las maneras: sonrientes y animados, indemnes. Casi parecían ellos mismos para cualquiera que no los conociese bien, y te podías pasar la mitad del día charlando con

uno de ellos sin darte cuenta de que algo estaba pasando, hasta que te veías cogiendo un cuchillo y amputándote la mano, sacándote los ojos, cortándote la lengua, mientras ellos seguían charlando, sonrientes, horribles. Y entonces cogían ellos el cuchillo y se metían en tu casa, a por tus hijos, mientras tú te quedabas tirada ahí fuera, ciega, ahogándote e incapaz incluso de gritar. Si los caminantes se llevaban a alguno de nuestros seres queridos, la única esperanza que podíamos albergar para ellos era la de la muerte, y no podía ser más que una esperanza. Jamás lo sabíamos con certeza hasta que uno de ellos salía, demostraba que no estaba muerto, y entonces había que darle caza.

—Kasia no —imploré—. Kasia no.

Wensa había bajado la cabeza. Lloraba en mis manos, a las que seguía aferrada.

—Por favor, Nieshka, por favor —me dijo con voz ronca, sin esperanza.

Ella jamás habría venido a pedirle ayuda al Dragón, bien lo sabía yo; no se le habría ocurrido tal cosa. Pero sí había acudido a mí.

Wensa no podía dejar de llorar. Me la llevé dentro, al pequeño vestíbulo de entrada, y el Dragón entró decidido e impaciente en la estancia y le ofreció un bebedizo, si bien ella se apartó de él y escondió el rostro hasta que yo misma se lo di. Se relajó de golpe casi al instante de habérselo bebido, y se le suavizó la expresión de la cara. Me permitió ayudarla a subir las escaleras, hasta mi pequeña alcoba, y se tumbó en la cama en silencio aunque con los ojos abiertos.

El Dragón se quedó en el umbral de la puerta, observándonos. Le mostré el guardapelo que colgaba del cuello de Wensa.

—Tiene un mechón de pelo de Kasia. —Sabía que se lo había cortado la noche previa a la elección, pensando que no tendría nada que le recordase a su hija—. Si utilizo *loytala*...

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué imaginas que vas a encontrar, aparte de un cadáver sonriente? Esa muchacha se ha ido. —Hizo un gesto con la barbilla hacia Wensa, cuyos ojos habían terminado por cerrarse—. Estará más calmada cuando haya dormido. Dile al hombre que la ha traído que vuelva por la mañana para llevársela a casa.

Se dio la vuelta y se marchó, y lo peor de todo era la naturalidad con la que había hablado. No me había increpado ni me había llamado necia; no me había dicho que la vida de una aldeana no valía lo suficiente como para arriesgarse a que el Bosque me atrapase para sumarme a sus huestes. No me había dicho que fuese una idiota embriagada de mi éxito lanzando pociones, creando flores de la nada, como para ponerme ahora a pensar que era capaz de salvar a alguien a quien el Bosque se había llevado.

«Esa muchacha se ha ido.» Sonó incluso apenado, a su abrupta manera.

Me senté con Wensa, que estaba fría y entumecida, y sobre mi regazo le cogí la mano, rojiza y callosa. Fuera estaba oscureciendo. Si Kasia seguía con vida, se encontraba en el Bosque, observando cómo se ponía el sol, la moribunda luz entre las hojas. ¿Cuánto tiempo se tardaba en vaciar a alguien por dentro? Pensé en Kasia, presa de los caminantes, aquellos dedos largos rodeando sus brazos y sus piernas, siempre consciente de lo que estaba sucediendo, de lo que iba a ser de ella.

Dejé a Wensa durmiendo y bajé a la biblioteca. Allí estaba el Dragón, revisando uno de los enormes libros de registro en los que hacía sus anotaciones. Me quedé en el vano de la puerta, con la mirada fija en su espalda.

—Sé lo querida que es para ti —me dijo volviendo la cabeza sobre el hombro—, pero no hay bondad alguna en ofrecer falsas esperanzas.

No dije nada. El libro de Jaga aguardaba abierto sobre la mesa, pequeño y desgastado. Aquella semana no había estudiado más que hechizos de tierra: *fulmkea*, *fulmedesh*, *fulmishta*, sólidos e inmóviles, tan alejados del aire y el fuego de la ilusión como la

magia podía estarlo. Cogí el libro y lo deslicé en mi bolsillo a espaldas del Dragón y, acto seguido, di media vuelta y bajé en silencio las escaleras.

Borys seguía fuera, esperando con cara larga y sombría: cuando salí de la torre alzó la mirada de sus caballos, que estaban protegidos con mantas.

—¿Me llevarías hasta el Bosque? —le pregunté.

Asintió; subí a su trineo y me eché las mantas encima mientras él preparaba de nuevo a los caballos. Se subió y habló a los animales al tiempo que hacía sonar los cascabeles de las riendas, y el trineo arrancó de un salto sobre la nieve.

Aquella noche la luna estaba alta, llena y hermosa, una luz azulada sobre la nieve que resplandecía. Abrí el libro de Jaga mientras volábamos y di con un hechizo para acelerar el paso. Lo entoné con suavidad para los caballos, cuyas orejas se irguieron hacia atrás para escucharme, y el viento se hizo más espeso y envolvente en nuestro avance, me presionó con fuerza en las mejillas y me enturbió la vista. El Huso, congelado, era una pista pálida y plateada que discurría paralela a nosotros, y en el este creció una sombra, y creció más y más hasta que los caballos, inquietos, aminoraron el ritmo y se detuvieron sin mediar palabra ni movimiento alguno de las riendas. El mundo dejó de moverse. Nos habíamos detenido bajo un pequeño grupo irregular de pinos. El Bosque se encontraba ante nosotros, al otro lado de una extensión abierta de nieve virgen.

Una vez al año, cuando el suelo se descongelaba, el Dragón cogía a todos los hombres solteros mayores de quince años y se los llevaba a los límites del Bosque. Quemaba una franja de terreno a lo largo del lindero y la dejaba negra y limpia de vegetación, y los hombres iban detrás de sus fuegos, esparciendo sal en la tierra para que nada pudiese crecer o echar raíces. En todas nuestras aldeas veíamos cómo ascendían las columnas de humo, y cómo surgían al otro lado del Bosque, en Rosya, y sabíamos que ellos estaban haciendo lo mismo. Pero los fuegos siempre se apagaban cuando alcanzaban la sombra bajo los árboles oscuros.

Me bajé del trineo. Borys me miró con el rostro tenso y atemorizado.

—Esperaré —me dijo, pero yo sabía que no podía hacerlo: esperar, ¿cuánto tiempo?, ¿a qué?, ¿esperar allí, a la mismísima sombra del Bosque?

Pensé en mi propio padre esperando a Marta, si nuestros papeles se hubieran intercambiado. Le dije que no con la cabeza. Si podía sacar de allí a Kasia, me veía capaz de llevarla hasta la torre. Confiaba en que el hechizo del Dragón nos permitiese entrar.

—Vete a casa —le pedí—. ¿Marta está bien? —quise saber de repente.

Asintió levemente.

—Está casada —dijo, y a continuación vaciló y añadió—: Con un niño en camino.

La recordé en la elección, cinco meses atrás: su vestido rojo, sus hermosas trenzas negras, su rostro alargado, pálido y atemorizado. Me parecía imposible que hubiéramos estado la una junto a la otra, exactamente igual: ella, Kasia y yo en fila. Me arrebató el aliento, con fuerza y dolor, imaginármela ante su propio hogar, ya como una joven matrona, preparándose para el lecho del parto.

—Me alegro —dije haciendo un esfuerzo y negándome a que los celos me cerrasen los labios.

No se trataba de que yo quisiera un marido y un bebé; no los quería, o, más bien, sólo los deseaba del mismo modo en que deseaba llegar a los cien años: algún día, muy lejos, sin pensar nunca en los detalles. Pero significaban la vida: ella estaba viva, y yo no. Aun cuando me las ingeniara para salir del Bosque, yo nunca tendría lo que tenía ella. Y Kasia..., Kasia ya podría estar muerta.

Pero no me iba a meter en el Bosque con malos deseos. Respiré hondo y me obligué a decir:

—Le deseo un parto fácil y un hijo sano. —Me las arreglé incluso para deseárselo: el

parto ya era lo bastante aterrador, aunque se tratase de un terror conocido—. Gracias —añadí y me volví para cruzar el terreno baldío, hacia el muro de enormes troncos. Escuché el tintineo del arnés a mi espalda cuando Borys volvió a los caballos y se alejaron al trote, aunque el sonido llegó amortiguado y no tardó en desvanecerse. No desvié la mirada y di un paso tras otro hasta que me detuve justo bajo las primeras ramas.

Caía algo de nieve, blanda y silenciosa. Sentí frío el guardapelo de Wensa en la mano cuando lo abrí. Jaga tenía media docena de hechizos de búsqueda, breves y sencillos: cualquiera diría que tenía la costumbre de perder las cosas.

—*Loytalal* —susurré hacia el pequeño mechón enroscado de pelo de Kasia. «Válido para hallar el todo, de una parte», decía la nota garabateada en el hechizo. Mi aliento se concentró en una nubecilla pálida y se alejó de mí, guiándome entre los árboles. Puse el pie entre dos troncos y lo seguí al interior del Bosque.

Esperaba que fuese más horrendo de lo que era; en un principio sólo tenía el aspecto de un bosque antiguo, muy antiguo. Los árboles eran grandes columnas en un pasillo interminable y oscuro, distantes unos de otros, sus retorcidas y nudosas raíces bajo un manto de musgo verde, pequeños helechos livianos bien enroscados para pasar la noche. Unas setas esbeltas y pálidas crecían como ejércitos en un desfile de soldados de juguete. La nieve no había llegado al suelo bajo los árboles, ni siquiera en lo más crudo del invierno. Una fina capa de escarcha se aferraba a las hojas y a las ramas más finas. Oí el ulular de un búho en algún lugar distante mientras me abría paso con cuidado entre los árboles.

La luna seguía en lo alto, una luz clara y blanca que se filtraba entre las ramas desnudas. Seguí a la nube tenue de mi aliento y me imaginé a mí misma como un ratoncillo que se escondía de los búhos: un ratoncillo en busca de un grano de maíz, de una nuez escondida. Solía soñar despierta al caminar cuando iba a recolectar a los bosques: me abandonaba en el frescor del verde umbrío, en el canto de las aves y las ranas, en el gorgoteo de un arroyo sobre las rocas. Así que intenté abandonarme del mismo modo, traté de no ser más que otra parte del bosque, nada digno de atención.

Pero algo vigilaba. Lo sentía más y más a cada paso conforme me adentraba en el Bosque, una pesada carga sobre mis hombros como un yugo de hierro. Había entrado y casi me esperaba los cadáveres colgando de cada rama, los lobos que cayesen sobre mí de entre las sombras. No tardé en preferir los lobos. Allí había algo peor. Allí estaba aquello que había atisbado mirándome a través de los ojos de Jerzy, algo vivo, y me encontraba atrapada con ello en una habitación sin aire, aprisionada contra un pequeño rincón. Había también un cántico en esta arboleda, pero era un canto salvaje que entre susurros hablaba de locura y de desgarró y de ira. Seguí avanzando con sigilo, los hombros caídos, tratando de empequeñecerme.

Entre tambaleos llegué hasta un riachuelo con una gruesa capa de escarcha en ambas orillas, el agua negra discurría entre ellas y la luz de la luna se colaba por los claros de los árboles. En la otra orilla había un caminante, con aquella extraña cabeza de palo alargado inclinada sobre el agua para beber, la boca como una rendija abierta en la cara. Alzó la vista y me miró directamente, goteando. Los ojos eran nudos en la madera, orificios redondos y oscuros, embolsados, en los que podía haber vivido algún animal pequeño. Un jirón de paño de lana verde le colgaba de una de las piernas, atrapado en un palo que sobresalía de la articulación.

Nos miramos fijamente el uno al otro sobre el hilo de la corriente del río.

—*Fulmedesh* —dije con voz temblorosa, y una grieta se abrió debajo del caminante y se tragó sus patas traseras.

La criatura escarbó en la orilla con el resto de sus extremidades de palo, entre sacudidas silenciosas, salpicando con el agua del arroyo, pero la tierra ya se había cerrado en torno a la mitad de su cuerpo y no consiguió liberarse.

Me quedé encogida y me tragué un grito de dolor. Fue como si alguien me hubiese golpeado con un palo de hombro a hombro: el Bosque había sentido mi obra. De eso estaba segura. El Bosque me buscaba ahora. Estaba buscando, y no tardaría en dar conmigo. Me obligué a ponerme en movimiento. Salté sobre el riachuelo y corrí tras la tenue nube de mi hechizo, que continuaba suspendida delante de mí. El caminante intentó agarrarme con sus largos dedos de madera agrietada cuando lo rodeé, pero lo dejé atrás. Llegué a un anillo de troncos más grandes y me encontré en un espacio abierto alrededor de un árbol más pequeño, el suelo cubierto de una gruesa capa de nieve.

Había un árbol caído de una punta a otra de aquel espacio, un gigante: su tronco tumbado era más alto que yo. Su caída había abierto aquel claro, y, en el centro, un árbol nuevo había brotado para ocupar su lugar. No era sin embargo el mismo tipo de árbol. Todos los demás que había visto en el Bosque eran de especies conocidas a pesar de las cortezas sucias y los retorcidos ángulos antinaturales que adoptaban sus ramas: robles y abedules negros, pinos altos. Pero yo jamás había visto un árbol como aquél.

Ya era de un grosor mayor que el círculo que yo podría formar con los brazos por mucho que el árbol gigante no pudiera haber caído demasiado tiempo atrás. Tenía una corteza lisa y gris sobre un tronco extrañamente nudoso, con largas ramas en círculos constantes a su alrededor que arrancaban muy alto en el tronco, como en un alerce. El invierno no había desnudado sus ramas, sino que lucía una gran cantidad de hojas secas y plateadas que susurraban al viento con un sonido que parecía surgir de otro sitio, como si hubiera personas cerca, ocultas, que se hablasen en voz baja las unas a las otras.

El rastro de mi aliento se había disuelto en el aire. Bajé la vista a la gruesa capa de nieve y vi las marcas donde las patas de los caminantes la habían atravesado, y las líneas que habían dibujado con el vientre, todas en dirección al árbol. Di un cauteloso paso en la nieve, hacia él, y me detuve. Kasia estaba atada al árbol. Tenía la espalda contra el tronco y los brazos hacia atrás, rodeándolo.

Al principio no la había visto porque la corteza ya había crecido sobre ella.

Su rostro estaba orientado levemente hacia arriba, y bajo la capa superficial de corteza pude ver que tenía la boca abierta en un alarido mientras la corteza se cerraba sobre ella. No pude contener un grito ahogado, avancé dando tumbos y extendí las manos para tocarla. Palpé la corteza, dura ya bajo mis dedos, la piel gris, lisa y endurecida como si el tronco se la hubiera tragado entera, toda ella convertida en parte del árbol, en parte del Bosque.

No pude agarrar la corteza por mucho que traté de clavarle las uñas, frenética, y arrancarla. Pero sí conseguí al menos rascar un fragmento fino y minúsculo sobre su mejilla, y debajo me encontré con su piel, blanda... aún templada, viva todavía. No obstante, apenas la había tocado con la yema del dedo cuando rápidamente la corteza volvió a cubrirla, y tuve que retirar la mano para no quedar atrapada. Qué poco sabía yo aún: no me venía ningún hechizo a la cabeza, nada que pudiera sacar a Kasia de allí, nada que me pudiese poner siquiera un hacha en las manos, un cuchillo, si al menos hubiera dispuesto de tiempo para picar la madera y liberarla.

El Bosque sabía de mi presencia: sus criaturas ya se desplazaban hacia mí, pisadas sigilosas de patas por la espesura, caminantes, lobos y otras cosas aún peores. De repente tuve la certeza de que había cosas que nunca habían salido del Bosque, cosas tan horribles que nadie las había visto jamás. Y se dirigían hacia aquí.

«Con los pies descalzos en la tierra, *fulmia*, diez veces con convicción, la sacudirá hasta sus raíces si tenéis la fuerza suficiente», me había contado el libro de Jaga, y el Dragón lo había creído lo bastante como para no permitirme probarlo cerca de la torre. De todas formas, yo siempre había tenido mis dudas sobre lo de la «convicción»: no



creía que fuera conmigo aquello de sacudir la tierra hasta sus raíces. Ahora, sin embargo, me dejé caer y escarbé la nieve, las hojas caídas, el musgo y la podredumbre hasta llegar al suelo congelado. Levanté un pedrusco y empecé a machacar la tierra, una y otra vez, inhalando polvo y exhalando sobre ella para reblandecerla, golpeando en la nieve que se derretía alrededor de mis manos, golpeando entre las cálidas lágrimas que me goteaban de los ojos mientras trabajaba. Allí estaba Kasia, sobre mí, con la mirada al cielo y la boca abierta en un grito silencioso, como una estatua en una iglesia.

—*Fulmia* —dije con los dedos hundidos en la tierra, desmenuzando los terrones con las manos—. *Fulmia, fulmia* —entoné una y otra vez, las uñas rotas y ensangrentadas, y sentí que la tierra me escuchaba, inquieta. Hasta la tierra estaba allí contaminada, envenenada, pero escupí en la arena y chillé—: *¡Fulmia!* —E imaginé que mi magia fluía como el agua, que hallaba grietas y puntos débiles, se extendía bajo mis manos, bajo mis rodillas frías y húmedas: y la tierra se estremeció y se removió.

Un temblor grave partió del lugar donde mis manos entraban en el suelo, y me siguió conforme iba escarbando y tirando de las raíces del árbol. El terreno congelado comenzó a romperse en pequeños fragmentos alrededor de las raíces, y los temblores continuaron más y más fuertes, como un oleaje.

Las ramas que había encima de mí se sacudían con fuerza, como si estuvieran alarmadas, el susurro de las hojas se convirtió en un rugido sordo. Me erguí, de rodillas.

—¡Déjala salir! —chillé al árbol: golpeé el tronco con los puños embarrados—. ¡Déjala salir o te haré caer! *¡Fulmia!* —grité llena de ira y volví a lanzarme al suelo, y allá donde golpearon mis puños, el terreno subió y creció igual que sube el nivel de un río con las lluvias.

La magia manaba de mí como un torrente, a borbotones: cualquier advertencia que jamás me hubiera hecho el Dragón quedaba ahora olvidada por completo. Habría consumido hasta la última gota de mi ser y habría muerto allí con tal de tumbar aquel árbol horrendo: no me podía imaginar un mundo en el que yo viviese, un mundo en el que hubiera dejado aquello así, la vida y el corazón de Kasia alimentando a aquella monstruosidad corrupta. Habría preferido morir, aplastada en mi propio terremoto, y llevármelo conmigo. Arañé el suelo, lista para abrir una fosa que nos tragase a todos.

Y entonces, con un sonido como el del hielo que se rompe en primavera, la corteza se resquebrajó, arriba y abajo, por todo el cuerpo de Kasia. Me lancé de cabeza desde el suelo, hundí los dedos en la grieta, tiré de ambos lados para abrirla y metí la mano para cogerla. La agarré por la muñeca, el brazo pesado e inerte, y tiré de ella. Cayó hacia delante, doblándose por la cintura como una muñeca de trapo, y retrocedí para arrastrarla a pulso en la nieve y liberarla con ambas manos aferradas alrededor de su cintura. Tenía la piel pálida como un pez, enfermiza, como si le hubieran arrebatado todo el sol. Una savia que olía a lluvia de primavera la recorría en finos arroyuelos verdosos, y ella permanecía inmóvil.

Caí de rodillas a su lado.

—Kasia —dije entre sollozos—. Kasia.

La corteza ya se había cerrado como un sello sobre el espacio que mi amiga había ocupado. Cogí las manos de Kasia entre las mías, húmedas y sucias, y las presioné contra mis mejillas, sobre los labios. Estaban frías, pero no tanto como las mías: había en ellas un rastro de vida. Me incliné y la cargué sobre mis hombros.

Salí a trompicones del Bosque, al amanecer, con Kasia sobre los hombros como un fardo de leña. El Bosque se había retirado a mi paso, como si temiese empujarme de nuevo al hechizo. *Fulmia* me tañía en los oídos como una campana grave que sonase a cada paso que daba. El peso de Kasia sobre el mío y mis manos, aún cubiertas de tierra, sobre la palidez de su brazo y de su pierna. Por fin salí de entre los árboles a la nieve profunda del lindero, y caí al suelo. Me arrastré de debajo de Kasia y la empujé para darle la vuelta. Seguía con los ojos cerrados. Tenía el pelo apelmazado y pegajoso alrededor de la cara, allí donde la savia lo había empapado. Le levanté la cabeza con esfuerzo a la altura de mi hombro, cerré los ojos y formulé el hechizo.

El Dragón nos esperaba en la habitación más alta de la torre. Su expresión era dura y severa como nunca la había visto, me cogió por el mentón y me levantó de golpe la cara. Le correspondí la mirada, agotada y vacía, mientras él estudiaba mi rostro y buscaba en mis ojos. Sostenía en las manos un frasco de algún aguardiente; después de observarme un largo rato, hizo saltar el tapón y empujó el frasco hacia mí.

—Bébetelo —dijo—. Entero.

Se dirigió hacia donde Kasia se encontraba tirada en el suelo, todavía inmóvil: le impuso las manos y me fulminó con la mirada cuando hice una señal de protesta y fui a levantar el brazo.

—Hazlo —me soltó—, a menos que pretendas obligarme a incinerarla ahora mismo para así poder encargarme de ti.

Esperó hasta que empecé a beber y entonces murmuró un hechizo rápido al tiempo que le esparcía por el cuerpo unos polvos machacados: una red brillante de un dorado color ámbar se extendió sobre ella, como la jaula de un pájaro, y el Dragón se dio la vuelta para verme beber.

El primer gusto fue indescriptiblemente bueno: como un trago de miel templada con limón que desciende por la garganta irritada. Pero al seguir bebiendo, el estómago comenzó a revolvérseme con tanto dulzor. Tuve que hacer un alto a la mitad.

—No puedo —le dije, atragantada.

—Todo —ordenó él—. Y después un segundo frasco, si lo veo necesario. Bebe.

Y me obligué a dar otro trago, y otro, y otro más hasta que dejé el frasco seco. Me agarró entonces por las muñecas y dijo:

—*Ulozishtus sovjenta, megiot kozhor, ulozishtus megiot.*

Y grité: fue como si me hubiera prendido fuego por dentro. Podía ver cómo brillaba la luz a través de mi piel y convertía mi cuerpo en un faro resplandeciente, y cuando alcé las manos, vi horrorizada unas tenues sombras que se movían allí, bajo la superficie. Olvidándome de aquel dolor febril, me agarré el vestido y me lo quité por la cabeza. Él se arrodilló conmigo, en el suelo. Refulgía como un sol, y aquellas delgadas sombras se movían a través de mí como nadan los peces por debajo del hielo en el invierno.

—Sácalas —le dije. Ahora que las había visto, de repente las sentí, también, cómo dejaban en mí un rastro como si fuera de baba. Como una idiota, había pensado que estaba a salvo porque no me habían mordido. Hasta entonces había creído que el Dragón tan sólo estaba tomando precauciones. Ahora lo entendía: había inhalado la corrupción del mismo aire, bajo las ramas del Bosque, y no había sentido reptar las sombras porque se habían filtrado, leves y sutiles—. Sácalas...

—Sí, lo estoy intentando —me dijo en tono desagradable, aferrado a mis muñecas.

Cerró los ojos y empezó a hablar de nuevo, un largo cántico musitado que se extendía y se extendía, alimentando el fuego. Fijé la mirada en la ventana, en la luz del sol, que entraba, y traté de respirar mientras ardía. Las lágrimas me caían como arroyuelos por la cara, abrasadoras sobre las mejillas. En contraste, sentía fría la sujeción de sus manos en mis brazos.

Las sombras bajo mi piel se hacían más pequeñas, sus bordes se consumían en la luz,

como arena que se llevara el agua. Se movían veloces tratando de encontrar lugares donde esconderse, pero el Dragón no permitió que la luz se desvaneciera en ninguna parte. Podía verme los huesos y los órganos como siluetas brillantes dentro de mí, y una de ellas, el corazón, que me latía en el pecho. Se ralentizaba, cada latido más pesado que el anterior. Comprendí de un modo vago que la cuestión era que él fuese capaz de quemar la corrupción en mí antes de que mi cuerpo no lo aguantase más. Me tambaleé en sus manos. Me zarandeó con brusquedad y abrí los ojos para toparme con su mirada fulminante. No interrumpió el curso de su hechizo en ningún momento, pero no le hacía falta pronunciar una palabra: «No te atrevas a hacerme perder el tiempo, pajolera idiota», decían sus furiosos ojos, y yo me mordí el labio y aguanté un poco más.

Las últimas sombras de aquellos pececillos se estaban difuminando y convirtiendo en hilos que se agitaban, y entonces desaparecieron, se hicieron tan pequeños que resultaba imposible verlos. El Dragón entonó el cántico más despacio e hizo una pausa. El fuego perdió intensidad y sentí un alivio inmenso.

—¿Suficiente? —inquirió severo.

Abrí la boca para decir «sí», para decir «por favor».

—No —susurré en su lugar con un miedo terrible. Podía sentir el débil rastro tembloroso de las sombras en mi interior. Si nos deteníamos ahora, se enquistarían muy hondo, ocultas en mis venas y en mi vientre. Arraigarían y crecerían, más y más y más, hasta que estrangulasen el resto de mi ser.

Asintió una vez. Extendió la mano, murmuró una palabra y apareció otro frasco. Me estremecí; tuvo que ayudarme a derramar de un golpe el líquido en mi boca abierta. Lo tragué con dificultad, y él retomó su cántico. El fuego se reavivó en mi interior, interminable, cegador, ardiente.

Después de otros tres tragos, cada uno de los cuales avivó el fuego a plena intensidad, estaba casi segura. Meforcé a dar otro más a continuación, por si acaso, y por fin, casi entre sollozos, le supliqué:

—Suficiente. Ya es suficiente.

Pero el Dragón me tomó entonces por sorpresa y me obligó a dar otro trago. Cuando fui a escupirlo, me tapó la boca y la nariz con la mano y utilizó un ensalmo distinto, uno que no me quemó, sino que me cerró los pulmones. Durante cinco horribles latidos, no pude respirar en absoluto, aferrada a él y ahogándome fuera del agua: fue peor de lo que había sido todo lo demás. Le miraba fijamente y veía sus ojos oscuros clavados en mí, implacables, buscando. Y empezaron a engullir el mundo; se me cerraba la vista, se me debilitaban las manos; por fin se detuvo, y mis frenéticos pulmones se abrieron y se hincharon como un fuelle que absorbe una bocanada de aire. Y grité al mismo tiempo, un chillido inarticulado de furia, y lo aparté de mí con un empujón que le hizo caer de espaldas al suelo.

El Dragón se retorció y se irguió, y consiguió que no se derramase el frasco, y nos atravesamos el uno al otro con la mirada, igualmente furiosos.

—De todas las descomunales estupideces que te he visto llevar a cabo... —me gruñó.

—¡Me lo podíais haber dicho! —grité, rodeándome el cuerpo con los brazos, temblando aún con aquel horror—. He aguantado todo lo demás, habría aguantado eso también...

—No si estuvieses corrompida —me interrumpió de manera rotunda—. Si se hubiera apoderado de tus entrañas, y te lo hubiera dicho, habrías intentado evadirte.

—¡Entonces lo habrías sabido de todos modos! —le dije.

Juntó los labios, los presionó formando una línea delgada y apartó la vista de mí con una extraña rigidez.

—Sí —dijo brevemente—. Lo habría sabido.

Y entonces... habría tenido que matarme. Me habría tenido que sacrificar mientras yo le suplicaba, tal vez; mientras yo le rogaba y fingía estar —incluso mientras yo misma

creía estar, como así había sido— intacta. Me quedé en silencio, recuperando el aliento en bocanadas lentas, hondas y comedidas.

—Y ¿estoy..., estoy limpia? —le pregunté por fin, temiendo con pavor la respuesta.

—Sí —me dijo—. La corrupción no podría haberse ocultado de ese último hechizo. Si lo hubiéramos hecho antes, te habría matado. Las sombras te habrían robado el aliento de la sangre para sobrevivir.

Me encorvé sin fuerzas, sobre mí misma, y me cubrí la cara. El Dragón se puso en pie y tapó el frasco.

—*Vanastalem* —murmuró al tiempo que movía las manos y venía hacia mí: me ofreció una capa perfectamente doblada, de un tupido terciopelo forrado de seda, verde oscura y bordada en oro.

La observé con cara inexpresiva y lo miré a él, y sólo cuando el Dragón apartó la vista de mí con una expresión irritada y severa me di cuenta de que el fulgor de los últimos rescoldos se extinguía bajo mi piel, y de que seguía estando desnuda.

Me puse entonces en pie, tambaleándome, aferrada a la capa que me envolvía, olvidada.

—Kasia —dije apremiante, y me volví hacia ella. Seguía allí tumbada bajo la jaula.

El Dragón se mantuvo en silencio, y le lancé una mirada de desesperación.

—Ve y vístete —me dijo por fin—. No hay ninguna urgencia.

Me había agarrado en el instante en que irrumpí en la torre: no había dejado pasar un solo segundo.

—Debe de haber una forma —le dije—. Tiene que haber una forma. Acababan de atraparla... no podía llevar mucho tiempo en el árbol.

—¿Qué? —preguntó con rotundidad, y escuchó con el ceño fruncido cómo le soltaba en tromba el horror de aquel claro, de aquel árbol.

Traté de hablarle del espantoso peso del Bosque, observándome; la sensación de que me estaba dando caza. Me atropellaba con todo aquello: las palabras no parecían suficientes, pero su rostro se fue oscureciendo hasta que terminé por fin con aquella carrera hasta el claro de nieve.

—Has tenido una indescriptible fortuna —dijo al fin—, y ha sido una indescriptible locura, aunque en tu caso ambas parezcan ser la misma cosa. Nadie se ha adentrado en el Bosque tanto como tú y ha salido entero: no desde... —Hizo un alto, y de algún modo, sin que él pronunciara su nombre, supe que se trataba de Jaga: que Jaga había entrado en el Bosque y había vuelto a salir. Vio que lo había adivinado y me fulminó con la mirada—. Y en aquel momento —prosiguió con frialdad—, ella tenía cien años y estaba tan imbuida de magia que donde ella ponía el pie crecían hongos negros. Y ni siquiera ella fue tan estúpida como para obrar un ardid tan grande en medio de aquel lugar, aunque en este caso admitiré que es lo que te ha salvado. —Negó con la cabeza—. Supongo que debería haberte encadenado a la pared en el instante en que esa campesina vino a llorarte al hombro.

—Wensa —dije conforme mi cerebro embotado, exhausto, se percataba de una única cosa—. Tengo que ir a contárselo a Wensa.

Miré hacia el pasillo, pero él intervino.

—¿Contarle qué?

—Que Kasia está viva —respondí—. Que está fuera del Bosque...

—¿Y que habrá de morir, con toda seguridad? —dijo de un modo brutal.

Retrocedí de forma instintiva hacia Kasia y me interpuse entre ellos con las dos manos alzadas... en vano, si él hubiera pretendido superarme, pero volvió a negar con la cabeza.

—Deja de pavonearte ante mí —dijo, más cansado que enfadado: el tono de su voz me contrajo el pecho de consternación—. Lo último que necesitamos son más demostraciones de las necedades que eres capaz de hacer por ella. Podrás

mantenerla con vida mientras seamos capaces de tenerla retenida. Pero acabarás considerándolo un acto de compasión.

Sí se lo conté a Wensa, cuando se despertó un poco más tarde aquella mañana. Se aferró a mis manos con unos ojos que se le salían de las órbitas.

—Déjame verla —me pidió, pero el Dragón lo había prohibido tajantemente.

«No —me había dicho—. Puedes atormentarte tú si lo deseas, eso estoy dispuesto a concedértelo. No le hagas falsas promesas a esa mujer, y no permitas que se acerque por aquí. Si aceptas mi consejo, le dirás que la muchacha está muerta y dejarás que la mujer continúe con su vida.»

Reuní fuerzas, sin embargo, y le dije la verdad. Pensé que era mejor saber que Kasia estaba fuera del Bosque, que había un final para su tormento, aunque no hubiese una cura. No sabía con seguridad si estaba en lo cierto. Wensa lloró, gimió y me suplicó; de haber podido, habría desobedecido y la habría acompañado ante su hija, pero el Dragón no confiaba en mí al respecto de Kasia: ya se la había llevado y la había metido en una celda en alguna parte, en las profundidades de la torre. Me había dicho que no me mostraría el camino hacia allí abajo hasta que hubiera aprendido algún hechizo de protección, algo que me guardase de la corrupción del Bosque.

Tuve que decirle a Wensa que no podía; se lo tuve que jurar con la mano en el corazón, una y otra vez, hasta que me creyó.

—No sé dónde la ha metido —acabé gritando—. ¡No lo sé!

Dejó de suplicar y me miró fijamente, jadeando, con las manos agarradas a mis brazos.

—Perversa, envidiosa —dijo entonces—. Tú siempre la odiaste, siempre. ¡Querías que la eligieran a ella! Galinda y tú, las dos sabíais que él se la llevaría, lo sabíais y estabais encantadas, y ahora la odias porque el Dragón te llevó a ti en su lugar...

Me estaba sacudiendo, y por un instante no pude impedírselo. Era demasiado horrible oírle decirme todas aquellas cosas, como un veneno que manase y fuese tiñendo el agua limpia. Me encontraba terriblemente exhausta, mareada a causa de la purga y sin fuerzas. Me liberé por fin con un forcejeo y salí corriendo de la habitación, incapaz de aguantarlo, y me quedé en el pasillo apoyada contra la pared, hecha un mar de lágrimas, demasiado agotada para limpiarme la cara siquiera. Wensa salió al cabo de un momento, llorando también.

—Perdóname —gimió—. Nieshka, perdóname. No quería decir eso. No quería.

Sabía que no lo había dicho en serio, pero también era cierto, un poco, de un modo muy retorcido. Aquello desenterró mi culpa secreta, mi grito: «¿Por qué no te llevaste a Kasia en mi lugar?». Mi madre y yo habíamos pasado todos aquellos años encantadas con el pensamiento de que no me iba a llevar a mí, y qué abatida estuve después, aunque jamás odié a Kasia por ello.

No lo sentí cuando el Dragón envió a Wensa a su casa. Ni siquiera discutí demasiado cuando se negó a tratar de enseñarme el hechizo de protección aquel mismo día.

—Intenta no ser más necia de lo que puedas aguantar —me soltó—. Necesitas descansar, y si tú no lo haces, yo desde luego lo haré antes de enfrentarme al sin duda tortuoso proceso de meterte en la cabeza las protecciones necesarias. No hay necesidad de apresurarse. Nada va a cambiar.

—Pero si Kasia está infestada, como lo estaba yo... —empecé, y me contuve. El Dragón negaba con la cabeza.

—Unas pocas sombras se deslizaron en tu interior entre los dientes; purgarte de inmediato evitó que se agarraran a ti —dijo—. Esto no se parece en nada a eso, ni tampoco a una infestación a través de un tercero, como la de ese desafortunado pastor de vacas al que convertiste en piedra sin motivo. ¿Comprendes que ese árbol que viste era uno de los árboles-corazón del Bosque? Allí donde éstos arraigan se extienden los límites del Bosque, y alimentan a los caminantes con su fruto. La muchacha se adentró en el poder del Bosque tanto como podría llegar a adentrarse una persona. Ve a

dormir. Unas pocas horas no supondrán ninguna diferencia para ella, y tal vez impidan que tú cometas alguna nueva locura.

Estaba demasiado cansada, y lo sabía. Cedí contra mi voluntad, a pesar de que se me retorcían en las tripas las ganas de discutir. Lo dejé para más adelante. Ahora bien, si hubiera hecho caso de lo que él me decía y de sus precauciones, Kasia seguiría allí dentro del árbol-corazón, devorada, pudriéndose; si me hubiera tragado todo lo que él me había contado de la magia, aún seguiría entonando conjuros hasta el agotamiento. Él mismo me había dicho que nunca se había sacado a nadie de un árbol-corazón, que nadie había salido nunca del Bosque... pero Jaga lo hizo, y ahora yo también lo había hecho. Podría estar equivocado. Lo estuvo respecto a Kasia. Se equivocaba.

Ya estaba levantada antes de las primeras luces. Encontré en el libro de Jaga un hechizo para «inhalar la corrupción»: un simple cántico, *Aish aish aishimad*, y lo trabajé abajo, en la cocina, después de localizar un sitio donde el moho crecía detrás de un tonel, un punto en el que se pudría el cemento del muro, unas manzanas golpeadas y un repollo estropeado que había rodado bajo una estantería de botellas de vino. Cuando la luz del sol iluminó por fin la escalera, subí a la biblioteca y me puse a sacar los libros de los estantes haciendo ruido hasta que él apareció, irritable y con ojos cansados. No me reprendió; se limitó a lanzarme una breve mirada y dio media vuelta sin decir palabra. Hubiera preferido que me gritase.

Lo que hizo fue coger una pequeña llave de oro y abrió el pestillo de un armario de madera negra que había en el otro extremo de la sala. Me asomé al interior: estaba repleto de finas láminas de cristal en un soporte, con fragmentos de pergamino presionados entre ellas. Cogió uno y lo sacó del armario.

—Lo he conservado como una curiosidad, más que nada —dijo—, pero parece encajar mejor contigo.

Lo colocó sobre la mesa, aún dentro del cristal: una sola página escrita de manera irregular y desparramada, muchas de sus letras con formas raras, con el boceto de la ilustración de una rama de agujas de pino, el humo que se introducía por los orificios nasales de un rostro. Había una lista con una docena de variaciones: *suoltal videl*, *suoljata akorata*, *videlaren*, *akordel*, *estepum* y otras más.

—¿Cuál utilizo? —le pregunté.

—¿Qué? —dijo él, y cuando le conté que eran encantamientos independientes y no un único cántico extenso se indignó. No había reparado antes en ello—. No tengo la menor idea —contestó con brevedad—. Escoge uno y prueba.

No pude evitar un regocijo secreto, apasionado: otra prueba de que su conocimiento tenía límites. Fui al laboratorio a buscar agujas de pino e hice con ellas un brasero de humo en un cuenco de cristal sobre la mesa de la biblioteca, incliné la cabeza con entusiasmo sobre el pergamino y probé.

—*Suoltal* —dije al tiempo que sentía su forma en los labios, pero hubo algo incorrecto, una especie de deslizamiento lateral.

—*Valloditazh aloito, kes vallofozh* —entonó él, duro y amargo, y las palabras se me engancharon como anzuelos.

Acto seguido hizo un gesto rápido y brusco con un dedo, y mis manos se levantaron solas de la mesa y dieron tres palmadas. No era como no tener el control, el bandazo involuntario al salir de un sueño en el que caes. Pude sentir la intencionalidad detrás del movimiento, aquellos hilos de marioneta hundidos en mi piel. Alguien me había movido los brazos, y no había sido yo. Casi extendí la mano en busca de algún hechizo para atacarle, pero el Dragón volvió a encoger el dedo, el anzuelo se soltó, y el hilo se volvió a deslizar para desprenderse de mí.

Me encontraba de pie, a media habitación de distancia de él, jadeando, antes de ser capaz de detenerme. Le lancé una mirada fulminante, pero él no me ofreció una disculpa.

—Cuando el Bosque lo hace no sientes el anzuelo. Inténtalo de nuevo —dijo.

Me costó una hora obrar un encantamiento. Ninguno de ellos resultaba bien, no como estaban sobre el papel. Tuve que probarlos todos en la lengua, darles la vuelta de este modo y de aquel otro, antes de percatarme por fin de que algunas de las letras no estaban dispuestas para sonar tal y como yo pensaba. Probé a cambiarlas hasta tropezarme con alguna sílaba que me diese una buena sensación en los labios; después otra, y otra más hasta haber encajado todas las piezas. El Dragón me obligó a practicar una y otra vez durante horas. Inhalaba el humo de pino y exhalaba las palabras, y entonces él me tanteaba la mente con un desagradable giro de tal hechizo y tal otro.

Por fin me dejó hacer un descanso a mediodía. Me hundí en una silla, erizada como un puercoespín y exhausta; las murallas habían aguantado, pero yo me sentía en gran medida como si me hubiesen atacado en repetidas ocasiones con palos afilados. Bajé la mirada hacia el viejo pergamino, sellado con tanto esmero, con aquellas letras de extrañas formas; me pregunté cuán antiguo sería.

—Mucho —dijo él—. Más antiguo que Polnya: podría ser incluso más antiguo que el Bosque.

Le miré fijamente; hasta entonces, ni siquiera se me había ocurrido pensar que el Bosque no había estado siempre allí, que no siempre había sido lo que era.

Se encogió de hombros.

—Por lo que nosotros sabemos, sí ha estado. Es sin duda más antiguo que Polnya y que Rosya: ya estaba aquí antes incluso de que ambos nos asentáramos en el valle.

—Dio unos toquitos con el dedo sobre el cristal del pergamino—. Estos de aquí fueron los primeros pueblos que vivieron en esta parte del mundo, hasta donde sabemos, hace varios miles de años. Sus reyes hechiceros trajeron consigo a poniente la lengua de la magia, desde las tierras yermas del otro extremo de Rosya, cuando llegaron por vez primera y se instalaron en este valle. Y entonces el Bosque pasó por encima de ellos, derribó sus fortalezas y devastó sus campos. Poco queda ya de sus obras.

—Pero si el Bosque no estaba aquí cuando ellos se asentaron en el valle, ¿de dónde llegó? —pregunté.

El Dragón se volvió a encoger de hombros.

—Si vas a la capital, te encontrarás con una buena cantidad de trovadores más que dispuestos a cantarte el surgimiento del Bosque. Es un tema popular, al menos cuando tienen un público que sabe menos que ellos: les da mucho juego. Supongo que es incluso posible que uno de ellos haya acertado con la verdadera historia. Prende el fuego y comencemos de nuevo.

El Dragón no quedó satisfecho con mi trabajo hasta bien entrado el atardecer, cuando la luz flaqueaba. Intentó enviarme a la cama, pero no estaba dispuesta. Las palabras de Wensa todavía me chirriaban y me arañaban en la cabeza, y se me ocurrió que tal vez el Dragón me quisiera tan exhausta para poder darme largas otro día más. Deseaba ver a Kasia con mis propios ojos; quería saber a qué me enfrentaba, a qué forma de corrupción debía combatir.

—No —dije—. No. Vos asegurasteis que podría verla cuando fuese capaz de protegerme.

Alzó las manos en un gesto de exasperación.

—Muy bien —cedió—. Sígueme.

Me condujo al fondo de las escaleras y al interior de la despensa, más allá de la cocina. Recordé cómo había buscado desesperada en aquellos muros, cuando pensaba que me estaba arrebatando la vida; había pasado las manos por todas las paredes, metido los dedos en todas las grietas y tirado de todo ladrillo con pinta de desgastado. Él, sin embargo, me llevó a una sección lisa y pulida del muro, una única losa de piedra

blanquecina sin juntas de cemento. La tocó levemente con los dedos de una mano y luego los encogió como si fueran las patas de una araña; sentí el débil estremecimiento del ardid de su magia. La losa entera se retiró en el muro y reveló una escalera de la misma piedra pálida, iluminada con un tenue resplandor, que descendía de forma pronunciada.

Lo seguí por un pasadizo. Era diferente del resto de la torre: más antiguo y más extraño. Los escalones tenían el borde afilado a ambos lados, pero en el centro se suavizaban, desgastados, y había unas letras grabadas que discurrían por la base de ambas paredes, una grafía que no era la nuestra ni la de Rosya: muy al estilo de las letras del pergamino. Tuve la sensación de descender durante un largo rato, y cada vez me volvía más consciente del peso de la piedra que nos rodeaba, del silencio. Tenía la sensación de estar en una tumba.

—Porque es una tumba —dijo él.

Llegamos al fondo de la escalera y salimos a una pequeña estancia circular. El aire parecía más denso. Las letras surgían de una pared de la escalera, continuaban por la estancia en una línea ininterrumpida, en círculo hasta el lado contrario, ascendían por la pared en una curva elevada dibujando un arco y regresaban para remontar la otra pared de la escalera. Dentro de aquel arco había un fragmento de piedra algo más clara, hacia el fondo, como si el resto de la pared ya estuviese construido y la hubiesen cerrado con posterioridad. Tenía tal vez el aspecto de caber un hombre.

—¿Hay... hay alguien enterrado aquí? —pregunté con timidez. Mi voz era un susurro.

—Sí —dijo el Dragón—. Pero ni siquiera los reyes se oponen a compartir una vez han muerto. Ahora escúchame. —Se volvió hacia mí—. No te voy a enseñar el hechizo para atravesar el muro. Cuando quieras verla, yo te llevaré al otro lado. Si intentas tocarla, si permites que se te acerque lo bastante como para alcanzarte, te sacaré de ahí de inmediato. Aplícate ahora las protecciones, si es que insistes en hacer esto.

Prendí el puñado de agujas de pino en el suelo y entoné el cántico con el rostro metido en el humo, y a continuación puse la mano en la del Dragón y dejé que él me llevara a través del muro.

Me había hecho temer lo peor: Kasia tan atormentada como Jerzy, echando espuma por la boca y arrancándose su propia piel; Kasia llena de aquellas sombras corruptas que reptaban y lo devoraban todo en su interior. Estaba preparada para cualquier cosa y me protegí, pero cuando el Dragón me condujo al otro lado del muro, Kasia sólo estaba sentada, acurrucada en el rincón de un camastro fino, con los brazos alrededor de las rodillas. Había una bandeja con agua y comida en el suelo, junto a ella, y había comido y bebido; se había lavado la cara, tenía el pelo bien trenzado. Parecía cansada y asustada, aunque seguía siendo ella, y se puso en pie con esfuerzo y vino hacia mí con los brazos extendidos.

—Nieshka —dijo—. Nieshka, me encontraste.

—No te acerques más —dijo el Dragón, rotundo—. *Valur polzhys*.

Una línea de fuego surgió de repente en el suelo entre nosotras: yo ya me estaba dirigiendo hacia ella sin poder evitarlo.

Bajé las manos a los costados y apreté con fuerza los puños. Kasia retrocedió, también, y permaneció tras la línea en llamas; asintió obediente al Dragón. Me quedé mirándola sin parpadear, impotente, llena de una esperanza involuntaria.

—¿Estás...? —Se me atragantó la pregunta.

—No lo sé —contestó Kasia con voz temblorosa—. No lo... recuerdo. No recuerdo nada después de que me llevaran. Me metieron en el Bosque y..., y... —Se detuvo, con la boca entreabierta. Había un horror en su mirada, el mismo que yo había sentido al encontrarla enterrada bajo la piel del árbol.

Tuve que impedirme ir hacia ella. Yo misma volvía a hallarme en el Bosque, viendo su rostro cegado, asfixiado, sus manos suplicantes.



—No hables de ello. No pienses en ello todavía, sólo dime, ¿cómo te sientes? ¿Estás... enferma, o tienes frío...? —le dije con voz ronca y abatida. Sentí un arrebató de ira hacia el Dragón por haberme retenido tanto tiempo. Ya había hecho mis planes mentalmente: utilizaría el hechizo de Jaga para localizar dónde había arraigado aquella corrupción en ella; después le pediría al Dragón que me enseñase los hechizos de purga que él había utilizado conmigo. Repasaría el libro de Jaga y otros similares, y la expulsaría de Kasia.

Eché por fin un vistazo a aquella estancia. Las paredes eran del mismo mármol liso de color hueso, y en un profundo nicho en el fondo descansaba un sarcófago rectangular de piedra, pesado y más largo que la altura de un hombre, con la parte superior tallada con las mismas letras y con otros diseños en los laterales: unos altos árboles en flor y zarcillos que se enroscaban los unos con los otros. Una sola llama azul ardía sobre él, y el aire se filtraba por una delgada ranura en el muro. Era una estancia bonita, aunque absolutamente fría; no era un lugar para ningún ser vivo.

—No podemos dejarla aquí —le dije al Dragón con dureza mientras él ya me decía que no con la cabeza—. Necesita el sol y el aire fresco... Podemos encerrarla en mi alcoba en vez de aquí...

—¡Mejor aquí que en el Bosque! —exclamó Kasia—. Nieshka, dime, por favor, ¿está bien mi madre? Intentó seguir a los caminantes... Temía que se la hubieran llevado también a ella.

—Sí —dije mientras me limpiaba la cara y respiraba hondo—, está bien. Preocupada por ti... muy preocupada. Le diré que te encuentras bien...

—¿Puedo escribirle una carta? —preguntó Kasia.

—No —dijo el Dragón, y me volví hacia él.

—¡Podemos darle un lápiz y algún papel! —repliqué enfadada—. Tampoco es mucho pedir.

Su expresión era sombría.

—No serás tan necia —me dijo—. ¿De verdad crees que se pasó un día y una noche enterrada en un árbol-corazón y que ha salido charlando con toda normalidad?

Me detuve, en silencio, temerosa. El hechizo de Jaga para localizar la podredumbre se me asomaba a los labios. Los abrí para formularlo... pero era Kasia. Era mi Kasia, a quien conocía mejor que a nadie en el mundo. La miré, y ella me correspondió, infeliz y atemorizada, pero negándose a llorar o a acobardarse. Era ella.

—La metieron en el árbol —dije—. La reservaban para el Bosque, y yo la saqué antes de que él se apoderase...

—No —negó él rotundamente. Lo miré airada y me volví de nuevo hacia Kasia, que aun así me sonreía, una esforzada sonrisa de valor.

—Está bien, Nieshka. Mientras mamá esté bien... ¿Qué...? —Tragó saliva—. ¿Qué va a ser de mí?

No sabía cómo responderle.

—Encontraré un modo de limpiarte —respondí casi a la desesperada, y ni miré al Dragón—. Encontraré un hechizo para asegurarme de que estás bien...

Sólo que no eran más que palabras. No sabía cómo podría llegar a demostrarle en algún momento al Dragón que Kasia estaba bien. Era obvio que no quería que le convenciesen. Y si no podía persuadirle de algún modo, retendría a Kasia allí abajo el resto de su vida si era necesario, sepultada con aquel rey ancestral y sin un rayo de sol, para no volver a ver a ningún ser amado, para ni siquiera vivir. El Dragón era tan peligroso para Kasia como el Bosque: él no había querido que la rescatara.

En un arrebató de amargura se me ocurrió que, antes de aquello, había tenido la intención de llevársela y, como el Bosque, devorarla a su manera. Le había dado igual desarraigar su vida, convertirla en una prisionera en una torre sólo para servirle... ¿Por qué le iba a importar ahora, por qué se iba a arriesgar a dejarla salir?

El Dragón se encontraba de pie a mi espalda, más alejado del fuego y de Kasia. Su rostro era hermético, y apretaba los labios con fuerza. Aparté la mirada y traté de suavizar la expresión de mi rostro para ocultar mis pensamientos. Si pudiese hallar un hechizo que me permitiese pasar a través del muro, únicamente tendría que encontrar la manera de escapar de su vigilancia. Podía probar un hechizo de sueño con él, o tal vez ponerle algo en la copa con la comida: «Ajenjo hervido con bayas de tejo, reducid el caldo a una pasta, añadid tres gotas de sangre y pronunciad un encantamiento, y generará un rápido veneno insípido...».

El aroma repentino, nítido y acre de las agujas de pino ardiendo me regresó a la nariz, y aquel pensamiento adoptó una extraña amargura que hizo que su maldad aflorase a la superficie. Me aparté de aquello de un respingo, sorprendida, y retrocedí un paso de la línea en llamas, temblando. En el otro lado, Kasia aguardaba a que yo hablase: su expresión decidida, la mirada clara, llena de confianza, amor y gratitud... y algo de temor y preocupación, pero nada que no fuesen sentimientos humanos. La miré, y ella me miró con inquietud, todavía ella misma. Sólo que yo no podía hablar. Aún tenía en la boca el sabor a pino, y los ojos me escocían por el humo.

—¿Nieshka? —dijo Kasia con una voz que flaqueaba a causa de un temor creciente.

Continué en silencio. Sus ojos se clavaban en mí a través de la línea de fuego, y en aquella confusión de llamas me pareció que su rostro sonreía primero y luego se mostraba infeliz, y sus labios temblaban de un gesto en otro, probando..., probando con diferentes expresiones. Retrocedí otro paso y aquello empeoró. Incluyó la cabeza sin apartar los ojos de mí, un poco más abiertos. Cambió de postura, inquieta.

—Nieshka —repitió, y dejó de sonar atemorizada, sólo confiada y amable—, está bien. Sé que me ayudarás.

El Dragón, a mi lado, callaba. Tomé aire. Seguí sin decir nada. Tenía la garganta cerrada.

—*Aishimad* —conseguí decir en un susurro.

Un olor acre y amargo se elevó en el aire entre nosotras.

—Por favor —pidió Kasia. Su voz se quebró de repente en un sollozo, una actriz en una obra que pasaba de una escena a la siguiente. Extendió las manos hacia mí y se acercó un poco más al fuego con el cuerpo inclinado. Se acercó demasiado. El olor se intensificó: como cuando se quema la leña verde, llena de savia—. Nieshka...

—¡No sigas! —exclamé—. No sigas.

Se detuvo. Por un instante inmóvil, Kasia permaneció en el sitio, y luego dejó caer los brazos y su rostro se vació. Una bocanada de olor a madera podrida invadió la estancia.

El Dragón alzó una mano.

—*Kulkias vizhkias haishimad* —pronunció él, y una luz brillante surgió de su mano y se desplazó hasta tocar la piel de Kasia.

Allí quedó suspendida, hasta que vi unas sombras verdes y densas, moteadas como la profunda espesura de una capa de hojas sobre otra. Algo me miró a través de sus ojos con el rostro inmóvil, extraño e inhumano. Lo reconocí: era lo mismo que había sentido en el Bosque, tratando de encontrarme. No quedaba el menor rastro de Kasia.

Él prácticamente me sujetaba cuando tiró de mí a través del muro y regresamos a la antecámara del sepulcro. Una vez pasamos, me dejé caer al suelo junto al montoncito de cenizas de agujas de pino y las miré fijamente, vacía. Casi las odiaba por haberme arrebatado la mentira. Ni siquiera podía llorar; era peor que si Kasia hubiese muerto. El Dragón, de pie a mi lado, me miraba.

—Hay una forma —dije, levantando la vista—. Hay una forma de quitársela. —Era el llanto de una cría, una súplica. Él permaneció en silencio—. Ese hechizo que usasteis conmigo...

—No —respondió el Dragón—. No para esto. El hechizo de purga casi no funcionó contigo. Te lo advertí. ¿Ha intentado persuadirte para que te hagas daño?

Sentí un terrible escalofrío por todo el cuerpo al recordar cómo me ascendía a la cabeza el sabor a ceniza de aquel horrible pensamiento: «Ajenjo hervido con bayas de tejo, un rápido veneno».

—A vos —dije.

Él asintió.

—Cómo le habría gustado eso al Bosque: persuadirte para matarme y después hallar alguna otra forma de atraerte de nuevo a él.

—¿Qué es? —dije—. ¿Qué es esa... cosa que hay en ella? Lo llamamos «el Bosque», pero esos árboles... —De pronto estuve segura de ello—. Esos árboles también están corrompidos, como Kasia. Son donde vive, no lo que es.

—No lo sabemos —me dijo él—. Ya estaba aquí antes de que llegáramos nosotros. Tal vez antes de que llegaran ellos —añadió haciendo un gesto hacia los muros y su extraña inscripción—. Ellos despertaron al Bosque, o lo crearon, y lo combatieron durante un tiempo, pero él los destruyó. Este sepulcro es todo cuanto queda. Aquí se alzaba una torre más antigua. Poco quedaba de ella salvo unas piedras desperdigadas por el suelo cuando Polnya reclamó este valle y volvió a despertar al Bosque.

Guardó silencio. Yo seguía hundida en mí misma, acurrucada en torno a mis rodillas en el suelo. No podía parar de temblar.

—¿Estás preparada para dejar que acabe con esto? —preguntó por fin, con dureza—. Lo más probable es que no quede nada de ella que rescatar.

Quería decirle que sí, quería que desapareciese aquella cosa, que quedara destruida: eso que lucía el rostro de Kasia y que no sólo se valía de sus manos, sino que utilizaba todo cuanto había en su corazón y en su mente para destruir a los seres que ella amaba. Casi no me importaba si Kasia seguía allí dentro. Si lo estaba, no podía imaginar nada más horrible que quedar atrapada en su propio cuerpo, que aquella cosa la trajinara como a una marioneta monstruosa. Y yo no era ya capaz de convencerme a mí misma para seguir dudando del Dragón cuando él decía que Kasia se había ido, lejos del alcance de cualquier magia que él conociese.

Pero yo lo había salvado a él cuando él mismo se consideraba también fuera de toda posibilidad de rescate. Y qué poco sabía yo aún, dando tumbos de un imposible a otro. Me imaginé la angustia de hallar un hechizo, dentro de un mes o un año, que hubiera podido funcionar.

—Todavía no —susurré—. Todavía no.

Si antes había sido una discípula sumida en la indiferencia, ahora resultaba espantosa de un modo completamente distinto. Me adelantaba con los libros y, cuando el Dragón no me veía, cogía los que él no me bajaba de los estantes. Husmeaba en todas partes, en todo cuanto pudiese encontrar. Obraba los hechizos a medias, los descartaba y seguía avanzando. Acometía ardidés sin estar segura de contar con la fuerza necesaria. Corría desatada por el bosque de la magia, apartando a empujones las zarzas de mi camino, ajena a los arañazos y la suciedad, sin prestar atención al rumbo que seguía.

Al menos, cada pocos días daba con algo que ofreciese la frágil esperanza suficiente como para convencerme de que merecía la pena probarlo. El Dragón me bajaba a ver a Kasia para que lo intentase siempre que se lo pedía, y lo hacía aunque no hubiese hallado nada que de verdad mereciese la pena probar. Me permitió desmontarle la biblioteca, y no dijo nada cuando derramé aceites y polvos por su mesa. No me presionó para que dejase ir a Kasia. Le odiaba a él y odiaba su silencio con fiereza: sabía que se limitaba a consentir que yo misma me convenciese de que no había nada que hacer.

Kasia —lo que había dentro de ella— no trató de seguir fingiendo. Me miraba con el brillo de los ojos de un pájaro y de tanto en tanto sonreía cuando mis ardides no obraban nada: una sonrisa horrible. «Nieshka, Agnieszka», entonaba en voz baja en ocasiones, una y otra vez, si yo probaba con algún ensalmo, para que me trabase mientras la escuchaba. Salía de allí magullada y mareada hasta los huesos, y volvía a subir despacio las escaleras con lágrimas rodándome por la cara.

La primavera llegó al valle por aquel entonces. Si me asomaba a la ventana, algo que sólo hacía rara vez, siempre veía el alborotado discurrir del Huso, blanco por el deshielo, y una franja de pradera abierta que se extendía desde las tierras bajas y perseguía a la nieve ladera arriba, en las montañas, por ambos lados. Las lluvias barrían el valle en cortinas de plata. Metida en la torre, me consumía. Había mirado en todas las páginas del libro de Jaga, en todos los demás tomos que se adaptaban a mi errática magia, y en cualquier otro volumen que el Dragón hubiera sugerido. Había hechizos de sanación, hechizos de limpieza, hechizos de renovación y de vida. Había probado cualquier cosa que ofreciese la menor esperanza.

En el valle celebraban el Festival de Primavera antes de comenzar la siembra, y la gran hoguera de Olshanka era un montón de leña seca tan alto que podía verlo claramente desde la torre. Estaba sola en la biblioteca cuando escuché los débiles compases de música que traía el viento, y me asomé para ver la celebración. Me pareció que la vida había irrumpido en el valle, y que los primeros brotes se abrían paso en los campos; los bosques se teñían de un verde pálido y difuso por todas las aldeas. Y allá lejos, bajando por estas escaleras de piedra fría, se hallaba Kasia en su sepulcro. Me di media vuelta, crucé los brazos sobre la mesa, apoyé en ellos la cabeza y sollocé.

Cuando la volví a levantar, con la cara manchada de lágrimas, él estaba allí, sentado cerca, mirando por la ventana con expresión sombría. Tenía las manos recogidas en el regazo, los dedos entrelazados, como si se hubiera contenido al ir a extender la mano para tocarme. Había dejado un pañuelo sobre la mesa, delante de mí. Lo cogí, me limpié la cara y me soné la nariz.

—Yo lo intenté una vez —me dijo con brusquedad—. Cuando era joven. Por entonces vivía en la capital. Había una mujer... La mayor belleza de la corte, como es natural. Supongo que ya no le hace daño a nadie decir su nombre, ahora que lleva cuarenta años en la tumba: la condesa Ludmila. —Sus labios se torcieron en una oscura burla.

Casi me quedo boquiabierta mirándole, sin tener la plena seguridad de qué era lo que más me confundía. Él era el Dragón: siempre había estado en la torre y siempre lo estaría, un elemento permanente, como las montañas al oeste. La idea de que alguna vez hubiese vivido en algún otro lugar, de que hubiera sido joven, me resultaba del todo incorrecta; y al mismo tiempo se me atrancaba la idea de que hubiese amado a una mujer que había muerto cuarenta años atrás. Su rostro me resultaba ahora familiar, pero no dejaba de mirarlo sorprendida. Allí estaban aquellas líneas en las comisuras de sus ojos y sus labios, si las buscaba, pero eso era todo cuanto delataba su edad. En todo lo demás, era un hombre joven: las firmes líneas de su perfil, su pelo gris oscuro e immaculado, sus pómulos tersos por los que no había pasado el tiempo, sus manos largas y gráciles. Traté de convertirlo mentalmente en un joven mago de la corte —casi encajaba en el papel con su elegante vestimenta, detrás de alguna noble

encantadora—, y ahí se encallaba mi imaginación. Para mí, lo suyo eran los libros y los alambiques, la biblioteca y el laboratorio.

—Y ella... ¿se corrompió? —pregunté sin poder evitarlo.

—Oh, no —dijo él—. Ella no. Su marido. —Hizo una pausa, y me pregunté si me diría algo más. Nunca me había hablado de sí mismo, ni había dicho nada de la corte salvo para menospreciarla. Sin embargo, pasado un momento prosiguió, y lo escuché fascinada—. El conde había ido a Rosya a negociar un tratado, a través del paso de la montaña. Regresó con unos términos inaceptables y con un hilo de corrupción. Ludmila tenía una curandera en su casa, su niñera, quien supo advertirla: lo encerraron en el sótano, trabaron la puerta con sal y le dijeron a todo el mundo que estaba enfermo.

»A nadie en la capital le parecía extraño que una joven y bella esposa cediera al escándalo mientras su marido, mayor, permanecía recluido y aquejado; y menos a mí, cuando me convirtió en el objeto de su interés. En esa época era todavía lo bastante joven y necio para creer que tanto mi magia como yo podíamos despertar admiración en lugar de inquietud, y ella fue lo bastante lista y decidida como para aprovecharse de mi vanidad. Ya me tenía completamente dominado cuando me pidió que salvase a su esposo.

»Ella tenía una particular destreza para comprender la naturaleza humana —añadió con sequedad—. Me dijo que no podía dejarlo en aquel estado. Se confesó dispuesta a renunciar a su lugar en la corte, a su título, a su reputación, pero mientras él estuviera corrompido, el honor le exigía permanecer encadenada a su lado; sólo si salvaba a su esposo podría liberarla a ella y así podría huir conmigo. Tentó mi egoísmo y mi orgullo: te aseguro que me tenía por un noble héroe al prometer que salvaría al marido de mi amante. Y entonces... ella me dejó verle.

Guardó silencio. Yo apenas respiraba, sentada como un ratoncillo bajo el árbol de un búho, esperando a que siguiera hablando. Su mirada volvió a su interior, sombría, y sentí una especie de reconocimiento: pensé en Jerzy riéndose de mí de forma espantosa desde la cama; en Kasia, abajo, con aquel terrible brillo en los ojos, y supe que aquella misma expresión se reflejaba en mi rostro.

—Me pasé medio año intentándolo —dijo por fin—. En aquella época ya se me consideraba el mago más poderoso de Polnya; pensaba que no había nada que yo no pudiese hacer. Saqué la biblioteca del rey y la de la Universidad, y herví una veintena de remedios. —Hizo un gesto con la mano hacia la mesa, donde el libro de Jaga descansaba cerrado—. Fue entonces cuando me compré ese libro, entre otros intentos menos inteligentes. Nada sirvió.

Sus labios volvieron a torcerse.

—Y vine aquí. —Señaló la torre con un movimiento circular del dedo—. Por entonces, había otra bruja vigilando el Bosque: la Graja. Pensé que ella podría tener alguna respuesta. Estaba envejeciendo, al final, y la mayoría de los magos de la corte se preocupaban de evitarla; ninguno de ellos deseaba que lo enviaran a sustituirla cuando finalmente muriese. A mí eso no me daba miedo: era demasiado fuerte para que me enviaran lejos de la corte.

—Pero... —dije sorprendida por haber hablado, y me mordí el labio; el Dragón me miró por primera vez, con una de esas cejas arqueadas tan sarcásticas—. Pero al final sí que os enviaron aquí, ¿no? —titubeé.

—No —repuso él—. Yo elegí quedarme. Mi decisión no entusiasmó especialmente al rey en aquella época: prefería mantenerme bajo su atenta mirada, y sus sucesores me han presionado con frecuencia para que regrese. Pero ella... me persuadió. —Volvió a apartar de mí la mirada y la dirigió hacia la ventana, hacia el valle, hacia el Bosque—. ¿Has oído hablar alguna vez de un pueblo llamado Porosna?

Sólo me sonaba vagamente conocido.

—El panadero de Dverník —recordé—. Su abuela era de Porosna. Hacía una especie

de bollo...

—Sí, sí —dijo él impaciente—. ¿Y tienes alguna idea de dónde está?

Busqué a ciegas, en vano: apenas había oído el nombre.

—¿En las Marismas Amarillas? —sugerí.

—No —respondió él—. Estaba a ocho kilómetros camino adelante pasado Zatochek.

Zatochek no estaba ni a tres kilómetros de la franja yerma que rodeaba el Bosque. Era el último pueblo del valle, el último bastión; así había sido durante toda mi vida.

—¿El Bosque se apoderó del pueblo? —susurré.

—Sí —dijo el Dragón.

Se levantó y se dirigió a buscar el gran libro de registro en el que le había visto escribir el día en que vino Wensa a decirnos que se habían llevado a Kasia. Lo trajo a la mesa y lo abrió. Todas y cada una de las enormes páginas estaban divididas en líneas ordenadas, filas y columnas, anotaciones meticulosas como en un libro de cuentas, pero en cada fila figuraba el nombre de una aldea, nombres de personas y cantidades: tantos ha corrompido, cuántos se ha llevado; tantos curados, cuántos sacrificados. Las páginas se hallaban atestadas de anotaciones. Alargué la mano y pasé hacia atrás las hojas, de un pergamino que no había amarilleado, la tinta que se mantenía oscura: sobre ellas había suspendida una tenue magia de preservación. Los años disminuían y las cantidades menguaban conforme retrocedía. En los últimos tiempos se habían producido más incidentes, y de mayor escala.

—Se tragó Porosna la noche que murió la Graja —dijo el Dragón. Extendió el brazo y pasó un grueso bloque de páginas hasta el lugar donde otra persona, con menos orden, había llevado el registro: cada incidente quedaba descrito como una historia, sin más, con una letra más grande y las líneas un tanto temblorosas.

*Hoy, un jinete de Porosna: sufren allí unas fiebres con siete enfermos. El jinete no se ha detenido en ninguna aldea. Caía enfermo, él también. Le ha bajado la fiebre con una infusión del azote que la madera consume, y el Séptimo Encantamiento de Ágata ha hecho efecto en la purificación de la raíz del mal. Siete pesas de plata en azafrán han consumido el encantamiento, y quince el azote.*

Era la última anotación con aquella letra.

—En aquel momento yo me encontraba de regreso a la corte —dijo el Dragón—. La Graja me había contado que el Bosque estaba creciendo: me pidió que me quedase. Yo me negué, indignado; lo consideraba por debajo de mis méritos. Ella me aseguró que no había nada que hacer por el conde, y me ofendí; le contesté, grandilocuente, que encontraría la manera; que cualquier cosa que hubiera hecho la magia del Bosque, yo la podía deshacer. Me dije que no era más que una vieja necia y débil; que el Bosque estaba invadiendo el valle a causa de su flaqueza.

Me rodeé con los brazos mientras él hablaba, sin levantar la vista del implacable libro de registro, la página en blanco debajo de aquella anotación. Deseé entonces que se callase: no quería oír más. Él trataba de ser amable mostrándome su propio fracaso, y lo único que yo era capaz de pensar era «Kasia, Kasia», un grito en mi interior.

—Hasta donde pude saber más adelante, cuando un emisario desesperado me alcanzó por el camino, la Graja se fue a Porosna con sus provisiones y se agotó sanando a los enfermos. Entonces, por supuesto, fue cuando el Bosque atacó. Ella consiguió enviar a un grupo de niños al pueblo siguiente, e imagino que la abuela de vuestro panadero se encontraba entre ellos. Esos niños relataron la llegada de siete caminantes que trajeron consigo un árbol-corazón de un semillero.

»Aún fui capaz de atravesar los árboles cuando llegué, media jornada después. Habían plantado el árbol-corazón en su cuerpo. Ella seguía viva, si es que se puede decir así. Conseguí darle una muerte rápida, pero es todo cuanto logré hacer antes de verme obligado a salir huyendo. La aldea había desaparecido, y el Bosque había expandido sus fronteras.

»Ésa fue la última gran incursión —añadió—. Ocupé el lugar de la Graja y contuve el avance del Bosque, y desde entonces lo he conseguido, más o menos. Pero él no deja de intentarlo.

—¿Y si vos no hubierais venido? —le pregunté.

—Yo soy el único mago de Polnya lo bastante fuerte como para contenerlo —dijo el Dragón sin una particular arrogancia: era la constancia de un hecho—. Cada varios años pone a prueba mis fuerzas, y hace un intento serio una vez cada década, más o menos, como este último asalto a tu aldea. Dverník no es más que una pequeña villa a las afueras del lindero del Bosque. Si hubiera conseguido matarme o corromperme allí y colocar un árbol-corazón, para cuando hubiese llegado otro mago el Bosque ya se habría tragado tu aldea y Zatochek, y se encontraría en el umbral del paso del este hacia las Marismas Amarillas. Y habría continuado desde allí, de tener la oportunidad. Si yo les hubiese permitido enviar a un mago más débil cuando murió la Graja, a estas alturas todo el valle estaría invadido.

»Eso es lo que está sucediendo en el lado de Rosya. Han perdido cuatro aldeas en la última década, y otras dos antes de eso. El Bosque llegará al paso del sur hacia la provincia de Kyeva en el siguiente avance, y entonces... —Se encogió de hombros—. Entonces sabremos si es capaz de extenderse por un paso montañoso, supongo.

Permanecimos sentados en silencio. En sus palabras vi el Bosque marchando lenta pero inexorablemente sobre mi hogar, por todo el valle, por todo el mundo. Me imaginé asomándome a las ventanas de la torre y viendo una interminable arboleda oscura, sitiada; un aborrecible océano susurrante en todas las direcciones, moviéndose con el viento. Ningún otro ser vivo a la vista. El Bosque los estrangularía a todos y se los llevaría a rastras bajo sus raíces. Como había hecho con Porosna. Como había hecho con Kasia.

Las lágrimas se me deslizaban por la cara en un llanto pausado. Estaba demasiado desconsolada para llorar más. La luz del exterior se apagaba, los faroles embrujados no se habían encendido aún. El rostro del Dragón se había abstraído, la mirada perdida, y en el crepúsculo resultaba imposible descifrar lo que decían sus ojos.

—¿Qué fue de ellos? —le pregunté para llenar el silencio, sintiéndome vacía—. ¿Qué fue de ella?

Volvió en sí.

—¿De quién? Ah, ¿Ludmila? —dijo al regresar de su ensueño. Hizo una pausa—. Cuando volví a la corte por última vez —prosiguió por fin—, le dije que no había nada que hacer por su marido. Llevé a otros dos magos de la corte para que atestiguaran que su corrupción era incurable. Se quedaron bastante consternados por el hecho de que yo lo hubiese mantenido vivo durante tanto tiempo, para empezar, y permití que uno de ellos le diese muerte. —Se encogió de hombros—. Sucedió que ellos lo utilizaron para sacar tajada: hay algo más que un poco de envidia entre los encantadores. Le sugirieron al rey que había que enviarme aquí como castigo por haber ocultado la corrupción. Su intención era que el rey rechazase ese castigo y se decidiese por otra cosa, alguna bobada o una nimiedad intrascendente, supongo. Se quedarían planchados cuando anuncié que me marchaba con independencia de lo que nadie pensara al respecto.

»Y a Ludmila... no volví a verla. Intentó arrancarme los ojos cuando le conté que tuvimos que dar muerte a su marido, y sus comentarios en aquel momento me quitaron rápidamente las ilusiones respecto a lo que de verdad sentía por mí —añadió con sequedad—. Pero heredó las tierras y se volvió a casar unos años después con un duque menor; le dio tres hijos y una hija, y vivió hasta los setenta y seis años como la principal matrona de la corte. Creo que los bardos me convirtieron a mí en el villano de la historia, y a ella en la noble esposa fiel que trataba de salvar a su marido a toda costa. Tampoco es que fuera falso, supongo.

Fue entonces cuando me percaté de que ya conocía la historia. La había oído cantar. Ludmila y el Encantador, sólo que en la canción, la valiente condesa se disfrazaba de campesina anciana y cocinaba y limpiaba para el mago que le había arrebatado el corazón a su marido, hasta que lo encontró en su casa metido en una caja, lo recuperó y le salvó. Me escocían los ojos con unas lágrimas ardientes. En las canciones, nadie estaba encantado hasta el punto de no poder salvarse. El héroe siempre los salvaba. No había una triste escena en una bodega oscura donde la condesa llorase y gritase protestando mientras tres magos daban muerte al conde y después utilizaban esa muerte para hacer política en la corte.

—¿Estás lista para dejarla ir? —dijo el Dragón.

No lo estaba y lo estaba. Me sentía tan cansada... No aguantaba seguir bajando aquellas escaleras para ver a aquella cosa que se asomaba al rostro de Kasia. No la había salvado, ni mucho menos. Ella seguía en el Bosque, aún consumida. Pero *fulmia* continuaba estremeciéndose en mis entrañas, muy hondo, a la espera, y si le daba el sí al Dragón —si me quedaba aquí con la cabeza escondida entre los brazos y le dejaba marchar para regresar después y decirme que estaba hecho—, pensé que podría salir de mí entre rugidos y derribar la torre a nuestro alrededor.

Busqué por todos los estantes, a la desesperada: los interminables libros con sus lomos y cubiertas como los muros de una ciudadela. ¿Y si uno de ellos guardase aún el secreto, el truco que la liberase? Me levanté y posé las manos sobre ellos, letras estampadas en oro que nada significaban bajo la ceguera de mis dedos. *La invocación de Luthe* me atrapó de nuevo, aquel bello tomo de cuero que cogí prestado tanto tiempo atrás y al hacerlo enfurecí al Dragón, antes de que supiese nada de la magia, antes de ser consciente de lo mucho y de lo poco que podía hacer. Puse las manos sobre él.

—¿Qué invoca?, ¿un demonio? —pregunté de forma abrupta.

—No seas ridícula —dijo el Dragón con impaciencia—. Lo de llamar a los espíritus no es más que charlatanería. Resulta muy fácil afirmar que has invocado algo invisible e incorpóreo. *La invocación* no hace algo tan trivial. Invoca... —hizo una pausa, y me quedé sorprendida al ver que le costaba encontrar las palabras— la verdad —dijo por fin, encogiendo a medias los hombros como si aquello fuese inadecuado e incorrecto, pero lo más cerca que podía llegar.

Yo no entendía cómo se podía invocar la verdad, a menos que se refiriese a ver más allá de algo que fuese mentira.

—Entonces ¿por qué os enfadasteis tanto cuando empecé a leerlo? —quise saber.

Me fulminó con la mirada.

—¿Acaso te parece un ardid trivial? Creí que algún otro encantador de la corte te había asignado una tarea imposible con la intención, por su parte, de que hicieras saltar por los aires el tejado de la torre una vez hubieses consumido todas tus fuerzas y tu ardid se viniese abajo para hacerme así parecer un necio incompetente al que no se le puede confiar un aprendiz.

—Pero eso me habría matado —le dije—. ¿Pensabais que alguien de la corte...?

—¿Sacrificaría la vida de una campesina con media onza de magia para apuntarse una victoria sobre mí, tal vez para ver cómo me ordenaban regresar humillado a la corte?

—dijo el Dragón—. Por supuesto. La mayoría de los cortesanos sitúan a los campesinos un solo escalón por encima de las vacas, y algo por debajo de sus caballos favoritos. Están absolutamente encantados con sacrificar a un millar de los vuestros en una escaramuza con Rosya por cualquier ventaja menor en las fronteras; ni pestañearían. —Apartó aquella brutalidad con un gesto de la mano—. En cualquier caso, no esperaba que lo consiguieses, claro.

Miré fijamente el libro en el estante. Recordé cómo lo leí, la sensación de satisfacción asegurada, y en un gesto brusco lo saqué de la estantería y me volví hacia él con el



libro apretado contra mi cuerpo. El Dragón me miró con cautela.

—¿Podría ayudar a Kasia? —le pregunté.

Abrió los labios para negarlo, lo noté; pero luego vaciló. Se fijó en el libro con el ceño fruncido y en silencio.

—Lo dudo —dijo por fin—. Aunque *La invocación* es... una obra extraña.

—No puede causar ningún daño —dije, pero eso me granjeó una mirada de irritación.

—Puede causarlo, ciertamente —dijo él—. ¿Acaso no has oído lo que te acabo de decir? Se ha de invocar el libro entero de una sola sentada para obrar el hechizo, y si no cuentas con la fuerza para hacerlo, todo el edificio del hechizo se derrumbará, de manera desastrosa, cuando te quedes exhausta. Lo he visto formular una sola vez, a tres brujas juntas, cada una de ellas discípula de la anterior, pasándose el libro entre sí para leerlo. Casi las mata, y no eran en absoluto débiles.

Bajé la vista hacia el libro, dorado y grueso, que descansaba en mis manos. No dudaba del Dragón. Recordé cómo me había gustado el sabor de aquel libro en la lengua, el modo en que había tirado de mí. Respiré hondo y dije:

—¿Lo formularíais conmigo?

La encadenamos primero. El Dragón bajó unos pesados grilletes de hierro y, con un encantamiento, incrustó un extremo bien profundo en los muros de la cámara mientras Kasia —aquella cosa que había en su interior— retrocedía y nos observaba sin pestañear. Mantuve un círculo de fuego alrededor de ella, y cuando él terminó, tiré de ella como si de un animal se tratase, y el Dragón le metió a la fuerza las manos en los grilletes con otro hechizo. Kasia se resistió, más por darse el gusto de crearnos problemas que por cualquier preocupación, pensé yo: en todo el rato no varió aquella carencia inhumana de expresión, y sus ojos no se apartaron de mi rostro. Estaba más delgada que antes. Aquella cosa tenía un apetito frugal. Comía apenas lo suficiente para mantener a Kasia viva, pero no tanto como para evitar que se fuera consumiendo, su cuerpo cada vez más delgado y los pómulos más marcados.

El Dragón conjuró un atril estrecho de madera y colocó *La invocación* sobre él. Me miró.

—¿Estás lista? —preguntó en tono tenso y formal.

Se había puesto unas refinadas vestimentas de seda, cuero y terciopelo en infinidad de capas, y llevaba guantes; era como si se estuviera protegiendo contra cualquier cosa similar a lo que había sucedido la última vez que habíamos formulado juntos un ardid. Aquello se me antojaba tan pasado como un siglo atrás y tan lejano como la luna. Yo iba desaliñada en mis ropas sencillas, el pelo recogido en un moño irregular para apartármelo de los ojos. Extendí la mano, abrí la cubierta y comencé a leer en voz alta. El hechizo atrapó casi de golpe, y por entonces ya sabía tanto de la magia como para sentir cómo absorbía mis fuerzas. Sin embargo, *La invocación* no insistía en arrancar pedazos de mí: intenté alimentarlo igual que hacía con la mayor parte de los hechizos, con un flujo constante y medido de magia en lugar de un torrente, y el hechizo me permitió hacerlo. Las palabras ya no parecían tan impenetrables. Continuaba sin poder seguir la historia, o recordar una frase al pasar a la siguiente, pero comencé a tener la sensación de que no necesitaba hacerlo. De haber podido recordarlas, como mínimo algunas palabras habrían sido inapropiadas: como cuando vuelves a oír uno de esos cuentos favoritos de la infancia que sólo recuerdas a medias y te resulta insatisfactorio, o al menos no como tú lo recordabas. Y así era como *La invocación* se convertía en perfecta, habitando aquel lugar dorado del vago y afectuoso recuerdo. Permití que fluyese a través de mí, me detuve al finalizar la página y dejé que prosiguiera el Dragón: había insistido con severidad en que él leería dos páginas por cada una de las mías al ver que no me iba a disuadir de intentarlo.

En su voz las palabras sonaban un poco distintas que en la mía, con bordes más definidos y con una menor cadencia, y no me dio una buena sensación al principio. Hasta donde yo podía notar, el ardid seguía construyéndose sin dificultades, y al final de sus dos páginas, su lectura acabó por sonarme bien, como si estuviera escuchando a un consumado narrador que me contaba una versión diferente de un cuento que yo adorase y que hubiera logrado imponerse a mi rechazo instintivo al oír que lo contaba de un modo distinto. Sin embargo, cuando tuve que volver a leer, me costó retomar el hilo y resultó un esfuerzo mucho mayor que el de la primera página. Incluso mientras leía me daba cuenta, consternada, de que no bastaría con que él fuese mi maestro: aquellas tres brujas a las que él había visto formular el hechizo tuvieron que ser más parecidas entre sí, en su magia y en su obrar, de lo que éramos el Dragón y yo.

Continué leyendo, empeñada en avanzar, y conseguí alcanzar el final de la página. Al terminarla, la historia de nuevo fluía con suavidad en mis oídos, pero únicamente porque se había vuelto a convertir en mi historia, y esta vez, cuando el Dragón comenzó a leer de nuevo, la discordancia fue aún peor. Tragué saliva contra la resistencia de mi boca reseca y levanté la vista del atril... Kasia me miraba desde el muro al que la habíamos encadenado, sonriendo con placer, con un espantoso brillo en

el rostro. Ella podía sentir con la misma facilidad que yo que aquello no era suficiente, que no podríamos completar el ardid. Miré al Dragón, que leía con severidad, concentrado en la página y con el ceño fruncido con fuerza. Ya me había advertido de que detendría el ardid antes de que profundizásemos demasiado si pensaba que no podíamos lograrlo; trataría entonces de derribar el hechizo con tanta seguridad como le fuese posible, y controlaría los daños que éste pudiera causar. Él sólo accedió a probarlo cuando le aseguré que aceptaría su juicio, que detendría mi parte del ardid y que me quitaría de en medio si él lo consideraba necesario.

Pero el ardid ya era fuerte, muy poderoso. Ambos necesitamos hacer un gran esfuerzo sólo para seguir adelante. Tal vez no hubiera ya un modo seguro. Observé el rostro de Kasia y recordé aquella sensación que había tenido, que aquella presencia del Bosque, fuera lo que fuese, estaba en ella. Si el Bosque estaba aquí, en Kasia —si sabía lo que estábamos haciendo y sabía que el Dragón había sufrido un daño, que se había agotado una gran parte de su fuerza—, entonces volvería a atacar de inmediato. Volvería a ir a por Dvernik, o quizá se conformase con una ganancia menor y fuera sólo a por Zatochek. En mi desesperación por salvar a Kasia, en la compasión del Dragón por mi dolor, le acabábamos de hacer un regalo al Bosque.

Busqué a ciegas algo que hacer, cualquier cosa, y entonces me tragué mi propia vacilación y extendí una mano temblorosa para cubrir la del Dragón allá donde él sujetaba la página. Sus ojos se desplazaron veloces sobre mí, y yo respiré hondo y comencé a leer con él.

El Dragón no se detuvo, aunque me lanzó una mirada feroz —«¿Qué crees que haces?»—, pero, tras un instante, captó y comprendió la idea de lo que estaba tratando de hacer. Nuestras voces sonaron fatal al principio al intentar unirlas, desafinadas, rechinando la una contra la otra: el ardid se tambaleó como una torre que un crío hubiese levantado con guijarros. Luego dejé de esforzarme por leer como él y me limité a leer con él, a permitir que el instinto me guiase: me vi dejando que él leyese las palabras de la página mientras mi voz casi las convertía en un cántico, escogía una sola palabra o una frase y la entonaba dos o tres veces, en ocasiones tarareando con los labios cerrados, marcando el ritmo con el pie.

El Dragón se resistió al principio y se aferró por un momento a la limpia precisión de su manera de obrar el hechizo, pero mi magia le estaba ofreciendo una invitación, y poco a poco comenzó a leer... no con menos claridad, sino al son que yo le marcaba. Estaba dejando espacio para mis improvisaciones, dándoles aire. Pasamos la página juntos y continuamos sin pausa, y a la mitad de la hoja fluyó de nosotros una línea que era música, su voz llevaba las palabras mientras yo las entonaba con él, en ascenso y en descenso, y sin previo aviso, sorprendentemente, todo resultó sencillo.

No... sencillo no; esa descripción no era en absoluto adecuada. Su mano se había cerrado sobre la mía, con fuerza; nuestros dedos se entrelazaban, y nuestra magia también. El hechizo surgió de nosotros en un cántico, sin esfuerzo, como el agua que corre pendiente abajo. Habría sido más difícil parar que seguir adelante.

Y entonces comprendí por qué el Dragón no había sido capaz de hallar las palabras apropiadas, por qué no había sabido decirme si el hechizo ayudaría a Kasia o no. *La invocación* no materializaba ninguna bestia u objeto, ni conjuraba ninguna fuente de energía; no había fuego ni rayos. Lo único que hizo fue llenar la estancia con una luz clara y fría que no era lo bastante intensa para resultar cegadora. En esa luz, no obstante, todo empezó a parecer —a ser— diferente. La piedra de los muros se volvió translúcida, unas venas blancas que discurrían como ríos y que, al observarlas, me contaron una historia: una extraña, profunda e interminable historia distinta de todo lo humano, tan lenta y lejana que casi me volví a sentir como si fuera de piedra. La llama azul que danzaba en su cuenco de roca se hallaba en un sueño infinito, un canto que giraba sobre sí mismo; observé su parpadeo y vi el templo del que procedía aquel

fuego, a una larga distancia de allí y decaído en ruinas desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, de repente supe dónde se había alzado aquel templo y cómo podría formular aquel mismo hechizo y crear una llama que siguiera viviendo después de mí. Las paredes talladas del sepulcro cobraban vida, las inscripciones refulgían. Si las miraba lo suficiente, sería capaz de leerlas, estaba segura.

Las cadenas se sacudieron. Kasia forcejeaba ahora con ellas, furiosa, y el sonido de los eslabones de hierro contra el muro habría resultado horrible si el hechizo hubiera dejado espacio. Los golpes, sin embargo, quedaban amortiguados en un suave tintineo en algún lugar lejano, y no me distrajeron del hechizo. No me atrevía a mirarla, todavía no. Cuando llegase el momento... lo sabría. Si Kasia se había ido, si no quedaba nada de ella, lo sabría. No levantaba los ojos de las páginas, demasiado atemorizada para mirar, mientras seguíamos entonando el canto. Él levantaba una hoja hasta la mitad; yo la cogía y terminaba de pasarla con muchísimo cuidado. Crecía y crecía el montón de páginas bajo mi mano, y el hechizo continuaba manando de nosotros a borbotones, y por fin levanté la cabeza, con el vientre tenso, para mirarla.

El Bosque me devolvió la mirada desde el rostro de Kasia: unas interminables profundidades de hojas susurrantes que murmuraban odio, añoranza e ira. Y el Dragón hizo una pausa; acababa de apretarle la mano con fuerza. Kasia estaba allí, también. Kasia estaba allí. Podía verla, perdida, deambulando en aquella jungla oscura, tanteando con las manos extendidas por delante, la mirada fija y sin ver nada, mientras se apartaba de un respingo de las ramas que le abofeteaban en la cara, de las espinas que se bebían la sangre de los profundos rasguños en sus brazos. Ya ni siquiera era consciente de encontrarse en el Bosque. Continuaba atrapada mientras él la desgarraba poco a poco y la iba consumiendo.

Solté al Dragón y me dirigí hacia ella. El ardid no flaqueó: él continuó leyendo, y yo seguí alimentando el hechizo con mi magia.

—Kasia —la llamé, y ahuequé las manos ante su rostro.

La luz del hechizo se acumuló en ellas: una luz brillante y terriblemente nítida, difícil de soportar. Vi el reflejo de mi propio rostro en sus ojos vidriosos y muy abiertos, y también el reflejo de mis envidias secretas, cómo había deseado tener todos sus dones, pero no el precio que ella habría de pagar por ellos. Se me llenaron de lágrimas los ojos; me sentí como si Wensa me sermonease de nuevo, y en esta ocasión no había escapatoria. Siempre me había sentido insignificante, la muchacha que no importaba, la que ninguno de nuestros señores querría jamás; siempre me había sentido como un desastre, despeinada y desgarbada comparada con ella. Todas aquellas maneras en que Kasia recibía un trato especial: un lugar aparte para ella, un despliegue de regalos y atenciones, el hecho de que todo el mundo aprovecharse la oportunidad de quererla mientras pudiese. Y en ocasiones había deseado ser yo la especial, la que todo el mundo sabía que sería la elegida. No durante mucho tiempo, nunca demasiado, pero aquello me parecía ahora una cobardía: disfrutaba del sueño de ser especial y alimentaba la semilla secreta de una envidia hacia ella, si bien yo podía permitirme el lujo de dejarlo al margen siempre que quisiera.

Sin embargo, no podía parar: la luz la estaba alcanzando. Se volvió hacia mí. Perdida en el Bosque, se volvió hacia mí, y en su rostro vi su propia ira, profunda, una ira de años de duración. Durante toda su vida había sabido que se la iban a llevar, quisiera ella o no. El terror de un millar de largas noches me miró a los ojos: con Kasia tendida en la oscuridad, preguntándose qué sería de ella, imaginándose las manos de un mago terrible sobre su cuerpo, con su aliento sobre la mejilla, y a mi espalda escuché que el Dragón respiraba hondo, se le trababan las palabras y se detenía. La luz acumulada en mis manos parpadeó.

Le lancé una mirada de desesperación, pero apenas empezaba a hacerlo cuando él retomó el hechizo con la rígida disciplina de su voz y los ojos clavados en la página. La

luz brilló a través de él por completo, como si se hubiera vuelto transparente como el cristal, como si se hubiera vaciado de sus pensamientos y sentimientos para continuar con el hechizo. Cómo deseaba yo hacer eso; no me creía capaz. Tuve que volverme hacia Kasia cargada con la enrevesada maraña de mis pensamientos y mis deseos secretos, y tenía que dejar que ella los viese, que me viese a mí, como una pálida lombriz que sale al descubierto, retorciéndose, de debajo de un tronco levantado. Yo tenía que verla a ella, desnuda ante mí, y aquello era todavía más doloroso: porque ella también me había odiado a mí.

Me había odiado por estar a salvo, por ser amada. Mi madre no me había obligado a trepar árboles demasiado altos; mi madre no me había obligado a recorrer tres horas de camino a pie para ir y volver de la calurosa y empalagosa panadería del siguiente pueblo para que aprendiese a cocinar para mi señor. Mi madre no me había dado la espalda cuando yo había llorado y me había dicho que tenía que ser valiente. Mi madre no me había cepillado el pelo trescientas veces noche tras noche para mantenerme bella, como si quisiera que me llevasen; como si desease una hija que fuese a la ciudad, se hiciera rica y enviase dinero de vuelta para sus hermanos y sus hermanas, aquellos a los que ella se permitía amar... No, yo jamás me había imaginado esa secreta amargura, agria como la leche en mal estado.

Y después..., después me había odiado porque me habían llevado a mí. Al final no la habían elegido a ella. La vi sentada en el banquete posterior, fuera de lugar, mientras todos cuchicheaban; jamás se había imaginado a sí misma allí, abandonada en una aldea, en una casa que no había tenido la intención de recibirla de vuelta. Ya se había hecho a la idea de pagar el precio y ser valiente; pero ya no quedaba nada por lo que ser valiente, ningún brillante futuro en perspectiva. Los muchachos mayores de la aldea le sonreían con una especie de extraña confianza de satisfacción. Media docena de ellos había hablado con ella durante el banquete: chicos que jamás le habían dirigido una palabra o que se habían limitado a mirarla de lejos como si no se atreviesen a tocarla se acercaban ahora y le hablaban con familiaridad, como si Kasia no tuviese otra cosa que hacer salvo sentarse allí y ser elegida por otra persona, en lugar del Dragón. Y yo había regresado envuelta en seda y terciopelo, con el cabello recogido en una redcilla de brillantes, las manos cargadas de magia y el poder de hacer lo que quisiera, y ella había pensado: «Ésa debería ser yo, tenía que haber sido yo», como si yo fuese una ladrona que se hubiera llevado algo que le pertenecía a ella.

Resultaba insoportable, y vi que ella también lo rehuía; aun así, de alguna manera, teníamos que soportarlo.

—¡Kasia! —la llamé, ahogada, y mantuve la luz constante para que ella la viese.

La contemplé allí de pie, dudando un momento más, y a continuación vino hacia mí dando tumbos, con las manos extendidas. Sin embargo, el Bosque la desgarraba por el camino, las ramas se le clavaban y se le enredaban en las piernas, y yo no podía hacer nada. Tan sólo podía continuar allí y sostener la luz mientras ella caía y volvía a levantarse con esfuerzo, y caía de nuevo con una creciente expresión de terror en el rostro.

—¡Kasia! —grité.

Ella se arrastraba, seguía adelante, con la mandíbula encajada en un gesto de determinación, dejando a su paso un rastro sangriento en las hojas caídas y en el oscuro musgo. Se agarraba a las raíces y tiraba para avanzar un poco más aun cuando las ramas la amarraban por la espalda, pero todavía se encontraba demasiado lejos.

Y entonces volví a fijarme en su cuerpo, en el rostro habitado por el Bosque, y el Bosque me sonrió. Kasia no podía escapar. El Bosque le estaba dejando intentarlo de manera deliberada, se estaba dando un festín con el coraje de Kasia y con mis esperanzas. Podía arrastrarla de vuelta en cualquier momento. Permitiría que se acercase lo suficiente como para verme, quizá incluso como para sentir su propio

cuerpo, el aire en la cara, y entonces brotarían los zarcillos y la rodearían para atarla, un vendaval de hojas caídas la amortazaría, y el Bosque volvería a cerrarse sobre ella. Dejé escapar un quejido de protesta y casi perdí el hilo del hechizo, y en ese instante, a mi espalda y con una voz extraña y remota, como si me hablase desde muy lejos, el Dragón dijo:

—Agnieszka, la purga. *Ulozishtus*. Inténtalo. Yo puedo terminar solo.

Retiré mi magia de *La invocación* con mucho, mucho cuidado, como quien endereza una botella sin dejar que una sola gota se escurra por el cuello. La luz se mantuvo, y susurré:

—*Ulozishtus*.

Era uno de los hechizos del Dragón, y no de aquellos que me venían con facilidad; no recordaba el resto de las palabras que él había dicho, pero permití que el vocablo se me desplegara por la lengua, le di forma con detenimiento, y recordé su sensación, el fuego que me había quemado las venas, la terrible dulzura de la poción en la lengua.

—*Ulozishtus*.

Y convertí cada sílaba en una chispa sobre la yesca, un retal de magia que se alejaba al vuelo. Y en el interior del Bosque vi surgir un hilo de humo del sotobosque que se cerraba sobre Kasia.

—*Ulozishtus* —susurré al Bosque, y a otro hilo de humo que surgía ante ella, y cuando lo hice a un tercero, una llama amarilla, minúscula y esforzada prendió cerca del brazo de Kasia—. *Ulozishtus* —le volví a decir al Bosque, y le di otro poco de magia como quien dispone capas de astillas secas para prender un fuego en una chimenea.

La llama cobró fuerza, y allá donde tocaba, los zarcillos retrocedían, se apartaban.

—*Ulozishtus, ulozishtus* —entoné, alimentándola, haciéndola crecer, y mientras la hoguera ascendía, cogí de ella unas ramas ardiendo y le prendí fuego al resto del Bosque.

Kasia se levantó a trompicones al tiempo que se liberaba los brazos de zarcillos humeantes, con marcas rosadas del calor sobre su propia piel. Pero acto seguido fue capaz de moverse de nuevo más rápido, y vino hacia mí entre la humareda, entre el crepitar de las hojas, corriendo mientras los árboles se incendiaban, mientras caían a su alrededor las ramas chamuscadas. Le ardía el pelo, y también la ropa desgarrada, y las lágrimas le corrían por el rostro conforme la piel se le enrojecía y le salían ampollas. Su cuerpo, ante mí, se sacudía en los grilletes, se contorsionaba en un chillido de furia, y lloré y volví a gritar:

—¡*Ulozishtus!*

El fuego crecía, y supe que así como el Dragón podía haberme matado al purgarme las sombras, Kasia podría morir aquí y ahora, podría quemarse hasta perecer en mis manos.

Agradecí entonces los largos y terribles meses en que había tratado de encontrar algo, cualquier cosa. Agradecí todos los fracasos, cada minuto que había pasado allí, en aquel sepulcro, con el Bosque riéndose de mí. Aquello me dio la fuerza para mantener el hechizo. La voz del Dragón continuaba firme a mi espalda, un ancla, entonando el cántico hasta el final de *La invocación*. Kasia se aproximaba, y el Bosque ardía por todas partes a su alrededor. Apenas podía ver ya los árboles: Kasia estaba tan cerca que veía por sus propios ojos, y había llamas que le acariciaban la piel, rugiendo, crepitando. Su cuerpo se arqueó contra la piedra entre sacudidas. Abrió las manos y se le agarrotaron los dedos, y un vivo color verde discurrió de repente por las venas de sus brazos.

Unas gotas de savia le brotaron en los ojos y la nariz y rodaron por su rostro en forma de riachuelos como si fueran lágrimas, con aquel nítido olor dulzón y fresco, tan horriblemente malo. La boca se le quedó abierta en un grito silencioso, y unas minúsculas raíces blanquecinas surgieron entonces a rastras de debajo de sus uñas,

como un roble que creciese de la noche a la mañana. Ascendieron por los grilletes con una velocidad espantosa y los cubrieron enteros al tiempo que se endurecían, sobre la marcha, y se convertían en una madera gris, y las cadenas se rompieron con un crujido similar al del hielo en pleno verano.

No hice nada. No tuve tiempo de hacer nada: sucedió tan rápido que apenas pude verlo. Kasia estaba encadenada y, un instante después, se abalanzaba hacia mí. Su fuerza era increíble, y me lanzó al suelo. La cogí por los hombros y la contuve con un chillido. La savia le corría por la cara, le manchaba el vestido y se derramaba sobre mí con un tamborileo como el de la lluvia. Condensada en gotas al entrar en contacto con mi hechizo de protección, la savia se me desplazaba sobre la piel. Kasia contrajo los labios y mostró los dientes en un gruñido. Sus manos se cerraron en torno a mi garganta como teas, incandescentes, y aquellas raíces estranguladoras comenzaron a reptar sobre mí. El Dragón aceleró el cántico y pronunció deprisa las últimas palabras para llegar al final del hechizo.

—*Ulozishtus!* —volví a decir, asfixiada, mirando al Bosque y al rostro de Kasia, retorcida en parte por la ira y en parte por la angustia mientras sus manos aumentaban la presa.

Ella me miró. La luz de *La invocación* se intensificaba y llenaba cada rincón de la cámara, imposible de evitar, y nos miramos a los ojos de lleno, la una a la otra, abiertos ahora de par en par todos nuestros tristes odios y nuestras envidias secretas, y las lágrimas se mezclaron con la savia en su rostro. Yo lloraba también, mientras ella me sacaba todo el aire a la fuerza y la oscuridad comenzaba a asomarse a mi vista como un velo.

—Nieshka —dijo ella, ahogada, con su propia voz, en un estremecimiento de determinación. Y, uno por uno, forzó a los dedos a abrirse y a apartarse de mi garganta. Se me aclaró la visión, y al mirarla a la cara vi cómo la pena se desmoronaba. Me miró con un amor feroz, lleno de coraje.

Sollocé otra vez, una sola vez. La savia se secaba, y el fuego la consumía a ella. Las pequeñas raíces se marchitaron y se deshicieron en cenizas. Otra purga la mataría. Lo sabía: podía verlo. Y Kasia me sonrió, porque no podía volver a hablar, y bajó la cabeza en un único y lento gesto de asentimiento. Sentí mi propio rostro arrugarse, feo y maltrecho.

—*Ulozishtus* —dije entonces.

Alcé la mirada al rostro de Kasia, hambrienta de una última imagen de ella, pero el Bosque me miró a través de sus ojos: una ira negra, llena de humo, en llamas, unas raíces demasiado profundas para arrancarlas. Kasia mantuvo aún las manos lejos de mi garganta.

Y entonces... el Bosque desapareció.

Kasia cayó sobre mí. Grité de alegría, la rodeé con los brazos, y ella se aferró a mí entre temblores y sollozos. Todavía estaba febril y le temblaba todo el cuerpo, y vomitó en el suelo incluso mientras yo la abrazaba con un llanto débil. Sus manos me hacían daño: duras y abrasadoras, me apretaba con demasiada fuerza, y las costillas me crujían de un modo doloroso bajo la piel. Pero era ella. El Dragón cerró el libro con un golpe seco final. La cámara estaba llena de una luz cegadora: el Bosque no tenía donde esconderse. Era Kasia, y sólo Kasia. Habíamos vencido.

El Dragón estaba extraño y callado después, mientras subíamos a Kasia a cuestras por las escaleras a ritmo lento y cansino. Ella se encontraba casi inconsciente, se despertaba sobresaltada del aturdimiento tan sólo para aferrarse al aire con las uñas antes de volver a sumirse en él. Su cuerpo inerte era de una pesadez antinatural: como el roble macizo, como si el Bosque la hubiese dejado transmutada de algún modo, cambiada.

—¿Se ha ido? —le pregunté al Dragón desesperada—. ¿Se ha ido?

—Sí —se limitó a contestar mientras cargábamos con ella subiendo por la larga espiral de las escaleras. Aun con la particular fuerza del Dragón, cada paso era un triunfo, como si estuviéramos tratando de subir a pulso un tronco caído, y los dos estábamos cansados—. De lo contrario, *La invocación* nos lo habría mostrado.

No dijo nada más hasta que llegamos con ella arriba, a la alcoba de invitados, y permaneció junto a la cama mirándola con el ceño arrugado. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

A mí me quedaba poco tiempo para pensar en él. Kasia estuvo un mes tumbada en la cama, enferma y con fiebre. Se sobresaltaba medio despierta y perdida en las pesadillas, todavía en el Bosque, capaz incluso de apartar al Dragón de ella y casi hasta el otro extremo de la alcoba. Tuvimos que atarla a los sólidos postes de la cama, primero con cuerdas y por último con cadenas. Yo dormía acurrucada en la esterilla a sus pies, me levantaba de un salto cada vez que ella gritaba, y la obligaba a meterse algo de comida en la boca: al principio era incapaz de tragar más de un mordisco o dos de pan.

Mis días y mis noches se fundían unos con otros, interrumpidos por sus despertares: cada hora al principio, y diez minutos para calmarla, así que nunca podía dormir en condiciones, y me pasaba las horas dando tumbos, soñolienta. No empecé a tener la seguridad de que viviría hasta que pasó la primera semana, y encontré un hueco para escribirle una nota rápida a Wensa con el fin de hacerle saber que Kasia estaba libre, que se estaba recuperando.

—¿La guardará para sí? —quiso saber el Dragón cuando le pedí que la enviase; y yo estaba demasiado exhausta para preguntarle por qué le preocupaba; me limité a abrir la carta y a garabatear una línea, «No se lo digas a nadie aún», y se la entregué a él.

Debería haberle preguntado; él debería haber insistido más en que fuese precavida. Pero los dos estábamos hechos jirones, como dos trapos viejos. No sabía en qué estaba trabajando el Dragón, aunque sí veía su luz encendida en la biblioteca a última hora, por la noche, cuando yo bajaba a la cocina a trompicones en busca de más caldo y volvía a subir, y unas páginas sueltas llenas de diagramas e inscripciones se amontonaban en su mesa. Una tarde, siguiendo el olor del humo, me lo encontré dormido en su laboratorio con el fondo del frasco de un alambique ennegreciéndose ya consumido sobre una vela delante de él. Se sobresaltó cuando lo desperté, tiró todo aquello y prendió un incendio con una torpeza que era totalmente impropia de él. Tuvimos que apresurarnos para extinguirlo juntos, y sus hombros se quedaron agarrotados como los de un gato por el insulto a su dignidad.

Tres semanas más tarde, sin embargo, Kasia se despertó después de cuatro horas seguidas de sueño, volvió la cabeza y me llamó, «Nieshka», agotada pero ella misma, con una mirada cálida y clara en sus ojos de color castaño oscuro. Tomé su rostro entre las manos, sonriendo llorosa, y ella consiguió aferrarse al mío con sus manos huesudas y una sonrisa, también.

A partir de entonces comenzó a recuperarse rápidamente. Su nueva y extraña fuerza la entorpeció en un principio, aun cuando logró ponerse en pie. Se golpeaba con los muebles, y se cayó por las escaleras la primera vez que trató de bajar ella sola a la cocina, mientras yo estaba abajo preparando más caldo. Pero cuando me aparté



corriendo del fuego y me dirigí hacia su grito de alarma, me la encontré indemne al pie de las escaleras, sin una sola magulladura, tan sólo con dificultades para volver a levantarse.

Me la llevé al gran salón para que aprendiese de nuevo a caminar e intenté sujetarla mientras ella se desplazaba a paso lento por la estancia, aunque cada dos por tres me tiraba ella a mí por accidente. El Dragón bajó por las escaleras a buscar algo en la despensa. Permaneció allí de pie, observando nuestros torpes avances durante un rato desde el arco de la entrada con una expresión dura e impenetrable en el rostro. Después de que la hubiese llevado de vuelta arriba y ella se hubiera arrastrado a la cama y se quedase otra vez dormida, bajé a la biblioteca para hablar con él.

—¿Qué es lo que le pasa? —quise saber.

—Nada —dijo el Dragón con rotundidad—. Hasta donde yo sé, está incorrupta. —No sonaba en particular complacido.

No lo entendía. Me pregunté si le molestaba tener a alguien más allí, en la torre.

—Ya está mejor —le dije—. No será por mucho tiempo.

Me miró con una irritación intensa.

—¿No mucho? —dijo—. ¿Qué pretendes hacer con ella?

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—Se...

—¿Se irá a casa? —preguntó el Dragón—. ¿Se casará con un campesino, si es capaz de encontrar uno al que no le importe que su esposa sea de madera?

—¡Sigue siendo de carne y hueso, no es de madera! —protesté, pero ya me estaba percatando, más rápido de lo que deseaba, de que él tenía razón: ya no había para Kasia más lugar de regreso en nuestra aldea de lo que lo había para mí misma. Me senté despacio, con las manos apoyadas sobre la mesa—. Se... llevará su dote —busqué a tientas una respuesta—. Tendrá que marcharse... a la ciudad, a la universidad, como las otras mujeres...

Estaba a punto de hablar; hizo una pausa y dijo:

—¿Qué?

—Las otras elegidas, las otras a las que os llevasteis —comenté sin darle ninguna importancia: estaba demasiado preocupada por Kasia. ¿Qué podría hacer? No era una bruja; la gente por lo menos entendía qué era eso. Ella había cambiado, sin más, de un modo espantoso, y no pensaba que Kasia pudiese ocultarlo.

El Dragón irrumpió en mis pensamientos.

—Cuéntame —me dijo en tono desagradable, cáustico, y yo me sobresalté y levanté la mirada hacia él—. ¿Disteis todos por sentado que las forzaba?

Me limité a observarle con la boca abierta mientras él me fulminaba con una mirada dura y ofendida.

—¿Sí? —dije perpleja en un principio—. Sí, por supuesto que lo hicimos. ¿Por qué no asumirlo? Y si no lo hacíais, ¿por qué no... por qué no pagar a una criada...? —No había terminado de decirlo y ya me preguntaba si estaba en lo cierto aquella otra mujer, la que me había dejado la nota, si él no deseaba más que un poco de compañía humana, pero sólo un poco y en sus propios términos, no la de alguien que pudiera marcharse y dejarle cuando quisiera.

—El servicio de pago es inadecuado —dijo irritable y evasivo; no mencionó el porqué. Realizó un gesto impaciente sin mirarme; de haber visto mi expresión, quizá se habría detenido—. No acojo a niñas lloronas que sólo desean casarse con un amante aldeano, ni a las que me rehúyen...

Me puse en pie de golpe, y la silla cayó con estruendo por los suelos, lejos a mi espalda. Una lenta ira feroz, tardía y en ebullición, había subido en mi interior como la marea.

—Entonces os lleváis a las que son como Kasia —reventé—, a las que tienen el valor

suficiente para aguantarlo, las que no van a empeorar el daño de sus familias con sus lágrimas, ¿y suponéis que con eso ya es correcto? No las violáis, únicamente las encerráis durante diez años, ¿y os quejáis de que pensemos de vos peor de lo que sois?

Me miró a los ojos, y le devolví la mirada, jadeante. Ni siquiera sabía que llevara dentro esas palabras para pronunciarlas; no sabía que estuvieran en mí. Jamás se me habría ocurrido hablar así a mi señor, el Dragón: lo había odiado, pero no le habría hecho ningún reproche, no más de lo que habría hecho con un rayo que cayese sobre mi casa. Él no era una *persona*, era un mago y un señor, una criatura extraña en un plano del todo diferente, tan distante como las tormentas y la pestilencia.

Pero él había descendido de ese plano; me había ofrecido una verdadera bondad. De nuevo había permitido que mi magia se mezclase con la suya, aquella extraña y sobrecogedora intimidación, todo por salvar a Kasia conmigo. Supongo que debía de parecer raro que le diese las gracias levantándole la voz, pero aquello era más que un agradecimiento: quería que fuese humano.

—No está bien —dije a voces—. ¡No está bien!

Se levantó, y por un instante nos enfrentamos el uno al otro con la mesa de por medio, los dos furiosos, ambos, creo yo, igualmente sorprendidos; entonces se dio la vuelta y se alejó de mí. Aferró con fuerza el alféizar de la ventana mientras miraba al exterior de la torre. Salí airada de la habitación y corrí escaleras arriba.

Durante el resto del día permanecí junto a Kasia mientras ella dormía, sentada en la cama con su delgada mano en la mía. Continuaba templada y viva, pero el Dragón no se equivocaba. La piel de Kasia era suave, aunque debajo de ésta, su cuerpo era rígido: no como la piedra sino como un fragmento de ámbar pulido, duro pero fluido, con las aristas suavizadas. Sus cabellos brillaban en el oscuro resplandor dorado que proyectaba la luz de la vela, rizado en espirales como los nudos de un árbol. Podría haber sido una estatua tallada. Me había dicho a mí misma que Kasia no estaba tan alterada, pero sabía que me equivocaba. Mis ojos eran demasiado afectuosos: la miraba y sólo veía a Kasia. Alguien que no la conociese vería de golpe que había algo que resultaba extraño en ella. Siempre había sido hermosa, pero su belleza —preservada y reluciente— no era ya terrenal.

Se despertó y me miró.

—¿Qué pasa?

—Nada —le dije—. ¿Tienes hambre?

No sabía qué hacer por ella. Me preguntaba si el Dragón la dejaría quedarse allí: podíamos compartir mi alcoba. Tal vez le complaciese una criada que jamás pudiese marcharse, ya que le disgustaba aleccionar a una nueva. Se trataba de un pensamiento amargo, pero no se me ocurría ninguna otra salida. Si a nuestra aldea hubiese llegado un desconocido con el mismo aspecto que ella tenía ahora, lo habríamos considerado sin duda corrompido, un nuevo tipo de monstruosidad fruto del Bosque.

A la mañana siguiente, decidí pedirle al Dragón que le permitiera quedarse, a pesar de todo. Regresé a la biblioteca. El Dragón se encontraba ante la ventana con una de esas criaturas suyas con forma de voluta flotando en sus manos. Me detuve. El suave ondular de su superficie contenía un reflejo, como la superficie quieta de un estanque, y cuando di la vuelta para acercarme a su lado, pude ver que no reflejaba la habitación, sino unos árboles, unas profundidades oscuras e interminables, en movimiento. El reflejo fue cambiando de manera gradual mientras lo observábamos: imaginé que mostraba dónde había estado. Contuve el aliento cuando una sombra se desplazó por la superficie: una cosa como un caminante, que se movía, pero más pequeña, y en lugar de las patas como palos, tenía unas extremidades anchas y de color gris plateado, nervadas como las hojas. Se detuvo y volvió su extraña cabeza sin rostro

hacia la voluta. En las patas delanteras sostenía un fardo irregular de arbustos jóvenes y verdes arrancados, y plantas cuyas raíces arrastraban: cualquiera diría que fuese un hortelano que había estado extirpando malas hierbas. Miró a un lado y a otro y continuó adentrándose entre los árboles hasta desaparecer.

—Nada —dijo el Dragón—. Ningún acopio de fuerzas, ni preparativos... —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Retrocede —dijo mirándome por encima del hombro.

Empujó la voluta con un dedo, la situó de nuevo en el exterior de la ventana y, acto seguido, cogió de la pared lo que parecía una vara de mago, prendió el extremo en la chimenea y dio con él una estocada a la voluta. Aquel brillo flotante se incendió en una sorprendente llamarada azul, se quemó y se desvaneció. Por la ventana entró un tenue aroma dulce de corrupción.

—¿Es que no pueden verlos? —pregunté, fascinada.

—Muy de cuando en cuando, hay alguno que no regresa. Imagino que a veces los atrapan —dijo el Dragón—. Pero si lo tocan, el centinela se incendia sin más.

—Hablaba distraído, con el ceño fruncido.

—No lo entiendo —le dije—. ¿Qué estabais esperando? ¿Acaso no es bueno que el Bosque no esté preparando un ataque?

—Dime —respondió él—, ¿pensabas que la muchacha viviría?

Por supuesto que no. Me había parecido un milagro, un milagro que había deseado demasiado intensamente. No me había permitido pensar en ello.

—¿La dejó marchar? —susurré.

—No exactamente —dijo él—. No podía retenerla: *La invocación* y la purga lo estaban expulsando. Pero tengo la certeza de que se podía haber aferrado lo suficiente para que ella muriese. Y, en tales casos, el Bosque difícilmente se inclina por la generosidad. —Tamborileaba con los dedos sobre el alféizar de la ventana con un soniquete que me resultaba familiar; reconocí el ritmo de nuestro cántico de *La invocación* al mismo tiempo que él. Contuvo la mano de inmediato—. ¿Está recuperada? —preguntó estirado.

—Está mejor —le dije—. Ha subido toda la escalera esta mañana. La he trasladado a mi alcoba...

Hizo un gesto de desdén con la mano.

—Pensé que su convalecencia pretendía ser una distracción —dijo él—. Si ya está bien... —Negó con la cabeza.

Pasado un instante, enderezó los hombros y se cuadró, dejó caer la mano del alféizar y se volvió para mirarme de frente.

—Sea lo que sea lo que pretende el Bosque, ya hemos perdido el tiempo suficiente —afirmó con severidad—. Coge tus libros. Debemos retomar tus lecciones.

No apartaba los ojos del Dragón.

—Deja de mirarme boquiabierta —dijo él—. ¿Comprendes lo que hemos hecho?

—Gesticuló hacia la ventana—. Ése no era el único centinela que envié, ni mucho menos. Otro de ellos encontró el árbol-corazón que retuvo a la muchacha. Destacaba de un modo considerable —añadió con sequedad—, porque estaba muerto. Cuando quemaste la corrupción del cuerpo de la joven, quemaste también el árbol.

Aun entonces, yo seguía sin comprender su severidad, y menos todavía cuando prosiguió:

—Los caminantes ya lo han derribado y han plantado en su sitio otro procedente de un semillero, pero si hubiera sido invierno en vez de primavera, si ese claro hubiera estado más cerca de los límites del Bosque... tan sólo con que hubiéramos estado preparados, quizá hubiésemos podido entrar con una partida de hombres con hachas para limpiar y quemar entera una porción de Bosque hasta ese claro.

—¿Podemos...? —solté de forma repentina, desconcertada, y no pude obligarme a poner la idea en palabras.

—¿... hacerlo otra vez? Sí, lo cual significa que el Bosque responderá, y lo hará pronto. Por fin comprendí sus prisas. Fue igual que con su preocupación por Rosya, lo entendí de repente: estábamos en guerra contra el Bosque, y ahora nuestro enemigo sabía que disponíamos de un arma que podíamos utilizar contra él. El Dragón había estado esperando a que el Bosque atacase, no por simple venganza, sino para defenderse.

—Hay mucho trabajo que hacer antes de soñar con repetir los efectos —añadió e hizo un gesto hacia la mesa, cubierta de páginas esparcidas.

Las observé con calma, y por primera vez me di cuenta de que eran notas sobre el ardid..., sobre nuestro ardid. Había un boceto de un diagrama: nosotros dos convertidos en dos figuras en blanco en los rincones más alejados posibles del tomo de *La invocación*, Kasia opuesta a nosotros y reducida a un círculo con la etiqueta CANAL, y una línea dibujada que retrocedía hacia una detallada imagen de un árbol-corazón. Dio unos toques con el dedo sobre la línea.

—El canal será lo más difícil. No podremos contar siempre con una víctima arrancada directamente de un árbol-corazón, de manera tan oportuna. No obstante, un caminante capturado podría servir en su lugar, o incluso una víctima de una corrupción menor...

—Jerzy —dije de forma repentina—. ¿Podríamos intentarlo con él?

El Dragón hizo una pausa y apretó los labios con fuerza, molesto.

—Es posible —dijo—. Antes, sin embargo, debemos codificar los principios del hechizo, y tú tienes que practicar cada componente por separado. Creo que queda dentro de la categoría de los ardidés de quinto orden, donde *La invocación* proporciona el marco, la propia corrupción ofrece el canal, y el hechizo de purga aporta el impulso... ¿Acaso no recuerdas absolutamente nada de lo que te he enseñado? —inquirió al ver que me mordía el labio.

Cierto era que no me había tomado la molestia de recordar mucho del contenido de sus lecciones machaconas sobre los órdenes de los hechizos, que servían más que nada para explicar por qué algunos eran más difíciles que otros. Hasta donde yo podía ver, todo se reducía a lo obvio: si juntas dos ardidés para hacer un hechizo nuevo, por lo general será más complejo que cualquiera de los otros dos solos; pero, más allá de eso, no encontré muy útiles las reglas. Si juntas tres ardidés, será más difícil que cualquiera de ellos de forma independiente, pero, al menos cuando yo lo intenté, eso no significó que fuese más difícil que con cualquier pareja de ellos: todo dependía de lo que estuvieras tratando de hacer, y en qué orden. Y sus reglas no habían tenido nada que ver con lo que había sucedido allá abajo, en la cámara.

No quería hablar de ello, y sabía que él tampoco, pero pensé en Kasia, forcejeando hacia mí mientras el Bosque la desgarraba; y pensé en Zatochek, a las puertas del Bosque, a un ataque de ser engullida.

—Nada de eso importa, y vos lo sabéis —le dije.

Su mano se tensó sobre los papeles, arrugó las páginas, y por un segundo creí que iba a gritarme, pero no dijo nada. Pasado un instante, fui a buscar mi libro de hechizos y extraje el de ilusión que habíamos formulado juntos, en invierno, tantos meses atrás. Antes de Kasia.

Aparté el montón de papeles lo suficiente para dejar un poco de espacio para los dos, y coloqué el libro delante de mí. Un momento después, sin mediar palabra, el Dragón sacó del estante otro volumen: un libro negro y estrecho cuya cubierta brillaba de forma tenue allá donde él la tocaba. Lo abrió por un hechizo que ocupaba dos páginas, escrito con letra clara, con un diagrama de una sola flor y cada parte de ella unida de algún modo a cada sílaba del hechizo.

—Muy bien. Empecemos —dijo, y extendió la mano hacia mí sobre la mesa.

Era más difícil de aceptar esta vez, elegir aquello a propósito sin las útiles distracciones de la desesperación. No pude evitar pensar en la fuerza con la que me agarraba, en las gráciles y largas líneas de sus dedos cerrados en torno a mi mano, las yemas cálidas y

callosas que me rozaban la muñeca. Sentía el latir de su pulso en mis propios dedos, y el calor de su piel. Bajé la mirada a mi libro y traté de hallarle sentido a las letras, con las mejillas ardiendo, mientras él comenzaba a formular su hechizo con voz entrecortada. Su ilusión empezó a cobrar forma, otra flor, una sola, articulada a la perfección, fragante, bella y opaca por completo, y con el tallo prácticamente cubierto de espinas.

Arranqué en un susurro. Intentaba en vano no pensar, no sentir su magia contra mi piel. No sucedió nada en absoluto. Él no me dijo nada: sus ojos se clavaban con determinación en algún punto por encima de mi cabeza. Me detuve y me zarandeé por dentro. Cerré entonces los ojos y tanteé su magia, tan llena de púas como su ilusión, espinosa y protegida. Empecé a murmurar mi propio hechizo, pero no me vi pensando en rosas, sino en agua, y en un suelo sediento; construyendo por debajo de su magia en lugar de intentar superponerla. Le oí respirar con fuerza, y el nítido edificio de su hechizo comenzó a dejar entrar al mío, aunque a regañadientes. La rosa entre nosotros echó unas largas raíces sobre la mesa, y empezaron a crecer unas ramas nuevas.

No era la jungla de aquella primera vez que formulamos el hechizo: el Dragón estaba conteniendo su magia, y yo también; tan sólo dejábamos que un hilo fino de energía alimentase el ardid. Pero el rosal adoptó una forma diferente de solidez. No era capaz de diferenciar si seguía siendo una ilusión, con aquellas raíces largas y fibrosas como cuerdas que se enroscaban y se metían en las grietas de la mesa, se enredaban en las patas. Las flores no eran sólo la imagen de una rosa, eran verdaderas rosas en un bosque, la mitad de ellas cerrada aún, la otra mitad sacudida por el viento, desperdigando pétalos y marchitándose por los bordes. La densa fragancia llenaba el aire, demasiado dulce, y mientras la manteníamos, una abeja entró volando por la ventana y se introdujo en una de las flores, tanteándola con decisión. Al no poder extraer néctar ninguno de ella, el insecto probó con otra, y con otra, arrastrando aquellas pequeñas patas por los pétalos, que cedían exactamente como si aguantasen el peso de una abeja.

—No sacarás nada de ahí —le dije a la abeja, suspendida en el aire, y le lancé un soplido, pero ella volvió a intentarlo.

El Dragón había dejado de mirar por encima de mi cabeza, derrumbada toda sensación de incomodidad ante su pasión por la magia: estudiaba nuestros hechizos enredados con la misma mirada fiera de concentración que dedicaba a sus ardidés más complejos, con la luz del hechizo resplandeciente en su rostro y en sus ojos; ardía en deseos de entenderlos.

—¿Puedes mantenerlo tú sola? —quiso saber.

—Creo que sí —le dije, y él me soltó la mano muy despacio y me dejó sostener aquel rosal silvestre que se iba extendiendo.

Sin la rígida estructura de la formulación del Dragón, el rosal casi se vino abajo, como una enredadera sin enrejado, pero pude retener su magia: apenas una esquinita, suficiente para hacer de esqueleto, y alimenté el hechizo con más de mi magia que compensara su debilidad.

El Dragón extendió la mano para pasar unas cuantas páginas de su libro hasta que llegó a otro hechizo, uno para crear la ilusión de un insecto, con tantos diagramas como tenía el de la flor. Hablaba con rapidez, y los hechizos rodaban por su lengua: crearon media docena de abejas y las soltó sobre el rosal, lo que desorientó aún más a nuestra primera visitante. Al ir creando cada una de las abejas, el Dragón me las entregaba con una especie de empujoncito; yo me las arreglaba para capturarlas y vincularlas al ardid del rosal.

—Lo que pretendo —dijo él, entonces— es añadirles el hechizo de vigilancia, el que llevan los centinelas.

Asentí, aunque no dejé de concentrarme para sostener el hechizo: ¿qué podría pasar

más fácilmente desapercibido en el Bosque que una simple abeja? Pasó páginas hasta el final el libro, hasta un cuadernillo de hechizos de su propio puño y letra. Sin embargo, cuando comenzó el ardid, el peso del hechizo cayó con fuerza sobre las ilusiones de las abejas y sobre mí. Las sostuve con esfuerzo, sintiendo cómo mi magia se agotaba demasiado rápido para reponerla, hasta que logré soltar un ruido inarticulado de angustia, y él levantó la vista del ardid y alargó la mano hacia mí.

Me agarré a él con la mano y con la magia, con igual imprudencia en ambos casos, mientras él vertía también magia a presión sobre mí desde su lado. El Dragón exhaló un fuerte bufido, nuestros ardid se prendieron el uno al otro, y la magia entró en ellos a borbotones. El rosal comenzó a crecer de nuevo, a descolgar las raíces de la mesa y a trepar en zarcillos fuera de la ventana. Las abejas se convirtieron en un enjambre que zumbaba entre las flores, todas ellas con unos ojos que brillaban de un modo extraño, dando vueltas aquí y allá. Si hubiera cogido una en mis manos y la hubiese mirado de cerca, habría visto en aquellos ojos el reflejo de todas las rosas que el insecto había tocado. Pero no había hueco en mi cabeza para abejas, ni para rosas, ni para espías; no había sitio para nada salvo la magia, el crudo torrente de magia y la mano del Dragón como mi única roca, excepto que él estaba cayendo conmigo.

Sentí su desconcertada preocupación. Por instinto, tiré de él conmigo hacia donde estaba flaqueando la magia, como si de verdad estuviese en plena crecida de un río, tratando de alcanzar una orilla. Juntos logramos salir a rastras. El rosal empezó a menguar poco a poco hasta quedar en una sola flor; las abejas se metían en las flores conforme éstas se iban cerrando, o simplemente se disolvían en el aire. La última rosa se cerró y se desvaneció, y ambos nos dejamos caer al suelo, sentados con las manos aún entrelazadas. No sabía qué había pasado: él me había hablado con bastante frecuencia de los peligros de no tener la suficiente magia para un hechizo, pero jamás había mencionado el riesgo de tener demasiada. Cuando me volví para exigirle una respuesta, el Dragón tenía la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada contra la librería, con unos ojos tan alarmados como los míos, y me di cuenta de que él no sabía mejor que yo lo que había sucedido.

—Bueno —dije pasado un instante, de un modo ilógico—, supongo que sí ha funcionado.

Me miró a los ojos, en el surgir de la indignación, y me eché a reír sin poder evitarlo, casi roncando: estaba mareada de la magia y la preocupación.

—¡Tú, lunática intolerable! —me gruñó, y acto seguido me tomó la cara entre las manos y me besó.

No pensé realmente en lo que estaba sucediendo ni siquiera mientras correspondía a su beso; mis risas se derramaban en sus labios y dificultaban mis besos. Aún permanecía vinculada a él, nuestra magia en una enorme maraña de nudos enredados. No tenía nada con lo que comparar aquella intimidad. Había sentido la ardiente vergüenza de aquello, pero me recordaba vagamente a estar desnuda delante de un desconocido. No la había relacionado con el sexo: el sexo eran ciertas referencias poéticas en canciones, las instrucciones prácticas de mi madre y aquellos breves, horribles y espantosos momentos en la torre con el príncipe Marek en los cuales, por lo que a él se refería, bien podía haber sido yo una muñeca de trapo.

Pero ahora, agarrada a sus hombros, había tumbado al Dragón en el suelo. Al caer, su muslo se había presionado entre los míos, a través de las faldas, y en un estremecimiento repentino había vislumbrado el sexo bajo una nueva y asustada luz. Él gruñía, con la voz más profunda, y sus dedos se deslizaban entre mis cabellos, que quedaron sueltos sobre los hombros. Me aferré a él con las manos y también con la magia, en parte impresionada y en parte complacida. Su firme delgadez, el cuidado terciopelo, la seda y el cuero suntuoso arrugándose bajo mis dedos de repente significaban algo del todo distinto. Estaba en su regazo, a horcajadas sobre sus

caderas, y su cuerpo ardía contra el mío; sus manos se agarraron a mis muslos con una tensión casi dolorosa a través del vestido.

Me incliné sobre él y volví a besarle, me sentía en un maravilloso lugar lleno de un anhelo sin complicaciones. Mi magia y su magia eran un único todo. Deslizó su mano por mi pierna, ascendió bajo mis faldas, y su diestro y hábil pulgar me acarició una sola vez entre las piernas. Jadeé levemente, sorprendida. Un involuntario resplandor me recorrió veloz las manos y pasó sobre su cuerpo, como un rayo de sol en la superficie de un río, y todos los interminables lazos suaves que descendían por la parte frontal de su jubón se deslizaron para soltarse y se abrieron solos, y se deshicieron las lazadas de su camisa.

Hasta entonces, hasta que me vi con las manos sobre su pecho desnudo, no me había dado cuenta de lo que estaba haciendo. O, mejor dicho, sólo me había permitido pensar con la suficiente antelación para conseguir lo que deseaba, y no lo había expresado en palabras. Pero ahora no podía ya evitarlo, con él debajo de mí y desabrochado de un modo tan impactante. Tenía desatados incluso los lazos de los pantalones: los sentía sueltos contra mis muslos. Él podría apartarme las faldas y...

Me ardían las mejillas. Le deseaba y a la vez quería salir corriendo, pero, sobre todo, quería saber cuál de aquellas dos cosas ansiaba más. Me quedé paralizada y le miré fijamente, con los ojos muy abiertos, y él me devolvió la mirada, más desvestido de lo que jamás lo había visto, despeinado y con el rostro azorado, las ropas abiertas y desordenadas, y él perplejo, casi indignado.

—¿Qué estoy haciendo? —dijo entonces en un susurro. Me cogió por las muñecas y nos puso a los dos de nuevo en pie.

Retrocedí a trompicones y me agarré a la mesa, dividida entre el alivio y el pesar. Él me dio la espalda conforme se volvía a atar bien los lazos y se enderezaba, rígido. Los hilos desenredados de mi magia retrocedían al interior de mi piel, y los suyos se me escapaban y se apartaban; me llevé las manos al ardor de las mejillas.

—No pretendía... —balbucí, y me detuve; no sabía qué era lo que no había pretendido.

—Sí, resulta evidente —dijo cortante mirando hacia atrás por encima del hombro. Se estaba abrochando el jubón sobre la camisa abierta—. Sal.

Me fui corriendo.

En mi alcoba, Kasia estaba sentada en la cama, forcejeando muy seria con mi cesto de costura. Había tres agujas rotas sobre la mesa: sólo había conseguido, con una enorme dificultad, dar unas puntadas largas y torpes en un retal.

Levantó la cabeza cuando entré corriendo: todavía tenía las mejillas sonrojadas y el vestido alborotado, y jadeaba como si llegase de una carrera.

—¡Nieshka! —Kasia se puso en pie y dejó la costura. Avanzó un paso y fue a cogerme las manos, pero vaciló: había aprendido a desconfiar de sus propias fuerzas—. ¿Estás...? ¿Te ha...?

—¡No! —exclamé, y no supe si me alegraba o si lo lamentaba. La única magia que había ahora en mí era la mía. Caí a plomo en la cama con un sordo golpe de infelicidad.

No se me concedió tiempo alguno para contemplar la situación. Aquella misma noche, apenas pasadas las doce, Kasia se incorporó sobresaltada a mi lado y casi me caigo de la cama. El Dragón estaba de pie en el umbral de la puerta de la alcoba con una rigidez indescifrable en el rostro y el brillo de una luz en la mano; llevaba puesto su camisón y una bata.

—Hay soldados en el camino —me dijo—. Vístete.

Se dio la vuelta y se marchó sin decir una palabra más.

Nos levantamos las dos a toda prisa, nos vestimos y bajamos por las escaleras sin orden ni concierto hasta el gran salón. El Dragón se encontraba ante la ventana, ya vestido. Pude ver a los jinetes en la distancia, una dotación numerosa: dos faroles sobre largas pértigas en cabeza, uno más en la retaguardia, el brillo de la luz sobre el arnés y la cota de malla, y dos escoltas que guiaban los caballos de fresco. Portaban dos estandartes al frente con un pequeño globo redondo de magia blanca cada uno de ellos: una bestia verde de tres cabezas como un dragón, sobre un fondo blanco, el emblema del príncipe Marek, y detrás un escudo con un halcón rojo con las garras extendidas.

—¿Por qué vienen? —susurré, aunque estaban demasiado lejos para oírlo.

El Dragón no respondió de inmediato; luego dijo:

—A por ella.

Extendí la mano y cogí con fuerza la de Kasia en la oscuridad.

—¿Por qué?

—Porque estoy corrompida —dijo ella.

El Dragón hizo un leve gesto de asentimiento. Venían a sacrificarla.

Demasiado tarde, recordé mi carta: no había llegado ninguna respuesta, incluso había olvidado que la envié. Con el tiempo supe que, después de marcharse de la torre, Wensa se había ido a casa y había caído enferma. Otra mujer que la visitaba en la cama abrió la carta, por una supuesta amabilidad, y había extendido el rumor por todas partes: la noticia de que habíamos sacado a alguien del Bosque. Llegó hasta las Marismas Amarillas; llegó hasta la capital, gracias a los bardos, y desde allí nos echó al príncipe Marek encima.

—¿Os creerán cuando les digáis que no está corrompida? —le dije al Dragón—. Tienen que creerlos...

—Como recordarás —me dijo con tono seco—, tengo una desafortunada reputación en estos menesteres. —Miró por la ventana—. Y dudo que el Halcón haya recorrido todo este camino tan sólo para coincidir con mi opinión.

Me volví para mirar a Kasia, cuyo rostro se mantenía tranquilo y con una quietud antinatural, respiré hondo y le cogí las manos.

—No lo permitiré —le prometí—. No lo haré.

El Dragón resopló de impaciencia.

—¿Acaso pretendes arremeter contra ellos y contra una tropa de soldados del rey? Y después de eso, ¿qué? ¿Huir a las montañas y ser un par de bandoleras?

—¡Sí, si tengo que hacerlo! —La presión de la mano de Kasia me hizo volverme; me estaba haciendo un leve gesto negativo con la cabeza.

—No puedes —dijo ella—. No puedes, Nieshka. Todos te necesitan, no sólo yo.

—Entonces te marcharás tú sola a las montañas —dijo desafiante. Me sentía como un animal encerrado en un redil que oye el cuchillo del carnicero sobre la piedra de afilar—. O te llevaré yo, y regresaré... —Los caballos estaban tan cerca que oía el golpeteo de los cascos por encima del sonido de mi propia voz.

Se acabó el tiempo. Me aferré a la mano de Kasia mientras nos quedábamos de pie en una especie de hornacina del gran salón de la torre. El Dragón se sentó en su silla con un rostro duro, distante y fastuoso, y aguardó: oímos el ruido del carruaje al detenerse,



el piafar y los bufidos de los animales, las voces de los hombres amortiguadas por los gruesos portones. Hubo una pausa; los golpes en la puerta que yo esperaba no se produjeron y, pasado un segundo, sentí el lento e insinuante ascenso de una magia, de un hechizo que cobraba forma al otro lado de las puertas, que intentaba hacerse con ellas y quería obligarlas a abrirse. El hechizo tanteó y hostigó al ardid del Dragón tratando de abrirlo, y acto seguido un golpe brusco, fuerte y rápido: un impulso de magia había intentado atravesar su control. Una breve tensión asomó a los ojos y a los labios del Dragón, y un leve crepitar de luz azul se desplazó sobre las puertas, pero eso fue todo.

Se produjo por fin la llamada, el fuerte golpe de un puño enfundado en cota de malla. El Dragón encogió un dedo, y las puertas se abrieron de pronto hacia dentro: en el umbral se encontraba el príncipe Marek, y a su lado había otro hombre que aun siendo la mitad de ancho conseguía tener una presencia igual. Iba envuelto en una larga capa blanca estampada en negro que tenía la textura de las alas de un ave, y su pelo era del color de la lana de oveja lavada, pero con las raíces negras, como si se le hubiese desteñido. La capa le colgaba de un hombro, y debajo lucía unas ropas en plata y negro; el semblante, meticulosamente dispuesto: con un afligido desasosiego claramente inscrito en él. Menudo cuadro formaban juntos: el sol y la luna enmarcados por el arco de entrada con la luz a sus espaldas. El príncipe Marek entró en la torre quitándose los guanteletes.

—Muy bien —dijo—. Ya sabéis por qué estamos aquí. Veamos a la joven.

El Dragón se limitó a hacer un gesto hacia Kasia, hacia el lugar donde ambas estábamos medio escondidas. Marek se dio la vuelta y se fijó en ella inmediatamente, entrecerrando los ojos con un aire especulativo. Lo fulminé con una fiera mirada, aunque él no se dio por aludido: ni me miró.

—¿Qué habéis hecho, Sarkan? —preguntó el Halcón conforme avanzaba hacia el asiento del Dragón. Su voz resonaba clara como la de un tenor, como la de los grandes actores: llenó toda la estancia con un lamento acusatorio—. ¿Es que habéis perdido por completo el juicio escondido en estas tierras remotas...?

El Dragón continuaba sentado con la cabeza inclinada y apoyada sobre el puño.

—Decidme una cosa, Solya —dijo—, ¿considerasteis lo que os encontraríais aquí, en mi salón, si de verdad hubiera liberado a uno de los corrompidos?

El Halcón se quedó quieto, y el Dragón se levantó de su silla con mucho detenimiento. El salón se oscureció de repente a su alrededor, y las sombras crecieron y engulleron las largas velas, el resplandor de los faroles mágicos. Descendió de la tarima, y sus pasos restallaron como el tañido profundo y terrible de una campana grandiosa, uno tras otro. El príncipe Marek y el Halcón retrocedieron de forma involuntaria; el príncipe llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Si hubiera sucumbido al Bosque —prosiguió el Dragón—, ¿qué imaginabais que haríais, aquí en mi torre?

El Halcón ya había juntado las manos por los pulgares y los índices formando un triángulo y murmuraba para el cuello de su camisa. Sentí que se acrecentaba el murmullo de su magia, y unas delgadas líneas centelleantes comenzaron a parpadear en el espacio que enmarcaban sus manos. Se movieron más y más rápido hasta que todo el triángulo se iluminó, y como si aquello hubiera proporcionado una chispa que lo inflamase, una aureola de fuego blanco se prendió alrededor de su cuerpo. Separó las manos mientras el fuego crujía y crepitaba sobre ellas, las chispas caían al suelo como la lluvia, como si se estuviera preparando para lanzarlo. El ardid poseía la misma sensación hambrienta que el corazón de fuego en su frasco, como si quisiera devorar hasta el aire.

—*Triozna greszhni* —pronunció el Dragón, cortante, y las llamas se apagaron como velas temblorosas: un intenso viento frío silbó por el salón, me heló la piel y se

desvaneció.

Se quedaron mirándolo, paralizados... y acto seguido el Dragón se encogió de hombros con los brazos muy abiertos.

—Por fortuna, no he sido tan estúpido como os imaginabais. Para vuestra buena e inmensa ventura.

Se dio la vuelta y regresó a su asiento, las sombras se apartaron de sus pies y se retiraron. Volvió la luz. Pude observar con claridad el rostro del Halcón: no parecía sentirse especialmente agradecido. Su expresión permanecía intacta, como el hielo, la boca cerrada en una línea recta.

Supongo que estaba harto de que lo considerasen el segundo mago de Polnya. Yo había oído hablar algo de él —se le solía mencionar en las canciones sobre la guerra con Rosya—, aunque en nuestro valle, por supuesto, los bardos no hablaban mucho de otros magos. Nosotros queríamos oír historias sobre el Dragón, sobre *nuestro* mago, nuestro en exclusiva, y nos enorgullecía y satisfacía oír, una vez más, que él era el más poderoso de la nación. Aun así, no me había detenido antes a pensar qué significaba aquello en realidad, y como llevaba tanto tiempo a su lado, se me había olvidado tenerle miedo. Observar con qué facilidad había sofocado la magia del Halcón era un recordatorio de que su poder era tan grande que podía atemorizar incluso a reyes y a otros magos.

Me daba cuenta de que al príncipe Marek aquel recordatorio le había gustado tan poco como al Halcón; su mano se mantenía firme sobre la empuñadura de la espada, y había tensión en su rostro. Pero de nuevo miró a Kasia. Di un respingo e hice un infructuoso intento por cogerla del brazo cuando se apartó de mí, salió de la hornacina y cruzó la estancia para dirigirse hacia él. Me tragué la advertencia que le quería susurrar, demasiado tarde, cuando Kasia dobló las rodillas y le hizo una reverencia con la cabeza baja, sumisa; sus cabellos, de oro. Se irguió y le miró directo a los ojos: exactamente como había intentado imaginarme que haría yo, hacía ya tantos y largos meses. Kasia no tartamudeó.

—Señor —dijo—, sé que debéis dudar de mí. Sé que mi aspecto es extraño. Pero es cierto: estoy limpia.

Los hechizos se me pasaban por la cabeza, iban y venían en una letanía desesperada. Si desenvainaba su espada contra ella... Si el Halcón trataba de abatirla...

El príncipe Marek la miró: su rostro atento era firme.

—¿Estabas en el Bosque? —quiso saber.

Kasia bajó la cabeza.

—Me llevaron los caminantes.

—Venid a verla —dijo por encima del hombro, al Halcón.

—Alteza —arrancó éste, acercándose a su lado—, resulta obvio para cualquier...

—Basta. —El príncipe tenía una voz afilada como un cuchillo—. Él no me cae mejor que a vos, pero no os he traído aquí para hacer política. Miradla. Decidme, ¿está corrompida o no?

El Halcón hizo una pausa con el ceño fruncido, desconcertado.

—Alguien retenido una noche en el Bosque está invariablemente...

—¡Decidme si está corrompida! —exclamó el príncipe masticando todas y cada una de las palabras, duras y cortantes.

El Halcón se dio la vuelta despacio y miró a Kasia: se fijó en ella de verdad, por primera vez, y la frente se le comenzó a arrugar en un gesto de confusión. Miré al Dragón, casi sin atreverme a albergar esperanzas, pero a la vez confiando. Si estuvieran dispuestos a escuchar...

Sin embargo, el Dragón no me estaba mirando a mí, ni a Kasia. Observaba al príncipe, con el rostro duro como la piedra.

El Halcón comenzó a hacerle pruebas de inmediato. Exigió que le trajeran pociones de

los armarios del Dragón, y libros de sus estantes, todos los cuales me envió a mí a buscar corriendo, sin discusión. El Dragón me dio la orden de permanecer en la cocina el resto del tiempo, y al principio pensé que pretendía ahorrarme presenciar las pruebas, algunas de ellas tan espantosas como aquella magia que te robaba el aliento y que había utilizado conmigo cuando regresé del Bosque. Aun desde la cocina podía oír el cántico y el crepitar de la magia del Halcón discurriendo sobre mi cabeza. Resonaba en mis huesos, como un enorme tambor que alguien tocase en la lejanía.

Pero a la tercera mañana me vi reflejada en el lateral de una de las cacerolas grandes de cobre y advertí que estaba hecha un desastre: no se me había ocurrido farfullar algo de ropa limpia para mí, no con el jaleo de arriba y con toda mi preocupación centrada en Kasia. No me extrañó haber acumulado manchas, motas y lágrimas, y tampoco me importó; pero el Dragón no había dicho nada. Había bajado a la cocina más de una vez para decirme lo que tenía que ir a buscar. Clavé la mirada en el reflejo, y la siguiente vez que bajó, le espeté:

—¿Me estáis quitando de en medio?

Se detuvo sin haber abandonado todavía el último escalón, y me dijo:

—Por supuesto que te estoy quitando de en medio, idiota.

—Pero si no se acuerda —dije, refiriéndome al príncipe Marek. Aquello salió de mí con inquietud.

—Lo hará, en cuanto tú te descuides. Es demasiado importante para él. Mantente al margen, compórtate como una criada normal y corriente y no utilices la magia en ningún lugar donde Solya o él puedan verte.

—¿Kasia está bien?

—Tanto como cualquiera podría estarlo —dijo—. Que ésa sea la menor de tus preocupaciones: ahora es mucho más difícil hacerle daño a ella que a una persona normal, y Solya no es un estúpido tan mayúsculo. En cualquier caso, él sabe muy bien lo que quiere el príncipe y, en igualdad de condiciones, prefiere entregárselo. Ve a buscar tres frascos de leche de abeto.

Pues bien, yo no sabía qué era lo que quería el príncipe, y tampoco me gustaba la idea de que lo consiguiera, fuera lo que fuese. Subí al laboratorio a buscar la leche de abeto: era una poción que el Dragón preparaba con agujas de abeto y que, de algún modo, bajo su manipulación, se convertía en un líquido lechoso inodoro, si bien la única vez que trató de enseñarme a hacerlo sólo obtuve un desastre de caldo apestoso de agujas de abeto y agua. Su virtud era fijar la magia en el cuerpo: se añadía a todas las pociones de sanación y a la poción de la piel de piedra. Bajé los frascos al gran salón.

Kasia permanecía de pie en el centro de la sala, dentro de un complicado anillo doble dibujado en el suelo con unas hierbas machacadas en sal. En el cuello, como si fuera un yugo para los bueyes, le habían puesto un collar muy pesado de hierro negro, rugoso y grabado con escritura de hechicería en brillantes letras plateadas, con cadenas que colgaban hasta sus engrilletadas muñecas. No disponía de ninguna silla en la que sentarse, y aquello debería de haberla encorvado, doblada, pero Kasia se mantenía erguida bajo su peso, con aparente facilidad. Me ofreció una leve sonrisa cuando entré en el salón. «Estoy bien.»

El Halcón parecía más agotado que ella, y el príncipe Marek se frotaba la cara mientras daba un enorme bostezo. Estaba sentado en una silla, mirando.

—Allí —dijo el Halcón hacia donde yo estaba, señalando con un gesto de la mano su amontonada mesa y sin prestarme más atención.

El Dragón seguía sentado en su alto sillón, y me lanzó una intensa mirada cuando vacilé. Rebelde, dejé los frascos en la mesa, pero no abandoné la sala: me retiré hasta la puerta y me quedé mirando.

El Halcón infundió unos hechizos de purificación en los frascos, tres diferentes. Trabajaba de un modo un tanto brusco y directo: donde el Dragón plegaba la magia en

interminables complejidades, el Halcón trazaba una línea recta. Pero su magia funcionaba de la misma manera: a mí me parecía que se limitaba a escoger una senda diferente entre muchas, no deambulaba entre los árboles como hacía yo. Sobre la línea, entregó a Kasia los frascos con unas tenazas de hierro: se diría que conforme avanzaba se volvía más, y no menos, cauteloso. Cada trago brilló a través de la piel de Kasia cuando se lo bebió, y el resplandor se mantuvo, retenido; después de haberse bebido los tres, iluminó toda la habitación. No había ni rastro de sombra en ella, no quedaba ninguna hebra de corrupción por pequeña y leve que fuese.

El príncipe estaba repantigado en su silla con una gran copa de vino junto al codo, despreocupado y tranquilo, pero ahora me daba cuenta de que el vino seguía intacto y de que sus ojos no se habían apartado en ningún momento del rostro de Kasia. Me hizo sentir en las manos el terrible deseo de recurrir a la magia: me habría encantado abofetearle tan sólo para que dejase de mirarla.

El Halcón la observó un largo rato, y luego sacó una venda del bolsillo de su jubón y se la ató para cubrirse los ojos: un grueso terciopelo negro adornado con letras de plata, tan ancho que le cubría toda la frente. Murmuró algo al ponerse la venda; las letras brillaron, y se abrió un agujero justo en el centro de su frente. Un único ojo miraba a través del orificio: un ojo grande y de extraña forma, redondeado, y el anillo alrededor de la enorme pupila era tan oscuro que parecía todo negro, inyectado de pequeños parpadeos de plata. Se acercó hasta el mismo borde del círculo y miró a Kasia con aquel ojo: de arriba abajo y caminando en círculo tres veces a su alrededor.

Por fin retrocedió. Se cerró el ojo, y después el orificio, y levantó los brazos temblorosos para quitarse la venda, tanteando a ciegas el nudo. Se la retiró. No pude evitar fijarme en su frente: no había en ella ninguna señal de otro ojo, ni marca de ningún tipo, aunque sí tenía los ojos, los suyos, severamente enrojecidos. Se dejó caer en la silla.

—¿Y bien? —preguntó el príncipe cortante.

El Halcón esperó un momento.

—No soy capaz de encontrar rastros de corrupción —dijo por fin, de mala gana—. No juraré que no está presente...

El príncipe ya no estaba escuchando. Se puso en pie y cogió una pesada llave de la mesa. Cruzó la sala hasta Kasia. El resplandor se apagaba en su cuerpo, pero no había desaparecido aún. Las botas del príncipe estropearon el círculo de sal y lo quebraron al cruzarlo. Abrió los grilletes y el grueso collar. Los retiró y los dejó en el suelo, le ofreció a Kasia una mano con tanta cortesía como si de una noble se tratase mientras la devoraba con la mirada. Ella vaciló —sabía que le preocupaba romperle la mano al príncipe por accidente; yo, por mi parte, esperaba que lo hiciese— y posó con cuidado la mano sobre la de él.

El príncipe apretó la mano de Kasia, se dio la vuelta y la condujo hasta el pie de la tarima del Dragón.

—Y ahora, Dragón —dijo en tono suave—, nos contaréis cómo se llevó esto a cabo.

—Agitó el brazo de Kasia—. Y a continuación nos adentraremos en el Bosque el Halcón y yo, si es que sois demasiado cobarde para venir con nosotros, y sacaremos a mi madre.

—No os proporcionaré una espada sobre la que caeréis —dijo el Dragón—. Si insistís en ello, podéis hacerlo con la que ya tenéis y causaréis unos daños considerablemente menores al resto del mundo.

Los hombros del príncipe Marek se tensaron, se le agarrotaron los músculos del cuello; soltó la mano de Kasia y dio un paso sobre la tarima. La expresión del Dragón se mantenía fría e inflexible. Diría que al príncipe le habría encantado azotarle, pero el Halcón se levantó de su asiento.

—Os ruego me disculpéis, Alteza. Esto no es necesario. Si recordáis el encantamiento que utilicé en Kyeva, cuando capturamos el campamento del general Nichkov, eso nos servirá aquí de igual forma. Me mostraré cómo se realizó el hechizo. —Sonrió al Dragón sin mostrar los dientes, con un gesto tenso en los labios—. Creo que Sarkan admitirá que ni siquiera él puede ocultarle nada a mi visión.

El Dragón no lo negó, sino que le dijo en tono desagradable:

—Admitiré que sois un necio mucho más extravagante de lo que pensaba, si pretendéis prestaros a esta locura.

—Yo no llamaría «extravagancia» a llevar a cabo todo intento razonable por rescatar a la reina —dijo el Halcón—. Ya nos hemos inclinado ante vuestra sabiduría en otras ocasiones, Sarkan: ciertamente, no tenía sentido arriesgarse a sacar de allí a la reina sólo para tener que sacrificarla. Y aquí estamos ahora, sin embargo —hizo un gesto a Kasia—, con una prueba de otra posibilidad clara ante nosotros. ¿Por qué la habéis ocultado durante tanto tiempo?

¡Así, por las buenas, cuando el Halcón había venido en primera instancia y de forma clara y expresa para insistir en que no había otra posibilidad y para condenar al Dragón por haber mantenido a Kasia con vida! El Halcón no parecía consciente en lo más mínimo de haber alterado su postura.

—Si cabe alguna esperanza para la reina, yo consideraría traición no intentarlo —añadió—. Lo que una vez se hizo puede volver a hacerse.

—¿Y lo haréis vos? —bufó el Dragón.

Hasta yo me di cuenta de que ésa no iba a ser la manera de inducir a la duda al Halcón, que entrecerró los ojos, se volvió con frialdad hacia el príncipe y le dijo:

—Me retiraré ya, Alteza; debo recobrar las fuerzas antes de formular el encantamiento por la mañana.

El príncipe Marek le dio permiso con un gesto de la mano: para mi gran inquietud, vi que mientras yo me entretenía observando la discusión, él había estado hablándole a Kasia, con la mano de ella atrapada entre las suyas. El rostro de Kasia continuaba inmóvil, con esa quietud antinatural, pero a estas alturas ya había aprendido a interpretarlo bastante bien como para ver su preocupación.

Estaba a punto de ir en su rescate cuando el príncipe le soltó la mano y abandonó el salón con una zancada larga y rápida. Kasia vino a mí, y le cogí la mano. El Dragón observaba las escaleras con el ceño fruncido, irritado, dando golpecitos con los dedos en el brazo del sillón.

—¿Puede hacerlo? —le pregunté—. ¿Puede conseguir ver cómo se realizó el hechizo? Sus dedos tamborileaban.

—No a menos que encuentre el sepulcro —dijo por fin el Dragón. Un instante después, añadió de mala gana—: Algo de lo que podría ser capaz: es afín a la magia de la visión. Pero después tendrá que hallar una manera de entrar. Me imagino que tardará unas semanas, por lo menos; tiempo suficiente para que yo le envíe un mensaje al rey e impida esta insensatez, espero.

Me dio permiso para retirarme, y me alegré de salir. Subí hasta lo alto de las escaleras tirando de Kasia con una mirada de precaución en cada giro que nos aguardaba. En el segundo descansillo, asomé la cabeza y me aseguré de que ni el príncipe ni el Halcón

seguían en el pasillo antes de atravesarlo con Kasia, y cuando llegamos a mi alcoba, le dije que esperase fuera hasta que abrí la puerta de golpe y miré dentro: vacía. La dejé pasar, cerré, corrí el pestillo detrás de nosotras y encajé una silla debajo del picaporte. Me hubiera gustado sellarla con magia si el Dragón no me hubiese advertido que no utilizara los hechizos, pero por muy poco que quisiera yo otra visita del príncipe Marek, aún deseaba menos que recordase lo que de verdad había sucedido en su última visita. No sabía si el Halcón podría presentirlo si formulaba un minúsculo hechizo para encerrarnos allí, en mi alcoba, pero yo sí había sentido su magia desde la cocina, así que no quise arriesgarme.

Me volví hacia Kasia: estaba sentada en la cama con gesto apesadumbrado. Tenía la espalda recta —ahora la tenía siempre recta—, pero mantenía las manos juntas y planas en el regazo, y la cabeza baja.

—¿Qué te ha dicho? —quise saber al tiempo que se formaba en mis entrañas un arrebató de ira, pero Kasia me hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me ha pedido que le ayude. Me ha dicho que volvería a hablar conmigo mañana.

—Levantó la cabeza y me miró—. Nieshka, me salvaste a mí... ¿Podrías salvar a la reina Hanna?

Por un instante me encontré de nuevo en el Bosque, en la espesura entre las ramas, sintiendo la presión del peso de su odio y con las sombras que se arrastraban dentro de mí con cada aliento. El temor me bloqueó la garganta. Pero también pensé en *fulmia*, que se desplegaba como un trueno en mis entrañas; en el rostro de Kasia y en otro árbol que había crecido muy alto, un rostro bajo la corteza, erosionado y difuminado por veinte años de proliferación, desvaneciéndose como una estatua bajo una corriente de agua.

El Dragón se hallaba en su biblioteca, escribiendo, irritado, y no lo estuvo menos cuando bajé y le hice a él la misma pregunta.

—Intenta no acaparar más necedad de la que ya posees —me dijo—. ¿Sigues siendo incapaz de reconocer una trampa? Esto es obra del Bosque.

—¿Creéis que el Bosque tiene... al príncipe Marek? —le dije, preguntándome si aquello lo explicaría; si ése era el motivo de que hubiese...

—No, aún no —dijo el Dragón—. Pero él solito se entregará junto con un mago, por si fuera poco: magnífico intercambio por una campesina, ¡y cuánto mejor si tú te tirases también de cabeza! El Bosque plantaría árboles-corazón en ti y en Solya, y engulliría el valle en una semana. Por eso la dejó marchar.

Pero yo recordaba su feroz resistencia:

—¡No la dejó marchar! —exclamé—. No me dejó llevármela...

—Hasta cierto punto —dijo él—. El Bosque podía haber hecho todo cuanto hubiese podido para preservar un árbol-corazón, del mismo modo exacto en que un general lo haría para preservar uno de sus bastiones. Pero, una vez perdido el árbol, y no cabe duda de que ya lo había perdido al margen de que la muchacha muriera o viviese, entonces por supuesto que trataría de hallar la forma de darle la vuelta a su pérdida y sacarle el mejor partido.

No dejamos de discutirlo. No era que creyese que se equivocaba; parecía el tipo exacto de cosa retorcida que haría el Bosque: convertir el amor en un arma. Aunque eso no suponía, pensaba yo, que no fuese una oportunidad que mereciese la pena aprovechar. La liberación de la reina pondría fin a la guerra con Rosya, fortalecería a ambas naciones, y si al hacerlo destruíamos otro árbol-corazón, podría ser la oportunidad de dañar el poder del Bosque durante mucho tiempo.

—Sí —dijo él—, y si una docena de ángeles bajase de los cielos y arrasara el Bosque entero con sus espadas de fuego, la situación sería también infinitamente mejor.

Solté un bufido de fastidio y me fui a buscar el libro grande de registro: lo dejé caer sobre la mesa con un golpe seco entre nosotros dos, lo abrí por las últimas páginas,

llenas de anotaciones con su letra estrecha y cuidada, y puse las manos encima.

—Ha ido ganando con todo lo que podéis hacer, ¿no es así? —Su frío silencio fue respuesta suficiente—. No podemos esperar. No podemos mantener este secreto encerrado en la torre, esperando a estar perfectamente preparados. Si el Bosque está intentando atacar, nosotros debemos contraatacar, y rápido.

—Hay una considerable distancia entre la búsqueda de la perfección y las prisas irreparables —dijo él—. Lo que quieres decir en realidad es que has oído demasiadas baladas clandestinas sobre la triste reina perdida y el rey acongojado por el dolor, y crees que vives en una de ellas con la oportunidad de convertirte en la heroína de la pieza. ¿Qué crees que queda de ella, después de que un árbol-corazón la corra durante veinte años?

—¡Más de lo que quedará después de veintiuno! —estallé contra él.

—¿Y si queda lo suficiente para que se dé cuenta del momento en el que metan a su hijo en el árbol con ella? —sentenció, implacable, y el horror de aquella idea me silenció.

—Eso es asunto mío, y no vuestro —dijo el príncipe Marek.

Los dos nos dimos la vuelta en la mesa con un respingo: se encontraba de pie en la puerta, silencioso, en camisón y con los pies descalzos. Me miró, y sentí cómo se derrumbaba el hechizo del falso recuerdo: se acordó de mí, y de pronto yo también recordé cómo le había cambiado el rostro cuando utilicé la magia delante de él, su voz cuando dijo: «Eres una bruja». Todo el tiempo, había estado buscando a alguien que le pudiese ayudar.

—Esto lo hiciste tú, ¿verdad? —se dirigió a mí con un resplandor en la mirada—. Tendría que haberme dado cuenta de que esta culebra decrepita jamás arriesgaría el cuello, ni siquiera por una obra tan encantadora. Tú liberaste a esa muchacha.

—Nosotros... —tartamudeé y lancé una mirada de desesperación al Dragón, pero Marek soltó un bufido.

Entró en la biblioteca, vino hacia mí. Pude verle la tenue cicatriz en el nacimiento del pelo, donde le había golpeado con la sólida bandeja hasta dejarlo sin sentido. En mi vientre, la magia se había convertido en un tigre, listo para salir con un rugido, pero seguía teniendo el pecho agarrotado con un temor involuntario. Mis respiraciones se acortaban conforme se aproximaba a mí: de haberse acercado más, si me hubiese tocado, creo que me habría puesto a chillar... algún tipo de maldición: una docena de las peores de Jaga me revoloteaban por la cabeza como luciérnagas, esperando a que mi lengua se hiciese con ellas.

Sin embargo, se detuvo a un brazo de distancia, y tan sólo se inclinó hacia mí.

—Esa muchacha está condenada, lo sabes —me dijo mirándome a la cara—. El rey no ve con muy buenos ojos eso de dejar que los magos afirmen que han limpiado a los corrompidos: son demasiados los que aparecen poco después también corrompidos. La ley establece que ha de ser sacrificada, y desde luego que el Halcón no hablará a su favor.

Me había delatado yo misma y lo sabía, pero no pude evitar un respingo de todos modos.

—Ayúdame a salvar a la reina —añadió, suave y comprensivo—, y además salvarás a la joven: cuando el rey tenga de vuelta a mi madre, no podrá más que indultarlas a ambas.

Comprendía perfectamente que se trataba de una amenaza, no de un soborno: me estaba diciendo que daría la orden de matar a Kasia si yo me negaba. Lo odié todavía más, y aun así no podía odiarlo por completo. Yo había vivido tres horribles meses con aquella desesperación devorándome por dentro; él llevaba con ella desde la niñez, cuando le arrebataron a su madre, le dijeron que se había marchado y que estaba mucho peor que muerta y para siempre fuera de su alcance. No lo sentía por él, pero sí

le comprendía.

—Y una vez el mundo gire en sentido contrario, el sol no podrá evitar salir por poniente —soltó el Dragón—. Lo único que conseguiréis es vuestra muerte, y la de ella con vos. El príncipe se volvió para enfrentarse a él y golpeó la mesa con ambos puños cerrados. Los candelabros y los libros temblaron.

—¿Y aun así habéis salvado a una campesina inútil mientras dejáis que la reina de Polnya se pudra? —rugió, y se resquebrajó su pose. Se detuvo, respiró hondo y volvió a forzar la boca en una parodia de sonrisa que aparecía y desaparecía de sus labios—. Estáis yendo demasiado lejos, Dragón; después de esto, ni siquiera mi hermano escuchará todos esos consejos que le susurráis. Durante años nos hemos tragado todo lo que nos habéis contado sobre el Bosque...

—Puesto que dudáis de mí, tomad a vuestros hombres con vos y entrad —respondió el Dragón entre dientes—. Id a verlo con vuestros propios ojos.

—Lo haré —dijo el príncipe Marek—. Y me llevaré a esta niña bruja vuestra, y a vuestra encantadora campesina también.

—No os llevaréis a nadie que no desee ir —dijo el Dragón—. Desde que erais un niño, os habéis imaginado a vos mismo como un héroe de leyenda...

—Mejor que ser un cobarde —dijo el príncipe, sonriéndole con todos los dientes mientras la tensión cobraba forma entre ellos como un ser vivo. Antes de que el Dragón pudiese responder, dije de sopetón:

—¿Y si pudiésemos debilitar al Bosque antes de entrar?

Ambos interrumpieron la discusión en que se habían enzarzado y se volvieron sorprendidos hacia mí, que mantenía mi postura.

El cansado rostro de Krystyna se quedó de piedra y con los ojos muy abiertos cuando miró más allá de mí y vio a una multitud de hombres y magos, deslumbrantes armaduras y el piafar de los caballos.

—Hemos venido por Jerzy —le dije en tono suave.

Asintió con brusquedad y sin mirarme, y retrocedió al interior de la casa para dejarme pasar.

Las agujas de punto descansaban en la mecedora, y el bebé dormía en una cuna junto a la chimenea, grande, sano, con la cara sonrosada y un puño cerrado en torno a un gastado sonajero de madera. Me acerqué a verlo, por supuesto. Kasia vino detrás de mí y lo miró sobre la barandilla de la cuna. Estuve a punto de pedirle que se aproximara, pero ella se dio la vuelta y mantuvo el rostro apartado del resplandor del fuego, y no dije nada. Krystyna no tenía nada más que temer. Se acurrucó en un rincón conmigo, lanzando miradas fugaces por encima de mis hombros cuando entró el Dragón, y me dijo en un escueto susurro que el niño se llamaba Anatol. Su voz se apagó con la entrada del príncipe Marek con la cabeza agachada, y del Halcón con su capa de un brillante color blanco que no mostraba ni una sola mota de polvo. Ninguno de ellos prestó la menor atención al niño, ni a la propia Krystyna.

—¿Dónde está el corrompido? —preguntó enseguida el príncipe.

Krystyna me susurró:

—Está en el cobertizo. Lo pusimos en... Decidí recuperar el dormitorio, no queríamos... No quería ningún daño...

No hacía falta que explicase por qué no quería aquel rostro atormentado en su casa, noche tras noche.

—Está bien —le dije—. Krystyna, Jerzy podría... Lo que podemos intentar, tal vez no... Sí funcionará, pero él podría morir a causa de ello.

La mujer tenía las manos aferradas a los lados de la cuna, pero se limitó a asentir ligeramente. Creo que, a aquellas alturas, Jerzy ya había muerto en sus pensamientos: como si él hubiera participado en una batalla que se hubiese perdido, y ella sólo estuviera esperando a recibir la noticia definitiva.



Salimos fuera. Siete cerdos pequeños que hurgaban con su oronda madre levantaron la cabeza para olisquear a nuestros caballos con indiferencia desde el interior de un corral recién construido junto al lateral de la casa, con una valla de madera que aún conservaba el color marrón claro y no estaba envejecida. Lo rodeamos a caballo y descendimos en fila de a uno por un sendero estrecho casi cubierto por la maleza, entre los árboles, hasta el pequeño cobertizo gris. Se alzaba en unas hierbas altas llenas de pujantes plantones que sobresalían, tenía algunos agujeros irregulares en el techo de paja, picoteado por los pájaros que lo arrancaban para hacer sus nidos, y la barra que cruzaba la puerta estaba herrumbrosa sobre sus ganchos. Ya tenía el aire de un lugar que llevase mucho tiempo abandonado.

—Ábrelo, Michal —dijo el capitán de la guardia, y uno de los soldados desmontó y avanzó a pie entre la maleza.

Era un hombre joven que llevaba el pelo largo y lacio como la mayoría de los soldados, el bigote y la barba pendían largos y trenzados, todos ellos como en las ilustraciones de los libros de historia de los días de antaño, de la fundación de Polnya, que tenía el Dragón. Era fuerte como un roble joven, alto y ancho, incluso entre los demás soldados. Alzó la barra con una sola mano y empujó sin esfuerzo ambas puertas para abrirlas y permitir que entrase en el cobertizo la luz del sol de la tarde.

Luego retrocedió de un salto, con un sonido gutural, ahogado e inarticulado y un movimiento de la mano hacia el cinto de su espada, y casi trastabilló con sus propios pies al apartarse hacia atrás. Jerzy estaba apoyado contra la pared del fondo, y la luz había ido a incidir de lleno en el gesto agresivo y retorcido de su rostro. Los ojos de la estatua miraban directamente hacia nosotros.

—Qué mueca más horrenda —dijo el príncipe Marek en tono brusco—. Muy bien, Janos —añadió hacia el jefe de su guardia, al tiempo que descabalgaba—. Llévate a los hombres y a los caballos al prado comunal de la aldea, y protégelos de alguna forma. Los animales no aguantarán quietos con tanta magia y tanto aullido, me imagino.

—Sí, Alteza —dijo Janos, y le hizo un gesto brusco con la cabeza a su segundo.

Los soldados estaban tan contentos como los caballos de verse al margen de aquello. Cogieron también nuestras monturas y se marcharon a toda prisa, algunos de ellos con miradas de soslayo entre las puertas del cobertizo. Vi cómo Michal volvía la cabeza varias veces, encorvado y con el rostro ceniciento.

Ninguno de ellos entendía, realmente, en qué consistía el Bosque. No eran hombres del valle —como ya he dicho, al Dragón no le hacía falta reclutar una tropa que sumar al ejército del rey—, ni tampoco procedían de ningún lugar cercano. Llevaban en los escudos la marca del emblema de un caballero a lomos de un caballo, así que todos venían de las provincias del norte alrededor de Tarakai, lugar de procedencia de la reina Hanna. Su idea de la magia consistía en la caída de un rayo en medio del campo de batalla, limpio y letal. No sabían a qué se iban a enfrentar.

—Espera —dijo el Dragón antes de que Janos volviese grupas a su montura para seguir al resto—. Mientras estáis allí, compra dos sacos de sal, divídela y entrégale un puñado a cada hombre. Después, busca pañuelos para que todos se cubran la nariz y la boca, y compra todas las hachas que te ofrezcan. —Miró al príncipe—. No habrá tiempo que perder. Si esto llega a funcionar, lo mejor que habremos obtenido es la más breve de las oportunidades: un día, dos como mucho, mientras el Bosque se recupera del golpe.

El príncipe Marek asintió hacia Janos para confirmar aquellas órdenes.

—Encárgate de que todo el mundo descanse un poco, si pueden —le dijo—. Cabalgaremos directos hacia el Bosque en cuanto hayamos terminado aquí.

—Y rezaremos para que la reina no esté muy adentro —añadió el Dragón, rotundo.

Janos le lanzó una mirada fugaz y se volvió de nuevo hacia el príncipe, pero Marek se

limitó a darle una palmada en el costado al caballo de Janos y se dio la vuelta con un gesto para que éste se marchara; el jefe de la guardia siguió al resto de los hombres por el sendero y desapareció.

Nos quedamos solos en las puertas del cobertizo, nosotros cinco. El polvo flotaba en los rayos del sol con el dulce y cálido aroma del heno, pero con un tenue y soterrado olor a hojas podridas, sofocante. Vi un agujero irregular abierto en la pared lateral, por donde habían entrado los lobos, no para devorar el ganado, sino para ensañarse con él y corromperlo. Me rodeé con los brazos. Se estaba haciendo tarde: habíamos atravesado el valle a caballo, en línea recta hasta Dvernik, desde antes de las primeras luces de la mañana, y nos habíamos detenido lo justo para permitir que los caballos descansaran. El viento se agitaba entre las puertas y un roce frío me azotaba en el cuello. El sol era anaranjado en el rostro de Jerzy, en sus ojos de piedra, abiertos como platos, cegados. Recordé la sensación fría e inmóvil de ser de piedra: me pregunté si Jerzy podría ver con aquella mirada perdida, o si el Bosque lo habría enterrado en la oscuridad.

El Dragón miró al Halcón e hizo un barrido amplio de mofa con el brazo hacia Jerzy.

—¿Tendrais la bondad de resultar de alguna ayuda, quizá?

El Halcón respondió con una leve inclinación de cabeza y una fina sonrisa, y fue a situarse ante la estatua con las manos alzadas. Las palabras para levantar el hechizo de piedra resonaron al surgir de su lengua en un bello enunciado, y, mientras él hablaba, los dedos de Jerzy se contrajeron nerviosos según los abandonaba la piedra. Las tiasas garras de sus manos continuaban extendidas a ambos lados, y las oxidadas cadenas que pendían de sus muñecas estaban clavadas a la pared. Los eslabones metálicos se frotaron unos contra otros cuando empezó a moverse. El Halcón retrocedió un poco, sin dejar de sonreír, cuando la piedra se retiró lentamente de la coronilla de Jerzy y sus ojos comenzaron a dar vueltas y a desplazarse veloces de un lado a otro. Resolló un tenue y escalofriante hilo de risa cuando sus labios se soltaron; acto seguido, la piedra le liberó los pulmones, y la sonrisa se borró del rostro del Halcón cuando la risa de Jerzy ascendió más y más hasta convertirse en un chillido.

Kasia se pegó a mí en un movimiento torpe, y le cogí la mano. Permaneció a mi lado como si ella fuese también una estatua, rígida. Jerzy aullaba, reía y volvía a aullar, una y otra vez, como si estuviera tratando de soltar todos los aullidos que se habían quedado encerrados en su pecho de piedra. Aulló hasta quedarse sin aliento, y a continuación levantó la cabeza y nos sonrió de oreja a oreja con sus dientes ennegrecidos y putrefactos, con la piel aún moteada de verde. El príncipe Marek no apartaba la vista de él con la mano tensa en la espada; el Halcón había retrocedido hasta colocarse a su lado.

—Hola, principito —entonó Jerzy con suavidad—. ¿Echáis de menos a vuestra madre? ¿Os gustaría oír cómo grita ella, también? ¡*Marek!* —chilló Jerzy de repente con la voz de una mujer, aguda y desesperada—. ¡*Marechek, sálvame!*

Marek se encogió, físicamente, como si algo le hubiera golpeado en el estómago, y la hoja de su espada se alzó unos siete centímetros fuera de su vaina antes de que él se recuperara.

—¡Detenedlo! —rugió—. ¡Haced que se calle!

El Halcón levantó una mano.

—¡*Elrekaduht!* —dijo sin apartar la mirada, horrorizado.

Las sonoras carcajadas burlonas de Jerzy se amortiguaron como si las hubiesen encerrado en una habitación de gruesos muros y sólo se oyó un quejido tenue y distante: «*Marechek, Marechek*».

El Halcón se volvió hacia nosotros.

—No es posible que pretendáis limpiar esta cosa...

—De modo que *ahora* sentís algún remilgo —le soltó el Dragón, frío y cortante.

—¡Miradlo! —El Halcón se dio la vuelta y dijo—: *¡Lehleyast palezh!* —Y barrió el aire con la palma abierta, como si estuviera limpiando el vaho de un panel de cristal.

Retrocedí, con la mano de Kasia aferrada a la mía hasta hacerme daño; mirábamos horrorizadas. La piel de Jerzy se había vuelto translúcida, una capa fina de piel de cebolla verdosa, y debajo de ella no había nada salvo unas masas negras de corrupción que se retorcían, hervían y bullían. Eran como las sombras que había visto bajo mi propia piel, pero tan gruesas que lo habían devorado todo en su interior e incluso se enroscaban bajo su rostro con unos ojos manchados de amarillo que apenas se asomaban de aquel hervidero de nubes grotescas.

—Y aun así estabais dispuesto a cabalgar alegremente al interior del Bosque —afirmó el Dragón. Se dio la vuelta. El príncipe Marek tenía los ojos clavados en Jerzy, gris como un espejo, y la boca en una estrecha línea inexpresiva—. Escuchadme —le dijo—. ¿Esto? —Hizo un ademán hacia Jerzy—. Esto no es nada. Su corrupción es de tercer orden, de menos de tres días gracias al hechizo de piedra. Bastaría con que hubiera sido de cuarto orden para que hubiese podido limpiarla con el purgativo habitual. La reina lleva veinte años retenida en un árbol-corazón. Si somos capaces de encontrarla, si la podemos sacar, si la podemos purgar, y no tenemos la menor certeza de nada de esto, la reina aún habrá vivido veinte años en el peor de los tormentos que el Bosque es capaz de concebir. No irá a abrazaros. Ni siquiera os reconocerá.

»Disponemos aquí de una verdadera oportunidad contra el Bosque —añadió—. Si logramos purgar a este hombre, si destruimos otro árbol-corazón al hacerlo, no deberíamos utilizar esa brecha para lanzarnos a una descabellada carga en las profundas entrañas del Bosque, arriesgándolo todo. Deberíamos comenzar por el lindero más cercano, abrir un camino tan profundo como podamos de sol a sol y prender un corazón de fuego en la vegetación a nuestra espalda antes de retirarnos. Podríamos recuperar unos treinta kilómetros de valle y debilitar al Bosque durante tres generaciones.

—¿Y si mi madre se quema con él? —El príncipe Marek caminaba en círculos a su alrededor.

El Dragón asintió en un gesto hacia Jerzy.

—¿Preferiríais vos vivir así?

—¡Pues entonces, no se quema! No. —Marek soltó una bocanada de aire como si tuviera unas barras de hierro alrededor del pecho—. No.

El Dragón frunció los labios.

—Si fuéramos capaces de debilitar así al Bosque...

—No —repitió Marek con un movimiento tajante de la mano para interrumpirle—. Sacaremos a mi madre, y por el camino arrasaremos tanto del Bosque como podamos. Después, Dragón, cuando la hayáis purgado y hayáis quemado el árbol-corazón que la retenía, os juro que contaréis con todo hombre y hacha que mi padre pueda permitirse, y no nos limitaremos a quemar treinta kilómetros del Bosque: lo quemaremos entero hasta Rosya, y nos libraremos de él para siempre.

Se irguió mientras hablaba, echó los hombros hacia atrás; se había plantado con una mayor firmeza aún. Me mordí el labio, no confiaba en él en absoluto, salvo en que haría lo que le pareciese, pero no podía evitar la sensación de que tenía aquel derecho. Si talábamos el Bosque siquiera treinta kilómetros, sería una gran victoria, pero sólo temporal. Deseaba que ardiese entero.

Siempre había odiado el Bosque, por supuesto, pero de un modo distante. Había sido una tormenta de granizo antes de la cosecha, una nube de langostas en los campos; más horrible que aquellas cosas, más parecido a una pesadilla, pero que seguía actuando conforme a su naturaleza; ahora era algo completamente distinto, un ser vivo que de forma intencionada desplegaba toda la fuerza de su malicia para hacerme daño, para hacérselo a todos mis seres queridos, que se cernía sobre toda mi aldea y estaba

listo para engullirla igual que hizo con Porosna. No soñaba conmigo misma como una gran heroína, tal y como el Dragón me había acusado, pero sí quería entrar a caballo en el Bosque a fuego y hacha. Quería arrebatarse a la reina de las garras, formar ejércitos a ambos lados y asolarlo.

Pasados unos instantes, el Dragón hizo un gesto negativo con la cabeza, aunque en silencio; no discutió más. Fue el Halcón, en cambio, quien protestó. No parecía ni de lejos tan seguro como el príncipe Marek. Sus ojos seguían fijos en Jerzy, y se tapaba la nariz y la boca con una esquina de la capa blanca, como si viese más de lo que veíamos nosotros y temiera inhalar algún mal.

—Espero que disculpéis mis dudas: tal vez sea inexperto en estas cuestiones, por desgracia —dijo, y el tenso deje sarcástico de su voz se filtró con claridad incluso a través de la capa—, pero yo calificaría éste como un caso de corrupción verdaderamente notable. Ni siquiera es seguro decapitarlo antes de quemarlo. Tal vez sea mejor que os aseguréis de que podéis liberarlo antes de decidir entre unos grandiosos planes que ni siquiera se podrán poner en marcha, ninguno de los dos.

—¡Lo acordamos! —dijo el príncipe Marek, que se volvió hacia él en un apremiante gesto de protesta.

—Admití que era un riesgo que merecía la pena correr, si Sarkan hubiera encontrado realmente una forma de purgar la corrupción —le dijo el Halcón—. Pero ¿esto...?

—Volvió a mirar a Jerzy—. No hasta que le haya visto hacerlo, y aun en tal caso, lo comprobaré dos veces. Hasta donde nosotros sabemos, la joven nunca llegó a corromperse, y él hizo circular un rumor sobre sí mismo con el fin de añadir más lustre a su reputación.

El Dragón soltó un resoplido de desdén y no le ofreció ninguna respuesta. Se dio la vuelta y extrajo un puñado de briznas de heno de una de las balas viejas que se desmoronaban, y empezó a murmurar un hechizo sobre ellas conforme cerraba rápidamente los dedos. El príncipe Marek agarró al Halcón del brazo y lo llevó aparte entre susurros airados.

Jerzy continuaba canturreando para sí tras el hechizo que lo acallaba, pero había empezado a balancearse en las cadenas y a estirarse al frente tanto como se lo permitían los brazos, hacia atrás, tirantes por las cadenas; se abalanzaba en tensión y proyectaba la cabeza hacia delante para dar dentelladas y morder el aire. De los labios le colgaba la lengua, una cosa hinchada y ennegrecida como si una babosa se le hubiera metido en la boca, la movía y nos miraba a todos con los ojos en blanco.

El Dragón no le hizo caso. En sus manos, las briznas de heno engordaron y crecieron para convertirse en una mesita de patas nudosas de apenas treinta centímetros de ancho, y él cogió la bolsa de cuero que había traído consigo y la abrió. Extrajo con cuidado *La invocación*, cuyas letras repujadas brillaron doradas con la puesta de sol, y dejó el libro sobre la mesilla.

—Muy bien —dijo mientras se volvía hacia mí—. Empecemos.

No había pensado de veras en ello hasta entonces, cuando el príncipe y el Halcón se fijaron en nosotros: en que tendría que coger la mano del Dragón delante de todos y unir mi magia a la suya mientras ellos miraban. El estómago se me arrugó como una ciruela pasa. Lancé una mirada fugaz al Dragón, pero su rostro había adquirido un deliberado aire distante, como si sólo estuviera ligeramente interesado en cualquier cosa que fuéramos a hacer.

Fui a situarme a su lado a regañadientes. Los ojos del Halcón se posaron en mí, y tuve la total seguridad de que había magia en su mirada, penetrante y depredadora. Odiaba la idea de quedar expuesta ante él, ante Marek; lo odiaba casi más que tener allí a Kasia, que tan bien me conocía. No le había contado mucho sobre aquella noche, sobre la última vez que el Dragón y yo habíamos intentado juntos un ardid. No me había visto capaz de expresarlo en palabras; no había querido pensar en ello hasta ese

punto. Pero no me podía negar, no con Jerzy danzando encadenado como el juguete que mi padre me talló mucho tiempo atrás, un hombrecillo muy gracioso de madera que daba saltos y volteretas sobre dos postes.

Tragué saliva y coloqué la mano sobre la cubierta de *La invocación*. Abrí el libro, y el Dragón y yo comenzamos a leer juntos.

Estábamos agarrotados e incómodos el uno junto al otro, pero nuestros ardides se unieron como si para entonces ya se conocieran el camino, ellos solos, sin nosotros. Se me relajaron los hombros, se me irguió la cabeza y llené los pulmones con una agradecida bocanada de aire. No podía evitarlo. No podía importarme que todo el mundo estuviese mirando. *La invocación* fluyó a todo nuestro alrededor como un río: su voz como un cántico ondulante que yo llené con cascadas y peces que daban saltos, y a nuestro alrededor surgió el resplandeciente brillo de las primeras luces de un amanecer.

El Bosque nos miró desde el rostro de Jerzy y nos mostró los dientes con un odio enmudecido.

—¿Está funcionando? —le preguntó el príncipe Marek al Halcón, a nuestra espalda.

No escuché su respuesta. Jerzy estaba perdido en el Bosque exactamente igual que Kasia, pero él se había rendido: estaba sentado, repantigado contra el tronco de un árbol, con los pies ensangrentados y extendidos ante él, laxos los músculos de la cara, con la mirada baja y perdida en sus manos, sobre el regazo. No se inmutó cuando lo llamé.

—¡Jerzy! —grité. Levantó con desánimo la cabeza, y con desánimo me miró y la volvió a bajar.

—Ya veo... hay un canal —dijo el Halcón; cuando me fijé en él, vi que otra vez se había puesto su venda máscara. Aquel extraño ojo de halcón observaba desde su frente, la pupila negra muy dilatada—. Ése es el modo en que la corrupción se desplaza por el Bosque. Sarkan, si formulo ahora el fuego purgativo para que lo recorra...

—¡No! —protesté de inmediato—. Jerzy morirá.

El Halcón me lanzó una mirada de desdén. Por supuesto, le daba igual que Jerzy viviese o muriese. Sin embargo, Kasia se dio la vuelta y salió corriendo del cobertizo, bajó por el sendero y poco después nos trajo a una recelosa Krystyna con el niño en brazos. Krystyna se apartaba de la magia, de las contorsiones de Jerzy, pero Kasia le insistió entre susurros. La mujer se aferró aún más al bebé y dio un paso lento para acercarse, y otro a continuación, hasta que pudo mirar a Jerzy a los ojos con una expresión cambiada en el rostro.

—¡Jerzy! —le llamó—. ¡Jerzy! —Y extendió la mano hacia él.

Kasia la retuvo para que no le tocara la cara, pero vi que Jerzy la levantaba muy en su interior y, después, muy lentamente, se apoyaba para ponerse de pie.

La luz de *La invocación* no resultó más indulgente con él. Esta vez la sentí a una cierta distancia, no como algo que me tocara de forma directa, pero ante nosotros Jerzy era transparente, lleno de ira: las pequeñas tumbas de todos sus hijos y el rostro de mudo sufrimiento de Krystyna; la punzada de hambre en el estómago y el amargo resentimiento ante los cestillos de caridad que él fingía no ver en los rincones de su casa, consciente de que ella había ido a mendigarlos. La simple y cruda desesperación de ver cómo se convertían las vacas, cómo le arrebataban su última tabla de salvación para salir de la pobreza. Casi deseaba que las bestias lo matasen.

El rostro de Krystyna rebotaba de su propia y aletargada desesperación, pensamientos lúgubres que no podía evitar: su madre le había dicho que no se casara con un hombre pobre; su hermana de Radomsko tenía cuatro hijos y un marido que tejía telas para ganarse la vida. Los hijos de su hermana habían sobrevivido; los hijos de su hermana jamás habían pasado hambre y frío.

Los labios de Jerzy se abrieron en un gesto de vergüenza, temblando, con los dientes

apretados. Krystyna dejó escapar un único sollozo y volvió a alargar la mano hacia él, y el niño se despertó entonces y chilló: un horrible sonido que en comparación sonó en cierto modo maravilloso, tan ordinario y sin complicaciones, nada salvo un crudo reclamo. Jerzy dio un paso.

Y de repente fue todo mucho más fácil. El Dragón estaba en lo cierto: aquella corrupción era más débil que la que tenía Kasia a pesar de todo lo espantoso de su aspecto. Jerzy no estaba en las profundidades del Bosque, como lo había estado ella. En cuanto empezó a moverse, se acercó a trompicones hacia nosotros, con rapidez, y aunque las ramas se lanzaban a su paso, tan sólo le lanzaban golpes débiles. Extendió los brazos delante de la cara, echó a correr hacia nosotros y las fue apartando.

—Toma tú el hechizo —me indicó el Dragón cuando llegamos prácticamente al final, y apreté los dientes y mantuve *La invocación* con todas mis fuerzas mientras él liberaba su magia de la mía—. Ahora —le dijo al Halcón—, cuando él emerja.

Y conforme Jerzy empezaba a ocupar su propio rostro, los dos magos alzaron los brazos, codo con codo, y pronunciaron al mismo tiempo:

—*¡Ulozishtus sovjenta!*

Jerzy gritó al abrirse paso a través del fuego purgativo, pero consiguió salir: unas pocas gotas espesas y hediondas se escurrieron de las comisuras de sus ojos y de sus orificios nasales y cayeron al suelo, humeantes, y su cuerpo se desplomó inerte sobre las cadenas.

Kasia cubrió con tierra las gotas a base de puntapiés, y el Dragón avanzó unos pasos para tomar el rostro de Jerzy por la barbilla, sujetándolo mientras yo por fin concluía la lectura de *La invocación*.

—Miradlo ahora —le dijo al Halcón.

El Halcón situó las manos a ambos lados del rostro de Jerzy y pronunció un hechizo como una flecha. Salió disparada de él con el último y terrible fogonazo de luz de *La invocación*. El hechizo del Halcón abrió una ventana en la pared, entre las cadenas y sobre la cabeza de Jerzy, y por un instante todos vimos un árbol-corazón, alto y antiguo, del doble de tamaño que el que había retenido a Kasia. Sus ramas se agitaban desesperadas y crepitaban en una llamarada de fuego.

Los soldados se reían con despreocupación unos con otros cuando abandonamos Dvernik en el silencio previo al amanecer de la mañana siguiente. Se habían armado, y todos tenían un aspecto espléndido con sus relucientes cotas de malla, el balanceo vertical de los yelmos emplumados y sus largas capas verdes, los escudos pintados y suspendidos de las sillas de montar. Y ellos también lo sabían, orgullosos a lomos de sus caballos por los senderos oscuros, e incluso éstos llevaban la cabeza alta. No era fácil, desde luego, hacerse con treinta pañuelos en una aldea pequeña, así que la mayoría de los hombres llevaban el cuello y la cara envueltos —tal y como el Dragón había ordenado— en bufandas de invierno, de lana gruesa y rasposa. Estropeaban su cuidada pose y cada dos por tres metían por debajo la mano para rascarse involuntariamente.

Crecí a lomos del caballo de tiro de mi padre, un animal grande y lento que sólo volvía la cabeza para mirarme levemente sorprendido si me ponía a hacer el pino sobre sus anchas grupas, y que no quería saber nada de trotar, y mucho menos de un medio galope. El príncipe Marek nos había subido a los caballos de refresco que habían traído sus caballeros, y éstos eran unos animales totalmente distintos. Una vez que tiré por accidente de las riendas de un modo incorrecto, mi yegua se encabritó mientras sacudía las patas delanteras y avanzaba a saltos con las dos traseras, conmigo asustada y agarrada a sus crines. Tardó un rato en calmarse, por razones igualmente impenetrables para mí, y fue brincando muy satisfecha consigo misma. Al menos hasta que dejamos atrás Zatochek.

No había un lugar concreto en el que terminase el camino del valle. Supongo que antes llegaba mucho más lejos... hasta Porosna, y tal vez hasta alguna otra aldea sin nombre, más alejada y engullida mucho tiempo atrás. Sin embargo, antes de que el crujido del molino del puente de Zatochek se hubiese desvanecido del todo a nuestra espalda, las hierbas y los arbustos empezaron a comerse el camino aquí y allá, y un kilómetro y medio más adelante costaba distinguirlo ya bajo nuestros pies. Los soldados seguían riendo y cantando, pero tal vez los caballos fueran más sabios que nosotros. Redujeron la marcha sin ninguna señal de sus jinetes. Soltaban sonoros bufidos nerviosos, agitaban la cabeza, apuntaban las orejas erguidas hacia delante y hacia atrás, y su piel se sacudía con escalofríos de puro nervio, como si las moscas los estuviesen importunando. Pero no había moscas. Más adelante aguardaba el muro de árboles sombríos.

—Deteneos aquí —dijo el Dragón, y, como si le hubieran entendido y estuviesen encantados con tener una excusa, los animales se detuvieron casi de inmediato, todos ellos—. Bebed un poco de agua y comed algo, si queréis. Que nada más os atraviese los labios una vez estemos bajo los árboles.

Y bajó de su caballo.

Yo desmonté del mío, con mucha precaución.

—Me la llevo —me dijo uno de los soldados, un muchacho rubio de rostro amable y redondeado que tan sólo estropeaba una nariz rota por dos sitios. Le chasqueó la lengua a mi yegua, animado y competente. Todos los hombres se llevaban a sus monturas a beber del río, y se pasaban unas barras de pan y unas cantimploras que contenían licor.

El Dragón me hizo un gesto para que me acercase.

—Ponte tu hechizo de protección, tan denso como sepas —dijo—. Y después trata de aplicárselo a los soldados, si puedes. Yo os pondré otro encima.

—¿Impedirá que las sombras entren en nosotros? —dijo dubitativa—. ¿Incluso dentro del Bosque?

—No. Pero sí las ralentizará. Hay un cobertizo justo a las afueras de Zatochek: lo mantengo provisto de purgativos ante una posible necesidad de entrar en el Bosque.

En cuanto volvamos a salir, iremos allí y nos los administraremos. Diez veces, por muy segura que estés de encontrarte limpia.

Observé a la multitud de jóvenes soldados, charlando y riendo mientras se comían el pan.

—¿Tenéis suficiente para todos ellos?

Les dirigió una fría mirada de certeza, como el barrido de una guadaña.

—Para tantos de ellos como queden —me dijo.

Sentí un escalofrío.

—Todavía pensáis que no es una buena idea. Incluso después de Jerzy.

Del Bosque aún se elevaba una tenue columna de humo, procedente de allí donde se había quemado el árbol-corazón: lo habíamos visto el día anterior.

—Es una idea espantosa —dijo el Dragón—. Pero dejar que Marek os lleve ahí dentro a Solya y a ti sin mí es un plan todavía peor. Al menos yo tengo alguna idea de qué nos podemos esperar. Ven, no disponemos de mucho tiempo.

Kasia me ayudó en silencio a recoger agujas de pino para mi hechizo. El Halcón ya estaba creando por su cuenta un complejo escudo alrededor del príncipe Marek, como un muro resplandeciente de ladrillos que ascendía, uno sobre otro, hasta que lo levantó por encima de la cabeza del príncipe y refulgió entero, como un todo, para contraerse sobre él. Si miraba a Marek de costado, podía atisbar el tenue brillo del muro adherido a su piel. El Halcón colocó otro sobre sí mismo. Me di cuenta de que, sin embargo, no lo hizo con ninguno de los soldados.

Me arrodillé y prendí una humareda con mis agujas y ramas de pino. Cuando el humo llenaba el claro, amargo y reseco, miré al Dragón.

—¿Formuláis el vuestro ahora? —le pregunté.

Noté que el hechizo del Dragón se me asentaba sobre los hombros como cuando te pones un abrigo grueso delante de la chimenea: me picaba y me sentía incómoda, y me hizo pensar en el motivo de su necesidad. Tarareé mi hechizo con los labios cerrados, siguiendo su cántico, e imaginé que terminaba de abrigarme contra lo más crudo del invierno: no sólo era un abrigo, sino mitones, bufanda de lana, gorro con las orejeras abrochadas, pantalones de punto sobre las botas y velos por encima de todo ello, cómoda y abrigada, sin dejar una rendija por la que se pudiera colar el aire frío.

—Colocaos todos el pañuelo —dije, sin apartar la mirada de mi humareda, y por un instante se me olvidó que estaba hablando con hombres adultos, soldados; y lo que resultó más extraño es que hicieron lo que dije. Empujé el humo a mi alrededor de forma que impregnase la lana y el algodón de sus pañuelos y llevase consigo la protección.

La última de las agujas se deshizo en ceniza. El fuego se extinguió. Me puse en pie un tanto inestable, tosiendo a causa del humo, y me froté los ojos, lagrimosos. Después de parpadear, di un respingo: el Halcón me estaba mirando, ávido y penetrante, aun sin dejar de llevarse un pliegue de la capa a la boca y la nariz. Me di la vuelta a toda velocidad y me marché al río a beber y a lavarme el humo de las manos y la cara. No me gustaba la manera en que sus ojos trataban de atravesarme la piel.

Kasia y yo compartimos una barra de pan: la familiar barra diaria del panadero de Dvernik, crujiente, dorada y un pelín amarga, el sabor de todas las mañanas en casa. Los soldados guardaban las cantimploras, se sacudían las migas y regresaban a sus caballos. El sol había asomado sobre los árboles.

—Muy bien, Halcón —dijo el príncipe Marek cuando todos nos encontramos de nuevo a lomos de nuestros caballos. Se quitó el guantelete. Llevaba un anillo por encima de la primera falange del dedo meñique, una delicada banda de oro incrustada con pequeños brillantes azules; el anillo de una mujer—. Mostradnos el camino.

—Situad el dedo pulgar sobre el anillo —dijo el Halcón, que se inclinó desde su propio caballo, pinchó la yema del dedo de Marek con un alfiler de pedrería y lo apretó. Una



gruesa gota de sangre cayó sobre el anillo y tiñó de rojo el oro mientras el Halcón murmuraba un hechizo de búsqueda.

Las piedras azules se tornaron de un morado oscuro. Una luz violácea brilló en torno a la mano del príncipe, y aún siguió luciendo cuando se volvió a poner el guantelete. Levantó el puño ante sí y lo desplazó de un lado a otro: resplandeció cuando lo dirigió hacia el Bosque. Nos condujo hacia delante, y, uno detrás de otro, nuestros caballos cruzaron las cenizas y se adentraron en la oscura arboleda.

En primavera, el Bosque era un lugar distinto al del invierno. Daba la sensación de estar alerta, despierto. Se me erizó la piel al sentir unos ojos vigilantes a nuestro alrededor en cuanto me tocaron las primeras sombras de las ramas. El golpeo de los cascos de los caballos en el suelo sonaba amortiguado al pasar por el musgo y el sotobosque, bordeando zarzas que se estiraban hacia nosotros con unas largas espinas. Unas aves oscuras y silenciosas iban veloces, casi invisibles, de árbol en árbol y nos marcaban el paso. Tuve la repentina seguridad de que, de haber venido sola en primavera, no habría llegado hasta Kasia; no sin pelea.

Ese día, sin embargo, cabalgábamos rodeadas por treinta hombres, todos ellos protegidos con armaduras. Los soldados llevaban largos espadones, antorchas y sacos de sal, tal y como había ordenado el Dragón. Los que cabalgaban en cabeza daban tajos a los matorrales y ensanchaban las sendas al abrirnos camino entre ellos. El resto iba quemando a su paso las zarzas a ambos lados y echaban sal en la tierra del sendero a nuestra espalda para poder retirarnos por el mismo camino por el que habíamos llegado.

Pero sus risas se habían extinguido. Cabalgábamos en silencio salvo por el tintineo amortiguado de los arneses, los golpes secos de los cascos de los caballos en la senda sin vegetación y el murmullo de alguna palabra entre unos y otros aquí y allá. Los animales ni siquiera soltaban ya un leve relincho; observaban los árboles con unos grandes ojos enmarcados en blanco. Todos nos sentíamos perseguidos.

Kasia cabalgaba a mi lado, y llevaba la cabeza baja, muy inclinada sobre el cuello de su caballo. Conseguí alargar la mano y cogerle los dedos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en voz baja.

Apartó la mirada del sendero y señaló hacia un árbol en la distancia, un viejo roble ennegrecido por la caída de un rayo años atrás; con el musgo que se descolgaba de sus ramas muertas, era como una anciana encorvada que se extendiese las faldas para hacer una reverencia.

—Recuerdo ese árbol —me dijo. Dejó caer la mano y miró al frente, entre las orejas de su caballo—. Y aquella piedra roja que hemos pasado, y la zarza gris... Lo recuerdo todo. Es como si no me hubiese marchado. —Ella también susurraba—. Es como si jamás me hubiese ido, y no sé si tú eres real, siquiera, Nieshka. ¿Y si sólo he estado teniendo otro sueño?

Le apreté la mano. No sabía cómo reconfortarla.

—Hay algo cerca —dijo—. Algo ahí delante.

El capitán la oyó y se dio la vuelta.

—¿Algo peligroso?

—Algo muerto —respondió ella, y su mirada descendió sobre la silla, seguía con las manos aferradas a las riendas.

La luz se hacía más intensa a nuestro alrededor, y el sendero se ensanchaba bajo los cascos de los caballos, cuyas herraduras sonaban con un golpeteo hueco. Miré hacia abajo y vi unos adoquines semienterrados bajo el musgo que se había levantado. Di un respingo cuando volví a alzar los ojos: en la distancia, entre los árboles, una cara gris me miraba fijamente con un enorme ojo hueco sobre una boca amplia y rectangular: un granero vacío, derruido por dentro.

—Salid del sendero —dijo el Dragón con rotundidad—. Rodeadla: al norte o al sur, da

igual, pero no atraveséis la plaza, y no os detengáis.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó Marek.

—Porosna —dijo el Dragón—. O lo que queda de ella.

Hicimos girar a los caballos y fuimos al norte, abriéndonos paso entre las zarzas y las ruinas de unas casas pequeñas y pobres vencidas sobre sus vigas y con los tejados de paja hundidos. Intenté no mirar al suelo. El musgo y la hierba lo cubrían en una capa espesa, y los árboles jóvenes y altos se estiraban en busca del sol y ya se extendían sobre nuestras cabezas para quebrar los rayos del sol en un moteado cambiante y en movimiento. Pero aún quedaban siluetas medio enterradas debajo del musgo, una mano de hueso que irrumpía de la tierra aquí y allá, las blancas falanges que asomaban del suave alfombrado verde que atrapaba la luz y resplandecía frío. Por encima de las casas, si miraba hacia el lugar donde habría estado la plaza de la aldea, se extendía un vasto y reluciente baldaquino de plata, y podía oír el lejano susurro de las hojas de un árbol-corazón.

—¿No podríamos hacer un alto y quemarlo? —susurré al Dragón, tan bajo como pude.

—Ciertamente —dijo él—, si utilizásemos un corazón de fuego y nos retirásemos de inmediato por donde llegamos. Sería lo más inteligente.

No mantuvo la voz baja, pero el príncipe Marek tampoco se dio la vuelta, aunque sí nos miraron algunos de los soldados. Los caballos estiraban el cuello, temblando, y aceleramos el paso para dejar a los muertos atrás.

Nos detuvimos un poco más tarde para dar un descanso a los animales. Todos estaban cansados, tanto por el temor como por el esfuerzo. El sendero se había ensanchado al rodear unos terrenos pantanosos en el final de un arroyo primaveral que se secaba ahora que había terminado el deshielo. Aún borboteaba un pequeño reguero que formaba un estanque de agua clara sobre un lecho de roca.

—¿Es seguro permitir que beban los caballos? —le preguntó el príncipe Marek al Dragón, que se encogió de hombros.

—Para el caso... —dijo—. No es mucho peor que hacerles respirar bajo los árboles. De todas formas, tendréis que sacrificarlos a todos después de esto.

Janos se había bajado ya de su montura; le había puesto una mano sobre el hocico para calmar al animal. Volvió la cabeza de golpe.

—¡Son caballos de batalla adiestrados! Valen su peso en plata.

—Y el elixir purgativo vale su peso en oro —dijo el Dragón—. Si tan encariñado estás con ellos, no deberías haberlos traído al Bosque. Pero tampoco te aflijas demasiado. Lo más probable es que no se te llegue a plantear la cuestión.

El príncipe Marek le lanzó una dura mirada, pero no se lo discutió; en cambio, se llevó a Janos aparte y habló con él.

Kasia se había alejado y se encontraba de pie al borde del claro, por donde discurrían unas huellas de venado; apartaba la vista del estanque. Me preguntaba si ya habría visto también aquel sitio en el vagar de su largo encierro. Su mirada se perdía en la oscuridad de los árboles. El Dragón pasó cerca de ella; la miró y dijo algo; vi que Kasia volvía la cabeza hacia él.

—Me pregunto si sabes lo que él te debe —dijo el Halcón a mi espalda, de forma inesperada.

Me sorprendí y volví la cabeza. Mi yegua bebía sedienta. Cogí las riendas y me aproximé un poco al calor de su costado. No dije una palabra.

El Halcón tan sólo arqueó una de sus finas, pulcras y negras cejas.

—El reino no dispone de una cantidad ilimitada de magos. Por ley, el don te sitúa más allá del vasallaje. Ahora tienes derecho a ocupar un lugar en la corte, y al patrocinio del propio rey. Jamás te deberían haber retenido en este valle, para empezar, y mucho menos tratarte como a una esclava.

Señaló mis ropas con un gesto de la mano, hacia arriba y hacia abajo. Me había

vestido igual que si fuera a recolectar a los bosques, con unas botas altas para el barro, unos pantalones sueltos de arpillera cosida y un blusón amplio de color marrón encima de todo ello. Él seguía luciendo su capa blanca, aunque la malicia del Bosque era más fuerte que el hechizo, fuera el que fuese, que había utilizado para mantenerla impoluta en los bosques ordinarios; tenía hilos enganchados por el borde.

Malinterpretó mi expresión vacilante.

—Tu padre es un campesino, supongo.

—Leñador —precisé.

Hizo un gesto con la mano, como si quisiera decir que no había la menor diferencia.

—Entonces no sabes nada de la corte, imagino. Cuando el don surgió en mí, el rey elevó a mi padre a la condición de caballero, y cuando finalicé mi formación, le concedió una baronía. No será menos generoso contigo. —Se inclinó hacia mí, y mi yegua soltó un bufido de burbujas en el agua cuando yo me apreté contra ella—. Da igual lo que hayas oído al crecer en este lugar olvidado, Sarkan no es el único mago eminente de Polnya. Te aseguro que no tienes por qué sentirte atada a él tan sólo por el hecho de que haya encontrado una manera... interesante de valerse de ti. Tengo la certeza de que hay otros magos a los que te podrías aproximar. —Extendió una mano hacia mí e hizo surgir una llama en espiral sobre la palma con el murmullo de una palabra—. ¿No te gustaría probar, quizá?

—¿Con vos? —le solté de un modo nada diplomático; sus ojos se entrecerraron ligeramente por las comisuras. No obstante, no lo lamenté en absoluto—. ¿Después de lo que le habéis hecho a Kasia?

Adoptó una pose de sorpresa ofendida, como quien se pone una segunda capa.

—Os he hecho un favor a las dos. ¿Acaso crees que alguien habría estado dispuesto a aceptar la palabra de Sarkan sobre su cura? Podríamos ser caritativos y llamar excéntrico a tu mecenas por encerrarse aquí lejos y venir a la corte únicamente cuando se le hace llamar, negro como un cielo de tormenta y lanzando advertencias sobre unos desastres inevitables que, no se sabe muy bien por qué, jamás se producen. No cuenta con ningún amigo en la corte, y los pocos que se ponen de su lado son los mismos agoreros que insistían en dar inmediata muerte a tu amiga. De no haber intervenido el príncipe Marek, el rey habría enviado a un verdugo en su lugar, y habría convocado a Sarkan a la capital para responder del delito de haberla dejado vivir tanto tiempo.

Él había venido para convertirse justo en aquel verdugo, pero se diría que no iba a permitir que aquello se interpusiera en sus afirmaciones de haberme hecho un favor. No sabía cómo responder a algo tan descarado; lo único que habría conseguido habría sido un resoplido, pero el Halcón tampoco me forzó a llegar a ese punto. Se limitó a hablarme en un tono de amabilidad que sugería que yo no estaba siendo razonable.

—Piensa un poco en lo que te he dicho. No te culpo por tu ira, pero no permitas que eso te haga rechazar un buen consejo.

E hizo una reverencia de cortesía. Se retiró con elegancia justo cuando Kasia se unía a mí. Los soldados regresaban a sus caballos.

Su expresión era más sobria, y se frotaba los brazos. El Dragón se había ido a montar en su caballo; le eché un vistazo mientras me preguntaba qué le habría dicho a Kasia.

—¿Estás bien? —quise saber.

—Me ha dicho que no tema seguir estando corrompida —contestó. Sus labios temblaron en la sombra de una sonrisa—. Me ha dicho que, si puedo sentir miedo ante ello, es probable que no lo esté. —Entonces, de un modo más sorprendente aún, añadió—: Me ha dicho que sentía haberme causado miedo... de ser elegida, quiero decir. Ha dicho que no volverá a llevarse a nadie.

Yo le había gritado por aquel motivo; en ningún momento esperé que lo hubiese escuchado. Me quedé mirando a Kasia, pero no tuve tiempo de preguntarme nada:

Janos, que ya había montado, echó un vistazo a sus hombres y dijo de repente:

—¿Dónde está Michal?

Hicimos recuento de hombres y monturas, y lo llamamos a voces en todas las direcciones. No hubo respuesta, ni rastro de ramas quebradas u hojas que se sacudiesen y nos mostrasen hacia dónde había ido. Lo habían visto hacía apenas unos instantes, esperando para dar de beber a su caballo. Si el Bosque lo había raptado, había sido sin hacer ruido.

—Suficiente —dijo por fin el Dragón—. Se ha ido.

Janos miró al príncipe en señal de protesta, pero, pasado un instante de silencio, Marek dijo por fin:

—Continuamos. Cabalgad en fila de a dos y no os perdáis de vista los unos a los otros. Con una expresión dura e infeliz, Janos se volvió a cubrir la nariz y la boca con la bufanda e hizo un gesto con la cabeza a los dos primeros soldados, que en un instante retomaron la marcha por el sendero. Continuamos adentrándonos en el Bosque.

Bajo las ramas, resultaba difícil decir qué hora era, cuánto tiempo llevábamos a caballo. Había en el Bosque un silencio atroz: sin el zumbido de insectos, ni siquiera el ocasional crujido de una ramita bajo las patas de un conejo. Nuestros propios caballos apenas hacían ruido, sus cascos se apoyaban en musgo blando, hierba y plantones en vez de tierra. El sendero se acababa. Los hombres de delante tenían que apartar la maleza constantemente para ofrecernos una vía por la que pasar.

Llegó hasta nosotros entre los árboles el tenue sonido del correr del agua. El sendero se abría de nuevo de forma abrupta. Hicimos un alto; me erguí sobre los estribos y, por encima de los hombros del soldado de delante, pude ver apenas un claro entre los árboles. Estábamos de nuevo a orillas del Huso.

Salimos de la arboleda a menos de medio metro sobre el río, en una orilla en suave pendiente. Los árboles y la maleza se inclinaban sobre el agua, unos sauces descolgaban sus largas y frondosas ramas entre los densos juncales que se apiñaban al borde del río, en la maraña de raíces expuestas de los árboles, pálida en contraste con el suelo húmedo. El Huso era lo bastante ancho para que la luz del sol irrumpiese en el centro a través del dosel de árboles entrelazados. Brillaba en la superficie del río sin traspasarla, y supimos que había transcurrido la mayor parte del día. Nos sentamos en silencio un rato largo. Había algo que no encajaba en aquella manera de toparnos con el río, atravesando nuestro camino. Habíamos cabalgado hacia el este, deberíamos haber ido en paralelo.

Cuando el príncipe Marek levantó el puño hacia el agua, el resplandor violeta brilló con fuerza y nos indicó que cruzásemos al otro lado, pero el agua se desplazaba rápida, y no podíamos saber cuán profundo era. Janos lanzó al río una ramita de uno de los árboles: la corriente la arrastró de inmediato y desapareció casi de golpe bajo un ligero y lustroso oleaje.

—Buscaremos un vado —dijo el príncipe Marek.

Dimos la vuelta y continuamos cabalgando en fila de a uno a lo largo del río con los soldados abriendo paso en la vegetación para ofrecer un punto de apoyo en la orilla a los caballos. No hubo ni rastro de huellas de animales que descendiesen a la orilla, y el Huso discurría sin estrecharse nunca. Aquí era un río distinto al del valle, rápido y silencioso bajo los árboles, y ensombrecido por el Bosque tanto como nosotros. Sabía que el río no llegaba a salir nunca por el otro lado, en Rosya; se desvanecía en algún lugar de las profundidades del Bosque, engullido en algún sitio oscuro. Aquí, ante su amplia y oscura extensión, resultaba casi imposible creerse aquello.

En algún lugar a mi espalda, uno de los hombres suspiró profundamente. Era un sonido de alivio, como si estuviera dejando en el suelo una pesada carga. Fue muy sonoro en el silencio del Bosque. Me di la vuelta. La bufanda se le había apartado del rostro: era el joven soldado amable de la nariz rota, el que se había llevado a mi yegua a

abrevarla. Extendió una mano con el cuchillo desenvainado, el metal afilado y reluciente, sujetó la cabeza del hombre que cabalgaba delante de él y le cortó el cuello con un tajo profundo, de oreja a oreja.

El otro soldado murió sin hacer ruido. La sangre salpicó el cuello del animal y las hojas. El caballo se encabritó, relinchó desatado y, tras desplomarse el hombre de su lomo, salió dando tumbos por la maleza y desapareció. El joven soldado con el cuchillo seguía sonriendo. Se tiró de su caballo, al agua.

Nos quedamos paralizados ante lo repentino de la situación. Por delante de mí, el príncipe Marek dio un grito, se bajó de un salto de su montura, y sus botas dejaron un surco en la tierra al deslizarse por la pendiente hasta la orilla. Estiró el brazo y trató de cogerle la mano al soldado, pero éste no se la ofreció a él. Pasó por delante del príncipe, boca arriba, flotando como un madero a la deriva con la capa y la bufanda en una estela sobre el río, detrás de él. Las botas se le llenaron de agua, y las piernas ya se le empezaban a hundir, y, acto seguido, era todo el cuerpo el que estaba sumergido. Vimos una última imagen pálida y fugaz de su rostro redondeado, mirando hacia el sol. El agua se cerró sobre su cabeza, sobre su nariz rota; la capa se hundió en un último bucle verde. El soldado había desaparecido.

El príncipe Marek se había puesto de nuevo en pie. Permaneció abajo, en la orilla, mirando, agarrado al estrecho tronco de un plantón para no perder el equilibrio, hasta que el soldado se hundió. A continuación, se dio la vuelta y trepó pendiente arriba. Janos había desmontado y sujetaba las riendas del caballo de Marek; le ofreció el brazo al príncipe para ayudarlo a subir. Otro de los soldados había cogido las riendas del otro animal que ahora iba sin jinete; estaba temblando y resoplaba, pero se mantenía quieto. Todo volvió a quedar en silencio. El río seguía bajando, las ramas continuaban suspendidas, el sol brillaba en la superficie del agua. No escuchamos un solo ruido del caballo que se había escapado. Era como si nada hubiese sucedido.

El Dragón hizo retroceder a su caballo en la fila y bajó la mirada al príncipe Marek.

—Al anochecer se habrá ido el resto —dijo sin rodeos—, si es que no lo habéis hecho vos también.

Marek levantó la cabeza y lo miró con una expresión por primera vez abierta y falta de confianza; como si acabase de ver algo que iba más allá de su entendimiento. Observé cómo el Halcón, junto a ellos, echaba la vista hacia atrás, sobre la hilera de hombres, sin pestañear, como si su penetrante mirada tratase de ver algo invisible. Marek lo miró; el Halcón le correspondió e hizo un gesto de asentimiento muy leve, una señal de confirmación.

El príncipe se subió a la silla de montar y se dirigió a los soldados que iban por delante de él.

—Abridnos un claro.

Los soldados comenzaron a limpiar la maleza a nuestro alrededor; se les unieron los demás, que iban quemando y echando sal al pasar, hasta que tuvimos limpio el suficiente espacio para reunirnos todos. Los caballos se mostraban ansiosos por meter la cabeza y apretarse los unos contra los otros.

—Muy bien —dijo Marek a los soldados, cuyas miradas se clavaban en él—. Todos sabéis por qué estáis aquí. Todos habéis sido cuidadosamente seleccionados. Sois hombres del norte, los mejores que tengo. Todos vosotros me habéis seguido ante la hechicería de Rosya y habéis formado conmigo un muro contra las cargas de su caballería; no hay uno solo entre vosotros que no luzca las cicatrices de la batalla. Antes de partir, os pregunté a todos si cabalgaríais conmigo al interior de este sombrío lugar; todos dijisteis que sí.

»Bien, no os juraré ahora que os sacaré de aquí con vida; pero tenéis mi juramento de que todo hombre que salga conmigo recibirá los honores que esté en mi mano concederle, y a todos se os hará caballeros terratenientes. Vadaremos el río por aquí,

ahora, lo mejor que podamos, y seguiremos cabalgando juntos: a la muerte o tal vez algo peor, pero lo haremos como hombres, y no como ratoncillos asustados.

A esas alturas ya debían de saber que el propio Marek ignoraba lo que iba a ocurrir; que no se había preparado para las sombras del Bosque. Pero sí pude ver que sus palabras retiraron algo de aquella sombra de sus rostros: un brillo se apoderó de ellos, un profundo aliento. Ninguno de los soldados pidió regresar. Marek cogió el cuerno de caza de la silla de montar. Era un objeto largo, de metal, pulido y reluciente, enroscado sobre sí mismo. Se lo llevó a la boca y sopló con todas sus fuerzas en un estruendo marcial con el que no tenía por qué darme un vuelco el corazón, pero lo hizo: estridente y altisonante. Los caballos piafaron y movieron las orejas hacia delante y hacia atrás, y los soldados desenvainaron las espadas y rugieron al son de aquella nota. Marek dio media vuelta a su montura y nos condujo en una carga al galope por la pendiente, al agua fría y oscura, y todos los demás caballos lo siguieron.

El río me golpeó en las piernas como una sacudida cuando nos zambullimos en él formando una espuma que apartaba el ancho pecho de mi yegua. Continuamos avanzando. El agua me ascendía por las rodillas, sobre los muslos. Mi yegua llevaba la cabeza muy alta, resoplando mientras las patas golpeaban el lecho del río sin dejar de avanzar y de intentar hacer pie en el fondo.

En algún lugar detrás de mí, un caballo tropezó y perdió pie. El agua lo tumbó de golpe y lo echó contra el caballo de otro soldado. El río los barrió y se los tragó enteros. No nos detuvimos, no había forma de pararse. Busqué a ciegas un hechizo, pero no se me ocurría nada: el agua rugía, y ya habían desaparecido.

El príncipe hizo sonar de nuevo el cuerno: su caballo y él ascendían por la otra orilla dando bandazos, y Marek lo espoleó para que continuase y se adentrara en los árboles. Uno a uno fuimos saliendo del río, empapados, y continuamos avanzando sin detenernos: todos al galope a través de la maleza, siguiendo el fulgor violáceo del resplandor de Marek, más adelante, siguiendo la llamada de su cuerno. Los árboles nos azotaban al pasar. El sotobosque era menos denso en aquel lado del río, los troncos más grandes y más distanciados. Ya no cabalgábamos en fila: veía a algunos de los demás caballos esquivando los árboles a mi altura mientras volábamos, mientras escapábamos, conforme huíamos tanto como cargábamos al ataque. Había dado las riendas por perdidas, y ahora me agarraba sin más a mi caballo con los dedos enredados en sus crines, inclinada sobre su cuello y apartada de los latigazos de las ramas. Pude ver a Kasia cerca de mí, y el brillo fugaz de la capa blanca del Halcón por delante.

La yegua jadeaba bajo mi peso, se estremecía, y supe que no podría aguantar; hasta los caballos de batalla más fuertes y adiestrados perderían pie al cabalgarlos así después de atravesar las frías aguas de un río.

—*Nen elshayon* —le susurré al oído—. *Nen elshayon*. —Y le insuflé unas pocas fuerzas, un poco de calor.

La yegua irguió la magnífica cabeza y la sacudió agradecida, y cerré los ojos y traté de que llegara a todos los demás, diciendo «*Nen elshayine*» mientras extendía una mano hacia el caballo de Kasia como si lanzase una cuerda.

Sentí que enganchaba aquel lazo imaginario; lancé más de ellos, y los caballos se fueron juntando y corriendo de nuevo con más facilidad. El Dragón me dirigió una fugaz mirada hacia atrás, sobre el hombro. Seguimos avanzando, cabalgando detrás del sonido del cuerno, y por fin empecé a ver que algo se movía entre los árboles. Eran caminantes, muchos, y venían muy rápido hacia nosotros moviendo al unísono aquellas patas suyas que eran como palos. Uno de ellos estiró un largo brazo y arrancó a un soldado de su montura, pero los estábamos dejando atrás, como si no se esperasen nuestra carga en tropel. Atravesamos juntos un muro de pinos, salimos a un amplio claro con un salto de los caballos para salvar una barrera de maleza, y nos

encontramos ante un monstruoso árbol-corazón.

El tronco era más grueso que el costado de un caballo, y se elevaba en una inmensidad de ramas que se expandían cargadas de unas hojas de un pálido color verde plata y unos pequeños frutos dorados que desprendían un hedor terrible. Y desde debajo de la corteza nos miraba un rostro humano cubierto y difuminado hasta convertirse en una mera sugestión, con las manos cruzadas sobre el pecho como un cadáver. Dos grandes raíces se bifurcaban al pie del árbol, y en el hueco que quedaba entre ellas descansaba un esqueleto prácticamente sepultado por el musgo y las hojas en estado de descomposición. Una raíz más pequeña se retorció y salió a través de una de las órbitas de los ojos, y la hierba se alzaba por entre las costillas y los fragmentos oxidados de cota de malla. Sobre el cuerpo quedaban los restos de un escudo, apenas visible la marca del águila negra de dos cabezas: el emblema real de Rosya.

Detuvimos los caballos, con sus jadeos y resoplidos, a muy poca distancia de las ramas del árbol. Oí a mi espalda un restallido repentino similar al de la puerta de un horno cuando la cierras de golpe, y en ese preciso instante me golpeó algo muy pesado que había salido de la nada, y me tiró de la silla. Me di contra el suelo y me hice daño; me quedé sin aire en los pulmones, me raspé el codo y me magullé las piernas.

Me retorcí. Tenía a Kasia encima: me había tirado del caballo. Levanté la vista más allá de ella. Mi yegua estaba por los aires, sobre nosotras, descabezada. Una monstruosidad similar a una mantis religiosa la sujetaba con las patas delanteras. La mantis se confundía con el árbol-corazón, de fondo: unos ojos estrechos con la misma forma que sus frutos y un cuerpo del mismo verde plateado de las hojas. Le había arrancado la cabeza a la yegua de un solo mordisco, en el mismo movimiento de acometida. A nuestra espalda había caído otro soldado decapitado y un tercero gritaba, sin una pierna, retorciéndose presa de otra mantis: había una docena de aquellas criaturas, estaban saliendo de los árboles.

La mantis plateada dejó caer mi yegua al suelo y escupió la cabeza. Kasia trataba de levantarse y tiraba de mí. Todos fuimos presa del horror por un instante, y el príncipe Marek soltó un grito inarticulado y asestó un golpe con el cuerno a la mantis en la cabeza. Desenvainó la espada.

—¡Cerrad filas! ¡Colocad a los magos detrás de nosotros! —rugió, y espoleó a su caballo para avanzar y situarse entre aquella cosa y nosotros blandiendo su espada ante ella. La hoja le rasgó el caparazón y le arrancó una larga tira translúcida como quien pela una zanahoria.

Aquellos caballos demostraron que realmente valían su peso en plata: no sentían pánico ahora, tal y como le habría sucedido a cualquier bestia, sino que se encabritaban y soltaban coces entre relinchos estridentes. Los cascos impactaban en los caparazones de las mantis con unos golpes que sonaban huecos. Los soldados formaron algo parecido a un círculo alrededor de Kasia y de mí, y el Dragón y el Halcón aproximaron sus monturas a nuestros flancos. Todos los soldados llevaban las riendas entre los dientes; la mitad de ellos ya había desenvainado y formaba un muro de puntas erizadas para protegernos mientras el resto se colocaba primero el escudo en el brazo.

Las criaturas con aspecto de mantis salían de los árboles para rodearnos. Aún costaba verlas en el moteado de luz con los árboles en movimiento, pero habían dejado de ser invisibles. No se movían como los caminantes, rígidos y lentos, sino que avanzaban a paso ligero sobre cuatro patas mientras agitaban las pinzas dentadas de sus patas delanteras.

—*¡Suitah liekin, suitah lang!* —gritó el Halcón, e invocó aquel fuego blanco fulgurante que había utilizado en la torre. Lo lanzó como si fuera un látigo para enroscarlo en las patas delanteras de la mantis más cercana, que se erguía para atrapar a otro soldado. Tiró de la cuerda como un hombre que contuviese a una res que se revuelve, y arrastró a la mantis hacia delante: allá donde el fuego presionaba el caparazón surgía el amargo olor del aceite quemado, crepitando, y se desprendían unos hilos de humo blanco que se elevaban en volutas.

Desequilibrada, la mantis daba dentelladas al aire con sus terribles mandíbulas. El Halcón le tiró de la cabeza con el látigo, y uno de los soldados le asestó un tajo en el cuello.

No me esperaba mucho de aquello: en el valle, nuestras hachas, guadañas y espadas comunes apenas arañaban la piel de los caminantes. Aquella espada, sin embargo, se clavó profunda. Esquirlas de quitina volaron por los aires, y el hombre al otro lado le clavó la punta de su espada en el lugar donde el cuello se le unía a la cabeza. Cargó con su peso contra la empuñadura y hundió el acero. El caparazón de la mantis crujió con estruendo como la pata de un cangrejo, bajó la cabeza, y las mandíbulas quedaron inertes. El cuerpo rezumaba icor sobre la hoja de la espada, humeante, y por un segundo vi el resplandor de unas letras doradas en la neblina, antes de que se volvieran a fundir con el acero.

No obstante, y a pesar de que la mantis moría, su cuerpo entero siguió avanzando, atravesó el círculo y casi tumba al caballo del Halcón. Otra mantis se asomó por la brecha abierta y trató de capturarlo, pero el mago agarró las riendas con una mano y controló su montura cuando ésta fue a encabritarse; llevó entonces hacia atrás su látigo de fuego y lo hizo restallar contra la cara de la segunda mantis.

En el suelo con Kasia, apenas podía ver mucho más del combate. Oía al príncipe Marek y a Janos alentar a gritos a los soldados, y el estridente sonido del metal contra los caparazones. Todo era ruido y confusión, y sucedía tan rápido que casi no me daba tiempo ni de respirar, y mucho menos pensar. Con los ojos desorbitados, levanté la vista al Dragón, que se peleaba con su propio caballo, asustado; lo vi gruñir algo para



el cuello de su camisa y sacar los pies de los estribos. Le lanzó las riendas a uno de los soldados —un hombre cuyo caballo caía con un terrible corte abierto en el pecho— y desmontó, pie a tierra junto a nosotras.

—¿Qué debo hacer? —le dije a voces. Buscaba en vano un hechizo, a tientas—. *¿Murzhetor...?*

—¡No! —me gritó sobre aquella cacofonía. Me agarró por el brazo y me dio la vuelta, mirando al árbol-corazón—. Hemos venido a por la reina. Si nos desgastamos librando una batalla inútil, todo esto habrá sido para nada.

Nos habíamos situado lejos del árbol, pero las mantis nos estaban llevando poco a poco hacia él, nos metían a la fuerza bajo sus ramas, y el olor de sus frutos me quemaba los orificios nasales. El tronco era gigantesco. Jamás había visto un árbol tan grande, ni en el más espeso de los bosques, y su tamaño tenía algo de grotesco, como una garrapata hinchada y llena de sangre.

Una simple amenaza no funcionaría esta vez, aunque hubiera sido capaz de aunar la ira para invocar *fulmia*: el Bosque no iba a entregar a la reina ni siquiera para salvar un árbol-corazón tan grande, no ahora que sabía que podíamos acabar con el árbol más adelante, al purgarla. No me imaginaba qué le podríamos hacer a este árbol: la corteza lisa brillaba dura como el metal. El Dragón lo observaba con los ojos entrecerrados, mascullando mientras movía las manos, pero antes incluso de que el flujo de la llama saltase e impactara contra la corteza, supe de manera instintiva que no serviría de nada; y tampoco creía que las espadas encantadas de los soldados pudiesen siquiera arañar aquella madera.

El Dragón siguió intentándolo: hechizos de ruptura, de apertura, de frío y de relámpagos, sistemático aun cuando el combate se recrudecía a nuestro alrededor. Buscaba algún punto débil, alguna grieta en la armadura, pero el árbol lo resistía todo, y el olor de sus frutos se intensificó. Habíamos matado a otras dos de aquellas criaturas con aspecto de mantis; cuatro soldados más estaban muertos. Kasia soltó un grito ahogado cuando algo rodó y me golpeó el pie con un ruido sordo; miré hacia abajo y vi la cabeza de Janos, sus claros ojos azules aún clavados en una mirada penetrante con el ceño fruncido. Me aparté de un salto, horrorizada, tropecé y caí de rodillas, asqueada de repente y sin poder evitarlo: vomité sobre la hierba.

—¡Ahora no! —me gritó el Dragón como si hubiese podido controlarlo.

Jamás había visto un combate, no como éste, tal matanza. Los hombres morían como si fueran reses. Sollocé apoyada en el suelo con las manos y con las rodillas, las lágrimas cayeron en la tierra, y entonces agarré las raíces más gruesas que había cerca de mí.

—*Kisara, kisara, vizh* —pronuncié como en un cántico.

Las raíces se agitaron.

—*Kisara* —volví a decir, una y otra vez, y unas gotitas de agua comenzaron a concentrarse en la superficie de las raíces, supurando de ellas y rodando para unirse a otros puntos minúsculos y húmedos, uno tras otro, tras otro. La humedad se extendió y se convirtió en un círculo entre mis manos. Las raíces más delgadas que estaban al aire se arrugaban sobre sí mismas—. *Tulejon vizh* —susurré persuasiva—. *Kisara*.

Las raíces empezaron a contorsionarse y a retorcerse en el suelo como lombrices gruesas mientras el agua rezumaba de ellas en finos arroyuelos. Ya tenía barro entre las manos, que se extendía y se alejaba de las raíces más grandes y dejaba más de ellas al descubierto.

El Dragón se arrodilló a mi lado. Entonó un encantamiento que me sonaba vagamente familiar, algo que ya había escuchado en una ocasión: en la primavera posterior al Año Verde —recordé—, cuando vino a ayudar con la recuperación de los campos. Entonces nos trajo agua del Huso en unos canales que se abrieron solos desde el río hasta nuestros asolados y yermos campos. Esta vez, en cambio, los estrechos canales

partían del árbol-corazón y, conforme mi cántico extraía el agua de las raíces, se la llevaba lejos de allí; el suelo alrededor de las raíces comenzó a desecarse y desertizarse, y el barro crujió para convertirse en polvo y arena.

Kasia nos agarró entonces a los dos por el brazo y casi nos levantó del suelo, tiró de nosotros a trompicones hacia delante. Los caminantes que habíamos dejado atrás en la arboleda salían ahora al claro, como si hubieran estado aguardando al acecho. La mantis plateada había perdido una pata, pero mantenía su ataque con violentos bandazos de un lado a otro y soltando latigazos con sus extremidades dentadas allá donde una brecha se lo permitía. Aquellos caballos por los que Janos se preocupó ya habían caído prácticamente todos, o habían huido. El príncipe Marek luchaba a pie, hombro con hombro con dieciséis de los suyos en una hilera con los escudos superpuestos formando un muro y con el Halcón lanzando latigazos de fuego desde detrás de ellos, pero nos estaban acorralando, cada vez más cerca del tronco. Las hojas del árbol-corazón se agitaban en el viento en un espantoso susurro más y más fuerte, y ya estábamos casi al pie del árbol. Respiré hondo y casi vuelvo a vomitar a causa del horrible hedor dulzón de sus frutos.

Uno de los caminantes trató de flanquear la línea y asomó la cabeza para vernos. Kasia cogió una espada del suelo, caída de la mano de un soldado, y la blandió formando un enorme arco lateral. La hoja golpeó el costado del caminante y lo astilló con un crujido como el de una rama al quebrarse. Cayó hecho un fardo de convulsiones.

El Dragón tosía a mi lado por el hedor de los frutos, pero retomamos nuestro cántico, a la desesperada, y sacamos más agua de las raíces. Allí, tan cerca del árbol, las más gruesas se resistieron al principio, aunque nuestros hechizos unidos les extrajeron el agua, se la extrajeron al suelo, y la tierra empezó a desmoronarse alrededor del árbol. Las ramas temblaban: el agua comenzaba también a descender por el tronco en densas gotitas teñidas de verde. Las hojas se iban secando y cayendo sobre nosotros como una lluvia, pero entonces oí un terrible chillido: la mantis plateada había atrapado a otro de los hombres que formaban la hilera, y esta vez no lo mató. Le arrancó de un mordisco la mano que sujetaba la espada y a él lo lanzó a los caminantes.

Los caminantes se estiraron, cogieron frutos del árbol y se los metieron en la boca a la fuerza al soldado, que gritaba y se atragantaba entre los caminantes, pero éstos le metieron más y le obligaron a cerrar la boca con churretes de jugo que le caían por la cara. Todo su cuerpo se arqueó y se sacudió mientras lo sujetaban. Lo suspendieron boca abajo sobre la tierra. La mantis le perforó la garganta con una punta afilada de su tenaza, y la sangre manó de él a borbotones y regó como un diluvio las agostadas raíces.

El árbol emitió el sonido de un suspiro, estremecido, al filtrarse por las raíces unas finas líneas rojas que se desvanecían en la plata de su tronco. Yo sollozaba horrorizada al ver cómo el rostro del soldado se le vaciaba de vida, cuando un cuchillo se le clavó en el pecho y se le hundió hasta el corazón: lo había lanzado el príncipe Marek.

Gran parte de nuestro trabajo había quedado deshecho, y los caminantes nos acorralaban a todos, a la espera, y se diría que ávidos: los hombres se fueron juntando entre jadeos. El Dragón masculló una maldición; se volvió hacia el árbol y utilizó otro hechizo, uno que ya le había visto usar para dar forma a sus frascos para las pociones. Lo formuló, alargó la mano hacia la arena desecada alrededor de nuestros pies y empezó a sacar cuerdas y madejas de cristal reluciente. Las lanzó sobre las raíces expuestas, las hojas que caían. A nuestro alrededor comenzaron a prenderse pequeñas hogueras que formaron una neblina de humo.

Yo temblaba, aturdida con tanto horror y tanta sangre. Kasia me empujó detrás de ella, espada en mano, para protegerme aun cuando las lágrimas también rodaban por su rostro.

—¡Cuidado! —gritó, y me di la vuelta para ver cómo se partía una gran rama por encima de la cabeza del Dragón. Le cayó en el hombro con todo su peso y lo lanzó hacia delante.

El Dragón se agarró al tronco de forma instintiva y dejó caer la cuerda que sostenía. Intentó apartarse, pero el árbol ya se estaba apoderando de él, la corteza ya le crecía sobre las manos.

—¡No! —grité y traté de agarrarlo.

Consiguió liberar una mano a costa de la otra, la corteza plateada le ascendió hasta el codo, las raíces salían disparadas del suelo y se le enroscaban en la pierna, atrayéndolo. Le desgarraban la ropa. Cogió una bolsita que llevaba en la cintura, soltó el lazo de un tirón y me puso algo en las manos: borboteaba, un frasco que refulgía en un violeta rojizo. Era el corazón de fuego, una dracma, y el Dragón me sacudió el brazo.

—¡Ahora, insensata! ¡Si me atrapa a mí, estáis todos muertos! ¡Quémalo y echad a correr!

Levanté la vista del frasco y lo miré a él. El Dragón quería que prendiese fuego, me daba cuenta; quería que quemase el árbol... y a él.

—¿Crees que querría vivir así? —me dijo con voz tensa y los dientes apretados, como si estuviera hablando mientras presenciaba el horror: la corteza ya le había engullido una de las piernas y le había ascendido casi hasta el hombro.

Kasia estaba a mi lado, con cara pálida y abatida.

—Nieshka, es peor que morir. Es peor.

Me quedé con el frasco agarrado en la mano, brillando entre los dedos, y luego le puse la mano en el hombro al Dragón y le dije:

—*Ulozishtus*. El hechizo de purga. Formuladlo conmigo.

Me miró fijamente. A continuación, hizo un gesto breve y brusco de asentimiento.

—Dale a ella el frasco —dijo apretando los dientes. Le entregué a Kasia el corazón de fuego y cogí la mano del Dragón, y pronunciamos juntos el hechizo.

—*Ulozishtus, ulozishtus* —susurré con la constancia del son de un tambor, y él se unió a mí, y recitamos el largo cántico preciso. Sin embargo, no permití que la magia purgativa fluyese: la contuve. En mi mente, había levantado un dique ante su poder, dejé que nuestro hechizo conjunto colmase un inmenso pantano en mi interior mientras el ardid crecía y crecía.

El calor creciente de la magia me llenaba, me quemaba, intenso, casi insoportable. No podía respirar, con los pulmones aplastados contra la caja torácica; el corazón se afanaba por latir. No podía ver: el combate proseguía en algún lugar a mi espalda, sólo como un clamor distante: gritos, el siniestro sonido de los caminantes, el tañido hueco de las espadas. Se acercaba más, cada vez más. Sentí la espalda de Kasia presionada contra la mía; estaba convirtiéndose en un último escudo. El corazón de fuego canturreaba alegre y hambriento en el frasco que ella sostenía, con la esperanza de que lo dejaran salir, la esperanza de devorarnos a todos, casi reconfortante.

Contuve el ardid tanto como pude, hasta que flaqueó la voz del Dragón, y entonces volví a abrir los ojos. La corteza le había ascendido por el cuello hasta la mejilla. Le había sellado la boca, se le arrastraba alrededor del ojo. El Dragón me apretó la mano una vez, y en ese instante vertí la energía a través de él, a través del canal parcialmente formado hasta el árbol devorador.

El Dragón se puso rígido, se le abrieron mucho los ojos y se le perdió la mirada. Tenía la mano aferrada a la mía en un agónico silencio. Acto seguido, la corteza sobre su boca se arrugó y se desprendió escamada como una serpiente monstruosa que mudase la piel, y el Dragón gritó. Me aferré con ambas manos a la suya, mordiéndome el labio contra el dolor de la fuerza brutal con la que me agarraba sin dejar de gritar mientras el árbol se ennegrecía y se chamuscaba a su alrededor, y crepitaban las hojas

en llamas por encima de nosotros. Caían como fracciones de ceniza que causaban escozor entre el hediondo olor de los frutos que se cocían y se licuaban. El jugo descendía por las ramas, y la savia salía a presión de los troncos y la corteza en brotes hirvientes.

Las raíces prendieron con la facilidad de la leña bien seca, tanta era el agua que les habíamos extraído. La corteza se soltaba y se desprendía en grandes tiras. Kasia agarró al Dragón por el brazo y tiró de su cuerpo inerte, lleno de ampollas y quemaduras, para apartarlo del árbol. Le ayudé a sacarlo de allí entre la humareda que se estaba formando, y ella se dio entonces media vuelta y volvió a meterse en la neblina. A duras penas pude ver cómo agarraba un trozo de corteza y lo arrancaba en una gruesa lámina; le dio un tajo al árbol con la espada, hizo palanca para abrirlo y se desprendieron más trozos por los lados. Dejé al Dragón en el suelo y fui dando tumbos a ayudarla: el árbol estaba demasiado caliente para tocarlo, pero apoyé en él las manos de todas formas y, tras un instante en busca de una solución, solté de golpe:

—*jllmeyon!* Sal fuera, sal fuera —dije como si fuese Jaga llamando a un conejillo para que saliese de una madriguera para la cena.

Kasia le dio otro tajo que abrió una rendija en la madera, y a través de ella vi una franja del rostro de una mujer, inexpresiva, la mirada de un ojo azul. Kasia introdujo las manos por los bordes de la abertura y empezó a retirar más madera, a quitarla a pedazos, y la reina asomó de repente por el agujero, su cuerpo se inclinó inerte hacia delante y se separó la madera, que quedó hueca con la forma de una mujer, y de su cuerpo cayeron unos fragmentos de tela reseca que se incendiaron nada más asomar la reina por la abertura. Se detuvo y quedó suspendida: la cabeza no se liberaba, sujeta por una maraña de cabello rubio increíblemente largo e incrustado en la madera a su alrededor. Kasia le asestó un tajo descendente a la nube de pelo, y la reina quedó libre y cayó en nuestros brazos.

Estaba tan inerte y pesaba tanto como un tronco. Nos envolvía una espiral de humo y de fuego, y las ramas gemían y se agitaban sobre nosotras: el árbol se había convertido en una columna de llamas. El corazón de fuego rugía con tal fuerza en su frasco que me daba la sensación de poder oírlo físicamente, ansioso por salir y unirse a la llamarada.

Avanzábamos dando tumbos, y Kasia prácticamente nos arrastraba a los tres: a la reina Hanna, al Dragón y a mí. Salimos de debajo de las ramas del árbol, al claro, y caímos al suelo. De todos los soldados, sólo quedaban el Halcón y el príncipe Marek, luchando espalda contra espalda y con una feroz pericia, y la espada de Marek se iluminaba con el mismo fuego blanco que sostenía el Halcón. Los últimos cuatro caminantes se reagruparon. Se lanzaron en una acometida repentina; el Halcón los retuvo con un latigazo de fuego en forma de círculo, Marek escogió uno y saltó a por él entre la llamarada: lo atrapó por el cuello con su puño envuelto en cota de malla y rodeó el cuerpo con las botas, con un pie enganchado por debajo de una de las patas delanteras. Hincó la espada con fuerza entre la base del cuello y el resto del cuerpo, y se retorció en un movimiento casi exacto al de arrancar una ramita del tronco de un árbol, y la estrecha y larga cabeza del caminante se astilló y se partió.

Marek dejó caer el cuerpo entre convulsiones y se volvió a lanzar a través del anillo de fuego —que se extinguía—, antes de que el resto de caminantes pudiera echarse encima. Había otros cuatro muertos tirados en el suelo de la misma forma exacta: al parecer, el príncipe había descubierto un método para matarlos. Al final, los caminantes casi lo atraparon, y Marek se tambaleaba de cansancio. Se había deshecho del yelmo. Bajó la cabeza y se pasó la manga del tabardo por la frente sudorosa, entre jadeos. El Halcón flaqueaba también a su lado. Aunque sus labios no dejaban de moverse, la intensidad del fuego plateado en sus manos disminuía; la capa blanca estaba tirada por los suelos y desprendía humo allá donde caían sobre ella las hojas ardiendo. Los tres

caminantes retrocedieron y se prepararon para otra acometida; el Halcón se irguió.

—Nieshka —dijo Kasia para espabíllame en mi mirada perdida, y trastabillé hacia delante con la boca abierta.

Ronca por el humo, sólo conseguí soltar un gruñido irregular. Hice un esfuerzo para volver a coger aliento.

—*Fulmedesh* —conseguí susurrar, o al menos logré sugerir la expresión lo suficiente para dar forma a mi magia al tiempo que me dejaba caer y ponía las manos en el suelo. La tierra se quebró en una línea que se alejaba de mí, abierta bajo los caminantes. Cuando cayeron, el Halcón lanzó una llamarada de fuego a la grieta, que se cerró con ellos dentro.

Marek se dio la vuelta y de repente echó a correr hacia mí, que me incorporaba dando tumbos. Se deslizó por el suelo con los pies por delante y me barrió las piernas. La mantis plateada había salido de la nube de llamas del árbol-corazón con las alas ardiendo, crepitando en el fuego, en busca de una venganza final. Levanté la vista a aquellos ojos dorados, inhumanos; sus espantosas tenazas cogieron impulso para una nueva acometida. Marek estaba tumbado en el suelo bajo su abdomen. Colocó la espada contra una juntura del caparazón y, de una patada, le hizo perder el apoyo de una de las tres patas que le quedaban. La mantis cayó y se empaló en el acero en el preciso instante en que Marek se levantaba con fuerza: la criatura se sacudió descontrolada, cayó de espaldas, y él le propinó una última coz para sacar la espada y sumarla al fuego voraz del árbol-corazón. La mantis estaba inmóvil.

Marek se volvió y tiró de mí para ponerme en pie. Me temblaban las piernas, todo el cuerpo me tiritaba. No era capaz de mantenerme erguida. Yo siempre había dudado de las historias bélicas, las canciones de las batallas: las peleas ocasionales entre los chicos en la plaza de la aldea siempre acababan en barro, arañazos y hemorragias nasales, mocos y lágrimas, nada elegante ni glorioso, y no veía cómo el hecho de añadir espadas y muerte a la mezcla podía mejorarlas lo más mínimo. Pero no me habría podido imaginar el horror de esto.

El Halcón avanzó a trompicones hasta otro hombre que estaba tirado, acurrucado, en el suelo. Llevaba un frasco con algún elixir en el cinto: le dio un trago al hombre y le ayudó a ponerse en pie. Juntos fueron hasta un tercero al que sólo le quedaba un brazo: le había cauterizado el muñón en el fuego, y yacía aturdido en el suelo, boca arriba. Dos hombres quedaban, de treinta.

El príncipe Marek no parecía abatido. Se pasó de nuevo un brazo por la frente, despreocupado, y se restregó más hollín por la cara. Ya había recobrado el aliento, prácticamente; su pecho se hinchaba y deshinchaba, pero con facilidad, no con los esforzados jadeos que yo apenas lograba dar mientras él cargaba conmigo y me apartaba de las llamas, al cobijo más fresco de los árboles más allá del límite del claro. No me habló. No sé si me reconocía siquiera: tenía los ojos medio vidriosos. Kasia se unió a nosotros con el Dragón cargado al hombro; se mantenía en pie con una incongruente facilidad bajo aquel peso muerto.

Marek pestañeó unas pocas veces más mientras el Halcón traía a los dos hombres hacia nosotros, y por fin pareció reparar en la hoguera del árbol, que se extendía, y las ramas ennegrecidas que caían.

Aumentó la intensidad con la que me sujetaba el brazo hasta volverse dolorosa, me magullaba, y se me clavaban los bordes del guantelete por mucho que yo tratase de soltarlo. Se volvió hacia mí y me sacudió con unos ojos desorbitados de ira y de horror.

—¿Qué has hecho? —me gruñó con voz áspera por el humo, y se quedó muy quieto de repente.

La reina se hallaba ante nosotros, inmóvil, en el resplandor dorado de la luz del árbol en llamas. Tenía el aspecto de una estatua, en el lugar donde Kasia la había colocado de pie, y sus brazos oscilaban en los costados. Su cabello, recortado, era tan rubio

como el de Marek, fino y elegante; le flotaba alrededor de la cabeza como una nube. El príncipe la miró con una expresión abierta como el pico de un pajarillo hambriento. Me soltó y alargó una mano.

—¡No la toqueis! —dijo el Halcón, rotundo y ronco a causa del humo—. Traed las cadenas.

Marek se detuvo. No apartó la vista de ella. Por un instante pensé que no lo escucharía; se dio la vuelta y atravesó a trompicones los restos ruinosos del campo de batalla hasta llegar al cadáver de su caballo. Las cadenas que el Halcón le había puesto a Kasia mientras la examinaba estaban envueltas en un trapo en la parte de atrás de su silla de montar. Marek tiró de ellas y las trajo consigo cuando regresó con nosotros. El Halcón tomó el yugo de sus manos, con el trapo, y se dirigió hacia la reina con suma cautela, tan precavido como si se aproximase a un perro rabioso.

Ella no se movió, sus ojos no pestañearon; era como si ni siquiera lo viese. Aun así, el Halcón vaciló, volvió a pronunciar sobre sí mismo el hechizo de protección, colocó el yugo en el cuello de la reina con un solo movimiento veloz y retrocedió. Ella seguía sin moverse. El Halcón volvió a extender la mano, con el paño aún, y le cerró los grilletes en las muñecas, uno detrás del otro. Acto seguido le puso el paño sobre los hombros.

Sonó el estruendo de un terrible crujido a nuestra espalda. Todos nos sobresaltamos como conejillos. El tronco del árbol-corazón se había partido en dos, de arriba abajo, y una enorme mitad empezaba a inclinarse. Cayó con un rugido estrepitoso y aplastó los robles centenarios del borde del claro; una nube de chispas anaranjadas tronó al elevarse del núcleo del tronco. La segunda mitad prendió entera en llamas de forma repentina: se consumió, con un bramido, y las ramas se agitaron una vez más y se quedaron quietas.

El cuerpo de la reina cobró vida con un espasmo agarrotado; las cadenas se rozaron y tintinearón en un quejido metálico cuando ella se movió y se apartó de nosotros dando tumbos con ambos brazos extendidos hacia delante. El paño se le cayó de los hombros, aunque ella no lo advirtió. Se tanteaba el rostro con unas uñas demasiado largas, enroscadas, y se arañaba con un gemido grave e incoherente.

Marek dio un paso al frente y la sujetó por los grilletes de las muñecas. Ella lo apartó de forma convulsiva y con una fuerza antinatural. Luego se detuvo y clavó sus ojos en él. El príncipe trastabilló hacia atrás y recuperó el equilibrio, erguido. Ensangrentado, sucio de hollín y sudor, Marek seguía teniendo el aspecto de un guerrero y de un príncipe; el emblema verde era aún visible en su pecho, la corona sobre la hidra. Ella se quedó observando el emblema, y después miró a Marek. No dijo nada, pero sus ojos no se apartaban de él.

El joven tomó aliento, rápido y áspero, y dijo:

—Madre.

Ella no le respondió. Marek aguardó con los puños cerrados y los ojos clavados en su rostro, pero la reina no respondió.

Permanecimos en silencio, agobiados, respirando aún el humo del árbol-corazón, de los cadáveres de los hombres y las criaturas del Bosque que continuaban quemándose. El Halcón recobró por fin la compostura y avanzó renqueante. Levantó las manos hacia el rostro de la reina y vaciló un segundo, pero ella no se inmutó ante él. Le puso las manos en las mejillas y la volvió hacia él. La examinó, y sus pupilas se expandieron y se contrajeron, cambiaron de forma; el color de sus iris pasó del verde al amarillo y después al negro.

—No hay nada. No encuentro en ella ninguna corrupción, en absoluto —dijo con voz ronca y dejó caer las manos.

Pero tampoco había ninguna otra cosa. No nos miraba, y si lo hacía, era peor aún; la desorbitada mirada de sus ojos no veía nuestros rostros. Marek permanecía inmóvil, respirando en fuertes jadeos, sin quitarle la vista de encima.

—Madre —volvió a decir—. Madre, soy Marek. He venido a llevaros a casa.

El rostro de la reina no cambió. El horror inicial se había desvanecido. Sus ojos miraban extraviados ahora, vacíos, estaba hueca por dentro.

—Una vez hayamos salido del Bosque... —empecé, pero mi voz pereció en la garganta. Me sentía rara, con náuseas. ¿Llegabas alguna vez a salir del Bosque, si habías pasado veinte años dentro?

Pero Marek aceptó la sugerencia.

—¿Por dónde? —quiso saber mientras volvía a envainar la espada.

Me pasé una manga por la cara para apartar la ceniza. Me miré las manos, agrietadas, con ampollas y manchadas de sangre. El todo, de una parte.

—*Loytalal* —susurré a mi sangre—. Llévame a casa.

Los conduje al exterior del Bosque lo mejor que pude. No sabía qué haríamos si nos encontrábamos con otro caminante, y mucho menos con otra mantis. Distábamos mucho de aquella flamante compañía que se había adentrado a caballo en el Bosque por la mañana. En mi mente, nos imaginaba como a una partida de recolectores que atravesaba silenciosa los bosques camino a casa antes de la puesta de sol, e intentaba no espantar a un solo pájaro. Escogí nuestro camino con sumo cuidado entre los árboles. No teníamos ninguna posibilidad de abrírnos paso, así que nos tocó limitarnos a seguir las pistas de los venados y el sotobosque menos espeso.

Nos escabullimos del Bosque media hora antes del anochecer. Salí renqueante del cobijo de los árboles, todavía siguiendo el resplandor de mi hechizo: «A casa, a casa», repetía mentalmente una y otra vez, una cantinela. La línea del resplandor trazaba una curva hacia el sur y el oeste, hacia Dverník. Mis pies continuaron llevándome tras ella, a través de la franja estéril de terreno asolado y al interior de un muro de hierbas altas que acabó por espesarse tanto como para detenerme. Por encima de la hierba, al erguir despacio la cabeza, se alzaron unas pendientes arboladas como un muro en la distancia, envueltas en una neblina parda por la puesta de sol, que se desparramaba sobre ellas.

La cordillera del norte. Habíamos salido no muy lejos del paso de las montañas desde Rosya. Aquello tenía un cierto sentido, si la reina y el príncipe Vasily iban huyendo hacia Rosya y fueron capturados y arrastrados al Bosque desde allí. Pero eso significaba que nos encontrábamos a kilómetros y kilómetros de distancia de Zatochek.

El príncipe Marek salió del Bosque detrás de mí con la cabeza baja, los hombros caídos como si fuera tirando, a rastras, de una pesada carga. Los dos soldados lo seguían desmadejados. Se habían quitado las cotas de malla y las habían abandonado en algún lugar dentro del Bosque; también los cintos con las espadas. Sólo Marek continuaba con la armadura y la espada todavía en la mano, pero cuando llegamos a

las hierbas altas se hundió sobre sí mismo, de rodillas, y así permaneció sin moverse. Los soldados llegaron hasta él y cayeron a ambos lados, de bruces, como si la estela del príncipe hubiera ido tirando de ellos.

Kasia pisoteó la hierba para hacer sitio y dejó al Dragón en el suelo a mi lado. Estaba inerte y quieto, con los ojos cerrados. Tenía abrasado el costado derecho, con ampollas por todas partes, rojo, refulgía terriblemente, sus ropajes destrozados y quemados, separados de la piel. Jamás había visto unas quemaduras tan espantosas.

El Halcón se dejó caer al suelo al otro lado del Dragón. Sujetaba un extremo de la cadena que llegaba hasta el yugo en el cuello de la reina; tiró de ella, y la reina se detuvo también, de pie, inmóvil y sola en la franja de terreno arrasado que rodeaba el Bosque. En su rostro había la misma quietud inhumana que había mostrado el de Kasia, pero peor, porque nadie miraba a través de sus ojos. Era como llevar detrás a una marioneta. Cuando tirábamos de la cadena hacia delante, ella caminaba en el balanceo de unas zancadas rígidas de títere, como si no supiera muy bien ya cómo utilizar los brazos y las piernas, como si no se flexionaran como es debido.

—Tenemos que alejarnos más del Bosque —dijo Kasia. Nadie le respondió, ni se movió; para mí fue como si estuviese hablando desde muy lejos. Me cogió con cuidado por el hombro y me zarandeó—. Nieshka —me apremió.

No contesté. El cielo se sumergía en el crepúsculo, y los mosquitos del comienzo de la primavera bullían a nuestro alrededor, me zumbaban quejumbrosos en el oído. Ni siquiera fui capaz de levantar la mano para ahuyentar a uno grande que se me había posado en el brazo.

Kasia se irguió y nos miró a todos, indecisa. No creo que quisiera dejarnos allí solos, en el estado en el que nos hallábamos, pero tampoco había mucha elección. Se mordió el labio, se arrodilló delante de mí y me miró a los ojos.

—Me voy a Kamik —dijo—. Creo que está más cerca que Zatochek. Correré todo el camino. Aguanta, Nieshka, volveré en cuanto pueda encontrar a alguien.

Me limité a mirarla, sin más. Kasia vaciló, metió la mano en el bolsillo de mi falda y sacó el librito de Jaga. Me lo puso en las manos. Cerré los dedos alrededor del libro, pero no me moví. Se dio la vuelta y se metió entre las hierbas altas a base de tajos, abriéndose paso y siguiendo las últimas luces en el oeste.

Me quedé sentada en la hierba como un ratoncillo de campo, sin pensar en nada. Se desvaneció el sonido de la lucha de Kasia para abrirse camino. Seguía con los dedos el cosido del libro de Jaga, los suaves rebordes del cuero, absorta, sin dejar de mirarlo. El Dragón yacía inmóvil a mi lado. Sus quemaduras empeoraban, y su piel se llenaba de ampollas translúcidas. Abrí lentamente el libro y pasé las páginas. «Bueno para las quemaduras, mejor con telarañas de buena mañana y un poco de leche», decía aquella lacónica página sobre uno de sus remedios más simples.

No tenía telarañas ni leche, pero después de pensar un poco en mi embotamiento, estiré la mano hacia uno de los tallos quebrados de hierba que nos rodeaban y le extraje unas pocas gotas lechosas de color verde sobre un dedo. Las froté entre el índice y el pulgar.

—*Iruch, iruch* —murmuré, ascendiendo y descendiendo como si acunase a un niño, y empecé a pasar la yema del dedo con suavidad por las peores ampollas que tenía, una detrás de otra. Todas temblaban y comenzaban a reducirse lentamente en lugar de hincharse, y desaparecía la irritación roja en peor estado.

El ardid hizo que me sintiera... no mejor, exactamente, sino más limpia, como si estuviese echando agua sobre una herida. Seguí entonando aquel canto una y otra vez.

—Deja de hacer ese *ruido* —se quejó el Halcón, que alzó la cabeza mientras resoplaba.

Alargué la mano y le agarré la muñeca.



—El hechizo de Groshno para las quemaduras —le dije: era uno de los encantamientos que el Dragón había tratado de enseñarme en la época en que insistía en considerarme una sanadora.

El Halcón guardó silencio, y después empezó a decir con la voz ronca:

—*Oyideh viruch*. —El comienzo del encantamiento.

—*Iruch, iruch* —regresé yo a mi canturreo mientras tanteaba su hechizo, frágil como una rueda de palos hecha con tallos de heno en lugar de madera, y anclé mi magia a su canto.

Se detuvo de golpe. Conseguí mantener intacto el ardid el tiempo suficiente para aguijonear al Halcón y hacer que lo retomase.

No era ni mucho menos lo mismo que formular un hechizo con el Dragón. Esto era igual que intentar empujar al unísono con una mula vieja y tozuda que no me gustaba demasiado, con unos dientes duros y despiadados que aguardaban para mordirme. Trataba de ocultarme del Halcón incluso mientras continuaba con el hechizo. Sin embargo, una vez que él cogió el hilo, el ardid comenzó a crecer. Las quemaduras del Dragón empezaron a desvanecerse con rapidez en la piel nueva, excepto una cicatriz brillante y horrible que le descendía retorciéndose por el centro del brazo y el costado, el lugar donde habían estado las peores ampollas.

La voz del Halcón cobraba fuerza a mi lado, y a mí también se me aclaró la cabeza. La energía corría a través de los dos, ascendía como una marea renovada, y él hizo entonces un gesto negativo con la cabeza al tiempo que parpadeaba. Giró la mano y me agarró la muñeca para hacerse conmigo, en busca de más de mi magia. Me solté con una sacudida instintiva, y perdimos el hilo del ardid. Pese a ello, el Dragón ya se incorporaba apoyado en las manos, con el pecho agitado en busca de aire. Tosió unos pegotes de hollín negro y húmedo que salieron de sus pulmones. Cuando remitió el ataque de tos, volvió a apoyarse exhausto en las manos, se limpió la boca y levantó la mirada. La reina continuaba de pie en el terreno asolado, cerca, como una columna luminosa en la oscuridad.

Se frotó los ojos.

—De todas las empresas descabelladas habidas y por haber... —bramó, tan ronco que apenas pude entenderlo, y de nuevo dejó caer las manos.

Se estiró para cogerme del brazo, y le ayudé a ponerse en pie. Estábamos solos en el frescor de aquel mar de hierba.

—Tenemos que regresar a Zatochek —recordó—. A por el material que dejamos allí.

Me quedé mirándole apática ahora que volvían a fallarme las fuerzas conforme retrocedía la magia. El Halcón ya se había dejado caer de nuevo, hecho un ovillo. Los soldados empezaban a tiritar y a sufrir convulsiones con los ojos muy abiertos, como si estuviesen viendo otras cosas. Incluso Marek permanecía inmóvil como una roca silenciosa, repantigado entre ellos.

—Kasia ha ido a buscar ayuda —le dije por fin.

Miró a su alrededor, al príncipe, a los soldados, a la reina; de nuevo a mí y al Halcón, a lo que quedaba de nosotros. Se frotó la cara.

—Muy bien —dijo—. Ayúdame a tumbarlos rectos boca arriba. La luna está casi en lo más alto.

Forcejamos con el príncipe Marek y los soldados para tumbarlos rectos en la hierba, los tres con la mirada perdida en el cielo. Una vez conseguimos aplastar la hierba a su alrededor, agotados, la luna les brilló en el rostro. El Dragón me colocó entre el Halcón y él. No teníamos fuerza suficiente para una purga completa: el Dragón y el Halcón se limitaron a entonar unas pocas rondas del hechizo de protección que habíamos utilizado por la mañana, y yo tarareé mi pequeño hechizo de limpieza:

—*Puhas, puhas, kai puhas*.

Parecía que algo de color había retornado a sus rostros.

Kasia regresó menos de una hora más tarde sentada a las riendas de una carreta de leñador, con expresión dura en el rostro.

—Siento haber tardado tanto —dijo con brevedad; no pregunté cómo había conseguido la carreta. Sabía lo que habría pensado la gente al verla llegar en la dirección del Bosque y con el aspecto que tenía.

Tratamos de ayudarla, pero tuvo que hacer la mayor parte del trabajo ella sola. Subió al príncipe Marek y a los dos soldados a la carreta, y a continuación nos empujó a nosotros tres. Nos sentamos en la parte de atrás, con las piernas colgando por fuera. Kasia fue hasta la reina y se interpuso entre ella y los árboles para interrumpir la línea de su visión. La reina la miró con la misma inexpresividad.

—Ya no estáis allí dentro —le dijo Kasia a la reina—. Sois libre. Somos libres.

La reina tampoco respondió a Kasia.

Estuvimos una semana en Zatochek, todos nosotros tumbados en camastros en un cobertizo a las afueras de la aldea. No recuerdo nada desde el momento en que me quedé dormida en la carreta hasta que me desperté tres días después en el cálido y tranquilizador aroma del heno, con Kasia junto a mi lecho, frotándome la cara con un paño húmedo. El horrible sabor dulzón melífero del elixir purgativo del Dragón me empastaba la boca. Cuando tuve la fuerza suficiente para levantarme renqueando de mi catre, más tarde aquella mañana, me sometió a otra ronda de purga y me obligó a hacerle una a él.

—¿La reina? —le pregunté cuando nos sentamos más adelante en un banco al aire libre, los dos hechos unos guiñapos.

Hizo un gesto con la barbilla, y la vi: se encontraba a la sombra al otro lado del claro, sentada en silencio en un tocón bajo un sauce. Aún llevaba puesto el yugo encantado, pero alguien le había traído un vestido blanco. No había en él una sola mota ni mancha; incluso el dobladillo estaba limpio, como si no se hubiese movido del sitio desde que se lo puso. Su bello rostro era tan inexpresivo como un libro en blanco.

—Bueno, ya es libre —dijo el Dragón—. ¿Merecía esto la vida de treinta soldados?

Lo dijo de forma despiadada, y me envolví en mis propios brazos. No quería pensar en aquella batalla de pesadilla, en la matanza.

—¿Los dos soldados? —pregunté en un susurro.

—Vivirán —contestó—. Y también lo hará nuestro maravilloso principito: una fortuna mayor de lo que se merece. El influjo del Bosque sobre ellos era débil. —Se ayudó con las manos para ponerse en pie—. Ven: los estoy purgando por fases. Es la hora de otra ronda.

Dos días más tarde, el príncipe Marek era él mismo de nuevo, con una velocidad que me hacía sentir apática, además de una amarga envidia: se levantó de la cama por la mañana, y a la hora de comer ya estaba devorando un pollo asado entero y haciendo ejercicio. Yo apenas era capaz de saborear los pocos bocados de pan que me obligaba a tragar. Verle hacer flexiones en la rama de un árbol, arriba y abajo, me hacía sentir aún más como un trapo lavado y tendido demasiadas veces. Tomasz y Oleg también estaban despiertos, los dos soldados; por entonces ya me había aprendido sus nombres, avergonzada de no haber conocido el de ninguno de los que habíamos dejado en el camino.

Marek intentó que la reina comiese algo. Ella se quedó mirando al plato que le ofrecía, y no masticó cuando él le metió en la boca algún trozo de carne. Probó entonces con un cuenco de gachas. La reina no lo rechazó, pero tampoco ayudó. Marek tenía que meterle la cuchara en la boca como una madre con un niño que está aprendiendo a comer. El príncipe insistió con severidad pero, una hora después, cuando apenas había conseguido hacerle tragar una docena de cucharadas, se levantó y arrojó el cuenco y la cuchara con furia contra una roca, con las gachas y los trozos de cerámica volando por los aires. Se marchó airado. La reina tampoco pestañeó ante aquello.

Yo estaba en el umbral de la puerta del cobertizo, observando apenada. No lamentaba haberla sacado de allí: por lo menos, el Bosque ya no la atormentaba, devorada hasta no quedar nada de sí misma. Sin embargo, aquella horrorosa vida a medias que quedaba en ella parecía peor que la muerte. No estaba enferma, ni deliraba como lo había hecho Kasia en aquellos primeros días tras la purga. Se diría, simplemente, que no quedaba de ella lo bastante como para sentir o pensar.

A la mañana siguiente, Marek se acercó a mí por detrás y me agarró por el brazo mientras caminaba de regreso al cobertizo con un cubo de agua del pozo; me sobresalté alarmada y derramé el agua sobre los dos al tratar de soltarme. Él hizo caso omiso tanto del agua como de mis esfuerzos.

—¡Basta ya de esto! —me espetó—. Son soldados; estarán bien. Ya lo estarían, si el Dragón no continuase llenándoles la barriga de pociones. ¿Por qué no habéis hecho nada por ella?

—¿Qué imagináis que se puede hacer? —dijo el Dragón, al tiempo que salía del cobertizo.

Marek se dio la vuelta hacia él.

—¡Necesita que la sanen! No le habéis administrado un solo frasco, cuando los tenéis de sobra...

—Si hubiera en ella corrupción alguna que purgar, la purgaríamos —dijo el Dragón—. No se puede sanar la ausencia. Consideraos afortunado de que no se quemase con el árbol-corazón, si es que deseáis llamarlo fortuna y no una lástima.

—Una lástima que no ardierais vos, si ése es todo el consejo que tenéis —escupió Marek.

La mirada del Dragón refulgía con lo que a mí se me antojaba una docena de respuestas cortantes, pero apretó los labios y se las guardó. Marek rechinaba los dientes, y a través de la sujeción de su mano pude sentir una aguda tensión, un temblor como el de un caballo espantado, a pesar de haberse mantenido firme como una roca en aquel terrible claro, rodeado de muerte y peligros por todas partes.

—No queda en ella corrupción alguna —dijo el Dragón—. En cuanto a lo demás, sólo el tiempo y la sanación ayudarán. Nos la llevaremos de vuelta a la torre en cuanto haya terminado de purgar a vuestros hombres y sea seguro dejar que se mezclen con el resto de la gente. Veré qué más se puede hacer. Hasta entonces, sentaos con ella y hablad de cosas familiares.

—¿Hablar? —Marek me soltó el brazo de un empujón, y me salpicó más agua en los pies mientras él se marchaba airado.

El Dragón me cogió el cubo de la mano, y lo seguí de regreso al interior del cobertizo.

—¿Podemos hacer algo por ella? —le pregunté.

—¿Qué se puede hacer con una tábula rasa? Démosle un tiempo y tal vez la reina escriba algo nuevo en ella. En cuanto a recuperar lo que fuera que ella fuese antes...

—Hizo un gesto negativo con la cabeza.

Marek se sentó junto a la reina durante el resto del día; en ocasiones, al salir del cobertizo, captaba algún vistazo fugaz de su expresión endurecida, la cabeza baja, pero al menos parecía aceptar que no se iba a producir una cura milagrosa y repentina. Aquella tarde, se puso en pie y se marchó a Zatochek a hablar con el corregidor de la aldea; al día siguiente, cuando Tomasz y Oleg pudieron al fin caminar por sí solos por lo menos hasta el pozo, ida y vuelta, los cogió por los hombros con fuerza y dijo:

—Mañana por la mañana encenderemos una pira por los demás, en la plaza de la aldea.

Vinieron unos hombres de Zatochek a traernos caballos. Recelaban de nosotros, y no podía culparlos. El Dragón había enviado el aviso de que procedíamos del Bosque, y les había dicho dónde mantenernos y qué signos de corrupción buscar, pero, aun así, no me habría sorprendido que hubieran venido con antorchas para quemarnos a todos

dentro del cobertizo. Por supuesto que, de habernos poseído el Bosque, habríamos hecho cosas peores que quedarnos sentados en silencio en un cobertizo, exhaustos, durante una semana.

El propio Marek ayudó a Tomasz y a Oleg a montar en sus sillas antes de subir a la reina a la suya, una yegua parda y tranquila de unos diez años. Se sentó agarrotada e inflexible; el príncipe tuvo que meterle los pies en los estribos, primero uno y después el otro. Se detuvo y la miró desde el suelo: las riendas flojas en sus manos engrilladas en el mismo sitio en que él las había puesto.

—Madre —lo intentó de nuevo.

Ella no lo miró. Pasado un instante, la mandíbula de Marek se endureció. Cogió una cuerda y preparó una guía para la yegua de la reina, la enganchó a su propia silla y fue mostrándole el camino.

Cabalgamos detrás de él hasta la plaza y nos encontramos con una pila de leña muy alta, preparada y a la espera, con maderas bien secas, y a toda la aldea con sus mejores galas, de pie, en el extremo opuesto. Llevaban antorchas en las manos. No conocía bien a nadie de Zatochek, aunque venían de tanto en tanto en los días de mercado en la primavera. Varios rostros remotamente familiares me miraban entre el gentío, como fantasmas de otra vida a través de la tenue neblina del humo, mientras yo me encontraba frente a ellos, con un príncipe y unos magos.

Marek cogió una antorcha: se situó al lado del montón de leña con la tea levantada en el aire y nombró a todos los hombres que habíamos perdido, uno por uno, y a Janos el último. Hizo un gesto a Tomasz y a Oleg para que se aproximasen, y, juntos los tres, dieron un paso al frente e introdujeron las antorchas entre la leña amontonada. El humo me escocía en los ojos y en la garganta, que apenas se me había curado, y el calor resultaba espantoso. El Dragón observó cómo prendía el fuego y se dio media vuelta: yo sabía que no valoraba mucho que el príncipe se dedicase a honrar a los hombres a los que él mismo había conducido a la muerte. Pese a ello, oír todos sus nombres soltó algo dentro de mí.

La hoguera ardió un largo rato. Los aldeanos sacaron comida y cerveza, lo que tenían, y nos lo pusieron en las manos. Me deslicé con Kasia a un rincón y bebí demasiadas copas de cerveza para enjuagarme la boca de miseria, de humo y del sabor del elixir purgativo, hasta que nos recostamos por fin la una en la otra y lloramos sin hacer ruido; tuve que agarrarme yo a Kasia, porque ella no se atrevía a sujetarme con fuerza.

La bebida me hizo sentir más leve y más apática al mismo tiempo, me dolía la cabeza, y sorbía la nariz entre las mangas de mi vestido. En la otra punta de la plaza, el príncipe Marek hablaba con el corregidor de la aldea y con un joven carretero de mirada desorbitada. Se encontraban junto a un bonito carromato verde, recién pintado, con una reata de cuatro caballos cuyas crines y colas lucían un torpe trenzado de lazos también verdes. La reina ya estaba sentada en el carromato, acomodada sobre un lecho de paja, con una capa de lana sobre los hombros. Las cadenas doradas del yugo encantado atrapaban la luz del sol y refulgían en contraste con su vestimenta.

Parpadeé varias veces deslumbrada por el sol, y cuando comencé a entender lo que estaba viendo, el Dragón ya cruzaba la plaza a grandes zancadas, e inquirió al príncipe:

—¿Qué estáis haciendo?

Me levanté y me dirigí hacia ellos.

El príncipe Marek se dio la vuelta justo cuando llegué yo.

—Disponer un transporte que lleve a la reina a casa —dijo en tono cordial.

—No seáis absurdo. La reina requiere sanación...

—Que puede recibir en la capital tanto como aquí —dijo el príncipe Marek—. No voy a optar por permitirlos encerrar a mi madre en vuestra torre hasta que tengáis a bien dejarla salir de nuevo, Dragón. No os imaginéis que he olvidado vuestras reticencias a

la hora de acompañarnos.

—Parecéis dispuesto a olvidar otra gran cantidad de cosas —le contestó el Dragón en un tono desagradable—. Como vuestro voto de asolar el Bosque entero hasta Rosya, si teníamos éxito.

—No he olvidado nada —dijo Marek—. No dispongo de hombres que os ayuden ahora. ¿Qué mejor manera de conseguiros esos hombres que necesitáis que regresar a la corte y solicitárselos a mi padre?

—Lo único que podéis hacer en la corte es pasear a esa marioneta hueca y haceros llamar héroe —dijo el Dragón—. ¡Enviad a alguien a buscar a esos hombres! No nos podemos marchar ahora, es muy simple. ¿Acaso pensáis que el Bosque no dará respuesta a lo que hemos hecho, si nos marchamos y dejamos el valle indefenso?

Marek mantuvo la sonrisa, pero le temblaba en el rostro, y su mano se abrió y se cerraba sobre la empuñadura de su espada. El Halcón se interpuso con habilidad entre los dos y colocó la mano en el brazo del príncipe.

—Alteza —le dijo—, aunque su tono es censurable, Sarkan no se equivoca.

Por un instante pensé que el Halcón tal vez lo entendía ahora; quizá había sentido por sí mismo la malicia del Bosque lo suficiente como para darse cuenta de la amenaza que suponía. Miré al Dragón con una sorprendente esperanza, pero su rostro se estaba endureciendo antes incluso de que el Halcón se volviese hacia él con la cabeza inclinada en un gesto grácil.

—Creo que Sarkan coincidirá en que, a pesar de los dones que él posee, Sauce le supera en las artes de la sanación, y reconocerá que ella será capaz de ayudar a la reina, si es que alguien puede hacerlo. Además, él se debe a su juramento de contener al Bosque: no puede abandonar el valle.

—Muy bien —dijo el príncipe Marek de inmediato a pesar de hablar rechinando los dientes: era una respuesta ensayada. Lo habían preparado entre los dos, me percaté con una creciente indignación.

—Y vos, Sarkan, por vuestra parte —añadió el Halcón—, debéis ser consciente de que el príncipe Marek no puede dejaros a la reina Hanna y a esta joven campesina vuestra.

—Señaló a Kasia, de pie a mi lado—. Ambas han de ir a la capital de inmediato, por supuesto, y enfrentarse a su juicio por corrupción.

—Astuta maniobra —me dijo el Dragón después—. Y efectiva. Está en lo cierto: no tengo derecho a abandonar el valle sin el permiso del rey, y, por ley, en sentido estricto, ambas se han de someter a juicio.

—¡Pero tampoco tiene por qué ser en este preciso instante! —exclamé, y lancé una mirada veloz a la reina, sentada en el carromato, lánguida y en silencio, mientras los aldeanos apilaban un exceso de víveres y mantas a su alrededor, más de lo que hubiéramos necesitado si fuéramos y volviésemos de la capital tres veces seguidas sin detenernos—. ¿Y si nos la llevamos ahora a la torre, sin más... a ella y a Kasia? Seguro que el rey lo entendería...

El Dragón resopló.

—El rey es un hombre razonable. No le habría importado en absoluto si me hubiese llevado a la reina con discreción durante un período de convalecencia, lejos de las miradas de la gente, antes de que nadie la hubiese visto o supiese con seguridad que había sido rescatada, pero ¿ahora? —Hizo un gesto para señalar a los aldeanos. Se habían congregado todos en un círculo amplio cerca del carromato, a una distancia segura, para ver a la reina y cuchichearse fragmentos de su historia los unos a los otros—. No, pondría grandes objeciones a que desafiase la ley del reino abiertamente, delante de testigos.

Se volvió entonces hacia mí y me dijo:

—Y yo tampoco puedo ir. El rey podría permitirlo, pero el Bosque no.

Le sostuve la mirada, vacía.

—No puedo dejar que se lleven a Kasia —dijo casi como en una súplica.

Sabía que aquél era mi sitio, donde hacía falta, pero permitir que se llevaran a Kasia a rastras a la capital para aquel juicio, con una ley que decía que la podían matar... Y no confiaba en el príncipe Marek, salvo en que haría lo que mejor le viniese a él.

—Lo sé —dijo el Dragón—. Y tampoco nos viene mal. No podemos lanzar otro ataque contra el Bosque sin soldados, y una buena cantidad de ellos. Así que tendrás que obtenerlos tú del rey. Diga lo que diga, Marek no está pensando en nada que no sea la reina, y tal vez Solya no sea malvado, pero le gusta ser demasiado listo, más de lo que sería deseable.

—¿Solya? —le pregunté, por fin.

El nombre me produjo una extraña sensación en la lengua, en movimiento, como la sombra elevada de un ave, en círculos; en el momento justo de pronunciarlo, sentí el roce de una mirada penetrante.

—Quiere decir «halcón» en la lengua de los hechizos —dijo el Dragón—. También te darán un nombre a ti antes de ser confirmada en la lista de magos. No permitas que lo pospongan hasta después del juicio; de lo contrario, no tendrás derecho a testificar. Y escúchame: lo que has hecho aquí lleva un poder implícito, de otro tipo. No permitas que Solya se adjudique todo el mérito, no seas tímida a la hora de utilizarlo.

No tenía ni idea de cómo llevar a cabo ninguna de las instrucciones que me estaba lanzando: ¿cómo se suponía que iba a persuadir al rey para que nos diese soldados? Marek ya estaba llamando a Tomasz y a Oleg para que montasen, y tampoco me hacía falta que el Dragón me dijese que lo iba a tener que descubrir por mi cuenta. Tragué saliva y asentí, en cambio, y a continuación le dije:

—Gracias..., Sarkan.

Su nombre sabía a fuego y a alas, a volutas de humo, a sutileza y a fuerza, y al rasposo susurro de las escamas. Me miró y me dijo, con frialdad:

—No te metas en ningún atolladero y, por difícil que te resulte, trata de ofrecer una apariencia respetable.

No se me dio demasiado bien seguir su consejo.

Llevábamos una semana y un día cabalgando hacia la capital, y mi yegua iba dando cabezazos todo el camino: paso, paso, paso y una acometida nerviosa y repentina contra el bocado que me tiraba de las riendas y de los brazos hacia delante hasta dejármelos duros como piedras. Siempre me rezagaba hacia la parte de atrás de nuestra pequeña caravana, y las grandes ruedas forradas de metal del carromato levantaban una fina nube de polvo delante de mí. Mi yegua añadía a su paso unas paradas regulares para estornudar. No habíamos dejado atrás Olshanka y ya iba cubierta de un gris pálido, y el sudor convertía el polvo en unas espesas bandas marrones bajo mis uñas.

El Dragón me había escrito una carta para el rey en los últimos minutos que habíamos pasado juntos. No consistía más que en unas pocas líneas garabateadas a toda prisa en papel barato con una tinta aguada que nos habían prestado los aldeanos, en las que le decía que yo era una bruja, y le solicitaba hombres. Pero la había doblado, se había cortado el pulgar con un cuchillo y había restregado un poco de sangre por el borde, y acto seguido había escrito su nombre en el borrón: «Sarkan», en unas densas letras negras que humeaban por los bordes. Cuando la saqué del bolsillo de mi falda y toqué las letras con los dedos, sentí cercano el susurro del humo y el batir de las alas. Resultaba reconfortante y frustrante al mismo tiempo, conforme los kilómetros de cada día me alejaban del lugar donde debería estar, ayudando a contener al Bosque.

—¿Por qué insistís en llevaros a Kasia? —le pregunté a Marek en un último intento cuando acampamos la primera noche al pie de las montañas, cerca del remolino poco profundo que formaba un arroyo que discurría rápido para unirse al Huso. Pude ver la torre del Dragón hacia el sur, iluminada en naranja por los últimos rayos de la puesta de sol—. Llevaos a la reina, si insistís en ello, y dejadnos regresar a nosotras. Ya habéis visto el Bosque, habéis visto lo que es...

—Mi padre me envió aquí a encargarme de la campesina corrompida de Sarkan —me dijo. Se estaba lavando el cuello y la cabeza con agua—. Él la espera, a ella o su cabeza. ¿Qué prefieres que le lleve?

—Pero él entenderá lo que sucede con Kasia en cuanto vea a la reina —le contesté.

Marek se sacudió el agua y levantó la cabeza. La reina continuaba sentada en el carromato, inmóvil e inexpresiva, mirando al frente, mientras la noche caía a su alrededor. Kasia se hallaba sentada a su lado. Las dos estaban cambiadas, ambas extrañas, erguidas y sin cansancio a pesar de un día entero de viaje; ambas relucían como la madera barnizada. Kasia, sin embargo, tenía la cabeza vuelta hacia Olshanka y el valle, y en su boca y en sus ojos había preocupación y vida.

Las observamos juntos, y entonces Marek se levantó.

—El destino de la reina es también el suyo —sentenció con rotundidad antes de alejarse.

Descargué un golpe en la corriente con frustración, y acto seguido cogí agua con las manos y me lavé la cara. Unos arroyuelos negros de tierra discurrían por mis dedos.

—Qué atroz para ti —dijo el Halcón, que asomó la cabeza detrás de mí sin previo aviso y me hizo salir resoplando de entre las manos—. Dirigirte a Kralia escoltada por el príncipe, aclamada como bruja y heroína. ¡Cuánta miseria!

Me froté la cara con la falda.

—¿Por qué me queréis aquí? Hay otros magos en la corte. Ellos pueden ver por sí mismos que la reina no está corrompida...

Solya meneaba la cabeza como si sintiera lástima de mí, una aldeana estúpida, que no entendía nada.

—¿De verdad lo consideras tan trivial? La ley es categórica: los corrompidos han de morir a fuego.

—Pero el rey la indultará, ¿no? —dije, y salió de mí como una pregunta.

Solya observaba pensativo a la reina, ahora casi invisible, una sombra entre las sombras, y no respondió. Volvió a mirarme.

—Que duermas bien, Agnieszka —susurró—. Aún nos queda un largo camino por recorrer. —Se marchó a unirse a Marek, junto al fuego.

Después de aquello, no dormí bien ni esa noche ni ninguna otra.

La noticia viajaba por delante de nosotros. Cuando atravesábamos las aldeas y los pueblos, la gente dejaba de trabajar para asomarse al camino y mirarnos con los ojos muy abiertos, pero no se acercaban, y mantenían a sus hijos pegados a sus espaldas. Y el último día nos aguardaba una muchedumbre, en el último cruce antes de la gran ciudad del rey.

Por aquel entonces me había olvidado ya de los días y de las horas. Me dolían los brazos, me dolía la espalda, me dolían las piernas. Y el dolor de cabeza era el peor de todos, con una parte de mí unida al valle, estirada sin una forma reconocible e intentando entenderme a mí misma cuando me encontraba tan lejos de cualquier cosa que yo conociese. Incluso las montañas, mis constantes, habían desaparecido. Por supuesto que sabía que había zonas del país sin montañas, pero me había imaginado que aún seguiría viéndolas en algún lugar en la distancia, como la luna. Sin embargo, cada vez que miraba hacia atrás, eran más y más pequeñas, hasta que desaparecieron con un aliento final de colinas encadenadas. Las vastas extensiones de terrenos ricos plantados con grano parecían infinitas en todas las direcciones, llanas e ininterrumpidas, como si la forma del mundo se hubiese vuelto extraña. Allí no había bosques.

Ascendimos una última colina, y en la cima nos encontramos con las vistas de la extensa Kralia, la capital: casas de muros amarillentos con tejados en marrón anaranjado que brotaban como flores silvestres a orillas del ancho y resplandeciente Vandalus, y en medio de ellas Zamek Orla, el castillo de los reyes que se alzaba en ladrillo rojo sobre un afloramiento de roca. Era más grande que cualquier construcción que me hubiera podido imaginar: la torre del Dragón era más pequeña que la menor de las torres del castillo, y parecía haber una docena de ellas apuntando hacia el cielo.

El Halcón se volvió para mirarme, imagino que para ver mi reacción ante la panorámica, pero aquello era tan enorme y tan extraño que ni siquiera abrí la boca. Me daba la sensación de estar mirando una ilustración en un libro, no algo real, y estaba tan cansada que me había quedado reducida a mi cuerpo: el latido sordo y constante en mis muslos, el temblor que me recorría los brazos, la gruesa mugre de polvo que me envolvía la piel.

Abajo, en el cruce de caminos, una compañía de soldados nos esperaba en formación en torno a una gran plataforma que habían levantado en el centro. Sobre ella se encontraba una media docena de sacerdotes y de monjes que flanqueaba a un hombre vestido con el atuendo sacerdotal más asombroso que jamás había visto, violeta oscuro bordado entero de oro. Era de rostro largo y severo, y el gorro alto con forma de doble cono que llevaba acentuaba ese efecto.

Marek se detuvo, observándolos, y me dio tiempo a acercarme a él y al Halcón con el ritmo lento y pesado de mi yegua.

—Parece que mi padre nos ha soltado al viejo ramplón —dijo Marek—. Le impondrá las reliquias a la reina. ¿Nos va a causar esto alguna dificultad?

—No me imaginaría tal cosa —respondió el Halcón—. Nuestro querido arzobispo puede ser algo tedioso, eso os lo garantizo, pero su obstinación no puede ser más beneficiosa en este momento. Jamás permitiría que nadie introdujese una falsa reliquia, y las verdaderas no mostrarán lo que no hay.

Muy indignada ante su irreverencia —¡llamar «viejo ramplón» al arzobispo!—, perdí la oportunidad de preguntar en busca de una explicación: ¿por qué quería alguien



mostrar la corrupción si no la había? Marek ya espoleaba a su caballo para que avanzase. El carronato de la reina descendía la colina traqueteando detrás de él, y la multitud de gente que lo veía pasar se apartaba como una ola que se retira de la orilla, para dejar un buen espacio a las ruedas, a pesar de la avidez que había en sus rostros. Vi que muchos de ellos llevaban pequeños amuletos baratos contra el mal y se santiguaban a nuestro paso.

La reina iba sentada sin mirar a ninguna parte ni mover las manos, tan sólo se balanceaba hacia delante y hacia atrás con el rodar del carronato. Kasia se había aproximado a ella. Volvió la cabeza hacia atrás y me lanzó una mirada que correspondí, con los ojos igualmente desorbitados. Jamás habíamos visto tanta gente en nuestra vida. El gentío se agolpaba lo bastante cerca de mí como para rozarme las piernas a pesar de las grandes herraduras metálicas de los cascos de mi yegua.

Cuando nos acercamos a la plataforma, los soldados nos permitieron pasar entre sus filas y después nos rodearon y nos apuntaron con sus lanzas. Alarmada, me di cuenta de que había una estaca gruesa y alta que se elevaba en el centro de la plataforma, y debajo de ella había un montón de paja y yesca. Alargué la mano, asustada, y sujeté al Halcón por una esquina de la manga.

—Deja de parecer un conejillo muerto de miedo, siéntate recta y sonríe —me dijo entre dientes—. Lo último que tenemos que hacer ahora mismo es darles cualquier excusa para que se imaginen que algo va mal.

Marek se comportaba como si ni siquiera viese las puntas de acero afilado a menos de medio metro de su cabeza. Desmontó con una floritura de la capa que había comprado varios pueblos atrás y se dirigió a ayudar a la reina a descender del carronato. Kasia tuvo que ayudarla desde el otro lado y, ante los impacientes gestos del príncipe, bajó detrás de ella.

No lo supe hasta entonces, pero una multitud tan numerosa emite un ruido constante, como el discurrir de un río, un murmullo que ascendía y retrocedía sin descomponerse en voces separadas. Se hizo un completo silencio. Marek condujo a la reina por los escalones hasta la plataforma, con el yugo dorado todavía puesto, y la llevó ante el sacerdote del sombrero alto.

—Mi señor arzobispo —dijo Marek con una voz que surgió alta y clara—. Corriendo grandes peligros, mis acompañantes y yo hemos liberado a la reina de Polnya de las malvadas garras del Bosque. Os encargo ahora que la examinéis de manera exhaustiva, que la pongáis a prueba con todas vuestras reliquias y el poder de vuestro gran oficio: aseguraos de que no hay en ella signo de corrupción que pudiera extenderse e infectar a otros inocentes.

Aquél era, por supuesto, el motivo exacto de que el arzobispo estuviese allí, y no creo que le gustase que Marek hiciera que pareciese como si todo hubiera sido idea suya. Tenía los labios apretados en una fina línea.

—Tened por seguro que lo haré, Alteza —dijo con frialdad, antes de darse la vuelta y hacer un gesto para llamar a alguien.

Uno de los monjes avanzó para situarse a su lado: un hombre de baja estatura y aspecto inquieto, vestido con una simple tela marrón, con el pelo castaño recortado como un tazón alrededor de la cabeza. Sus ojos eran enormes, y pestañeaban detrás de unas grandes gafas de montura dorada. Sostenía una urna grande de madera. La abrió, el arzobispo metió en ella las manos y levantó del interior una fina malla reluciente de oro y plata, casi como una redcilla. El gentío murmuró en señal de aprobación mientras el viento susurraba entre las hojas de la primavera.

El arzobispo sostuvo en alto la redcilla y pronunció una oración, larga y sonora, y acto seguido se dio la vuelta y la dejó caer sobre la cabeza de la reina: la redcilla se asentó en ella con suavidad, se desplegó por los bordes y la cubrió hasta los pies. A continuación, para mi sorpresa, el monje dio un paso al frente y colocó las manos sobre

la malla.

—*Yilastus kosmet, yilastus kosmet vestuo palta* —empezó a recitar, y prosiguió con un hechizo que fluyó por las líneas que formaban la redecilla y las alumbró.

La luz llenó el cuerpo de la reina, entero, por todas partes, y la iluminó. Refulgía sobre la plataforma, con la cabeza erguida, resplandeciente. No era como la luz de *La invocación*, cuyo brillo era frío y claro. Ésta daba la sensación de regresar a casa tarde en pleno invierno y encontrar una lámpara que luce a través de la ventana, que te llama para que entres: era una luz llena de amor y calidez. Un suspiro recorrió la multitud. Hasta los sacerdotes retrocedieron un instante sólo para admirar a la reina resplandeciente.

El monje mantenía la mano sobre la redecilla, vertiendo la magia de manera constante. Espoleé a mi yegua hasta que de mala gana se acercó al caballo del Halcón, y me incliné en la silla para susurrarle:

—¿Quién es?

—¿Te refieres a nuestro amable Búho? —dijo él—. El padre Ballo. Es el deleite del arzobispo, como te puedes imaginar: no resulta fácil encontrar un mago dócil y manejable.

El Halcón sonaba desdeñoso, pero aquel monje no tenía para mí un aspecto tan manso: parecía preocupado y contrariado.

—¿Y esa redecilla? —pregunté.

—Sin duda habrás oído hablar del velo de santa Jadwiga —dijo el Halcón con tal brusquedad que me quedé boquiabierta.

Era la más sagrada de las reliquias de Polnya. Había oído que sólo sacaban el velo en la coronación de los reyes, para demostrar que estaban libres de toda influencia del mal.

El gentío empujaba ahora a los soldados para que se aproximaran más, e incluso ellos estaban fascinados y levantaban las puntas de las picas en el aire al permitir que les empujasen cada vez más cerca. Los sacerdotes estudiaban a la reina al milímetro, se inclinaban con los ojos entrecerrados para mirarle los dedos de los pies, le extendían los brazos para inspeccionarle los de las manos, y se quedaban mirándole el pelo. Uno detrás de otro, los sacerdotes se incorporaban y le hacían un gesto negativo con la cabeza al arzobispo. Incluso la severidad de su rostro se suavizaba con el reflejo de aquella luz maravillosa.

Una vez terminaron su examen, el padre Ballo levantó el velo con suavidad. Los sacerdotes trajeron otras reliquias, también, que ahora reconocía: el peto de la armadura de san Kasimir aún perforado con un diente del dragón de Kralia al que había matado; el hueso del brazo de san Firan en una urna de oro y cristal, ennegrecido a causa del fuego; el cáliz de oro que san Jacek había salvado de la capilla. Marek fue situando las manos de la reina sobre todas y cada una de ellas, una por una, y el arzobispo rezó sobre ella.

Repitieron todas las pruebas con Kasia, pero la muchedumbre no tenía interés alguno en ella. Todos habían guardado silencio para ver a la reina, aunque se pusieron a hablar, ruidosos, mientras los sacerdotes examinaban a Kasia, el gentío más revoltoso que había visto nunca a pesar de encontrarse ante tantas reliquias sagradas y el arzobispo en persona.

—Poco más se puede esperar del populacho de Kralia —dijo Solya ante mi expresión medio desconcertada.

Había incluso vendedores de bollos que recorrían la muchedumbre ofreciendo a voces panecillos recién horneados, y desde lo alto de mi yegua pude ver a un par de hombres avispados que habían montado un puesto para vender cerveza un poco más adelante, en el camino.

Empezaba a sentirme en medio de una celebración, de una festividad. Y por fin los

sacerdotes llenaron de vino el cáliz de oro de san Jacek, y el padre Ballo murmuró sobre él: una tenue voluta de humo se elevó del vino, que se aclaró. La reina se lo bebió entero cuando se lo llevaron a los labios y no cayó al suelo en un ataque. No cambió su expresión en absoluto, pero eso dio igual. Alguien entre la multitud levantó entre salpicones una copa de cerveza y gritó:

—¡Alabado sea Dios! ¡La reina está a salvo!

Toda la gente comenzó a vitorear enloquecida y a empujar hacia nosotros, olvidado cualquier miedo, tan ruidosa que apenas pude oír cómo el arzobispo daba permiso a regañadientes a Marek para llevar a la reina a la ciudad.

El éxtasis de la multitud fue casi peor de lo que habían sido las picas de los soldados. Marek tuvo que apartar a la gente a empujones para llevar el carromato junto a la plataforma, y subir a pulso en él a la reina y a Kasia. Abandonó su caballo, se subió a la carreta de un salto y tomó las riendas. Utilizó el látigo del carretero para apartar a la gente de la cabeza de los caballos con numerosos golpes y de ese modo abrir hueco, y Solya y yo nos vimos obligados a situar nuestras monturas justo detrás del carromato al ver que la turba se volvía a cerrar a nuestra espalda.

Continuaron con nosotros durante los ocho kilómetros que quedaban hasta la ciudad, corriendo detrás y a nuestro lado, y si alguno perdía comba, otros aparecían para acrecentar sus filas. Cuando llegamos al puente sobre el Vandalus, hombres y mujeres adultos habían abandonado ya sus labores cotidianas para seguirnos, y al alcanzar las puertas exteriores del castillo apenas podíamos movernos entre los desaforados vítores de una multitud que se apretaba contra nosotros en todas las direcciones, una masa viva con diez mil voces, todas ellas gritando de alegría. La noticia ya se había propagado: la reina estaba a salvo, la reina no estaba corrompida. El príncipe Marek había salvado por fin a la reina.

Vivíamos todos una canción: ése era el aire que tenía. Yo misma lo sentí así, a pesar incluso de los bamboleos del cabello dorado y corto de la reina, adelante y atrás, con las sacudidas del carromato sin que ella hiciera un esfuerzo por contrarrestarlas, pese a ser consciente de cuán pírrica había sido nuestra victoria y cuántos hombres habían muerto por ella. Había niños que corrían a la altura de mi yegua y me miraban riendo —y no a modo de cumplido, probablemente, porque no era más que un enorme manchurrón con el pelo enmarañado y la falda hecha trizas— pero me daba igual. Yo los miraba y me reía con ellos, de igual modo, y me olvidaba por un momento de mis agarrotados brazos y mis entumecidas piernas.

Marek encabezaba nuestra marcha con una expresión casi exaltada. Supongo que él debió de sentir también que su vida se estaba convirtiendo en una canción. En aquel preciso momento, nadie pensaba en los hombres que no habían regresado. Oleg tenía aún el muñón del brazo fuertemente vendado, pero saludaba al gentío con el otro, con vigor, y lanzaba besos con la mano a todas las muchachas hermosas que veía. La muchedumbre no se redujo ni siquiera después de que hubiésemos atravesado las puertas del castillo: los soldados del rey habían salido de sus barracones y los nobles de sus casas, y lanzaban flores a nuestro paso, y los soldados golpeaban los escudos con las espadas en un aplauso clamoroso.

La reina era la única que no prestaba atención a todo aquello. Le habían retirado el yugo y las cadenas, pero su postura, sentada, no había variado, seguía siendo lo más parecido a una figura tallada.

Tuvimos que formar en fila de a uno para atravesar el arco final que daba paso al patio más interior del castillo propiamente dicho. Era una fortaleza de un tamaño mareante, con arcos que se elevaban en tres alturas desde el suelo con incontables rostros asomados a los balcones que nos miraban sonrientes. Yo correspondía encandilada a la mirada de aquellos rostros, a los estandartes bordados en aquel estallido de color, a las columnas y torreones que me rodeaban por todas partes. El rey en persona se

encontraba de pie en lo alto de una escalinata en un lateral del patio. Lucía un manto de color azul sujeto en el cuello con un gran brillante, una piedra roja engarzada en oro con perlas.

El rugido amortiguado de los vítores aún llegaba del exterior de la muralla. Dentro, toda la corte guardó silencio a nuestro alrededor como al comienzo de una obra de teatro. El príncipe Marek había bajado a la reina del carromato, avanzó con ella y le hizo subir las escaleras entre unos cortesanos que se retiraban como la marea a su paso, y la llevó ante el rey. Me di cuenta de que yo misma contenía el aliento.

—Majestad —dijo Marek—. Os devuelvo a vuestra reina.

El sol lucía resplandeciente, y el príncipe parecía un santo guerrero en su armadura y su capa verde, su tabardo blanco. Junto a él, la reina era una silueta rígida y esbelta con su sencillo vestido blanco, su corta melena de cabellos dorados y su piel, mudada y lustrosa.

El rey los observó con el ceño fruncido; su aspecto era más preocupado que exultante. Todos guardábamos silencio, a la espera. Finalmente, el rey tomó aire para hablar, y sólo entonces se inmutó la reina, que levantó despacio la cabeza para mirarle a los ojos. Él la miró fijamente. La reina cerró una sola vez los párpados y, acto seguido, suspiró apenas y se vino abajo tan inerte como un saco. El príncipe Marek tuvo que tirar de ella hacia delante, del brazo, retenerla y sujetarla, o se habría caído por las escaleras.

El rey exhaló, y sus hombros se enderezaron un poco, como si se soltaran de una cuerda y se relajaran. Su voz resonó con fuerza por todo el patio.

—Llévala a los Aposentos Grises, y envid a buscar a Sauce.

Los criados ya acudían veloces a sujetarla. Se la llevaron de nuestro lado y la metieron en el castillo como si fuera sobre una ola.

Y con esto, sin más, se puso punto final a la obra. El ruido volvió a crecer en el interior del patio hasta convertirse en un rugido a la par del de la multitud del exterior, todos hablando con todos a lo largo de las tres plantas del patio. La resplandeciente sensación embriagadora me abandonó como si me hubiesen quitado un tapón y me hubieran puesto boca abajo. Demasiado tarde, recordé que no había ido hasta allí en busca de un triunfo. Kasia estaba sentada en el carromato con su vestido blanco de prisionera, sola, condenada; Sarkan se encontraba a cien leguas de distancia, intentando contener al Bosque apartado de Zatochek sin mí; y yo no tenía ni idea de cómo iba a solucionar ninguna de esas dos cosas.

Sacudí los pies y los saqué de los estribos, y me deslicé al suelo sin elegancia ninguna. Las piernas me temblaron cuando cargué mi peso en ellas. Un mozo de cuadra vino a por mi yegua. Permití que se la llevara con cierta mala gana: no era un buen caballo, pero sí una roca bien conocida en aquel océano de extrañeza. El príncipe Marek y el Halcón estaban entrando en el castillo con el rey, y ya había perdido de vista a Tomasz y a Oleg en la multitud, rodeados de otros de uniforme.

Kasia descendía de la parte de atrás de la carreta mientras la esperaba una pequeña compañía de guardias. Me abrí paso a través de la marea de criados y cortesanos y me interpose entre ella y los soldados.

—¿Qué vais a hacer con ella? —exigí saber, estridente por la preocupación. Debí de parecerles absurda con mis ropas de campesina, polvorientas y andrajosas, como un gorrión trinando ante unos gatos al acecho; ellos no veían la magia en mí, lista para brotar de mi pecho entre rugidos.

Pero, por insignificante que fuese mi aspecto, seguía siendo parte de aquella victoria, del rescate de la reina, y tampoco en ellos se veía una inclinación a la crueldad. El jefe de la guardia, un hombre con los bigotes más enormes que había visto en mi vida, con las puntas enceradas en un rizo tieso, me dijo:

—¿Eres su doncella? No te inquietes. Nos la llevamos para dejarla con la reina, a la

Torre Gris, bajo los cuidados de Sauce. Todo se hará conforme a la ley. Aquello no era muy reconfortante: según la ley, Kasia y la reina tenían que ser ejecutadas de inmediato.

—Está bien, Nieshka —susurró Kasia.

No lo estaba, pero tampoco se podía hacer otra cosa. Los guardias la situaron entre ellos, cuatro hombres delante y cuatro detrás, y se la llevaron desfilando al interior del palacio.

Me quedé mirándolos un instante, extraviada, y entonces me di cuenta de que jamás la encontraría en un lugar tan inmenso si no veía adónde se la llevaban. Di un respingo y eché a correr detrás de ellos.

—Alto ahí —me espetó un guardia en la puerta cuando traté de seguirlos al interior.

—*Param param* —le dije, sin embargo, tarareándolo como si fuese aquella tonada sobre la mosca minúscula a la que nadie podía atrapar; el guardia parpadeó, y lo dejé atrás.

Seguí a los guardias como un hilo que queda colgando y mantuve mi tarareo para decirle a todo aquel con quien me cruzaba que era demasiado pequeña como para fijarse en mí, que yo no tenía la menor importancia. No resultó difícil. Me sentí tan pequeña e insignificante como cabría imaginar. El pasillo continuaba y continuaba. Había puertas por doquier, gruesas, de madera con adornos de hierro. Criados y cortesanos entraban y salían ajetreados de unas enormes estancias que tenían las paredes forradas de tapices, llenas de muebles tallados y con unas chimeneas de piedra que eran más grandes que la puerta principal de mi casa. De los techos colgaban unas resplandecientes lámparas que rebosaban magia, y en los pasillos había unos lampadarios con esbeltas velas blancas que ardían sin fundirse.

El pasillo terminaba por fin en una pequeña puerta de hierro, con guardias, de nuevo. Los centinelas asintieron a la escolta de Kasia y los dejaron pasar —y, con ellos, al guiñapo que era yo— a una escalera de caracol después de que sus miradas no reparasen en mí. Ascendimos y ascendimos, y a mis cansadas piernas les costó un gran esfuerzo subir cada escalón, hasta que por fin llegamos y abarrotamos un pequeño descansillo circular. Estaba oscuro y olía a humo: no había ninguna ventana, tan sólo una lámpara común de aceite dispuesta en una hornacina tosca en la pared. Brillaba sobre el anodino gris de otra pesada puerta de hierro con una aldaba circular con la forma de la cabeza de un diablillo hambriento que sostenía el aro del llamador en la boca muy abierta. Un extraño escalofrío surgió del hierro, una ráfaga fría de aire que me acarició la piel a pesar de encontrarme pegada a la pared en el rincón detrás de los altos guardias.

El jefe de la guardia llamó, y la puerta se abrió de golpe hacia el interior.

—Le traemos a la otra joven, mi señora.

—Muy bien —dijo la voz resuelta de una mujer.

Los guardias se apartaron para dejar paso a Kasia.

En el umbral de la puerta había una mujer alta y delgada, con unas trenzas enroscadas en un tocado rubio en lo alto de la cabeza. Lucía un vestido de seda azul con una delicada pedrería en el cuello y en la cintura, cuya cola barría el suelo a su paso, aunque las mangas eran prácticas, de un encaje ceñido desde el codo hasta la muñeca. Se hizo a un lado y le pidió a Kasia que entrase con dos impacientes gestos de una de sus largas manos. Di un fugaz vistazo a una estancia grande más allá, alfombrada y cómoda, y vi a la reina sentada erguida en una silla de respaldo recto. Su mirada se perdía a través de una ventana sobre los destellos del Vandalus.

—¿Y qué es esto? —preguntó la dama volviendo la cabeza para observarme.

Todos los guardias se dieron la vuelta y se quedaron mirándome, viéndome. Me quedé de piedra.

—Yo... —tartamudeó el jefe de la guardia con un cierto sonrojo y una veloz mirada a los

dos hombres que cerraban el grupo, una mirada que les garantizaba un problema por no haberse fijado en mí—. Ella es...

—Soy Agnieszka —dije—. He venido con Kasia y con la reina.

La dama me lanzó una mirada de incredulidad que reparó en todos y cada uno de los enganchones y de las salpicaduras de barro de mis faldas, incluso las negras, y se quedó atónita al ver que tenía los arrestos para hablar. Miró al guardia.

—¿Es sospechosa de corrupción también? —quiso saber.

—No, mi señora, no que yo sepa —dijo él.

—¿Por qué me la traéis entonces? Ya tengo bastante que hacer aquí.

Regresó a la habitación arrastrando la cola del vestido tras de sí y cerró de un portazo. Otra oleada de frío se me echó encima y se retiró de nuevo hacia el diablillo de la boca de glotón y se llevó de un lengüetazo lo que quedaba de mi hechizo de ocultación. Devoraba la magia, me di cuenta: aquél debía de ser el motivo de que llevasen allí a los prisioneros corrompidos.

—¿Cómo has entrado aquí? —exigió saber el jefe de la guardia, suspicaz, mientras todos ellos me rodeaban y se me echaban encima.

Me hubiese encantado volver a ocultarme, pero no podía hacerlo con aquella boca hambrienta al acecho.

—Soy una bruja —dije.

Sus suspicacias parecieron aumentar. Saqué la carta que aún tenía agarrada en el interior del bolsillo de la falda: el papel estaba más que mugriento, pero las letras chamuscadas del sello todavía humeaban ligeramente.

—El Dragón me entregó una carta para el rey.

Me llevaron abajo y me metieron en un salón vacío, a falta de un sitio mejor. Los guardias vigilaban en el exterior mientras su capitán se marchaba con mi carta en la mano a averiguar qué se debía hacer conmigo. Las piernas estaban dispuestas a fallarme, pero no había nada en lo que sentarse salvo unos inquietantes sillones situados contra la pared, unas creaciones delicadas y de aspecto frágil pintados de blanco y tapizados en rojo y oro. Habría pensado de cualquiera de ellos que era un trono, de no haber habido cuatro seguidos.

Me apoyé contra la pared, y después probé a sentarme en la chimenea, pero hacía mucho tiempo que no se encendía el fuego allí. Las cenizas estaban muertas, y la piedra fría. Volví a la pared. Volví a la chimenea. Finalmente, decidí que nadie pondría una silla en una estancia con la pretensión de que nadie se sentase en ella, así que me apoyé con delicadeza en el borde de una y me pegué las faldas a las piernas.

En el instante en que me senté, la puerta se abrió y entró una sirvienta, una mujer con un vestido negro impecable, más o menos de la edad de Danka, con los labios fruncidos en un gesto de desaprobación. Me levanté de un salto, culpable. Cuatro largos hilos rojos y relucientes vinieron tras de mí al descoserse del cojín, atrapados en un abrojo que llevaba en la falda, y una astilla larga, afilada y pintada de blanco se me enganchó en la manga y se partió. Los labios de la mujer se fruncieron todavía más, pero se limitó a decir con rigidez:

—Por aquí, por favor.

Me condujo más allá de los guardias, que no parecían muy tristes por verme marchar, de vuelta arriba por otra escalera distinta —ya había visto media docena de ellas en el castillo— y me hizo pasar a una alcoba minúscula como una celda oscura en el segundo piso. Tenía una ventana estrecha que se asomaba al muro de piedra de la catedral: un caño para la lluvia con la forma de una gárgola hambrienta con la boca grande me miraba con aire despectivo. La mujer me dejó allí antes de que me diese tiempo a preguntarle qué hacer a continuación.

Me senté en el camastro. Debí de dormirme, porque en el momento en que tuve mi siguiente pensamiento estaba tumbada, aunque no había sido una decisión intencionada; ni siquiera recordaba haberlo hecho. Me levanté con esfuerzo, todavía cansada y dolorida, pero demasiado consciente de que no tenía tiempo que perder, ni la menor idea de qué hacer. No sabía cómo conseguir que alguien me prestase atención, a menos que me plantase en medio del patio y lanzase por lo alto hechizos de fuego. Dudaba que el rey se sintiera más inclinado a permitirme hablar en el juicio de Kasia por ello.

Lamentaba ahora haberme desprendido de la carta del Dragón, mi única herramienta y talismán. ¿Cómo sabría si la habían entregado? Decidí ir a buscarla: me acordaba de la cara del capitán de la guardia, o al menos de su bigote. No podía haber muchos bigotes como ése ni siquiera en toda Kralia. Me levanté y abrí la puerta de un tirón, salí al pasillo y casi me doy de bruces con el Halcón. Estaba justo levantando la mano hacia el picaporte de mi cuarto. Retrocedió y se apartó con un hábil movimiento como si flotase, nos salvó a los dos y me ofreció una leve y amable sonrisa de la que no me fie lo más mínimo.

—Espero que te sientas descansada —me dijo, y me ofreció su brazo.

No lo tomé.

—¿Qué queréis?

Convirtió el gesto con elegancia en un largo barrido de la mano para invitarme a ir hacia el pasillo.

—Acompañarte al Charovnikov. El rey ha dado la orden de que se te examine para la lista.

Me sentí tan aliviada que no le creí, ni mucho menos. Lo miré de soslayo, casi

esperándome algún truco, pero allí se mantuvo de pie con el brazo y una sonrisa, esperándome.

—De inmediato —añadió—, aunque ¿no preferirías tal vez cambiarte primero?

Me hubiera gustado decirle qué podía hacer con su pullita burlona, pero me eché un vistazo: toda llena de manchas de barro, de polvo y de sudor, y debajo de ese desastre una falda de andar por casa que me llegaba justo por debajo de la rodilla y un blusón descolorido de algodón de color pardo, ropas desgastadas que le había mendigado a una niña de Zatochek. No tenía el aspecto de una de las criadas; los sirvientes iban mucho mejor vestidos que yo. En ese tiempo, Solya se había cambiado sus ropajes negros de montar a caballo por una larga túnica de seda negra debajo de un abrigo largo sin mangas bordado en verde y plata, con los cabellos blancos desplegados por encima en una elegante caída. Quien lo hubiese visto a un kilómetro de distancia, lo habría tomado por un mago. Y si no me tomaban a mí por uno, no me permitirían testificar.

«Trata de ofrecer una apariencia respetable», había dicho Sarkan.

*Vanastalem* me brindó un atuendo en consonancia con el ánimo de mi hosco mascullar: un vestido rígido e incómodo de suntuosa seda roja e infinitos volantes ribeteados en naranja fuego. Me hubiera venido bien un brazo en el que apoyarme, por cierto, al tratar de afrontar las escaleras con aquella falda enorme y sin poder verme los pies, pero rechacé de nuevo con gesto adusto la oferta que Solya reiteró con sutileza y bajé yo sola, despacio, tanteando en busca de los bordes de los escalones con los dedos de los pies calzados a presión.

Se agarró entonces las manos detrás de la espalda y me marcó el paso.

—Los exámenes suelen ser exigentes, por supuesto —comentó despreocupado—. Supongo que Sarkan te ha preparado para ellos. —Me lanzó una mirada ligeramente inquisitiva; no le contesté, pero tampoco pude dejar de arrastrar el labio inferior por debajo de los dientes—. Bueno —prosiguió—, si los encuentras complicados, podemos ofrecer a los examinadores una... demostración conjunta; estoy seguro de que eso les resultaría tranquilizador.

Me limité a lanzarle una mirada fulminante, y no respondí. Estaba segura de que él se atribuiría el mérito de cualquier cosa que hiciésemos. No insistió en la cuestión y continuó sonriendo como si no se hubiera percatado siquiera de mis frías miradas: un pájaro que volaba en círculos en las alturas a la espera de una oportunidad. Me condujo a través de un arco flanqueado por dos guardias altos y jóvenes que me miraron con curiosidad, y entramos en el Charovnikov, el Salón de los Magos.

Disminuí el paso de forma involuntaria al entrar en aquella estancia cavernosa. El techo era como una abertura a los cielos, nubes pintadas que se vertían sobre un firmamento azul con ángeles y santos estirados a lo largo. La luz de la tarde entraba a raudales por unas ventanas enormes. Levanté la vista, deslumbrada, y casi me tropiezo con una mesa, extendí las manos a ciegas para agarrarme a la esquina y rodearla. Todas las paredes se hallaban cubiertas de libros, y una estrecha galería abalconada recorría la estancia de punta a punta y creaba un segundo piso de estanterías aún más altas. A lo largo de éstas, colgaban del techo unas escalerillas con pequeñas ruedas. Grandes mesas de trabajo de roble macizo con el tablero de mármol se alineaban de un extremo a otro de la habitación.

—Esto no es más que un ejercicio para retrasar lo que todos sabemos que se ha de hacer —decía una mujer en algún lugar fuera del alcance de mi vista: era una voz grave, un sonido cálido y encantador, pero había un deje irritado en sus palabras—. No, no me vengáis otra vez con vuestros gimoteos sobre las reliquias, Ballo. Todo hechizo se puede contrarrestar... Sí, incluso uno que se haga sobre el chal de la santa y bendita Jadwiga, y dejad de mostraros escandalizado conmigo por decirlo. Solya se ha embriagado de política para prestarse a semejante empresa, para empezar.



—Vamos, Alosha. Sin duda el éxito disculpa cualquier riesgo —dijo el Halcón con gentileza conforme doblábamos una esquina y nos encontramos a tres magos reunidos ante una gran mesa redonda en un hueco, con una ancha ventana que dejaba entrar el sol de la tarde. Cerré los ojos ante aquella luz, deslumbrada después de atravesar la penumbra de los pasillos del palacio.

La mujer a la que él había llamado Alosha era todavía más alta que yo, con una oscura piel de ébano y unas espaldas tan anchas como las de mi padre, el pelo trenzado muy tenso contra la cabeza. Vestía ropas de hombre: unos pantalones largos de algodón rojo metidos por dentro de unas botas de cuero, y un abrigo de cuero por encima. Las botas y el abrigo eran muy bonitos, repujados con oro y plata en intrincados diseños, pero tenían pinta de usados; qué envidia me dieron, en mi ridículo vestido.

—Éxito —dijo ella—. ¿Así es como llamáis vos a esto, a traer un cuerpo hueco de vuelta a la corte, justo a tiempo para quemarlo en la hoguera?

Apreté los puños. El Halcón, sin embargo, se limitó a sonreír y decir:

—Tal vez sea mejor que posterguemos estas discusiones por el momento. Al fin y al cabo, no estamos aquí para juzgar a la reina, ¿no es así? Querida mía, permíteme que te presente a Alosha, nuestra Espada.

La mujer me miró sin sonreír y con cara de suspicacia. Los otros dos magos eran hombres: uno de ellos, el mismo padre Ballo que había examinado a la reina. Ni una sola arruga le marcaba las mejillas, y su cabello aún lucía castaño por entero, pero de algún modo se las arreglaba para parecer mayor, y las gafas le resbalaban por la nariz en su rostro redondo mientras me miraba de arriba abajo con expresión dubitativa.

—¿Es ésta la aprendiz?

El otro hombre podría haber sido su opuesto, alto y delgado, con un suntuoso chaleco de color vino tinto y bordado en oro de forma compleja, y una expresión de aburrimiento; llevaba el pico de su estrecha barba negra en un meticuloso rizo ascendente. Se encontraba estirado en una silla con las botas apoyadas encima de la mesa. Había una pila de barras cortas y gruesas de oro junto a él, y un saquito de terciopelo negro con un montón de brillantes rojos, minúsculos y relucientes. Estaba manipulando dos barras, y la magia salía de él en un susurro; sus labios se movían ligeramente. Juntaba los extremos del oro, y las barras adelgazaban entre sus dedos para convertirse en una tira estrecha.

—Y éste es Ragostok, *el Espléndido* —dijo Solya.

El mago no dijo nada, y ni siquiera levantó la cara salvo por un breve vistazo que me captó de la cabeza a los pies y me descartó de una vez y para siempre como algo indigno de su atención. Sin embargo, yo prefería su desinterés a la dura línea de sospecha que formaban los labios de Alosha.

—¿Dónde te encontró Sarkan, exactamente? —inquirió ella.

A aquellas alturas habían oído ya alguna versión del rescate, parecía, pero el príncipe Marek y el Halcón no les habían importunado con las partes de la historia que no les iban bien, y había más cosas que ellos dos desconocían. Entre tartamudeos les ofrecí una torpe explicación de cómo había conocido a Sarkan, con la incómoda sensación de los ojos del Halcón posados en mí, brillantes y atentos. Quería decir lo mínimo posible sobre Dvernik, sobre mi familia; él ya tenía a Kasia como instrumento que utilizar en mi contra.

Tomé prestado el temor secreto de Kasia y traté de dar a entender que mi familia había decidido ofrecerme al Dragón; me aseguré de contarles que mi padre era leñador, lo cual ya sabía que desdeñarían, y no les dije ningún nombre. Hablé de «la corregidora de la aldea» y de «uno de los vaqueros» en lugar de «Danka» y «Jerzy», e hice que sonase como si Kasia fuese mi única amiga, y no la que más quería, antes de contarles su rescate entre titubeos.

—Y supongo que se lo pediste con amabilidad, y el Bosque te la entregó, ¿no? —dijo

Ragostok sin levantar la mirada de su trabajo: estaba metiendo a presión los brillantes minúsculos en el oro, con los pulgares, uno detrás de otro.

—El Dragón... Sarkan... —me sentí agradecida por el pequeño impulso que noté, procedente del tronar de su nombre en la lengua—. Él pensó que el Bosque me la había entregado para tender una trampa.

—De manera que por entonces no había perdido del todo la cabeza —dijo Alosha—. ¿Por qué no la sacrificó de inmediato? Él conoce la ley.

—Me... me dejó intentarlo —tartamudeé—. Me permitió que intentase purgarla. Y funcionó...

—O eso te imaginas tú —replicó ella. Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Y así es como la pena conduce al desastre. Bien, me sorprende oírlo de Sarkan, pero mejores hombres que él han perdido la cabeza por una muchacha que no tiene ni la mitad de su edad.

No supe qué decir: quería protestar: «No es eso, no hay nada de eso», pero las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Y suponéis que también yo he perdido la cabeza por ella? —preguntó el Halcón con un tono de voz divertido—. ¿Y el príncipe Marek, también?

Alosha lo miró con aire de desprecio.

—Cuando Marek era un crío de ocho años, se pasó un mes llorando y exigiéndole a su padre que se llevase al ejército y a todos los magos de Polnya al interior del Bosque para traer de vuelta a su madre —dijo ella—. Pero ya no es un crío. Tendría que haber sabido que no debía hacerlo, y vos también. ¿Cuántos hombres nos ha costado esta cruzada vuestra? Os llevasteis a treinta veteranos, soldados de caballería, todos de primera, y todos ellos con espadas que salieron de mi fragua...

—Y os hemos traído de vuelta a vuestra reina —afirmó el Halcón con un repentino tono duro y desagradable en la voz—, si es que eso significa algo para vos.

Ragostok soltó un suspiro sonoro y mordaz sin alzar siquiera la mirada de su tiara de oro.

—¿Y qué más da eso ahora mismo? El rey desea que se examine a la muchacha, así que examinémosla ya y acabemos con ello. —Su tono dejaba claro que no creía que fuese a durar mucho.

El padre Ballo carraspeó; alargó la mano para coger una pluma, la introdujo en un tintero y se inclinó hacia mí, mirándome a través de sus pequeñas gafas.

—Pareces bastante joven para que te examinemos. Dime, bonita, ¿cuánto tiempo has estado estudiando con tu maestro?

—Desde la cosecha —dije, y me quedé mirando la incredulidad que mostraban sus ojos.

Sarkan no me había mencionado que los magos solían dedicar siete años al estudio antes de solicitar su admisión en la lista. Y después de pasarme tres horas pifiándola con la mitad de los hechizos que ellos me pedían, y agotándome por el camino, hasta el padre Ballo se inclinaba a creer que Sarkan se había enamorado de mí como un estúpido, o que les estaba gastando algún tipo de broma al enviarme para que me examinasen.

El Halcón no era de ayuda: observaba sus deliberaciones con un leve aire de interés, y cuando le preguntaron qué tipo de magia me había visto utilizar, tan sólo dijo:

—No me considero en condiciones de atestiguarlo... Siempre resulta difícil separar los ardidés de un aprendiz de los del maestro, y Sarkan estuvo presente todo el tiempo, por supuesto. Preferiría que hicieseis vuestros propios juicios. —Y acto seguido me miró en un recordatorio de la indirecta que me había hecho en el pasillo.

Apreté los dientes y de nuevo traté de apelar a Ballo: él parecía la mejor oportunidad de lograr alguna simpatía, aunque hasta él estaba empezando a irritarse.

—Señor, ya os lo he dicho. No soy de ninguna utilidad con este tipo de hechizos.

—Estos hechizos no constituyen ningún «tipo» —dijo malhumorado y con los labios fruncidos—. Te hemos encargado de todo, desde la magia sanadora hasta la inscripción, bajo todos los elementos y todas las posibles afinidades. No existe tal categoría que comprenda todos esos hechizos.

—Pero son vuestro tipo de magia. No... no el de Jaga —dije, aprovechando el ejemplo que ellos sin duda conocerían.

El padre Ballo me miró con más dudas aún.

—¿Jaga? ¿Qué diantres te ha estado enseñando Sarkan? Jaga es un cuento folclórico.

—Yo clavaba en él la mirada—. Sus obras se tomaron de varios magos reales, se mezclaron con algunas adiciones imaginativas y se exageraron con el paso de los años hasta elevarla a la categoría de mito.

Lo observaba boquiabierto, sin poder hacer nada: él era el único que había mostrado la más mínima cortesía conmigo, y ahora me estaba diciendo que Jaga no era real.

—Bien, esto ha sido una pérdida de tiempo —sentenció Ragostok, a pesar de que no tenía ningún derecho a quejarse por ello: no había dejado de trabajar un instante, y su pieza de joyería ya se había convertido en una amplia tiara con un gran orificio en el centro a la espera de una gema de mayor tamaño. El objeto emitía el leve zumbido de la hechicería que encerraba—. Soltar unos cuantos conjuros no es magia suficiente para considerarla digna de la lista, ni ahora ni nunca. Alosha acertó desde el principio, en cuanto a lo que le ha sucedido a Sarkan. —Me miró de arriba abajo—. Y tampoco es que tenga excusa, aunque sobre gustos no hay nada escrito.

Me sentí avergonzada y furiosa, y más atemorizada aún que furiosa: hasta donde yo sabía, el juicio se podría celebrar por la mañana. Respiré hondo contra la fuerte sujeción de la ballena del corsé, aparté la silla hacia atrás de un empujón y me puse en pie, y bajo las faldas di un pisotón en el suelo y dije:

—*Fulmia*.

Mi talón rebotó contra la piedra en un golpe que resonó a través de mí y volvió a salir en una oleada de magia. El castillo se estremeció a nuestro alrededor como un gigante dormido, un temblor que hizo tintinear suavemente, unos contra otros, los cristales preciosos colgados de la lámpara sobre nuestras cabezas, y tiró algunos libros de las estanterías con golpes secos.

Ragostok se había puesto en pie de un respingo, había volcado su silla, y la tiara de oro se le había caído de las manos con un ruido metálico. La mirada del padre Ballo recorría los rincones de la estancia, parpadeando en una sorprendida confusión antes de trasladar su asombro hacia mí, como si estuviera seguro de que tenía que haber otra explicación. Permanecí de pie, jadeando, con los puños cerrados con fuerza a ambos costados, resonando aún de la cabeza a los pies, y dije:

—¿Es suficiente esta magia para incluirme en la lista? ¿O tal vez deseáis ver más?

Me miraron fijamente y, en el silencio, oí gritos en el patio exterior, pasos a la carrera. Los guardias miraban hacia el interior con la mano sobre la empuñadura de la espada, y me di cuenta de que acababa de sacudir el castillo del rey, en la ciudad del rey, y de que había alzado la voz a los más altos magos del país.

Al final, sí me incluyeron en la lista. El rey había exigido una explicación sobre aquel temblor de tierra, y le habían contado que fue cosa mía; después de eso, no podían decir al mismo tiempo que no tenía mucho de bruja. Aun así, aquello no los hizo demasiado felices. Podría decirse que Ragostok se ofendió lo suficiente como para guardarme rencor, algo que se me antojaba poco razonable: era él quien me había insultado a mí. Alosha me miró con más suspicacia, como si se imaginase que había estado ocultando mi poder por alguna taimada razón; y al padre Ballo simplemente le disgustaba tener que admitirme, porque me escapaba a su propia experiencia. No es que fuese poco amable, sino que sentía el mismo deseo obsesivo de Sarkan por la explicación de las cosas, pero carecía de su disposición a la flexibilidad. Si Ballo era

incapaz de hallar algo en un libro, significaba que aquello no podía ser así, y si lo encontraba en tres libros, significaba que se trataba de la verdad pura y dura. Tan sólo el Halcón me sonreía, con aquel irritante aire de secreta diversión; me podría haber arreglado perfectamente sin sus sonrisas.

Tuve que volver a presentarme frente a ellos en la biblioteca a la mañana siguiente, para la ceremonia del nombramiento. Rodeada de los cuatro, me sentí más sola que en aquellos primeros días en la torre del Dragón, apartada de todo cuanto conocía. El hecho de sentir que ninguno de ellos era mi amigo, o que siquiera me deseasen nada bueno, era peor que estar sola. Si me hubiese caído encima un rayo, se habrían sentido aliviados, o no se hubieran afligido, al menos. Pero estaba decidida a no darle importancia: lo único que de verdad importaba era poder hablar en defensa de Kasia. A esas alturas, ya sabía que nadie le dedicaría uno solo de sus pensamientos: Kasia no importaba.

El nombramiento tenía más pinta de ser otra prueba que una ceremonia. Me colocaron ante una mesa y sacaron un cuenco de agua, tres cuencos con diferentes polvos de color rojo, amarillo y azul, una vela y una campanilla metálica con letras de oro grabadas alrededor. El padre Ballo me situó delante el hechizo del nombramiento en una hoja de pergamino: el ensalmo consistía en nueve palabras largas y enmarañadas, con anotaciones detalladas que ofrecían las instrucciones precisas acerca de la pronunciación de cada sílaba y de cómo se debía acentuar cada palabra.

Lo masculé entero para mis adentros en un intento por tantear las sílabas importantes, pero éstas se me quedaban inertes en la lengua: el hechizo no quería desmenuzarse.

—¿Y bien? —dijo Ragostok con impaciencia.

Recorrí con esfuerzo el encantamiento entero, de arriba abajo, como un torpe trabalenguas, y comencé a echar polvos en el agua, una pizca aquí y otra allí. La magia del hechizo se formaba con lentitud, a regañadientes. Convertí el agua en un desastre de color pardo, me derramé un poco de cada uno de los tres tipos de polvo en la falda y, finalmente, dejé de intentar obtener algo mejor. Prendí los polvos, entrecerré los ojos para ver algo entre la nube de humo y busqué la campanilla a tientas.

Di entonces rienda suelta a la magia, y la campanilla repicó en mi mano: una nota larga y grave que surgió de un modo extraño de una campanilla tan pequeña; sonó como la gran campana de la catedral que llamaba a maitines todos los días, al alba, por toda la ciudad, un sonido que llenó la sala. El metal zumbaba bajo mis dedos cuando la dejé en la mesa y miré a mi alrededor, expectante; sin embargo, el nombre no se escribió por sí solo en el pergamino, ni surgió con letras en llamas, ni apareció por ningún lado. Todos los magos parecían molestos, aunque por una vez no fuese conmigo.

—¿Acaso pretende esto ser una broma? —le dijo el padre Ballo a Alosha con cierta irritación.

Alosha tenía el ceño fruncido; alargó la mano hacia la campanilla, la levantó y le dio la vuelta: no tenía badajo ni nada parecido. Todos se quedaron mirándola, y yo los miraba a ellos.

—¿De dónde saldrá el nombre? —pregunté.

—Tenía que haberlo tañido la campana —se limitó a decir Alosha. De nuevo la dejó en la mesa, y la campanilla volvió a sonar muy bajo, como un eco de aquel tañido grave, y Alosha la fulminó con la mirada.

Después de aquello, nadie sabía qué hacer conmigo. Tras permanecer todos de pie en silencio por unos instantes mientras el padre Ballo farfullaba unos ruidos sobre las irregularidades, el Halcón —que aún parecía empeñado en divertirse con todo lo que tuviese que ver conmigo— dijo con tono despreocupado:

—Tal vez nuestra nueva bruja deba escoger su propio nombre.

—A mí me parece más apropiado que *nosotros* le escojamos un nombre a ella —dijo Ragostok.

Bien sabía yo que no tenía que dejarle participar de ninguna forma en la decisión sobre mi nombre: sin duda acabaría siendo «la Cerdita» o «la Lombriz de tierra». Todo aquello me seguía dando mala espina. Ya había cumplido con la parafernalia de aquel asunto, y de repente supe que no deseaba cambiarme el nombre por otro que fuera dejando una estela de magia a su paso, no más de lo que deseaba ponerme aquel vestido tan elegante con aquella cola a rastras que iba limpiando el polvo por los pasillos. Respiré hondo y dije:

—No hay nada de malo en el nombre que ya tengo.

De manera que fui presentada ante la corte como Agnieszka de Dvernik.

Casi llegué a lamentar mi negativa durante la presentación. Ragostok me había contado —yo creo que con la intención de ser desagradable— que la ceremonia sería algo menor, y que el rey no disponía de demasiado tiempo que dedicar a tales eventos cuando se producían fuera de la temporada correspondiente. Por lo visto, acostumbraban a incluir a los nuevos magos en la lista en la primavera y en el otoño, al mismo tiempo que a los nuevos caballeros. Si Ragostok estaba diciendo la verdad, yo no podía más que agradecerlo, de pie en el fondo de aquel gran salón del trono con una larga alfombra roja extendida ante mí como la lengua descolgada de alguna bestia monstruosa, y la multitud de resplandecientes nobles a ambos lados de ésta, todos ellos con los ojos fijos en mí y susurrándose los unos a los otros detrás de sus voluminosas mangas.

No me sentía en absoluto en mi verdadero ser; casi me hubiera gustado contar con otro nombre, un disfraz a juego con la torpeza y las amplias faldas de mi vestido. Apreté los dientes y comencé a recorrer el interminable salón hasta que llegué ante la tarima y me arrodillé a los pies del rey. Aún parecía cansado, igual que en el patio el día que llegamos. La corona de oro oscuro le ribeteaba la frente, y debía de ser un peso enorme, pero su cansancio no era de un tipo tan simple. Su rostro, debajo de aquella barba castaña y gris, lucía arrugas como las de Krystyna, las arrugas de alguien incapaz de descansar preocupado por el día siguiente.

Envolvió mis manos entre las suyas, y pronuncié con estridencia los términos del juramento de lealtad, trastabillándome con ellos; él me respondió con su extensa y fácil costumbre, retiró las manos y asintió para que me marchase.

Un paje empezó a hacer leves gestos para llamarme desde uno de los laterales del trono, pero me di cuenta de que aquella era la primera y tal vez la única oportunidad que tendría de pedirle algo al rey.

—Majestad, si lo tenéis a bien —dije mientras intentaba ignorar con todas mis fuerzas las miradas de indignación de todos aquellos que se encontraban lo bastante cerca del trono como para oírme—. No sé si habéis leído la carta de Sarkan...

Uno de los lacayos altos y fuertes que se hallaban junto al trono me agarró inmediatamente del brazo, hizo una reverencia al rey con una sonrisa clavada en el rostro e intentó sacarme de allí a tirones. Planté los pies mascullando una brizna del hechizo de tierra de Jaga y no le hice el menor caso.

—Disponemos de una verdadera oportunidad de destruir al Bosque, ahora —le susurré—, pero Sarkan no cuenta con ningún soldado, y... ¡sí, me voy en un instante!

—le dije entre dientes al lacayo, que me tenía ahora sujeta por ambos brazos y trataba de arrancarme de la tarima—. Sólo necesito explicaros...

—Está bien, Bartosh, deja de partirte el espinazo con ella —dijo el rey—. Podemos concederle un momento a nuestra flamante bruja. —Ahora me miraba de verdad, por primera vez, y sonaba ligeramente divertido—. Hemos leído la carta, en efecto. Podía haber contado con alguna que otra línea más. Sobre vos, en particular. —Me mordí el labio—. ¿Qué le pediréis a vuestro rey?

En los labios me temblaba lo que de verdad quería pedirle. «¡Dejad marchar a Kasia!», tenía ganas de gritar. Pero no pude. Sabía que no podía. Aquello era egoísta: lo quería

para mí, por los deseos de mi corazón, y no por Polnya. No le podía solicitar eso al rey, quien no había dejado marchar a su propia esposa sin enfrentarse a un juicio.

Mis ojos descendieron de su rostro hasta la punta de sus botas, repujadas en oro, que apenas se curvaban por debajo del reborde de pieles de sus vestiduras.

—Hombres, hombres para combatir al Bosque —susurré—. Todos aquellos de los que podáis prescindir, majestad.

—No resulta sencillo prescindir de ninguno de ellos —dijo. Levantó una mano cuando cogí aliento—. No obstante, veremos qué se puede hacer. Lord Spytko, encargaos de la cuestión. Quizá se pueda enviar una compañía.

Un hombre que se mantenía junto al trono inclinó la cabeza en señal de confirmación.

Me alejé tambaleándome, invadida de alivio —el lacayo me miró con los ojos entrecerrados cuando pasé junto a él—, y atravesé una puerta que había detrás de la tarima. Me condujo a una antecámara más pequeña donde un secretario real —un caballero mayor, riguroso y con cara de fuerte desaprobación— me pidió con frialdad que deletrease mi nombre. Creo que había oído parte de la escena que había montado. Escribió mi nombre en el encabezamiento de una página de un enorme tomo encuadernado en cuero. Lo observé con atención para asegurarme de que lo escribía bien, e hice caso omiso de su desaprobación, demasiado satisfecha y agradecida como para preocuparme: el rey parecía razonable. Sin duda indultaría a Kasia en el juicio. Me preguntaba si podríamos, incluso, salir cabalgando de allí con los soldados y unirnos a Sarkan en Zatochek para iniciar la batalla contra el Bosque.

—¿Cuándo comenzará el juicio? —pregunté al secretario cuando hubo terminado de escribir mi nombre.

Tan sólo me miró con una cara de incredulidad.

—No tengo forma de saberlo —me dijo, y apartó de mí su mirada para lanzarla hacia la puerta de salida de la habitación, una indirecta tan afilada como las puntas de una horca.

—¿Es que... no debe empezar pronto? —probé.

Su mirada había vuelto a descender sobre la carta. Esta vez levantó la cabeza todavía más despacio, como si no se pudiera creer que aún estuviese allí.

—Empezará —dijo con una pronunciación terriblemente precisa— cuando el rey lo decrete.

Tres días más tarde, el juicio no había comenzado aún, y yo odiaba a todos los que me rodeaban.

Sarkan me había contado que el hecho de estar allí suponía un poder, e imagino que así sería para alguien que entendiese la corte. Podía ver que había una especie de magia en el hecho de tener mi nombre inscrito en el libro del rey. Después de hablar con el secretario, había regresado a mi cámara minúscula, desconcertada y sin saber muy bien qué hacer a continuación, y, en menos de la media hora que llevaba sentada en la cama, las doncellas habían llamado cinco veces a mi puerta para traer tarjetas de invitación a cenas y a fiestas. Pensé que la primera se trataba de un error, pero incluso después de darme cuenta de que no se podían haber extraviado todas, seguía sin saber qué hacer con ellas, ni de por qué las traían.

—Veo que ya estás muy solicitada. —Solya salió de las sombras y atravesó la puerta antes de que pudiera cerrarla detrás de una doncella que me traía otra tarjeta más.

—¿Se supone que esto es algo a lo que nos dedicamos? —pregunté con cautela. Había empezado a plantearme si sería, quizá, uno de los deberes de los magos del rey—. ¿Necesita esa gente que se le haga algún tipo de magia?

—Bueno, podría llegar a ese extremo, pero, por ahora, todo cuanto desean es el privilegio de exhibir a la bruja real más joven jamás nombrada. Ya corre una docena de rumores sobre tu nombramiento. —Me arrebató las tarjetas de las manos, las fue ojeando y me ofreció una de ellas—. La condesa Boguslava es con mucho la más útil: el conde goza de la confianza del rey, y es seguro que le consultará acerca de la reina. Yo te llevaré a su velada.

—¡No, no lo haréis! —le solté—. ¿Queréis decir que sólo desean que vaya de visita? Pero si ni siquiera me conocen.

—Sabes lo suficiente —contestó con voz paciente—. Saben que eres una bruja. Querida, de verdad creo que te iría mucho mejor si aceptases que te acompañara en tu primera salida. Navegar por la corte puede resultar... difícil, si no estás familiarizada con sus costumbres. Bien sabes que ambos deseamos lo mismo: queremos que absuelvan a Kasia y a la reina.

—Vos no daríais un mendrugo de pan por salvar a Kasia —le dije—, y no me gusta el modo en que vais por ahí consiguiendo lo que queréis.

No me permitió librarme de sus modales. Se limitó a hacerme una cortés reverencia y retrocedió a las sombras del rincón de mi cámara.

—Espero que llegues a tener una mejor opinión de mí, con el tiempo. —Su voz surgía flotando de la oscuridad, distante, a la vez que se desvanecía—. Recuerda que estoy dispuesto a ser tu amigo, si te sientes desorientada.

Le lancé la tarjeta de la condesa Boguslava, que revoloteó hasta el suelo en el rincón vacío.

No confiaba en él lo más mínimo, pero también temía que me estuviese contando una parte de la verdad. Estaba comenzando a vislumbrar lo poco que entendía yo de la vida de la corte. Haciendo caso a Solya, si asomaba la cabeza por una fiesta que daba una mujer que no me conocía, se sentiría complacida, se lo contaría a su marido, y éste... ¿le diría al rey que la reina no debía ser ejecutada? ¿Y el rey lo escucharía? Nada de aquello tenía sentido para mí, pero tampoco lo tenía que unos desconocidos me enviasen una pila de invitaciones, y todo porque un hombre había escrito mi nombre en un libro. Sin embargo, aquí estaban, con lo que quedaba claro que estaba pasando por alto algunas cosas por el camino.

Deseé poder hablar con Sarkan: en parte en busca de consejo, en parte por quejarme ante él. Incluso abrí el libro de Jaga y rebusqué en sus páginas un hechizo que me permitiese llegar hasta él, pero no hallé nada que me diera la impresión de poder funcionar. Lo más cercano fue uno llamado *kialmas*, con una nota que decía: «Para

ser oído en la siguiente aldea», pero no creí que nadie agradeciese que gritara con tal fuerza que mi voz recorriese una semana de distancia a través del país, y tampoco pensé que las montañas fueran a permitir que pasara el sonido, aunque dejara sorda a toda Kralia.

Al final, escogí la invitación a cenar que comenzaba más temprano, y fui. Estaba hambrienta, de todas formas. El último trozo de pan que me había guardado en el bolsillo de la falda estaba ya tan rancio que ni la magia ayudaba a tragarlo con facilidad, ni tampoco me llenaba la barriga, la verdad. Tenía que haber unas cocinas en algún lugar del castillo, pero los criados me miraban con cara rara cada vez que llegaba demasiado lejos por el pasillo equivocado; no quería ni imaginarme sus caras si entraba en las cocinas con aire majestuoso. Sólo que tampoco me veía capaz de parar a una de las doncellas, una muchacha como yo, y pedirle que me sirviese... como si de veras me tuviese por una noble dama en lugar de ir simplemente disfrazada.

Deambulé escaleras arriba y abajo, y atravesé pasillos hasta que conseguí salir al patio, y allí hice acopio de valor, me dirigí a uno de los guardias de la puerta y le pregunté el camino, mostrándole la invitación. Me lanzó la misma mirada extraña que el resto de los sirvientes, pero se fijó en la dirección y dijo:

—Es la amarilla, la tercera hacia dentro desde la puerta exterior. Bajad por la calle y la veréis a la vuelta de la catedral. ¿Queréis una silla? ¿Mi señora? —Esto último lo añadió entre titubeos.

—No —le dije, confundida ante aquella pregunta, y me marché.

No fue un paseo muy largo: los nobles vivían en las casas situadas en el interior de las murallas de la ciudadela, o los más ricos, al menos. El lacayo de la casa amarilla también se me quedó mirando cuando ascendí por fin hacia la entrada, pero me abrieron las puertas. Me detuve en el umbral: ahora me tocaba a mí quedarme mirando. En el camino, había pasado junto a más de una pareja de hombres que transportaban unos peculiares cajones altos por los terrenos del castillo; no sabía para qué eran. Ahora, traían uno de ellos ante los escalones de la casa, justo a mi espalda. Un lacayo abrió una puerta en el lateral, y allí dentro había una *silla*. Una joven dama descendió del cajón.

El lacayo le ofreció una mano para que saliese hacia las escaleras de la casa, y acto seguido regresó a su puesto. La joven se detuvo en el escalón inferior y miró hacia mí.

—¿Necesitáis ayuda? —le pregunté en tono vacilante.

Su postura no era la de alguien que tuviese mal una pierna, aunque no podía saber lo que había bajo esas faldas, y tampoco me podía imaginar otro motivo para haberse encerrado en algo tan estrafalario.

Ella, sin embargo, se limitó a mirarme, y entonces llegaron otras dos sillas, y detrás de ella descendieron a otros invitados. Tan sólo era el modo en que iban de un sitio a otro.

—¿Es que no camináis nunca, ninguno? —le pregunté perpleja.

—¿Y cómo evitáis vos llenaros de barro? —me dijo.

Ambas bajamos la mirada. Tenía no menos de cinco centímetros de barro a lo largo de todo el borde de la falda que llevaba puesta, de una circunferencia superior a la rueda de un carro y hecha de un terciopelo morado y encaje de plata.

—No lo hago —le dije con desánimo.

Así conocí a lady Alicja de Lidzvar. Entramos en la casa y de inmediato nos interrumpió nuestra anfitriona, que apareció en el vestíbulo entre nosotras, saludó a lady Alicja como de pasada, y a mí me cogió de ambos brazos y me besó en las dos mejillas.

—Mi querida lady Agnieszka —dijo—. Qué maravilloso que hayáis podido venir, y qué vestido tan encantador: iniciaréis una nueva moda con toda seguridad.

Consternada, me quedé mirando fijamente la sonrisa de oreja a oreja de su rostro. Su nombre se me había desvanecido por completo de la cabeza, pero tampoco parecía importar. Al tiempo que mascullaba algo cortés y agradecido, me enroscó su



perfumado brazo por el codo y me arrastró a la sala de estar, donde se congregaban sus invitados.

Me paseó por delante de todos los que allí había mientras yo odiaba a Solya todavía más, en silencio y con fervor, porque él estaba en lo cierto. Todo el mundo andaba demasiado dispuesto a relacionarse conmigo, todos ellos con una escrupulosa corrección... al menos al principio. No me pidieron magia. Lo que querían era cotillear sobre el rescate de la reina. Eran demasiado refinados en sus modales como para hacer preguntas directas, pero todos y cada uno de ellos me decían cosas como: «He oído que había una quimera protegiéndola...», y dejaban sus palabras suspendidas, invitándome a corregirlos.

Podría haberles dicho cualquier cosa. Podría haberle restado importancia de algún modo inteligente, o haber afirmado cualquier cantidad de maravillas: estaban claramente dispuestos a que los impresionase, a dejarme asumir un papel de heroína. Pero yo rehuía el recuerdo de aquella espantosa matanza a mi alrededor, de la sangre que regaba la tierra hasta convertirla en barro. Me estremecía y cometía el error de responder con un «no» rotundo, o de no decir nada en absoluto e ir dejando caer una conversación detrás de otra en un incómodo pozo de silencio. Mi decepcionada anfitriona me abandonó en un rincón cerca de un árbol —había un árbol de color naranja dentro de la casa, plantado en una maceta— y se marchó a calmar los alterados ánimos de los demás invitados.

Veía a la legua que, de existir algún bien que pudiera haber hecho allí por Kasia, acababa de hacer lo contrario. Me preguntaba entristecida si debía tragarme mi orgullo e ir a buscar a Solya cuando apareció lady Alicja junto a mí.

—No me había percatado de que erais la nueva bruja —me dijo mientras me cogía del brazo y se inclinaba hacia mí en una pose conspiratoria—. Por supuesto que vos no necesitáis una silla de manos. Decidme, ¿os convertís en un murciélago enorme para viajar? Como Baba Jaga...

Me alegraba hablar de Jaga, de cualquier cosa que no fuese el Bosque, y me alegraba más todavía encontrar a alguien que no fuera Solya dispuesto a mostrarme cómo seguir adelante. Al terminar de cenar, ya había accedido a ir con lady Alicja a un desayuno, a una partida de cartas y a una cena al día siguiente. Pasé las dos jornadas posteriores casi enteras en su compañía.

No consideraba que fuésemos amigas, exactamente. No andaba de humor para hacer amistades. Cada vez que arrastraba los pies de aquí para allá, entre el castillo y cualquier otra fiesta más, tenía que pasar por delante de los barracones de la guardia real, y en el centro de su patio se encontraba el tajo de hierro, descarnado, chamuscado y negro, donde decapitaban a los corrompidos antes de quemar sus cadáveres. La fragua de Alosha se encontraba cerca, y la mayoría de las veces su fuego rugía, mientras su silueta levantaba cortinas de chispas anaranjadas con un martillo hecho de sombras.

—La única merced que se puede dispensar al corrompido es el acero bien afilado —había dicho ella cuando traté de persuadirla de que visitase al menos una vez a Kasia por sí misma. No pude evitar pensar que tal vez estuviera trabajando con el hacha del verdugo en aquel preciso instante, mientras yo me sentaba en ceremoniosas salas y comía huevas de pescado sobre unas tostadas a las que les habían quitado la corteza, tomaba el té endulzado con azúcar y trataba de hablar con gente a la que no conocía.

Pero sí pensaba que lady Alicja era amable al tomar bajo su tutela a una torpe y joven campesina. Ella sólo era uno o dos años mayor que yo, pero ya estaba casada con un viejo barón rico que se pasaba la mayor parte de los días jugando a las cartas. Parecía conocer a todo el mundo. Estaba agradecida, y tenía la determinación de estar agradecida, y me sentía un tanto culpable por no ser mejor compañía o entender los

usos de la corte; no sabía qué decir cuando Alicja insistía en hacerme unos sonoros y fervientes cumplidos sobre el excesivo encaje de mi vestido, o por el modo en que destrozaba los pasos de una danza cortesana cuando ella había convencido a algún joven noble de ojos saltones de que se ocupara de mí, para gran consternación de los dedos de sus pies y las divertidas miradas del resto de la sala.

Hasta el tercer día no advertí que se estaba mofando de mí todo el tiempo. Habíamos quedado en encontrarnos una tarde en una reunión musical que se celebraba en la casa de una baronesa. En todas las fiestas había música, así que no entendía qué convertía aquella reunión en *musical*, de manera específica. Alicja se había limitado a reírse cuando se lo pregunté. Aun así, fui caminando después de comer e hice lo que pude para llevar en alto la larga cola de color gris escarchado y mantener el equilibrio del tocado a juego, una sola pieza larga, curva y pesada que trataba de caerse hacia delante o hacia atrás, lo mismo daba, con tal de no quedarse en su sitio sobre la cabeza. Al entrar en la habitación, me enganché la cola del vestido con el marco de la puerta y me tropecé, y el tocado se me deslizó hacia atrás sobre las orejas.

Alicja me vio y cruzó la sala en una dramática carrera para cogerme las manos.

—Queridísima —me dijo con urgencia, sin aliento—, qué espléndida la originalidad de ese ángulo... Jamás había visto nada semejante.

—¿Estáis... estáis intentando ser grosera? —le espeté.

Tan pronto como se me ocurrió aquello, todas las rarezas que lady Alicja había dicho y hecho encajaron y cobraron un extraño y malicioso sentido. Al principio no me lo podía creer; no entendía por qué lo haría. Nadie la había forzado a hablar conmigo, ni a estar en mi compañía. No era capaz de entender por qué se habría tomado tantas molestias tan sólo para ser antipática.

Luego no pude seguir dudando: adoptó una expresión de sorpresa, con los ojos desorbitados, que claramente significaba que sí, que estaba tratando de ser grosera.

—¿Por qué, Nieshka...? —empezó a decir como si me considerase idiota, además.

Liberé las manos de entre las suyas de un tirón, al tiempo que la miraba fijamente.

—Agnieszka, mejor —dije sobresaltada y cortante—, y dado que os gusta tanto mi peinado, *katboru*.

Su tocado curvo se le deslizó hacia atrás sobre la cabeza, y con él se llevó los encantadores y rebuscados bucles que lucía a ambos lados de la cara y que saltaba a la vista que eran postizos. Soltó un grito agudo, los agarró y salió corriendo de la sala.

Sin embargo, eso no fue lo peor de todo. Peores fueron las risitas disimuladas que recorrieron toda la estancia, de hombres a los que había visto bailar con ella y de mujeres de las que ella hubiera dicho que eran sus amigas íntimas. Me arranqué el tocado, me dirigí rápidamente hacia el exagerado refrigerio y oculté el rostro de la sala mirando unos cuencos de uvas. Incluso allí, un joven que lucía un abrigo bordado, que debía de haber supuesto un año entero de trabajo para alguien, se me acercó sigiloso y me susurró en tono de regocijo que Alicja sería incapaz de asomarse por la corte en un año..., como si eso me fuera a complacer.

Me las ingení para escabullirme de él y meterme en un pasillo de los criados, y allí, desesperada, saqué el libro de Jaga del bolsillo hasta que di con un hechizo «para una salida rápida», que me permitiese atravesar el muro de la casa en lugar de regresar dentro y salir por la puerta principal. No podía aguantar oír más felicitaciones envenenadas.

Salí a través del muro de piedra amarilla, jadeando como si me hubiera escapado de una mazmorra. Una pequeña fuente con forma de boca de león se alzaba borboteando en el centro de la explanada, capturaba el sol de la tarde en la pila y deslumbraba. Una bandada de aves talladas trinaba con suavidad en la parte más alta. De un simple vistazo supe que era obra de Ragostok. Y allí estaba Solya, aposentado en el borde de la fuente, recorriendo con los dedos la luz en el agua.

—Me alegra ver que te has rescatado sola —sonrió—. Aunque tú misma te hayas metido en ello con tanta determinación.

Él no había estado en la casa, ni mucho menos, pero estaba segura de que ya conocía hasta el último detalle de la vergüenza que había pasado Alicja y de la que había pasado yo, y pese a aquella expresión tan apenada suya, estaba convencida de que había disfrutado viéndome hacer el ridículo.

Todo el tiempo había agradecido que Alicja no quisiera mi magia ni mis secretos, jamás se me había ocurrido que tal vez quisiese otra cosa. Y aunque lo hubiese pensado, no me habría imaginado que buscaba un objetivo para su maldad. En Dvernik no cometíamos la estupidez de ser crueles los unos con los otros. Por supuesto que a veces había disputas, y gente que te caía peor, e incluso se montaba alguna pelea ocasional si la gente se enfadaba lo suficiente, pero cuando llegaba la cosecha, tus vecinos venían a ayudarte con la recolección y con el trillado, y cuando la sombra del Bosque se cernía sobre nosotros, no éramos tan torpes como para hacerla todavía más oscura. Y ninguno de nosotros habría sido grosero con una bruja, bajo ningún concepto.

—Habría jurado que hasta una noble era más sensata —dije.

Solya se encogió de hombros.

—Tal vez no te creyese una bruja.

Abrí la boca para protestar y decir que me había visto hacer magia, pero supuse que no me había visto, no como a Ragostok, capaz de irrumpir en una habitación como un trueno con un diluvio de chispas de plata y pájaros cantando mientras volaban en todas direcciones; ni siquiera como a Solya, que se deslizaba con suavidad entre las sombras con sus elegantes ropajes, con aquella mirada suya tan brillante y atenta que parecía ver todo cuanto estaba sucediendo en los terrenos del castillo. Yo me embutía en trajes de noche en mi propia alcoba, e iba caminando a las fiestas, tozuda de mí, y lo hacía con un corsé asfixiante que bastaba para dejarme sin aliento sin que hiciera trucos para fanfarronear.

—Pero ¿cómo se imaginaba que había acabado mi nombre incluido en la lista? —quise saber.

—Supongo que pensó igual que el resto de los magos, al principio.

—¿Qué? ¿Que me presentasteis porque Sarkan estaba enamorado de mí? —pregunté con sarcasmo.

—Marek, más bien —dijo absolutamente serio, y me quedé mirándolo, consternada—. De verdad, Agnieszka, esperaba que a estas alturas ya comprenderías eso al menos.

—¡No quiero entender nada de eso! —exclamé—. Esa gente de ahí dentro estaba feliz al ver que Alicja se burlaba de mí, y después se han mostrado igualmente felices cuando yo la he dejado en ridículo a ella.

—Por supuesto —me dijo—. Les ha encantado enterarse de que estabas fingiendo ser una palurda tan sólo para hacer caer en una enrevesada burla a la primera persona que mordiese tu anzuelo. Eso te convierte en parte del juego.

—¡Yo no le he tendido una trampa! —Me entraron ganas de añadir que a nadie se le ocurriría nada semejante, a nadie en su sano juicio, al menos, pero tenía la desagradable y persistente sensación de que a algunas de aquellas personas sí se les ocurriría.

—No, no me imaginaba que lo hubieras hecho —prosiguió Solya con diplomacia—, pero tal vez desees que la gente crea que lo has hecho. Lo creerán de todas formas, digas tú lo que digas. —Se levantó del borde de la fuente—. La situación no es irreparable. Creo que encontrarás gente mucho más amistosa contigo en la cena de esta noche. ¿Me permitirás acompañarte, después de todo lo que ha ocurrido?

Como respuesta, me di la vuelta sobre la punta del tacón y me alejé airada de él y de la diversión de su resoplido de risa, arrastrando por el suelo a mi paso aquella estúpida

cola del vestido.

Salí con mis nubarrones de la elegante explanada al ruidoso ajeteo del verde patio exterior del castillo. Un montón de barriles y de balas de heno aguardaba junto al camino que iba de las murallas exteriores a las interiores, a la espera de que los cargasen hacia uno u otro sitio. Me senté en una bala de heno a meditar. Tenía la horrible certeza de que Solya también andaba en lo cierto en esto, y eso significaba que cualquier cortesano que me hablase ahora lo haría únicamente porque le gustaba aquel juego malicioso; ninguna persona decente querría tener nada que ver conmigo.

Pero no había nadie más con quien pudiese hablar, ni siquiera pedir consejo. Los criados y los soldados tampoco me querían ver ni en pintura, ni los oficiales que se apresuraban en sus rondas establecidas. Cuando pasaban ahora ante mí, podía ver que todos ellos me lanzaban miradas indecisas: una dama elegante sentada en una bala de heno junto al camino, vestida con sus mejores galas de satén y encaje, la cola del vestido llena de hierba y de arena, como una hoja desperdigada en un jardín perfectamente cuidado. No era mi sitio.

Peor que eso, no estaba siendo de ninguna utilidad para Kasia, para Sarkan ni para nadie en mi aldea. Estaba preparada para testificar, y no había juicio alguno; había suplicado unos soldados, pero no habían enviado a nadie. En tres días había asistido a más fiestas que en toda mi vida, y no había obtenido a cambio ningún fruto aparte de arruinar la reputación de una muchacha estúpida que probablemente no había tenido una amiga de verdad en toda su vida.

En un arrebato de frustración e ira pronuncié el *vanastalem*, pero muy arrastrado, y entre el paso de una carreta y la siguiente, volví al atuendo de la hija de un leñador: ropa cómoda y humilde, una falda que no fuese demasiado larga como para ocultar unas prácticas botas por debajo, un delantal con dos grandes bolsillos. Respiré de golpe con mayor facilidad, y de repente me sentí invisible: ya nadie me miraba. A nadie le importaba quién era ni lo que hacía.

La invisibilidad tenía también sus riesgos: mientras estaba allí al borde del camino, disfrutando del placer de respirar hondo, pasó junto a mí y casi me tira con su traqueteo un enorme carruaje tan hinchado que sobresalía por encima de las ruedas, por todas partes, con cuatro lacayos colgados de él. Tuve que apartarme de un salto hacia un charco, mis botas chapotearon y me salpiqué la falda de barro. Pero me dio igual. Me reconocía por vez primera en una semana, con los pies en la tierra en lugar de pisar mármol pulido.

Regresé tras la estela del carruaje, cuesta arriba, con el balanceo de una zancada amplia y libre en mis cómodas faldas, y entré en la zona interior sin ningún problema. El carruaje se había detenido para descargar a un embajador que llevaba un abrigo blanco y una banda roja oficial que le cruzaba resplandeciente el pecho. El príncipe heredero se encontraba allí para recibirlo con una multitud de cortesanos y una guardia de honor que portaba la bandera de Polnya y otra roja y amarilla con la cabeza de un buey, una bandera que yo nunca había visto. El embajador vendría a asistir a la cena de estado. Se suponía que yo iría con Alicja, esa misma noche. Todos los guardias observaban la ceremonia, en parte al menos, y cuando les susurré que no merecía la pena fijarse en mí, sus ojos me pasaron de largo, tal y como habrían deseado hacer de todos modos.

Ir y volver entre las fiestas y mi apartada habitación tres veces al día había servido para algo, al menos: había aprendido a orientarme por el castillo. Había criados por los corredores, pero todos iban cargados de mantelerías y plata, se apresuraban a preparar la celebración de la cena. A ninguno de ellos le sobraba ni una pizca de atención para una fregona salpicada de barro. Me escabullí entre ellos y me dirigí hacia el largo pasillo oscuro que conducía a la Torre Gris.

Los cuatro centinelas de guardia en la base de la torre estaban aburridos y bostezaban

a aquellas horas de la noche.

—Has pasado de largo la escalera de las cocinas, bonita —me dijo uno de ellos, afable—. Está ahí, de vuelta por el pasillo.

Me guardé aquella información para más adelante y, acto seguido, hice cuanto pude por quedarme mirándolos con la misma cara que todo el mundo me había estado poniendo a mí en los últimos tres días, como si estuviese absolutamente perpleja ante su ignorancia.

—¿No sabes quién soy? —le pregunté—. Soy Agnieszka, la bruja. He venido a ver a Kasia.

Y a echarle un ojo a la reina, más bien. No se me ocurría ningún motivo por el que se pospusiera tanto el juicio, a menos que el rey estuviese tratando de concederle más tiempo a la reina para recuperarse.

Los guardias se miraron los unos a los otros.

—*Alamak, alamak* —susurré antes de que pudieran decidir qué hacer conmigo, y atravesé directamente las puertas cerradas que había entre ellos.

No eran nobles, de manera que no tendrían intención de iniciar una disputa con una bruja, supongo. No vinieron detrás de mí, al menos. Ascendí por la estrecha escalera y di vueltas y vueltas hasta que salí al descansillo ante la boquiabierta mirada del diablillo hambriento del aldabón. Al coger la aldaba redonda sentí como si un león me lamiese la mano, decidiendo si yo tenía un buen sabor o no. La sostuve con toda la cautela que pude y llamé.

Tenía una lista de argumentos para Sauce, y tras ellos una rotunda determinación. Estaba más que dispuesta a apartarla de mi camino a empujones si era preciso; sospechaba que era una dama demasiado elegante para forcejear conmigo. Pero ni siquiera se acercó a abrir, y cuando pegué la oreja a la puerta, escuché unos tenues gritos dentro. Alarmada, retrocedí e intenté pensar: ¿serían capaces los guardias de echar la puerta abajo si los llamaba a voces? Pensé que no. La puerta estaba hecha de hierro y remachada con más hierro, y no había una sola cerradura a la vista.

Me fijé en el diablillo, que me lanzó una mirada lasciva. Sus vacías fauces irradiaban hambre. Aunque ¿y si las llenaba? Pronuncié un hechizo simple, algo de luz: el diablillo comenzó a absorber la magia de inmediato, pero seguí alimentando de energía el hechizo hasta que se encendió en mi mano un leve brillo que titilaba como una vela. El hambre del diablillo era una tracción enorme que devoraba prácticamente toda la magia que yo podía dar; aun así conseguí desviar un fino arroyuelo de plata: dejé que se arremolinara en un minúsculo estanque en mi interior, y a continuación y con cierta dificultad dije: «*Alamak*», y crucé la puerta con un único salto a la desesperada. Aquello se llevó todas las fuerzas que me restaban: caí rodando al suelo de la estancia al otro lado hasta que quedé boca arriba, vacía.

El golpeteo de unos pasos contra el suelo se apresuró hacia mí, y Kasia estaba conmigo.

—Nieshka, ¿te encuentras bien?

Los gritos procedían de la cámara contigua: Marek, de pie con los puños apretados en el centro de la estancia, rugía a Sauce, que se mantenía tesa como un palo y blanca de ira. Ninguno de ellos prestó demasiada atención a mi caída a través de la puerta; estaban demasiado ocupados descargando su furia el uno contra el otro.

—¡Miradla! —Marek sacudió un brazo hacia la reina. Seguía sentada ante la misma ventana, apática y sin haberse movido. Si estaba oyendo los gritos, ni se inmutaba—. Tres días sin oír una palabra de sus labios, ¿y os hacéis llamar sanadora? ¿De qué utilidad sois?

—Ninguna, es evidente —dijo Sauce con frialdad—. Todo lo que he hecho es cuanto podía hacerse, tan bien como podía hacerse. —Reparó entonces en mi presencia, por fin: se dio la vuelta y bajó la mirada al suelo, sobre mí—. Tengo entendido que ésta es

la obradora de milagros del reino. Tal vez podáis prescindir de ella en vuestro lecho el tiempo suficiente para que lo haga mejor. Hasta entonces, atendedla vos mismo. No permaneceré aquí para que me griten por mis esfuerzos.

Se marchó y pasó a mi lado, y apartó la falda de un tirón para que ni siquiera me rozase, como si no quisiera contaminarse. La barra de la puerta se levantó sola con un gesto de su mano. Se deslizó al exterior, y la pesada puerta de hierro resonó al cerrarse de golpe, tras ella, con un roce en la piedra que sonó como el filo de un hacha al caer.

Marek se volvió hacia mí, todavía prendido por el ataque de furia.

—¡Y tú! Se supone que eres la principal testigo, y te dedicas a vagar por el castillo con el aspecto de una puerca de las cocinas. ¿Acaso piensas que alguien va a creer una sola palabra de tus labios? Han pasado tres días desde que te metí en la lista...

—¡Vos me incluisteis! —exclamé indignada y tambaleándome para ponerme en pie con la ayuda del brazo de Kasia.

—¡... y todo cuanto has hecho es convencer a la corte entera de que eres una pueblerina inútil! ¿Y ahora esto? ¿Dónde está Solya? Se supone que él debe enseñarte a comportarte.

—Yo no me quiero *comportar* —le dije—. Me da igual lo que piense de mí cualquiera de éstos. ¡Lo que piensen ellos no importa!

—¡Por supuesto que importa! —Me agarró del brazo y me apartó a rastras de las manos de Kasia.

Fui dando tumbos tras él, mientras trataba de montar otro hechizo que me lo quitase de encima, pero Marek me llevó hasta el alféizar de la ventana y me señaló hacia el patio del castillo. Me detuve y miré hacia abajo, intrigada. Nadie diría que estuviese sucediendo nada alarmante. En ese momento, el embajador de la banda roja estaba entrando en el edificio con Sigmund, el príncipe heredero.

—Ese hombre que está con mi hermano es un enviado de Mondria. —El tono de Marek era grave y violento—. Su príncipe consorte murió el invierno pasado: la princesa abandonará el luto dentro de seis meses. ¿Lo comprendes ahora?

—No —confesé perpleja.

—¡Quiere ser la reina de Polnya! —gritó Marek.

—Pero la reina no ha muerto —dijo Kasia, y entonces lo entendimos.

Me quedé mirando a Marek, fría, horrorizada.

—Pero el rey... —balbucí—. Él amaba... —Me callé.

—Está posponiendo el juicio para ganar tiempo, ¿lo entiendes? —dijo Marek—. Una vez se desvanezcan los ecos del rescate, hará que la nobleza mire hacia otro lado, y entonces podrá ejecutarla sin hacer ruido. Ahora, ¿vas a ayudarme, o prefieres seguir metiendo la pata por el castillo hasta que llegue el invierno y la quemen a ella, y a tu querida amiga, cuando haga demasiado frío para que nadie salga a presenciarlo?

Mis dedos rodearon con fuerza la tensa mano de Kasia, como si con eso pudiera protegerla. Solamente imaginarlo resultaba demasiado cruel y vacío: que hubiésemos liberado a la reina Hanna, la hubiésemos sacado del Bosque, y todo para que el rey le pudiera cortar la cabeza y casarse con otra, sólo con tal de añadir un principado al mapa de Polnya, otra joya más en su corona.

—Pero él amaba a la reina —volví a decir en una protesta que no podía dejar de hacer, como una estúpida, supongo. Sin embargo, aquella historia, la de la pérdida de la amada reina, tenía mucho más sentido para mí que la que me estaba contando Marek.

—¿Y piensas que eso le haría perdonar el ridículo que hizo? —preguntó Marek—. A su bella esposa, la que huyó de su lado con un muchacho de Rosya que le cantaba bonitas trovas en el jardín. Eso contaron de ella hasta que tuve la edad suficiente para matar a quien lo dijese. Cuando era niño, me advirtieron de que ni siquiera le mencionara al rey el nombre de mi madre.

Tenía los ojos clavados en la reina Hanna, en su silla, con la mirada en blanco como el papel limpio. En el rostro del príncipe pude ver a Marek tal y como él había sido: un crío solitario, escondido en el jardín vacío de su madre con tal de escapar de esa misma turba de cortesanos venenosos, todos ellos con sus sonrisitas y sus cuchicheos sobre ella, haciendo gestos negativos con la cabeza y un pesar fingido mientras cotilleaban que ellos ya lo sabían todo desde el principio.

—¿Y creéis vos que podemos salvarla a ella y a Kasia si hacemos lo que él quiere? —le pregunté.

Apartó los ojos de la reina y me miró. Por primera vez, creo que me había escuchado de verdad. Su pecho se hinchó y se desinfló, tres veces.

—No —admitió por fin—. Todos éstos no son más que buitres, y él es el león. Todos menearán la cabeza y coincidirán en que es una pena, y picotearán los huesos que él les eche. ¿Puedes obligar a mi padre a perdonarla? —preguntó con naturalidad, como si no me estuviera pidiendo que hechizase al rey, que le arrebatase a alguien su voluntad, que fuera tan espantosa como el Bosque.

—¡No! —exclamé consternada. Miré a Kasia, que se encontraba de pie con una mano apoyada en el respaldo de la silla de la reina, erguida, resplandeciente y firme, y me dijo que no con la cabeza.

Ella no me pediría eso. Ni siquiera que huyese con ella, que abandonase a nuestra aldea ante el Bosque, aunque eso implicara que el rey la matase a ella únicamente para poder matar también a la reina. Tragué saliva.

—No —volví a decirle—. No haré tal cosa.

—¿Qué harás, entonces? —me gruñó Marek, otra vez enfadado, y se marchó furioso de la habitación sin esperar mi respuesta. Mejor, para el caso. No sabía qué decir.

Los guardias del Charovnikov me reconocieron a pesar de mi vestimenta. Me abrieron las pesadas puertas de madera y las volvieron a cerrar. Me quedé con la espalda apoyada en ellas: el dorado y los ángeles con la cabeza girada, en el techo, y las interminables paredes de libros dominaban todo el recorrido por una pared y regresaban por la siguiente, se escondían en huecos y volvían a salir. Unas pocas personas trabajaban en las mesas, aquí y allá, hombres y mujeres jóvenes vestidos con túnicas y con la cabeza inclinada sobre libros o alambiques. No me prestaron atención; todos estaban ocupados.

El Charovnikov no me resultaba acogedor, más frío que la biblioteca del Dragón y demasiado impersonal, pero al menos se trataba de un lugar que comprendía. Aún no sabía cómo iba a salvar a Kasia, pero allí disponía de más oportunidades de hacerlo que en un salón de baile.

Agarré la escalerilla más cercana y la arrastré con un chirrido todo el camino hasta plantarla delante de la primera librería de todas; a continuación, me remangué las faldas, subí hasta la punta más alta y empecé a rebuscar. Era un tipo de búsqueda que me resultaba familiar. No iba por los bosques recolectando con la idea de dar con algo en particular; me metía a buscar lo que fuera que pudiese encontrar, y dejaba que las ideas viniesen a mí: si encontraba un montículo de champiñones, tomaríamos sopa de champiñón al día siguiente, y si encontraba unas piedras planas, arreglaríamos el agujero del camino cerca de la casa. Pensé que allí sin duda tenía que haber al menos unos cuantos libros que me hablasen igual que lo hacía el de Jaga; tal vez tuvieran incluso algún otro de su puño y letra oculto en alguna parte entre todos aquellos volúmenes tan elegantes estampados en oro.

Trabajaba tan rápido como podía. Miraba los libros más polvorientos, los menos utilizados. Pasaba las manos por todos ellos, leía los títulos de los lomos. Pero era un proceso lento, hiciera lo que hiciese, y cargado de frustración. Después de haber recorrido doce librerías anchas, del suelo al techo y con treinta estantes cada una, empecé a preguntarme si allí acabaría encontrando algo: todos los libros me producían una sensación rígida y seca entre las manos, y no había nada que me invitase a seguir buscando.

Se me había hecho tarde mientras trabajaba. El resto de estudiantes se había marchado, y la intensidad de las luces mágicas había disminuido hasta convertirse en un débil brillo de rescoldos. Tan sólo la que había en mi estante brillaba aún con la intensidad de una luciérnaga, y ya se me quejaban la espalda y los tobillos. Estaba retorcida en lo alto de la escalera, con un pie enganchado a una barandilla para poder estirarme y alcanzar los libros más alejados. Ya casi había recorrido un cuarto de uno de los lados de la habitación, y eso yendo tan rápido como era capaz, sin mirar como es debido ni una décima parte de los volúmenes; Sarkan habría mascullado algo poco halagador.

—¿Qué estáis buscando?

Casi vuelco la escalera sobre la cabeza del padre Ballo; me agarré justo a tiempo de la barandilla lateral y me hice polvo el tobillo al raspármelo contra una junta. Una sección de una de las librerías estaba abierta a media distancia, camino del fondo de la habitación, era la puerta de algún recoveco secreto; de allí había salido Ballo. Cargaba en los brazos con cuatro volúmenes gruesos que supuse que pretendía devolver a las estanterías, y me miraba con aire dubitativo desde el suelo.

Yo estaba encogida aún por la sorpresa, y hablé sin pensar.

—Estoy buscando a Sarkan —le dije.

Ballo echó una mirada inexpresiva a las estanterías que yo había estado toqueteando: ¿acaso pensaba que iba a encontrar al Dragón aprisionado entre las páginas de un libro? Sin embargo, como si me lo hubiese dicho a mí misma al tiempo que se lo decía



a él, me di cuenta de que aquello era justo lo que andaba persiguiendo. Quería a Sarkan. Quería que levantase la vista de su montón de libros y me reprendiese por el desorden que había generado. Quería saber qué estaba haciendo él, si el Bosque había contraatacado. Quería que me contase cómo podía persuadir al rey de que dejase marchar a Kasia.

—Quiero hablar con él —le dije—. Quiero verle. —Ya sabía que no había tal hechizo en el libro de Jaga, y Sarkan jamás me lo había enseñado tampoco—. Padre, ¿qué hechizo utilizaríais si quisierais hablar con alguien que se encuentra en otro lugar del reino...?

Pero el padre Ballo ya me estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Hablar a distancia es cosa de los cuentos de hadas, por muy oportuna que los bardos consideren tal idea —afirmó con un tonillo aleccionador—. En Venezia han descubierto el arte de aplicar un hechizo de comunión entre un par de espejos hechos al tiempo y de la misma cuba de azogue. El rey tiene uno de esos espejos, y el otro se lo lleva el jefe del ejército al frente. Pero incluso éstos sólo pueden hablar el uno con el otro. El abuelo del rey los adquirió a cambio de cinco frascos de corazón de fuego —añadió, y me hizo soltar un graznido involuntario ante aquel precio: bien se podría haber comprado un reino—. La magia puede extender el alcance de los sentidos, extender la vista y el oído; puede amplificar la voz, u ocultarla en el interior de una nuez para que emerja más adelante. Pero no puede trasladar tu rostro de forma instantánea a través de medio reino, ni traerte a ti la voz de otra persona.

Le escuchaba descontenta, aunque aquello tuviera su inoportuno sentido: ¿por qué iba Sarkan a enviar mensajeros o a escribir una carta si pudiera limitarse a formular un hechizo? Resultaba bastante lógico, de igual modo que sólo podía utilizar su hechizo de transporte para moverse por el valle, su propio territorio, y no podía saltar directo a la capital y regresar.

—¿Hay aquí algún otro libro de hechizos como el de Jaga al que le pueda echar un vistazo? —le pregunté, aun cuando era consciente de la falta de interés que Ballo tenía hacia ella.

—Querida niña, esta biblioteca es el centro de la erudición en la magia de Polnya —me dijo—. Los libros no se lanzan a estas estanterías conforme al capricho de algún coleccionista, ni por medio de las argucias de un librero; no están aquí porque sean valiosos, ni están decorados en oro para alegrarle la vista a algún noble. Cada volumen añadido ha sido meticulosamente revisado por no menos de dos magos al servicio de la corona; sus virtudes se han confirmado y se ha atestiguado que son correctos por lo menos tres de sus ardides, y aun entonces han de contar con un verdadero poder para merecer un hueco aquí. Yo mismo he dedicado prácticamente toda mi vida de servicio al desbroce de las obras menores, las curiosidades y los divertimentos de épocas pasadas; con toda certeza, no encontrarás aquí nada que se le parezca.

Me quedé mirándolo fijamente: ¡toda su vida! Y desde luego que se habría lanzado al instante sobre cualquier cosa que a mí me sirviese. Me agarré a los lados de la escalera y me deslicé hasta el pie, ante su mirada desaprobatoria: supongo que se habría quedado mirando igualmente a alguien que trepase a un árbol.

—¿Los quemasteis? —le pregunté, perdida la esperanza.

Retrocedió como si hubiese sugerido quemarlo a él.

—No es necesario que un libro sea mágico para que sea valioso —me dijo—. Es más, hubiera sido de mi agrado trasladarlos a la colección de la Universidad para un estudio más profundo, pero Alosha insistió en conservarlos aquí, bajo llave, lo cual no puedo negar que constituye una precaución sensata, pues tales libros podrían atraer a la peor clase de elementos de la sociedad más baja; en ocasiones aflora el suficiente don para convertir a un boticario ambulante en alguien peligroso si cae en sus manos el libro equivocado. No obstante, estoy convencido de que se podría haber confiado la

salvaguada de las obras menores a los archiveros de la Universidad, hombres de formación sin par, con el aprendizaje apropiado y un riguroso plan de supervisión que... —¿Dónde están? —le interrumpí.

La minúscula cámara que me mostró se encontraba atestada de libros viejos, raídos, sin una sola ventana estrecha como una saetera por la que entrase el aire. Tuve que dejar abierta una rendija en la puerta. Era más feliz rebuscando entre aquellos montones desordenados, donde no tenía que preocuparme por volver a colocarlos en ningún orden, pero la mayoría de los libros me resultaba tan inútil como los de las estanterías. Aparté una cierta cantidad de áridos libros de historia de la magia y otros que eran tomos de pequeños conjuros enrevesados —la mitad de ellos hubiera llevado el doble de tiempo y hubiera supuesto cinco veces más engorro que hacerlo a mano— y otros que a mí me parecían libros de hechizos formales y de sobra razonables, pero que evidentemente no habían superado el listón del padre Ballo, más riguroso que el mío.

Había cosas extrañas en aquellos montones. Un volumen muy peculiar tenía el aspecto de un cuaderno de hechizos, lleno de palabras e ilustraciones misteriosas, diagramas como los de los libros del Dragón, y una escritura sin sentido. Después de perder diez minutos enteros cavilando sobre aquello, poco a poco me fui dando cuenta de que era una locura. Me refiero a que lo había escrito un loco haciéndose pasar por mago, queriendo serlo: no eran verdaderos hechizos, ni mucho menos, tan sólo inventados. Había algo desesperadamente triste en él. Lo aparté a un rincón oscuro.

Mi mano se posó por fin en un librito negro y fino. Por fuera parecía similar al cuaderno de recetas de mi madre para servir en los días de fiesta, y de inmediato me produjo una sensación cálida y agradable. El papel era de baja calidad, amarilleaba y se deshacía, pero estaba repleto de hechizos pequeños y acogedores, trazados con una letra limpia. Repasé las páginas con una sonrisa involuntaria, y después eché un vistazo al interior de la cubierta. Con aquella misma letra limpia, había escrito: «Maria Olshankina, 1267».

Permanecí sentada mirándolo, sorprendida y no tan sorprendida al mismo tiempo. Aquella bruja había vivido en mi valle más de tres siglos atrás, no mucho después de que éste se poblase: la gran piedra angular de la catedral de Olshanka, el edificio más antiguo del valle, tenía grabado el año de 1214. ¿Dónde había nacido Jaga? Me lo pregunté de repente. Era de Rosya. ¿Había vivido en el valle al otro lado del Bosque, antes de que Polnya lo poblara desde la dirección opuesta?

Sabía que no me iba a ser de ayuda. Resultaba una presencia cálida en mis manos, pero tenía la amabilidad de una amiga que se sienta contigo cómoda junto al fuego y no puede cambiar lo que va mal. En la mayor parte de los pueblos grandes, había brujas tradicionales que curaban algunos tipos de enfermedades y solucionaban plagas en las cosechas; creo que Maria había sido una de ellas. Por un instante la vi, una mujer alegre y corpulenta con un delantal rojo que barría el patio delantero de su casa, con niños y gallinas a sus pies, que se metía puertas adentro a hervir algún tipo de poción para la tos para un padre joven e inquieto con un bebé enfermo en brazos y que se la servía en una copa con un sermón sobre eso de ir corriendo por el pueblo sin el sombrero puesto. Había algo agradable en ella, un estanque de magia, no un río que corría y se había llevado todas las facetas ordinarias de su vida. Suspiré y me guardé el libro en el bolsillo. No quería dejarlo allí tirado y olvidado.

Encontré dos más como ése entre los miles de libros revueltos, y los hojeé; contenían unos pocos hechizos útiles y algún buen consejo. No había en ellos escrito el nombre de ningún lugar, pero de algún modo sabía que éstos también procedían de mi valle. Uno lo había escrito un campesino que había hallado un ardid capaz de acumular las nubes para que descargasen lluvia. En aquella página había dibujado el boceto de un campo bajo las nubes y, en la distancia, una línea dentada de montañas grises que me

resultaba familiar.

Había una nota de advertencia al final del hechizo: «Tened cuidado cuando el cielo ya está gris: si acumuláis demasiadas, aparecerá también el trueno». Acaricié con los dedos la palabra simple y breve, *kalmoz*, y supe que podría invocar truenos y rayos que cayesen del cielo y se bifurcasen, sentí un escalofrío y dejé el libro a un lado. Podía imaginarme cómo le gustaría a Solya echarme una mano con ese tipo de hechizos.

Ninguno de ellos tenía lo que yo necesitaba. Despejé un espacio en el suelo a mi alrededor y proseguí, inclinada y leyendo un libro mientras tanteaba a ciegas con la mano libre sobre los montones en busca del siguiente. Sin mirar, mis dedos se detuvieron en los festones de un borde de cuero repujado, aparté la palma de un tirón y me enderecé mientras la sacudía, nerviosa.

Una vez, mientras recolectaba en invierno, aún pequeña —no llegaba a los doce años—, me encontré una bolsa blanca, grande y extraña en un árbol, entre las raíces, enterrada bajo las hojas muertas y húmedas. La pinché unas cuantas veces con un palo, salí corriendo hacia donde mi padre estaba trabajando y lo llevé hasta allí para enseñársela. Él taló los árboles más cercanos para hacer un cortafuegos y quemó la bolsa y el árbol con ella. Removimos las cenizas con un palo y encontramos el esqueleto acurrucado de una cosa contrahecha que crecía allí, ninguna bestia que nosotros reconociésemos.

«Mantente alejada de este claro, Nieshka, ¿me oyes?», me dijo mi padre.

«Ahora ya está bien»; de repente, me recordaba a mí misma contestándole. De alguna forma, lo sabía.

«Da igual», me dijo él, y jamás volvimos a hablar de ello. Ni siquiera se lo llegamos a contar a mi madre. No quisimos pensar en lo que significaba aquello, que yo pudiese encontrar magia maligna oculta entre los árboles.

Aquel recuerdo me volvía ahora a la memoria, vívido: el vago olor a humedad de la putrefacción de las hojas, mi aliento frío y blanquecino en el aire, un glaseado de escarcha en la superficie de las ramas y en los relieves de la corteza, el silencio del Bosque. Había salido a buscar otra cosa; aquella mañana me había desviado hacia el claro tirada de un hilo de inquietud. Ahora me sentía igual. Sin embargo, estaba en el Charovnikov, en las entrañas del palacio del rey. ¿Cómo podía estar aquí el Bosque?

Me limpié los dedos en las faldas, hice acopio de valor y extraje el libro. La cubierta estaba pintada y repujada a mano, de manera minuciosa, una anfibena de cuero con todas y cada una de las escamas pintadas en azul resplandeciente, dos piedras preciosas de color rojo en los ojos, rodeada de un bosque de hojas verdes y la palabra «*Bestiare*» suspendida sobre ella en letras doradas unidas a las ramas como si fueran frutos.

Pasé las páginas con el índice y el pulgar, sujetándolas únicamente por la esquina inferior. Se trataba de un bestiario extraño, lleno de monstruos y de quimeras. No todos eran reales. Pasé despacio unas cuantas páginas más, con un simple vistazo a las ilustraciones y las palabras, y, con una extraña sensación apoderándose de mí, comencé a darme cuenta de que, conforme leía, los monstruos iban pareciendo reales, creía en ellos, y si continuaba creyendo en ellos el tiempo suficiente... Cerré el libro de golpe, lo dejé en el suelo, me levanté y me aparté de él. El calor de la cámara se había vuelto más sofocante aún, denso como en los peores días del verano, el aire caliente y húmedo bajo el asfixiante peso de unas hojas quietas que impedían que entrase la brisa.

Me froté las manos en las faldas en un intento por librarme del aceitoso tacto de las páginas en los dedos, y me quedé mirando el libro con suspicacia. Me daba la sensación de que, si apartaba los ojos de él, se convertiría en alguna especie de bicho retorcido y me saltaría a la cara siseando y soltando zarpazos. Busqué de manera

instintiva un hechizo de fuego, para quemarlo, pero me contuve en el preciso instante en que abría la boca, al caer en lo estúpido que habría sido eso: me encontraba en una cámara repleta de libros viejos y reseca, con un aire tan falto de humedad que sabía a polvo cuando lo respiraba, y fuera había una biblioteca enorme. Pero tenía la certeza de que no era seguro dejar allí el libro, ni un solo instante siquiera, y no podía ni imaginarme volver a tocarlo...

La puerta se abrió de golpe.

—Comprendo vuestra precaución, Alosha —decía un Ballo irritado—, pero me cuesta ver qué daño puede hacer...

—¡Alto! —grité, y los dos se detuvieron en la estrecha entrada, mirándome. Supongo que mi aspecto resultaba extraño, allí de pie como una domadora de leones con una bestia especialmente salvaje, con un solo libro tirado sin más en el suelo delante de mí. Ballo me miró primero a mí, estupefacto, y después al libro.

—¿Qué diantre...?

Pero Alosha ya se había puesto en movimiento: apartó a Ballo a un lado con gentileza y desenvainó de su cinto una daga larga. Se acuclilló, estiró por completo el brazo y tanteó el libro con la punta de la daga. Un resplandor de plata iluminó el filo entero de la hoja, y allá donde ésta había tocado el libro, la luz brilló a través de una nube verdosa de corrupción. Retiró la daga.

—¿Cómo lo habéis encontrado?

—Estaba aquí mismo, en el montón —le dije—. Ha intentado atraparme. Lo he sentido como... como el Bosque.

—Pero ¿cómo podría...? —empezó Ballo; Alosha desapareció por la entrada.

Reapareció un instante después, luciendo un pesado guantelete metálico. Cogió el libro entre dos dedos y nos hizo un gesto brusco con la cabeza. La seguimos hasta la zona principal de la biblioteca, las luces se iban encendiendo sobre nosotros al pasar; Alosha apartó de un empujón una pila de títulos que descansaba encima de una de las grandes mesas de piedra y colocó allí el libro.

—¿Cómo se os escapó esta pequeña muestra de perversidad? —exigió saber ante Ballo, que miraba el libro por encima del hombro de Alosha, alarmado y con el ceño fruncido.

—No creo haberlo hojeado siquiera —dijo él en un leve tono defensivo—. No hacía falta: me quedó claro a simple vista que no era un texto serio de magia, y resultaba bastante obvio que no tenía sitio en nuestra biblioteca. Es más, recuerdo haber tenido ciertas palabras altisonantes con el pobre Georg al respecto: él insistía en que lo conservásemos en nuestras estanterías a pesar de que no había el menor signo de encantamiento en tal objeto.

—¿Georg? —preguntó Alosha con expresión severa—. ¿Fue eso justo antes de que desapareciera?

Ballo se lo pensó y asintió.

—Si hubiera continuado leyendo, ¿habría... habría generado el libro una de esas cosas? —pregunté.

—Os habría convertido a vos en una de ellas, supongo —dijo Alosha de un modo espantoso—. Uno de nuestros aprendices desapareció hace cinco años, justo el mismo día que una hidra surgió arrastrándose de las alcantarillas de palacio y atacó el castillo: creímos que lo había devorado. Será mejor que retiremos la cabeza del pobre Georg de la pared de la sala de armas.

—Pero ¿cómo llegó hasta aquí? —pregunté con la mirada baja, hacia el libro, sobre el moteado de hojas verdes oscuras y pálidas, donde la serpiente de dos cabezas nos hacía un guiño con sus ojos rojos.

—Oh... —dudó Ballo, y cruzó el salón hasta una estantería llena de libros de registro, todos ellos casi de la mitad de su propia estatura: masculló algún hechizo sobrio y

menor sobre ellos mientras los recorría con los dedos, y una página refulgió en un extremo del estante. Sacó el pesado libro con un gruñido, lo llevó hasta la mesa y lo sujetó por debajo con una distraída costumbre mientras lo abría por la página iluminada, en la que destellaba una sola anotación—. «Bestiario, bien ornamentado, de origen desconocido —leyó—. Un obsequio de la corte de... de Rosya.» —Se perdió su voz. Estaba observando la fecha con el dedo manchado de tinta sobre ella—. Hace veinte años, uno de la media docena de volúmenes que formaban parte del mismo obsequio —dijo por fin—. El príncipe Vasily y su embajada debieron de traerlo consigo. El libro repujado y malévolo descansaba en el centro de la mesa. Estábamos de pie, en silencio, a su alrededor. Veinte años atrás, el príncipe Vasily de Rosya había entrado a caballo en Kralia, y tres semanas después se había marchado cabalgando en plena noche con la reina Hanna a su lado, huyendo hacia Rosya. Habían pasado demasiado cerca de los límites del Bosque al tratar de escabullirse de sus perseguidores. Eso decía la historia. Pero quizá cayeron atrapados mucho antes. Tal vez algún pobre escriba o un encuadernador de libros se había desviado demasiado próximo al Bosque, y, bajo sus ramas, había machacado las hojas caídas para convertirlas en papel, había cocido unas agallas de roble para hacer tinta y había inscrito la corrupción en cada palabra para crear una trampa que pudiese incluso adentrarse en el castillo del rey.

—¿Podemos quemarlo aquí? —pregunté.

—¿Qué? —Ballo levantó de golpe la cabeza en señal de protesta, como si le hubiesen tirado de una cuerda. Creo que rehuía de forma instintiva la quema de cualquier libro, algo que a mí me parecía muy bien, pero no tratándose de aquel libro.

—Ballo —dijo Alosha, y, por su expresión, ella sentía exactamente lo mismo.

—Intentaré una purificación, hacer que sea seguro examinarlo —intentó Ballo—. Si eso falla, entonces, por supuesto, tendremos que considerar otros métodos más rudimentarios de deshacernos de él.

—Esto no es algo que haya que guardar, purificado o no —dijo Alosha con aire adusto—. Deberíamos llevarlo a la fragua. Haré un fuego blanco, y lo sepultaremos en él hasta que se convierta en cenizas.

—No podemos quemarlo de inmediato, bajo ningún concepto —se opuso Ballo—. Es una prueba del caso de la reina, y el rey ha de tener conocimiento de ella.

Una prueba —advertí demasiado tarde— de la corrupción: si la reina lo había tocado, si ese libro la había conducido hacia el Bosque, ya estaba corrompida antes incluso de verse arrastrada bajo sus ramas. Si esto se presentaba en el juicio... Miré a Ballo y a Alosha consternada. No habían venido a ayudarme. Habían venido a evitar que encontrase algo útil.

Alosha me miró y suspiró.

—No soy vuestra enemiga, por mucho que vos prefiráis considerarme como tal.

—¡Vos queréis ejecutarlas! —exclamé—. A la reina y a Kasia...

—Lo que yo deseo —dijo Alosha— es mantener a salvo el reino. Marek y vos tan sólo os preocupáis por vuestras penas. Sois demasiado joven para ser tan fuerte, ése es el problema; no os habéis desprendido de la gente. Cuando hayáis visto partir a un siglo de los vuestros, entonces seréis más sensata.

Estaba a punto de protestar por su acusación, pero aquello me había silenciado: me quedé mirándola horrorizada. Tal vez fuera estúpido por mi parte, pero hasta ese preciso instante no se me había ocurrido que iba a vivir como Sarkan, como ella, un centenar de años, dos... ¿Cuándo se morían las brujas, si es que lo hacían? No envejecería; tan sólo seguiría adelante, siempre igual, mientras todos a mi alrededor se marchitarían y caerían, como los tallos que sobresalen de alguna planta trepadora que ascienden y ascienden para alejarse de ellos.

—¡No quiero más sensatez! —dije a voces, como un azote en el silencio de la sala—. No si la «sensatez» significa que no querré a nadie. ¿Qué hay, aparte de la gente, a lo

que merezca la pena aferrarse?

Tal vez hubiera una forma de ceder parte de esa vida, me pregunté de un modo absurdo: quizá pudiera darle algo a mi familia, a Kasia... si es que ellos lo aceptaban: ¿quién querría algo así, al precio de desengancharse del mundo, de apartarse uno mismo de la vida?

—Mi querida niña, creo que os estáis afligiendo en exceso —susurró Ballo con un gesto para calmarme.

Lo miré fijamente, a las finas líneas que partían de las comisuras de sus ojos, día tras día dedicados a unos libros polvorientos, sin amar nada más; él y también Alosha, quien hablaba de quemar gente con la misma facilidad que de quemar libros. Me acordé de Sarkan en su torre, arrancando muchachas del valle, y de su frialdad cuando llegué, como si no fuese capaz de recordar cómo se hacía para pensar y sentir como una persona normal.

—Una nación es también la gente —dijo Alosha—. Más gente aparte de esos pocos que son los más queridos para vos. Y el Bosque es una amenaza para todos.

—He vivido toda mi vida a once kilómetros del Bosque —le respondí—. Nadie tiene que contarme lo que es. Si no me preocupase detener al Bosque, ya habría cogido a Kasia y habría huido con ella en lugar de dejárola para que la llevéis a empujones de aquí para allá, ¡como si ella no importase lo más mínimo!

Ballo, asustado, murmuró algo ininteligible, pero Alosha se limitó a fruncir el ceño.

—Y aun así sois capaz de hablar de dejar vivir a los corrompidos, como si no supieseis lo que hay —prosiguió—. El Bosque no es un simple enclave del mal, que aguarda al acecho para atrapar a quienes son lo bastante estúpidos como para adentrarse en él y cuyo daño se detiene si sois capaz de sacar a alguien de allí. No somos la primera nación que se enfrenta a su poder.

—Os referís a la gente de la torre —dije despacio, pensando en el rey del sepulcro.

—¿Habéis visto la tumba, entonces? —preguntó Alosha—. ¿Y la magia que la hizo, una magia que ya se ha perdido para nosotros? Eso debía de haber sido advertencia suficiente para volveros más precavida. Aquella gente no era débil, ni le faltaba preparación, pero el Bosque derribó su torre, lobos y caminantes les dieron caza, y los árboles asfixiaron el valle entero. Uno o dos de sus hechiceros más débiles huyeron al norte y se llevaron unos cuantos libros y relatos consigo. ¿El resto de ellos? —Hizo un gesto con la mano hacia el libro—. Retorcidos hasta convertirse en pesadillas, bestias que cazasen a los suyos. Eso es todo cuanto el Bosque dejó de ellos. Hay algo peor que monstruos en ese lugar: algo que crea monstruos.

—¡Lo sé mejor que vos! —exclamé.

Aún me picaban las manos, y allí descansaba el libro sobre la mesa, malévolo. No podía dejar de pensar en aquella monstruosa presencia que se asomó a través del rostro de Kasia, del de Jerzy, la sensación de que me daban caza bajo aquellas ramas.

—¿Lo sabéis? —dijo Alosha—. Decidme: si propusiera yo desarraigar a todos aquellos que viven en vuestro valle, desplazarlos a otro lugar del reino, abandonar aquello y dejárselo todo al Bosque, salvarlos a ellos y olvidarse del resto; ¿os iríais vos? —La miraba fijamente—. ¿Por qué no os habéis marchado ya, para el caso? —añadió—. ¿Por qué seguís viviendo allí, en aquella sombra? Hay lugares en Polnya que no están hechizados por el mal.

Di palos de ciego en busca de una respuesta que no sabía cómo ofrecer. La idea me resultaba ajena, simplemente. Kasia se había imaginado aquello de marcharse, porque se vio obligada; yo nunca tuve que hacerlo. Adoraba Dverník, los agradables y frondosos bosques que rodeaban mi casa, el largo y resplandeciente correr de las aguas del Huso bajo el sol. Adoraba la caldera de las montañas que nos rodeaban, un muro protector. Había paz en la profundidad de nuestra aldea, en nuestro valle; no se trataba sólo de la gentileza de la mano del Dragón. Era un hogar.

—Un hogar de cuyos bosques podría surgir una noche una cosa contrahecha que se llevase a vuestros hijos —dijo Alosha—. Ese valle estaba infestado de corrupción incluso antes de que el Bosque se despertase de nuevo por completo; hay viejas historias de las Marismas Amarillas que hablan de avistamientos de caminantes al otro lado de los pasos de las montañas, de antes de que nos abriésemos paso por la cordillera y empezásemos a talar los árboles. Sin embargo, los hombres seguían yendo en busca de ese valle, se quedaban allí e intentaban vivir en él.

—¿Pensáis acaso que todos estamos corrompidos? —pregunté horrorizada: tal vez ella prefiriese quemar todo el valle, con nosotros dentro, si le daban la libertad.

—Corrompidos no. Atraídos —matizó—. Cuéntame, ¿adónde va el río?

—¿El Huso?

—Sí —dijo ella—. Los ríos desembocan en el mar, en lagos o en marismas, no en los bosques. ¿Dónde termina ése? Todos los años se nutre de las nieves de un gran número de montañas. No se hunde sin más en la tierra. Piensa —añadió con un deje mordaz—, en lugar de guiarte por el deseo ciego. Hay un poder en las profundidades de tu valle, algo extraño, más allá de la magia mortal, que atrae a los hombres, echa raíces en ellos... y no sólo en los hombres. Sea lo que sea eso que vive en el Bosque, lo que genera la corrupción, vive ahí y bebe de ese poder como de una copa. Mató a la gente de la torre, y después dormitó durante mil años porque nadie fue lo bastante necio como para molestarlo. Y entonces llegamos nosotros, con nuestros ejércitos, nuestras hachas y nuestra magia, y creemos que esta vez sí podemos vencer. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya fue lo bastante malo que fuéramos allí —prosiguió—. Y peor aún fue continuar presionando, talando árboles, hasta que volvimos a despertar al Bosque. ¿Quién sabe ahora dónde acabará esto? Me alegré mucho cuando Sarkan fue a contenerlo, pero ahora se está comportando como un necio.

—Sarkan no es un necio —salté—, y tampoco lo soy yo.

Estaba enfadada y, más que eso, asustada; lo que ella decía sonaba demasiado cierto. Echaba de menos mi hogar y me dolía como el hambre, como si algo se hubiese quedado vacío en mi interior. Lo había echado de menos todos los días desde que atravesamos el valle y cruzamos las montañas. Raíces... sí. Había raíces en mi corazón, tan profundas como cualquier corrupción que pudiera extenderse. Pensé en Maria Olshankina, en Jaga, mis hermanas en aquella extraña magia que nadie más parecía entender, y de repente supe por qué el Dragón se llevaba a una muchacha del valle. Supe por qué se la llevaba y por qué la joven se marchaba después de diez años. Nosotras éramos del valle. Habíamos nacido en el valle, en el seno de unas familias demasiado arraigadas para marcharse aun cuando sabían que les podían arrebatar a sus hijas; habíamos crecido en el valle, bebiendo de aquel poder, fuera el que fuese, que también alimentaba al Bosque. Me acordé del cuadro, de pronto, aquel extraño cuadro en mi alcoba que mostraba en plata la línea del Huso con todos sus pequeños afluyentes, y me acordé de aquella extraña atracción que tenía y que me hizo tapar el lienzo por puro instinto. Nosotras éramos un canal. Él nos utilizaba para llegar hasta el poder del valle, y mantenía a cada muchacha en la torre hasta que sus raíces se marchitaban y el canal se cerraba. Y entonces... la joven ya no se sentía atada al valle. Podía marcharse, y lo hacía, se alejaba del Bosque tal y como lo haría cualquier persona común y sensata.

Ahora quería hablar con Sarkan más que nunca, quería gritarle. Deseaba tenerlo delante para poder cogerlo por esos hombros delgados suyos y sacudirlo. Dirigí mi ira a Alosha en su lugar.

—Tal vez no debíamos haber entrado —le dije—, pero ya es demasiado tarde para eso. El Bosque no nos va a dejar marchar. No quiere echarnos de allí, quiere devorarnos. Quiere devorarlo todo, de forma que nadie regrese nunca más. Tenemos

que detenerlo, no huir de él.

—El Bosque no va a caer derrotado sólo con palabras—me dijo.

—¡Eso no es motivo para no intentarlo cuando tenemos la oportunidad! —exclamé—. Ya hemos destruido tres árboles-corazón, con *La invocación* y con el hechizo de purga, y podemos destruir más. Si el rey nos diese los soldados suficientes, Sarkan y yo podríamos empezar a quemarlo entero para que retrocediese...

—¿De qué estás hablando, niña? —interrumpió Ballo, desconcertado—. ¿Te refieres a *La invocación de Luthe*? Nadie ha formulado ese hechizo en cincuenta años...

—Muy bien. —Alosha me observaba bajo sus oscuras cejas—. Cuéntame exactamente cómo habéis estado destruyendo esos árboles, desde el principio: no deberíamos haber confiado en que Solya nos lo contase como es debido.

Les hablé entre titubeos acerca de la primera vez que formulamos *La invocación*, sobre ese largo trecho de luz brillante que llegaba hasta Kasia mientras el Bosque la amarraba y trataba de retenerla; sobre aquellos espantosos instantes finales con los dedos de Kasia en mi cuello, soltándose uno a uno, consciente de que tendría que matarla para salvarla. También les hablé de Jerzy; y del extraño bosque interior que nos había mostrado *La invocación*, aquel lugar por el que ambos habían vagado, perdidos.

Ballo no dejó de mirarme afligido a lo largo de toda mi narración, dudante entre resistirse o creerme, diciendo de vez en cuando y con voz tenue: «Pero si yo jamás he oído...» y «Nadie ha dicho nunca que *La invocación*...», para dejar sus palabras suspendidas en el aire cuando Alosha le hacía impacientes gestos de silencio.

—Muy bien —dijo ella cuando finalicé—. Reconozco que sí habéis hecho algo, por lo menos. No sois del todo unos necios. —Aún sostenía la daga en la mano, y dio unos leves toques con la punta de la hoja sobre el borde de piedra de la mesa, tac, tac, tac, con un tañido como el de una campana pequeña—. Eso no significa que mereciese la pena salvar a la reina. Después de veinte años vagando por ese lugar oscuro que vos habéis visto, ¿qué esperabais que quedase de ella?

—Nosotros no lo esperábamos —dije—. Sarkan no lo esperaba. Pero yo me vi obligada...

—Porque Marek os amenazó con que ejecutaría a vuestra amiga si no lo hacíais —terminó Alosha mi frase—. Insensato.

No me sentía en deuda con Marek, en absoluto, pero dije con honestidad:

—Si fuese mi madre..., yo también intentaría cualquier cosa.

—Entonces te estarías comportando como una cría en lugar de como una princesa —dijo Alosha—. Él y Solya. —Se volvió hacia Ballo—. Teníamos que haberlo visto, cuando se ofrecieron para ir a por la muchacha que Sarkan había recuperado. —Volvió a mirarme con expresión grave—. Yo estaba demasiado preocupada con que el Bosque le hubiese clavado por fin sus garras a Sarkan. Todo cuanto quería era sacrificarla rápidamente y traerlo de vuelta, a rastras, para que los demás lo examinásemos. Y aún no estoy convencida de que eso no hubiera sido lo mejor, al fin y al cabo.

—¡Kasia no está corrompida! —exclamé—. Y la reina tampoco.

—Eso no significa que no se les pueda volver aún al servicio del Bosque.

—No podéis ejecutarlas sólo porque *podría* suceder algo horrible que ni siquiera sería culpa suya —dije.

—No puedo estar en desacuerdo con ella, Alosha —accedió Ballo—. Cuando las reliquias han demostrado ya su pureza...

—Por supuesto que podemos, si con eso salvamos el reino de ser engullido por el Bosque —respondió Alosha con crudeza y haciéndonos caso omiso a los dos—. Pero eso no implica que esté deseando hacerlo; y, menos aún —añadió mirándome a mí—, provocar que cometas una estupidez. Estoy comenzando a entender por qué Sarkan te



ha consentido hasta donde lo ha hecho.

Volvió a dar unos golpecitos sobre la mesa antes de retomar la palabra, con una determinación repentina.

—Gidna.

La miré sorprendida. Sabía algo de Gidna, por supuesto, de un modo vago y distante; era la gran ciudad portuaria en el océano, lejos, al norte, de donde llegaban el aceite de ballena y el paño verde de lana; la esposa del príncipe heredero era de Gidna.

—Eso está lo suficientemente lejos del Bosque, y el océano es adverso a la corrupción —dijo Alosha—. Si el rey las envía a las dos allí..., eso podría servir. El conde cuenta con una bruja, la Alondra Blanca. Encerradlas a las dos bajo su atenta mirada, y, pasados diez años, o si logramos quemar todo ese bosque putrefacto, entonces dejaré de preocuparme tanto.

Ballo ya estaba asintiendo. Pero... ¡diez años! Me daban ganas de gritar, de negarme. Era como si se llevasen a Kasia, otra vez, con la única diferencia de que alguien con un siglo de edad podría tirar fácilmente diez años por la borda. Aun así vacilé. Alosha no era una necia, y yo podía entender por qué se mostraba cautelosa. Me quedé mirando al bestiario corrompido que descansaba sobre la mesa. El Bosque nos había tendido una trampa detrás de otra, una y otra vez. Había soltado una quimera en las Marismas Amarillas y a los lobos blancos en Dverník en su intento por atrapar al Dragón. Se había llevado a Kasia para atraerme a mí. Y cuando encontré un modo de liberarla, el Bosque aún había intentado corrompernos a ambos, al Dragón y a mí; y cuando eso no funcionó, tuvo que dejarla vivir para volver a atraernos hacia sus manos. Habíamos luchado para salir de aquella trampa, pero ¿y si había otra, alguna forma en que el Bosque pudiera convertir nuestra victoria en una derrota una vez más?

No sabía qué hacer. Si accedía, si iba con Alosha..., ¿la escucharía el rey? ¿Y si escribía a Sarkan, y él me contestaba para decirme que estaba de acuerdo? Me mordía el labio mientras ella me observaba con una ceja arqueada y serena, esperando mi respuesta. Miró entonces hacia otro lado: las puertas del Charovnikov se habían abierto de golpe. En el umbral se hallaba el Halcón, con sus níveas vestimentas que atrapaban la luz, una silueta blanca enmarcada en la penumbra de la abertura. Sus ojos se entrecerraron cuando nos vio a los tres juntos, allí de pie; acto seguido fabricó otra de sus sonrisas.

—Veo que habéis estado ajetreados aquí dentro —dijo en tono despreocupado—. Mientras tanto, sin embargo, se han producido algunos acontecimientos. ¿Tendríais la bondad de bajar para asistir al juicio?

En el exterior del refugio del Charovnikov, el ruido de la fiesta inundaba los pasillos desiertos. La música se había detenido, pero en la distancia se oía el rugido de un mar de voces que iba y venía como el oleaje, cada vez más fuerte conforme el Halcón nos conducía al salón de baile de la corona. Los lacayos se apresuraron a abrirnos las puertas que daban a la escalinata que descendía a la inmensa zona de baile. El embajador, con su abrigo blanco, estaba sentado en una silla junto al trono del rey, en una tarima alta que se alzaba sobre el suelo; el príncipe Sigmund y su esposa se encontraban al otro lado del rey. El monarca se sentaba con las manos aferradas a los brazos con forma de garras de león que tenía su trono, el rostro salpicado de furia.

En el centro del salón, ante él, Marek había despejado un amplio círculo, seis filas enteras de bailarines se apartaban de él asombrados y con mirada ávida, y las damas, con sus hinchadas faldas, formaban un anillo de flores esparcidas. En el centro de aquel círculo se encontraba la reina, de rostro inexpresivo, con un vestido blanco de prisionera y con Kasia agarrada a su brazo. Kasia miró a su alrededor y me vio, con un gesto de alivio, pero no pude acercarme más a ella. La multitud abarrotaba la escalinata, hacia arriba, y se asomaba a la barandilla del entresuelo elevado.

El secretario real estaba prácticamente agachado ante Marek, hablaba con voz temblorosa y sujetaba un pesado libro de leyes ante sí como si pudiera servir de escudo. No podía culparle por acobardarse. Marek no se encontraba ni a dos pasos de él, como un personaje surgido de una canción: envuelto en una armadura de brillante acero pulido y con una espada en la mano que podría haber partido un toro y un yelmo con la fuerza de su brazo. Se alzaba ante el secretario como una figura de justicia vengadora, restallando de violencia.

—En los casos... en los casos de corrupción —tartamudeó el secretario—, el derecho al juicio por combate se encuentra... queda expresamente revocado por la ley de Boguslav el... —Retrocedió con un ruido ahogado. Marek había blandido la espada a escasos centímetros de su rostro.

El príncipe continuó con el movimiento y blandió la espada por toda la sala, dando vueltas: la multitud contenía el aliento y se apartaba de él.

—¡La reina de Polnya tiene derecho a un campeón! —gritó—. ¡Que un mago, cualquiera de ellos, dé un paso al frente y muestre cualquier signo de corrupción en ella! Vos, Halcón —dijo mientras se daba la vuelta y señalaba hacia la escalinata, y toda la corte volvió los ojos hacia nosotros—, ¡formulad ahora mismo un hechizo sobre la reina! Que todos puedan ver si hay mancha en ella...

La corte entera dejó escapar un sonido al tiempo, un suspiro que ascendió y cayó, extasiado: todos a una, archiduques y criadas.

Creo que ése era el motivo de que el rey no detuviese aquello de inmediato. La multitud en las escaleras se apartó para dejarnos pasar, y el Halcón avanzó deslizándose, arrastrando sus largas mangas al bajar la escalinata, y al llegar al suelo hizo una elegante reverencia ante el rey. Obviamente, se había preparado para aquella situación: tenía un zurrón lleno de algo pesado. Encogió un dedo e hizo descender del techo cuatro de los altos faroles mágicos, con los que rodeó a la reina. Abrió entonces el zurrón y lanzó al aire una oleada de arena azul, sobre la cabeza de la reina, mientras hablaba en voz baja.

No pude oír el encantamiento, pero una luz blanca y ardiente surgió crepitando de sus dedos y recorrió la arena en plena caída. Se produjo un olor a cristal fundido y se desprendieron unas escuetas volutas de humo: la arena se disolvió por completo conforme descendía, y en su lugar, en el aire, se formó una leve distorsión azul de tal forma que me parecía estar viendo a Kasia y a la reina a través de un grueso panel de cristal, rodeadas de espejos por todas partes. La luz de los faroles mágicos iluminó brillante la distorsión y refulgió al atravesarla. Pude ver los huesos de la mano de

Kasia, a través de la carne, apoyada en el hombro de la reina, y la vaga silueta de su cráneo y sus dientes.

Marek extendió el brazo, tomó la mano de la reina y describió con ella un círculo para mostrarla. Los nobles no habían presenciado las pruebas del arzobispo, el velo de Jadwiga. Observaban con avidez a la reina con su vestido blanco y el tenue trazado de líneas brillantes en su interior que formaban los mismísimos vasos sanguíneos, todo un resplandor; sus ojos eran dos faroles, y sus labios abiertos exhalaban un halo luminoso: no había sombra, ni un borrón de oscuridad. Los cortesanos ya murmuraban antes incluso de que la luz se fuese apagando en ella.

El cristal cayó en el tintineo de una lluvia de añicos y volvió a disolverse en volutas azuladas de humo al entrar en contacto con el suelo.

—¡Sometedla a más exámenes! —gritó Marek sobre el creciente ruido de las conversaciones, casi resplandeciente él mismo de tanta rectitud—. Llamad a cualquier testigo: que comparezca Sauce, y también el arzobispo...

Estaba claro que se había hecho con la sala, por el momento; yo misma podía ver allí el comienzo de un millar de rumores de asesinato si el rey se negaba, si daba la orden de que se llevasen a la reina y que la ejecutasen más adelante. Y el rey también lo vio. Observó a sus cortesanos e hizo un brusco y conciso gesto con la barbilla, hasta el pecho; se apoyó en el respaldo del trono. Así pues, Marek había conseguido forzar hasta aquel punto la voluntad de su padre, aun sin hechicería: quisiera o no el rey decretar un juicio, el proceso ya estaba en marcha en la práctica.

Por aquel entonces yo ya había visto al rey en tres ocasiones. De él habría dicho que era... no muy amable, precisamente; tenía el rostro marcado con unas arrugas profundas, el ceño demasiado fruncido como para imaginármelo como alguien simpático o agradable. Ahora bien, si me hubiesen pedido que lo describiese con una palabra, habría dicho *preocupado*. Ahora, en cambio, habría dicho *enfadado*, frío como una ventisca invernal, y aun así era quien debía emitir un juicio en última instancia.

Me daban ganas de salir corriendo e interrumpir el juicio, decirle a Marek que lo retirase, pero ya era demasiado tarde. Sauce ya había dado un paso al frente para testificar, recta como una columna y con un vestido plateado.

—No he hallado corrupción, pero no juraré que no la hay —dijo con serenidad, dirigiéndose al rey de forma directa y sin hacer caso de Marek con su rechinar de dientes y el roce del guantelete sobre la empuñadura de la espada—. La reina no es ella misma. Desde que ha vuelto no ha pronunciado una sola palabra, y no da señales de reconocer a nadie. Su cuerpo ha cambiado por completo. Nada queda de su musculatura ni de su osamenta mortal. Y si bien la carne se puede convertir en piedra o en metal sin comportar corrupción, este cambio lo ha llevado a cabo, sin duda, un elemento corrompido.

—Y sin embargo, si su carne alterada contuviese alguna corrupción —interrumpió el Halcón—, ¿no sería de esperar que la hubiésemos observado a la luz de mi hechizo?

Sauce ni siquiera volvió la vista para reconocer su presencia; era evidente que el Halcón había hablado sin tener la palabra. Sauce tan sólo inclinó la cabeza ante el rey, quien asintió una vez y movió los dedos en un leve gesto para permitir que se retirase.

El arzobispo fue igualmente ambiguo. Se limitó a decir que había puesto a prueba a la reina con todas las santas reliquias de la catedral, pero eso no implicaba que no estuviese corrompida.

Me imagino que ninguno de los dos deseaba quedar en entredicho.

Únicamente salieron unos pocos testigos más a hablar en favor de la reina, médicos a los que Marek había traído para que la examinasen. Ninguno de ellos dijo nada en absoluto sobre Kasia. No ocupaba ni el último lugar en sus pensamientos, pero viviría o moriría en función de sus palabras. Y la reina se mantenía inerte y en silencio junto a

ella. El resplandor ya la había abandonado, y allí quedaba ella inexpresiva, vacía, para que toda la corte la contemplase.

Miré a Alosha, de pie conmigo, y a Ballo, al otro lado. Sabía que cuando les tocase a ellos, saldrían y le hablarían al rey sobre aquel horrendo bestiario que aguardaba en el Charovnikov dentro de un grueso círculo de sal y de hierro con todas las capas de hechizos de protección que ambos habían podido formular, y con guardias apostados para vigilarlo de cerca. Alosha diría que no había que jugársela; le diría al rey que aquello suponía un riesgo demasiado elevado para el reino. Y después, si él así lo deseaba, se pondría en pie y diría que las leyes contra la corrupción eran tajantes; adoptaría una expresión apesadumbrada y enviaría a la reina a la muerte, y a Kasia con ella. Y al mirar al rey, pensé que lo haría. Iba a hacerlo.

Se había hundido en su gran sillón tallado como si necesitase ayuda para sostener el peso de su cuerpo, y con la mano cubría aquellos labios rígidos. La decisión iba descendiendo sobre él como una nevada, una capa de fino polvo inicial que se iba acumulando, más y más. Ya podía hablar el resto de los testigos, que él no los oiría. Ya había decidido. Vi la muerte de Kasia en su rostro adusto, severo, y miré desesperada al otro extremo de la sala en busca de los ojos del Halcón. A su lado, Marek se encontraba tan tenso como lo estaban sus dedos alrededor de la empuñadura de la espada.

Solya me miró entonces y se limitó a extender las manos en un sutil gesto, como si dijese: «He hecho cuanto he podido». Se inclinó y murmuró algo a Marek, y, cuando el último médico descendió de la tarima, el príncipe dijo:

—Llamemos a Agnieszka de Dverník para que dé testimonio de cómo fue liberada la reina.

Eso era lo que yo quería, al fin y al cabo; ésa era la razón por la que había ido hasta allí y había luchado para que me incluyesen en la lista. Todo el mundo me miraba, hasta el rey, con las cejas bajas. Pese a todo, aún no sabía qué decir. ¿Qué le iba a importar al rey o a cualquiera de aquellos cortesanos que yo dijese que la reina no estaba corrompida? Y a buen seguro les daría igual cuanto dijese de Kasia.

Quizá Solya pudiese probar a formular *La invocación* conmigo, si se lo pedía. Pensé en hacer aquello, me imaginé aquella luz blanca que le mostraba a toda la corte la verdad. Sin embargo..., ya habían puesto a prueba a la reina con el velo de Jadwiga. La corte la había visto a través de la mirada del Halcón. El rey podía ver que no estaba corrompida. Aquello no consistía en demostrar la verdad. La corte no deseaba verla, y el rey tampoco. Cualquier verdad que yo pudiera darles, ellos la ignorarían con la misma facilidad que el resto. No les haría cambiar de opinión.

Pero sí podía darles algo completamente distinto. Podía darles lo que de verdad querían. Y entonces caí en la cuenta de que después de todo sí sabía lo que era. Querían saber. Querían ver cómo había sido. Deseaban sentirse parte de ello, del rescate de la reina; querían vivir una canción. Eso no era la verdad, ni nada parecido, pero podría convencerlos de que le perdonaran la vida a Kasia.

Cerré los ojos y recordé el hechizo de ilusión. «Más fácil que montar un ejército de verdad», había dicho Sarkan, y en el instante en que comencé a susurrar el hechizo, supe que tenía razón. Hacer emerger la totalidad de aquel monstruoso árbol-corazón no era más difícil que crear una sola flor, y éste surgió del suelo de mármol con asombrosa facilidad. Kasia tomó aliento a duras penas; una mujer gritó; se oyó el golpe de una silla que se había volcado en alguna parte del salón. Bloqueé todos los ruidos. Dejé que el encantamiento se me continuase desplegando en un cántico por la lengua, mientras vertía la magia y aquel tenso y nauseabundo pavor que jamás había llegado a abandonar el fondo de mi estómago. El árbol-corazón seguía creciendo y extendiendo sus grandes ramas plateadas por el salón, y el techo desaparecía en un susurro de hojas de plata y el terrible hedor de los frutos. Se me revolvió el estómago, y entonces

llegó rodando la cabeza de Janos por la hierba, ante mis pies, y chocó contra las raíces, que se expandían.

Los cortesanos daban voces y se apartaban con movimientos bruscos contra las paredes, y aun mientras lo hacían, se desvanecían y desaparecían. Las paredes ya no estaban tampoco a nuestro alrededor, se convertían en un bosque y se oía el tañido de los golpes del acero. Marek se dio de pronto la vuelta, en un sobresalto, alarmado y con la espada en guardia: allí estaba la mantis de plata, que se abalanzaba sobre él. Las pinzas le golpearon en los hombros y arañaron el acero de su brillante armadura. A sus pies, en la hierba de alrededor, los cadáveres observaban con la mirada perdida.

Una neblina de humo se cruzaba ante mis ojos, el repentino crepitar del fuego. Me di la vuelta hacia el tronco y allí estaba Sarkan, también, atrapado en el árbol con la corteza plateada tratando de devorarlo, diciendo «Ahora, insensata», mientras el corazón de fuego refulgía rojo entre sus dedos. Casi extendí el brazo hacia él de forma instintiva al recordar el pavor y la angustia, y, por un momento... por un brevísimo instante, Sarkan no fue una ilusión, no era sólo una ilusión. Me frunció el ceño sobresaltado; sus ojos decían: «¿Qué diantres estás haciendo?», y era él, de algún modo; él, de verdad... El fuego purgativo hirvió entonces entre nosotros, y ya no estaba; volvía a ser sólo una ilusión, y se quemaba.

Posé las manos en el tronco del árbol mientras la corteza se retorció y se abría como la piel de un tomate pasado. Kasia estaba junto a mí, real; el tronco se astillaba y se abría sometido a los golpes que ella asestaba. Kasia partía la madera del tronco, y de ella salió la reina con dificultad, con los brazos extendidos y las manos en busca de las nuestras, en busca de ayuda, a tientas, con una repentina expresión de vida en el rostro, lleno de horror. La agarramos y la sacamos. Oí que el Halcón formulaba un hechizo de fuego a voces... y me percaté entonces de que estaba invocando un fuego real, y de que no estábamos en el Bosque. Estábamos en el castillo del rey...

En cuanto me permití recordar aquello, el hechizo de ilusión se me deslizó y se me escapó de entre las manos. El árbol se consumió en el aire; el fuego de las raíces ascendió por el tronco y se llevó al resto del Bosque consigo. Los cadáveres se hundieron y atravesaron el suelo con una última imagen fugaz de sus rostros, todos sus rostros, antes de que el suelo de mármol blanco se cerrara sobre ellos. Los observé mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. No sabía que recordaba a los soldados lo bastante bien como para recrear a tantos de ellos. Y entonces se desvanecieron las últimas sombras de las hojas, y de nuevo estábamos en palacio, ante el trono, con el rey horrorizado y puesto en pie sobre su tarima.

El Halcón giró sobre los talones para mirar a su alrededor, jadeando, con el fuego que aún crepitaba en sus manos y resbalaba por el suelo de mármol; Marek también se dio la vuelta de golpe en busca de un enemigo que ya no estaba allí. Su espada volvía a estar impoluta; su armadura, brillante e intacta. La reina temblaba de pie en el centro del salón, con los ojos desorbitados. Los cortesanos se apretaban contra las paredes y los unos contra los otros, tan alejados de nosotros y del centro del salón como les era posible. Y yo, yo caí de rodillas temblando, cubriéndome el estómago con los brazos, entre náuseas. En ningún momento había deseado encontrarme allí de nuevo, en el Bosque.

Marek fue el primero en recuperarse. Avanzó hacia el trono jadeando.

—¡De esto es de lo que la arrancamos! —le gritó a su padre—. ¡Éste es el mal al que vencimos para sacarla, éste es el precio que pagamos por salvarla! Ése es el mal al que estaréis sirviendo si... ¡No lo verán mis ojos! ¡Yo...!

—¡Basta! —le rugió el rey en respuesta: estaba pálido bajo la barba.

Marek tenía el rostro arrebatado y encendido de violencia, en el ansia del combate. Seguía empuñando su espada. Dio un paso hacia el trono. Los ojos del rey se abrieron como platos; las mejillas se le sonrojaron de ira, e hizo un gesto a sus guardias: había

seis de ellos junto a la tarima.

—¡No! —gritó la reina Hanna de repente.

Marek se volvió para mirarla. Ella dio un torpe paso hacia delante, tambaleándose, arrastrando los pies como si tuviera que hacer un enorme esfuerzo para moverlos. Marek la miraba sin parpadear. Ella dio otro paso y se agarró del brazo de su hijo.

—No —repitió. Tiró hacia abajo del brazo, cuando él lo habría mantenido firme. Marek se resistió, pero la reina había vuelto ahora sus ojos hacia él, y la expresión del príncipe se había convertido en la de un niño que la miraba desde arriba—. Tú me has salvado —le dijo ella—. Marechek. Ya me has salvado.

Marek bajó el brazo, y la reina, todavía agarrada a él, se volvió lentamente hacia el rey, que no apartaba sus ojos de ella, su rostro hermoso y pálido enmarcado por la corta melena de sus cabellos.

—Deseé morir —dijo la reina—. Cómo deseé morir. —Dio otro paso a rastras, se arrodilló en los amplios escalones de la tarima y tiró consigo de Marek, que bajó la cabeza y miró al suelo. Ella, sin embargo, mantuvo la cabeza alta—. Perdonadle —le pidió al rey—. Conozco las leyes. Estoy preparada para morir. —Su mano sujetó con firmeza a Marek cuando éste hubiera saltado—. ¡Soy la reina de Polnya! —dijo bien alto—. Estoy dispuesta a morir por mi país. Pero no como una traidora.

»No soy una traidora, Kasimir —prosiguió al tiempo que extendía el otro brazo—. Él me llevó. ¡Él me llevó!

Surgió un murmullo en la sala, que creció tan rápido como una riada. Levanté la cabeza, exhausta, y miré a mi alrededor sin entender nada. Cuando lo miré, el rostro de Alosha tenía el ceño fruncido. La voz de la reina era temblorosa, pero lo bastante alta para elevarse por encima del ruido.

—Ejecutadme, pues, por corrupción —dijo—, ¡pero a Dios pongo por testigo de que no abandoné a mi esposo y a mis hijos! El traidor Vasily me prendió en el patio con sus soldados y me llevó al Bosque, y allí me ató al árbol con sus propias manos.

—Os lo advertí —dijo Alosha sin levantar los ojos del constante tañido de sus golpes de martillo.

Yo me abrazaba las rodillas en un rincón de su fragua, justo detrás del círculo chamuscado en el suelo, donde caían las chispas, y no decía nada. No tenía una respuesta: era verdad, me había advertido.

A nadie le había importado que el propio príncipe Vasily debía de estar corrompido para hacer tal locura; a nadie le había importado que hubiera muerto en el Bosque, un cadáver solitario que alimentaba las raíces del árbol-corazón. A nadie le había importado que todo aquello fuera obra del bestiario. El príncipe Vasily había raptado a la reina y se la había entregado al Bosque. Todo el mundo estaba tan furioso como si lo hubiese hecho ayer, y, en lugar de marchar sobre el Bosque, querían marchar sobre Rosya.

Ya había tratado de hablar con Marek: una pérdida de tiempo. No habían pasado ni dos horas desde que se había indultado a la reina y ya estaba ejercitando a los caballos en el patio de los barracones, ya estaba eligiendo cuáles se llevaría al frente.

—Vendrás con nosotros —me ordenó como si no hubiera duda al respecto, sin apartar siquiera los ojos de las relucientes patas mientras hacía que un caballo castrado, alto y zaino, diese vueltas a su alrededor con una mano en la guía y la otra en un látigo de cola larga—. Solya dice que puedes doblar la fuerza de sus ardidés, tal vez más.

—¡No! —me negué—. ¡No os voy a ayudar a matar rosyos! Es al Bosque al que tenemos que combatir, no a ellos.

—Y lo haremos —dijo Marek con naturalidad—. Después de tomar la orilla oriental del Rydva, nos dirigiremos al sur por su vertiente de los montes Jaral y rodearemos al Bosque por ambos lados. Muy bien, nos llevaremos éste —le indicó a su mozo de cuadra y le lanzó la guía; con un experto golpe de muñeca, recogió la oscilante cola del látigo y se volvió hacia mí—. Escucha, Nieshka... —Le fulminé con la mirada, enmudecida; ¿cómo se atrevía a llamarme así, con mi apodo? Pero él me pasó además el brazo por los hombros y continuó avanzando—. Si nos llevamos la mitad del ejército al sur, a tu valle, serán ellos los que crucen el Rydva en tropel a nuestras espaldas y saqueen la misma Kralia. Es probable que ése fuera el motivo por el que se confabularon con el Bosque en un principio. Eso es justo lo que querían que hiciéramos. El Bosque no cuenta con un ejército. Seguirá donde está hasta que nos hayamos encargado de Rosya.

—¡Nadie se confabularía jamás con el Bosque! —le solté.

Se encogió de hombros.

—Si no lo están, aun así lo utilizaron deliberadamente en nuestra contra —dijo—. ¿Cómo crees que le reconforta a mi madre que ese perro de Vasily también muriera, después de haberla entregado a ese infierno sin fin? Y has de ver que da igual que estuviese corrompido de antemano. Rosya no vacilará en aprovechar la oportunidad si nos dirigimos al sur. No podemos volvernos contra el Bosque hasta que hayamos protegido nuestro flanco. No seas tan corta de miras.

Me aparté bruscamente de su abrazo y también de su condescendencia.

—No soy yo quien está siendo corta de miras —le dije a Kasia, echando chispas, mientras cruzábamos deprisa el patio para ir en busca de Alosha, a su fragua. Pero al verme, la maga se limitó a decir: «Os lo advertí», severa pero sin acalorarse.

—El poder que hay en el Bosque no es una bestia con un odio ciego; es capaz de pensar y trazar planes, y trabajar para lograr sus propios fines. Es capaz de ver en el corazón de los hombres, para envenenarlos aún mejor. —Cogió la espada del yunque y la sumergió en el agua fría; una columna de vapor ascendió en grandes bocanadas como si fuese el aliento de alguna bestia monstruosa—. Si no había corrupción alguna, podríais haber imaginado que estaba actuando otra cosa.

Sentada a mi lado, Kasia levantó la cabeza.

—¿Hay... hay otra cosa actuando dentro de mí? —preguntó entristecida.

Alosha hizo una pausa y la miró. Me sorprendí a mí misma conteniendo el aliento, en silencio.

—¿No es esto ya lo bastante malo? Tú, liberada; después la reina liberada, y ahora, ¿toda Polnya y toda Rosya a punto de incendiarse? No podemos prescindir de los hombres que van a enviar al frente —añadió—. Si pudiéramos, ya estarían allí. El rey está dejando el reino desprotegido, y Rosya hará lo mismo para enfrentarse a nosotros. Ganemos o perdamos, la cosecha de este año será mala para todos.

—Y eso es lo que el Bosque ha querido, desde el principio —dijo Kasia.

—Una de las cosas que ha querido —matizó Alosha—. No me cabe la menor duda de que hubiera engullido encantado a Sarkan y a Agnieszka de haber tenido la oportunidad, y a continuación habría devorado el resto del valle de la noche a la mañana. Sin embargo, un árbol no es una mujer; no lleva una sola semilla en su vientre. Un árbol esparce tantas semillas como puede y espera que algunas broten. Ese libro era una de ellas; la reina era otra. Deberían haberla enviado lejos de inmediato, y a ti con ella. —Se volvió de nuevo hacia la fragua—. Demasiado tarde ya para enmendarlo.

—Quizá deberíamos marcharnos directas a casa —le dije a Kasia, y traté de ignorar la añoranza que surgía en mí como una ola ante aquella idea, aquel tirón involuntario. Deseaba creérmelo, mientras decía—: No tengo nada que hacer aquí. Nos iremos a casa, podemos ayudar a quemar el Bosque. Podemos reunir por lo menos un centenar de hombres del valle...

—Un centenar de hombres —dijo Alosha a su yunque con un resoplido—. Sarkan y tú podéis causar algún daño con un centenar de hombres, no lo dudo, pero pagaréis por cada centímetro de terreno que avancéis. Y, entretanto, el Bosque tendrá a veinte mil hombres masacrándose los unos a los otros a orillas del Rydva.

—¡El Bosque va a conseguir eso de todos modos! —le dije—. ¿No podéis vos hacer algo?

—Lo estoy haciendo. —Y Alosha volvió a meter la espada en el fuego una vez más.

Ya lo había hecho cuatro veces en el tiempo que llevábamos allí sentadas con ella, y caí en la cuenta de que aquello no tenía ningún sentido. No había visto a nadie hacer una espada, pero sí me había fijado de sobra en el trabajo del herrero: a todos los niños nos gustaba mirar cuando él le daba golpes a las guadañas y fingía que estaba forjando espadas; cogíamos palos y jugábamos a las batallas alrededor de los vapores de la fragua. De manera que sí sabía que una hoja no se forja una y otra vez, pero Alosha extrajo la espada de nuevo, la colocó sobre el yunque, y advertí que estaba introduciendo hechizos en el acero a golpe de martillo: sus labios se movían ligeramente mientras trabajaba. Era una extraña forma de magia, porque no estaba acabada de por sí; Alosha atrapaba el balanceo de un hechizo y lo dejaba otra vez suspendido antes de volver a sumergir la espada en el agua fría.

La oscura hoja salía goteando, envuelta en una capa de agua. Daba una sensación extraña, de hambre. Al mirar en ella vi una larga caída en el interior de una grieta seca y profunda en la tierra, que se desplegaba sobre unas rocas abruptas. No era como las otras espadas encantadas, las que llevaban los soldados de Marek; ésta deseaba consumir la vida.

—Llevo cien años forjando esta hoja —comentó Alosha al sostenerla en alto. Me fijé en ella, contenta de apartar la mirada de aquel objeto—. La empecé tras la muerte de la Graja y después de que Sarkan se marchase a la torre. A estas alturas, ya hay en ella más hechicería que metal. La espada tan sólo recuerda la forma que antaño tuvo, y no durará más allá de un único golpe, pero eso es todo cuanto le hará falta.

Volvió a meterla en la fragua, y la vimos asentarse en el baño de llamas, una extensa



lengua de sombra entre ellas.

—El poder que hay en el Bosque —dijo Kasia despacio con los ojos clavados en el fuego—. ¿Es algo que se pueda matar?

—Esta espada puede matar cualquier cosa —contestó Alosha, y yo la creí—. Mientras seamos capaces de hacerle mostrar el cuello. Para eso, sin embargo —añadió—, necesitaremos más de un centenar de hombres.

—Podemos recurrir a la reina —dijo Kasia de repente. La miré sorprendida—. Sé que hay señores que le deben lealtad a ella en particular: una docena de ellos vino e intentó rendirle honores mientras nos tenían encerradas juntas, pero Sauce no los dejó entrar. La reina debe de contar con soldados que nos podría asignar, en lugar de enviarlos a Rosya.

Y ella, al menos, sin duda querría ver al Bosque abatido. Aunque Marek no me escuchase, ni el rey, ni nadie más en la corte, quizá ella sí lo hiciese.

De manera que Kasia y yo bajamos y nos quedamos esperando a las puertas de la gran sala conciliar: allí estaba la reina de nuevo, formando parte del concilio de guerra. Los guardias me habrían dejado pasar: ahora ya sabían quién era. Me miraron de soslayo, con el rabillo del ojo, nerviosos y a la vez interesados. Como si fuese a brotar de mí más hechicería en cualquier momento, como unos tentáculos contagiosos. Sin embargo, yo no quería entrar; no deseaba verme atrapada en las discusiones de los Magnati y los generales que planeaban la mejor manera de matar a diez mil hombres y cosechar la gloria mientras los cultivos se echaban a perder en los campos. No me iba a poner en sus manos como si fuera otra arma que blandir.

Así que esperamos fuera, y preferimos quedarnos contra la pared mientras salían en tropel los miembros del concilio, una riada de señores y soldados. Me había imaginado que la reina vendría detrás de ellos, con unos sirvientes que la ayudasen a caminar, pero no fue así: salió en el centro de la multitud. Lucía la tiara, aquella en la que Ragostok había estado trabajando. El oro atrapaba la luz, y los rubíes brillaban sobre sus cabellos rubios. Vestía también de seda roja, y todos los cortesanos se arremolinaban en torno a ella, gorriones alrededor de un cardenal. Era el rey quien iba detrás del resto, charlando en voz baja con el padre Ballo y otros dos miembros del concilio, alguna cuestión de última hora.

Kasia me miró. Habríamos tenido que apartar a la gente a empujones para llegar hasta ella... descarado, pero podríamos haberlo hecho; Kasia podía haber abierto paso para las dos. Pero la reina tenía un aspecto tan distinto... La rigidez parecía haberse desvanecido, y también su silencio. Hacía gestos de asentimiento a los señores que la rodeaban, sonreía; volvía a ser uno de ellos, uno de los actores que se movían por el escenario, tan grácil como cualquiera. No me moví. La reina desvió un instante la mirada, casi hacia nosotras. No intenté captar su atención, y en cambio me agarré al brazo de Kasia y la empujé aún más contra la pared, conmigo. Algo me había echado atrás, como el instinto de un ratón en la madriguera, que oye el susurro de las alas del búho en las alturas.

Los guardias desfilaron tras la corte después de echarme un último vistazo, y el pasillo se quedó vacío. Estaba temblando.

—Nieshka. —Kasia me sacudió—. ¿Qué te pasa?

—He cometido un error —le dije. No sabía qué, exactamente, pero había hecho algo mal; sentía una terrible certeza que iba descendiendo sobre mí, como quien ve caer un penique a las profundidades de un pozo—. He cometido un error.

Kasia me siguió por los pasillos, las escaleras estrechas, al final casi a la carrera, de regreso a mi pequeña alcoba. Me observaba preocupada, mientras yo cerraba la puerta con fuerza a nuestra espalda y me apoyaba en ella como una cría que se esconde.

—¿Ha sido la reina? —preguntó Kasia.

La miré allí, de pie en el centro de mi habitación, con la dorada luz del fuego sobre la

piel y entre sus cabellos, y por un horrible instante fue una desconocida con el rostro de Kasia: por un momento había traído la oscuridad conmigo. Me aparté de ella y me volví con brusquedad hacia la mesa. Había guardado unas ramas de pino en mi alcoba, para tenerlas cerca. Cogí un puñado de agujas, las quemé en la chimenea e inhalé el humo, aquel olor amargo tan fuerte, y murmuré mi hechizo de limpieza. La sensación extraña se desvaneció. Kasia estaba sentada en la cama, observándome, entristecida. Levanté la mirada hacia ella con abatimiento: había visto la sospecha en mis ojos.

—Eso no es más que lo que yo misma he pensado —dijo ella—. Nieshka, tal vez deberían... a las dos, a la reina y a mí nos deberían... —Se le quebró la voz.

—¡No! —exclamé—. No.

Pero no sabía qué hacer. Me senté ante la chimenea, jadeando asustada, y luego me volví hacia el fuego, de golpe, ahuecando las manos, e invoqué mi antigua práctica de la ilusión, aquella rosa pequeña de obstinadas espinas, las ramas del rosal, zarcillos que crecían con parsimonia sobre los bordes de la pantalla de la chimenea. En un lento cántico, la perfumé y le añadí unas cuantas abejas, y unas hojas en cuyos bordes enroscados se ocultaban las mariquitas; y entonces formé a Sarkan al otro lado de la rosa. Invoqué sus manos bajo las mías: sus cuidadosos dedos, largos y flacos, las suavizadas callosidades de coger la pluma, el calor que irradiaba su piel; y Sarkan cobró forma sobre la chimenea, sentado junto a mí, y estábamos sentados en su biblioteca, también.

Entonaba mi breve hechizo de ilusión en un continuo vaivén, y lo alimentaba con un hilo de magia, constante y plateado. Pese a todo, no era como había sido el árbol-corazón, el día antes. Observaba su rostro, su ceño fruncido y la mirada de sus ojos oscuros, pero en realidad no era él. No era una simple ilusión que necesitase, no era sólo la imagen de Sarkan o un olor siquiera, o un sonido, me percaté. No era ése el motivo por el que había *vivido* aquel árbol-corazón en la sala del trono. Había surgido de mi corazón, del temor y el recuerdo, de los retortijones de horror en mi vientre.

Tenía la rosa en las manos ahuecadas. Miré a Sarkan al otro lado de los pétalos y me permití sentir sus manos en torno a las mías, los puntos en que las yemas de sus dedos apenas me rozaban la piel y donde la base de las palmas de mis manos descansaba en las suyas. Me permití recordar el alarmante calor de su boca, cómo se arrugaba su seda y su encaje entre nuestros cuerpos, él entero contra mí. Y me permití pensar en mi ira, en todo lo que había aprendido, en los secretos de Sarkan y en todo lo que había ocultado; solté la rosa y agarré las solapas de su abrigo para zarandearlo, para gritarle, para besarle...

Y entonces él pestañeó y me miró, y en algún lugar a su espalda brillaba un fuego. Tenía la mejilla sucia de hollín, motas de ceniza en el pelo, y los ojos enrojecidos; el fuego crepitaba en la chimenea, y era el distante crepitar del fuego en los árboles.

—¿Y bien? —me inquirió, ronco e irritado, y era él—. No podemos hacer esto por mucho tiempo, sea lo que sea lo que estés haciendo; no puedo tener dividida mi atención.

Mis manos se aferraron a la tela: sentí cómo se deshilachaban las puntadas, el tacto de la ceniza en mis manos, ceniza en mis orificios nasales, ceniza en mis labios.

—¿Qué está pasando?

—El Bosque intenta hacerse con Zatochek —me dijo—. Hemos estado quemándolo todos los días, pero ya hemos perdido un kilómetro y medio de terreno. Vladimir ha enviado desde las Marismas Amarillas a todos los soldados de los que podía prescindir, pero no es suficiente. ¿Va a enviar a alguien el rey?

—No —le confesé—. Está... están empezando otra guerra con Rosya. La reina dijo que Vasily de Rosya la entregó al Bosque.

—¿Ha hablado la reina? —preguntó tajante, y sentí que de nuevo me subía por la garganta aquel inquietante latido de temor.

—Pero Solya ha formulado sobre ella un hechizo de visión —le dije con un argumento que iba tan dirigido a mí como a él—. La pusieron a prueba con el chal de Jadwiga. No había nada en ella. No había ni rastro, nadie pudo ver ninguna sombra...

—La corrupción no es la única herramienta con la que cuenta el Bosque —dijo Sarkan—. La tortura común puede quebrar igualmente la voluntad de una persona. Podría haberla dejado marchar a propósito, una vez puesta a su servicio pero sin contaminar a la vista de cualquier magia. O, en lugar de eso, podría haber plantado algo en ella, o cerca de ella. Un fruto, una semilla...

Se detuvo y volvió la cabeza al ver algo que yo no podía ver.

—¡Suéltate! —exclamó de golpe, y dejó ir su magia de forma brusca; me caí de espaldas de la chimenea, y me golpeé contra el suelo en una sacudida dolorosa. El rosal se desmoronó en cenizas sobre el fuego y se desvaneció, y Sarkan con él.

Kasia dio un salto para sujetarme, pero ya me estaba poniendo en pie. «Un fruto, una semilla.» Las palabras de Sarkan habían prendido el temor en mí.

—El bestiario —dije—. Ballo iba a intentar purificarlo...

Aún me sentía mareada, aunque me di la vuelta y salí corriendo de la habitación con una urgencia que crecía en mi interior. Ballo iba a hablarle al rey sobre el libro. Kasia corría a mi lado y estabilizaba mis temblorosos pasos.

Percibimos el griterío al descender a toda prisa el primer tramo de la estrecha escalera del servicio. «Demasiado tarde, demasiado tarde», me decían mis pies en su golpeteo contra la piedra. No era capaz de distinguir de dónde procedían los gritos: estaban lejos y resonaban por los pasajes del castillo. Corrí en dirección al Charovnikov y pasé por delante de dos doncellas que se quedaron mirando con la espalda contra la pared mientras arrugaban la ropa que llevaban doblada entre los brazos. Kasia y yo giramos veloces para bajar por la segunda escalera a la planta baja en el preciso instante en que una llamarada blanca de fuego crepitó abajo y proyectó unas sombras nítidas en las paredes.

La luz cegadora se desvaneció, y vi cómo Solya cruzaba volando por delante de la salida de la escalera para estamparse contra una pared con el ruido de un saco húmedo. Bajamos deprisa y lo vimos tirado contra el muro opuesto, inmóvil, con los ojos abiertos y la mirada perdida, sangrando por la nariz y por la boca, y con unos cortes superficiales y ensangrentados atravesándole el pecho.

La cosa que salió reptando del pasillo al Charovnikov casi llenaba el espacio entre el suelo y el techo. Tenía menos de bestia que de un horrible conglomerado de partes: la cabeza como un perro monstruoso, un enorme ojo en medio de la frente y el hocico lleno de bordes afilados e irregulares que parecían cuchillos en lugar de dientes. De su cuerpo, hinchado y protegido por escamas como una serpiente, surgían seis patas musculosas con las garras de un león. Rugió y se abalanzó hacia nosotras tan veloz que casi no pude pensar en moverme. Kasia me agarró y tiró de mí escaleras arriba, y la bestia se agachó y metió la cabeza por la abertura de las escaleras entre dentelladas, mordiscos y aullidos, soltando una espuma verdosa que le bullía en la boca.

—*Polzhyt!* —grité para apartar de un golpe la cabeza de la bestia, que chilló y retrocedió al pasillo cuando una llamarada le quemó el hocico.

Dos flechas gruesas volaron y se le clavaron en el costado con sendos golpes secos y amortiguados en la carne; la bestia se retorció al tiempo que enseñaba los dientes. Detrás de ella, Marek dejó a un lado una ballesta; un secretario real joven, patoso y aterrado que se encontraba junto a él había descolgado una lanza de la pared para dársela y se aferraba a ella, boquiabierto, mirando al monstruo; casi se le había olvidado soltarla cuando Marek se la arrebató de las manos.

—¡Ve a llamar a la guardia! —gritó al muchacho, que dio un respingo y echó a correr. Marek azuzaba al monstruo con la lanza, apuntándole a la cabeza.

A su espalda estaban abiertas de par en par las puertas de una sala con losetas blancas y negras salpicadas de sangre y tres hombres tirados, muertos, nobles con las ropas desgarradas. El rostro lívido y asustado de un hombre mayor se asomaba por debajo de la mesa de la sala: el secretario de palacio. Otros dos guardias reales yacían muertos más allá, por el pasillo, como si el monstruo hubiese llegado dando saltos desde las entrañas del castillo y hubiera destrozado las puertas para alcanzar a los hombres que había dentro.

O, tal vez, para llegar hasta un hombre en particular: la bestia rugió ante la lanza que la amenazaba, pero se apartó de Marek. Volvió despacio la cabeza, enorme, enseñando los dientes, hacia Solya. Él estaba quieto, con los ojos vidriosos y la mirada fija en el techo mientras los dedos rascaban lentamente el suelo de piedra como si trataran de aferrarse a este mundo.

Antes de que la bestia pudiese abalanzarse, Kasia voló por encima de mí en un salto enorme, escaleras abajo, rodó, se golpeó contra el muro y se irguió. Cogió otra lanza de la pared y la empujó hacia la cara del monstruo. La bestia canina le dio una dentellada a la empuñadura de la lanza y soltó un aullido: Marek le había hundido su lanza en un costado. Se aproximaba el sonido de las botas y de las voces, más guardias a la carrera y el repentino tañido de aviso de las campanas de la catedral; el paje había dado la alarma.

Vi todas aquellas cosas, y con posterioridad pude contar que habían sucedido, pero en el momento no sentí que estuviesen pasando. Lo único que había era el aliento cálido y apestoso de la bestia que ascendía por las escaleras, y la sangre, y los vuelcos que me daba el corazón; y saber que tenía que hacer algo. La bestia aulló y se volvió hacia Kasia y Solya, y me puse de pie en las escaleras. Las campanas tañían y tañían. Las oía por encima de mi cabeza, allá donde una ventana de la escalera se asomaba a una estrecha franja de cielo, la calima gris perlada de un nublado día de verano.

Extendí la mano y dije:

—*¡Kalmoz!*

Las nubes en el exterior se apretaron unas contra otras en un oscuro nudo como una esponja, un chaparrón que metía el agua dentro y me salpicaba, y un relámpago restalló a través de la ventana y saltó a mis manos como el siseo de una serpiente luminosa. Lo agarré, cegada, envuelta en una luz blanca y el cántico de un quejido; no podía respirar. Lo lancé escaleras abajo, hacia la bestia. El trueno rugió a través de mí, salí despedida hacia atrás y aterricé extenuada y dolorida en el descansillo, crepitando entre humo y un fuerte olor amargo.

Me quedé tumbada, con temblores por todo el cuerpo y las lágrimas que me caían de los ojos. Las manos me escocían y me dolían, y de ellas se desprendía un humo como el de la niebla de la mañana. No podía oír nada. Cuando se me aclaró la vista, dos doncellas se inclinaban aterrorizadas sobre mí moviendo los labios sin emitir ningún sonido. Sus manos hablaban por ellas, cuidadosas, mientras me ayudaban a levantarme. Me tambaleé al ponerme en pie. Marek y otros tres guardias se encontraban junto a las escaleras, ante la cabeza del monstruo, tanteándolo con cautela. Yacía inmóvil y humeante, una línea negra y chamuscada marcaba su silueta contra las paredes que rodeaban su cuerpo.

—Clávale una pica en el ojo para asegurarnos —dijo Marek, y uno de los guardias le clavó su lanza bien profunda en uno de sus ojos redondos, que ya palidecían. El cuerpo ni se inmutó.

Bajé renqueante las escaleras, con una mano en la pared, y me dejé caer en los escalones que quedaban sobre la cabeza de la bestia. Kasia estaba ayudando a Solya a levantarse; el mago se llevó el dorso de la mano a la cara y se limpió la maraña de sangre sobre la boca, entre jadeos y mirando al monstruo.

—¿Qué demonios es esa cosa? —quiso saber Marek.

Muerta, la bestia tenía un aspecto aún más antinatural: unos miembros que no cuadraban los unos con los otros y que colgaban torcidos del cuerpo, como si una costurera loca hubiera cosido fragmentos de diferentes muñecas.

Yo observaba la bestia desde arriba, el hocico canino, las patas desparramadas, el grueso cuerpo de serpiente, y poco a poco fue surgiendo un recuerdo, una imagen que había visto el día antes con el rabillo del ojo mientras trataba de no leer.

—Un *tsoglav* —dije. Me volví a levantar dolorida, demasiado rápido, y tuve que agarrarme a la pared—. Es un *tsoglav*.

—¿Qué? —Solya alzó la vista hacia mí—. ¿Qué es un...?

—Es del bestiario —traté de explicar—. Tenemos que encontrar al padre Ballo... —Me detuve y observé a la bestia, aquel único ojo velado, y de repente supe que no lo íbamos a encontrar—. Tenemos que encontrar el libro —susurré.

Estaba mareada y la cabeza me daba vueltas. Me apresuré y casi me caigo al entrar en el pasillo. Marek me cogió del brazo y me sostuvo, y bajamos al Charovnikov con los guardias lanza en ristre. Las grandes puertas de madera estaban descolgadas y torcidas en la entrada, astilladas, manchadas de sangre. Marek me apoyó contra la pared como si fuese una escalerilla inestable e hizo un gesto con la cabeza a uno de los guardias: entre los dos agarraron una de las pesadas puertas rotas, la levantaron y la quitaron de en medio.

La biblioteca era un desastre de faroles rotos, mesas volcadas y destrozadas, apenas iluminada por unas pocas lámparas. Había estanterías tumbadas sobre los montones que formaban los libros que antes albergaban, destripados. En el centro de la sala, la gigantesca mesa de piedra estaba partida por la mitad, y ambas secciones habían caído hacia el interior. El bestiario aguardaba abierto en el mismo centro, sobre el polvo de la piedra y los escombros, con una última lámpara encendida sobre sus páginas intactas. Había tres cuerpos repartidos por el suelo a su alrededor, quebrados y desechados, perdidos en su mayor parte entre las sombras, pero Marek, a mi lado, se quedó profunda y completamente quieto; inmóvil.

Y entonces dio un salto al frente, al tiempo que gritaba:

—¡Buscad a Sauce! ¡Buscad a...! —Cayó de rodillas junto al más alejado de los cuerpos; guardó silencio al darle la vuelta, cuando la luz incidió en el rostro del hombre: en el rostro del monarca.

El rey estaba muerto.

Había gente gritando por todas partes: guardias, criados, ministros, médicos, todos arremolinados en torno al cuerpo del rey, tan cerca como podían llegar. Marek había dejado a los tres guardias vigilándolo y había desaparecido. Me vi empujada a un lateral de la sala igual que la corriente se lleva los restos de un naufragio, y se me cerraron los ojos al descansar contra una estantería. Kasia se abrió paso para llegar hasta mí.

—Nieshka, ¿qué debo hacer? —me preguntó mientras me ayudaba a sentarme en un taburete.

—Ve y trae a Alosha —le dije en el instintivo deseo de contar con alguien que supiese qué hacer.

Fue un golpe de suerte. Uno de los asistentes de Ballo había sobrevivido: había huido y se había metido por el tiro de piedra de la gran chimenea de la biblioteca para escapar. Un guardia reparó en las marcas de garras en el hogar y en las cenizas removidas por todo el suelo, y lo encontraron allí arriba, temblando aterrorizado. Lo sacaron y le dieron algo de beber, y entonces se puso en pie, me señaló y balbució:

—¡Fue ella! ¡Ella fue quien lo encontró!

Yo seguía mareada, y aún temblaba por el trueno. Todos empezaron a gritarme. Intenté hablarles del libro, de cómo había permanecido oculto en la biblioteca todo este tiempo; pero sus deseos de tener a alguien a quien culpar eran mayores que sus deseos de tener a alguien que les ofreciese una explicación. El olor de las agujas de pino llegó a mis orificios nasales. Dos guardias me agarraron por los brazos, y creo que me habrían llevado a rastras a las mazmorras en un instante, o algo peor:

—¡Es una bruja! —gritó alguien—. ¡Si le permitimos recuperar sus fuerzas...!

Alosha hizo que se detuvieran. Entró en la sala y dio tres palmadas, y cada una de las tres sonó como el paso de una tropa entera de hombres. Todo el mundo guardó silencio el tiempo suficiente para escucharla.

—Soltadla en esa silla y dejad de comportaros como unos necios —dijo—. Prended a Jakub en su lugar. Él estaba aquí, en medio de todo. ¿A nadie se le ha ocurrido sospechar que a él también le puede haber alcanzado la corrupción?

Tenía autoridad: todos la conocían, especialmente los guardias, que se pusieron tan firmes y tan formales como si se tratase de un general. Me soltaron y en vez de a mí prendieron al pobre Jakub; lo llevaron a rastras ante Alosha sin que dejara de quejarse.

—¡Pero si ha sido ella! ¡El padre Ballo ha dicho que ella encontró el libro...!

—Cállate. —Alosha desenvainó su daga—. Sujétale la muñeca —le pidió a uno de los guardias, e hizo que inmovilizaran el brazo del aprendiz sobre una mesa, por la muñeca, con la palma de la mano hacia arriba.

Alosha mascullo un hechizo y le cortó en el codo. Acto seguido sostuvo la hoja junto al corte sangrante. Él se retorció y forcejeaba contra su sujeción, entre quejidos, y entonces con la sangre surgieron de la herida unas finas volutas negras de humo que se elevaron para quedar atrapadas en la hoja resplandeciente. Alosha giró la daga muy despacio y fue recogiendo las volutas como si fuesen el hilo de un carrete, hasta que dejaron de salir. Sostuvo la daga en alto y permaneció mirándola con los ojos entrecerrados.

—*Hulvad elolveta* —dijo, y sopló tres veces sobre ella: la hoja se volvió más y más brillante con cada aliento, al rojo, y el humo se consumió con un olor a azufre.

La sala ya se había vaciado de manera considerable cuando Alosha terminó, y todos los que quedaban se habían apartado hasta las paredes salvo los pálidos e infelices guardias que aún sujetaban al aprendiz.

—Muy bien, aplicadle unos vendajes. Deja de gritar, Jakub —dijo—. Yo estaba presente cuando lo encontró, idiota: el libro lleva años aquí, en nuestra biblioteca, al acecho como una manzana podrida. Ballo iba a purgarlo. ¿Qué ha pasado?

Jakub no lo sabía: lo habían enviado a buscar suministros. El rey no estaba allí cuando él se marchó; al regresar con más sal y más hierbas, el rey y sus guardias se hallaban de pie junto al atril con cara inexpresiva, y Ballo leía el libro en voz alta, ya en proceso de cambio: unas zarpas asomaban bajo su túnica, y dos más le surgieron de los costados y los desgarraron a su paso, su rostro se alargaba en forma de hocico, y las palabras seguían sonando aunque se confundía y se le atragantaban en la garganta... La voz de Jakub se fue elevando más y más conforme hablaba, hasta que se quebró y guardó silencio. Le temblaban las manos.

Alosha sirvió un poco de *nalewka* en un vaso para que él bebiese.

—Es más fuerte de lo que pensábamos —dijo entonces—. Tenemos que quemarlo de inmediato.

Hice un esfuerzo para levantarme del taburete, pero Alosha me dirigió un gesto negativo con la cabeza.

—Estás agotada. Ve a sentarte junto a la chimenea, y vigíame: no trates de hacer nada a menos que veas que se está apoderando de mí.

El libro yacía plácidamente en el suelo, entre los fragmentos destrozados de la mesa de piedra, iluminado e inocente. Alosha se puso un par de guanteletes de uno de los guardias y lo cogió. Lo llevó a la chimenea e invocó el fuego:

—*Polzhyt, polzhyt mollin, polzhyt talo*. —Prosiguió con un extenso encantamiento, y las frías cenizas rugieron con el fulgor de la llama de su fragua.

El fuego lamía las páginas sin llegar a morderlas, y el libro tan sólo se abría de golpe entre las llamas y las páginas se alborotaban como banderas en un vendaval, chasqueaban, y las imágenes de las bestias intentaban atraer la atención, iluminadas por el fuego, detrás de ellas.

—¡Atrás! —ordenó Alosha a los guardias. Algunos de ellos estaban a punto de dar un paso para aproximarse con la mirada vaga y cautiva. Alosha reflejó en sus rostros la luz del fuego con la cara de la hoja de su daga, y ellos pestañearon y se asustaron, pálidos y temerosos.

Ella no dejó de vigilarlos con una mirada recelosa hasta que se alejaron más, y a continuación se dio la vuelta y retomó el cántico de su hechizo de fuego, una y otra vez, con los brazos abiertos para abarcar las llamas. El libro, no obstante, continuaba siseando y chisporroteando en la chimenea como madera verde y húmeda, negándose a prender; el fresco olor de las hojas en primavera invadió la sala, y pude ver cómo se le marcaban a Alosha las venas del cuello, la tensión patente en su rostro. Mantenía los ojos clavados en la repisa sobre la chimenea, pero se le iban constantemente hacia abajo, al resplandor de las páginas, y cada vez que sucedía, ella presionaba el pulgar contra el filo de la daga. Goteaba la sangre. Volvía a alzar la mirada.

Su voz era cada vez más ronca. Unas cuantas chispas naranjas aterrizaron en la alfombra y ardieron. Cansada y sentada en el taburete, me quedé mirándolas y poco a poco empecé a tararear con los labios cerrados la vieja canción sobre la chispa en el hogar, a narrar sus largas historias: «Había una vez una princesa dorada que se enamoró de un humilde comediante; el rey les dio unas espléndidas nupcias, ¡y aquí acaba la historia! Había una vez la vieja Baba Jaga, con su casa de mantequilla; y en aquella casa cuántas maravillas... ¡Chas! Se fue la chispa». Se fue, y consigo se llevó la historia. La canté una vez entera, en voz baja, y dije «*Kikra, kikra*», y volví a cantarla. Las chispas que volaban por los aires comenzaron a caer como la lluvia sobre las páginas, y cada una de ellas oscurecía un punto minúsculo antes de extinguirse. Caían en una cortina brillante, y cuando empezaron a caer en grupos, surgieron unas finas columnas de humo.

Alosha fue más despacio y se detuvo. El fuego estaba prendiendo por fin. Las páginas se rizaban sobre sí mismas, por los bordes, como pequeños animales que se aovillaban para morir, con el olor a azúcar quemado de la savia en el fuego. Kasia me

cogió el brazo con suavidad, y nos apartamos del fuego mientras éste devoraba el libro lentamente, como quien se obliga a comer pan rancio.

—¿Cómo llegó este bestiario a vuestras manos? —me vociferó un ministro, secundado por otra media docena de ellos—. ¿Por qué estaba aquí el rey?

La sala conciliar estaba repleta de nobles que me gritaban a mí, a Alosha, y que se gritaban entre sí, atemorizados, exigiendo unas respuestas que no había. La mitad de ellos aún sospechaba que yo le había tendido una trampa al rey, y hablaban de meterme en una mazmorra; otros habían decidido, sin la menor prueba que lo respaldase, que el tembloroso Jakub era un agente de Rosya que había atraído al rey a la biblioteca y había engañado al padre Ballo para que leyese el libro. Jakub se puso a gimotear y a protestar, pero a mí no me quedaban fuerzas para defenderme ante ellos. Se me abrió la boca en un bostezo involuntario que los enfureció aún más.

No pretendía ser irrespetuosa, es sólo que no lo pude evitar. No era capaz de tomar el aire suficiente. No podía pensar. Las manos aún me escocían por el rayo, y tenía el humo del papel ardiendo metido en la nariz. Nada de aquello me parecía real todavía. El rey muerto, el padre Ballo muerto. Había visto a ambos apenas una hora antes saliendo de la conferencia de guerra, sanos y salvos. Recordé el momento, tan vívido: la pequeña arruga de preocupación en el ceño de Ballo; las botas azules del rey.

En la biblioteca, Alosha había formulado un hechizo purgativo sobre el cadáver del rey, y los sacerdotes se lo habían llevado a la catedral para velarlo, envuelto de forma apresurada en un paño. Las botas sobresalían por el extremo.

Los Magnati me seguían gritando. Tampoco era de ayuda que yo me sintiese culpable. Me había dado cuenta de que algo iba mal. Si hubiera sido más rápida, si hubiese quemado yo misma el libro cuando lo encontré... Me llevé las manos, escocidas, a la cara.

Sin embargo, Marek estaba a mi lado y gritaba a los nobles con la autoridad de la lanza ensangrentada que sostenía. La estampó sobre la mesa del concilio, delante de ellos.

—Ella le ha dado muerte a la bestia cuando ésta podía haber matado a Solya y a otra docena de hombres —dijo—. No tenemos tiempo para semejante idiotez. ¡Marcharemos sobre el Rydva dentro de tres días!

—¡No marcharemos a ningún lado sin el pronunciamiento del rey! —se atrevió a responderle a gritos uno de los ministros.

Por suerte para él, se encontraba al otro lado de la mesa y fuera del alcance de su brazo, pero aun así retrocedió cuando Marek se inclinó sobre la mesa con su cota de malla, el puño apretado y la ira que lo iluminaba en un justificado ataque de cólera.

—No se equivoca —dijo Alosha, cortante, y puso una mano delante de Marek que le obligó a erguirse y a enfrentarse a ella—. No es momento de iniciar una guerra.

La mitad de los Magnati sentados a la mesa se mostraban los dientes y las garras los unos a los otros; culpaban a Rosya, me culpaban a mí e incluso culpaban al pobre padre Ballo. El trono se encontraba vacío en la cabecera de la mesa. El príncipe heredero Sigmund se sentaba a su derecha. Tenía las manos aferradas con fuerza la una a la otra en un solo puño. Las miraba fijamente mientras continuaban las voces. La reina estaba sentada a la izquierda. Aún lucía la tiara de oro de Ragostok, sobre el terso y brillante satén de su vestido negro. Me fijé vagamente en que estaba leyendo una carta: un mensajero aguardaba junto a su brazo con una bolsa de despacho vacía y una expresión incierta en el rostro. Supuse que acababa de entrar en la sala.

La reina se puso en pie.

—Mis señores. —Todas las cabezas se volvieron para mirarla. Mostró en alto la carta, una hoja pequeña de papel doblado; había roto el sello rojo—. Un ejército de Rosya ha sido avistado procedente del Rydva: estarán aquí por la mañana.

Nadie dijo una palabra.

—Debemos dejar a un lado nuestro duelo y nuestra ira —continuó. Levanté los ojos



para mirarla: la mismísima imagen de una reina, orgullosa, desafiante, la barbilla bien alta; su voz resonaba con claridad en el salón de piedra—. No es ésta la hora en que Polnya deba mostrarse débil. —Se volvió hacia el príncipe heredero, cuyo rostro la miraba a ella, hacia arriba, igual que el mío, sobresaltado y abierto como el de un niño y con la boca ligeramente abierta con unas palabras que no salían de ella—. Sigmund, sólo han enviado cuatro compañías. Si reúnes a las tropas que ya se están congregando a las puertas de la ciudad y partes de inmediato, estarás en ventaja numérica.

—¡Yo debería ser quien...! —Marek se levantó para protestar, pero la reina Hanna alzó la mano y él se detuvo.

—El príncipe Marek se quedará aquí y asegurará la ciudad con la guardia real, y reunirá a las tropas adicionales que van llegando —dijo después de volverse hacia la corte—. Se guiará por los consejos del concilio y, así lo espero, por los míos propios. No hay nada más que hacer, ¿cierto?

El príncipe heredero se puso en pie.

—Haremos como la reina propone —sentenció.

Las mejillas de Marek se enrojecían de frustración, pero soltó un resoplido y dijo con amargura:

—Muy bien.

Así de rápido, todo parecía decidido. Los ministros comenzaron de inmediato a marcharse, ajetreados, en todas direcciones, satisfechos con el orden restablecido. No hubo un instante para protestar, un instante para sugerir cualquier otro proceder; no hubo oportunidad de impedirlo.

Me levanté.

—No —intenté—, esperad. —Pero nadie escuchaba. Busqué los últimos jirones de mi magia para hacer más audible mi voz, para hacer que volviesen. «Esperad», traté de decir, y la sala se desvaneció en la oscuridad a mi alrededor.

Me desperté en mi alcoba y me incorporé de golpe, con el vello de punta en los brazos y un ardor en la garganta: Kasia estaba sentada a los pies de mi cama, y Sauce se apartaba de mí con una leve expresión desaprobatoria en el rostro y el frasco de una poción en la mano. No recordaba cómo había llegado hasta allí; miré por la ventana, confundida; el sol se había desplazado.

—Te has desmayado en la sala conciliar. —Era Kasia—. No podía despertarte.

—Estabais agotada —explicó Sauce—. No, no intentéis levantaros. Será mejor que os quedéis donde estáis y no tratéis de volver a utilizar la magia por lo menos en una semana. Es un cáliz que hay que rellenar, no un río inagotable.

—¡Pero la reina...! —le espeté—. ¡El Bosque...!

—Desoídme, si lo deseáis, consumid vuestros últimos posos y morid, nada tendré que decir al respecto —dijo Sauce desdeñosa.

No sabía cómo la había convencido Kasia para que viniese a verme, pero a juzgar por la fría mirada que ambas intercambiaron cuando Sauce pasó por delante de ella, supuse que no habría sido muy agradable.

Me froté los ojos con los nudillos y permanecí tumbada sobre las almohadas. La poción que me había dado Sauce me hacía sentir un calor radiante y retorcido en el vientre, como si hubiese comido algo con demasiados pimientos picantes.

—Alosha me pidió que fuese a buscar a Sauce para que te viera —me contó Kasia, que continuaba inclinada sobre mí, preocupada—. Dijo que iba a impedir la marcha del príncipe heredero.

Saqué fuerzas de flaqueza, me incorporé y me agarré a las manos de Kasia. Sentía débiles y doloridos los músculos del abdomen, pero no me podía quedar en la cama en aquel preciso instante, fuese capaz de utilizar la magia o no. Un ambiente ominoso dominaba el castillo, sentía aquella terrible opresión. El Bosque seguía allí, de algún

modo. El Bosque aún no había acabado con nosotros.

—Tenemos que encontrarla.

Los guardias de los aposentos del príncipe heredero se hallaban en estado de máxima alerta; estaban prácticamente dispuestos a impedirnos la entrada, pero grité el nombre de Alosha y, cuando ella asomó la cabeza y habló con ellos, nos dejaron pasar al barullo de la preparación de su equipaje. El príncipe heredero todavía no tenía puesta la armadura completa, pero llevaba las grebas y una camisa de cota de malla, y apoyaba la mano en el hombro de su hijo. Su esposa, la princesa Malgorzhata, estaba de pie junto a él con la niña pequeña en sus brazos. El niño tenía una espada, una verdadera espada con filo, lo bastante pequeña para sostenerla. No había cumplido los siete años. Me habría jugado el dinero a que un niño tan pequeño se habría cortado un dedo el primer día —un dedo suyo o de otra persona—, pero la sujetaba con tanta pericia como cualquier soldado. Se la estaba presentando a su padre, sobre las palmas de ambas manos, con ansiedad en su rostro vuelto hacia arriba.

—No seré un problema —dijo.

—Tienes que quedarte y cuidar de Marisha —le explicó el príncipe mientras acariciaba la cabeza del niño. Observó a la princesa; su expresión era grave. Le besó la mano en vez de besarla a ella—. Volveré en cuanto pueda.

—Estoy pensando en llevarme a los niños a Gidna una vez haya pasado el funeral —dijo la princesa: me sonaba vagamente que aquél era el nombre de su ciudad natal, el puerto oceánico que el matrimonio había abierto para Polnya—. El aire del mar será sano para ellos, y mis padres llevan sin ver a Marisha desde su bautizo.

Por aquellas palabras, se diría que acababa de ocurrírsele la idea un momento antes, pero tal y como las había dicho, sonaban preparadas.

—¡Yo no quiero ir a Gidna! —se quejó el niño—. Papá...

—Basta, Stashek —lo acalló el príncipe—. Lo que tú consideres mejor —le dijo a la princesa, y se volvió hacia Alosha—. ¿Tendréis a bien bendecir mi espada?

—Preferiría no hacerlo. —La voz de Alosha era severa—. ¿Por qué os prestáis a esto? Después de nuestra conversación de ayer...

—Ayer mi padre estaba vivo —dijo el príncipe Sigmund—. Hoy está muerto. ¿Qué pensáis que va a ocurrir cuando los Magnati voten la sucesión al trono, si permito que vaya Marek y él destruya a ese ejército de Rosya en nuestro nombre?

—Enviad a un general, entonces —propuso Alosha, aunque sin una verdadera intención de discutir; se le notaba que lo decía tan sólo mientras buscaba otra respuesta en la que sí creía—. ¿Y el barón Golshkin...?

—No puedo —dijo él—. Si yo no cabalgo a la cabeza de este ejército, lo hará Marek. ¿Creéis que hay algún general al que pueda nombrar y que se vaya a interponer en el camino de quien ahora mismo es el héroe de Polnya? Su canción resuena por todo el país.

—Sólo un necio colocaría a Marek en el trono en lugar de a vos.

—Los hombres son necios —dijo Sigmund—. Dadme la bendición y cuidad de los niños por mí.

Permanecimos allí y le vimos alejarse a caballo. Los dos niños pequeños se arrodillaron en un taburete para mirar por encima del alféizar de la ventana con su madre detrás de ellos, las manos sobre las cabezas de sus hijos, de un dorado oscuro. Se marchó con una pequeña tropa de guardias como escolta, su séquito, ondeando a su paso la bandera del águila roja sobre el fondo blanco. Alosha se quedó mirando a mi lado en la segunda ventana hasta que salieron del patio, y luego se volvió hacia mí.

—Todo tiene un precio —me dijo adusta.

—Sí —respondí, cansada y con la moral baja. Y no creía que hubiéramos terminado aún de pagarlo.

No podía hacer nada más, en aquel preciso momento, salvo dormir. Alosha me dijo que me tumbase allí mismo, en la habitación, a pesar de las miradas dubitativas de la princesa, y me quedé dormida en la suave alfombra de lana ante la chimenea: estaba tejida en un extraño patrón danzarín de enormes siluetas curvas como gotas de lluvia, o tal vez fuesen lágrimas. El suelo de piedra de debajo era duro, pero estaba demasiado cansada para que me importase.

Dormí toda la tarde y toda la noche, y me desperté en las primeras horas de la mañana. Seguía cansada, pero notaba menos espesa la cabeza, y las palmas de las manos, abrasadas por el rayo, las volvía a sentir frescas al tacto. La magia discurría lenta y susurrante sobre las rocas, muy dentro de mí. Kasia estaba durmiendo en la alfombra a los pies de la cama; a través de los paños del dosel de la cama, pude ver a la princesa con los dos niños apretados junto a ella. Había dos guardias adormilados a ambos lados de la puerta.

Alosha permanecía sentada, recta, en una silla junto al fuego con la espada hambrienta en su regazo, al tiempo que la afilaba con el dedo. Pude sentir el susurro de su magia mientras pasaba la yema de su pulgar cerca del filo de la hoja. Una fina línea de sangre manaba de su piel oscura a pesar de que en realidad no llegaba a tocar el acero, y se elevaba en una neblina tenue y rojiza que se filtraba en la hoja. Su silla estaba girada para proporcionarle plena visión de la puerta y las ventanas, como si hubiera pasado de guardia toda la noche.

—¿Qué teméis? —le pregunté en voz baja.

—Todo —dijo ella—. Cualquier cosa. La corrupción en el palacio... el rey muerto, Ballo muerto, el príncipe heredero empujado a marcharse a un campo de batalla en el que podría suceder cualquier cosa. Ya es tarde como para empezar a ser precavidos. Puedo pasar alguna noche en vela. ¿Te encuentras mejor? —Asentí—. Bien. Escúchame: tenemos que arrancar de raíz esa corrupción del palacio, y rápido. No creo que le pusiéramos fin cuando destruimos ese libro.

Me incorporé y me agarré las rodillas con los brazos.

—Sarkan pensaba que podía tratarse de la reina, al fin y al cabo. Que la podrían haber... torturado, en lugar de corrompido, para que colaborase.

Me pregunté si Sarkan estaría en lo cierto, si la reina se las había arreglado para traer de algún modo, a escondidas, uno de aquellos pequeños frutos dorados que podía haber cogido del suelo en el Bosque, y ahora, en algún rincón oscuro de los jardines del palacio, había brotado de la tierra un fino retoño plateado que esparcía la corrupción por doquier. Me costaba imaginarme a la reina tan perdida y alejada de todo cuanto ella había sido como para traer al Bosque consigo, como para hacer que éste atacase a su propia familia y su propio reino.

Pero dijo Alosha:

—Tal vez no haya hecho falta demasiado tormento para empujarla a desear la muerte de su marido, después de que él la abandonase durante veinte años en el Bosque. Y tal vez también la de su hijo mayor —añadió cuando di un respingo para protestar—. Me he fijado en que Marek es el único al que ha apartado del frente. En cualquier caso, es bastante seguro afirmar que ella se encuentra en el centro de todo lo que está pasando. ¿Puedes someterla a esa *invocación*?

Guardé silencio. Recordé la sala del trono, el lugar donde pensé en formular *La invocación* sobre la reina. En cambio, decidí ofrecer a la corte una ilusión, un golpe de teatro, para obtener el perdón de Kasia. Tal vez ése fuera el error, al fin y al cabo.

—No creo que pueda hacerlo sola —confesé.

Tenía el presentimiento de que *La invocación* no estaba pensada para formularla a solas: como si la verdad no significase nada sin alguien con quien compartirla; podías dedicar la vida a gritar la verdad a los cuatro vientos y desperdiciarla entera al hacerlo,

si no se acercaba alguien a escucharte.

Alosha hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo no te puedo ayudar. No me separaré de la princesa y de sus hijos hasta que los acompañe a Gidna sanos y salvos.

—Solya podría ayudarme —accedí de mala gana. Lo último que deseaba era formular un hechizo con él y darle cualquier motivo añadido para seguir tratando de aferrarse a mi magia, pero quizá su visión fortaleciese el hechizo.

—Solya. —Alosha pronunció el nombre con una carga de desaprobación—. Bueno, se ha portado como un necio, pero no es estúpido. Podrías probar con él. Si no, recurre a Ragostok. No es tan fuerte como Solya, pero tal vez sea capaz de manejarlo.

—¿Me ayudará? —dije llena de dudas al recordar la tiara en la cabeza de la reina. Tampoco es que yo le hubiese caído demasiado bien.

—Cuando lo digo, es porque lo hará —afirmó Alosha—. Es mi tataranieto; si te lo discute, dile que venga a hablar conmigo. Sí, ya sé que es un asno —añadió al malinterpretar la fija mirada de mis ojos, y suspiró—. Es el único descendiente de mi linaje en el que se manifiesta la magia, al menos en Polnya. —Negó con la cabeza—. Afloró en los hijos y en los nietos de mi nieta preferida, pero se casó con un hombre de Venezia y se fue al sur con él. Tardaríamos más de un mes en enviar a buscar a alguno de ellos.

—¿Os queda mucha familia, aparte de ellos? —pregunté tímidamente.

—Tengo sesenta y siete tataranietos, creo —dijo después de pensarlo un momento—. Tal vez más, a estas alturas. Se van separando poco a poco. Algunos me escriben puntualmente todos los solsticios de invierno. La mayoría de ellos no recuerdan que son mi descendencia, si es que lo han sabido alguna vez. En su piel hay un poco de té mezclado con la leche, pero eso sólo evita que se quemem con el sol, y mi marido lleva ciento cuarenta años muerto.

Dijo aquello con naturalidad, como si ya no importase; supongo que así era.

—¿Y eso es todo? —pregunté. Me sentía casi desesperada. Tataranietos, la mitad de ellos perdidos y el resto tan distantes que podía suspirar por Ragostok y no sentir más que una leve irritación. Se diría que todos ellos no bastaban para mantenerla arraigada en el mundo.

—Tampoco tenía ningún pariente, en un principio. Mi madre era una esclava de Namib, pero murió al darme a luz, y eso es todo cuanto sé de ella. Un barón del sur se la compró a un comerciante de Mondria para darle importancia a su esposa. Me trataban con la suficiente amabilidad, incluso antes de que surgiera mi don, pero era la amabilidad de unos amos: no eran mi familia. —Se encogió de hombros—. Tuve amantes esporádicos, en su mayor parte soldados; pero cuando tienes la edad suficiente, son como las flores: sabes que se marchitarán incluso mientras estás colocándolas en el jarrón.

No pude evitar saltar.

—Entonces ¿por qué... estar aquí? ¿Por qué os importa Polnya, o... o cualquier otra cosa?

—No estoy muerta —dijo Alosha con aspereza—. Y siempre me han importado las cosas bien hechas. Polnya tenía un linaje de buenos reyes. Han servido a su pueblo, han construido bibliotecas y caminos, han creado la Universidad, y han sido lo bastante buenos en la guerra como para evitar que sus enemigos los invadan y lo destruyan todo. Han sido unos dignos instrumentos. Podría marcharme, si se pervirtiesen y se echasen a perder; cierto es que no le pondría una espada en las manos a esos hombres para que siguieran al maldito exaltado de Marek a una docena de guerras en pos de la gloria. Pero Sigmund... es un hombre sensato, y es bueno con su esposa. Me alegro mucho de ayudarle a mantener en pie estas murallas.

Vio la amargura en mi rostro, y añadió con una dura amabilidad:

—Aprenderás a sentir menos, niña; o aprenderás a amar otras cosas. Como el pobre Ballo —dijo con una especie de lamento nostálgico, evasivo, sin la intensidad suficiente como para llamarlo dolor—. Vivió cuarenta años en un monasterio, iluminando manuscritos, sin que nadie reparase en que nunca envejecía. Siempre se mostraba un tanto sorprendido de verse como un mago, creo yo.

Alosha regresó a su afilado, y yo salí de la habitación, dolorida y más infeliz que antes de haberle preguntado. Me imaginé a mis hermanos, envejeciendo, a mi pequeño sobrino Danushek cuando me traía su pelota con aquella carita tan seria y el ceño fruncido, cómo aquella cara se convertiría en la de un anciano, cansado, encorvado y ajado por los años. A todos mis conocidos, enterrados, y que los hijos de sus hijos fuesen los únicos que quedasen a quienes querer.

Aun así, eso era mejor que no tener absolutamente a nadie. Mejor esos críos corriendo por los bosques, y corriendo a salvo allí mismo. Si era fuerte, si se me otorgaba la fuerza, podría ser un escudo para ellos: para mi familia, para Kasia, para aquellos dos niños pequeños que dormían en la cama y para todos aquellos que dormían a la sombra del Bosque.

Eso me dije a mí misma, e intenté convencerme de que bastaría, pero no dejaba de ser un pensamiento frío y amargo, allí sola en la oscuridad de los pasillos. Algunas de las doncellas más humildes acababan de iniciar sus labores cotidianas y se colaban silenciosas en las alcobas de los nobles para remover el fuego, exactamente igual que el día anterior, aunque el rey hubiese muerto. La vida continuaba.

—No necesitamos que atiendas el fuego, Lizbeta. Tráenos té caliente y el desayuno, viene una chica —dijo Solya cuando abrí su puerta. Ya tenía la chimenea encendida, que devoraba un par de troncos nuevos en una gran boca de piedra.

Nada de una habitación pequeña para él, nada que se pareciese a una mazmorra embrujada con gárgolas: contaba con dos estancias, ambas tres veces más grandes que la alcoba en la que me habían metido a mí. Sus suelos de piedra estaban cubiertos por alfombras blancas superpuestas, gruesas y mullidas: debía de utilizar la magia para mantenerlas limpias. A través de un par de puertas abiertas se veía en la segunda habitación una cama grande con dosel, deshecha y alborotada. En el amplio panel de madera que formaba el pie de la cama, volaba un halcón tallado con un ojo hecho con una sola piedra dorada, grande y pulida, con una pupila negra y rasgada.

En el centro de la estancia había una mesa redonda, y Marek se encontraba sentado ante ella, junto a Solya, estirado y malhumorado en una silla con las botas en alto, luciendo un camisón y un batín con pieles en los bordes por encima de los pantalones. Un soporte metálico sujetaba sobre la mesa un espejo alto y ovalado, tan largo como mi brazo. Pasado un instante me percaté de que no era que yo estuviese mirando desde un ángulo extraño y estuviese viendo las cortinas del dosel de la cama; el espejo no mostraba una imagen reflejada, en absoluto. Como si de una ventana imposible se tratase, se asomaba al interior de una tienda, al balanceo de un poste en el centro que sostenía los costados de tela y a una rendija triangular en la parte delantera que se abría a unos campos verdes.

Solya miraba muy atento en el espejo, con una mano en el marco y nada en los ojos aparte del negro pozo de sus pupilas, que todo lo absorbía; Marek vigilaba su rostro. Ninguno de los dos reparó en mí hasta que me encontré a la altura de sus codos, e incluso entonces Marek apenas desvió la mirada.

—¿Dónde has estado? —me preguntó y, sin esperar una respuesta, añadió—: Deja de desaparecer antes de que tenga que ponerte un cascabel. Rosya debe de tener un espía en el castillo para haberse enterado de que nos dirigíamos al Rydva... si no es una docena de ellos. Te quiero a mi lado a partir de ahora.

—He estado durmiendo —le respondí cortante, antes de recordar que había perdido a su padre el día anterior, y me sentí un poco mal.

Él, sin embargo, no tenía mucho aspecto de haber estado llorándolo. Supongo que el hecho de ser rey y príncipe los había transformado en algo distinto de padre e hijo el uno para el otro, y Marek nunca había perdonado a su padre por permitir que la reina cayese en el Bosque. Pero aun así, me habría esperado encontrármelo con los ojos un poco rojos... por la confusión, si no por el afecto.

—Ah, claro, ¿acaso hay otra cosa que hacer aparte de dormir? —dijo con tono agrio y volvió a clavar los ojos en el espejo—. ¿Dónde demonios están todos?

—En el campo, a estas horas —contestó Solya distraído y sin apartar la mirada.

—Donde yo debería estar, si Sigmund no fuese un político adulator —dijo Marek.

—Queréis decir si Sigmund fuese un perfecto idiota, que no lo es —dijo Solya—. No podría ponerlos un triunfo en bandeja ahora mismo a no ser que deseara entregaros a la vez la corona. Os aseguro que ya sabe que contamos con cincuenta votos de los Magnati.

—¿Y qué más da eso? Si no es capaz de contener a los nobles, no se lo merece —soltó Marek bruscamente al tiempo que se cruzaba de brazos—. Si yo estuviese allí...

El príncipe miraba con ansia el inútil espejo mientras yo observaba a los dos con una creciente indignación. Así que no se trataba sólo de que a Sigmund le preocupase que los Magnati le entregasen el trono a Marek: Marek estaba intentando hacerse con él. De pronto comprendí a la esposa del príncipe heredero, por qué me había mirado de soslayo: hasta donde ella sabía, yo era la aliada de Marek. Pese a todo, me tragué los diez primeros comentarios que me vinieron a la lengua.

—Necesito vuestra ayuda —le pedí a Solya de forma breve.

Eso me granjeó la mirada de uno de aquellos pozos negros que tenía por ojos, como mínimo, con una ceja arqueada encima.

—Me siento igualmente complacido de ayudarte, querida mía, y de oírte decirlo.

—Os voy a pedir que formuléis un hechizo conmigo —dije—. Tenemos que administrarle *La invocación* a la reina.

Se quedó quieto, mucho menos complacido; Marek se volvió y me lanzó una dura mirada.

—¿Qué se te ha metido ahora en la cabeza?

—¡Algo va mal! —le dije—. No podéis hacer como si no lo hubieseis visto: desde que volvimos se ha producido un desastre detrás de otro. El rey, el padre Ballo, la guerra contra Rosya... todo esto lo ha ideado el Bosque. *La invocación* nos mostrará...

—¿Qué? —me cortó Marek, al tiempo que se ponía de pie—. ¿Qué crees que nos mostrará?

Se me venía encima; me mantuve firme y eché la cabeza hacia atrás.

—¡La verdad! —exclamé—. No han pasado tres días desde que la dejamos salir de la torre, y el rey está muerto, hay monstruos por el palacio y Polnya está en guerra. Hemos pasado algo por alto. —Me volví hacia Solya—. ¿Me ayudaréis?

Solya miró a Marek y me miró a mí con el tictac de sus cálculos en las pupilas. Luego dijo con voz suave:

—La reina ha sido indultada, Agnieszka; no podemos ir a echarle un encantamiento por las buenas sin un motivo, únicamente porque estás alarmada.

—¡Debéis ver que algo va mal! —Estaba furiosa.

—Algo iba mal —replicó Solya en tono condescendiente y pagado de sí mismo; me hubiera encantado zarandearlo. Demasiado tarde, tenía que lamentar no haberme hecho amiga de él. No podía tentarlo: ya sabía de sobra que yo no iba a tomar por costumbre el hecho de compartir mi magia con él, por muy dispuesta que estuviese a sufrirlo por algo importante—. Muy mal: ese libro corrompido que encontrasteis, ahora destruido. No es necesario imaginar causas oscuras cuando ya disponemos de una conocida.

—Y lo último que Polnya necesita ahora son más cotilleos sombríos circulando por ahí —dijo Marek más calmado; sus hombros se relajaron cuando escuchó a Solya y se tragó aquella explicación tan perniciosamente oportuna. Volvió a recostarse en la silla y apoyó las botas de nuevo sobre la mesa—. Ni sobre mi madre, ni sobre ti, para el caso. Todos los Magnati han sido convocados al funeral, y en cuanto estén reunidos anunciaré nuestro compromiso en matrimonio.

—¿Qué? —Podía haber estado contándome alguna noticia de un interés menor, que sólo me atañese de pasada.

—Te lo has ganado al dar muerte a ese monstruo, es el tipo de cosas que adoran los plebeyos. No montes un escándalo —añadió sin mirarme siquiera—. Polnya está en peligro, y te necesito a mi lado.

Me quedé allí de pie, demasiado enfadada para encontrarme la voz, pero de todos modos ya habían dejado de hacerme caso. En el espejo, alguien se agachaba para entrar en la tienda. Un hombre mayor con un uniforme excesivamente adornado dejó caer todo su peso en una silla al otro lado, con el rostro decaído a causa de la edad: los mofletes caídos, el bigote caído, bolsas bajo los ojos y bajo las comisuras de los labios; unas líneas de sudor le atravesaban el polvo apelmazado sobre la cara.

—¡Savienha! —dijo Marek, incorporándose, con una feroz determinación—. ¿Qué está pasando? ¿Los rosyos han tenido tiempo de fortificar sus posiciones?

—No —contestó el viejo general mientras se pasaba una cansada mano por la frente—. No han fortificado los puntos de paso, sino que han tendido una emboscada en el Puente Largo.

—Una estupidez por su parte —dijo Marek muy atento—. Sin fortificaciones, no podrán retener los cruces más de un par de días. Otros dos mil hombres llegaron anoche, si salgo con ellos de inmediato...

—Los hemos derrotado al amanecer —dijo Savienha—. Están todos muertos: seis mil. Marek hizo una pausa, a todas luces sorprendido. No se lo esperaba. Cruzó una mirada con Solya, con el ceño ligeramente fruncido, como si no le gustase oír aquello.

—¿Cuántos hombres habéis perdido? —quiso saber.

—Cuatro mil, demasiados caballos. Los hemos derrotado —repitió Savienha con la voz temblorosa y hundido en su silla. No todas las marcas de su rostro eran de sudor—. Marek, perdonadme. Marek..., vuestro hermano ha muerto. Lo mataron en la primera emboscada, cuando se acercó a inspeccionar el río.

Me aparté de la mesa como si pudiera escapar de aquellas palabras. Aquel niño pequeño en el piso de arriba ofreciendo su espada, «no seré un problema», su rostro mirando hacia arriba. El recuerdo fue una punzada, como un cuchillo.

Marek se había quedado en silencio. Su expresión era más de perplejidad que de cualquier otra cosa. Solya continuó hablando con el general un poco más. Apenas me veía capaz de oír que seguían hablando. Finalmente, Solya alargó el brazo y cubrió el espejo con un paño grueso. Se dio la vuelta para mirar a Marek.

Su perplejidad se iba desvaneciendo.

—Por Dios —dijo Marek al cabo de un instante—. Preferiría no tenerlo antes que conseguirlo así. —Solya se limitó a inclinar la cabeza sin dejar de mirarlo con un brillo en los ojos—. Pero eso no está en mi mano, al fin y al cabo.

—No —coincidió Solya en voz baja—. Menos mal que los Magnati ya están en camino: celebraremos el voto de confirmación de inmediato.

Tenía en la boca un sabor salado: había estado llorando, sin saberlo. Retrocedí aún más. El pomo de la puerta llegó hasta mi mano, y sentí en la palma la presión de los bordes y los huecos tallados de su cabeza de halcón. Lo giré, me deslicé a través de la puerta y la cerré a mi espalda sin hacer ruido. Me quedé temblando en el pasillo. Alosha estaba en lo cierto. Una trampa detrás de otra, largo tiempo sepultadas bajo una espesa alfombra de hojas, que por fin se cerraban de golpe. Retoños minúsculos

que hacían salir de la tierra sus avariciosas ramas.

Una trampa detrás de otra.

De pronto, estaba corriendo. Corría, y mis botas golpeaban la piedra, iba dejando atrás criadas que se asustaban, y el sol de la mañana lucía en todas las ventanas. Jadeaba cuando doblé la esquina que daba a los aposentos del príncipe heredero. La puerta estaba cerrada, pero sin guardia. Un humo tenue y gris salía por debajo, al pasillo. Sentí el calor del pomo en la mano cuando abrí la puerta de golpe.

Las cortinas del dosel de la cama estaban ardiendo, y la alfombra se había abrasado; los guardias eran bultos muertos tirados en el suelo. Un grupo de diez hombres rodeaba en silencio a Alosha, que sufría unas quemaduras horribles: tenía la mitad de la armadura fundida con la piel, pero seguía luchando. A su espalda, la princesa yacía muerta e impedía el acceso a la puerta del armario ropero con su propio cuerpo; Kasia estaba junto a su cadáver, con una docena de cortes repartidos por la ropa, pero la piel intacta. Sostenía una espada mellada y la blandía con fiereza ante dos hombres que trataban de pasar.

Alosha retenía al resto con dos puñales largos que silbaban en el aire y lanzaban chasquidos de fuego a su paso. Los había hecho jirones a todos a base de tajos, y la sangre dejaba el suelo resbaladizo, pero aquellos hombres no caían. Vestían uniformes de Rosya, aunque tenía los ojos teñidos de verde y la mirada perdida. La habitación olía como una rama fresca de un abedul quebrada.

Quise gritar, llorar. Quise pasar con fuerza la mano por el mundo y arrastrarlo con ella.

—*Hulvad* —dije mientras empujaba con ambas manos y liberaba la magia—. *Hulvad*.

—Recordé cómo Alosha le había extraído al aprendiz de Ballo aquella fina nube de corrupción, y unas volutas de humo negro salieron a granel de aquellos hombres, a través de cada tajo y de cada corte. El humo escapó por la ventana abierta y se alejó en la luz del sol; y entonces volvieron a ser solamente hombres, muy malheridos para vivir; cayeron al suelo, uno detrás de otro.

Una vez desaparecidos sus agresores, Alosha se volvió y le lanzó sus puñales a los hombres que trataban de matar a Kasia. Los cuchillos se les clavaron profundos en la espalda, y más de aquel humo negro se elevó en torno a las hojas. Cayeron, primero uno y después el otro.

La habitación se quedó en un extraño silencio con todos ellos muertos. Crujieron las bisagras de la puerta del armario; me sobresalté con aquel ruido. Se abrió una rendija en la puerta, y Kasia se volvió hacia ella: Stashek estaba dentro y trataba de asomarse con expresión asustada y su pequeña espada agarrada en la mano.

—No miréis —pidió ella. Sacó una capa del ropero, larga y de vivo terciopelo rojo. Cubrió la cabeza de los niños con ella y los cogió en sus brazos—. No miréis —repitió, y los atrajo con fuerza hacia sí.

—Mamá —musitó la niña pequeña.

—Cállate —le dijo el niño con un temblor en la voz.

Me tapé la boca con ambas manos y me tragué un sollozo.

Alosha tomaba aliento con grandes esfuerzos; la sangre le borboteaba en los labios. Se apoyó contra la cama. Avancé dando tumbos y alargué el brazo hacia ella, pero Alosha me hizo una señal para que retrocediese. Con una mano, realizó el gesto de un gancho.

—*Hatol* —pronunció, y de la nada desenvainó la espada mortal. Me ofreció la empuñadura—. Sea lo que sea lo que hay en el Bosque —me dijo ronca, en un susurro, su voz consumida por el fuego—. Encontradlo y matadlo. Antes de que sea demasiado tarde.

Cogí la espada y la empuñé con torpeza. Alosha se deslizó al suelo casi al tiempo que la soltaba en mis manos. Me arrodillé a su lado.

—Tenemos que ir a buscar a Sauce —dije.



Hizo un gesto negativo con la cabeza, un movimiento casi imperceptible.

—Marchaos. Llevaos a los niños de aquí —dijo ella—. El castillo no es seguro. Marchaos.

Recostó la cabeza en la cama y cerró los ojos. Su pecho se movía sólo en una respiración superficial.

Me puse de pie, temblando. Sabía que Alosha tenía razón. Lo presentía. El rey, el príncipe heredero y, ahora, la princesa. El Bosque pretendía matarlos a todos, a los buenos reyes de Alosha, y también aniquilar a los magos de Polnya. Observé a los soldados muertos con su uniforme de Rosya. Marek culparía otra vez al país enemigo, tal y como se pretendía que hiciese. Se pondría la corona y marcharía al este, y después de haber dilapidado nuestro ejército masacrando tantos súbditos de Rosya como estuviese en su mano, el Bosque también lo devoraría a él y dejaría el país destrozado, rota la sucesión.

Me encontraba de nuevo en el Bosque, bajo sus ramas, vigilada por aquella fría y odiosa presencia. El momentáneo silencio en la habitación era sólo su pausa para coger aliento. Las paredes de piedra y la luz del sol no significaban nada. Los ojos del Bosque se posaban sobre nosotros. El Bosque estaba aquí.

Nos envolvimos en unas capas desgarradas que cogimos a unos guardias muertos, escapamos corriendo, y el dobladillo de nuestras faldas fue dejando un rastro de sangre en el suelo a nuestro paso. Había devuelto la espada de Alosha a aquel extraño lugar donde ésta aguardaba, a través de un doblez que *hato!* me abría en el mundo para que la introdujese. Kasia cargaba con la niña pequeña, y yo llevaba a Stashek de la mano. Descendimos por la escalera de una torre, dejamos atrás un descansillo donde dos hombres se nos quedaron mirando desde un corredor, desconcertados y con el ceño fruncido; bajamos a toda prisa otra vuelta más, rápido, y entramos en el estrecho pasillo que conducía a las cocinas entre los criados que iban y venían. Stashek trató de tirar de mí hacia atrás.

—¡Quiero que venga mi padre! —dijo con voz temblorosa—. ¡Quiero que venga mi tío Marek! ¿Adónde vamos?

No lo sabía. Iba a la carrera, sin más; lo único que sabía era que teníamos que salir de allí. El Bosque había diseminado ya demasiadas semillas, por todas partes a nuestro alrededor; habían aguardado en barbecho, silenciosas, pero ahora todas estaban dando sus frutos. Ningún lugar era seguro cuando la corrupción vivía en el castillo del rey. La princesa pretendía llevarlos con sus abuelos, a Gidna, en el mar del Norte. «El océano es adverso a la corrupción», había dicho Alosha. Pero los árboles también crecían en Gidna, y el bosque perseguiría a los niños hasta la costa.

—A la torre —decidí. Y lo dije sin haberlo pensado; las palabras salieron de mis labios igual que la protesta de Stashek. Deseaba la quietud de la biblioteca de Sarkan, el leve aroma a especias y azufre de su laboratorio; aquellos pasillos estrechos, cerrados, la limpieza de sus líneas, su vacío. La torre, alta y solitaria en contraste con las montañas. El Bosque no llegaba hasta allí—. Vamos a la torre del Dragón.

Algunos criados se detenían y nos miraban. El sonido de unos pasos nos perseguía por las escaleras.

—¡Alto, deteneos! —gritó un hombre con voz de autoridad.

—Agárrate a mí —le dije a Kasia.

Apoyé la mano en el muro del castillo y susurré para que lo atravesáramos, directos al huerto desde las cocinas. Un hortelano arrodillado en la tierra se puso en pie. Eché a correr entre los bancales, con Stashek corriendo a mi lado con una expresión desorbitada, reflejo de nuestro miedo; Kasia corría detrás de nosotros. Llegamos al muro exterior de pesados ladrillos; lo atravesamos. A nuestra espalda, las campanas del castillo comenzaron a dar la alarma cuando descendimos la pendiente a la carrera, en una nube de polvo, hasta llegar al Vandalus, que discurría en el fondo.

Las aguas del río eran rápidas y profundas en aquella zona, alrededor del castillo, y dejaban atrás la ciudad, hacia el este. Un ave rapaz chilló en las alturas, un halcón que describía amplios círculos sobre el castillo: ¿sería Solya, buscándonos desde lo alto? Agarré un puñado de juncos de la orilla, sin encantamiento ni hechizo alguno: se me habían ido todos de la cabeza. Tiré de un hilo de mi capa y até los juncos por ambos extremos. Tiré el fardo orilla abajo, a medio camino del agua, y le lancé un golpe de magia. Creció hasta convertirse en una barca larga y ligera, y la abordamos a toda prisa justo cuando el río tiraba de ella para alejarla de la orilla y nos llevó a nosotros con ella, veloces, rebotando contra las rocas a ambos lados. Se oyeron gritos a nuestra espalda y aparecieron los guardias en lo alto de los muros exteriores del castillo.

—¡Agachaos! —gritó Kasia, que empujó a los niños hacia abajo para tumbarlos y los cubrió con su cuerpo.

Los guardias nos estaban disparando flechas. Una le rasgó la capa y le golpeó en la espalda. Otra aterrizó a mi lado y se clavó en el lateral de la barca, vibrando. Arranqué las plumas del astil de la flecha y las lancé al aire sobre nosotros. Recordaron lo que fueron antaño y se convirtieron en una nube de algo parecido a pájaros que

revoloteaban, trinaban y nos ocultaron de su vista por unos breves instantes. Me sujeté a ambos lados de la barca y formulé el hechizo de aceleración de Jaga.

Salimos disparados hacia delante. En un primer arreón, el castillo y la ciudad se difuminaron en la distancia, transformados en juguetes infantiles. En un segundo, habían desaparecido a la vuelta de un recodo. En un tercero, encallamos en la margen vacía del río. Mi barca de juncos se deshizo a nuestro alrededor y nos tiró a todos al agua.

Casi me hundo. El peso de la ropa tiraba de mí hacia abajo, en el agua turbia, y la luz se convertía en un borrón por encima de mi cabeza. A mi lado ondulaba la nube que formaban las faldas de Kasia. Me revolví en busca de la superficie, tratando de agarrarme a algo a ciegas, y encontré una manita que quería coger la mía: Stashek puso mi mano sobre la raíz de un árbol. Saqué la cabeza a la superficie entre toses y me las arreglé para asentar los pies dentro del agua.

—¡Nieshka! —me gritó Kasia; llevaba a Marisha en brazos.

Nos costó salir a través del barro de la orilla, los pies de Kasia se hundían profundos a cada paso e iban abriendo unos agujeros que se llenaban de agua lentamente tras ella. Me dejé caer en el barrizal de hierba. Estaba temblando, llena de magia que quería derramarse de mí en todas las direcciones, descontrolada. Nos habíamos desplazado demasiado rápido. Tenía el pulso acelerado, mi corazón estaba aún bajo el diluvio de flechas, huyendo a la desesperada, y no en una orilla desierta con los insectos zapateros que saltaban sobre las ondas que habíamos formado, y con las faldas manchadas de barro. Había pasado tanto tiempo dentro del castillo, rodeada de gente y de muros por doquier, que aquella orilla casi no me parecía real.

Stashek se sentó a mi lado hecho un ovillo con una expresión perpleja en su carita seria, y Marisha se acercó a rastras y se acurrucó contra él. La rodeé con el brazo. Kasia se sentó al otro lado de los niños. Qué a gusto me habría quedado allí tumbada, y habría dormido un día entero, toda una semana, pero Marek sabía qué dirección habíamos tomado. Solya pondría sus ojos en el curso del río para encontrarnos. No había tiempo para descansar.

Con el barro de la orilla di forma a una pareja de bueyes rudimentarios y les insuflé la vida, y acto seguido formé una carreta con ramitas. No llevábamos una hora de camino cuando Kasia me dijo «Nieshka», mirando hacia atrás, y dirigí rápidamente los bueyes al interior de una arboleda un tanto apartada del sendero. Una pequeña nube de polvo se elevaba del camino a nuestra espalda. Sostuve las riendas, con los bueyes detenidos en una lenta y pesada obediencia, y todos contuvimos el aliento. Creció el tamaño de la nube con una rapidez antinatural. Se acercó más y más, y luego pasó a toda velocidad una pequeña tropa de jinetes con capas rojas, ballestas y las espadas desenvainadas. Unas chispas de magia saltaban de los cascos de los caballos, envueltos en unas fundas de acero que resonaban como el tañido de una campana sobre la superficie endurecida del suelo. Obra, quizá, de las manos de Alosha, convertida ahora al servicio del Bosque. Esperé hasta que la nube volvió a perderse de vista por delante antes de conducir de nuevo la carreta de vuelta al camino.

Cuando llegamos al primer pueblo, nos encontramos con que ya habían puesto carteles. Los habían dibujado con prisas y de un modo rudimentario: un largo pergamino con mi cara y la de Kasia, clavado en un árbol junto a la iglesia. No había pensado en lo que suponía que me persiguieran. Me había alegrado al ver el pueblo, con la idea de parar y comprar comida: se nos retorció el estómago de hambre. En cambio, nos cubrimos la cabeza con las capas y seguimos avanzando despacio sin hablar con nadie. Las manos, a las riendas, me temblaron todo el trayecto, pero tuvimos suerte. Era día de mercado, y el pueblo era grande, tan próximo a la urbe; había por allí los suficientes desconocidos como para que nadie nos señalase o nos exigiese vernos el rostro. En cuanto dejamos atrás los edificios, sacudí las riendas y

obligué a los bueyes a apretar el ritmo del avance, más rápido, hasta que la aldea desapareció por completo a nuestra espalda.

Tuvimos que salir del camino un par de veces más ante el paso veloz de grupos de jinetes, y en otra ocasión al anochecer, cuando otro de los mensajeros del rey pasó con su capa roja en dirección contraria, al galope camino de Kralia, soltando brillantes chispas con los cascos en la penumbra. No nos vio, concentrado en su ritmo trepidante; no éramos más que una sombra detrás de un seto. Mientras estábamos escondidos, atisbé algo oscuro y rectangular a nuestra espalda: era la puerta abierta de una cabaña abandonada, medio perdida en una arboleda. Mientras Kasia sujetaba a los bueyes, me fui de rapiña por el huerto lleno de maleza: un puñado de fresas tardías, unos nabos pasados, cebollas; unas pocas judías. Le dimos a los niños la mayor parte de la comida, y se quedaron dormidos en la carreta conforme regresábamos al camino. Al menos, nuestros bueyes no necesitaban comer o dormir, hechos a partir del barro. Seguirían marchando toda la noche.

Kasia se subió conmigo al pescante de la carreta. Las estrellas habían salido fulgurantes, en un cielo amplio y oscuro tan lejano de todo ser vivo. El aire era frío, quieto, demasiado silencioso; el carro no crujía, y los bueyes no bufaban ni resoplaban.

—No has intentado enviar un aviso al padre de los niños —comentó Kasia en voz baja. Miré al frente, al camino oscuro.

—También ha muerto —le confesé—. Los rosyos le tendieron una emboscada.

Kasia tomó mi mano con mucho cuidado, y nos quedamos la una cogida a la otra mientras la carreta avanzaba con un balanceo.

—La princesa murió a mi lado —me dijo un rato después—. Metió a los niños en el ropero, y luego se plantó delante. La atravesaron una y otra vez, y ella seguía intentando ponerse de pie ante las puertas —le tembló la voz—. Nieshka, ¿puedes crear una espada para mí?

No quería hacerlo. Darle una, por supuesto, no era más que una cuestión de sensatez, por si nos alcanzaban. No sentía miedo por ella: Kasia estaría bien a salvo en el combate, ya que las hojas de las espadas se quedaban romas sobre su piel y las flechas caían sin hacerle un rasguño. Sin embargo, con una espada sería terrible y peligrosa. No le haría falta un escudo, o una armadura, ni tampoco pensar siquiera. Podría atravesar campos de soldados como quien siega avena, rítmica y constante. Pensé en la espada de Alosha, esa cosa extraña, hambrienta y mortal; permanecía guardada en aquella vaina mágica, pero aún podía sentir su peso en mi espalda. Kasia sería como aquella espada, implacable, pero ella no sería de un solo uso. No quería que se viese obligada a hacer esas cosas. No quería que necesitase una espada.

Era un deseo inútil. Saqué mi puñal, y ella me entregó el suyo. Quité las hebillas de nuestros cinturones y zapatos, y los broches de las capas, cogí un palo de un árbol según pasábamos, y lo reuní todo sobre mi falda. Mientras Kasia tomaba las riendas, le dije a todos los objetos que fuesen rectos, afilados y fuertes; les tarareé la canción sobre los siete caballeros, y ellos, en mi regazo, escucharon y se fundieron para crecer en una hoja larga y curva de un solo filo, como un cuchillo de cocina en lugar de una espada, con unos pequeños soportes de acero brillante para sujetar la empuñadura de madera a su alrededor. Kasia la cogió y la sopesó entre las manos, asintió una sola vez y la dejó bajo el asiento.

Llevábamos tres días de camino, y las montañas se iban elevando de manera paulatina de una noche al siguiente amanecer, reconfortantes en la distancia. Los bueyes iban a buen ritmo, pero aun así teníamos que agazaparnos detrás de setos, montículos y cabañas abandonadas siempre que pasaban los jinetes, en un constante ir y venir. Al principio no podía sino alegrarme cada vez que lográbamos ocultarnos de ellos, demasiado concentrada en el temor como para pensar ninguna otra cosa al respecto. Sin embargo, mientras mirábamos por encima de un seto y veíamos cómo se

desvanecía una polvareda más adelante en el camino, Kasia dijo: «No dejan de pasar», y se me hizo un nudo frío y duro en el fondo del estómago al advertir que eran demasiados para andar corriendo la voz de nuestra búsqueda. Estaban haciendo algo más.

Si Marek había dado la orden de cerrar los pasos de las montañas; si sus hombres habían bloqueado el acceso a la torre; si habían ido a por el propio Sarkan y lo habían cogido por sorpresa mientras él luchaba por evitar que el Bosque se apoderase de Zatochek...

No había nada que hacer salvo seguir adelante, pero las montañas ya no eran un consuelo. No sabíamos lo que nos íbamos a encontrar cuando llegásemos al otro lado. Kasia fue todo aquel día en la parte de atrás de la carreta con los niños, cuando el camino comenzó a ascender con suavidad por las estribaciones de las montañas, con la mano en la espada oculta bajo su capa. Se elevó el sol, una cálida luz dorada que se reflejaba de lleno en su rostro. Tenía un aire lejano y extraño, de una firmeza inhumana.

Alcanzamos la cima de una colina y nos encontramos con el último cruce de caminos en las Marismas Amarillas, junto al que había un pequeño pozo con un abrevadero. El camino estaba desierto, aunque bien pisoteado en ambos sentidos, tanto por hombres como por caballos. No podía saber si era sólo el trajín ordinario o no. Kasia sacó unos cubos para que bebiésemos y para lavarnos la cara, polvorienta, y a continuación mezclé un poco de barro fresco para parchear los bueyes: se agrietaban aquí y allá tras el recorrido de un día. Stashek me traía en silencio puñados de hierba embarrada.

Habíamos hablado a los niños sobre su padre con tanto tacto como nos fue posible. Marisha no alcanzaba a entenderlo, salvo para sentir miedo. Ya había pedido que viniera su madre unas cuantas veces. Ahora se colgaba de las faldas de Kasia casi todo el rato, como una niña más pequeña, y no desaparecía de su vista. Stashek lo comprendió demasiado bien. Recibió la noticia en silencio, y a continuación me dijo:

—¿Ha tratado de matarnos el tío Marek? No soy un crío —añadió, mirándome a los ojos, como si me hiciese falta que lo dijera después de haberme preguntado tal cosa.

—No —me las arreglé para decirle con la garganta tensa—. Sólo está dejándose manejar por el Bosque.

No estaba segura de que Stashek me creyese. El niño había guardado silencio desde aquel momento. Era paciente con su hermana Marisha, que también se colgaba de él, y ayudaba con el trabajo siempre que podía. Pero estaba casi siempre callado.

—Agnieszka —me dijo mientras yo terminaba de emplastar la pata trasera del segundo buey y me ponía en pie para lavarme el barro de las manos.

Me volví para seguir la dirección de su mirada. Podíamos ver una larga extensión del camino que ya habíamos recorrido, kilómetros y kilómetros. Una espesa nube de polvo cubría el sendero al oeste. Parecía desplazarse, avanzar hacia nosotros mientras estábamos allí de pie, mirando. Kasia cogió en brazos a Marisha. Me protegí los ojos del sol y los entrecerré contra su resplandor.

Era una marcha de una multitud de hombres, miles de ellos. Al frente relucía un bosque de altas lanzas, entre los jinetes a caballo y un gran estandarte que ondeaba en rojo y blanco. Vi un caballo zaino a la cabeza, y en su lomo una silueta de armadura plateada; a su lado, una montura grisácea con un jinete de capa blanca...

El mundo se ladeó, torcido, se angostó y se me vino encima vertiginoso. El rostro de Solya destacó vívido: me estaba mirando. Aparté la cabeza con tal brusquedad que me caí al suelo.

—¿Nieshka? —dijo Kasia.

—Rápido —jadeé mientras me ayudaba de manos y pies para levantarme y empujaba a Stashek hacia la parte de atrás del carro—. Me ha visto.

Nos adentramos en las montañas. Traté de calcular a qué distancia nos seguía aquel

ejército. Habría azuzado a los bueyes con el látigo si hubiera servido de algo, pero iban tan rápido como podían. El camino, estrecho y sinuoso, estaba sembrado de piedras, y en un abrir y cerrar de ojos las patas de los bueyes comenzaron a resquebrajarse y desmoronarse. Ya no disponía de barro con el que parchearlos, aunque me hubiese obligado a detener la marcha. No me atrevía a utilizar el hechizo de aceleración, no veía nada más allá del siguiente recodo. ¿Y si había hombres más adelante, y lo que hacía era lanzarnos en sus brazos, o peor aún, si nos lanzábamos en caída libre por un cañón?

El buey de la izquierda se tambaleó de pronto hacia delante, cuando se le deshizo una pata, y se rompió en terruños contra las piedras. El segundo tiró de nosotros otro poco y se desmoronó sin más entre un paso y el siguiente. El carro, desequilibrado, se inclinó hacia delante, y todos caímos con fuerza sobre un montón de ramas y hierbas secas.

Para entonces ya nos habíamos adentrado bastante en las montañas, entre una vegetación de matorrales marchitos, con cumbres altas a ambos lados del tortuoso camino. No podíamos ver la suficiente distancia a nuestra espalda para saber cuán cerca se encontraba el ejército. Por lo general, se tardaba un día en cruzar el paso a pie. Kasia cogió a Marisha en brazos, y Stashek se incorporó. Caminaba con obstinación a mi lado, sin quejarse de nuestras prisas, con los pies doloridos y la molestia del aire cortante en la garganta.

Nos detuvimos a recobrar el aliento junto a un afloramiento de roca que se asomaba con el gorgoteo de un escueto riachuelo de verano, lo justo para llenarnos las manos ahuecadas y llevárnoslas a la boca, y cuando me erguí, me sobresaltó un graznido estridente no muy lejos de mis oídos. Un cuervo negro de plumaje lustroso me miraba fijamente desde la rama de un árbol marchito que se aferraba a las rocas. Volvió a graznar, bien alto.

El cuervo seguía el ritmo de nuestra huida y saltaba de una rama a una roca y a otra. Le tiré una piedra en un intento por ahuyentarlo; apenas se apartó de un salto y volvió a graznar con un amargo deje triunfal. Otros dos se le unieron un poco más adelante. El sendero serpenteaba a lo largo de la cumbre del risco, y el verde de la hierba se extendía continuo en pronunciadas pendientes a ambos lados.

Seguimos corriendo. El sendero se zambullía conforme se abría una montaña y dejaba una mareante caída a la derecha. Tal vez ya habíamos superado la cumbre. No era capaz de parar el tiempo necesario para pensar en ello como era debido. Iba tirando del brazo de Stashek y prácticamente lo llevaba a rastras. Oí el relincho de un caballo en algún lugar a nuestra espalda, como si se hubiese resbalado al cruzar demasiado rápido el paso de las montañas. Los cuervos se elevaron en el aire, en círculos, y fueron a echar un vistazo; todos excepto nuestro constante compañero, que nos seguía sin apartar de nosotros sus brillantes ojos.

El aire estaba enrarecido; nos afanábamos y jadeábamos en busca de oxígeno mientras corríamos. El sol descendía.

—¡Alto! —nos gritó alguien desde lejos, y una flecha descendió volando y traqueteó contra las rocas por encima de nosotros.

Kasia se detuvo; cuando la alcancé me puso entre los brazos a Marisha, y ocupó la retaguardia. Stashek me lanzó una mirada de terror.

—¡Sigue! —exclamé—. ¡Sigue adelante hasta que veas la torre!

Stashek salió disparado y desapareció junto con el camino a la vuelta de una pared de roca. Re coloqué a Marisha en mis brazos, apretada contra mí, abrazada con fuerza a mi cuello y con las piernas en torno a mi cintura, colgada, y eché a correr detrás de él. Los caballos estaban tan cerca que casi podíamos oír cómo crujía la gravilla bajo sus cascos.

—¡Ya la veo! —gritaba Stashek desde más adelante.

—Agárrate fuerte —le dije a Marisha, y corrí tan rápido como pude; su cuerpo me iba dando golpes, apretó la mejilla contra mi hombro y no dijo nada.

Stashek se volvió con ansia cuando aparecí jadeando a la vuelta del recodo: se hallaba de pie en una cornisa que sobresalía de la ladera de la montaña, casi lo bastante amplia para ser una explanada. Tenía las piernas agotadas y me vine abajo, las rodillas me aguantaron lo justo para dejar a Marisha en el suelo sin caerme encima de ella. Habíamos salido a la ladera sur. Debajo de nosotros, el sendero continuaba serpenteando de aquí para allá por toda la montaña para descender hasta Olshanka.

Y al otro lado de la ciudad, ante la cordillera de poniente, se elevaba la torre del Dragón, blanca y deslumbrante con el sol, todavía pequeña y lejana. Estaba rodeada de soldados, un pequeño ejército de hombres con sobrevestas amarillas. Me quedé mirándola, desesperada. ¿Habían llegado a entrar? Las grandes puertas continuaban cerradas; no salía humo por las ventanas. No quería creer que la torre hubiese caído. Quería llamar a Sarkan a gritos. Quería lanzarme y atravesar aquel vacío. Volví a ponerme en pie.

Kasia se había detenido en el estrecho sendero detrás de nosotros. Desenvainó la espada que yo le había dado en el preciso instante en que los caballos doblaron el recodo. Marek iba con ellos, a la cabeza; sus espuelas estaban húmedas de sangre, y llevaba la espada en ristre y los dientes apretados en un rugido. Su caballo zaino arrancó a la carga, y Kasia no se movió. Sus cabellos ondulaban sueltos, al viento. Se plantó con las piernas separadas en el paso y extendió el brazo con la espada recta, de modo que Marek tuviese que apartar de golpe la cabeza del animal o cabalgaría directo contra la hoja.

Él se detuvo, pero descargó con fuerza la espada sobre Kasia al retorcer el caballo en la estrechez del camino. Ella recibió el golpe y lo desvió a base de fuerza bruta. Le arrancó la espada de la mano a Marek, que golpeó contra el borde del camino y cayó, desapareció montaña abajo con un río de piedras y polvo.

—¡Una pica! —gritó Marek, y un soldado le lanzó una; la cazó con facilidad a la vez que volvía grupas al caballo en el sendero.

Blandió la pica en un barrido largo y bajo que casi alcanzó a Kasia en la cintura. Ella tuvo que retroceder de un salto: si podía apartarla del camino de un golpe, daría igual que ella fuese más fuerte que él. Kasia trató de agarrar el extremo de la pica, pero Marek la retiró con la suficiente velocidad; acto seguido, espoleó a su caballo para que avanzase y lo hizo encabritarse, dando saltos sobre las patas traseras mientras agitaba las delanteras, calzadas de acero, hacia su cabeza. Marek la estaba obligando a retroceder: en cuanto alcanzase la zona en la que se ensanchaba el camino, tanto él como los demás soldados se abalanzarían y la rodearían. Podrían dejarla atrás y venir a por nosotros, a por los niños.

Busqué a tientas el hechizo del Dragón, el que nos transportaría. *Valisu*, y *zokinezh*... pero no había terminado siquiera de intentar ensamblar las palabras y de algún modo ya sabía que aquello no iba a funcionar. No estábamos aún en el valle; aquella vía no se había abierto para nosotros.

Me sentía mareada por el aire enrarecido y por la desesperación. Stashek había cogido a Marisha y la abrazaba con fuerza. Cerré los ojos y formulé el hechizo de ilusión: invoqué la biblioteca de Sarkan, y las estanterías se elevaron de la roca desnuda a nuestro alrededor, los lomos de letras doradas y el olor del cuero; el pájaro de relojería en su jaula, la ventana que se asomaba a la verde extensión del valle y el sinuoso río. Incluso nos vi a nosotros en la ilusión: figuras minúsculas como hormigas que se movían en la ladera. Había una fila de veinte hombres desplegados en el sendero detrás de Marek: con que el príncipe pudiese llegar empujando al terreno más amplio, aquellos soldados caerían sobre nosotros.

Sabía que el Dragón no estaba allí; estaba en el este, en Zatochek, donde se elevaba

una fina columna de humo, en el lindero del Bosque, pero aun así lo situé en la biblioteca, sentado a la mesa, con sus duras facciones iluminadas por aquellas velas que jamás se fundían; me miraba con aquella expresión irritada y perpleja: «¿Y ahora qué estás haciendo?».

—¡Ayudadme! —le dije a Sarkan y empujé a Stashek.

El Dragón extendió las manos de forma automática, y los niños cayeron juntos en ellas entre tambaleos; Stashek soltó un grito, y vi cómo miraba fijamente al Dragón, con los ojos muy abiertos. Sarkan lo observaba.

Me di la vuelta. A medias entre la biblioteca y la montaña.

—¡Kasia! —la llamé.

—¡Vete! —me gritó ella.

Uno de los soldados que había detrás de Marek tenía un ángulo claro de visión tanto de mí como de la biblioteca a mi espalda; descolgó un arco del hombro y lo tensó con una flecha conforme apuntaba.

Kasia se agazapó bajo la pica, se abalanzó contra el caballo de Marek y empujó con fuerza al animal, con ambas manos sobre el pecho. El caballo soltó un quejido y retrocedió encabritado, dando saltos sobre las patas traseras y coceando ante ella con las delanteras. Marek lanzó una patada a Kasia —que apartó de golpe el mentón hacia atrás— e introdujo la vara de la pica entre ambos, justo detrás del tobillo de ella. Ahora tenía las dos manos en la pica, había soltado las riendas, pero se las arregló de algún modo para que su montura hiciese lo que él quería. El animal se dio la vuelta, Marek se retorció al mismo tiempo sin soltar la pica y zancadilleó a Kasia. El caballo le dio una coz que la envió dando tumbos hasta el borde del camino, y Marek le dio un rápido y tremendo empujón. Kasia cayó por el barranco: ni siquiera tuvo tiempo de gritar, tan sólo dejó escapar un «oh» de sobresalto y desapareció arrastrando consigo una mata de hierbas a la que se había agarrado.

—¡Kasia! —grité.

Marek se volvió hacia mí. El arquero soltó la flecha; la cuerda vibró.

Unas manos me sujetaron por los hombros, me agarraron con una fuerza inesperada y familiar, y tiraron de mí hacia atrás. Las paredes de la biblioteca avanzaron a toda prisa a mi alrededor y se cerraron justo antes de que la flecha pasase a través de ellas. El silbido del viento, el aire frío y cortante, se desvanecieron del tacto de mi piel. Me di la vuelta de inmediato, con los ojos muy abiertos: Sarkan estaba allí; se encontraba de pie justo detrás de mí. Él me había salvado.

Sus manos permanecían sobre mis hombros. Estaba apoyada en su pecho, preocupada y con un millar de preguntas, pero él bajó los brazos y retrocedió, y me percaté de que no estábamos solos.

Había un mapa del valle desplegado sobre la mesa, y en el extremo opuesto del mapa, un hombre enorme, de anchas espaldas, con una barba más larga que el resto de la cabeza y una cota de malla bajo una sobrevesta amarilla nos miraba boquiabierto con cuatro hombres a su espalda que lucían armadura y se llevaban la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Kasia! —Marisha lloraba en los brazos de Stashek y se revolvió para zafarse de él—. ¡Quiero que venga Kasia!

Yo también quería que viniese; aún estaba temblando con la imagen de su caída por el barranco. ¿Hasta dónde podría caer sin lastimarse? Corrí a la ventana. Estábamos muy lejos, pero alcancé a ver la fina columna de polvo en el sitio donde había caído, como una línea trazada montaña abajo. Kasia era un montoncillo minúsculo y oscuro formado por una capa marrón y sus cabellos rubios en medio del camino, treinta metros más abajo, donde éste se retorció sobre sí mismo en su descenso por la ladera de la montaña. Traté de poner en orden mis ideas y mi magia. Las piernas todavía me temblaban del agotamiento.



—No. —Sarkan se situó a mi lado—. Basta. No sé cómo has conseguido hacer todo esto, e imagino que me sentiré consternado cuando me entere, pero ya has derrochado bastante magia en una sola hora. —Señaló con el dedo a través de la ventana al minúsculo fardo acurrucado que formaba el cuerpo de Kasia, y entrecerró los ojos—. *Tualidetal* —dijo y cerró el puño, lo retiró con un movimiento rápido y señaló con el dedo a un espacio libre en el suelo.

Kasia apareció de la nada en el lugar que él había señalado, rodó por el suelo y fue dejando a su paso un rastro de polvo marrón. Se volvió sobre sí misma y se puso en pie rápidamente, tan sólo con un leve tambaleo; tenía algunos arañazos ensangrentados en los brazos, pero no había soltado su espada. Echó un vistazo a los hombres de armadura al otro lado de la mesa y cogió a Stashek por el hombro; lo situó detrás de ella y mostró la espada como si fuese una barrera.

—Sssh, Marishu —dijo con una rápida caricia de su mano en la mejilla de la niña para calmarla; la pequeña le echaba los brazos para que la cogiese.

En todo aquel rato, el hombre corpulento se había limitado a observar.

—Por Dios bendito, Sarkan. Ése es el joven príncipe —dijo de repente.

—Sí, ya imagino —contestó Sarkan. Sonaba resignado.

Me quedé mirándolo, sin apenas creermelo que se encontrase realmente allí. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto, y casi tan despeinado como yo. El hollín le marcaba la mejilla y el cuello, y le había dejado una fina capa gris por toda la piel, lo suficiente para dibujarle una marca en el cuello suelto de la camisa, por donde éste se abría, para separar la piel limpia de la suciedad. Vestía un abrigo largo y basto de cuero, abierto. Los puños y el bajo estaban negros, chamuscados, y tenía quemaduras de arriba abajo. Se diría que acababa de llegar de quemar el Bosque: sin pensarlo mucho, me pregunté si lo habría conjurado yo allí de algún modo, con mi hechizo.

—¿Barón Vladimir? —preguntó Stashek, asomado detrás de Kasia. Subió un poco a Marisha en sus brazos en un gesto protector y miró a Sarkan—. ¿Sois vos el Dragón?

—le preguntó con un temblor en su joven y aguda voz, vacilante, como si pensara que no tenía pinta de serlo—. Agnieszka nos ha traído aquí para mantenernos a salvo —añadió con una voz aún más vacilante.

—Por supuesto que sí —dijo Sarkan.

Miró por la ventana. Marek y sus hombres ya bajaban por la pendiente del camino, y no venían solos. Las tropas, que marchaban en una larga fila, estaban saliendo del paso de las montañas, y sus pies levantaban una nube de polvo que descendía como la niebla sobre Olshanka.

El Dragón se volvió hacia mí.

—Bueno —sonrió, cáustico—. No se puede negar que has traído más hombres.

—Debe de haberle costado reunir hasta el último soldado del sur de Polnya —dijo el barón de las Marismas Amarillas mientras estudiaba el ejército de Marek.

Era un hombre grande, con una barriga que muy probablemente alcanzaba el tamaño de un tonel y que lucía la armadura con la misma facilidad que la ropa. No habría parecido fuera de lugar en la taberna de nuestra aldea.

Acababa de ser convocado a la capital con motivo de los funerales del rey cuando llegó el mensajero de Marek acelerado por la magia, le contó que el príncipe heredero también había muerto, y le dio sus órdenes: pasar al otro lado de las montañas, capturar a Sarkan por estar corrompido y ser un traidor, y tendernos una trampa a mí y a los niños. El barón había asentido, había dado órdenes a sus soldados para que se congregaran, y había esperado a que se fuese el mensajero. A continuación, había marchado sobre el paso con sus hombres y se había ido directo a ver a Sarkan, a contarle que en la capital se estaba produciendo algún tipo de brujería corrompida.

Habían regresado juntos a la torre, y los soldados acampados abajo eran los suyos; se estaban apresurando a fortificar la torre para defenderla.

—Pero no podemos aguantar más de un día, no contra eso. —El barón hizo un gesto con el pulgar a través de la ventana, señalando al ejército que descendía por la ladera de la montaña—. Así que más vale que tengáis algo guardado en la manga. Le dije a mi mujer que escribiese a Marek para decirle que yo había perdido la cabeza y me había corrompido, así que espero que no le corte la suya a ella ni a los niños, pero tampoco me importaría conservar la mía.

—¿Pueden tirar las puertas abajo? —pregunté.

—Sí, si lo intentan el tiempo suficiente —dijo Sarkan—. Y los muros, para el caso.

—Señaló un par de carretas de madera que descendían lentamente por la ladera cargadas con los largos cilindros de unos cañones—. Los encantamientos no resistirán de manera indefinida el fuego de los cañones.

Se apartó de la ventana.

—Sabes que ya hemos perdido —me confesó a mí sin rodeos—. Cada hombre que matemos, cada hechizo y cada poción que gastemos, favorecerá al Bosque. Podríamos llevar a los niños con la familia de su madre y armar una nueva defensa en el norte, alrededor de Gidna...

No estaba diciendo nada nuevo, que no supiera ya incluso cuando llegué huyendo como un pajarillo que vuelve a su nido en llamas.

—No —le dije.

—Escúchame —me pidió Sarkan—. Sé que tu corazón está aquí, en este valle. Sé que no puedes desprenderte de él...

—¿Porque estoy vinculada a él? —pregunté, rotunda—. ¿Yo, igual que todas las muchachas que vos escogéis?

Había entrado en su biblioteca dando tumbos, con un ejército pisándome los talones y una docena de personas a nuestro alrededor, y no había tenido tiempo para mantener una conversación, pero aún no lo había perdonado. Me daban ganas de llevármelo a solas y zarandearlo hasta que le saliesen las respuestas, y zarandearlo un poco más por si acaso. Sarkan guardó silencio, y me obligué a dejar a un lado la ardiente ira. Sabía que aquél no era el momento.

—No es ése el motivo —le dije en cambio—. El Bosque podría introducirse en el castillo del rey, en Kralia, a una semana de camino desde aquí. ¿Creéis que hay algún lugar donde podamos llevar a los niños y adonde no llegue el Bosque? Al menos, aquí tenemos una oportunidad de salir victoriosos. Si huimos, si dejamos que el Bosque vuelva a hacerse con todo el valle, jamás reuniremos un ejército, en ninguna parte, que sea capaz de atravesarlo luchando para llegar hasta su corazón.

—Por desgracia —dijo él cortante—, el que sí tenemos se encuentra ahora apuntando

en la dirección equivocada.

—Entonces, tenemos que convencer a Marek de que le dé la vuelta —dije.

Kasia y yo nos llevamos a los niños hasta la despensa, el lugar más seguro, y les hicimos un catre con paja y mantas de sobra que había en las estanterías. El tiempo no había tocado las provisiones de la cocina, y todos estábamos lo bastante hambrientos después de nuestro día a la carrera como para que la inquietud nos sofocara el apetito. Cogí un conejo de la despensa fría del fondo y lo puse en una olla con zanahorias, alforfón seco y agua, y le lancé el *lirintalem* para convertirlo en algo comestible. Lo devoramos todos juntos sin preocuparnos, con unos cuencos, y los niños cayeron casi de inmediato en un sueño, agotados, acurrucados uno al lado del otro.

—Yo me quedaré con ellos —dijo Kasia sentada al lado del catre. Dejó cerca la espada desenvainada, y posó la mano en la cabeza de una dormida Marisha.

Mezclé una simple masa en un cuenco grande, apenas una pasta de harina y sal, y me la llevé arriba, a la biblioteca.

En el exterior, los soldados habían levantado la tienda de Marek: un pabellón blanco con dos faroles mágicos altos plantados en el suelo delante del mismo. Su luz azulada dotaba de un resplandor antinatural a la tela blanca, como si el pabellón entero hubiese descendido de los cielos, e imagino que ésa era la idea. El viento sacudía el estandarte del rey en el punto más alto, el águila roja con el pico y las garras abiertas, coronada. El sol se ponía. La alargada sombra de la cordillera de poniente se extendía lenta sobre el valle.

Un heraldo salió y se situó entre los faroles, con aire oficial y resplandeciente en su uniforme blanco, y una pesada cadena de oro alrededor del cuello que denotaba su cargo. Otra obra de los ardides de Ragostok, que lanzó la voz del heraldo contra los muros de la torre como el estallido de unas trompetas de justicia. Estaba enumerando todos nuestros delitos: corrupción, traición, asesinar al rey, asesinar a la princesa Malgorzhata, asesinar al padre Ballo, conspirar con la traidora Alosha, raptar al príncipe Kasimir Stanislav Algirdon y a la princesa Regelinda Maria Algirdon —me costó un instante percatarme de que se refería a Marisha y a Stashek—, confraternizar con los enemigos de Polnya y otra serie de cosas a partir de ahí. Me alegré de oír que llamaban «traidora» a Alosha: tal vez eso significaba que seguía viva.

La lista finalizaba con la exigencia del regreso de los niños y nuestra inmediata rendición. Acto seguido, el heraldo hizo una pausa para tomar aliento y beber agua; después, comenzó a recitar aquella truculenta letanía desde el principio. Los hombres del barón se arremolinaban inquietos alrededor de la base de la torre, donde estaban acampados, y miraban recelosos hacia nuestras ventanas.

—Sí, Marek se muestra eminentemente fácil de persuadir —dijo Sarkan al entrar en la habitación. Unas tenues manchas de aceite le brillaban en el cuello, en el dorso de la mano y a lo largo de la frente: había estado preparando pociones de sueño y de olvido en su laboratorio—. ¿Qué pretendes hacer con eso? Dudo que Marek vaya a probar una barra de pan envenenada, si ésa era tu idea.

Volqué mi masa sobre la superficie lisa de mármol de la larga mesa. Tenía en mente la vaga idea de los bueyes, el modo en que los había improvisado; se habían desmoronado, pero apenas estaban hechos de barro.

—¿Disponéis de un poco de arena? —le pregunté—. ¿Y tal vez de algunas piezas pequeñas de hierro?

Amasé las virutas de hierro y la arena con mi masa de harina mientras el heraldo entonaba su cántico en el exterior. Sarkan estaba sentado enfrente de mí; su pluma raspaba en el pergamino un extenso hechizo de ilusión y de abatimiento que fundía a partir de sus libros. La arena de un reloj discurría entre nosotros y marcaba el paso del tiempo mientras hervían sus pociones. Unos cuantos soldados del barón aguardaban infelices mientras él trabajaba, cambiando inquietos el peso del cuerpo de un pie al otro

en un rincón de la estancia. Sarkan dejó la pluma justo cuando cayeron los últimos granos de arena, en una precisa sincronización.

—Muy bien, venid conmigo —les dijo, y se los llevó al laboratorio para entregarles unos frascos que debían llevar abajo.

Yo, por mi parte, tarareaba las canciones de cocina de mi madre mientras trabajaba, doblando y doblando con un ritmo constante. Pensé en Alosha forjando su espada una y otra vez, dotándola cada vez de un poco más de magia. Cuando mi masa quedó lisa y maleable, partí un fragmento, le di vueltas entre las manos hasta convertirlo en una torre, lo planté en el centro y doblé la masa hacia arriba por un lado para formar el muro de las montañas a nuestra espalda.

Sarkan regresó a la habitación y se quedó mirando mi obra con el ceño fruncido.

—Una maqueta encantadora —dijo—. Estoy seguro de que entretendrá a los niños.

—Venid y ayudadme —le pedí.

Pellizqué la masa blanda para levantar con ella un muro alrededor de la torre y empecé a murmurar un cántico de hechizos de tierra: *fulmedesh*, *fulmishta*, una y otra vez con un ritmo constante. Hice un segundo muro más exterior, y después un tercero; seguía entonando mi canto suave. Por la ventana entró un quejido como el de los árboles en un vendaval, procedente del exterior, y el suelo tembló de forma leve bajo nuestros pies: tierra y piedra, que se despertaban.

Sarkan permaneció un rato más observando, con el ceño fruncido. Sentí su mirada en la nuca, el recuerdo acurrucado en mi interior de la última vez que habíamos trabajado juntos en su habitación: rosas y espinas que se extendían frenéticas por todas partes entre nosotros dos. Quería y no quería su ayuda. Deseaba seguir enfadada con él un poco más, pero aún deseaba más la conexión; quería tocarle, quería el incisivo tacto resplandeciente de su magia en mis manos. Mantuve la cabeza baja y continué trabajando.

Se dio la vuelta y se dirigió a uno de sus armarios; trajo un cajoncito lleno de lascas de roca con el mismo aspecto del granito gris de la torre, de diversos tamaños. Empezó a reunir las lascas y con sus largos dedos las fue incrustando en los muros que yo había hecho. Recitó un hechizo de reparación mientras trabajaba, un hechizo para tapar grietas y sellar la piedra. Su magia atravesó el barro con velocidad, vívida y brillante allá donde se rozaba con la mía. Introdujo la piedra en el hechizo y puso los profundos cimientos debajo y nos elevó a mi ardid y a mí, cada vez más alto, como si me colocase escalones bajo los pies para que yo pudiese llevar los muros más y más arriba en el aire vacío.

Atraje su magia a mi ardid pasando las manos de vuelta por los muros mientras mi cántico seguía su curso por debajo de la melodía de su hechizo. Le lancé una mirada rápida. Él no apartaba la vista de la masa al tiempo que intentaba mantener el ceño fruncido, y a la vez se sonrojaba con aquella luz trascendente y elevada que él aportaba a sus complejos ardid: complacido e irritado, tratando de no estarlo.

Fuera, el sol se había puesto. Un tenue resplandor violáceo parpadeó sobre la superficie de la masa como un licor fuerte que se quemase en una cazuela. Apenas lo podía distinguir en la penumbra de la sala. Y entonces el ardid se inflamó como la yesca seca. Se produjo una sacudida, una corriente de magia, pero esta vez Sarkan estaba preparado para la rotura del dique. En el instante en que prendió el hechizo, se apartó bruscamente de mí. En un primer momento alargué los brazos hacia él por puro instinto, pero acto seguido también yo me aparté. Caímos separados en nuestros respectivos cuerpos en lugar de seguir vertiendo magia el uno sobre el otro.

A través de la ventana oímos un crujido como el del hielo en invierno, y se formó un griterío. Dejé atrás a Sarkan a toda prisa, con el rostro ardiendo, para asomarme a echar un vistazo. Los faroles mágicos ante la puerta de la tienda de Marek se mecían lentamente, arriba y abajo como si fuesen los faroles de una barca que ascendiese en

el oleaje. El terreno se agitaba como el agua.

Todos los hombres del barón se apresuraron a retroceder contra los muros de la torre. Se desmoronaba su frágil cercado, que era poco más que unos fardos de ramas amontonadas que habían recogido. En aquella luz mágica, vi a Marek salir agachado de su tienda, el cabello y la armadura relucientes, con una cadena de oro —la que lucía el heraldo— agarrada en el puño. A su espalda salió correteando a la fuga una multitud de hombres y de criados: el gran pabellón se estaba viniendo abajo entero.

—¡Apagad las antorchas y las hogueras! —vociferó Marek con un estruendo antinatural.

La tierra gruñó y murmuró por todas partes entre quejidos.

Solya salió del pabellón con todos los demás. Arrancó del suelo uno de los faroles mágicos y lo sostuvo en alto con una palabra que intensificó su luz. El terreno entre la torre y el campamento estaba levantado y abultado, como si fuera una bestia perezosa que se pusiera en pie entre quejidos. Tierra y piedra comenzaron a erguirse en tres altos muros que rodeaban la torre, hechos de piedra recién extraída, llena de vetas blancas y filos cortantes. Marek tuvo que ordenar a sus hombres que apartasen rápidamente el cañón: al elevarse, los muros les retiraban el terreno de debajo de los pies.

El suelo se asentó con un último suspiro. Unos pocos temblores finales se alejaron de la torre, como ondas, y se extinguieron. De los muros caía una pequeña lluvia de polvo y piedrecillas. En aquella luz, el rostro de Marek se veía perplejo y furioso. Por un instante, alzó la mirada directo hacia mí, iracundo; se la sostuve con igual intensidad. Sarkan me apartó de la ventana.

—Provocar la furia de Marek no te servirá para persuadirle más fácilmente —dijo cuando me volví de golpe hacia él, y en mi ira se me olvidó avergonzarme.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Él se dio cuenta en el mismo instante que yo. Me soltó con brusquedad y retrocedió. Apartó la mirada y levantó la mano para enjugarse una gota de sudor de la sien.

—Será mejor que bajemos y le contemos a Vladimir que no tiene por qué preocuparse, que no tenemos pensado dejarles caer a él y a todo su ejército al centro de la tierra.

—Podríais habernos avisado con antelación —dijo con sequedad el barón cuando salimos fuera—, pero tampoco me quejaré demasiado. Podemos hacerle pagar por estos muros más de lo que él se puede permitir... siempre que nosotros sí podamos desplazarnos entre ellos. Las piedras nos están cortando las cuerdas. Necesitamos una forma de pasar.

Quería que hiciésemos dos túneles en extremos opuestos, y así obligar a Marek a recorrer combatiendo toda la extensión de los muros si quería atravesar cada uno de ellos. Sarkan y yo nos dirigimos al extremo norte para ponernos manos a la obra. Los soldados ya estaban colocando picas a lo largo del muro, a la luz de las antorchas, con las puntas sobresaliendo hacia arriba; habían colgado capas sobre las varas para hacerse unas tiendecitas en las que dormir. Unos pocos estaban sentados en torno a unas hogueras pequeñas, empapaban carne seca en el agua hirviendo y removían *kasha* en el caldo para cocinarla. Asustados, se apartaban enseguida de nuestro camino sin que tuviésemos que decir una palabra. Sarkan no parecía percatarse, pero yo no podía evitar sentirme extraña y arrepentida.

Uno de los soldados era un muchacho de mi edad que afilaba las puntas de las picas una por una, laborioso y con mano diestra, con una piedra: seis golpes a cada una, y las terminaba tan rápido como a los dos hombres que las colocaban a lo largo del muro les daba tiempo a volver a por ellas. Tuvo que haberle costado aprender a hacerlo tan bien. No se le veía sombrío ni desdichado. Había escogido ser soldado. Tal vez tuviera una historia que comenzase así: una madre pobre y viuda, en casa, con tres hermanas pequeñas a las que alimentar, y una chica que vivía más abajo en el camino que le

sonreía por encima de la valla cuando sacaba el rebaño de su padre todas las mañanas. Así que le había entregado a su madre su soldada y se había marchado a hacer fortuna. Había trabajado duro; tenía la intención de ascender pronto a cabo, y a sargento después de eso: luego volvería a casa con su elegante uniforme, pondría plata en las manos de su madre y le pediría a esa chica que se casara con él.

O tal vez perdería una pierna y regresaría a casa amargado y taciturno para encontrársela casada con un hombre que pudiese trabajar la tierra; o quizá se diese a la bebida para olvidar que había matado a otros hombres en su intento por hacerse rico. Allí también había otra historia; todos ellos las tenían. Todos tenían padres o madres, hermanas o amantes. No estaban solos en el mundo, sin importarles a nadie salvo a ellos mismos. Parecía completamente inapropiado tratarlos como si fueran peniques en un monedero. Quería acercarme y hablar con aquel muchacho, preguntarle su nombre, descubrir cuál era su auténtica historia. Pero aquello habría sido deshonesto, una forma de no herir mis propios sentimientos. Me daba la sensación de que los soldados entendían perfectamente que hacíamos cuentas con ellos: tantos son los que podemos perder sin riesgo; cuántos son demasiados; como si todos y cada uno de ellos no fuesen hombres completos.

Sarkan soltó un bufido.

—¿Qué bien les hará a ellos que te dediques a pasearte por ahí haciéndoles preguntas para enterarte de que aquél es de Debna, y que el padre de éste es un sastre, y que el otro tiene tres niños esperándolo en casa? Para ellos es de mayor ayuda que les construyas unos muros que eviten que los soldados de Marek los maten por la mañana.

—Para ellos es de mayor ayuda que Marek no lo intente, para empezar —le dije, perdiendo la paciencia con que se negase a entenderlo.

La única forma en que podíamos hacer que Marek negociase era lograr que le resultara demasiado costoso abrir una brecha en los muros, y que no quisiera pagar el precio. Pero aun así me enfurecía con él, con el barón, con Sarkan, conmigo misma.

—¿Os queda alguna familia? —le pregunté de sopetón.

—No podría decirte —me contestó—. Era un mendigo de tres años cuando le prendí fuego a Varsha tratando de calentarme en una noche de invierno. Ni se molestaron en buscar a mi familia antes de despacharme hacia la capital. —Hablaba con indiferencia, como si no le importase, como si hubiera soltado amarras del resto del mundo—. No me pongas caritas de pena —añadió—. Eso fue hace un siglo y medio, desde entonces ya han expirado su último aliento cinco reyes... seis reyes —se corrigió—. Ven aquí y ayúdame a encontrar una grieta que podamos abrir.

Para entonces ya había oscurecido por completo, y no había forma de hallar una grieta excepto al tacto. Puse la mano en el muro y casi la retiré de golpe. La piedra murmuraba de forma extraña bajo mis dedos, en un coro de profundas voces. Miré más de cerca. Habíamos elevado algo más que roca desnuda y tierra: había fragmentos rotos de bloques tallados que sobresalían de la tierra, los huesos de la antigua torre ya perdida. Sobre ellos, en algunos lugares, había grabadas palabras ancestrales, apenas visibles y casi desgastadas, pero podía tocarlas aunque no las viese. Retiré las manos y las froté, la una contra la otra. El tacto de mis dedos era polvoriento, seco.

—Hace mucho que se fueron —dijo Sarkan, pero los ecos persistían.

El Bosque había derribado aquella última torre; había devorado y desperdigado a toda esa gente. Quizá hubiera sucedido así también para ellos: tal vez se viesan retorcidos y convertidos en armas los unos contra los otros, hasta que todos ellos estuvieron muertos y las raíces del Bosque pudieron reptar silenciosas sobre sus cadáveres.

Volví a colocar las manos sobre la piedra. Sarkan había encontrado una grieta estrecha en el muro, apenas lo suficiente para meter las yemas de los dedos. La agarramos desde lados opuestos y tiramos al tiempo.

—*Fulmedesh* —pronuncié mientras él realizaba un hechizo de apertura, y la grieta se ensanchó entre los dos con un ruido similar al de unos platos que se rompen contra un suelo de piedra.

Se desprendió una cascada de piedrecillas. Los soldados extrajeron las rocas sueltas con sus yelmos y las manos protegidas con guanteletes mientras nosotros ensanchábamos aún más la grieta. Cuando terminamos, el túnel era lo bastante ancho para que pasase un hombre con armadura, si se agachaba. Dentro, los tenues reflejos de plata azulada brillaban aquí y allá en la oscuridad. Atravesé aquella ratonera tan rápido como pude y traté de no fijarme en ellos. Los soldados comenzaron a trabajar en la trinchera detrás de nosotros, mientras recorríamos la larga curva del muro hasta el extremo sur para abrir el segundo hueco.

Cuando terminamos el segundo túnel, los hombres de Marek habían empezado a intentarlo con el muro exterior, aunque todavía no muy en serio: estaban lanzando por lo alto unos trapos ardiendo, empapados en aceite de los faroles, con pequeñas protuberancias metálicas que apuntaban en todas direcciones a modo de púas. Sin embargo, aquello casi alegraba más aún a los soldados del barón. Dejaron de mirarnos a Sarkan y a mí como si fuésemos serpientes venenosas y comenzaron a vociferar órdenes y a prepararse para el estado de sitio, un trabajo que conocían de sobra.

Nosotros no teníamos sitio entre ellos, únicamente estorbábamos. Al final, no intenté hablar con ninguno; seguí en silencio al Dragón de regreso a la torre.

Cerró las grandes puertas a nuestra espalda, y el golpe seco de la barrera en los soportes de hierro resonó por el mármol. La entrada y el gran salón seguían igual, aquellos bancos estrechos de madera contra la pared, tan poco acogedores, los faroles colgados de lo alto. Todo tan rígido y tan formal como el primer día en que me paseé por allí con mi bandeja de comida, tan atemorizada y tan sola. Hasta el barón prefería dormir fuera con sus hombres con el tiempo que hacía, templado. Oía sus voces en el exterior a través de las ventanas saeteras, pero apenas perceptibles, como si vinieran de muy lejos. Algunos soldados cantaban juntos una canción, probablemente subida de tono, pero cargada de un alegre ritmo de trabajo. No logré distinguir la letra.

—Por fin tendremos un poco de tranquilidad. —Sarkan dio la espalda a las puertas y se volvió hacia mí.

Se pasó una mano por la frente y se marcó una franja limpia en la fina capa de polvo grisáceo de la piedra que se aferraba a su piel; tenía las manos sucias de un polvillo verde y de rastros iridiscentes de un aceite que brillaba a la luz de los faroles. Se miró las manos con una mueca de desagrado, también las amplias mangas de su camisa de trabajo, que se le desenrollaban.

Por un instante, podíamos haber estado otra vez a solas en la torre, sólo nosotros dos sin ejércitos apostados en el exterior, sin infantes reales ocultos en la despensa, con la sombra del Bosque cayendo sobre nuestras puertas. Se me olvidó que estaba intentando enfadarme con él. Deseaba ir entre sus brazos, descansar la cara en su pecho y respirarlo, humo, ceniza y sudor todo unido; deseaba cerrar los ojos y hacer que me rodease con los brazos. Quería dejarle las marcas de mis manos en el polvo que llevaba encima.

—Sarkan —empecé.

—Lo más probable es que ataquen con las primeras luces del alba —se apresuró a decir y me interrumpió antes de que yo pudiese añadir nada más. Su rostro estaba tan cerrado como las puertas. Se apartó de mí e hizo un gesto hacia las escaleras—. Lo mejor que puedes hacer en este momento es dormir un poco.

Qué consejo tan perfectamente sensato. Me cayó en el estómago como un nudo indigerible. Bajé a la despensa a tumbarme con Kasia y los niños y me acurruqué en silencio, airada. A mi espalda llegaba su respiración, leve y constante. El sonido tendría que haber resultado reconfortante; en cambio, me provocaba: «¡Ellos están dormidos, y tú no!». El suelo de la despensa no era capaz de calmar el ardor de mi piel.

A mi cuerpo no se le había olvidado aquel día interminable; me había despertado aquella mañana al otro lado de las montañas, y aún escuchaba el retumbar de los cascos de los caballos sobre la piedra detrás de mí, acercándose, la tensión del pánico en mi aliento al forcejear con las costillas mientras corría con Marisha en brazos. Tenía magulladuras en los lados de las piernas, allá donde me habían golpeado los talones de la niña. Tendría que estar exhausta, pero la magia continuaba viva y vibrante en mi seno, demasiada magia sin un sitio adonde ir, como si yo fuese un tomate pasado que quisiera reventar su propio pellejo tan sólo por sentir el alivio, y había un ejército a nuestras puertas.

No creía que Solya hubiese pasado la noche preparando defensas y hechizos de sueño. Inundaría nuestras trincheras con fuego blanco y le diría a Marek hacia dónde apuntar los cañones para poder matar al mayor número de hombres. Era un mago dedicado a las artes de la guerra; había estado en docenas de batallas, y Marek tenía a su espalda al ejército de Polnya entero, seis mil hombres frente a nuestros seiscientos. Si no los deteníamos; si Marek atravesaba los muros que habíamos levantado y tiraba las puertas abajo, nos mataría a todos y se llevaría a los niños...

Retiré las sábanas de golpe y me levanté. Los ojos de Kasia se abrieron tan sólo un instante y se volvieron a cerrar. Me escabullí a sentarme junto a las cenizas en la chimenea, tiritando. No podía dejar de pensar una y otra vez en lo fácil que sería perder, en el avance oscuro y terrible del Bosque sobre el valle, una ola verde que lo engulliría todo. Intenté no verlo, pero en mi cabeza se irguió un árbol-corazón en la plaza de Dverník, y se extendió tan monstruoso como aquel terrible árbol de Porosna tras los límites del Bosque, y todos mis seres queridos quedaron enredados bajo sus raíces, sujetos por ellas.

Me levanté y huí de mi propia imaginación, escaleras arriba. En el gran salón, las ventanas saeteras estaban oscuras; afuera no había ni un solo compás de una canción que se pudiese filtrar. Todos los soldados estaban dormidos. Continué ascendiendo, más allá del laboratorio y de la biblioteca, detrás de cuyas puertas parpadeaban unas luces azules, verdes y violetas. Sin embargo, ambas salas estaban vacías; no había nadie allí a quien pudiese gritar, nadie que me contestase con las mismas formas y me dijese que me estaba portando como una necia. Subí otro tramo de escaleras y me detuve al borde del siguiente descansillo, cerca de los flecos del extremo de la larga alfombra. Un leve resplandor asomaba por debajo de la puerta más lejana, en la otra punta del pasillo. Nunca había ido hacia allí, hacia los aposentos privados de Sarkan. Era la cueva del ogro, o una vez lo fue.

La alfombra era gruesa y oscura, con un diseño bordado en hilo de oro. Todo el dibujo era una sola línea: empezaba en una espiral apretada como el rizo de la cola de un lagarto. La línea dorada se hacía más ancha conforme se desplegaba y, a continuación, se retorció de aquí para allá a lo largo de la alfombra casi como un sendero que se adentraba en las sombras del pasillo. Los pies se me hundían profundos en la blanda lana. Seguí la línea dorada que se abría bajo mis pies y adquiría un dibujo como de escamas, con un tenue resplandor. Llegué ante las alcobas de invitados, un par de puertas enfrentadas, y, pasadas éstas, el pasillo se oscureció a mi alrededor.

Caminaba atravesando una especie de presión, un viento que soplaba en mi contra. El dibujo de la alfombra adquiría formas más definidas. Pasé por encima de una gran



extremidad con zarpas de marfil, sobre el barrido de unas alas de un dorado pálido y veteadas en un pardo oscuro.

El viento se tornó más frío. Las paredes desaparecieron, se fundieron en parte en la oscuridad. La alfombra se ensanchó hasta llenar todo el pasillo hasta donde me alcanzaba la vista y continuaba más allá. Su tacto ya no era el de la lana. Me encontraba sobre una superposición de escamas, suaves como el cuero, que ascendían y descendían bajo mis pies desnudos. El sonido de una respiración retumbaba procedente de las paredes de una caverna que no alcanzaba a ver. En un terror instintivo, el corazón se me quería salir del pecho. Mis pies querían darse la vuelta y echar a correr.

En cambio, cerré los ojos. Por aquel entonces ya conocía la torre, cuán largo tenía que ser el pasillo. Di tres pasos más sobre el lomo escamoso, y luego me volví y alargué la mano en busca de la puerta que yo sabía que estaba allí. Mis dedos hallaron un picaporte, cálido metal bajo mis yemas. De nuevo abrí los ojos, y me encontré de vuelta en el pasillo, ante una puerta. Unos pocos pasos más allá terminaban el pasillo y la alfombra. El diseño dorado se volvía sobre sí mismo, y un ojo verde y brillante me miraba desde una cabeza llena de hileras de dientes de plata que aguardaba a todo aquel que no supiese dónde darse la vuelta.

Abrí la puerta. Cedió silenciosa. La habitación no era grande. La cama era pequeña y estrecha, con un dosel de cortinas de terciopelo rojo; había una única silla ante la chimenea, de una maravillosa talla, solitaria; a su lado, un único libro sobre la mesilla junto a una copa de vino a medio beber. El fuego había quedado reducido al destello de unos rescoldos, y las lámparas estaban apagadas. Fui hasta la cama y abrí la cortina. Sarkan estaba dormido, tirado en la cama todavía con sus pantalones bombachos y su camisa suelta; únicamente se había quitado el abrigo. Permanecí allí, sujetando la cortina. Se despertó con un parpadeo hacia mí, desprotegido por un instante, demasiado sorprendido para indignarse, como si jamás hubiese imaginado que alguien pudiera entrar en su alcoba sin llamar. Parecía tan perplejo que se me pasaron las ganas de gritarle.

—¿Cómo has...? —dijo, se incorporó sobre un codo, y por fin emergió la indignación.

Lo empujé de nuevo sobre la cama y le besé. Él emitió un sonido de sorpresa contra mis labios, me sujetó por los brazos y me apartó.

—Escúchame, criatura imposible —me dijo—. Soy más de un siglo mayor que...

—Venga, callaos ya —le dije, impaciente; de todas las excusas que podía haberme puesto... Trepé por el lado de la alta cama y me subí encima de él; cedió el grueso lecho de plumas. Le clavé la mirada—. ¿Queréis que me vaya?

Sus manos se tensaron en mis brazos. No me miraba a la cara. No dijo nada por un momento.

—No.

Y entonces tiró de mí hacia él, sus labios dulces y febriles se lo llevaron todo por delante. No tuve ya que seguir pensando. El árbol-corazón se incendió con el crepitar de un rugido y desapareció. Sólo quedaba el calor de sus manos que se deslizaban por el escalofrío de mis brazos desnudos y de nuevo me estremecían. Me rodeaba con un brazo, sujeta con fuerza. Me cogió por la cintura y me levantó la blusa suelta que llevaba. Agaché la cabeza para pasarla, me liberé los brazos de las mangas, y el pelo se me derramó por los hombros; él soltó un gruñido, hundió la cara en la maraña de mis cabellos y me besó a través del pelo: la garganta, los hombros, los pechos.

Me aferré a él, sin aliento, feliz y llena de un terror inocente que carecía de complicaciones. No se me había ocurrido que él sería... su lengua se deslizó sobre mi pezón y lo atrajo entre sus labios; di un leve respingo y me agarré a sus cabellos de un modo probablemente doloroso. Se apartó, y sentí el frío repentino como una sacudida cortante sobre la piel.

—Agnieszka —me dijo en voz baja, profunda, casi con un deje de desesperación, como si aún quisiera gritarme y no pudiese.

Hizo que rodásemos y nos diésemos la vuelta en la cama, y me dejó caer sobre las almohadas, debajo de él. Agarré con los puños su camisa y tiré de ella, frenética. Se incorporó, se la quitó por la cabeza y la tiró, y yo me recosté y me quedé mirando el dosel mientras él me subía el exasperante montón de ropa que formaban mis faldas. Sentía una avidez desesperante, el apremio de sus manos. Durante tanto tiempo había intentado no recordar aquel momento perfecto, impactante, en que su pulgar se había deslizado entre mis piernas; pero cómo lo recordaba. Me rozó y de nuevo me atravesó aquella dulce sacudida. Me estremecí entera, intensamente, y de forma instintiva cerré con fuerza los muslos en torno a su mano. Quería decirle que fuera más rápido, que fuera más despacio, que hiciera ambas cosas al mismo tiempo.

La cortina se había vuelto a cerrar. Estaba inclinado sobre mí, y sus ojos apenas eran un brillo en aquel espacio cerrado y oscuro de la cama, y su silencio era atroz, mientras observaba mi rostro. Aún fue capaz de rozarme con el pulgar, sólo un poco. Me tocó una sola vez. Un ruido ascendió desde el fondo de mi garganta, un suspiro o un quejido, y él se inclinó y me besó como si quisiera devorarlo, atraparlo en su propia boca.

Volvió a mover el pulgar, y dejé de hacer fuerza con las piernas. Me agarró de los muslos y los apartó, me levantó la pierna alrededor de su cintura; todavía me observaba con mirada hambrienta.

—Sí —le dije, con urgencia, tratando de moverme con él; pero él siguió acariciándome con los dedos—. Sarkan.

—Un poco de paciencia no es mucho pedir, sin duda —dijo, con un brillo en sus ojos negros.

Lo fulminé con la mirada, pero él volvió a acariciarme entonces, con suavidad, e introdujo los dedos en mí; trazó una larga línea entre mis muslos una y otra vez, en círculos en la parte alta. Él me estaba planteando una pregunta cuya respuesta yo desconocía, hasta que la supe; me contraje de repente y me incorporé, retorcida y húmeda contra sus manos.

Volví a caer contra los almohadones, temblando; me llevé las manos a la cabeza, a la enredada maraña de pelo, y las presioné contra la frente húmeda, jadeando.

—Oh —suspiré—. Oh.

—Ahí lo tienes —dijo él, complacido consigo mismo y con suficiencia, y me incorporé y le empujé hacia atrás, hacia los pies de la cama.

Cogí la cintura de sus pantalones —¡aún los llevaba puestos!—, y dije:

—*Hulvad*.

Se fundieron en el aire de un tirón, y lancé mis faldas detrás de ellos. Yacía desnudo debajo de mí, largo, delgado y con los ojos en un guiño repentino, las manos en mis caderas, la sonrisita desaparecida ya de su rostro. Me subí en él.

—Sarkan —repetí, y retuve el humo y el trueno de su nombre en mis labios como si fuese un premio, y me deslicé sobre él.

Sus ojos se cerraron con fuerza, apretados; casi como si le doliese; yo sentía un maravilloso peso en todo mi cuerpo, recorrido aún por el placer en unas ondas cada vez más amplias, una especie de dolor tenso. Me gustaba sentirlo profundo en mí. Él jadeaba en largas respiraciones entrecortadas. Sus pulgares me presionaban con fuerza en las caderas.

Me agarré a sus hombros y me balanceé contra él.

—Sarkan —le dije de nuevo; lo desplegué por mi lengua y exploré todos sus oscuros y extensos recovecos, lugares ocultos en las profundidades; él gimió sin poder evitarlo y surgió, contra mí. Le envolví la cintura con las piernas, aferrada, y él me rodeó con fuerza con un brazo, me dio la vuelta y me dejó en la cama.

Me quedé cómodamente acurrucada contra su costado para caber en la pequeña cama, conteniendo el aliento. Tenía su mano en el pelo, y su rostro miraba el dosel sin parpadear, con un extraño desconcierto, como si no fuese capaz de recordar cómo había sucedido todo aquello. Mis brazos y piernas estaban cargados de sueño, pesados como si hiciera falta un torno para levantarlos. Me apoyé contra él y por fin le pregunté:

—¿Por qué nos lleváis?

Sus dedos me tocaban distraídos el cabello y me deshacían los enredos. Se detuvieron. Pasado un instante, suspiró bajo mi mejilla.

—Estáis unidas al valle, todas vosotras; habéis nacido y crecido aquí —me dijo—. Os controla. Pero eso es, a su vez, un canal hacia él, y yo lo puedo utilizar para desviar parte de la fuerza del Bosque.

Levantó la mano y la desplazó plana en el aire sobre nuestras cabezas, y tras el barrido de la palma de su mano surgió un fino entramado de plata: una versión escueta del cuadro de mi habitación, un mapa de líneas de magia que discurrían por el valle. Seguían la larga y brillante senda del Huso y todos sus pequeños afluentes que procedían de las montañas, con estrellas relucientes en lugar de Olshanka y de todas nuestras aldeas.

Aquellas líneas no me sorprendieron, en cierta manera: me daba la sensación de que eran algo que siempre había sabido que estaba allí, bajo la superficie. El chapoteo del cubo de agua que ascendía por el pozo, profundo, en la plaza de Dverník; el murmullo del Huso y la velocidad de sus rápidos en verano. Estaban llenos de magia, de energía, allí, para ser extraída. Y así, él había cortado las vías de irrigación para alejar la mayor cantidad antes de que el Bosque pudiera apoderarse de ella.

—Pero ¿por qué necesitabais a una de nosotras? —le pregunté, todavía intrigada—. Podíais haber... —Hice un gesto ahuecando las manos.

—No sin estar vinculado yo mismo al valle —dijo, como si aquello fuese toda la explicación del mundo. Me quedé muy quieta contra él, presa de una creciente confusión—. No hace falta que te alarmes —añadió, con sequedad, en un terrible malentendido—. Si conseguimos sobrevivir al día de hoy, encontraremos la manera de desenmarañarte de él.

Recorrió las líneas plateadas con la palma de la mano y las barrió de nuevo. Nos quedamos callados; yo no sabía qué decir. Pasado un rato, su respiración se niveló bajo mi mejilla. La profunda oscuridad del pesado terciopelo de las cortinas nos encerraba por todas partes, como si yaciésemos en el interior de las murallas de su corazón. No sentía ya el puño de acero del temor, pero sentía dolor en su lugar. Unas pocas lágrimas me picaban en los ojos, me quemaban y me escocían, como si estuvieran tratando de llevarse a rastras una astilla pero no fuesen las suficientes para conseguirlo. Casi deseé no haber subido las escaleras.

No había pensado en realidad sobre el *después*, después de haber parado al Bosque y haber sobrevivido; parecía absurdo pensar en *después* de algo tan imposible. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que sin haberme parado realmente a pensarlo, casi me había imaginado que tendría un lugar en la torre. Mi pequeña habitación arriba, un alegre trajín por el laboratorio y la biblioteca, atormentar a Sarkan como un fantasma desordenado que le dejaba los libros fuera de sitio y abría sus grandes puertas de par en par, y que le obligaba a acudir al festival de primavera y a quedarse el tiempo suficiente para uno o dos bailes.

Sin necesidad de expresarlo en palabras, yo sabía que ya no había un sitio para mí en la casa de mi madre. Pero también sabía que no deseaba pasar mis días vagando por el mundo en una casucha levantada sobre unas patas, tal y como las historias contaban de Jaga, ni tampoco en el castillo del rey. Kasia había deseado ser libre, había soñado con todo el ancho mundo abierto para ella. Yo jamás lo había hecho.

Pero tampoco podía quedarme allí con él. Sarkan se había encerrado en su torre; nos había llevado a una detrás de otra; había utilizado nuestra conexión, y todo para no tener que establecer él la suya. Había un motivo por el cual él nunca bajaba al valle. No me hacía falta que me dijese que no podía ir a Olshanka y bailar en corro sin echar él sus propias raíces, y que no las quería. Se había mantenido apartado durante un siglo detrás de estos muros llenos de una magia ancestral. Quizá me dejase entrar, pero también querría volver a cerrar las puertas a mi espalda. Él ya lo había hecho antes, al fin y al cabo. Yo me había fabricado una cuerda con vestidos de seda y con magia para salir, pero no podía obligarle a saltar por la ventana si él no quería hacerlo.

Me incorporé y me aparté de él. Su mano se había deslizado de mis cabellos. Abrí las sofocantes cortinas de la cama, me levanté y me llevé conmigo una de las sábanas para envolverme en ella. Me acerqué a la ventana, empujé los postigos para abrirlos y saqué la cabeza y los hombros al aire de la noche, buscando la brisa en la cara. Pero ésta no vino; el aire estaba quieto alrededor de la torre. Muy quieto.

Me mantuve con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana. Estábamos en plena noche, aún oscuro, la mayor parte de las hogueras se habían extinguido o las habían sofocado para pasar la noche. No podía ver nada en el suelo. Traté de escuchar las ancestrales voces de la piedra de los muros que habíamos construido, y las oí murmurar, alteradas.

Volví corriendo a la cama y zarandeé a Sarkan para despertarlo.

—Algo va mal —le dije.

Nos vestimos con prisas, y *vanastalem* me envolvió en unas faldas limpias desde los tobillos y me acordonó un corpiño nuevo en la cintura. Él tenía una burbuja de jabón entre las manos ahuecadas, una versión reducida de uno de sus centinelas, y le estaba dando un mensaje.

—Vlad, despertad a vuestros hombres, rápido: están intentando algo al abrigo de la noche.

Lo sopló por la ventana y echamos a correr. Cuando llegamos a la biblioteca, las antorchas y los faroles ya se estaban encendiendo abajo, en las trincheras.

No había prácticamente ninguna en el campamento de Marek, sin embargo, salvo las que llevaban los escasos soldados de guardia y un farol que iluminaba el interior del pabellón.

—Sí —dijo Sarkan—. Está haciendo algo.

Se volvió hacia la mesa: había desplegado media docena de libros de magia defensiva. Yo permanecí en la ventana y miré hacia abajo con el ceño fruncido. Podía sentir una acumulación de magia que tenía el aroma de Solya, pero había algo más, algo que se movía lento y profundo, no podía ver nada todavía, tan sólo unos pocos guardias haciendo sus rondas.

Dentro del pabellón de Marek, una silueta pasó entre el farol y la pared de la tienda, y proyectó una sombra sobre ésta, un rostro de perfil: la cabeza de una mujer con el pelo recogido y los afilados picos de la tiara que llevaba. Retrocedí de la ventana de un salto, jadeando, como si me hubiese visto. Sarkan levantó los ojos hacia mí, sorprendido.

—Está aquí —le expliqué—. La reina está aquí.

No hubo tiempo de pensar en lo que eso significaba. Los cañones de Marek rugieron con unas bocanadas de fuego anaranjado, y se desprendieron unas nubes de polvo cuando los primeros proyectiles se estamparon en el muro exterior. Oí a Solya dar un fuerte grito, y una luz refulgió por todo el campamento de Marek: los hombres estaban lanzando rescoldos en unos lechos de paja y yesca que habían dispuesto formando una línea.

Una muralla de llamas se elevó para enfrentarse a mi muro de piedra, y Solya se encontraba detrás de ella: su túnica blanca manchada de luz naranja y roja que surgía

de sus brazos completamente abiertos. Su rostro se tensaba en un gesto de esfuerzo, como si estuviese levantando algo muy pesado. El rugido del fuego tapaba sus palabras, pero estaba formulando un hechizo.

—Intenta hacer algo con ese fuego —me pidió Sarkan, después de echar un vistazo hacia abajo.

Regresó veloz a su mesa y sacó uno de entre la docena de manuscritos que había preparado el día anterior, un hechizo para atenuar el fuego de los cañones.

—Pero ¿qué...? —empecé a decir, aunque él ya estaba leyendo una extensa maraña de sílabas que fluía como si fuera música, y me quedé sin tiempo para más preguntas.

En el exterior, Solya flexionó las rodillas y levantó los brazos con esfuerzo como si estuviese lanzando una enorme bola. La muralla de llamas saltó entera en el aire, se curvó sobre el muro y cayó al interior de la trinchera, donde se agazapaban los hombres del barón.

Sus gritos y sus voces se elevaron con el crepitar de las llamas, y me quedé paralizada por un instante. El cielo estaba despejado, demasiado limpio, lleno de estrellas de punta a punta, sin una sola nube a la que pudiese arrancarle la lluvia. Corrí a por la jarra de agua del rincón, desesperada: pensé que tal vez, si era capaz de convertir una nube en una tormenta, también podría lograr que una gota creciese para convertirse en una nube.

Vertí agua en mi mano ahuecada, susurré el hechizo de la lluvia sobre ella y le dije a las gotas de agua que podían ser una lluvia, que podían ser una tormenta, el manto de un diluvio, hasta que un charco brilló en la palma de mi mano como azogue sólido. Lancé mi puñado de agua por la ventana y sí se convirtió en lluvia: un amago de un trueno y un solo borbotón de agua que descendió directo sobre la trinchera y sofocó el fuego en una zona.

Mientras tanto, los cañones continuaban rugiendo. Sarkan se encontraba ahora junto a mí, ante la ventana, sujetando el escudo contra ellos, pero cada golpe seco impactaba contra él como un puñetazo. El fuego anaranjado le iluminaba el rostro desde abajo, brillaba en sus dientes apretados con el gruñido de cada sacudida. Me hubiera gustado hablar con él entre una andanada y la siguiente, preguntarle si nos estaba yendo bien... No sabía decir si nos iba bien a nosotros, o si les iba bien a ellos.

Pero el fuego en la trinchera seguía ardiendo. Continué lanzando lluvia, aunque convertir en lluvia unos puñados de agua era una labor complicada, y se fue complicando más conforme avanzaba. El aire a mi alrededor se reseco, se me cuarteaba la piel y el cabello como si me estuviese apoderando de toda la humedad que me rodeaba, y los torrentes sólo golpeaban una parte del fuego cada vez. Los hombres del barón estaban haciendo cuanto podían para ayudar, golpeaban las llamas con las capas empapadas en el agua que corría por el suelo.

Entonces rugieron los dos cañones juntos. Sin embargo, en esta ocasión los proyectiles de hierro que volaban relucían con un fuego azul y verde, y ambos dejaron una estela como un par de cometas. Sarkan salió despedido con fuerza contra la mesa, y el borde se le clavó en el costado. Se tambaleó entre toses, roto el hechizo. Las dos esferas atravesaron su escudo y se hundieron en el muro casi con lentitud, como al clavarle un cuchillo a una fruta que aún está verde. Fue casi como si la roca se fundiese a su alrededor, con un resplandor rojo en los bordes. Las esferas desaparecieron en el interior del muro y, acto seguido, reventaron con dos rugidos sordos. Salió por los aires una nube de tierra, los fragmentos de roca volaron con tal fuerza que los oí golpear contra los muros de la propia torre, y justo en el centro del muro se desmoronó un orificio.

Marek levantó la lanza en el aire y rugió:

—¡Adelante!

No entendía cómo podría obedecerle alguien: a través de aquella abertura irregular, el

fuego continuaba silbando y saltando a pesar de todo mi esfuerzo, y los hombres seguían gritando al quemarse. Aun así su ejército le obedeció: un torrente de soldados cargó lanzas en ristre en la cintura sobre el caos en llamas de la trinchera.

Sarkan se levantó de la mesa y regresó a la ventana mientras se limpiaba un hilo de sangre de la nariz y el labio.

—Ha decidido despilfarrar —dijo muy serio—. Cada una de esas balas de cañón tardó diez años en forjarse. Polnya cuenta con menos de diez de ellas.

—¡Necesito más agua! —exclamé, cogí a Sarkan de la mano y tiré de él hacia mí, al hechizo.

Podía sentir su deseo de protestar: no tenía un hechizo preparado para ajustarse al mío. A pesar de ello, masculló irritado para el cuello de su camisa y me ofreció un simple conjuro, uno de aquellos primeros que había tratado de enseñarme y que había de servir para llenar un vaso con el agua del pozo de debajo de nosotros. Cuánto le fastidiaba que o bien le derramase el agua por toda la mesa o bien apenas lograra un goteo en el vaso. Cuando pronunció el hechizo, el agua ascendió con ondulante suavidad hasta el mismo borde de la jarra; entoné mi hechizo de lluvia a la jarra entera y al pozo de abajo, a toda aquella agua fresca y durmiente, y a continuación lancé con fuerza la jarra por la ventana.

Por un instante no pude ver nada: el aullido del viento me sopló la lluvia en los ojos y por todo el rostro, la bofetada de un cortante chaparrón de invierno. Me limpié la cara con las manos. Abajo, en la trinchera, un aguacero había sofocado las llamas por completo, sólo quedaba el parpadeo de algunos huecos pequeños, y los hombres con armadura de ambos lados se resbalaban y caían al suelo en aquel torrente repentino que les llegaba por los tobillos. El barro goteaba en el orificio del muro, y, una vez apagado el fuego, los hombres del barón se arremolinaban en la brecha con sus picas y la llenaban de puntas afiladas que hicieron retroceder a los hombres que trataban de entrar. Me dejé caer aliviada sobre el alféizar de la ventana: habíamos parado el fuego de Solya, habíamos detenido el avance de Marek, que ya había consumido mucha magia, sin duda más de la que podía permitirse, y aun así le habíamos parado los pies; seguramente, ahora se pensaría mejor lo de...

—Prepárate —dijo Sarkan.

Solya estaba formulando otro hechizo. Extendió las manos en el aire, inclinadas hacia delante, con todos los dedos extendidos y con los ojos mirando en la misma dirección que los dedos, y unas líneas plateadas surgieron de cada dedo y se dividieron en tres. Las líneas trazaron un arco sobre el muro y descendieron al otro lado, cada una de ellas sobre un objetivo distinto: el ojo de un hombre, una rendija de la armadura en el cuello de otro, el codo del brazo que sostenía una espada, un punto justo sobre el corazón.

No parecía que aquellas líneas hiciesen nada, hasta donde yo podía ver. Estaban suspendidas en el aire, sin más, apenas visibles en la oscuridad. Docenas de arcos vibraron entonces al unísono: Marek tenía tres líneas de arqueros en formación detrás de sus soldados de infantería. Las flechas quedaron atrapadas en las líneas de color plateado y las recorrieron hasta el blanco.

Alcé una mano, un inútil gesto de protesta. Las flechas siguieron su curso por el aire. Treinta hombres cayeron a una, tumbados de golpe, todos ellos defensores de la brecha. Los de Marek se abrieron paso a través de la brecha y entraron en tromba a la trinchera, y el resto de su ejército se aglomeró para entrar detrás de ellos. Empezaron por tratar de obligar a los hombres del barón a retroceder hacia el primer pasadizo.

Se luchaba con crudeza por cada centímetro. Los hombres del barón habían dispuesto un macizo puntiagudo de lanzas y espadas hacia el exterior, por delante de ellos, y en aquel espacio tan estrecho, los de Marek no podían llegar hasta ellos sin abalanzarse sobre las hojas. Pero Solya lanzó otra descarga de flechas por encima de los muros,

hacia los defensores. Sarkan se había apartado y estaba removiendo sus papeles en busca de un hechizo para responder a éste, pero no lo iba a encontrar a tiempo.

Volví a sacar la mano por la ventana, aunque esta vez probé con el hechizo que el Dragón había utilizado para traer a Kasia a la torre desde la ladera de la montaña.

—*Tual, tual, tual* —llamé a aquellas cuerdas con la mano extendida, y éstas se me enredaron en los dedos con un rasgueo. Me asomé por la ventana y las lancé lejos, hacia abajo, a la zona superior del muro. Las flechas las siguieron y golpearon contra la piedra para caer repicando amontonadas.

Por un instante creí que la luz plateada se me había adherido a la mano y se me reflejaba en la cara. Sarkan me alertó entonces con un grito. Una docena de hilos plateados apuntaba a través de la ventana, directa a mí, al cuello, al pecho, a los ojos. Tuve tan sólo un segundo para agarrar los hilos en un ramillete y tirarlos a ciegas para quitármelos de encima. La descarga de flechas zumbó entonces por la ventana e impactó allá donde había lanzado las líneas: en la librería, en el suelo y en la silla, profundamente clavadas con la vibración del extremo emplumado.

Me quedé mirándolas, a todas, demasiado sobresaltada para sentir miedo en un principio, sin llegar a entender que casi me había alcanzado una docena de flechas. En el exterior, los cañones rugían. Ya había empezado a acostumbrarme al ruido; di un respingo de forma automática, sin mirar, fascinada aún en parte por lo cerca que habían pasado las flechas. De repente, Sarkan estaba volcando a pulso la mesa entera; los papeles salieron volando cuando ésta se estampó contra el suelo con el suficiente peso para que temblasen las sillas. De un tirón, me agachó detrás de ella. El agudo silbido de una bala de cañón se aproximaba cada vez más.

Tuvimos todo el tiempo del mundo para ser conscientes de lo que iba a suceder, pero no el suficiente como para hacer algo al respecto. Me acurruqué bajo el brazo de Sarkan con los ojos clavados en la parte baja de la mesa, por donde se asomaban unas ranuras de luz, a través de los pesados maderos. La bala del cañón atravesó entonces el alféizar de la ventana, y los paneles abiertos de cristal se hicieron añicos con estruendo. La bala siguió rodando hasta que la pared de piedra la detuvo con un golpe seco, reventó en pedazos, y un humo gris ascendió en ebullición.

Sarkan me cubrió con la mano la nariz y la boca. Contuve la respiración; reconocí el hechizo de piedra. Mientras la niebla gris se desplegaba lentamente hacia nosotros, Sarkan hizo el gesto de un gancho hacia el techo, y una de sus esferas centinela descendió flotando a su mano. Le abrió la piel con un pellizco, hizo un orificio, y, con otro gesto mudo y autoritario, dirigió el humo gris al interior de la esfera hasta que todo quedó encerrado, arremolinándose como una nube.

Los pulmones se me reventaban antes de que él terminase. El viento silbaba ruidoso a través del agujero en la pared, los libros desparramados, las páginas arrancadas se sacudían ruidosas. Empujamos la mesa contra el orificio para evitar caernos por la ventana. Sarkan recogió un fragmento de la bala de cañón con un trapo y lo sostuvo junto al centinela, como si le ofreciese un rastro a un sabueso.

—*Menya kaizha, stonnan olit* —le dijo al centinela y con un empujón lo soltó al aire de la noche. Se alejó a la deriva, y su color gris se fundió en una simple voluta de niebla.

Todo aquello no pudo haber transcurrido en más de unos pocos minutos, no más de lo que yo era capaz de aguantar la respiración. Sin embargo, más soldados de Marek atestaban la trinchera y obligaban a los hombres del barón a retroceder hacia el primer túnel. Solya había lanzado otra descarga de flechas y les había dejado más espacio, pero, más que eso, Marek y sus caballeros cabalgaban detrás de ellos, justo fuera del muro, y espoleaban a los hombres para que avanzasen: vi como utilizaban los látigos y las lanzas contra sus propios soldados y los empujaban a través de la brecha.

Los que se encontraban en primera línea se veían prácticamente abalanzados contra las hojas de los defensores, de un modo horrible. Otros soldados presionaban desde

detrás de éstos, y, poco a poco, los hombres del barón tenían que ceder terreno como un corcho que a la fuerza sale de una botella. La trinchera ya estaba sembrada de cadáveres... tantísimos, apilados unos encima de otros. Los soldados de Marek se subían incluso encima de ellos para disparar flechas desde arriba a las tropas del barón, como si no les importase el hecho de estar pisando los cadáveres de sus propios compañeros caídos.

Desde la segunda trinchera, los hombres del barón comenzaron a lanzar por encima del muro las esferas de poción de Sarkan. Éstas caían en reventones azules, nubes que se propagaban entre los soldados; los hombres que quedaban atrapados en la neblina caían de rodillas o se iban al suelo de golpe con la mirada perdida, hundidos en un sueño. Sin embargo, detrás llegaban más soldados que se subían encima de ellos y los pisoteaban como a hormigas.

Sentí un horror desmedido al verlo, tan irreal.

—Hemos juzgado mal la situación —dijo Sarkan.

—¿Cómo es capaz de hacer eso? —le pregunté con la voz temblorosa. Se diría que Marek estaba tan decidido a vencer que no le importaba lo caros que vendiésemos los muros; pagaría cualquier precio, lo que fuese, y los soldados le seguirían a la muerte, sin fin—. Tiene que estar corrompido... —No era capaz de imaginarme qué otra cosa le haría despilfarrar así la vida de sus propios hombres, como si de agua se tratase.

—No —dijo Sarkan—. Marek no está luchando para hacerse con la torre. En realidad está luchando para hacerse con el trono. Si cae ahora derrotado ante nosotros, le haremos parecer débil ante los Magnati. Está acorralado.

Lo entendí sin querer comprenderlo. Marek daría todo cuanto tenía. Ningún precio sería demasiado alto. Todos los hombres y la magia que ya había empleado únicamente lo empeoraban, como un hombre que sigue tirando el dinero a la basura porque no soporta dar por mal empleado lo que ya ha perdido. No podríamos limitarnos a contenerlo. Tendríamos que combatirlo hasta el último hombre, y aún le quedaban miles de ellos por lanzar a la batalla.

Los cañones rugieron una vez más, como si quisieran interrumpir la terrible conciencia de aquel hecho, y entonces se silenciaron, de una bendita y repentina manera. El centinela flotante de Sarkan se había lanzado sobre ellos y había reventado contra el hierro candente. La docena de hombres que los manejaban se habían quedado petrificados como estatuas. Un hombre estaba de pie delante del cañón de la izquierda, introduciendo una vara por la embocadura; otros estaban inclinados sobre las amarras del cañón de la derecha, tirando de él para colocarlo de nuevo en su sitio; otros tenían balas de cañón o sacos aún en las manos: un monumento a una batalla que no había concluido.

Marek ordenó de inmediato a otros hombres que fuesen a apartar las estatuas de los cañones. Empezaron a retirarlas a rastras y a empujones, tirándolas al suelo. Di un respingo cuando vi que uno de ellos destrozaba los dedos de las estatuas para arrebatárselas las cuerdas: me daban ganas de gritarle que aquellos hombres convertidos en piedra seguían vivos. Pero pensé que a Marek tampoco le importaría.

Las estatuas pesaban mucho, y la tarea se ralentizaba, así que tuvimos un breve respiro del fuego de artillería. Recobré el equilibrio y me volví hacia Sarkan.

—Si le ofreciéramos la rendición —probé—, ¿nos escucharía?

—Ciertamente —dijo Sarkan—. Nos ejecutaría de inmediato, y también podrías cortarle tú misma el cuello a los niños, ya puestos a entregarlos, pero sí, le complacería mucho escucharnos. —Ahora fue él quien se encargó de abortar el hechizo de las flechas: señaló y formuló un encantamiento de extravío, y otra descarga de flechas guiadas por las líneas de plata se estrelló contra el muro exterior. Sacudió la mano y la muñeca, mirando hacia abajo—. Por la mañana —dijo por fin—. Aunque Marek esté dispuesto a destruir su ejército entero, los hombres no pueden luchar eternamente sin un descanso,



sin comer ni beber. Si somos capaces de contenerlos hasta que amanezca, tendrá que retirarlos un rato. Tal vez entonces esté dispuesto a parlamentar. Si somos capaces de contenerlos hasta el amanecer.

El amanecer parecía muy lejano.

El ritmo de la batalla amainó durante un rato. Los hombres del barón ya se habían retirado por completo a la segunda trinchera, y habían llenado el pasadizo de cadáveres para que las tropas de Marek no pudieran seguir avanzando. Marek cabalgaba de un lado a otro por el muro exterior, impaciente, furioso, a punto de estallar, observando mientras sus hombres se afanaban por poner los cañones de nuevo a disparar. Cerca de él, Solya lanzaba descargas de flechas sobre la segunda trinchera a un ritmo constante.

Lanzar las flechas suponía para él un hechizo más sencillo que para nosotros rechazarlas. Las puntas de flecha eran obra de Alosha. Deseaban abrirse paso hasta la carne, y él se limitaba a mostrarles el camino que debían seguir. Mientras tanto, nosotros intentábamos desviarlas de su propósito y combatíamos no sólo la magia de él, sino también la de ella: la fuerza de su voluntad, los golpes de martillo que habían imbuido el hierro de magia y determinación, e incluso el vuelo natural de las flechas. Apartarlas era un trabajo constante y agotador, y entretanto Solya lanzaba sus guías plateadas al aire con cómodos movimientos del brazo, como quien siembra los campos. Sarkan y yo nos teníamos que turnar y nos ocupábamos de una descarga cada vez; cada una, un esfuerzo. No disponíamos de tiempo ni de fuerzas para ningún otro ardid.

Había un ritmo natural en aquel trabajo: arrastrar una descarga de flechas como si tirases de una pesada red de pesca, y después una pausa para beber un sorbo de agua y descansar durante el turno de Sarkan; entonces volvía a la ventana. Pero Solya rompía el ritmo una y otra vez. Mantenía las descargas espaciadas con el peor intervalo posible, exacto: lo bastante seguidas para que no pudiésemos sentarnos entre una y otra sin tener que dar un bote de la silla, y de vez en cuando dejaba pasar un poco más de tiempo, o nos lanzaba las flechas a nosotros, o enviaba dos descargas en una rápida secuencia.

—No puede tener un suministro infinito de flechas. —Me apoyé contra la pared, agotada y dolorida.

Con los arqueros había unos muchachos que iban a buscar las flechas desperdigadas, las arrancaban de los cadáveres y de los muros contra los que habían impactado, y las llevaban de vuelta para dispararlas de nuevo.

—No —dijo Sarkan, un tanto distante y abstraído, se había retirado a su interior por el agotamiento constante de la magia—. Pero mantiene las descargas reducidas. Es probable que tenga suficientes para que le duren hasta el amanecer.

Sarkan salió un instante de la habitación después de su turno, y trajo un tarro sellado de cristal del laboratorio, lleno de cerezas en sirope. Tenía siempre un samovar de plata en la mesa del rincón del fondo de la biblioteca, que jamás se quedaba sin té: había sobrevivido a los destrozos del proyectil del cañón, aunque la delicada copa de cristal se había caído y se había hecho añicos. Sirvió el té en dos cuencos de medir y me ofreció el tarro de cerezas.

Eran las cerezas ácidas de color vino tinto de los huertos de las afueras de Viosna, a medio camino bajando por el valle, conservadas en azúcar y en licor. Metí dos cucharaditas colmadas y lamí la cuchara hasta dejarla limpia, con glotonería. Me sabían a mi hogar y a la magia lenta del valle que reposaba en ellas. Sarkan sólo sacó tres cerezas para él, reacio y comedido, y raspó la cuchara en el borde del tarro como si estuviera teniendo cuidado —aun entonces— de no pasarse. Aparté la vista y me tomé el té encantada, rodeando el cuenco con ambas manos. Era una noche cálida, pero yo sentía escalofríos.

—Túmbate y duerme un poco —dijo Sarkan—. Es probable que Marek intente un último ataque justo antes del alba.

Al final, los cañones habían vuelto a disparar, pero sin causar grandes daños: supuse que todos los hombres que realmente sabían manejarlos habían caído atrapados en el hechizo de piedra. Varios proyectiles se habían quedado cortos y habían descendido sobre las propias filas de Marek, o habían volado demasiado lejos, mucho más allá de la torre. Los muros resistían. Los hombres del barón habían cubierto la segunda trinchera con picas y varas de lanzas, y habían extendido sus mantas y tiendas sobre ellas como ayuda para ocultarse de las descargas de flechas.

Me sentía abotargada incluso después del té, cansada y desgastada como un cuchillo que se ha usado para cortar madera. Doblé una vez la alfombra para hacer un catre, y qué bien me sentía allí tumbada, pero el sueño no venía. Aquellas balizas plateadas para las flechas iluminaban la parte alta del marco de la ventana en largos intervalos entrecortados. El murmullo de la voz de Sarkan, desviándolas, parecía lejano. Su rostro estaba en penumbra; el perfil, nítidamente delineado contra la pared. El suelo de la torre bajo mi mejilla y mi oreja temblaba ligeramente con el combate, como las zancadas pesadas y lejanas de un gigante que se acerca.

Cerré los ojos y traté de no pensar en nada salvo en mi respiración. Tal vez me quedé dormida un momento; entonces me incorporé de golpe al despertarme de un sueño en que caía. Sarkan miraba hacia abajo a través de la ventana rota. Las descargas de flechas habían parado. Me levanté del suelo y me uní a él.

Los caballeros y los criados se arremolinaban en torno al pabellón de Marek como abejas alteradas. La reina había salido de la tienda. Iba protegida con una camisa de cota de malla sobre un simple vestido blanco, y llevaba una espada en una mano. Marek espoleó al caballo para acercarse a ella; se inclinó hacia abajo, hablando; ella levantó la vista hacia él con una mirada dura y clara como el acero.

—¡Le entregarán los niños al Bosque igual que Vasily hizo conmigo! —le gritó a Marek, y su voz resonó lo bastante alto para oírla—. ¡Antes, tendrán que descuartizarme!

Marek vaciló, y luego se bajó del caballo y pidió su escudo; desenvainó la espada. El resto de sus caballeros ya estaba desmontando junto a él, y Solya se hallaba a su lado. Miré a Sarkan con impotencia. Casi tenía la sensación de que Marek merecía morir, después de haber conducido a tantos de sus hombres a la muerte; pero si eso era lo que él realmente creía, si pensaba que pretendíamos hacer algo tan horrible a los niños...

—¿Cómo puede creer tal cosa? —pregunté.

—¿Cómo se ha podido convencer a sí mismo de que todo lo demás ha sido una coincidencia? —dijo Sarkan, que ya se encontraba ante sus librerías—. Es una mentira que encaja con sus deseos.

Extraje un tomo de la estantería con ambas manos, un libro enorme, de casi un metro de alto. Alargué las manos para ayudarle y las retiré de golpe, de forma involuntaria: estaba encuadernado en una especie de cuero ennegrecido, espantoso al tacto, pegajoso como si no quisiera desprenderse de los dedos.

—Sí, lo sé —dijo Sarkan cargando con él hasta su sillón de lectura—. Es un texto nigromántico; es horrible. Pero prefiero perder a los muertos dos veces antes que perder más vivos.

El hechizo estaba escrito con una letra extensa y anticuada. Traté de ayudarle a leerlo, pero no pude; me repelían incluso las primeras palabras. La raíz de aquel hechizo era la muerte; el hechizo era muerte desde el principio hasta el fin. No podía soportar mirarlo siquiera. Sarkan frunció el ceño ante mi angustia e irritación.

—¿Te has vuelto una mojigata? —me inquirió—. No, desde luego que no. ¿Qué diablos te pasa? Olvídalo; ve e intenta retrasarlos.

Me aparté de un salto, ansiosa por alejarme de aquel libro, y me acerqué deprisa a la

ventana. Cogí fragmentos de piedra rota y escombros del suelo y probé el hechizo de lluvia con ellos, igual que había hecho con la jarra de agua. Sobre los soldados de Marek cayó un diluvio de tierra y guijarros. Tuvieron que protegerse, se cubrieron la cabeza con las manos, pero la reina no se detuvo prácticamente. Marchó a través de la brecha en el muro; trepó sobre los cadáveres, y el dobladillo de su vestido se empapó de sangre.

Marek y sus caballeros salieron por delante de ella sujetando los escudos sobre la cabeza. Les lancé unas piedras más pesadas, fragmentos más grandes que se convirtieron en pedruscos, pero aunque algunos de ellos se tambaleasen y cayesen de rodillas, la mayoría se mantuvo a salvo, agazapados bajo los escudos. Llegaron al pasadizo, comenzaron a agarrar los cadáveres y a quitarlos de en medio a rastras. Los hombres del barón trataban de alcanzarlos con las lanzas. Algunos caballeros de Marek detuvieron los golpes con el escudo y con la armadura. Otros no: cayó media docena de ellos, cuerpos cubiertos de una brillante armadura que caían muertos de espaldas, inertes. Pero siguieron presionando, se abrieron hueco a la fuerza, y la reina entró.

No pude ver el combate dentro del túnel, pero acabó rápido. Corrió la sangre desde el pasadizo, negra a la luz de las antorchas, y la reina salió por el otro lado. Tiró al suelo la cabeza de un hombre que llevaba agarrada en la mano libre, un corte limpio en el cuello. Los defensores, atemorizados, comenzaron a retroceder ante ella. Marek y sus caballeros se desplegaron en torno a la reina matando y dando tajos, y detrás de ellos entraron en la trinchera los soldados de infantería. Solya atacaba con ríos blancos de magia crepitante.

Los hombres del barón empezaron a ceder terreno con rapidez, tropezándose ellos solos al apartarse de la reina. Me había imaginado a Kasia con una espada, aquel mismo tipo de horror. La reina alzaba su acero una y otra vez, lo clavaba y daba tajos con un brutal pragmatismo, y ninguna de las hojas del enemigo la traspasaba. Marek gritaba órdenes. Desde el interior, los hombres del barón se habían subido a lo alto del último muro y desde allí trataban de disparar a la reina, pero las flechas no eran capaces de atravesarle la piel.

Me di la vuelta y arranqué una de las flechas de emplumado negro que se había clavado en la librería, una de las flechas que Solya me había disparado a mí, hecha por Alosha. La llevé hasta la ventana y me detuve. Me temblaban las manos. No veía qué otra cosa podía hacer. Ninguno de ellos podía detenerla. Pero... si mataba a la reina, Marek nunca nos escucharía, jamás; podría matarlo a él también, para el caso. Si mataba a la reina..., me sentí extraña y mareada ante la idea. Se la veía pequeña y lejana, en el suelo, como una muñeca, no una persona, subiendo y bajando el brazo.

—Un momento —dijo Sarkan.

Retrocedí, indultada de tener que hacerlo y feliz por ello, aunque me tuve que tapar los oídos mientras él recitaba las extensas y escalofriantes palabras de su hechizo. Un viento salió soplando por la ventana y me acarició la piel como la palma de una mano húmeda, aceitosa, con un olor a hierro y a putrefacción. Siguió soplando, constante y atroz, y abajo, en las trincheras, los innumerables cadáveres se agitaron y comenzaron a levantarse despacio.

Dejaron sus espadas en el suelo. No necesitaban armas. No intentaban hacer daño a los soldados, se limitaban a extender las manos vacías y a agarrarlos, dos o tres con cada hombre. En las trincheras había ya más hombres muertos que vivos, y todos los muertos servían al hechizo del Dragón. Los soldados de Marek les daban tajos y les hacían cortes, frenéticos, pero los muertos no sangraban. Sus decaídos rostros carecían de expresión, indiferentes.

Algunos de ellos recorrieron la trinchera con paso lento para sujetar a los caballeros y a la reina por los brazos y las piernas. Pero ella se los quitó de encima, y los caballeros,

con su armadura, los despedazaron con los mandobles. Los hombres del barón estaban tan horrorizados con aquel hechizo como los de Marek; se alejaban como podían de los muertos tanto como de la implacable reina. Y ella avanzó contra ellos. Los muertos estaban conteniendo al resto del ejército, y los hombres del barón acababan con los caballeros que la rodeaban, pero ella no se detuvo.

No quedaba blanco en su vestido. Estaba ensangrentado desde el suelo hasta la rodilla; su camisa de cota de malla estaba teñida de rojo. Tenía rojos los brazos y las manos, la cara salpicada. Bajé la mirada a la flecha y toqué la magia de Alosha: sentí los deseos de la flecha de volver a volar, de buscar el calor del tejido vivo. Había una mella en la punta de la flecha; la suavicé con los dedos, presionando el acero para dejarlo plano tal y como había visto a Alosha trabajar su espada. Introduje en ella algo más de magia y sentí cómo ganaba peso en mi mano, llena de muerte.

—En el muslo —le dije a la flecha, aterrada con el asesinato. Aquello bastaría, desde luego, para detener a la reina. Apunté hacia ella y la lancé.

La flecha cayó en picado, en un vuelo recto, silbando alegre. Impactó en la pierna de la reina, en la parte alta del muslo, y atravesó la cota de malla. Y ahí quedó clavada, asomando la mitad a través de la malla. No hubo ninguna sangre.

La reina arrancó la flecha y la tiró a un lado. Levantó los ojos hacia la ventana, una breve mirada. Me trastabillé hacia atrás. Ella regresó a la matanza.

Me dolía la cara como si me hubiese golpeado, con una nítida presión vacía sobre el puente de la nariz, familiar.

—El Bosque —dije en voz alta.

—¿Qué? —dijo Sarkan.

—El Bosque —repetí—. El Bosque está en ella.

Todos los hechizos que habíamos formulado sobre la reina, todas las purgas, las reliquias sagradas, todos los exámenes: ninguno importaba. De repente estaba segura. Aquella mirada era la del Bosque. El Bosque había encontrado una forma de ocultarse. Me volví hacia él.

—*La invocación* —le dije—. Sarkan, se lo tenemos que mostrar a Marek y a Solya, a todos sus hombres. Si ven que el Bosque se ha apoderado de ella...

—¿Y piensas que se lo creerán? —me preguntó. Miró por la ventana y, pasado un momento, dijo sin embargo—: Muy bien. Ya hemos perdido los muros en cualquier caso. Meteremos a los supervivientes en la torre. Y esperemos que las puertas aguanten lo suficiente para que nos dé tiempo a formular el hechizo.

Bajamos corriendo al gran salón y abrimos las puertas de golpe. Los hombres del barón entraron en tromba: quedaba una cantidad espantosamente reducida de ellos. Un centenar, quizá. Se aglomeraron en el salón y escaleras abajo, en la despensa, todos ellos sucios y agotados, con muecas retorcidas por un horror detrás de otro. Entraban en la torre de buena gana, pero se apartaban de Sarkan y de mí, sobresaltados. Incluso el barón nos miró con recelo.

—Eso no han sido ellos —dijo al situarse ante Sarkan en el salón, y sus hombres se arremolinaron a ambos lados en torno a nosotros y dejaron un espacio libre en forma de círculo—. Los muertos.

—No, y si hubierais preferido perder al resto de los vivos, habría bastado que lo dijerais, y así me aseguraría de tener en mente vuestra delicada sensibilidad la próxima vez.

Sarkan parecía exhausto, y yo estaba igual de agotada. Pensaba en cuánto quedaría para el amanecer, y no quise preguntar.

—Que descansen todo lo que puedan, y comparte con ellos todas las provisiones que puedas encontrar —me dijo.

Kasia no tardó en abrirse paso escaleras arriba, entre la muchedumbre de soldados; el barón había enviado abajo a los heridos y a los más agotados; sólo continuaban con él los que estaban mejor.

—Están abriendo los barriles de vino y de cerveza —me susurró—. Me parece que no va a ser seguro para los niños. Nieshka, ¿qué está pasando?

Sarkan había subido a la tarima: estaba desplegando el libro de *La invocación* sobre los brazos de su butaca alta.

—Eso es lo último que necesitamos ahora —masculló entre dientes—. Baja ahí abajo y conviértelo todo en zumo —me dijo.

Bajé corriendo con Kasia. Los soldados estaban bebiendo de los yelmos o con las manos ahuecadas, o abrían simples agujeros en los toneles y ponían la cabeza debajo, o unas botellas inclinadas; algunos de ellos ya estaban discutiendo. Gritarse por el vino les debió de parecer más seguro que gritar por aquellos horrores, por los muertos y por la masacre.

Kasia iba apartándolos de mi camino, y los soldados no se enfrentaban a ella al verme a mí allí; me subí al barril más grande y coloqué las manos sobre él.

—*Lirintalem* —dije, con un agotado empujón de magia, y me vine abajo en el momento en que me abandonó y se estremeció por todos los toneles y botellas.

Los soldados seguían empujándose y zarandeándose para conseguir un trago; pasaría un buen rato antes de que se diesen cuenta de que no se emborrachaban.

Kasia me tocó en el hombro, con delicadeza, y me di la vuelta y me abracé a ella con fuerza por un instante, agradecida por su fortaleza.

—Tengo que volver arriba —le dije—. Mantén a los niños a salvo.

—¿Quieres que me quede contigo? —me preguntó en voz baja.

—Mantén a los niños a salvo —insistí—. Si te ves en la necesidad... —La cogí del brazo y me la llevé al fondo, a la pared opuesta de la despensa. Stashek y Marisha estaban allí de pie, despiertos y observando a los soldados con recelo; Marisha se frotaba los ojos. Puse las manos sobre la pared y encontré los bordes del pasadizo. Llevé la mano de Kasia a la grieta, le mostré dónde estaba y, acto seguido, extraje de ella un cordel fino tejido de magia, a modo de picaporte—. Abre la puerta y llévalos dentro, y ciérrala detrás de ti. —Levanté a continuación la mano en el aire—. *Hatol* —dije al tiempo que tiraba, y saqué de la nada la espada de Alosha. Se la ofrecí—. Guarda esto, también.

Kasia asintió y se colgó la espada al hombro. Le di un último beso y eché a correr escaleras arriba.

Todos los hombres del barón habían entrado. Los muros aún nos hacían mucho bien: Marek no podía apuntar sus cañones hacia las puertas. Algunos de los hombres del barón se habían subido a los asientos junto a las ventanas saeteras, en ambos flancos de los soldados del exterior, y les estaban disparando flechas. Unos golpes secos y contundentes impactaron contra la puerta; y también el brillante resplandor de la magia; se oían ruidos y gritos.

—Están encendiendo un fuego ante las puertas —gritó uno de los hombres desde la ventana cuando yo entraba de nuevo en el gran salón.

—Déjalos —me dijo Sarkan sin levantar la vista.

Me uní a él en la tarima. Había remodelado el sillón con aspecto de trono y lo había convertido en un banco con dos asientos y una mesa plana sobre el brazo compartido entre ambos. Sobre ella descansaba el pesado volumen de *La invocación*, a la espera, familiar y aun así extraño. Me dejé caer lentamente en el asiento y extendí los dedos sobre la cubierta: los zarcillos dorados de las letras, el leve zumbido de debajo como unas abejas distantes. Estaba tan cansada que hasta los dedos se me embotaban.

Abrimos la cubierta y empezamos a leer. La voz de Sarkan recitaba con claridad y con firmeza, avanzaba con precisión, y la neblina de mi mente se fue levantando poco a poco. Yo tarareaba, cantaba y murmuraba a su alrededor. Los soldados que nos rodeaban guardaron silencio; se sentaron en los rincones y contra las paredes, escuchando como escucharías a un buen cantante entonar una canción triste en una taberna a altas horas de la noche. En sus rostros había una vaga intriga tratando de seguir la historia, tratando de recordarla, incluso en el momento en que el hechizo tiraba de ellos hacia delante.

El hechizo me arrastró a mí con ellos, y agradecí perderme en su interior. Todos aquellos horrores del día no se desvanecieron, pero *La invocación* hizo que sólo fueran una parte de la historia, y no la parte más importante. La energía se iba acumulando, discurría limpia y brillante. Sentí que el hechizo se elevaba como una segunda torre. Abriríamos las puertas cuando estuviésemos preparados y derramaríamos la irresistible luz por el patio ante la entrada. El cielo clareaba a través de las ventanas: estaba saliendo el sol.

Las puertas crujieron. Algo se colaba por debajo de ellas, por encima, a través del exiguo espacio entre las dos puertas. Los hombres que se encontraban más cerca dieron la voz de alarma. Unas sombras finas y serpenteantes se deslizaban por todas las grietas por minúsculas que fuesen, escuetas y rápidas como culebras: zarcillos de enredaderas y raíces que se retorcían, desmenuzaban madera y piedra al hallar vías en su interior. Se extendían por la madera como la escarcha por el cristal, adhiriéndose y aferrándose, y despedían un familiar aroma dulzón.

Era el Bosque. Atacaba ahora abiertamente, como si supiera lo que estábamos haciendo, como si supiese que nos encontrábamos a punto de dejar el engaño al descubierto. Los soldados de las Marismas Amarillas daban tajos a los zarcillos con sus espadas y puñales, atemorizados: sabían lo suficiente sobre el Bosque para reconocerlo también. Pero las enredaderas continuaban entrando a través de las grietas y los orificios que habían abierto para ellas las anteriores. En el exterior, el ariete de Marek volvió a golpear, y las puertas se estremecieron de arriba abajo. Los zarcillos se agarraron a las escuadras de hierro de las bisagras y la barrera, y tiraron de ellas. El óxido se extendió en un charco de color naranja rojizo, tan rápido como se vierte la sangre, la obra de siglos en un instante. Los zarcillos se abrieron paso dentro de las escuadras, se enroscaron en los tornillos y los sacudieron con violencia hacia delante y hacia atrás. Los soportes traqueteaban con estruendo.

Sarkan y yo no podíamos parar. Seguíamos leyendo, las lenguas se nos trababan con las prisas, pasábamos las páginas tan rápido como podíamos. Pero *La invocación* requería su propio ritmo. El relato no se podía acelerar. El edificio de energía que ya

habíamos levantado se tambaleaba con nuestra velocidad, como un fabulista a punto de perder el hilo de su propio cuento. *La invocación* nos retenía a ambos.

Con un sonoro crujido de astillas, una esquina más grande se rompió en la parte baja de la puerta de la derecha. Entraron más enredaderas en tromba, más gruesas, más largas al desplegarse. Algunas de ellas atrapaban los brazos de los soldados, les arrancaban las espadas de las manos y los lanzaban a un lado, por los aires. Otras encontraron la pesada barrera, se enroscaron alrededor de ella y la arrastraron lentamente hacia un lado, chirriando centímetro a centímetro, y ésta se deslizó hasta que quedó libre por completo del primer soporte. El ariete volvió a golpear por fuera contra las puertas, que se abrieron de par en par, golpearon a algunos hombres que estaban en su camino y los lanzaron por los suelos.

Marek se encontraba al otro lado, aún a caballo, de pie sobre los estribos y haciendo sonar el cuerno. La sed de sangre y la ira le iluminaban el rostro, tan ansioso que ni siquiera miraba para ver por qué se habían abierto las puertas de una forma tan repentina. Las enredaderas habían arraigado en el terreno alrededor de la escalinata, nidos oscuros y espesos de raíces leñosas que se ocultaban en los recovecos y en las grietas de los escalones partidos, apenas visibles en las primeras luces del alba. Marek hizo que su caballo saltase por encima de ellas sin una sola mirada, a la carga escaleras arriba y a través de la entrada destrozada, y todos los caballeros que le quedaban entraron en tropel detrás de él. Sus espadas se alzaban y caían en una lluvia sangrienta, y los hombres del barón los alanceaban. Los caballos chillaban y caían dando coces en sus últimos estertores al tiempo que los hombres morían a su alrededor.

Las lágrimas me rodaban por la cara y caían en las páginas del libro, pero no podía dejar de leer. Algo me golpeó entonces, un fuerte impacto que me arrancó todo el aliento. El hechizo se me escurrió de la lengua. Un perfecto silencio en mis oídos al principio, después un rugido hueco por todas partes alrededor de los dos, Sarkan y yo, que amortiguaba todos los demás sonidos sin tocarnos; igual que hallarse justo en el reducido ojo de un huracán en medio de unos campos abiertos, ver la lluvia gris y furiosa por doquier sin que te alcance, pero consciente de que en un momento...

Comenzaron a abrirse unas grietas que se alejaban de nosotros, atravesaban el libro, la silla, la tarima, los suelos y las paredes. No eran grietas en la piedra y en la madera; eran grietas en el mundo. En su interior no había nada excepto una ausencia oscura y plana. El maravilloso volumen dorado de *La invocación* se cerró por sí solo y se hundió como una piedra que desaparece en aguas profundas. Sarkan me tenía sujeta por el brazo, me había levantado de la silla y me sacaba de la tarima. La silla también se hundía, y después la tarima entera, todo ello se derrumbaba en la nada.

Sarkan aún continuaba con el hechizo, o más bien lo mantenía en su sitio repitiendo una y otra vez su última frase. Traté de unirme a él de nuevo con un simple tarareo, pero el aliento se me seguía desvaneciendo. Sentí un dolor punzante en el hombro, pero cuando lo miré no me pareció que hubiese nada mal. Miré entonces un poco más abajo, lentamente. El asta de una flecha sobresalía de mí, justo por debajo del pecho. Me quedé mirándola, desconcertada. No podía sentirla en absoluto.

Las vidrieras, altas y preciosas, se hacían añicos hacia el exterior con unos estallidos tenues y amortiguados conforme las alcanzaban las grietas y caía un diluvio de cristales de colores. Las grietas se extendían. Los hombres se precipitaban en ellas con gritos que se desvanecían al mismo tiempo que se desvanecían ellos, devorados en el silencio. También desaparecían grandes trozos de las paredes y los suelos de piedra. Gimieron los muros de la torre.

Sarkan estaba sosteniendo el hechizo por los bordes, apenas, como quien trata de controlar un caballo desbocado. Intenté enviarle magia para que la utilizase. Estaba soportando todo mi peso, su brazo me rodeaba como si fuese de hierro. Las piernas se

me tropezaban la una con la otra, casi a rastras. Me empezaba a doler el pecho ahora, un dolor agudo y espantoso como si mi cuerpo se hubiera despertado por fin y se hubiese dado cuenta de que algo iba terriblemente mal. No podía respirar sin sentir deseos de gritar, y no era capaz de coger el aire suficiente para gritar. Los soldados seguían luchando en algunos sitios, otros huían sin más de la torre y trataban de escapar del mundo que se desmoronaba. Vi a Marek de pasada, que se libraba a patadas de su caballo muerto y saltaba sobre una grieta que se dirigía hacia él por el suelo.

Entre las puertas destrozadas apareció la reina con el resplandor de la luz de la mañana a su espalda, y por un instante pensé que, en lugar de una mujer, había un árbol en la entrada, un árbol de corteza de plata que se alzaba desde el suelo hasta el techo. Sarkan tiró entonces de mí, con él, para retroceder hacia la escalera, y me condujo abajo. La torre se estremecía, y las piedras rodaban escaleras abajo detrás de nosotros. Sarkan entonaba su última frase del hechizo con cada escalón, evitando que el resto del ensalmo se soltase de golpe. No podía ayudarle.

Volví a abrir los ojos y vi a Kasia arrodillada junto a mí, inquieta. El aire estaba lleno de polvo, pero las sacudidas de los muros habían cesado por lo menos. Me encontraba apoyada contra la pared de la despensa; estábamos bajo tierra. No recordaba haber bajado el resto de las escaleras. Cerca, el barón daba instrucciones a gritos a los soldados que le quedaban; estaban volcando botelleros y barriles, y amontonando cacerolas de hierro en una barricada al final de las escaleras; la apuntaban con piedras desmoronadas. Podía ver como se asomaba desde arriba la luz del sol, a la vuelta del giro de las escaleras. Sarkan estaba a mi lado, entonando aún la misma frase, una y otra vez, y se estaba quedando ronco.

Me había colocado junto a un armario cerrado, hecho de metal; había marcas chamuscadas alrededor de los picaportes. Sarkan hizo un gesto a Kasia, hacia la cerradura. Kasia cogió el picaporte. De la cerradura salió una llama que le acarició las manos, pero ella apretó los dientes y lo abrió de todos modos. Dentro había una estantería con frascos pequeños que contenían un líquido con un brillo tenue. Sarkan cogió uno y me señaló a mí. Kasia miró a Sarkan y después a la flecha.

—¿Tiro de ella para sacarla? —preguntó.

Él hizo un gesto con la mano, hacia delante. Kasia tragó saliva y asintió. Se arrodilló de nuevo junto a mí.

—Aguanta, Nieshka —me dijo.

Tomó la flecha entre las manos y partió el asta emplumada que aún sobresalía de mi pecho. La punta de la flecha tembló dentro de mí. Se me abrió la boca y se cerró, una agonía silenciosa. No podía respirar. Retiró rápidamente las peores astillas y la dejó tan lisa como pudo; me dio entonces la vuelta, sobre el costado y contra la pared, y con un horrible impulso empujó la flecha para que terminase de atravesarme. Agarró la punta de la flecha, que me salía por la espalda, y tiró de ella para acabar de extraerla.

Solté un quejido, y la sangre descendió caliente por mi torso, por delante y por detrás. Sarkan había abierto el frasco. Vertió el líquido en su mano ahuecada y entonces lo frotó sobre mi piel, presionándolo contra la herida abierta. Quemaba de un modo espantoso. Traté de apartar a Sarkan con una mano floja. Él no me hizo caso, y me retiró el vestido para echar más de aquello; Kasia me empujó entonces hacia delante, y lo vertieron en la herida de la espalda. En ese instante grité, y de repente podía gritar. Kasia me dio un trozo de tela para que lo mordiese, lo mordí y me estremecí con él.

El dolor empeoró en lugar de mejorar. Me aparté de ellos y traté de apretarme contra el muro, la piedra dura y fría, como si pudiera convertirme en parte de ella y ser insensible. Clavé las uñas en el cemento, gimiendo, con la mano de Kasia sobre el hombro... y pasó lo peor. La hemorragia se frenó y cesó. Empecé a ser capaz de ver otra vez, y de oír: el combate en las escaleras, el sonido metálico y amortiguado de las



espadas al golpear unas contra otras, los muros de piedra, los rasponazos de hierro y algún tañido ocasional. La sangre goteaba a través de la barricada.

Sarkan había apoyado la espalda contra la pared, a mi lado, sus labios se seguían moviendo, pero ya casi no emitían sonido alguno, y tenía los ojos cerrados, apretados con la tensión. *La invocación* era como un castillo de arena del que el agua se hubiera llevado la mitad, y el resto estuviera a punto de deslizarse y caerse; lo estaba manteniendo en pie a base de pura fuerza. Si se derrumbaba el resto, me preguntaba si aquella nada se tragaría la torre entera, si nos devoraría a todos nosotros y dejaría un orificio vacío en el mundo... que después se cerraría; la ladera de la montaña se desprendería para rellenar aquel agujero devorado en la tierra, como si ninguno de nosotros hubiera existido jamás.

Abrió los ojos y me miró. Señaló con un gesto a Kasia, a los niños acurrucados detrás de ella, asomados con miedo por encima de un tonel. Sarkan volvió a hacer un gesto: «Vete». Pretendía que huyera, que me los llevase de allí volando a cualquier sitio. Vacilé, y sus ojos me miraron brillantes, iracundos. Barrió el suelo vacío con un movimiento de la mano. El libro se había perdido: *La invocación* se había perdido. No podíamos concluir el hechizo, y, cuando se le acabasen las fuerzas...

Tomé aire, entrelacé mi mano con la suya, y regresé al hechizo. Él se resistió. Lo entoné al principio en voz baja, en breves golpes de aire, tanteando el camino. Ya no teníamos un mapa, y no me acordaba de las frases, pero aquello ya lo habíamos hecho antes. Recordaba hacia donde nos dirigíamos, lo que estábamos tratando de construir. Levanté más arena hacia el muro y excavé un foso contra la entrada de las olas; lo hice largo y profundo. Continué tarareando fragmentos de relatos y canciones. Empecé a amontonar de nuevo la arena en mi mente. Él se contuvo, perplejo, inseguro sobre cómo ayudarme. Le canté algo más largo, puse en sus manos una cierta melodía como si fuera un puñado de piedrecillas húmedas, y él me la devolvió despacio, en un cántico lento, preciso y equilibrado, disponiendo las piedrecillas una por una alrededor de la base del muro de arena mojada, apuntalando nuestra torre.

El ardid se estaba fortaleciendo, de nuevo más sólido. Habíamos detenido el deslizamiento de tierras. Continué, tocando aquí y allá, encontrando una vía y mostrándosela a él. Apilé más arena y dejé que fuese él quien alisara el muro y lo nivelase; juntos clavamos en lo alto una rama con una hoja temblorosa a modo de banderín que ondea en la brisa. Mi aliento era aún escaso. Sentía un extraño nudo contraído en el pecho y un dolor tenso y profundo allá donde la poción todavía hacía efecto, pero la magia discurría clara a través de mí, rápida y reluciente, desbordante.

Los soldados gritaban. Los últimos hombres del barón trepaban por el otro lado de la barricada, la mayoría desarmados y en simple retirada. Una luz descendía por las escaleras, precedida de un griterío. Los soldados alzaron los brazos y ayudaron a los que huían a bajar y a pasar por arriba. No eran muchos los que quedaban. El flujo cesó, y los soldados lanzaron los últimos palos y los grandes calderos de hierro en lo alto y bloquearon el pasadizo tanto como pudieron. La voz de Marek resonaba detrás, y atisé la cabeza de la reina, dorada. Los soldados del barón trataban de alancearla, pero sus picas se desviaban contra su piel. La barricada se desmoronaba.

No podíamos dejar el hechizo aún. Kasia se encontraba de pie; estaba abriendo la puerta del sepulcro.

—¡Por aquí abajo, rápido! —le dijo a los niños, que accedieron a la escalera a cuatro patas.

Me tomó del brazo y me ayudó a levantarme; Sarkan se puso en pie con esfuerzo. Kasia nos empujó dentro, recogió su espada del suelo y agarró otro frasco sellado del armario.

—¡Por aquí! —gritó a los hombres. Se amontonaron detrás de nosotros.

*La invocación* vino con nosotros. Recorrí las vueltas y vueltas de los giros de las

escaleras, Sarkan justo detrás de mí, con el cántico de la magia entre los dos. Oí un sonido rechinante arriba, y la escalera se oscureció: en lo alto, uno de los soldados había cerrado la puerta. La línea de letras antiguas a ambos lados brillaba en la penumbra y emitía un tenue murmullo, y me vi cambiando un poco nuestro ardid para que se deslizase con suavidad contra su magia. Mi percepción de nuestra torre interior cambió de manera sutil; se volvió más ancha y más amplia, se formaron ventanas y terrazas, una cúpula dorada en lo alto, paredes de pálida piedra blanca inscritas en plata como los muros de la escalera. La voz de Sarkan se ralentizó; él la vio, también: la antigua torre, la torre perdida, mucho tiempo atrás. La luz surgía a nuestro alrededor. Salimos en tropel a la sala circular al fondo de las escaleras. El aire era sofocante, no bastaba para todos nosotros, hasta que Kasia cogió uno de los viejos candelabros de hierro y utilizó la base para abrir a golpes la pared que daba al sepulcro; caían hacia dentro los bloques de piedra. Entró una bocanada de aire fresco mientras ella empujaba a los niños al interior y les decía que se ocultasen detrás del sarcófago del antiguo rey.

Desde arriba, distante, llegó el sonido de la piedra al romperse. La reina guiaba a Marek y a sus hombres tras nosotros, al interior. Varias docenas de soldados se apretaron dentro de la sala y contra las paredes, con el miedo en la cara. Lucían sobrevestas amarillas, o lo que quedaba de ellas, de manera que estaban con nosotros, pero no reconocí ninguno de sus rostros. No veía al barón. El tañido de las espadas se volvió a oír lejano: estaban luchando los últimos soldados de las Marismas Amarillas, retenidos en las escaleras. La luz de *La invocación* aumentaba con velocidad.

Marek acuchilló al último hombre en las escaleras y lanzó el cuerpo rodando hasta el suelo. Los soldados saltaron para salir a su encuentro, casi con entusiasmo: al menos, él era un enemigo al que entendían, alguien a quien se podía derrotar. Sin embargo, Marek detuvo un golpe con el escudo, se agazapó debajo de él y clavó la espada en el cuerpo del hombre; se volvió rápidamente y le cortó la cabeza al que estaba en el otro lado, golpeó a otro con la empuñadura de la espada conforme terminaba el movimiento del brazo, y lanzó una estocada al frente para alcanzar a otro en el ojo. Kasia dio un paso a mi lado, un grito de protesta mientras blandía la espada, pero todos habían caído antes de que ella hubiese terminado siquiera de producir el sonido.

Pero nosotros sí terminamos *La invocación*. Entoné las últimas tres palabras, y Sarkan las cantó después, y juntos las cantamos una vez más. La luz despuntó abrasadora por toda la estancia con un brillo que casi procedía del interior de los muros de mármol. Marek se abrió paso para avanzar hasta el espacio que él mismo había generado, y la reina descendió tras él.

Su espada pendía, goteando sangre. Tenía una expresión tranquila, inmóvil y serena. La luz brillaba sobre ella y a través de ella, constante y profunda; no había ni rastro de corrupción. Marek estaba limpio, y Solya, detrás de él, también; la luz que la invadía a ella los alcanzaba a los dos, a su lado, y no había sombras en ellos, sólo el duro brillo de una especie de egoísmo, un orgullo como las murallas con puntas afiladas de una ciudadela. Pero en la reina no había ni eso, siquiera. La miré fijamente, jadeando, desconcertada. No había corrupción en su interior.

Dentro de ella no había nada en absoluto. La luz de *La invocación* la atravesaba de lado a lado. Se había podrido desde dentro, y su cuerpo no era sino la corteza que abarcaba un espacio vacío. No quedaba nada de ella que corromper. Lo comprendí demasiado tarde: habíamos entrado a salvar a la reina Hanna, así que el Bosque nos había permitido encontrar lo que estábamos buscando. Pero lo que habíamos hallado nunca dejó de ser un simple vestigio vacío, un fragmento del núcleo del árbol-corazón. Una marioneta, hueca y a la espera de que terminásemos todos nuestros exámenes, de que nos convenciésemos de que no había nada mal y el Bosque pudiese entonces

desplegarse y manejar sus hilos.

La luz seguía derramándose sobre ella, y lentamente pude distinguir por fin al Bosque, como si hubiese observado de nuevo la forma de una nube y hubiera visto un árbol en lugar del rostro de una mujer. Allí estaba el Bosque... era lo único que había ahí. Los dorados mechones de su cabello eran las pálidas nervaduras de las hojas, y sus extremidades eran ramas, y los dedos de sus pies eran largas raíces que se extendían serpenteando por el suelo, raíces que se adentraban profundas en la tierra.

La reina miraba a la pared a nuestra espalda, a la abertura rota que daba paso al sepulcro con su llama azul, y por primera vez le cambió la cara, un cambio como la contorsión de un sauce delgado que se inclina en un vendaval, la ira de una ventisca en las copas de los árboles. Aquel poder animador que había en el Bosque —fuera lo que fuese— ya había estado allí antes.

El rostro de lechosa palidez de la reina Hanna se escabullía bajo la luz de *La invocación*, como la pintura lavada por el discurrir del agua. Había otra reina debajo, toda ella de color pardo, verde y dorado, su piel con textura de madera de aliso y los cabellos de un verde oscuro casi negro, con hilos de rojo, de oro y de un pardo otoñal. Alguien le había recogido los hilos de oro del cabello y se los había trenzado en una tiara con cintas blancas, y lucía un vestido blanco que tenía en ella una extraña caída; se lo había puesto a pesar de que no significaba nada para ella.

Vi cómo tomaba forma entre ella y nosotros el cuerpo del rey enterrado. Seis hombres lo llevaban en una sábana de lino blanco, su rostro quieto, inmóvil, y los ojos cubiertos por una pátina blancuzca. Lo trasladaban al sepulcro; lo hicieron descender lentamente en el interior del gran sarcófago de piedra; doblaron la sábana sobre su cadáver.

En la luz de *La invocación*, aquella otra reina siguió a los hombres al interior de la cámara del sepulcro. Se inclinó sobre el sarcófago. No había pesar en su semblante, sólo una confusión de desconcierto, como si no lo entendiese. Rozó el rostro del rey, le tocó los párpados con unos dedos extrañamente largos y nudosos como finas ramas. Él no se inmutó. Ella se asustó, retiró la mano y se apartó de los hombres, que pusieron la tapa sobre el sarcófago, y la llama azul surgió encima de él. Ella los observaba, todavía perpleja.

Uno de aquellos asistentes se dirigió a ella, fantasmal, y supongo que le dijo que se quedase allí cuanto quisiera; inclinó la cabeza ante ella, salió del sepulcro por la abertura y la dejó allí. Algo había en el rostro de aquel hombre cuando se dio la vuelta para marcharse, algo que *La invocación* captó incluso desde tanto tiempo atrás, algo frío y decidido.

La reina Bosque no lo vio. Se encontraba de pie ante el sarcófago de piedra, con las manos extendidas sobre él, tan atónita como lo habría estado Marisha. No entendía la muerte. Miró fijamente a la llama azul, cómo saltaba; recorrió entera aquella sala de piedra desnuda con un semblante herido, consternado. Y entonces se detuvo y volvió a mirar. Estaban colocando bloques de piedra en la pequeña abertura del muro. La estaban encerrando en el sepulcro.

Se quedó mirando un instante, y luego echó a correr y se arrodilló ante el orificio que quedaba. Los hombres trabajaban rápido y ya habían cubierto la mayor parte del espacio con bloques; el hombre de la expresión fría estaba pronunciando una hechicería mientras trabajaban, y en sus manos crepitaba una luz de color azul plateado sobre los bloques para argamasarlos. Ella metió una mano por el agujero en señal de protesta. Él no le respondió; no la miró a la cara. Ninguno de ellos lo hizo. Sellaron el muro con el último bloque y con él empujaron su mano al interior de la cámara.

Se levantó, sola. Estaba sorprendida, furiosa, llena de confusión; pero aún no tenía miedo. Alzó una mano; pretendía hacer algo. Sin embargo, la llama azulada acariciaba el sarcófago detrás de ella. Las letras de los costados capturaban la luz, brillaban y

completaban la larga frase de las escaleras. Se dio la vuelta, y pude leerlas con ella: QUEDA EN LA ETERNIDAD, YACE EN LA ETERNIDAD, SIN MOVERSE JAMÁS, SIN MARCHARSE JAMÁS; no constituían un simple poema por el descanso del rey. Aquello no era un sepulcro, era una prisión. Una cárcel pensada para retenerla a ella en especial. Se dio la vuelta y golpeó la pared, intentó empujarla en vano, meter los dedos en las rendijas. El terror se apoderaba de ella. Encerrada en la piedra, fría y quieta. Habían excavado aquella cámara de entre las raíces de las montañas. No podía salir. No podía...

De repente, la reina Bosque apartó los recuerdos de un empujón. La luz de *La invocación* se quebró y se escurrió sobre las piedras del sepulcro como si fuera agua. Sarkan se tambaleó hacia atrás; yo casi me caí contra la pared. De nuevo estábamos en la sala circular, pero el temor de la reina traqueteaba en el interior de mis costillas como un pájaro se golpea contra las paredes. Recluida del sol, recluida del agua, recluida del aire. Y aun así no podía morir. No había muerto.

Se situó entre nosotros, oculta sólo en parte tras el rostro de la reina Hanna, y tampoco era ya la reina en aquella visión. De alguna manera había conseguido salir. Había alcanzado la libertad, y después... ¿los había matado? Los había matado, y no sólo a ellos, sino a sus amantes, a sus hijos y a toda su gente; los había devorado, se había vuelto tan monstruosa como ellos lo habían sido. Ella hizo el Bosque.

Siseó apenas en la oscuridad, pero no con el siseo de una serpiente, sino con el murmullo de las hojas, el roce de las ramas de los árboles que se restriegan en el viento, y cuando dio un paso adelante, un hervidero de enredaderas descendió por los escalones a su espalda; entonces agarró a todos los hombres que quedaban por los tobillos, las muñecas y por el cuello y los arrastró contra las paredes y el techo para apartarlos de su camino.

Sarkan y yo aún nos estábamos levantando con esfuerzo. Kasia se colocó delante de nosotros como un escudo y cortó las enredaderas para mantenerlas alejadas y lograr que siguiéramos libres, pero otras más la rodearon serpenteando, a su espalda, y entraron en el sepulcro. Atraparon a los niños y comenzaron a arrastrarlos, y Marisha chillaba mientras Stashek les daba tajos inútiles hasta que también lo sujetaron por el brazo. Kasia dio un paso para alejarse de nosotros, hacia los niños, con cara de desesperación, incapaz de protegernos a todos.

Y entonces se abalanzó Marek de un salto. Apartó las enredaderas a base de mandobles con su espada, cuyo filo resplandecía. Se situó entre la reina y los niños, y los empujó con el brazo del escudo de nuevo a la seguridad de la cámara del sepulcro. Se plantó ante la reina. Ella se detuvo ante él.

—Madre —dijo él con dureza, dejó caer la espada y la agarró por las muñecas. Bajó la mirada al rostro de la reina mientras ella lo alzaba lentamente hacia él—. Madre —repitió—. Lucha y libérate de ella. Soy Marek... soy Marechek. Vuelve conmigo.

Me apoyé en la pared para levantarme. Marek resplandecía de determinación, con un vehemente deseo. Tenía la armadura bañada en sangre y en humo, la cara manchada con un churrete rojo vivo, pero por un instante pareció un niño, o tal vez un santo, puro en su necesidad. La reina le miró, le puso la mano en el pecho y lo mató. Sus dedos se convirtieron en espinas, ramas y zarcillos; los hundió a través de la armadura de Marek y cerró la mano como si fuera un puño.

Si quedaba algo de la reina Hanna, cualquier rastro de voluntad por leve que fuese, quizá lo agotara entonces, piadosa en un pequeño detalle: Marek murió sin saber que había fracasado. Su rostro no cambió. Su cuerpo se deslizó con suavidad de la mano de la reina, no muy alterado, tan sólo el orificio del peto de la armadura por donde había entrado la muñeca de la reina. Marek cayó al suelo de espaldas, y su armadura resonó contra las losas, aún con la mirada clara y segura, con la certeza de que sería escuchado, con la certeza de que saldría victorioso. Tenía el aspecto de un rey.

Nos había atrapado a todos en aquella certeza suya. El horror nos dejó paralizados por

un instante. Solya tomó aire una vez, afectado. Kasia dio entonces un salto al frente blandiendo su espada. La reina la contuvo con la suya. Permanecieron enganchadas, la una presionada contra la otra, unas cuantas chispas saltaron del roce de sus aceros, y la reina se inclinó hacia delante para obligar a Kasia a descender poco a poco.

Sarkan estaba hablando, pronunciaba un encantamiento de calor y llamas que se desplegaba por su lengua, y un fuego surgió en un chorro del suelo alrededor de las piernas de la reina, virulento en un amarillo rojizo. Las llamas ennegrecieron la piel de Kasia allá donde la acariciaban; el fuego engulló ambas espadas. Kasia tuvo que apartarse rodando. La cota de malla de plata de la reina se fundió y discurrió sobre ella como un líquido brillante que se encharcó en el suelo y se cubrió con una costra negruzca. Su vestido se hinchaba en unas llamaradas ardientes y humeantes. Sin embargo, el fuego no tocaba su cuerpo; las pálidas extremidades de la reina continuaban derechas e intactas. Solya también estaba lanzando su látigo blanco contra ella, llamas que crepitaban y se azulaban allá donde su fuego se encontraba con el del Dragón; aquella mezcla de fuego azulado se retorció y discurría por todo el cuerpo de la reina tratando de encontrar un punto débil, un lugar por donde entrar.

Agarré la mano de Sarkan; le entregué magia y fuerza para que pudiera seguir conteniéndola con las llamas. Su fuego estaba abrasando las enredaderas. Los soldados que no habían caído estrangulados se alejaban a rastras, dando tumbos, escaleras arriba: al menos ellos sí escaparían. Se me ocurrieron otros hechizos, uno detrás de otro, pero supe que no funcionarían aun sin ponerlos en marcha. El fuego no la quemaría; el acero no le haría mella por mucho que insistiéramos en golpearla. Me pregunté horrorizada si no deberíamos haber dejado que fracasara *La invocación*; si aquella enorme nada se la podría haber llevado. Pero pensé que ni siquiera eso lo hubiese logrado. Había demasiado de ella. Podía haber rellenado cualquier agujero que hiciésemos en el mundo y aun así quedaría más de ella. Ella era el Bosque, o el Bosque era ella. Sus raíces se hundían demasiado profundas.

La respiración de Sarkan se producía en largas inhalaciones, cada vez que podía coger aire. Solya se dejó caer en las escaleras, agotado, y su fuego blanco se extinguió. Le di más fuerzas a Sarkan, pero él tampoco tardó en caer. La reina se volvió hacia nosotros. No sonreía. No había una expresión triunfal en su rostro, únicamente una ira sin fin y la conciencia de la victoria.

Detrás de ella, Kasia se levantó. Desenvainó la espada de Alosha por encima del hombro. La descargó.

La hoja de la espada se deslizó en el cuello de la reina y se quedó allí clavada, a medio camino. Arrancó un rugido hueco, me crujió el oído y se oscureció toda la estancia. El rostro de la reina se paralizó. La espada comenzó a beber, beber y beber con una sed infinita y el deseo de más. El ruido aumentó.

Daba la sensación de ser una guerra entre dos elementos interminables, entre un abismo sin fondo y el discurrir de un río. Nos quedamos todos petrificados, observando, con esperanza. La expresión de la reina no cambió. Una pátina negra y satinada trataba de hacer efecto en el lugar donde se había encajado la espada, en el cuello, y se extendía desde la herida como la tinta empañada a través de un vaso de agua clara. Levantó una mano despacio y se tocó la herida con los dedos, y una pequeña porción de aquel mismo satinado se desprendió sobre las yemas. Se quedó mirándose los dedos.

Volvió a levantar la vista hacia nosotros con un repentino desdén, casi con un gesto negativo con la cabeza, como si quisiera decirnos que habíamos sido unos necios.

De repente, cayó de rodillas sacudiendo la cabeza, el cuerpo y las extremidades, como una marioneta cuyo titiritero ha soltado los hilos. Y las llamas de Sarkan prendieron de golpe en el cuerpo de la reina Hanna. Se le incendió la corta melena de cabellos rubios en una nube de humo, su piel se ennegreció y se abrió. Unos resplandores pálidos

surgieron de debajo de la piel chamuscada. Pensé por un instante que tal vez hubiera funcionado, que quizá la espada hubiese quebrado la inmortalidad de la reina Bosque. Sin embargo, un humo pálido y blancuzco se elevó de aquellas grietas, en torrentes, y pasó ante nosotros con un rugido, escapando tal y como la reina Bosque ya había escapado antes de su prisión. La espada de Alosha continuó tratando de consumirla, de atrapar los borbotones de humo, pero se evaporaban con demasiada rapidez y se escapaban veloces del hambriento alcance de la hoja. Solya se cubrió la cabeza cuando aquellos borbotones pasaron volando por encima de él y subieron por las escaleras; otros se retorcieron y se escaparon por el respiradero; otros más se lanzaron en picado a la cámara del sepulcro, ascendieron y se desvanecieron por una minúscula grieta en el techo, de un tamaño mínimo, en la que no me podía haber fijado. Kasia se había lanzado encima de los niños; Sarkan y yo nos acurrucamos contra la pared tapándonos la boca. La esencia de la reina Bosque se restregó por nuestra piel con el aceitoso horror de la corrupción, el cálido hedor de las hojas viejas y el moho. Y ya había desaparecido... Ya no estaba.

Deshabitado ahora, el cuerpo de la reina Hanna se desmoronó de golpe, como un leño consumido que se deshacía en cenizas. La espada de Alosha cayó al suelo con un ruido metálico. Estábamos solos, y nuestras ásperas respiraciones eran el único sonido. Todos los soldados vivos habían huido; a los muertos se los habían tragado las enredaderas y el fuego, y no quedaban más que unos fantasmas grisáceos en las paredes de mármol blanco. Kasia se incorporó lentamente, con los niños agarrados contra ella. Caí al suelo de rodillas, temblando de horror y desesperación. La mano de Marek yacía abierta cerca de mí. Su rostro miraba al techo, sin vida, en el centro de la habitación, rodeado de piedra achicharrada y metal fundido.

La oscura hoja se estaba disolviendo en el aire. En un instante, nada quedaba salvo la empuñadura vacía. La espada de Alosha se había consumido, y la reina Bosque había sobrevivido.

Sacamos a los niños de la torre, al sol de la mañana, que bañaba reluciente e inverosímil la silenciosa masacre de seis mil hombres. Ya era intenso el zumbido de las moscas, y los cuervos habían llegado en bandadas; cuando salimos, se elevaron del suelo de golpe y se posaron sobre los muros a esperar a que dejáramos de estorbarles.

Habíamos pasado ante el barón, en la despensa, apoyado contra el muro de la chimenea con la mirada perdida en unos ojos que no veían nada y un charco de sangre bajo sus pies. Kasia había encontrado una de las pociones de sueño en su frasco y todavía sin abrir, agarrada en la mano de un hombre de armas desplomado y muerto junto a él. Lo abrió y dio de beber un trago a cada uno de los niños, allí abajo, antes de que los sacásemos al exterior. Ya habían visto más que suficiente.

Stashek colgaba ahora inerte sobre el hombro de Kasia, y Sarkan llevaba a Marisha acurrucada en sus brazos. Yo me afanaba por seguirlos, demasiado vacía para sentir más náuseas, demasiado seca para las lágrimas. Aún me faltaba el aliento y me causaba dolor en el pecho. Solya caminaba conmigo y me ofrecía una mano ocasional para superar algún montículo de cadáveres con armadura particularmente alto. No lo habíamos hecho prisionero; él nos había seguido al exterior, sin más, detrás de nosotros con una expresión de desconcierto, como un hombre que supiese que no estaba soñando pero tuviera la sensación de que debía de estarlo. Abajo, en la despensa, le había entregado a Sarkan lo que quedaba de su capa para que cubriese a la pequeña princesa.

La torre continuaba en pie, apenas. El suelo del gran salón era un laberinto de losetas rotas, raíces muertas y enredaderas marchitas desparramadas por encima de ellas, achicharradas como el cuerpo de la reina, allá abajo. Varias columnas se habían derrumbado por completo. En el techo había un agujero que se asomaba a la biblioteca, y una silla medio caída en su interior. Sarkan levantó la mirada hacia allá conforme salíamos, pasando por encima de bloques de piedra y escombros.

Tuvimos que recorrer entero el perímetro de los muros que habíamos levantado en nuestro intento por mantener a Marek fuera de allí. Las voces de las piedras antiguas me susurraban con tristeza mientras atravesábamos los pasadizos. No vimos a nadie vivo hasta que salimos al campamento abandonado. Allí había por lo menos algunos soldados que rebuscaban entre las provisiones; un par de ellos salieron corriendo del pabellón para huir de nosotros, y se llevaban unas copas de plata. Yo habría pagado con gusto una docena de copas de plata por oír otra voz mortal, a cambio de la posibilidad de creer que no todo el mundo había muerto. Pero huyeron todos ellos, o se escondieron detrás de las tiendas o de las pilas de provisiones, vigilantes. Nos quedamos de pie en aquel campo silencioso.

—Los soldados de los cañones —dije al acordarme, pasado un momento.

Aún estaban allí, una compañía de piedra, apartados, con los ojos grises e inexpresivos clavados en la torre. La mayoría de ellos no había sufrido daños graves. Los rodeamos en silencio. Ninguno de nosotros tenía las fuerzas suficientes para deshacer el hechizo. Finalmente, le ofrecí la mano a Sarkan. Él se cambió a Marisha al otro brazo y me permitió coger la suya.

Conseguimos represar la magia necesaria para deshacer el hechizo. Los soldados se retorcieron y se sacudieron al liberarse de la piedra, temblando con el repentino regreso del tiempo y del aliento. Algunos de ellos habían perdido varios dedos o lucían marcas profundas allá donde sus cuerpos habían sufrido impactos, pero se trataba de hombres entrenados que manejaban unos cañones que rugían de un modo tan terrible como cualquier hechizo. Se apartaron de nosotros con los ojos desorbitados, aunque entonces miraron a Solya: a él, por lo menos, sí lo reconocieron.

—¿Órdenes, señor? —le preguntó inseguro uno de ellos.

Solya se quedó mirándolo igual de inexpresivo por un instante y, a continuación, se volvió hacia nosotros con la misma inseguridad.

Caminamos juntos hasta Olshanka, por un sendero todavía polvoriento de tanto uso el día anterior. Ayer. Traté de no pensar en ello: ayer, seis mil hombres habían marchado por aquel camino; hoy no quedaba ninguno. Yacían muertos en las trincheras, yacían muertos en el gran salón, en la despensa, en las largas escaleras y su sinuoso descenso. Veía sus rostros en la tierra mientras caminábamos. Alguien de Olshanka nos vio llegar, y Borys salió con una carreta para llevarnos el resto del trayecto. En la parte de atrás, nos balanceábamos como sacos de grano. En los crujidos se encontraban todas las canciones que había oído siempre sobre las guerras y las batallas; el golpeteo de los cascos de los caballos, los redobles de tambor. Todas aquellas historias debían de haber acabado del mismo modo, con alguien que regresa cansado a su hogar desde un campo sembrado de muerte, pero nadie cantaba esa parte jamás.

La esposa de Borys, Natalya, me llevó a dormir a la antigua habitación de Marta, un dormitorio pequeño y soleado con una muñeca de trapo raído sentada en una estantería y un edredón que se había quedado demasiado pequeño. Marta vivía ahora en su propia casa, pero aquella habitación se conservaba a su medida, un lugar cálido y acogedor listo para recibirme, y la mano de Natalya era mi madre, que me decía, a dormir, a dormir, que los monstruos no vendrán. Cerré los ojos y fingí que me lo creía.

No me desperté hasta el anochecer, un cálido anochecer estival con el agradable telón azul del crepúsculo. Había en la casa un creciente ajeteo, acogedor y familiar, alguien que buscaba la cena, otros que llegaban de su jornada de trabajo. Me senté ante la ventana sin moverme durante un largo rato más. Aquella familia era mucho más acomodada que la mía: tenían en la casa una planta superior sólo para los dormitorios. Marisha corría por el gran jardín con un perro y con otros cuatro niños, casi todos mayores que ella; llevaba un vestido de algodón recién puesto y marcado ya con manchas de hierba, y el pelo se le deslizaba y salía de unas trenzas muy arregladas. Stashek, sin embargo, estaba sentado cerca de la puerta observándolos, aunque uno de los otros niños era de su edad. Ni siquiera con aquellas ropas sencillas parecía, ni mucho menos, un niño normal y corriente, con los hombros muy rectos y un rostro con la solemnidad de una iglesia.

—Tenemos que llevarlos de vuelta a Kralia —dijo Solya.

Con tiempo para descansar, había recobrado parte de su indignante seguridad en sí mismo y se había sentado en nuestra compañía como si hubiese estado con nosotros desde el principio.

Había oscurecido; los niños ya estaban acostados. Nos encontrábamos sentados en el jardín con unos vasos de brandy de ciruelas frío, y me sentí como si estuviese fingiendo ser una adulta. Se parecía demasiado a cuando mis padres llevaban a las visitas a sentarse en las sillas y en el balancín a la sombra del comienzo de la arboleda y charlaban sobre cosechas y familias mientras nosotros, los niños, corríamos desmelenados y felices buscando bayas o castañas, o jugando simplemente al corre que te pillo.

Me acordé de cuando mi hermano mayor se casó con Malgosia, y de repente los dos dejaron de corretear por ahí con nosotros y empezaron a sentarse con los padres: una especie de alquimia muy solemne, una alquimia que —me daba la sensación— no debería haberme podido llegar a mí sin que me diese cuenta. No me parecía en absoluto real estar sentada allí siquiera, y mucho menos hablar de tronos y de muerte, con gran seriedad, como si aquéllas fueran cosas reales en sí, y no fragmentos extraídos de canciones.

Tenía una sensación más extraña todavía, escuchando cómo discutían todos ellos.

—El príncipe Stashek ha de ser coronado de inmediato, y se ha de establecer una



regencia —proseguía Solya—. El archiduque de Gidna y el archiduque de Varsha, por lo menos...

—Esos niños no van a ir a ninguna parte salvo con sus abuelos —dijo Kasia—, aunque me los tenga que echar a la espalda y cargar con ellos todo el camino.

—Mi querida niña, tú no lo entiendes... —empezó Solya.

—No soy vuestra querida niña —dijo Kasia con un tono mordiente que lo silenció—. Si Stashek es el rey ahora, perfecto; el rey me ha pedido que lo lleve a él y a Marisha con la familia de su madre. Allí es adonde se dirigen.

—La capital está demasiado cerca, de todos modos. —Sarkan movía los dedos impaciente, desdeñoso—. Desde luego que entiendo que el archiduque de Varsha no quiera al rey en manos de Gidna —añadió irritado cuando Solya cogió aliento para discutirsele—, y me da igual. Kralia no era antes un lugar seguro; no será más seguro ahora.

—Pero ningún lugar será seguro —los interrumpí, perpleja—. No por mucho tiempo.

Lo que me parecía a mí era que andaban a la gresca sobre si construir una casa a este lado del río o al otro sin prestar atención a la marca de la crecida del deshielo en un árbol cercano, más elevada de lo que estaría cualquier puerta.

—Gidna está en el océano —dijo Sarkan pasado un instante—. Los castillos del norte estarán bien situados para montar una considerable defensa...

—¡El bosque llegará de todas formas! —exclamé.

Lo sabía. Había mirado a la cara a la reina Bosque y había sentido el latir de aquella ira implacable contra mi piel. Todos estos años, Sarkan había contenido al Bosque como a una riada tras un dique de piedra; había desviado su poder y lo había distribuido en un millar de riachuelos y pozos de energía desperdigados por todo el valle. Pero se trataba de un dique que no podría aguantar para siempre. Hoy, la próxima semana, el año que viene, el Bosque lo rompería. Reclamaría todos aquellos pozos, aquellos riachuelos, y ascendería rugiendo por la ladera. Y, alimentado entonces por toda esa fortaleza recién adquirida, atravesaría los pasos de las montañas.

No iba a haber ninguna fuerza que le saliera al encuentro. El ejército de Polnya había sido masacrado; el de Rosya, herido; y el Bosque se podía permitir perder una batalla, dos batallas o una docena de ellas; establecería sus posiciones y esparciría sus semillas, e incluso si se viera forzado a retroceder por un paso u otro de las montañas, eso no importaría al final. El Bosque seguiría viniendo. Ella seguiría viniendo. Podríamos contener al Bosque el tiempo suficiente para que Stashek y Marisha crecieran, para que se hicieran mayores, o incluso muriesen de viejos, pero ¿y los nietos de Borys y Natalya que corrían con ellos por el jardín? ¿O sus propios hijos, creciendo bajo una sombra cada vez más alargada?

—No podemos seguir conteniendo al Bosque con Polnya en llamas a nuestra espalda —dijo Sarkan—. Los rosyos cruzarán el Rydva en busca de venganza en cuanto se enteren de que Marek está muerto...

—¡No podremos contener al Bosque en absoluto! —dije—. Eso es lo que intentaron ellos... Eso es lo que vos habéis estado haciendo. Tenemos que detenerlo para siempre. Tenemos que detenerla a ella.

Me fulminó con la mirada.

—Sí, una idea genial. Si la espada de Alosha no ha podido matarla, nada puede. ¿Qué propones que hagamos?

Le sostuve la mirada y vi el nudo de temor de mi estómago reflejado en sus ojos. Su rostro se quedó inmóvil. Su expresión perdió agresividad. Se dejó caer contra el respaldo de la silla sin dejar de mirarme. Solya nos observaba a los dos confundido, y Kasia me contemplaba con cara de preocupación. Pero no había ninguna otra cosa que hacer.

—No lo sé —le dije a Sarkan con voz temblorosa—. Pero algo haré. ¿Entraríais vos en

el Bosque conmigo?

Kasia estaba a mi lado, indecisa, en el cruce de caminos a las afueras de Olshanka, entristecida. El cielo aún era del primer gris rosado del alba.

—Nieshka, si crees que te puedo ayudar —dijo en voz baja, pero le hice un gesto negativo con la cabeza.

Le di un beso, ella me rodeó con cuidado con los brazos y fue apretando poco a poco hasta que me sostuvo con fuerza. Cerré los ojos y me aferré a ella, y por un instante fuimos niñas de nuevo, unas crías, bajo una sombra distante pero felices a pesar de todo. El sol se asomó por el camino y nos acarició. Nos soltamos y nos separamos: Kasia relucía dorada y severa, casi demasiado bella para estar viva, y había magia en mis manos. Cogí su rostro un segundo entre mis manos, juntamos la frente, y ella se dio la vuelta y se alejó.

Stashek y Marisha estaban sentados en la carreta, buscando ansiosos a Kasia con la mirada, con Solya junto a ellos; a las riendas iba uno de los soldados. Algunos hombres más habían llegado deambulando a la ciudad, aquellos que habían huido del combate y de la torre antes de que acabara todo, una mezcla de hombres de las Marismas Amarillas y del ejército de Marek. Todos ellos iban escoltando la carreta. Ya no eran enemigos; en realidad, no lo habían sido en un principio. Hasta los hombres de Marek habían pensado que estaban salvando a los infantes. La reina Bosque los había situado a todos en extremos opuestos de un tablero de ajedrez para poder sentarse a un lado y ver cómo se cercenaban los unos a los otros.

La carreta iba cargada con provisiones procedentes de la ciudad entera, mercancías que habrían ido a parar al tributo de Sarkan más tarde aquel año. El Dragón le había entregado oro a Borys a cambio de los caballos y la carreta.

—Te pagarán también por llevarlos —le había dicho al entregarle la bolsa—. Y llévate a tu familia contigo; con esto tendrás suficiente para empezar de nuevo.

Borys miró a Natalya, y ella hizo un leve gesto negativo con la cabeza. Él se volvió y dijo:

—Nos quedamos aquí.

Sarkan se alejó mascullando, impaciente ante lo que se le antojaba una locura. Sin embargo, yo miré a los ojos de Borys. El murmullo del valle sonaba soterrado bajo mis pies, mi hogar. Había salido descalza a propósito, para poder encoger los dedos de los pies entre la hierba blanda y la tierra, y poder extraer esa fuerza, dentro de mí. Sabía por qué no se marchaba, por qué mi padre y mi madre no se marcharían si yo fuera a Dvernik y les pidiera que se fuesen de allí.

—Gracias —le dije.

La carreta se alejó entre crujidos. Los soldados formaron detrás de ella. Kasia me miraba desde la parte de atrás del carro, con los niños bajo sus brazos, hasta que el polvo de la marcha levantó a su paso una nube difusa y ya no pude ver sus rostros. Me volví hacia Sarkan, que me examinó con una expresión dura y severa.

—¿Y bien? —me preguntó.

Bajamos andando por el camino desde la casona de Borys, hacia los golpes y borboteos de la noria del molino de harina en su constante giro con el discurrir del río. Bajo nuestros pies, el sendero se convertía de forma gradual en piedrecillas sueltas y, a continuación, se sumergía bajo la espuma recién formada de las aguas claras. Había un grupo de barcas amarradas en la orilla. Soltamos la más pequeña y la empujamos hacia dentro en el río con mis faldas remangadas y sus botas dentro de la barca; no fuimos demasiado elegantes al subirnos, pero conseguimos hacerlo sin empaparnos, y Sarkan cogió los remos.

Se sentó de espaldas al Bosque y me dijo:

—Lleva tú el ritmo por mí.

Entoné el canto de aceleración de Jaga en voz baja mientras él remaba, y las orillas se

difuminaron.

El Huso discurría claro y recto bajo un sol que se alzaba cálido y brillaba sobre las aguas. Nos deslizábamos veloces sobre ellas, algo menos de un kilómetro con cada palada de los remos. Vi de refilón a las mujeres que lavaban la ropa en la orilla en Poniets, sentadas y rodeadas de montones de ropa blanca, que se incorporaban para vernos pasar con la velocidad de un colibrí; y al pasar por Viosna, por un instante bajo los cerezos con sus pequeños frutos que apenas se estaban formando, los pétalos caídos aún discurrían a la deriva por el agua. No llegué a ver Dverník, aunque supe cuándo lo dejábamos atrás. Reconocí una curva en la orilla a poco más de medio kilómetro al este de la aldea, y me di la vuelta para ver el reluciente gallo de latón del chapitel de la iglesia. El viento soplaba a nuestro favor.

Continué entonando el cántico con suavidad hasta que apareció al frente la oscura pared de árboles. Sarkan dejó los remos en el fondo de la barca. Se dio la vuelta, observó el terreno justo ante los árboles, y su gesto se volvió severo. Tras un segundo me percaté de que ya no se veía una franja de suelo quemado, sólo una hierba verde y espesa.

—Habíamos recuperado y quemado un kilómetro y medio alrededor del lindero —dijo él.

Miró al sur, hacia las montañas, como si estuviera tratando de calcular la distancia que el Bosque había avanzado ya. No pensé que aquello importase ahora. Cualquier distancia era demasiada, y no tanta como llegaría a ser, tampoco. O encontrábamos una manera de detenerlo, o no lo haríamos.

La corriente del Huso nos llevaba a la deriva. Más adelante, los árboles esbeltos y oscuros extendían unos largos brazos y unos dedos entrelazados a lo largo del río formando un muro que se alzaba en ambas orillas. Sarkan se volvió hacia mí, y unimos las manos. Entonamos un hechizo de distracción, de invisibilidad, y lo tomé y se lo murmuré a la barca para decirle que fuese un bote perdido y vacío sobre las aguas, con la amarra rota y deshilachada, que daba suaves sacudidas sobre las rocas. Tratamos de no ser dignos de atención, nada por lo que preocuparse. El sol había ascendido, y una banda de luz recorría el río entre las sombras de los árboles. Coloqué uno de los remos detrás de nosotros a modo de timón y mantuve la barca en la franja soleada.

Las riberas se volvieron más espesas y exuberantes, zarzas cargadas de bayas rojas y espinas como dientes de dragón, blancuzcas y con filos mortíferos. Los árboles eran cada vez más gruesos, contrahechos y enormes. Se inclinaban sobre el río; lanzaban al aire los finos látigos de sus ramas, zarpazos que reclamaban una mayor cantidad de cielo. Su aspecto era tal y como sonaba un gruñido. Nuestra senda segura discurría cada vez más pequeña y más estrecha, y el agua guardaba silencio debajo de nosotros, como si ella también se estuviese escondiendo. Nos acurrucamos en el centro de la barca.

Una mariposa nos delató, el leve retazo de un revoloteo amarillo y negro que se había perdido por el Bosque. Descendió a descansar en la proa de nuestra barca, agotada, y un pájaro salió disparado como un cuchillo negro de entre los árboles y la atrapó. Se posó en la proa con las machacadas alas de la mariposa asomando del pico y dio cuenta de ellas con tres rápidos golpes de mandíbula, mirándonos con unos ojos como pequeñas cuentas negras. Sarkan trató de agarrarlo, pero se alejó veloz entre los árboles, y un frío viento descendió por el río a nuestra espalda.

De las orillas surgió un crujido. Uno de aquellos árboles enormes y viejos se inclinó mucho, las raíces se liberaron del suelo, y cayó con un rugido al agua justo detrás de nuestra barca. El río se sacudió debajo de nosotros. El remo se me cayó rodando. Nos agarramos a los lados del bote y nos aferramos mientras dábamos vueltas por la superficie y se nos sumergía la popa. La barca se inclinó, y el agua entró en tromba por

los lados, congelada en mis pies descalzos. Continuábamos dando vueltas, zarandeados; mientras girábamos, vi a un caminante que salía de la orilla y recorría el tronco del árbol caído con un golpeteo. Volvió la cabeza de palo para vernos.

—*¡Rendkan selkhoz!* —gritó Sarkan, y la barca se enderezó en la superficie.

Apunté una mano hacia el caminante, pero ya sabía que era demasiado tarde.

—*Polzhyt* —dije, y el resplandor naranja de un fuego surgió de repente en su espalda con aspecto de rama.

La criatura se dio la vuelta y huyó corriendo al interior del Bosque sobre sus cuatro patas dejando un rastro de humo y un brillo anaranjado a su paso. Nos habían visto.

La mirada del Bosque descendió sobre nosotros con toda su fuerza, como un mazazo.

Me caí de espaldas al fondo de la barca, golpeada, y sentí que el agua fría me empapaba la ropa, como una sacudida. Los árboles se estiraban hacia nosotros, alargaban unas ramas espinosas sobre el agua, y las hojas caían a nuestro alrededor y se juntaban en la estela de nuestra barca. Doblamos un recodo y nos encontramos con media docena de caminantes un poco más arriba, encabezados por una mantis verde oscuro, vadeando el río todos ellos como si formaran un dique viviente.

El agua se había acelerado, como si el Huso hubiera preferido llevarnos y dejarlos atrás, pero eran demasiados, y más aún que se adentraban en el río más adelante.

Sarkan se puso de pie en la barca, tomó aliento para un hechizo, preparado para atacarlos con fuego, con rayos. Me levanté con esfuerzo, lo cogí del brazo y tiré de él conmigo por la borda de la parte de atrás del bote, al agua, y sentí a través de la mano su sorprendido arrebató de indignación. Nos sumergimos en la profundidad de la corriente y volvimos a salir a la superficie para flotar como una hoja sujeta a una rama, verde pálido y pardo, arremolinándose con todas las demás. Era una ilusión y no lo era; la mantuve con todo mi corazón, sin desear nada más que ser una hoja, una minúscula hoja que se lleva el viento. El río nos atrapó en una corriente estrecha y rápida y nos llevó con entusiasmo, como si tan sólo hubiese estado esperando aquella oportunidad.

Los caminantes atraparon nuestra barca, y la mantis la destrozó con las pinzas de sus patas delanteras, la hizo astillas y metió la cabeza entre ellas como si tratase de encontrarnos. Volvió a sacar sus ojos brillantes y facetados y miró a su alrededor una y otra vez. Para entonces ya habíamos pasado veloces junto a sus patas; el río nos había absorbido brevemente en un remolino, hacia un silencio verde y turbio, fuera del alcance de la vista del Bosque, y nos había vuelto a escupir más abajo, en un retal cuadrado de rayos de sol con otra docena de hojas que irrumpieron en la superficie junto a nosotros. Allí atrás, corriente arriba, los caminantes y la mantis revolvían el agua y la cribaban con sus patas. Nos alejamos a la deriva en la superficie, en silencio; el agua nos llevaba.

Fuimos hoja y rama durante un largo tiempo en la oscuridad. El río había menguado a nuestro alrededor, y los árboles habían crecido de una forma tan monstruosa, tan altos, que sus ramas se entrelazaban sobre nosotros y formaban un baldaquino tan espeso que no lo atravesaba un solo rayo de luz, apenas se filtraba un tenue resplandor. El sotobosque se había marchitado, privado del sol. Unos helechos de finas hojas y unas setas de sombrerete rojo se apiñaban en las orillas con los juncos grises y ahogados de raíces pálidas y expuestas en un barrizal negro, que bebían del río. Había más espacio entre los troncos oscuros. Se acercaron a las orillas a buscarnos varias mantis y caminantes, y también otras cosas: una de ellas era un jabalí de hocico grande y del tamaño de un poni con unos hombros peludos demasiado cargados y unos ojos rojos como ascuas, los colmillos afilados y retorcidos sobre la mandíbula superior. Se aproximó a nosotros más que cualquiera de las otras criaturas, olisqueando la ribera, rebuscando en el barro y el mantillo de hojas muertas amontonadas a una cortísima distancia de donde nosotros pasábamos flotando con mucho, mucho cuidado. «Somos hoja y rama —entoné silenciosa—, hoja y rama, nada más», y mientras nos alejábamos

arremolinados, vi que el jabalí sacudía la cabeza y soltaba un bufido de frustración para regresar entre los árboles.

Aquella fue la última bestia que vimos. El latido de la terrible ira del Bosque se había atenuado cuando desaparecimos de su vista. Nos estaba buscando, pero ya no sabía dónde mirar. La presión se fue aliviando todavía más conforme avanzábamos. Todos los sonidos y silbidos de las aves y los insectos se desvanecían. Tan sólo el Huso continuaba borboteando para sí, más ruidoso; se volvía a ensanchar un poco y discurría más rápido sobre un lecho poco profundo de gravas pulidas. Sarkan se movió de repente, jadeó con sus pulmones humanos y tiró de mí con fuerza en el aire. A menos de treinta metros, el río rugía sobre el borde de un precipicio, y en realidad no éramos hojas, por mucho que me hubiese preocupado yo por olvidarme de ello.

El río seguía tirando de nosotros, de manera persuasiva. Las piedras resbalaban tanto como el hielo húmedo. Me rasparon los tobillos y los codos, y nos caímos tres veces. Nos arrastramos hasta la orilla, apenas a unos metros de la caída de la cascada, tiritando empapados. Los árboles guardaban silencio a nuestro alrededor, oscuros; no nos vigilaban. Eran tan altos que, desde aquí abajo, en el suelo, únicamente eran unas torres lisas y elevadas cuyo corazón había crecido siglos atrás; para ellos no éramos más que unas ardillas que husmeaban entre sus raíces. Una enorme neblina se elevaba de la base de la catarata y ocultaba el borde de la pendiente y todo lo que había debajo. Sarkan me miró: «Y ahora ¿qué?».

Me adentré en la niebla, con cuidado, tanteando el terreno. La tierra respiraba húmeda e intensa bajo mis pies, y la neblina del río se me aferraba a la piel. Sarkan mantenía una mano sobre mi hombro. Encontré puntos de apoyo para los pies y para las manos, y descendimos por la pendiente abrupta, irregular, hasta que el pie se me resbaló y caí sentada. Él se cayó conmigo, nos deslizamos juntos el resto de la ladera y nos las arreglamos para mantenernos sobre las posaderas en lugar de salir dando volteretas de cabeza hasta que la pendiente nos lanzó con fuerza contra la base del tronco de un árbol que se inclinaba peligrosamente sobre los remolinos de la poza de la cascada gracias a unas raíces aferradas a una roca enorme que impedían que se precipitase.

Permanecimos allí tumbados boca arriba, aturdidos y sin aliento. La roca gris nos miraba con el ceño fruncido, como si no fuese más que un anciano de nariz grande y unas cejas pobladas de raíces. Aun magullada y arañada, sentí un inmenso alivio instintivo, como si por un instante me hubiese parado a descansar en una burbuja de seguridad. La ira del Bosque no llegaba hasta allí. La niebla surgía del agua en densas cortinas y se desplazaba de aquí para allá, y a través de ella vi que las hojas se movían ligeramente, arriba y abajo, de un pálido amarillo en unas ramas plateadas, desesperadamente felices por descansar, y Sarkan masculló entonces media maldición y se volvió a poner en pie agarrándome del brazo. Me levantó a rastras casi entre protestas, me apartó y me llevó al agua, que nos llegaba por los tobillos. Se detuvo allí, justo fuera del alcance de las ramas, y me di la vuelta para mirar entre la niebla. Habíamos estado tumbados debajo de un árbol-corazón viejo y retorcido que crecía en la orilla.

Huimos de él siguiendo el descenso del estrecho curso del río. El Huso era allí poco más que un arroyo, apenas ancho para que fuésemos corriendo los dos juntos y chapoteando sobre el fondo de arena gris y ámbar. La niebla se aclaró, y acabó por levantarse el último manto de vapor con una ráfaga final que se la llevó por completo. Nos detuvimos, petrificados. Nos encontrábamos en un amplio claro poblado de árboles-corazón, que se elevaban a nuestro alrededor como un ejército.

Estábamos allí de pie, con los puños apretados, sin apenas respirar, como si pudiéramos evitar que los árboles se fijaran en nosotros si no nos movíamos. El Huso continuaba avanzando y se alejaba de nosotros entre los árboles con su dulce murmullo. El agua era tan clara que podía distinguir los granos de arena del fondo, negros, grisáceos y marrones, revueltos con cantos rodados de ámbar y de cuarzo. El sol lucía de nuevo.

Los árboles-corazón no eran aquellas columnas monstruosas y silentes de lo alto de la cascada. Eran grandes, pero de la altura de los robles. En cambio se extendían a lo ancho, cargados de ramas entrelazadas y flores primaverales de un pálido color blanco. Unas hojas doradas y secas alfombraban el suelo al pie de aquellos árboles, caídas el último otoño, y de debajo de ellas surgía el tenue olor vinario de la fruta caída y añeja, en absoluto desagradable. El nudo de mis hombros seguía tratando de desenredarse.

En aquellas ramas tendría que haber una infinidad de pájaros cantando, y animales pequeños que fuesen buscando sus frutos. En cambio, había una extraña y profunda quietud. El río entonaba su cántico suave, pero allí nada más se movía; nada más vivía. Se diría que ni siquiera se inmutaban los árboles-corazón. Una brisa agitó un poco las ramas, pero las hojas sólo susurraron un instante con pereza y guardaron silencio. El agua discurría sobre mis pies, y el sol brillaba a través de las hojas.

Finalmente, di un paso. Nada se abalanzó desde los árboles; ningún pájaro chilló para dar la voz de alarma. Di otro paso, y otro más. El agua estaba templada, y el moteado del sol que atravesaba los árboles tenía la fuerza suficiente para empezar a secarme la ropa de lino en la espalda. Caminamos rodeados de silencio. El Huso nos guiaba en una senda de meandros por y entre los árboles, hasta que por fin desembocaba en un pequeño estanque de aguas quietas.

En el extremo opuesto del estanque se alzaba un último árbol-corazón: ancho, se elevaba por encima de todos los demás, y delante de él ascendía un montículo verde cubierto de flores blancas caídas. Sobre él yacía el cuerpo de la reina Bosque. Reconocí el vestido de luto blanco que lucía en la torre: aún lo llevaba, o lo que quedaba de él. La falda larga y recta estaba hecha jirones, rasgada por los costados; la mayor parte de las mangas se había podrido. Los puños de perlas engarzadas alrededor de las muñecas estaban marrones, manchados de sangre vieja. Su cabello negro verdoso se derramaba por los lados del montículo y se enredaba con las raíces del árbol, que habían trepado por el montículo y envolvían su cuerpo con delicados y largos dedos de color pardo, en bucles en los tobillos y en los muslos, en los hombros y en la garganta; le peinaban los cabellos. Tenía los ojos cerrados, como si soñara.

De haber tenido aún la espada de Alosha, se la habríamos clavado, le habríamos atravesado el corazón y la habríamos dejado ensartada en la tierra. Tal vez aquello la hubiera matado, allí, en la fuente de su poder, en su propia carne. Pero la espada se había desvanecido.

Sarkan sacó entonces su último frasco de corazón de fuego, con el dorado rojo de aquel hambre que se agitaba ansioso en el cristal. Bajé la vista para mirarlo y guardé silencio. Habíamos llegado hasta allí para poner el punto final. Habíamos venido a quemar el Bosque, y aquél era su corazón. Ella era el corazón del Bosque. Pero cuando me imaginé vertiendo el corazón de fuego sobre su cuerpo, viendo cómo se retorcían sus extremidades...

Sarkan vio mi expresión.

—Vuelve a la cascada —me dijo para intentar ahorrármelo.

Pero yo negué con la cabeza. No se trataba de que me diese aprensión matarla. La reina Bosque se merecía la muerte y el horror: los había sembrado, cultivado y cosechado por arrobos, y quería más. El grito insonoro de Kasia bajo la corteza del

árbol-corazón; el rostro de Marek, resplandeciente, mientras lo mataba su propia madre. El terror de mi madre cuando su hija pequeña llegó a casa con un delantal lleno de moras, porque el Bosque no perdonaba ni siquiera a los niños. Los muros huecos, vaciados, de Porosna con el árbol-corazón achaparrado sobre la aldea; y el padre Ballo, arrancado de su propio cuerpo y convertido en una bestia asesina. La vocecita de Marisha, que decía «mamá» sobre el cadáver acuchillado de su madre.

La odiaba; deseaba que ardiese, que se quemase como se habían quemado tantos de los corrompidos, porque ella se había apoderado de ellos. Sin embargo, aquel ansia de crueldad daba la sensación de ser otra respuesta incorrecta más en una interminable sucesión. La gente de la torre la había emparedado, y ella había acabado con todos ellos. Había erigido el Bosque para que nos devorase; nosotros se la entregaríamos ahora al corazón de fuego y asfixiaríamos con ceniza toda aquella agua clara y resplandeciente. Nada de aquello parecía correcto, pero no veía qué otra cosa podíamos hacer.

Vadeé el estanque con Sarkan. El agua no nos llegaba más allá de las rodillas. Las piedras, pequeñas y redondas, eran lisas bajo nuestros pies. De cerca, la reina Bosque parecía aún más extraña, como si no estuviese viva en absoluto; tenía los labios separados, pero su pecho no subía y bajaba. Podía haber sido una talla en madera. Su piel tenía el tenue dibujo de las bandas de la madera abierta a lo largo y pulida, oleadas claras y oscuras. Sarkan abrió el frasco y, con un golpe seco, vertió el corazón de fuego entre sus labios, y después le echó las últimas gotas por el cuerpo.

Sus ojos se abrieron de golpe. El vestido se incendió, las raíces del árbol se incendiaron, su cabello se incendió, en un fuego que rugía a su alrededor como una nube mientras Sarkan tiraba de mí para apartarme. La reina soltó un grito ronco y violento. De sus labios surgió una bocanada de humo y de fuego, y bajo su piel brotaban llamaradas como las erupciones de unas estrellas de color naranja por su cuerpo, aquí y allá. Se retorcía en el montículo debajo de las raíces, y el verde de la hierba se calcinaba con rapidez. A su alrededor, sobre ella, ascendían columnas de humo. En su interior vi unos pulmones, un corazón, un hígado, como si fueran sombras dentro de una casa en llamas. Las largas raíces del árbol se abrasaban, se retraían, y ella se levantó de golpe del montículo.

Se situó frente a nosotros, ardiendo como un leño que llevase mucho tiempo en el fuego: tenía la piel calcinada, convertida en un carbón negro que se resquebrajaba para mostrar las llamas anaranjadas de debajo mientras unas pálidas cenizas se desprendían de su piel. Sus cabellos eran un torrente de llamas que le coronaba la cabeza. Volvió a gritar con un resplandor rojizo en la garganta y la lengua negra como el tizón, y no dejó de arder. El fuego manaba de ella en algunos lugares, pero la piel se cerraba allí como la corteza nueva, una piel que volvía a sanar conforme el calor inagotable la ennegrecía una vez más. Avanzó tambaleándose hacia el estanque. Horrorizada, recordé la visión de *La invocación* y el desconcierto de la reina, su pavor al saberse encerrada en la piedra. No se trataba tan sólo de que fuese inmortal hasta que alguien le diese muerte. No sabía en absoluto cómo morir.

Sarkan cogió un puñado de arena y guijarros del lecho del río y se los lanzó mientras formulaba un hechizo de aumento; los guijarros se hincharon en el aire y se convirtieron en pedruscos. Impactaron contra ella, y varias nubes de chispas salieron de su cuerpo como cuando se remueve el fuego con un atizador, pero aun así no se derrumbó en cenizas. Continuaba ardiendo sin consumirse. Seguía avanzando. Se abalanzó a cuatro patas hacia el estanque y en torno a ella ascendió el siseo de unas nubes de vapor.

Entonces, de repente, el estrecho río comenzó a discurrir más rápido sobre las rocas, como si supiera que hacía falta rellenar el estanque. Ella seguía brillando incluso debajo de las ondas de agua clara; el corazón de fuego refulgía muy dentro de ella,

negándose a ser sofocado. Ahuecó ambas manos y se llevó el agua a la boca. La mayor parte del agua se evaporaba de su piel calcinada. Cogió entonces una de las piedras que le había lanzado Sarkan y la vació por la mitad con un extraño giro brusco de magia para hacerse un cuenco del que beber.

—Conmigo, juntos —me gritó Sarkan—. ¡Mantén el fuego sobre ella!

Me sobresalté; estaba absorta viéndola vivir y quemarse al mismo tiempo. Cogí la mano de Sarkan.

—*Polzhyt mollin, polzhyt talo* —cantó él, y yo entoné una canción que hablaba del fuego en el hogar, que hablaba de soplar con delicadeza en una llama.

Las raíces ardientes volvieron a crepitar detrás de la reina Bosque, y el fuego brilló renovado dentro de ella. Alzó la cabeza del cuenco con un grito de ira. Sus ojos eran dos fosas negras y huecas que refulgían de fuego.

Unas enredaderas brotaron en la orilla y se enroscaron enmarañadas en nuestras piernas. Descalza, conseguí zafarme de ellas, pero se engancharon en los cordones de las botas de Sarkan, y él cayó al agua. Otros zarcillos se lanzaron a una sobre sus brazos y en busca del cuello. Metí las manos en el agua y los agarré.

—*Arakra* —dije, y un violento centelleo verde los recorrió de arriba abajo y los hizo apartarse a toda prisa; incluso a mí me escocían los dedos.

Sarkan pronunció un encantamiento rápido y se liberó, dejó las botas aún aprisionadas en el agua, y salimos a rastras hasta la orilla.

A nuestro alrededor, los árboles-corazón se habían despertado; se estremecían y balanceaban en una inquietud compartida, en un murmullo agitado. La reina Bosque se había apartado de nosotros. Utilizaba aún el cuenco para beber y también para echar agua en las raíces ardiendo del gran árbol-corazón en un intento por extinguir el fuego. El agua del Huso estaba sofocando las llamas en el interior de su cuerpo, poco a poco; sus pies, hundidos en el estanque, ya eran sólidos rescoldos ennegrecidos que habían dejado de arder.

—El árbol —dijo Sarkan con voz ronca al levantarse de la orilla: tenía unas marcas rojas, irritadas, alrededor del cuello como si fuera un collar de pinchazos de las espinas—. Está tratando de protegerlo.

Me puse en pie en la orilla y alcé la vista. Estaba atardeciendo, y el aire era denso y húmedo.

—*Kalmoz* —pronuncié mirando al cielo, invocándolo; las nubes comenzaron a congregarse y a aumentar de tamaño—. *Kalmoz*.

Empezó una llovizna cuyas gotas chapoteaban en el agua, y Sarkan me dijo cortante:

—Lo que nosotros queremos no es apagarlo...

—*¡Kalmoz!* —grité, alcé los brazos y arranqué un rayo del cielo.

Esta vez sabía lo que iba a suceder, pero eso no significa que estuviera preparada para ello: no había forma de estar preparada para algo así. El rayo se llevó consigo el mundo, de nuevo, aquel único y terrible instante de silencio blanco y ciego en todas partes a mi alrededor, y luego salió de mí con un trueno e impactó en el enorme árbol-corazón, un golpe devastador justo en el centro.

La fuerza me lanzó despedida hacia atrás; caí aturdida con medio cuerpo en la corriente del río, con la mejilla apoyada sobre los cantos y la hierba, mientras unas ramas cargadas de hojas doradas se agitaban sobre mí. Me sentía borrosa, aturdida y en blanco. El mundo se había silenciado de un modo extraño, pero aun a través de aquel mullido acolchado pude oír un espantoso grito que surgía cargado de horror y de ira. Conseguí apoyarme en los brazos temblorosos y levantar la cabeza. El árbol-corazón estaba ardiendo, todas sus hojas en llamas, el tronco entero ennegrecido. La sacudida del rayo había alcanzado una de las ramas grandes y más bajas en el tronco, y casi una cuarta parte del árbol se estaba rajando.

La reina Bosque chillaba. Como si actuase por instinto, puso las manos en el árbol en



un intento por devolver a su lugar la rama rajada, pero ella seguía ardiendo: la corteza se volvía a incendiar allá donde ella la tocaba. Retiró las manos. Unos zarcillos de hiedra surgieron del suelo y treparon por el tronco del árbol para entrelazarse a su alrededor y tratar de mantenerlo de una pieza. La reina Bosque se dio la vuelta y vino hacia mí a través del estanque con una mueca de furia en el rostro. Intenté alejarme reptando con las manos y los pies, temblorosa, consciente de que no había funcionado. No estaba herida de muerte, aunque el árbol sí lo estaba. El árbol-corazón no era un canal hacia su vida.

El rayo había lanzado a Sarkan despedido hacia atrás, entre los árboles; salió de entre ellos dando tumbos con la ropa chamuscada y ennegrecida por el humo, y señaló al río.

—*Kerdul foringan* —dijo con una voz áspera a más no poder y lejana en mis oídos, y el río se estremeció—. *Tual, kerdul...* —Y la orilla se desmoronó.

El río viró despacio, vacilante, y discurrió por el nuevo lecho, desviándose del estanque y del árbol en llamas. El agua que quedaba en el estanque comenzó a elevarse en bocanadas de vapor hirviente.

La reina Bosque se dio la vuelta hacia él. Extendió las manos, y más plantas surgieron de golpe del agua. Agarró la punta de las enredaderas, tiró de ellas y las lanzó hacia Sarkan. Los zarcillos crecieron y engordaron mientras iban por el aire y se enroscaron a su alrededor, en los brazos y en las piernas, cada vez más gruesos; lo tiraron al suelo. Traté de levantarme. Las manos me escocían, tenía la nariz llena de humo. Pero ella vino hacia mí demasiado rápido, un tizón viviente con hilos de humo y de vapor que aún se desprendían espesos de su cuerpo. Me agarró y grité. Olí cómo se me abrasaba la piel, se ennegrecía allá donde me agarraba, en los brazos.

Me levantó a pulso, en el aire. Era incapaz de ver o de pensar a causa del dolor. Mi vestido se consumía, las mangas se quemaban y se me caían de los brazos por debajo de la espiral de aquellos dedos como hierros candentes. El aire a su alrededor era caliente como el de un horno y formaba ondas como el agua. Aparté la cara de ella en mi lucha por respirar. Me arrastró con ella por el estanque y sobre los restos calcinados de su montículo de descanso, hacia el árbol destrozado.

Me imaginé entonces lo que pretendía hacerme, y grité y me resistí pese al dolor. Su sujeción era implacable. Le di patadas con los pies descalzos y me los abrasé; busqué a tientas la magia y chillé medio hechizo, pero me sacudió con tal fuerza que se me quedó en el castañeteo de los dientes. La reina era un rescoldo en llamas a mi alrededor, fuego por doquier. Traté de agarrarme a ella, tirar de mí contra ella. Hubiera preferido arder hasta la muerte. No quería saber en qué forma de corrupción me convertiría a mí, qué haría ella con mi fuerza una vez vertida en el interior de aquel inmenso árbol-corazón, allí, en el centro del Bosque.

Pero mantuvo los brazos rígidos. Me lanzó a través de las cenizas y la madera abrasada al hueco que mi rayo había dejado en el maltrecho núcleo del árbol. Las enredaderas que lo envolvían se tensaron. El árbol-corazón se cerró a mi alrededor como la tapa de un ataúd.

Sobre mí se deslizaba una savia húmeda y fría, verde y pegajosa, que me empapaba el pelo, la piel. Empujé contra la madera, frenética, atragantándome con un hechizo de fortaleza, y el árbol se rajó y se abrió de nuevo. Arañé como loca los bordes de la corteza, saqué el pie por el fondo de la grieta y de un empujón caí de nuevo al claro, sobre las manos y las rodillas, con unas astillas afiladas clavadas en los dedos de las manos y los pies. Ciega de terror, me arrastré, corrí y me lancé para alejarme del árbol hasta que caí y me revolqué en el agua fría, salí a la superficie... y me di cuenta de que todo era distinto.

No había rastro alguno de fuego ni de lucha. No vi por ninguna parte a Sarkan ni a la reina Bosque. Hasta el árbol-corazón inmenso había desaparecido, igual que la mayor parte de los demás. El claro estaba más que medio vacío. Me encontraba sola de pie en la orilla del estanque tranquilo, que me acariciaba los pies, en lo que podía haber sido otro mundo. Era una resplandeciente mañana en lugar de por la tarde. Los pájaros revoloteaban entre las ramas, de cháchara, y las ranas cantaban junto al agua ondulante.

Comprendí de inmediato que estaba atrapada, pero aquel lugar no daba la sensación de ser el Bosque. No era el lugar sombrío, retorcido y terrible por el que había visto vagar a Kasia, donde Jerzy se había repantigado contra un árbol. Ni siquiera daba la sensación de ser el verdadero claro, lleno de su antinatural silencio. El estanque me besaba los tobillos con delicadeza. Me di la vuelta y eché a correr chapoteando por el lecho del arroyo, de regreso por el Huso. Sarkan no podría formular él solo *La invocación* para mostrarme la manera de escapar, pero el Huso había sido nuestra vía de entrada: quizá pudiera ser la vía de salida.

Sin embargo, hasta el Huso era distinto allí. El río se ensanchaba, poco a poco, y comenzaba a ser más profundo, pero ninguna nube de vapor se elevaba para venir a mi encuentro; no oía el rugido de la cascada. Me detuve por fin en un meandro que me resultaba un tanto familiar y me quedé mirando a un árbol joven que había en la orilla: un árbol-corazón joven y esbelto, tal vez de diez años, que crecía sobre aquella enorme roca gris con cara de anciano que habíamos visto en la base del precipicio. Era el primer árbol-corazón, aquel debajo del cual habíamos aterrizado en nuestro resbalón descontrolado por la pendiente, medio perdido en la niebla de la base de la cascada.

Pero allí no había cascada, ni precipicio; el viejo árbol era joven y pequeño. Otro árbol-corazón se elevaba enfrente, en la otra orilla del Huso, y más allá de aquellos dos centinelas, el río se ensanchaba de forma gradual, se alejaba oscuro y profundo en la distancia. No vi más árboles-corazón más adelante, tan sólo los robles y pinos altos comunes.

Entonces me percaté de que no estaba sola. Una mujer se encontraba de pie en la orilla opuesta, bajo el árbol-corazón más antiguo.

Por un instante pensé que era la reina Bosque. Se parecía tanto a ella que podía haber sido de su familia. Tenía el mismo aspecto de aliso y de corteza de árbol, la misma maraña de pelo, pero su rostro era más alargado, y sus ojos eran verdes. Donde la reina Bosque era dorada y rojiza, ella era de tonos más simples marrones y grisáceos. Miraba al río, exactamente igual que yo, y, antes de que pudiera decir nada, un crujido distante bajó deslizándose por la corriente. Una barca apareció a la vista con un suave discurrir; una barca alargada de madera tallada de un modo muy elaborado, maravillosa, y la reina Bosque iba en ella.

Se diría que no me veía. Estaba de pie en la proa, sonriente, con flores que le coronaban el cabello, con un hombre a su lado, y me costó un tiempo reconocer su cara. Únicamente lo había visto muerto: el rey de la torre. Parecía mucho más joven y más alto, no había pasado el tiempo por su rostro. Sin embargo, se diría que la reina Bosque tenía el mismo aspecto que en el sepulcro, el día en que la emparedaron.

Detrás de ellos se sentaba un hombre joven con la mirada tensa, poco más que un muchacho, pero pude ver en su osamenta al hombre en que se convertiría: el hombre de expresión fría en la torre. Más gente de la torre los acompañaba en la barca, remando: hombres de armadura reluciente que miraban recelosos a su alrededor, a los enormes árboles, mientras golpeaban el agua con sus remos.

Tras ellos llegaban más barcas, docenas de ellas, pero éstas eran artilugios de aspecto improvisado, más parecidas a hojas enormes que a barcas de verdad. Venían atestadas de un tipo de gente que no había visto jamás, todos ellos con el aire de un árbol, un tanto como la propia reina Bosque: nogal oscuro y un cerezo vivo; fresno pálido y un cálido abedul. Había algunos niños entre ellos, pero ningún anciano.

La barca tallada se detuvo con suavidad contra la orilla, y el rey ayudó a la reina Bosque a descender. Ella se acercó sonriendo a la mujer del bosque con los brazos extendidos.

—Linaya —dijo, una palabra que de alguna forma yo sabía que era y no era mágica, que era y no era un nombre; una palabra que significaba «hermana», y «amiga», y «compañera de viaje». El nombre resonó de un modo extraño y se alejó de ella. Como si las hojas lo repitiesen en un murmullo; las ondas del río lo recogieron como si estuviera escrito en todo cuanto me rodeaba.

La reina Bosque no pareció advertirlo. Besó a su hermana en ambas mejillas. Tomó entonces la mano del rey y lo guio entre los árboles-corazón, hacia la arboleda. Los hombres de la torre amarraron su barca y siguieron a ambos.

Linaya aguardó en silencio en la orilla y observó cómo se vaciaba el resto de las barcas, una detrás de otra. Cuando una se quedaba vacía, ella la tocaba, y la barca se reducía a una hoja que flotaba en el agua y que el río se llevaba de manera ordenada hasta un pequeño remanso junto a la orilla. El río no tardó en quedarse desierto. Los últimos de entre el pueblo del bosque ya se encaminaban hacia el claro. Linaya se volvió entonces hacia mí.

—Venid —me dijo con el eco de una voz grave y profunda como el golpeteo en un tronco hueco.

Me quedé mirándola, pero ella se limitó a darse la vuelta y a alejarse de mí por el río, y, pasado un instante, la seguí. Sentía miedo, pero de algún modo y de forma instintiva, no tenía miedo de ella. Mis pies chapoteaban en el agua. Los suyos no. Allá donde la tocaba, el agua se filtraba en su piel.

Era como si el tiempo fluyese extraño a nuestro alrededor. Cuando llegamos a la arboleda, la boda había terminado. La reina Bosque y su rey se encontraban sobre el montículo verde cogidos de la mano y con los brazos envueltos en una cadena de flores trenzadas. El pueblo del bosque los rodeaba, desperdigado entre los árboles, observando en silencio. Había en ellos una quietud, una inmovilidad profunda e inhumana. El pequeño grupo de hombres de la torre los contemplaba con recelo y se sobresaltaba ante los susurros de las hojas de los árboles-corazón. El joven de expresión fría se encontraba justo al lado de la pareja, observando con una mueca de disgusto los dedos largos y nudosos de la reina Bosque que envolvían las manos del rey.

Linaya entró en escena para unirse a ellos. Tenía los ojos humedecidos, como el brillo de las hojas verdes tras la lluvia. La reina Bosque se volvió hacia ella, sonriente, y abrió los brazos.

—No llores —le pidió, y su voz se reía como un riachuelo—. No me voy lejos. La torre sólo está en el extremo del valle.

La hermana no respondió, se limitó a darle un beso en la mejilla y le soltó las manos.

El rey y la reina Bosque se marcharon juntos con los hombres de la torre. La gente se alejó en silencio entre los árboles. Linaya suspiró, en voz baja, y fue el suspiro de la brisa en las ramas. Estábamos de nuevo a solas, juntas, de pie sobre el montículo

verde. Se volvió hacia mí.

—Nuestro pueblo estuvo aquí solo durante mucho tiempo —dijo ella, y me pregunté cuánto tiempo sería mucho para un árbol. ¿Mil años, dos mil, diez mil? Un sinfín de generaciones, y las raíces más profundas con el paso de cada una de ellas—. Empezamos a olvidar cómo ser personas. Fuimos menguando poco a poco.

»Cuando el rey hechicero llegó con su gente, mi hermana los dejó entrar en el valle. Ella pensaba que nos podrían enseñar a recordar. Pensó que nos podríamos renovar, y enseñarles a ellos también, por nuestra parte; nos podríamos dar vida los unos a los otros. Pero ellos tenían miedo. Deseaban vivir, deseaban fortalecerse, pero no deseaban cambiar. Aprendieron lo que no debían.

Los años se deslizaban ante nosotras mientras ella hablaba, borrosos como la lluvia, grises, suaves y apilados unos sobre otros. Y entonces volvía a ser verano, un verano diferente mucho tiempo después, y la gente del bosque regresaba de entre los árboles. Muchos de ellos se movían despacio, con un aire de cansancio. Algunos estaban heridos: se sujetaban brazos ennegrecidos, y un hombre cojeaba de una pierna que tenía el aspecto de un tronco talado con torpeza. Otros dos le ayudaban. Creo que la pierna le volvía a crecer en el extremo de aquel tocón. Algunos padres llevaban a sus hijos, y una mujer cargaba en brazos con un bebé. En la distancia, lejos al oeste, una columna delgada de humo negro se elevaba en el aire.

Cuando llegó la gente del bosque, recogieron los frutos de los árboles-corazón e hicieron copas con cortezas y hojas caídas, igual que Kasia y yo hacíamos de pequeñas en nuestras reuniones de té en los bosques. Cogieron el agua clara y resplandeciente del estanque y se distribuyeron por la arboleda, vagando por su lado solos o en parejas, a veces tríos. Me quedé observándolos, y tenía los ojos llenos de lágrimas sin saber por qué. Algunos de ellos se detenían en espacios abiertos, donde llegaba el sol. Comían los frutos, bebían el agua. La madre dio un mordisco a uno de los frutos, se lo puso a su bebé en la boca y le dio un sorbo de su copa.

Estaban cambiando. Sus pies crecían, se estiraban los dedos y se hundían en la tierra. Se estiraban también sus cuerpos, y elevaban los brazos hacia el sol. Sus ropas se marchitaban como hojas que se llevaba el viento, en hierba seca. Los niños cambiaban más rápido; se erguían de repente en grandes y bellos pilares grises con un estallido de ramas amplias y cargadas de flores blancas, hojas de plata que brotaban por todas partes, como si toda la vida que pudiese haber en ellos saliese despedida en un grito ahogado de furia.

Linaya abandonó el montículo y salió entre ellos. A algunos, los heridos, los mayores, les estaba costando un esfuerzo: quedaban atrapados a medio cambiar. El bebé había cambiado, un hermoso árbol que brillaba coronado con flores, pero la madre se arrodillaba, encorvada y temblorosa, junto al tronco, con las manos sobre él y su copa derramada, el rostro cegado de agonía. Linaya le tocó en el hombro con delicadeza. Ayudó a la madre a levantarse, a apartarse un poco del árbol del bebé entre tumbos. Acarició la cabeza de la madre y le dio el fruto para que lo comiese, y un trago de su propia copa; entonó para ella un canto en aquella voz tan profunda y extraña. La madre se quedó allí de pie con la cabeza baja, entre lágrimas, y de repente elevó el rostro al sol y ya estaba creciendo, se había ido ya.

Linaya ayudó a los últimos pocos que quedaban atrapados, les daba de beber de su propia copa y les llevaba a la boca otra pieza de fruta. Les acariciaba la corteza y cantaba en ellos su magia hasta que ellos hacían solos el resto del camino. Algunos formaban pequeños árboles nudosos; los mayores menguaban en arbolillos escuetos. La arboleda estaba llena de árboles-corazón. Ella era la única que quedaba.

Regresó al estanque.

—¿Por qué? —No pude impedir preguntárselo. Tenía que saberlo, pero casi sentía que no deseaba la respuesta; no quería saber qué les había llevado a aquello.

Señaló en la distancia, río abajo.

—Ya se acercan —me dijo con su voz profunda—. Mirad.

Y miré hacia el río. En lugar del reflejo del cielo vi a unos hombres que llegaban en unas barcas talladas; traían faroles, antorchas encendidas y grandes hachas. Una bandera ondeaba al frente de la primera de las barcas, y en la proa se encontraba el joven de la partida nupcial, mayor y encajado en su expresión fría; el que había emparedado a la reina Bosque. Él lucía ahora su propia corona.

—Ya vienen —volvió a decir Linaya—. Traicionaron a mi hermana y la encarcelaron allá donde no pudiera crecer. Ahora vienen a por nosotros.

—¿No podéis combatirlos? —le pregunté. Podía sentir la magia quieta y profunda en ella, no en una corriente, sino un pozo que descendía más y más—. ¿No podéis huir...?

—No —dijo ella.

Me contuve. Había en sus ojos unas profundidades selváticas, verdes e interminables. Cuanto más la miraba, menos parecida a una mujer se me antojaba. La parte de ella que yo veía era sólo la mitad: el tronco coronado, las ramas extendidas, las hojas, las flores y los frutos; debajo había una vasta red de raíces que se alargaban y se extendían en las profundidades del suelo del valle. Yo también tenía raíces, pero no como aquéllas. Las mías se podían desenterrar con cuidado, a mí se me podía sacudir y soltar, y trasplantarme en el castillo de un rey, o a una torre construida en mármol... infeliz, quizá, pero podría sobrevivir. A ella no había manera de desenterrarla.

—Aprendieron lo que no debían —volvió a decir Linaya—. Pero si nos quedamos, si luchamos, recordaremos lo que no debemos. Y entonces nos convertiríamos... —Se detuvo—. Decidimos que preferíamos no recordar —dijo por fin.

Se inclinó y volvió a llenar su copa.

—¡Aguardad! —exclamé. Le sujeté el brazo antes de que pudiese beber, antes de que pudiese dejarme—. ¿Me podéis ayudar?

—Puedo ayudaros a cambiar —me dijo—. Sois lo bastante profunda para venir conmigo. Podéis crecer conmigo, y estar en paz.

—No puedo —dije.

—Si no venís, estaréis aquí sola. Vuestra pena y vuestro miedo envenenarán mis raíces.

Me quedé en silencio, atemorizada. Estaba empezando a entender: era de aquí de donde procedía la corrupción del Bosque. El pueblo del bosque había cambiado por voluntad propia. Aún vivían, tenían largos y profundos sueños, pero era una vida más cercana a la de los árboles que a la de las personas. No estaban despiertos, ni tampoco vivos y atrapados; no eran seres humanos encerrados tras la corteza e incapaces de renunciar al deseo de salir, jamás.

Pero si no cambiaba, si me mantenía humana, sola y desdichada, mi pena enfermaría su árbol-corazón, exactamente igual que aquéllos tan monstruosos fuera de la arboleda, aunque mi fortaleza lo mantuviese vivo.

—¿No podéis dejarme marchar? —le dije a la desesperada—. Ella me metió en vuestro árbol...

Su rostro se retrajo de dolor. Comprendí entonces que aquélla era la única forma en que me podía ayudar. Ella había desaparecido. Lo que aún vivía de ella en el árbol estaba muy profundo y era lento y extraño. El árbol había encontrado aquellos recuerdos, aquellos momentos, para que ella me pudiese mostrar una salida —su salida—, pero eso era todo cuanto ella podía hacer. Era la única forma que había hallado para sí misma y para todo su pueblo.

Tragué saliva y retrocedí. Dejé caer la mano de su brazo. Me miró un momento más y después bebió. Allí de pie al borde del estanque empezó a echar raíces; se desplegaron las oscuras raíces y se expandían las ramas de plata, se elevaban, ascendían más y más, tan alto como aquel insondable lago en el interior. Se alzó,

creció y creció, las flores brotaron en hileras blancas; el tronco se arrugó ligeramente bajo la corteza de ceniza plateada.

De nuevo me encontraba sola en la arboleda. Sin embargo, ahora se habían acallado las voces de los pájaros. Vi entre los árboles a unos cuantos gamos que se alejaban dando brincos, atemorizados, un vistazo fugaz de unas colas blancas y ya se habían ido. Las hojas caían con parsimonia de los árboles, pardas y secas, y crujían bajo los pies con los bordes comidos por la escarcha. El sol se ponía. Me envolví con los brazos, con frío y miedo, y el aliento en bocanadas blancas como nubes, los pies descalzos que se apartaban del suelo congelado con una mueca de dolor. Y no había salida.

Pero a mi espalda surgió una luz, nítida, brillante y familiar: la luz de *La invocación*. Me di la vuelta con una repentina esperanza, hacia una arboleda cubierta ahora de nieve: el tiempo había vuelto a avanzar. Los silenciosos árboles estaban desnudos, despojados. La luz de *La invocación* caía como un único haz de luz de luna. El estanque brillaba en plata fundida, y alguien salía de él.

Era la reina Bosque. Salió a rastras hacia la orilla; a su paso dejó en la nieve una franja negra de tierra al descubierto y se vino abajo al borde del agua, aún con su vestido de luto blanco empapado. Se quedó acurrucada sobre un costado para recuperar el aliento, y entonces abrió los ojos. Se alzó lentamente sobre los brazos temblorosos y echó un vistazo a la arboleda, a todos aquellos árboles-corazón nuevos que allí se alzaban, y en su rostro apareció una desorbitada expresión de horror. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Tenía el vestido embarrado, congelado al tacto de su piel. Se situó en el montículo, mirando la arboleda, y se dio la vuelta despacio para elevar la vista más y más arriba, al gran árbol-corazón que había sobre ella.

Dio unos pasos vacilantes para ascender por el montículo, entre la nieve, y posó las manos en el tronco ancho y plateado del árbol-corazón. Permaneció allí un instante, temblando. Acto seguido se inclinó y apoyó la mejilla en la corteza. No lloró. Tenía los ojos abiertos y vacíos, la mirada perdida.

No sabía cómo se las había arreglado Sarkan para formular *La invocación* él solo, o aquello que estaba viendo, pero aguardé tensa, con la esperanza de que la visión me mostrase una salida. La nieve caía a nuestro alrededor, brillante en la luz nítida. No me tocaba la piel, sino que caía veloz sobre las huellas de la reina Bosque y volvía a cubrir el suelo de blanco rápidamente. Ella no se movió.

El árbol-corazón agitó con suavidad las ramas, y una de las más bajas se inclinó con delicadeza hacia ella. En la rama había brotado una flor a pesar del invierno. Floreció, se desprendieron los pétalos, y un pequeño fruto verde creció y maduró dorado. Colgaba de la rama hacia ella en un gesto cortés de invitación.

La reina Bosque tomó el fruto. Lo retuvo entre las manos ahuecadas, y en el silencio de la arboleda llegó del río el sonido duro, seco y familiar de un golpe: un hacha que hiende la madera.

La reina Bosque se detuvo con el fruto casi en los labios. Las dos nos quedamos quietas, atentas, a la escucha. Se volvió a oír el golpe seco. Bajó los brazos. El fruto cayó al suelo y desapareció en la nieve. Se recogió las faldas enredadas y bajó corriendo del montículo, dentro del río.

Yo corrí tras ella, y los latidos de mi corazón se acompañaron con los golpes regulares del hacha. Nos condujeron al final de la arboleda. El árbol joven había crecido y se había convertido en un árbol alto y fuerte con unas ramas que se extendían muy amplias. Una de las barcas talladas estaba amarrada a la orilla, y dos hombres estaban talando el otro árbol-corazón. Trabajaban juntos y animados, turnándose con sus pesadas hachas que hacían profundos cortes en la madera. Las astillas grisáceas volaban por los aires.

La reina Bosque dio un grito de horror que corrió entre los árboles como un aullido. Los

leñadores se detuvieron, acongojados, aferrados a sus hachas, mirando a su alrededor; y entonces cayó sobre ellos. Los agarró por el cuello con sus manos de largos dedos y los lanzó lejos de ella, al río; salieron a la superficie braceando y tosiendo. La reina cayó de rodillas junto al árbol decaído. Presionó con todos los dedos sobre el corte supurante, como si pudiera cerrarlo, pero el árbol estaba muy malherido como para salvarlo. Ya se inclinaba en un ángulo pronunciado sobre el agua. En una hora, en un día, acabaría cayendo.

La reina Bosque se puso en pie. Aún tiritaba, pero no de frío, sino de ira, y el suelo temblaba con ella. Ante sus pies, una grieta se abrió de repente y se alejó en ambos sentidos a lo largo del límite de la arboleda. Con un paso cruzó sobre la abertura, que se agrandaba, y la seguí justo a tiempo. La barca se desplomó en el abismo y desapareció mientras el río comenzaba a rugir salvaje en su caída y la arboleda se hundía por aquel precipicio protector, en las nubes vaporosas. Uno de los leñadores se resbaló en el agua y se vio arrastrado a la catarata con un grito mientras el otro le daba voces en su intento por agarrarle la mano, demasiado tarde.

El árbol joven se hundió con la arboleda; el árbol quebrado se elevó con nosotras. El segundo leñador consiguió ascender por la orilla, agarrado al suelo que se estremecía. Blandió su hacha ante la reina Bosque cuando ésta se acercó a él, golpeó contra su piel, rebotó despedida con un tañido y saltó de sus manos. Ella no prestó atención. Su rostro era inexpresivo; su mirada, perdida. Agarró al leñador y lo llevó hasta el árbol-corazón herido. Él se revolvía contra la reina, en vano, mientras ella lo empujaba contra el tronco, y del suelo surgieron unos zarcillos que lo sujetaron en el sitio.

El cuerpo del leñador se arqueaba con una expresión de horror en la cara. La reina Bosque retrocedió. Los pies y los tobillos del leñador estaban atados contra el hueco astillado por el que las hachas se habían hundido en el árbol, y ya estaban cambiando: injertándose en el tronco, se le abrían las botas y se caían a pedazos conforme los dedos de los pies se estiraban en forma de nuevas raíces. El forcejeo de sus brazos adquiría la rigidez de las ramas, los dedos de las manos se fundían los unos con los otros. Sus ojos, desorbitados y agónicos, desaparecían bajo una piel de corteza de plata. Corrí hacia él sintiendo pena y horror. Mis manos no lograban aferrarse a la corteza, y la magia no me respondería en aquel lugar, pero no podía aguantar quedarme allí sin más y mirar.

El leñador consiguió entonces inclinarse hacia delante.

—Agnieszka —susurró con la voz de Sarkan, y se desvaneció; su rostro desapareció en un enorme hueco oscuro que se había abierto en el tronco.

Me agarré a los bordes y me lancé al interior del hueco detrás de él, en la oscuridad. Las raíces del árbol eran tupidas, apretadas; el aroma cálido y húmedo de la tierra recién removida me cerraba la nariz, así como el persistente olor a fuego y a humo. Quería volver a salir; no deseaba estar allí. Pero sabía que volver atrás era un error. Me encontraba dentro del árbol. Empujé, apreté e hice fuerza para abrirme paso al frente, contra todo instinto y todo terror. Me obligué a extender las manos y palpar la madera abrasada a mi alrededor; las astillas me perforaban la piel; la marea de savia me tapaba los ojos y me obstruía la nariz, el aire que no era capaz de obtener.

Tenía los orificios nasales llenos de madera, de podredumbre y ardor.

—*Alamak* —susurré con voz ronca, para atravesar muros, y me abrí paso a través de la corteza y la madera herida por el rayo, y regresé a los restos humeantes de la arboleda-corazón.

Salí sobre el montículo, con el vestido empapado en verde de la savia, el árbol destrozado a mi espalda. La luz de *La invocación* aún resplandecía frente al agua, y los últimos restos del estanque en forma de charcos brillaban con ella como una luna llena justo sobre el horizonte, con un fulgor que hacía daño a la vista. Sarkan se encontraba al otro lado del estanque, de rodillas. Tenía la boca húmeda, su mano

goteaba, y eran las dos únicas partes de su cuerpo que no estaban ennegrecidas de hollín, de tierra y de humo: había ahuecado la mano y se había llevado el agua a la boca. Había bebido del Huso, agua y energía, ambas cosas, para reunir la suficiente fuerza para formular él solo *La invocación*.

Pero ahora la reina Bosque se encontraba sobre él rodeándole el cuello y asfixiándole con sus largos dedos: la corteza de plata ascendía desde la ribera por sus rodillas y sus piernas mientras él forcejeaba tratando de soltarse de la garganta los dedos de la reina. Ella le liberó y se volvió con brusquedad y un grito de protesta al ver que me había escapado, demasiado tarde. Con un prolongado crujido, sobre mí, la rama grande y quebrada del árbol-corazón se separó del tronco y cayó por fin con estruendo, y dejó una herida abierta y hueca.

Descendí del montículo al encuentro de la reina sobre las piedras húmedas, mientras ella venía furiosa hacia mí.

—¡Agnieszka! —gritó Sarkan con la voz ronca, al tiempo que lanzaba un brazo hacia mí, revolviéndose medio arraigado en la tierra.

Sin embargo, en el instante en que la reina Bosque llegó a mí, se frenó y se detuvo. La luz de *La invocación* la iluminaba por la espalda: la terrible corrupción en ella, la amarga nube negra de tan larga desesperación. Pero también brillaba sobre mí; sobre mí y a través de mí, y supe que en mi rostro ella veía a otra persona que desde allí la miraba.

Pude ver en ella adónde se había dirigido desde la arboleda: cómo los había dado caza, a toda la gente de la torre, magos, granjeros y leñadores por igual. Cómo había plantado un árbol-corazón corrompido detrás de otro en las raíces de su propio sufrimiento, y así había continuado alimentando ese sufrimiento. Entremezclada con mi horror, sentí que la pena de Linaya se conmovía en mí, profunda y lenta: pena, lamento y arrepentimiento. La reina Bosque también lo vio, y aquello la mantuvo inmóvil ante mí, temblando.

—Los detuve —dijo, y su voz fue como el raspar de una rama contra el cristal de la ventana en la noche, cuando te imaginas que hay algo oscuro fuera de la casa que está arañando para entrar—. Tenía que detenerlos.

No estaba hablando conmigo. Sus ojos miraban más allá de mí, más profundo, al rostro de su hermana.

—Quemaron los árboles. —Suplicaba su comprensión a alguien que había partido mucho tiempo atrás—. Los talaron. Siempre los talarán. Vienen y van como las estaciones, el invierno que no se detiene a pensar un solo instante en la primavera.

Su hermana no tenía ya una voz con la que hablar, pero la savia del árbol-corazón se me aferraba a la piel, y sus raíces eran profundas bajo mis pies.

—Nuestro sino es marcharnos —le dije en voz baja, respondiendo por ambas—. No hemos de quedarnos para siempre.

La reina Bosque me miró por fin, a mí, en lugar de a través de mí.

—No podía irme —me dijo, y supe que lo había intentado.

Había matado al señor de la torre y a sus soldados, había replantado todos los campos con árboles nuevos y había venido hasta aquí con las manos ensangrentadas, a dormir con su pueblo por fin. Pero no había sido capaz de echar raíces. Recordaba lo que no debía, y había olvidado demasiado. Recordaba cómo matar y cómo odiar, y se le había olvidado cómo crecer. Al final, todo cuanto había sido capaz de hacer fue yacer junto a su hermana: sin llegar a soñar, sin llegar a morir.

Alargué la mano y, de la única rama baja suspendida del árbol quebrado, tomé el solitario fruto que aguardaba, dorado y resplandeciente. Se lo ofrecí.

—Yo os ayudaré —le aseguré—. Si queréis salvarla, podéis.

Ella levantó la mirada hacia el árbol astillado y moribundo. Lágrimas de barro caían de sus ojos, espesos arroyuelos marrones que se deslizaban por sus mejillas, una mezcla



de polvo, ceniza y agua. Levantó las manos lentamente para recibir el fruto de las mías, sus dedos largos y nudosos como ramas se curvaron cuidadosos en torno a él, con delicadeza, acariciaron los míos y nos miramos la una a la otra. Por un instante, a través de las volutas de humo entre las dos, yo podría haber sido la hija que ella hubiese esperado tener, la niña a medio camino entre la gente de la torre y su propio pueblo; ella podía haber sido mi maestra y mi guía, mostrarme el camino como el libro de Jaga. Quizá no hubiéramos sido nunca enemigas, en absoluto.

Me agaché y cogí para ella un poco de agua, de la última que quedaba clara en el estanque, en una hoja con los bordes rizados hacia arriba. Ascendimos juntas al montículo. Se llevó el fruto a la boca, lo mordió, y el jugo se le escurrió por la barbilla en el goteo de unas pálidas líneas doradas. Cerró los ojos y allí permaneció. Puse la mano sobre ella, sentí odio y sufrimiento como una enredadera estranguladora muy profunda, enmarañada, a través de ella. Puse la otra mano en el árbol de la hermana y busqué el pozo profundo en su interior, la quietud y la calma. El que la alcanzase un rayo no la había cambiado; la quietud permanecería, aunque se hubiera venido abajo el árbol entero, aun cuando los años lo desmoronasen y lo devolviesen a la tierra.

La reina Bosque se inclinó contra la herida abierta y rodeó el tronco ennegrecido con los brazos. Le di las últimas gotas de agua del estanque, las vertí en sus labios y luego le rocé la piel y dije muy bajo, muy simple:

—*Vanalem.*

Y estaba cambiando. El viento se llevó los últimos restos de su vestido blanco, y la superficie calcinada de su piel abrasada se peló en unos copos negros enormes, y una corteza nueva ascendió del suelo en un remolino a su alrededor, como una falda ancha de plata que llegaba al encuentro del tronco quebrado del viejo árbol y se fundía con él. Abrió los ojos una última vez y me miró con un repentino alivio, y entonces ya no estaba, crecía, y sus pies hundían nuevas raíces sobre las antiguas.

Retrocedí, y una vez sus raíces se hubieron hundido en las profundidades de la tierra, me di la vuelta y eché a correr hacia Sarkan a través del barro del estanque vaciado. La corteza había dejado de ascender sobre él. Entre los dos terminamos de soltarlo y le despegamos la corteza de la piel hasta que sus piernas quedaron libres. Tiré de él para levantarlo de aquel tocón, nos sentamos juntos, y juntos nos dejamos caer en la orilla del riachuelo.

Estaba demasiado exhausta para pensar en nada. Él se miraba las manos con el gesto torcido, casi con resentimiento. Se tambaleó de forma abrupta hacia delante, se inclinó sobre el lecho del río y hundió las manos en la arena húmeda y blanda. Lo observé perpleja durante un rato, y luego me di cuenta de que estaba intentando restaurar el curso del río. Me levanté, estiré las manos y las metí para ayudarle. Pude sentirlo, en el preciso instante en que empecé, la misma sensación que él no había querido tener: la segura percepción de que hacer aquello era lo correcto. El río deseaba seguir aquel curso, alimentar el estanque.

Únicamente hizo falta mover unos cuantos puñados de tierra, y el río discurría ya entre nuestros dedos y despejaba por sí solo el resto del lecho. El estanque comenzó a llenarse una vez más. Nos volvimos a sentar, cansados. A mi lado, él trataba de quitarse el agua y la tierra de las manos, frotándolas con una esquina de su camisa destrozada, sobre la hierba, en los pantalones, y lo que hacía, más que nada, era restregar el barro aquí y allá. Tenía unos semicírculos negros bien incrustados bajo las uñas. Soltó por fin un ruido de exasperación y dejó caer las manos sobre el regazo; estaba demasiado cansado para valerse de la magia.

Me incliné sobre su costado, en el extraño consuelo de su irritación. Un instante después, me rodeó con el brazo de mala gana. El profundo silencio ya volvía a caer sobre la arboleda, como si todo el fuego y la ira que habíamos traído tan sólo llegara a ser una breve interrupción en su paz. La ceniza se había hundido en el lodoso fondo

del estanque, que se la había tragado. Los árboles dejaban caer al agua sus hojas abrasadas, y el musgo creció sobre las franjas arrancadas de tierra al desnudo en las que se desplegaban nuevas briznas de hierba. En la cabecera del estanque, el nuevo árbol-corazón se entrelazó con el antiguo, en un abrazo que sellaba la herida irregular. Y ambos echaban pequeñas flores blancas, como estrellas.

Me quedé dormida en la arboleda, exhausta y con la mente en blanco. No me percaté de que Sarkan me cogía en sus brazos, ni de que me llevaba de regreso a la torre; sólo me desperté el tiempo suficiente para mascullar una queja ante él por el desagradable vuelco en el estómago de su hechizo de salto, y volví a caer dormida.

Cuando me desperté, arropada bajo una manta en la estrecha cama de mi estrecha habitación, me quité la manta de las piernas con un puntapié y me levanté sin pensar en la ropa. Una raja atravesaba de lado a lado el cuadro del valle, allá donde lo había rasgado un fragmento irregular de roca: el lienzo estaba hecho jirones, desprovisto de toda magia. Salí al pasillo esquivando los cascotes de piedra y las balas de cañón desparramadas por el suelo, y frotándome los ojos secos por el polvo. Cuando bajé las escaleras, me encontré con que Sarkan estaba preparándose para marcharse.

—Alguien tiene que limpiar la corrupción de la capital antes de que se extienda más —dijo—. Alosha tardará bastante en recuperarse, y la corte tendrá que regresar al sur al final del verano.

Vestía ropa de montar a caballo, con unas botas de cuero teñido de rojo y repujado en plata. Yo seguía siendo un desaliñado desastre de hollín y barro, lo bastante harapienta para ser un fantasma, pero con demasiada mugre.

Apenas me miró a la cara, mientras metía tarros y frascos en un maletín acolchado, y con otra saca llena de libros que ya aguardaba en la mesa del laboratorio, entre ambos. El suelo estaba inclinado, en pendiente bajo nuestros pies. Los muros estaban agujereados aquí y allá, donde habían impactado los disparos de los cañones o habían caído las piedras, y la cálida brisa veraniega silbaba alegre entre las grietas, hacía revolotear los papeles y los polvos del laboratorio por todo el suelo y dejaba sobre la piedra unos tenues rastros difuminados de azul y rojo.

—He apuntalado la torre por el momento —añadió mientras dejaba un frasco de un humo violeta, bien sellado con un corcho—. Me llevaré conmigo el corazón de fuego. Puedes empezar las reparaciones en...

—No me quedaré aquí —le interrumpí—. Voy a volver al Bosque.

—No seas ridícula —contestó él—. ¿Acaso crees que la muerte de una bruja convierte en cenizas todas sus obras, o que un cambio en su corazón puede repararlas todas de golpe? El Bosque sigue estando lleno de monstruosidades y de corrupción, y lo estará durante mucho tiempo.

No se equivocaba, y, de todas formas, la reina Bosque no estaba muerta, tan sólo estaba soñando. Pero él no se marchaba por la corrupción, ni por el reino. Su torre estaba maltrecha, él había bebido agua del Huso y me había cogido de la mano, así que ahora iba a salir corriendo tan rápido como pudiese a buscarse unos nuevos muros de piedra tras los que esconderse. Esta vez se mantendría encerrado durante diez años, hasta que marchitase sus propias raíces y no sintiese ya la carencia de ellas.

—No estará menos lleno de ellas si yo me quedo sentada en un montón de piedras —le dije.

Me di la vuelta y lo dejé con sus botellas y sus libros.

Sobre mi cabeza, el Bosque estaba encendido en rojo, en oro y naranja, pero algunas flores blancas primaverales y despistadas asomaban entre el suelo de sotobosque. Esa semana había llegado una última ola de calor veraniego, en el momento justo de la cosecha. En los campos, los trilladores trabajaban bajo un sol de justicia, pero aquí hacía más fresco, en aquella tenue luz bajo el grueso baldaquino, junto al discurrir del gorgoteo del Huso. Caminé descalza sobre el crujido de las hojas caídas con mi cesto repleto de frutos dorados, y me detuve en un recodo del río. Un caminante se encontraba agazapado junto al agua, bajando la cabeza de palo para beber.

Me vio y se quedó quieto, receloso, pero no huyó. Extendí la mano con uno de los frutos de la cesta. Poco a poco, el caminante se acercó a mí sobre sus rígidas patas.

Se detuvo justo a un brazo de distancia. No se movió. Finalmente, extendió las dos patas delanteras, cogió el fruto y se lo comió dándole vueltas y más vueltas en las manos, mordisqueándolo hasta que lo limpió y dejó sólo las semillas. A continuación me miró, y después se adentró entre los árboles con unos tímidos pasos. Asentí.

El caminante me condujo durante una larga distancia en el interior de los bosques, entre los árboles. Por fin, apartó una pesada maraña de enredaderas de lo que parecía una pared de piedra, y me mostró un corte angosto en la roca del que salía un denso hedor dulzón y podrido. Ascendimos por el pasadizo al interior de un valle cubierto y estrecho. En un extremo se alzaba un árbol-corazón viejo y retorcido, gris de corrupción, con unas protuberancias antinaturales en el tronco. Sus ramas pendían hacia delante sobre la hierba del valle, tan cargadas de frutos que las puntas acariciaban el suelo.

El caminante se apartó inquieto. Ya se habían enterado de que, si podía, yo limpiaba los árboles-corazón enfermos, y algunos de ellos habían comenzado incluso a ayudarme. Me daba la impresión de que tenían el instinto de un jardinero, ahora que se encontraban libres del impulso de la ira de la reina Bosque; o tal vez sólo les gustase más la fruta sin corromper.

Aún quedaban en el Bosque criaturas de pesadilla que alimentaban la ira por su propia cuenta y riesgo. Por lo general me evitaban, pero de vez en cuando me tropezaba con el cuerpo despedazado y tirado de algún conejo o una ardilla, muertos tan sólo por crueldad, hasta donde yo podía ver; y a veces reaparecía quebrado o renqueando alguno de los caminantes que me habían ayudado, como si las fauces de una mantis le hubiesen cercenado una extremidad, o con las profundas marcas de unas garras en los costados. En una ocasión, en una zona oscura del Bosque, caí en un foso que era una trampa muy bien cubierta con hojas, ramas y musgo para que se confundiese con el suelo, y estaba llena de palos quebrados y un horrible lodo brillante que se me pegaba a la piel y me estuvo quemando hasta que fui a la arboleda y me lo lavé en el estanque. Todavía tenía una costra en la pierna, que tardaba en curar, donde me había cortado uno de aquellos palos. Podría tratarse de una simple trampa para animales, para una presa, pero tampoco lo creo. Me pareció que aquello era para mí.

No había permitido que eso interrumpiese mi trabajo. Me agaché bajo las ramas y me acerqué al tronco del árbol-corazón con mi jarra. Vertí un trago de agua del Huso sobre las raíces, pero ya desde el mismo momento en que empezaba a hacerlo sabía que no había muchas esperanzas para este árbol. Había demasiadas almas atrapadas en su interior, que retorcían el árbol en todas las direcciones, y llevaban allí demasiado tiempo; no quedaba de ellas lo suficiente como para hacerlo salir, y resultaría casi imposible calmarlas y apaciguarlas a todas juntas, hacerlas caer en el sueño.

Permanecí de pie con las manos sobre la corteza un largo rato, tratando de llegar hasta ellas, pero incluso aquellas a las que encontraba llevaban tanto tiempo perdidas que habían olvidado sus nombres. Yacían, sin caminar, en lugares de sombría penumbra, con miradas vacías y exhaustas. Sus rostros casi habían perdido la forma. Tuve que soltarme por fin y apartarme, tiritando y con escalofríos a pesar de que el calor del sol llegaba a través de las hojas. El sufrimiento se me adhería a la piel y quería colarse dentro. Me volví a agachar para salir de debajo de las pesadas ramas del árbol y me senté en una franja abierta y soleada en el otro extremo del valle. Di un trago de mi jarra y apoyé la frente en el lateral húmedo por la condensación.

Dos caminantes más se habían acercado silenciosos por el pasadizo para unirse al primero: estaban sentados en fila con sus largas cabezas inclinadas con la atención puesta en mi cesto. Le di un fruto limpio a cada uno de ellos y me ayudaron cuando empecé a trabajar. Juntos amontonamos yesca seca contra el tronco y excavamos un amplio círculo de tierra alrededor de los límites de las ramas del árbol-corazón.

Cuando terminamos me puse en pie y arqueé la espalda, dolorida, para estirarme. A

continuación, me froté las manos con tierra. Regresé al árbol-corazón y volví a posar las manos en sus costados, pero esta vez no traté de hablar con las almas atrapadas. —*Kisara* —dije, y extraje el agua.

Lo llevé a cabo con delicadeza, despacio. El agua se condensaba en gruesas gotas en la corteza y discurría lentamente tronco abajo en escuetos arroyuelos húmedos que se hundían en el suelo. El sol avanzaba en lo alto y caía cada vez con más fuerza a través de las hojas conforme éstas se rizaban y se secaban. Ya se estaba ocultando de mi vista cuando terminé, con la frente pegajosa de sudor y las manos cubiertas de savia. El suelo estaba blando y húmedo bajo mis pies, y el árbol se había quedado pálido como un hueso, y sus ramas hacían un ruido como el del traqueteo de unos palos al viento. Todos los frutos se habían ajado en las ramas.

Me aparté y los prendí con una palabra. Luego me senté con todo mi peso y me limpié las manos en la hierba lo mejor que pude, y recogí las rodillas contra el pecho. Los caminantes flexionaron las patas con cuidado y se sentaron a mi alrededor. El árbol no se agitó ni gritó, ya estaba más que medio perdido; ardió rápidamente y se quemó sin mucho humo. Las cenizas caían en el terreno húmedo y se fundían con él como si fueran los primeros copos de una nevada. A veces me aterrizaban en los brazos desnudos, no lo bastante grandes como para quemar, chispas apenas minúsculas. No me aparté. Éramos los únicos dolientes que les quedaban al árbol y a sus soñadores.

Me quedé dormida en algún momento mientras ardía la hoguera, cansada por la labor. Cuando me desperté por la mañana, el árbol se había consumido y era un tocón negruzco que se deshacía en cenizas a las primeras de cambio. Los caminantes rastrillaron la ceniza para nivelarla por el claro con los múltiples dedos de sus manos y dejaron un pequeño montículo en el centro, donde se había alzado el árbol antiguo. Debajo de él planté un fruto que llevaba en el cesto. Tenía un frasco de poción de crecimiento que había hervido con agua del río y semillas de los árboles-corazón. Rocié unas cuantas gotas sobre el montículo y entoné un cántico de aliento para el fruto hasta que un brote plateado asomó la cabeza y alcanzó una altura de tres años. El árbol nuevo no tenía un sueño propio, sino que continuaba con el callado sueño del ejemplar de la arboleda del que procedía el fruto, en lugar del tormento de unas pesadillas. Los caminantes podrían comer su fruto, cuando éste llegase.

Los dejé cuidándolo, ocupados en preparar un toldo a base de ramas altas para evitar que sus hojas recién brotadas se achicharrasen en el calor del sol, y me marché entre las piedras para volver a salir al Bosque. El terreno estaba lleno de nueces maduras y de marañas de zarzamoras, pero no las recogí mientras caminaba. Aún tendría que pasar un tiempo largo antes de que fuera seguro comer cualquier fruto de más allá de la arboleda. Había demasiado sufrimiento bajo las ramas, demasiados árboles-corazón atormentados que aún anclaban los bosques. Había sacado a un grupo de gente de un árbol-corazón en Zatochek, y a otro grupo en el lado de Rosya, pero se trataba de gente que el Bosque se había llevado muy poco tiempo atrás. Los árboles-corazón se lo llevaban todo: carne y hueso, y no sólo sueños. Me di cuenta de que la esperanza de Marek siempre había sido falsa. Cualquiera que llevase más de una semana atrapado dentro, ya formaba demasiado parte del árbol como para volver a sacarlo.

Había sido capaz de soltar a algunos de éstos y de ayudarlos a caer en el largo y profundo sueño. Unos pocos habían encontrado incluso el camino al sueño por sí solos, una vez que la reina Bosque se había esfumado y había desaparecido su ira, que les infundía su ánimo. Pero eso dejaba cientos de árboles-corazón aún en pie, muchos de ellos en lugares secretos y oscuros del Bosque. Extraerles el agua y entregarlos al fuego era la manera más delicada que había encontrado de liberarlos. Todavía me daba la sensación de estar matando a alguien, todas las veces, aunque sabía que aquello era mejor que dejarlos atrapados, por mucho tiempo. El gris pesar de todo aquello se quedaba conmigo después.

Aquella mañana, el tintineo de una campana me sobresaltó de mi neblina de cansancio, y aparté un arbusto para toparme con una vaca amarilla que me miraba fijamente y masticaba hierba con parsimonia. Me di cuenta de que me hallaba cerca del lindero por el lado de Rosya.

—Será mejor que vuelvas a casa —le dije a la vaca—. Ya sé que hace calor, pero lo más probable es que aquí dentro te comas lo que no debes.

La voz de una niña la llamaba en la distancia, y pasado un instante apareció entre los arbustos y se detuvo al verme; de unos nueve años, más o menos.

—¿Huye a los bosques con mucha frecuencia? —le pregunté a trompicones con la lengua de Rosya.

—Nuestro prado es demasiado pequeño —dijo la niña, que levantó la vista hacia mí con unos claros ojos azules—. Pero siempre la encuentro.

La miré y supe que estaba diciendo la verdad; en su interior había una hebra de un brillo plateado, la magia que discurría próxima a la superficie.

—No dejes que se adentre demasiado —le advertí—. Y cuando seas mayor, ven a buscarme. Vivo al otro lado del Bosque.

—¿Eres Baba Jaga? —me preguntó con interés.

—No —le contesté—. Pero podríamos decir que es amiga mía.

Ahora que ya me había despertado lo suficiente para saber dónde estaba, me di la vuelta de inmediato hacia el oeste. Los rosyos habían enviado soldados a patrullar los linderos del Bosque en su lado, y no deseaba inquietarlos. Aún les preocupaba el hecho de que me asomase por su lado cada dos por tres, incluso después de que enviara a casa a algunos de sus aldeanos perdidos, y tampoco podía culparlos, la verdad. Toda la riada de canciones que surgía de Polnya se equivocaba conmigo, de maneras diferentes y alarmantes, y eso que sospechaba que los bardos no traían las más indignantes a mi zona del valle, en absoluto. Oí que echaron a un hombre de una taberna de Olshanka entre abucheos por tratar de cantar una canción en la que yo me convertía en una bestia con forma de lobo y devoraba al rey.

Sin embargo, mi paso era ahora más ligero: el encuentro con la niña y su vaca me había quitado en cierto modo parte de ese peso gris de los hombros. Entoné el cántico de paseo de Jaga y me alejé deprisa, de regreso a casa. Tenía hambre, así que me comí un fruto del cesto mientras caminaba. Podía saborear los bosques en él, el discurrir de la magia del Huso atrapada en raíces, ramas y frutos, imbuida de sol para convertirse en zumo dulce en mi lengua. Había también en él una invitación, y tal vez un día quisiera aceptarla; un día en el que estuviese cansada y lista para soñar mi propio y largo sueño. Por el momento, no obstante, era tan sólo una puerta que quedaba abierta sobre una colina en la distancia, una amiga que me saludaba con la mano desde muy lejos, y la profunda sensación de paz de la arboleda.

Kasia me había escrito desde Gidna: a los niños les iba tan bien como cabía esperar. Stashek seguía siendo muy callado, pero se presentó y habló ante los Magnati cuando éstos fueron convocados a votar, y lo hizo lo bastante bien como para convencerlos de que lo coronasen con su abuelo como regente. También había aceptado que lo comprometiesen en matrimonio con la hija del archiduque de Varsha, una niña de nueve años que lo había impresionado de un modo evidente al ser capaz de escupir de un lado al otro de un jardincillo. Yo tenía mis dudas acerca de aquello como fundamento de un matrimonio, pero supongo que era mucho peor que no casarse con ella porque de no hacerlo su padre podría haber alentado un levantamiento.

Se había organizado un torneo para celebrar la coronación de Stashek, y él le pidió a Kasia que fuese su campeona, para el tremendo disgusto de su abuela. Aquello resultó ser para bien, en cierto modo, porque los rosyos enviaron una comitiva de caballeros, y, después de que Kasia los hubiese tumbado a todos, les hizo sentir cautela al respecto de invadirnos en venganza por la batalla del Rydva. Fueron suficientes los

soldados que escaparon del sitio de la torre y contaban historias sobre la reina guerrera dorada e invulnerable que masacraba sin que nadie pudiese detenerla, y la gente la había mezclado con Kasia. De manera que Rosya había aceptado de mala gana la solicitud de Stashek de una nueva tregua, y nuestro verano había finalizado con una paz frágil, con tiempo para que ambos lados se repusieran.

Stashek también había utilizado la victoria de Kasia para nombrarla capitana de su guardia. Ahora aprendía a combatir con una espada como era debido, para que no se tropezase con los demás caballeros y los tirase al suelo de manera accidental mientras practicaban todos juntos. Dos señores y un archiduque le habían pedido que se casara con ellos, y también, me escribía ella indignada, se lo había pedido Solya.

*¿Te lo puedes imaginar? Le dije que lo consideraba un lunático, y él respondió que viviría con la esperanza. Cuando se lo conté, Alosha se tiró diez minutos riéndose sin parar salvo para toser, y luego me dijo que Solya lo había hecho sabiendo que le diría que no, sólo para demostrarle a la corte que ahora es leal a Stashek. Le dije que yo no iba a ir por ahí alardeando de que alguien me pidiese en matrimonio, y ella me contestó que esperase a ver, que ya se encargaría él de contarle. Y así fue, media docena de personas me preguntaron por el tema la semana siguiente. Casi me daban ganas de ir y decirle que aceptaría, al fin y al cabo, sólo para verle avergonzado, pero me daba demasiado miedo que decidiese llevarlo adelante por una u otra razón, y se las arreglara para encontrar la forma de no dejarme escapar.*

*Alosha está mejor con cada día que pasa, y los niños están muy bien, también. Van juntos a bañarse en el mar todas las mañanas: yo voy con ellos y me siento en la playa, pero ya no puedo nadar. Me hundo directa al fondo, y el agua salada me sienta muy mal en la piel, aunque me limite a meter los pies. ¡Envíame otra jarra de agua del río, por favor! Siempre tengo un poco de sed, aquí, y también es buena para los niños. Nunca tienen las pesadillas sobre la torre si les dejo tomar un sorbo antes de irse a la cama.*

*Iré a hacer una visita en condiciones este invierno, si tú crees que es seguro para los niños. Pensé que jamás querrían volver, pero Marisha me preguntó si podía ir otra vez a jugar a casa de Natalya.*

*Te echo de menos.*

Di un último paso, uno de aquellos saltos borrosos, para llegar hasta el Huso y al claro donde se encontraba mi pequeña cabaña, extraída a la fuerza del costado de un roble viejo y adormilado. En un lateral de la puerta de entrada, las raíces del roble formaban un hueco grande que yo había forrado con hierba. Intentaba mantenerlo lleno de frutos de la arboleda para que los cogiesen los caminantes. Estaba más vacío que cuando me marché, y al otro lado de la puerta, alguien me había rellenado la leñera.

Dejé en el hueco el resto de los frutos que había recogido y entré un instante. No hacía falta recoger la casa: el suelo era de musgo blando, y la colcha de hierba se volvía a colocar sobre la cama sin mi ayuda después de levantarme cada mañana. Yo sí necesitaba arreglarme, a base de bien, pero aquella mañana había empleado demasiado tiempo vagando gris y cansada, y no quería llegar tarde. Tan sólo cogí mi respuesta para Kasia y una jarra de agua del Huso con un tapón de corcho y los coloqué en mi cesto para dárselos a Danka y que ella los enviase por mí.

Regresé de nuevo al exterior y me acerqué a la orilla del río, y di tres grandes pasos más hacia el oeste para salir por fin del Bosque. Crucé el Huso en el puente de Zatochek, a la sombra del joven y alto árbol-corazón que allí crecía.

La reina Bosque había lanzado un último y furioso impulso al mismo tiempo que Sarkan y yo flotábamos a la deriva por el río en su busca, y los árboles habían engullido la mitad de Zatochek antes de que la detuviésemos. La gente que huía de la aldea se había cruzado conmigo cuando me alejaba de la torre. Había corrido el resto del camino y me había encontrado a un grupo de defensores desesperados a punto de

talar el árbol-corazón recién plantado.

Se habían quedado para ganar tiempo y que sus familias escapasen, pero lo habían hecho esperando verse atrapados, corrompidos; tenían los ojos desorbitados y aterrorizados aún pese a su coraje. No creo que me hubiesen escuchado de no haber sido por mis ropas harapientas al viento, mis pelos enmarañados y renegridos de hollín, y por mis pies descalzos sobre el camino: no habría sido fácil tomarme por nada que no fuese una bruja.

Incluso entonces, no los había visto demasiado seguros de si creerme o no cuando les dije que el Bosque había sido derrotado, derrotado para siempre. Ninguno de nosotros se había imaginado que tal cosa sucediese nunca. Pero ellos sí habían visto a las mantis y a los caminantes regresar huyendo al Bosque, y a aquellas alturas ya estaban muy cansados. Habían acabado retrocediendo y me habían dejado trabajar. Aquel árbol no tenía entonces ni un día de vida: los caminantes habían atrapado en él al corregidor de la aldea y a sus tres hijos para hacerlo crecer. Fui capaz de sacar a los hermanos, pero el padre se había negado: el dolor de un carbón incandescente ardía en su seno desde hacía un año.

—Puedo ayudaros —me había ofrecido, pero el anciano me dijo que no con la cabeza, sus ojos ya a medio soñar, sonriente, y los duros nudos de sus huesos y el resto de su cuerpo atrapado bajo la corteza se fundieron de pronto entre mis manos.

El árbol-corazón torcido suspiró y se enderezó. Perdió de golpe todos sus brotes venenosos; en las ramas asomaron en su lugar unas flores nuevas.

Permanecimos todos juntos un instante bajo las ramas plateadas, inhalando su tenue fragancia, nada que se asemejara a la insoportable dulzura putrefacta de las flores corrompidas. Los defensores se percataron entonces de lo que estaban haciendo, se agitaron nerviosos y retrocedieron. Tenían tanto miedo de aceptar aquella paz del árbol-corazón como Sarkan y yo lo habíamos tenido en la arboleda. Ninguno de nosotros podía imaginarse algo que procediera del Bosque y no fuese maligno y rebosara odio. Los hijos del corregidor me habían mirado con impotencia.

—¿No podéis sacarlo a él también? —había preguntado el mayor.

Tuve que contarles que no había nada de donde sacarlo, ya no, que el árbol era él. Estaba demasiado cansada para explicárselo de la mejor manera, pero tampoco era algo que la gente pudiese comprender con facilidad, de todas formas, ni siquiera la gente del valle. Los hijos guardaron un silencio de perplejidad, confundidos, sin saber si sentir pesar o no.

—Echaba de menos a madre —había dicho finalmente el mayor, y los demás habían asentido.

Ninguno de los aldeanos se sentía cómodo con un árbol-corazón que crecía en su puente, pero acabaron confiando en mí lo suficiente como para dejarlo en pie. Había crecido bien desde entonces: sus raíces ya se entrelazaban con entusiasmo entre los troncos del puente y anunciaban que se apoderarían de él. Estaba cargado de frutos, de pájaros y de ardillas. No eran muchos aún los que se mostraban dispuestos a comer los frutos de un árbol-corazón, pero los animales confiaban en su olfato. Yo confiaba en el mío, también: cogí una docena más para mi cesto y proseguí mi trayecto, cantando por el largo y polvoriento camino que llevaba a Dvernik.

El pequeño Anton estaba fuera con el rebaño de su familia, tumbado en la hierba boca arriba. Se puso de pie de un salto, un tanto nervioso, cuando entré en su prado con un tambaleo, aunque la mayoría de la gente ya se había acostumbrado a que apareciese de cuando en cuando. Al principio podía haberme dado una cierta timidez ir a mi casa, después de todo lo sucedido, pero estaba muy cansada una vez pasado aquel terrible día, cansada, sola, furiosa y triste todo al mismo tiempo, con el sufrimiento de la reina Bosque y el mío propio enmarañados. Después de haber terminado por fin de limpiar Zatochek, casi sin pensarlo, mis agotados pies se habían dado la vuelta y me habían



llevado a casa. Mi madre me echó un vistazo en la puerta y no dijo nada, se limitó a meterme en la cama. Se sentó a mi lado y me acarició el pelo, cantando, hasta que me quedé dormida.

Todo el mundo se había mostrado nervioso a mi alrededor al día siguiente, cuando salí al prado comunal a hablar con Danka y contarle un poco lo que había pasado, y para ir a ver a Wensa y a Jerzy y Krystyna. Pero aún estaba cansada y no me veía de humor para ser atenta, así que hice caso omiso de los sobresaltos, y aquello cesó después de que pasase un rato sin que incendiase nada ni me convirtiese en una bestia. De aquella lección aprendí a hacer que la gente se acostumbrase a mí; ahora me preocupaba por detenerme con regularidad en todas las aldeas, en una distinta cada sábado.

Sarkan no había vuelto. No sabía si volvería alguna vez. Oí de cuarta o quinta mano que seguía en la capital, poniendo las cosas en orden, pero no había escrito. Bueno, tampoco nos había hecho nunca falta que un señor nos solucionase nuestras disputas, los corregidores podían hacerlo, y el Bosque no era ya el mismo tipo de peligro que antes, pero sí había otras cosas para las que una aldea necesitaba a un mago, si podían conseguir uno. Así que las recorrí todas, formulé un hechizo sobre las almenaras, y ahora, si las encendían, una vela a juego se encendía en mi cabaña para decirme dónde me necesitaban.

Pero ese día no había ido a trabajar. Saludé con la mano a Anton y seguí el camino al interior de la aldea. Las mesas de la cosecha, cargadas, estaban dispuestas en el prado y cubiertas con manteles blancos, con una zona cuadrada en el centro para el baile. Mi madre se encontraba allí con las dos hijas mayores de Wensa, sacando bandejas llenas de champiñones hervidos; eché a correr y la besé, y ella me puso las manos en las mejillas y me alisó hacia atrás el pelo enmarañado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mírate —me dijo mientras que quitaba del pelo una ramita larga y plateada y varias hojas secas y marrones—. Y te podías haber puesto unas botas. Debería decirte que fueses a lavarte y a sentarte en silencio en el rincón.

Tenía las piernas, al descubierto, llenas de polvo hasta las rodillas. Pero ella se reía, jovial, y en ese instante mi padre traía la carreta con un cargamento para la hoguera de la noche.

—Me lavaré antes de que sea la hora de comer. —Rapiñé un champiñón y fui a sentarme con Wensa, en la habitación delantera de su casa.

Estaba mejor, pero aún se pasaba la mayor parte de su tiempo sentada en una silla junto a la ventana, cosiendo un poco. Kasia también le había escrito a ella, aunque había sido una carta rígida y forzada: se la había leído, y la había suavizado un poco donde había podido. Wensa la escuchó en silencio. Creo que había en ella una secreta culpabilidad a la altura del resentimiento secreto de Kasia: la de una madre que se había resignado a un destino innecesario. Aquello requeriría de mucho tiempo para sanar, si alguna vez lo hacía. Sí me permitió convencerla para que viniese al prado conmigo, y la vi acomodada en las mesas con sus hijas.

Este año no había un pabellón: se trataba sólo de un festival de nuestra pequeña aldea. El gran festival se celebraba en Olshanka, tal y como se hacía todos los años en que no había una elección, tal y como se haría todos los años desde entonces. Estábamos todos pasando calor mientras comíamos al sol, una extraña sensación para la época de la cosecha, hasta que por fin descendió. No me importó. Me tomé un cuenco grande de *zhurek* agrio con rodajas de huevo duro, un plato lleno de col hervida y salchicha, y después cuatro *blinis* rebosantes de cerezas ácidas. A continuación todos nos sentamos en círculo, al sol, quejándonos de lo mucho que habíamos comido y de lo buena que estaba la comida, mientras los niños pequeños corrían como locos por el prado hasta que poco a poco se fueron tumbando bajo los

árboles y quedándose dormidos. Ludek sacó su *suka*, se la colocó sobre las rodillas y empezó a tocar, bajito al principio; fueron saliendo y sumándose más instrumentos conforme más niños se quedaban dormidos, la gente daba palmas y cantaba envuelta en el ambiente, y abrimos los barriles de cerveza y pasamos la jarra fría de vodka que sacaron de la bodega de Danka.

Bailé con los hermanos de Kasia y con los míos, y después de eso con unos cuantos chicos más a los que conocía un poco. Creo que estaban aparte, retándose los unos a los otros a atreverse a pedírmelo, pero no me importó. Estaban un tanto nerviosos por que les pudiese lanzar fuego a la cabeza, pero del mismo modo en que yo me ponía nerviosa al colarme en el jardín de la vieja Hanka en la puesta de sol para robar aquellas manzanas rojas tan grandes y dulces de su árbol, las mejores. Estábamos todos contentos, todos juntos, y podía reconocer el canto del río que discurría por la tierra bajo nuestros pies, el canto a cuyo son bailábamos todos en realidad.

Me senté en un montículo delante de la silla de mi madre, con el pelo suelto y revuelto de nuevo sobre los hombros, y ella suspiró y se lo puso en el regazo para volver a trenzarlo. A sus pies se encontraba mi cesto, y tomé otro de los frutos del árbol para comérmelo, dorado y rebosante de zumo. Me estaba chupando los dedos medio absorta con la hoguera cuando Danka se levantó con brusquedad del largo banco que hacía esquina con nosotros. Dejó su copa y dijo lo bastante alto para que todo el mundo prestase atención:

—Mi señor.

Sarkan estaba de pie en la abertura del círculo, con una mano apoyada en la mesa que tenía más cerca, mientras la luz del fuego brincaba para resaltar sus anillos de plata, los elegantes botones de plata y el sinuoso bordado a lo largo de los remates de su casaca azul: un dragón cuya cabeza empezaba en el cuello y recorría toda la extensión de los bordes de la casaca hasta que la cola volvía a ascender al cuello por el otro lado. Los puños de encaje de su camisa se derramaban más allá de las mangas, y llevaba las botas tan pulidas y brillantes que el fuego se reflejaba en ellas. Su aspecto era más grandioso que el salón de baile del rey, y perfectamente inverosímil.

Todos nosotros le mirábamos sin parpadear, incluida yo. Sus labios se hicieron más finos en un gesto que yo hubiera calificado de desagrado, antaño, y ahora llamaría de irritable vergüenza. Me puse en pie y fui hacia él mientras me limpiaba el pulgar a lametones. Él se fijó en el cesto descubierto a mi espalda, vio lo que estaba comiendo y me fulminó con la mirada.

—Eso es terrible —dijo.

—Son maravillosos —le dije yo—. Se están poniendo en su punto.

—Mejor todavía para que te conviertas en un árbol —se quejó él.

—No quiero ser un árbol aún —le dije. La felicidad ascendía por mi interior en un borboteo, las risas de un arroyuelo resplandeciente. Había vuelto—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Esta tarde —dijo muy estirado—. He venido a recibir los tributos, por supuesto.

—Por supuesto —sonreí.

Estaba segura de que antes incluso había ido a Olshanka a por el tributo, con tal de poder fingir un ratito más que aquello era cierto. Pero yo no me veía capaz de obligarme a fingir con él, ni siquiera el tiempo suficiente para que él se acostumbrara a la idea; las comisuras de mis labios ya se combaban hacia arriba sin que yo lo quisiera. Él se sonrojó y apartó la mirada; pero eso tampoco mejoró las cosas para él, ya que todo el mundo nos estaba mirando con un enorme interés, demasiado embriagados de cerveza y baile como para ser educados. Me volvió a mirar, no obstante, y frunció el ceño ante mi sonrisa.

—Ven a conocer a mi madre —le pedí.

Alargué el brazo y le cogí de la mano.

## AGRADECIMIENTOS

Ya sé que esto puede desconcertar a más de un lector, pero se pronuncia ag-NYESH-kah. El nombre procede de un cuento de hadas que yo le pedía a mi madre sin parar cuando era pequeña, titulado *Agnieszka Skrawek Neiba* (Agnieszka «Fragmento del Cielo»), la versión de la maravillosa Natalia Gałczyńska. La protagonista y los paseos de su vaca amarilla hacen un pequeño cameo aquí, y las raíces del Bosque se hunden en el selvático y exuberante *las* de aquella historia.

Esta obra tiene una deuda enorme con Francesca Coppa y Sally McGrath, quienes fueron leyendo y animándome durante todo el proceso de escritura, casi a diario. Estoy muy agradecida también a Seah Levy, a Gina Paterson y a Lynn Loschin por sus lecturas y consejos iniciales.

Le doy las gracias a mi maravillosa editora, Anne Groell, y a mi agente, Cynthia Manson, que alentaron y abrazaron esta obra desde sus mismísimos comienzos, y a todo el mundo en Del Rey por su ayuda y su entusiasmo.

Y, sobre todo, tantísimas gracias y tanto amor a mi marido, Charles Ardai, quien hace que mi vida y mi trabajo sean mejores y más verdaderos. No todos los autores cuentan con la suerte de tener en casa a otro escritor y a un editor brillante como primer lector, ¡y yo me alegro mucho de tenerlo!

De mi madre y para mi hija: de la raíz a la flor. Evidence, cuando tengas la edad suficiente para leer este libro, espero que pueda ser para ti un vínculo de conexión con tu Babcia y las historias que ella me entregó a mí. Te quiero tantísimo...

*Un cuento oscuro*

Naomi Novik

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Uprooted*

Diseño de la portada, Cover Kitchen

© de la ilustración de la portada, Cover Kitchen

© del mapa, Luis Doyague

© Temeraire LLC, 2015

Publicado de acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, una división editorial de Random House, LLC

© por la traducción, Julio Hermoso, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15341-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)